

13

**EDNA  
O'BRIEN**

**Trilogía**  
**Las chicas de campo**

Las chicas de campo

La chica de ojos verdes

Chicas felizmente casadas



O'Brien pinta un carrusel riquísimo de personajes en esta trilogía no exenta de humor, una obra que fue prohibida en Irlanda por una Iglesia escandalizada ante la historia de estas dos chicas que oculta el retrato de toda una época.

«La memoria y el lenguaje son las mejores herramientas de un escritor».

Edna O'Brien.

Kate y Baba han pasado su infancia en la campiña irlandesa y han forjado su personalidad entre la belleza de paisajes rurales y la asfixia de internados religiosos.

Distintas, pero inseparables, comparten la ambición de dar un vuelco a sus vidas y deciden probar suerte en la gran ciudad. Primero Dublín, que desatará el desboque, la confusión, el miedo, las pasiones intermitentes, el amor en avalancha y el dolor cotidiano de las vidas más reconocibles. Más adelante, Londres las sumerge en el matrimonio, la madurez y la fragilidad de los anhelos.

Las chicas del campo es una trilogía memorable sobre dos chicas en busca de libertad que sacudió la Irlanda de los años sesenta. O'Brien pinta un carrusel riquísimo de personajes en esta trilogía no exenta de humor, una obra que fue prohibida en Irlanda por una Iglesia escandalizada ante la historia de estas dos chicas que oculta el retrato de toda una época.

Edna O'Brien

---

## **Trilogía Las chicas de campo**

Las chicas de campo / La chica de ojos verdes /  
Chicas felizmente casadas



Título original: *The Country Girls / Girl with Green Eyes / Girls in their Married Bliss*

Edna O'Brien, 1960 / 1962 / 1964

Traducción: Regina López Muñoz, 2013 / 2014 / 2015

(AG)

---

Revisión: 1.0

# **Las chicas de campo**

# 1

Desperté sobresaltada y me incorporé de inmediato. Únicamente me despierto de esa forma cuando algo me angustia; aun así, en un primer momento no entendía por qué tenía el corazón tan acelerado. Entonces recordé. La razón de siempre: él no había vuelto a casa todavía.

Me demoré un momento en el borde de la cama antes de levantarme, alisando con una mano la colcha de satén verde. A mamá y a mí se nos había olvidado doblarla antes de acostarnos. Me deslicé despacio hasta tocar el suelo y sentí el contacto del linóleo frío en las plantas de los pies. Encogí los dedos de forma instintiva. Tenía unas zapatillas, pero mamá me obligaba a reservarlas para cuando iba a casa de mis tías y primos; y teníamos alfombras, pero las guardábamos bien enrolladas en los cajones hasta que llegaban las visitas de Dublín, en verano.

Me puse los calcetines.

Ni siquiera el olor del beicon frito que subía de la cocina conseguía animarme.

Fui a subir la persiana. Tiré con tanta fuerza que la cuerda se enredó. Menos mal que mamá ya estaba abajo, porque siempre andaba sermoneándome acerca de cómo subir las persianas, despacio y con cuidado.

Aún no había salido el sol, y el césped estaba moteado de margaritas dormidas. El rocío lo cubría todo. Una bruma leve y vacilante velaba la hierba bajo mi ventana, el seto, la herrumbrosa alambrada de más allá, el vasto campo. La neblina impregnaba las hojas y los troncos, y los árboles parecían irreales, como salidos de un sueño. Alrededor de los nomeolvides que brotaban a los lados del seto se advertía un halo de humedad. Una humedad que relucía igual que la plata. Reinaba una calma perfecta. De la

montaña azulada, a lo lejos, subía una columna de vapor. El día se presentaba caluroso.

Al verme asomada, Bull's-Eye salió del seto, se sacudió el agua y me dedicó una mirada perezosa, melancólica. Bull's-Eye era nuestro perro pastor. Le había puesto ese nombre porque en los ojos tenía unas manchitas blancas y negras que me recordaban los caramelos mentolados<sup>[1]</sup>. Solía dormir en la carbonera, pero la noche anterior había preferido instalarse en la madriguera que había bajo el seto. Siempre que papá no estaba, dormía allí para mantenerse alerta. No hacía falta preguntar: mi padre no había vuelto a casa.

En ese momento Hickey me llamó desde abajo. Me estaba pasando el camión por la cabeza para quitármelo, así que no lo oí bien.

—¿Qué? ¿Cómo dices? —pregunté, saliendo al descansillo envuelta en la colcha de satén.

—Por el amor de Dios, me duele ya la boca de decírtelo. —Me dedicó una amplia sonrisa y preguntó—: ¿Prefieres un huevo blanco o uno moreno?

—¿Por qué no me lo preguntas con un poco más de delicadeza, Hickey? Y llámame «reina».

—Reina, cariño, amapola, dulce mía, ¿prefieres un huevo blanco o uno moreno para desayunar?

—Moreno, Hickey.

—Te he guardado un huevito recién puesto.

Y, dicho esto, volvió a la cocina dando un portazo. Mamá no conseguía enseñarle a cerrar las puertas con delicadeza. Hickey era nuestro mozo, y yo lo quería mucho. Para demostrarlo, se lo dije en voz alta a la imagen de la Virgen María, que desde su marco dorado me lanzaba una mirada glacial.

—Quiero a Hickey —declaré.

Ella no respondió. Me sorprendía que no hablase más a menudo. En una ocasión se había dirigido a mí para decirme una cosa muy íntima. Sucedió una noche cuando me levanté para rezar una oración. Me levantaba seis o siete veces cada noche para mortificarme. Me daba miedo ir al infierno.

Sí, quiero a Hickey, me dije; aunque, en realidad, me refería a que le tenía mucho aprecio. A los siete u ocho años solía decir que me casaría con él. Le contaba a todo el mundo, incluida mi catequista, que viviríamos en el

gallinero y mamá nos daría todos los huevos, la leche y la verdura que quisiéramos —aunque lo único que se plantaba en casa eran repollos—. Sin embargo, ahora ya no hablaba tanto de matrimonio. Para empezar, porque Hickey nunca se aseaba, salvo cuando se salpicaba la cara con agua de lluvia del tonel, por las noches. Tenía los dientes verdes, y justo antes de acostarse hacía sus aguas menores en una lata de melocotones que escondía debajo de la cama. Mamá le reñía. Se quedaba despierta hasta que él volvía a casa, y esperaba a que alzara la ventana y vaciase el contenido de la lata en el exterior.

«Acabará cargándose las plantas que hay debajo de su ventana», se quejaba; y algunas noches se enfurecía, bajaba en camisón y llamaba a su puerta para preguntarle por qué no hacía sus cosas afuera. Pero Hickey nunca respondía; era muy ladino.

Me vestí rápidamente, y cuando me agaché para coger los zapatos descubrí pelusas, polvo y plumas debajo de la cama. No me sentía con fuerzas para ponerme a barrer, así que hice la cama y bajé deprisa.

El descansillo estaba a oscuras, como de costumbre. El cristal empañado y sucio de la ventana le daba un aspecto lúgubre, como si algún habitante de la casa acabara de morir.

—¡El huevo se va a poner como una piedra! —gritó Hickey.

—¡Ya voy! —respondí.

Tenía que lavarme. El cuarto de baño estaba helado; nadie lo usaba nunca. Era un cuarto de baño abandonado: manchas de óxido bajo la llave de agua fría del lavabo, una pastilla de jabón rosa intacta y una manopla blanca para la cara, tan tiesa que parecía como si hubiese estado expuesta a una helada nocturna.

Decidí que no merecía la pena, y me limité a llenar un cubo de agua para el retrete. La cadena no funcionaba; llevábamos meses esperando a que vinieran a arreglarla. Me daba vergüenza cada vez que Baba, mi amiga de la escuela, entraba en el baño y preguntaba con malicia: «¿Sigues averiada?». En nuestra casa las cosas o estaban rotas o sin estrenar. Mamá guardaba un cortaúñas nuevo y varias bobinas de bramante sin usar en un ropero del piso de arriba. Aseguraba que si dejaba esas cosas abajo se romperían o las robarían.



El cuarto de mi padre se hallaba justo enfrente del baño. Su ropa raída estaba tirada encima de una silla. Aunque él no estaba, casi podía oír el crujido de sus rodillas. Siempre le crujían cuando se levantaba o se metía en la cama. Hickey me llamó otra vez.

Mamá estaba junto al fogón, comiendo un mendrugo de pan seco. Sus ojos azules se veían irritados y empequeñecidos. No había pegado ojo. Tenía la mirada fija en algo que solo ella veía: el destino, el futuro. Hickey me guiñó el ojo. Estaba zampándose tres huevos fritos y varias lonchas de beicon curado en casa. Mojaba el pan en la líquida yema y luego se lo llevaba a la boca.

—¿Has dormido bien? —le pregunté a mamá.

—No. Tenías un caramelo en la boca y me dio miedo que te lo tragaras y te ahogases, así que me quedé despierta por si acaso.

Teníamos el hábito de esconder caramelos y barritas de chocolate debajo de la almohada, y yo me había tomado una gragea de frutas antes de quedarme dormida. Pobre mamá, siempre con sus preocupaciones. Supongo que habría pasado la noche en vela, pensando en él, esperando oír el ruido de un motor que se apaga al final del camino, esperando oír sus pasos sobre la hierba mojada y el pasador de la cancela. Siempre esperando y tosiendo. Tosía cada vez que se tumbaba, por eso había atado a una pata de la cama una talega de terciopelo en la que guardaba unos cuantos retales que usaba como pañuelos.

Hickey me cascó el huevo. Como se había cocido de más, le puso un poco de mantequilla para que estuviese más jugoso. Era un huevo de pollita que apenas si sobresalía de la huevera de cerámica. Ver aquel huevillo en un recipiente tan grande resultaba ridículo, pero tenía muy buen sabor. El té se había enfriado.

—¿Puedo llevarle lilas a la señorita Moriarty? —pregunté a mamá.

Me avergonzaba un poco aprovecharme de su desdicha para llevarle flores a mi maestra, pero me moría de ganas de desbancar a Baba y convertirme en la niña bonita de la señorita Moriarty.

—Sí, mi amor, llévale lo que quieras —contestó mamá con aire ausente.

Me acerqué para abrazarla y darle un beso. Era la mejor madre del mundo. Así se lo dije, y ella me estrechó con fuerza, como si no quisiera

separarse de mí. Yo lo era todo para ella. Todo.

—Ya estamos con las carantoñas —gruñó Hickey.

Aflojé los dedos, que tenía enlazados a la altura de su nuca suave y nívea, y me aparté tímidamente. Mamá andaba con la cabeza en otra parte y aún no había salido a dar de comer a las gallinas. Algunas se habían acercado a picotear de la escudilla de Bull's-Eye, junto a la puerta trasera. Oía que el perro trataba de ahuyentarlas, y también el aleteo y el violento cacareo de las aves al retirarse.

—Hay una función en el ayuntamiento, señora. Debería ir a verla —propuso Hickey.

—Debería, sí.

Noté cierto sarcasmo en su voz. Aunque mamá confiaba en Hickey para todo, a veces era muy arisca con él. Estaba pensando. En el paradero de mi padre tal vez. En si lo traerían en ambulancia, o en un taxi inglés contratado en Belfast tres días atrás y con la cuenta sin pagar. En si remontaría, tambaleante, los peldaños de piedra de la puerta trasera mientras agitaba una botella de *whisky*. En si gritaría, si forcejearían, si la mataría, si le pediría perdón. En si aparecería por la puerta en compañía de algún borrachuzo, diciendo: «Madre, te presento a mi mejor amigo, Harry. Le acabo de dar el prado de trece acres a cambio del sabueso más bonito del mundo...». Todo eso ya había sucedido tantas veces que solo un iluso podría pensar que mi padre volvería sobrio. Se había marchado tres días antes con sesenta libras en el bolsillo para pagar los impuestos.

—La sal, princesa —apuntó Hickey, y cogió una pizca que espolvoreó sobre mi huevo.

—¡No, Hickey, no quiero!

Por aquel entonces yo comía sin sal, por pura afectación. Creía que era propio de personas maduras privarse de la sal o del azúcar.

—¿Qué hago hoy, señora? —quiso saber Hickey, quien también se aprovechó de la apatía de mamá para untarse una generosa cantidad de mantequilla en ambas caras del pan. Y no es que ella fuese tacaña con la comida, pero Hickey estaba engordando tanto que no era capaz de cumplir con su cometido.

—Supongo que ir a la ciénaga —contestó—. Hay que apilar la turba, y

puede que no volvamos a tener un día tan bueno.

—Yo creo que no debería ir tan lejos —señalé.

Prefería que Hickey estuviese con nosotras cuando papá volvía a casa.

—Puede que tarde un mes en regresar —contestó mamá.

Sus suspiros eran descorazonadores. Hickey cogió su gorra del alféizar de la ventana y salió a sacar las vacas.

—Tengo que ir a dar de comer a las gallinas —anunció mamá, al tiempo que sacaba del horno una olla con grano que había estado hirviendo a fuego muy lento toda la noche.

Salió al establo a machacar el grano y yo me preparé el almuerzo para la escuela. Agité el frasco de aceite de hígado de bacalao para que creyese que lo había tomado y volví a dejarlo en la vitrina, junto a la vajilla buena. Había sido un regalo de bodas, pero nunca la usábamos para que no se desportillara. Detrás de los platos se acumulaban cientos de facturas. A mi padre le daban igual las facturas: él las ponía detrás de la vajilla y se olvidaba de ellas.

Salí a por las lilas. Me detuve en el escalón de piedra para observar los campos, y sentí —como siempre— un torbellino de libertad y placer al contemplar todos aquellos árboles, las construcciones de piedra en la distancia y los prados, tan verdes y apacibles. Al otro lado de la alambrada había un nogal, y a resguardo de su sombra crecían unas campánulas estilizadas de un azul muy intenso: una gruta de flores de color azul cielo entre las rocas calizas. Mi columpio se mecía al viento, y todas las hojas se agitaban suavemente en las copas de los árboles.

—Llévate un trocito de bizcocho y unas galletas para el almuerzo —sugirió mamá.

Mamá me tenía muy mimada, y siempre me daba pequeños caprichos. Estaba majando un cubo de grano y patatas, y vertía sus lágrimas, con la cabeza gacha, en la comida de las gallinas.

—Así es la vida, unos trabajan para que lo gasten otros —dijo al salir al patio con el cubo en la mano.

Algunas gallinas se posaron en el borde y empezaron a picotear. Tenía el hombro derecho más bajo que el izquierdo de tanto acarrear cubos. El arduo trabajo de sacar la casa adelante la tenía hundida, y por las noches se dedicaba a hacer pantallas para las lámparas y la chimenea, con idea de que

todo estuviera más bonito.

Una bandada de gansos pasó graznando por encima de nuestras cabezas, sobrevoló la casa y la arboleda de olmos. A aquella arboleda iban las vacas para estar al fresco en verano, seguidas de las moscas. También yo iba a menudo para jugar a las tiendas con tazas de porcelana rotas y cajas de cartón. Baba y yo pasábamos allí el rato y nos contábamos secretos; y, una vez, nos bajamos las bragas y nos hicimos cosquillas. Aquel era nuestro mayor secreto. Baba solía decir que se chivaría, y cada vez que amenazaba con hacerlo yo le regalaba un pañuelo de seda, un lazo de tartán nuevo o alguna otra cosa.

—Deja ya de darle vueltas a la cabeza, dulce mía de mis amores —dijo Hickey mientras preparaba cuatro cubos de leche para los terneros.

—¿En qué piensas tú, Hickey, cuando piensas?

—En chiquillas. En una esposa guapa y cariñosa. —Y concluyó—: Pensar es cosa de idiotas.

Los terneros balaban junto a la puerta y, cuando se acercó a ellos, todos metieron el hocico en los baldes y se pusieron a beber con avidez. El que más rápido bebía era el de la cabeza blanca y los enormes ojos violeta, para poder atacar luego el cubo de al lado.

—Le va a sentar mal —observé.

—Pobre animal, vamos a tener que ponerle caldito entonces.

—Antes estaba pensando que de mayor quiero ser monja.

—¿Monja? ¡Y un cuerno! ¿En qué orden te dejarían dormir acompañada?

Me sentí un poco ofendida, y di media vuelta para ir a coger las lilas. El arriate que bordeaba la casa criaba verdín y resbalaba en la zona donde a veces se desbordaba el tonel que recogía el agua de los canalones; esa parte era, además, la que corría justo debajo de la ventana desde la cual Hickey vaciaba cada noche el contenido de su lata de melocotones.

Se me mojaron las sandalias nada más pisar la hierba.

—Ve con cuidado —ordenó mamá, que venía del patio con el balde vacío en una mano y varios huevos en la otra. Mamá estaba siempre al tanto de todo.

El lilo estaba empapado, y unos goterones que parecían grosellas maduras caían al tirar de los tallos. Me dirigí de nuevo a casa, cargando las flores

como si fuesen una brazada de leña.

—No, que trae mala suerte —advirtió mamá, de modo que no crucé el umbral.

Sacó unas hojas de periódico con las que envolvió los tallos para que no me mojara el vestido. También me tendió la chaqueta, los guantes y el sombrero.

—No hace falta, no hace frío —dije.

Pero mamá insistió con dulzura, recordándome que tenía el pecho delicado, así que me puse la chaqueta y el sombrero, cogí la cartera de la escuela, un pedazo de bizcocho y un botellín de leche para el almuerzo.

Emprendí el camino a la escuela asustada, temblorosa. Podía ser que me cruzara con él, o quizá volviese a casa en mi ausencia y matase a mamá.

—¿Vendrás a buscarme? —rogué.

—Sí, mi vida, en cuanto arregle la casa después de que Hickey termine de comer, iré a buscarte a la carretera.

—¿De verdad? —insistí. Se me saltaron las lágrimas: mi mayor temor era que mi madre muriese mientras yo estaba en la escuela.

—No llores, mi amor. Venga, que es hora de irse. Llevas un buen pedazo de bizcocho para comer, y luego saldré a buscarte.

Me puso derecha la gorra y me dio tres o cuatro besos. Permaneció en el caminillo para verme marchar. Me dijo adiós con la mano. Con el vestido marrón parecía muy abatida; y, cuanto más me alejaba, más pesadumbre transmitía. Era como un gorrión en medio de una nevada: parda, aterrada, sola. Resultaba difícil imaginarla en la soleada mañana de su boda, con un vestido de encaje, un casquete de volantes y los ojos desbordantes de alegría; esos mismos ojos que ahora brillaban por las lágrimas.

Llamé a Hickey, que se dirigía al prado con las vacas. Caminaba delante de mí con las perneras del pantalón remetidas en los gruesos calcetines de lana y la gorra del revés, con la parte de la visera en la nuca. Tenía unos andares de payaso inconfundibles.

—¿Qué pájaro es ese? —pregunté. Había un pájaro en el castaño de Indias en flor que parecía decir: «¡Escúchame! ¡Escúchame!».

—Un mirlo capiblanco —replicó.

—No puede ser capiblanco. ¿No ves que es marrón?

—Lo que tú digas, listilla. Pues capimarrón. Tengo mucha faena, yo no voy por ahí preguntando a los pájaros cómo se llaman, qué edad tienen, sus aficiones, si les gustan los caracoles y demás. Como esos imbéciles que van al Burren solo para mirar las flores. Flores, nada menos. Yo soy un hombre trabajador y saco esto adelante con el sudor de mi frente.

Era verdad que Hickey hacía la mayor parte del trabajo; con todo, los cuatrocientos acres de propiedad se estaban yendo a pique.

—Vete ya, chiquilla, si no quieres que te suelte un azote en el culo.

—¡Pero qué descaró, Hickey!

A mis catorce años, no me parecía apropiado que fuese tan fresco conmigo.

—Anda, dame un pajarillo —pidió, sonriéndome y clavándome sus enormes y serenos ojos grises.

Me encogí de hombros y salí corriendo. Un pajarillo era para él un beso. Hacía ya dos años desde la última vez que lo besé, el día en que mamá me prometió caramelos de mantequilla a cambio de que le diese diez besos. Papá se estaba recuperando en el hospital de una de sus parrandas, y fue de las pocas veces en que vi a mi madre feliz. Tan solo disfrutaba de un poco de tranquilidad durante las semanas que sucedían a las borracheras de papá; luego volvía a angustiarse pensando en el próximo episodio. Aquel día se había sentado en el escalón de la puerta trasera y yo le sujetaba una madeja con la que hacía un ovillo. Hickey volvió de la feria y le contó por cuánto había vendido un ternero, y fue entonces cuando me retó a darle diez besos a cambio de unos caramelos de mantequilla.

Atravesé el prado a toda prisa: me aterrorizaba la idea de que pudiese aparecer papá.

Lo llamábamos «prado» porque en su día lo había sido, cuando la casa grande aún estaba en pie; pero después de que los soldados británicos prendieran fuego a la vivienda, mi padre —que, al contrario que sus antepasados, no sentía ningún apego por la tierra— dejó que el lugar se echase a perder.

Atravesé la maleza del final del terreno que conducía a la cancela de mimbre. Estaba plagado de zarzas, helechos, cañas y cardos que pinchaban como agujas. Y bajo la broza crecían millones de florecillas silvestres. Unas

chispas azules, blancas y violetas... Blancos cánticos que manaban de la tierra. Qué enigmáticas y qué hermosas, ocultas bajo los espinos y los helechos jóvenes.

Me cambié las lilas de brazo y salí a la carretera. Jack Holland me estaba esperando. Me sobresalté al verlo apoyado contra el muro. Al principio, creí que era papá. Ambos medían más o menos lo mismo, y llevaban sombrero en lugar de gorra.

—Caithleen, ¡hija mía! —me saludó, y sujetó la cancela para que pudiese colarme. La verja apenas se abría, de modo que había que estrujarse contra el batiente para franquearla. Echó el pasador y me acompañó por el camino de sirga—. ¿Cómo va todo, Caithleen? ¿Está bien tu madre? La ausencia de tu padre es muy llamativa. He visto a Hickey en la lechería estas últimas mañanas.

Le dije que todo iba bien, recordando la máxima de mamá: «Llora, y llorarás sola».

## 2

—Te llevaré, Caithleen, por los húmedos y ventosos caminos.

—No están húmedos, Jack. Y no mientes el agua, por el amor de Dios: es como abrir un paraguas dentro de casa. Atrae la lluvia.

Jack sonrió y me acarició el codo.

—Caithleen, estoy seguro de que conoces el poema de Colum: «Húmedos y ventosos caminos, pardas ciénagas y agua oscura, y mis pensamientos en blancas naves para la hija del rey de España». Aunque, naturalmente —añadió con una media sonrisa—, mis pensamientos no se alejan tanto de aquí.

Pasamos junto a la verja del señor Gentleman, que tenía el cerrojo echado.

—¿Se ha marchado el señor Gentleman? —me interesé.

—Indudablemente. Es un hombre extravagante, Caithleen. Extravagante.

Contesté que no estaba de acuerdo. El señor Gentleman era un hombre muy apuesto que vivía en la casa blanca de la colina. La casa tenía torrecillas con ventanas y una puerta de roble que parecía el pórtico de una iglesia. El señor Gentleman jugaba al ajedrez por las noches. Era abogado en Dublín, aunque volvía al pueblo todos los fines de semana, y en verano navegaba en su barca por el Shannon. Su verdadero nombre no era señor Gentleman, claro está, pero todos lo llamábamos así. Era francés, y en realidad se llamaba señor De Maurier; pero nadie era capaz de pronunciarlo correctamente, y, a fin de cuentas, era un hombre tan distinguido, con su pelo cano y sus chalecos de raso, que los vecinos del pueblo acabaron por bautizarlo «señor Gentleman». A él no parecía disgustarle el apodo, y firmaba sus cartas como J. W. Gentleman. J. W. eran las iniciales de sus nombres de pila: Jacques y algo más.



Recordé el día en que estuve en su casa. Solo unas semanas antes, papá me había mandado para que le entregara una nota. Creo que pretendía que le prestase dinero. Cuando llegué al final del camino asfaltado aparecieron dos Setters rojos que, como balas, se me echaron encima. Lancé un grito y el señor Gentleman salió muy sonriente de la galería. Me quitó los perros de encima y los ató en la cochera.

Me condujo al recibidor y volvió a sonreír. Tenía una cara triste, pero la sonrisa era hermosa, distante y muy condescendiente. Sobre la mesa había una trucha en un estuche de cristal con un letrero que decía: PESCADA POR J. W. GENTLEMAN EN EL LAGO DERG. PESO: 9 KG.

De la cocina llegaban el olor y el chisporroteo de un asado. La señora Gentleman, que tenía fama de ser una estupenda cocinera, debía de estar preparando la cena.

Abrió el sobre de papá con un abrecartas y frunció el ceño al leer el contenido.

—Dile que sopesaré el asunto —me pidió el señor Gentleman.

Hablaba como si tuviese un hueso de ciruela en la garganta. No había perdido del todo su acento francés, pero Jack Holland aseguraba que lo hacía por darse aires.

—¿Quieres una naranja? —preguntó mientras escogía dos del frutero de cristal tallado de la mesa del comedor.

Me sonrió y me acompañó a la puerta. Su sonrisa traslucía cierta sorna, y cuando me estrechó la mano experimenté una sensación extraña, como si me estuviesen haciendo cosquillas por dentro de la barriga. Atravesé el mullido manto de césped, pasé bajo los cerezos y salí de nuevo al camino pavimentado. El señor Gentleman se había quedado en la puerta. Cuando volví la cabeza, el sol lo iluminaba a él y a su casa, blanca como la nieve, y las ventanas del piso de arriba parecían estar en llamas. Cuando me di la vuelta para cerrar la verja me dijo adiós con la mano y volvió al interior de la casa. A beber jerez en copas elegantes; a jugar al ajedrez; a comer *soufflés* y venado asado, me dije. Y en la excéntrica y alta señora Gentleman estaba pensando cuando Jack Holland me hizo otra pregunta.

—¿Sabes una cosa, Caithleen?

—¿Qué, Jack?

Por lo menos me protegería si llegaba mi padre.

—Muchos irlandeses hay que forman parte de la realeza sin saberlo. Reyes y reinas caminan por las tierras de Irlanda, montan en bicicleta, consumen té y labran humildemente la tierra, ignorantes de su ilustre ascendencia. Tu madre, sin ir más lejos, posee el porte y las formas de una reina.

Suspiré. La obsesión de Jack por el lenguaje me aburría.

—«Mis pensamientos —repitió— en blancas naves son para la hija del rey de España»... Naturalmente, mis pensamientos no se alejan tanto de aquí. —Sonrió, muy satisfecho. Estaba componiendo un párrafo para su columna en el periódico local—: «Mientras paseaba, una mañana cristalina, en compañía de una joven amiga, esbozando fragmentos de Goldsmith y Colum, me asaltó la impresión de que me movía entre...».

El camino de sirga se acababa, y salimos a la carretera. El tramo que recorríamos era seco y polvoriento, y nos encontramos con las carretas que iban a la lechería; las lecheras entrechocaban, y los dueños azuzaban a los burros con las riendas, diciendo: «Arre, arre». Al pasar por delante de la casa de Baba aligeré el paso. Su bicicleta rosa, nueva, relucía apoyada contra el muro lateral de la casa. Por fuera parecía una casa de muñecas: los muros tenían pequeños guijarros incrustados, había dos ventanales en saledizo en la planta baja y arriates redondos con flores en el jardín. Baba era hija del veterinario. La coqueta, guapa y maliciosa Baba era mi amiga y la persona a quien más temía después de mi padre.

—¿Está tu madre en casa? —acabó por preguntar Jack. Iba tarareando algo en voz baja.

Intentaba aparentar indiferencia, pero yo sabía perfectamente que ese era el motivo por el que me había estado esperando bajo la hiedra. Había llevado su vaca a un prado que le alquilaba a uno de nuestros vecinos y se había quedado esperándome junto al portón de mimbre. No se atrevía a acercarse más desde que papá lo había echado de casa. Una noche estaban jugando a las cartas en la cocina, y, por debajo de la mesa, Jack tenía su mano sobre la rodilla de mamá. Ella no protestó, porque Jack era muy simpático con ella y le regalaba fruta confitada, chocolate y muestras de mermelada que le daban los representantes comerciales. Pero, entonces, a papá se le cayó un naipe, se

agachó para recogerlo y, al instante, volcó la mesa y la lámpara de porcelana se rompió. Mi padre empezó a gritar y se arremangó, y mamá me mandó a la cama. Aun así, me llegaron sus feroces gritos a través del suelo, porque mi cuarto quedaba justo encima de la cocina. ¡Qué vocerío tan escandaloso y abrumador! Sonaba como una apisonadora. Mamá lloraba y suplicaba con un llanto desesperado y lastimero.

—Se avecinan problemas —anunció Jack, trasladándome bruscamente de un mundo a otro bien distinto. Hablaba como si se avecinase el fin del mundo para mí.

Caminábamos por el centro de la carretera, y a nuestra espalda oímos el insolente timbre de una bicicleta. Era Baba, que se acercaba triunfante en su bici nueva. Pasó por nuestro lado con la vista al frente y una mano en el bolsillo. Aquel día se había recogido la negra melena en dos trenzas, amarradas con unos lazos azules que combinaban a la perfección con sus calcetines. Comprobé con envidia que tenía las piernas delicadamente bronceadas.

Nos adelantó y, acto seguido, aminoró la marcha, arrastró la punta del pie izquierdo por el azulado alquitrán y, cuando la alcanzamos, me quitó las lilas y dijo: «Yo te las llevo». Colocó las flores en la cesta delantera de la bicicleta y se alejó cantando «The Humour is on me Now»<sup>[2]</sup> a pleno pulmón. Le daría las lilas a la señorita Moriarty y se llevaría todo el mérito.

—Tú no te mereces esto, Caithleen.

—No, Jack. No tenía por qué quitármelas. Es una abusona.

Pero Jack no se refería a las flores, sino a algo relacionado con mi padre y nuestra granja.

Pasamos por la puerta del hotel Greyhound, cuya aldaba se entretenía en abrillantar la señora O'Shea. Llevaba una redecilla en el pelo y los bigudíes tan apretados que dejaban a la vista el cuero cabelludo. Diríase que sus zapatillas las hubiesen mordisqueado los galgos, algo que casi con toda seguridad había sucedido, pues el grueso de los huéspedes del hotel lo componían los perros. El señor O'Shea estaba convencido de que así se haría rico. Iba al canódromo de Limerick todas las noches mientras la señora O'Shea bebía oporto donde la modista. La modista era una chismosa.

—Buenos días, Jack; buenos días, Caithleen —dijo en un tono

excesivamente cordial.

Jack le devolvió el saludo con frialdad, pues el negocio de los O'Shea era su competencia. Él regentaba un colmado que servía bebidas al final de la calle, pero la señora O'Shea reunía más clientela por las noches porque alimentaba bien las chimeneas. Los hombres iban a beber allí a deshoras, y ella había sobornado a la policía para que hiciese la vista gorda. Por poco no pisoteé a dos perros que dormían sobre el felpudo del hotel. Solo sobresalían al pavimento sus hocicos negros y húmedos.

—Hola —contesté yo. Mi madre me tenía dicho que no hablase mucho con ella; había fiado tanto a mi padre que tenía diez vacas pastando en nuestra finca de por vida.

Pasamos el hotel, o más bien lo que quedaba de él: una ruina gris y húmeda con los marcos de las ventanas podridos y las puertas cubiertas de arañosos de los galgos más jóvenes e inquietos.

—¿Te he contado, Caithleen, que la señorona tan solo ofrece un huevo frito o salmón en conserva a los viajantes de comercio que desean comer?

—Sí, Jack, ya me lo has dicho.

Me lo había contado mil veces; era una de sus armas para ponerla en ridículo, y con ello pretendía manchar el nombre del hotel. Pero a la gente del pueblo le gustaba acudir allí porque ofrecía buen ambiente hasta altas horas de la noche.

Nos detuvimos un instante en el puente para echar un vistazo al agua verdosa que corría junto al ventanuco del sótano del hotel. El agua ya era verde, pero los sauces de las riberas le daban un tono aún más intenso. Yo miraba por si veía algún pez —porque a Hickey le gustaba ir de pesca por las noches—, mientras esperaba a que Jack se dejase de rodeos y me contase por fin lo que tenía pensado, fuera lo que fuese.

Pasó el autobús levantando polvareda a ambos lados. Algo dio un brinco fuera del agua, tal vez un pez, pero no lo vi porque estaba saludando al autobús. Siempre lo hacía. En la superficie se dibujaron unos círculos concéntricos, y, una vez desaparecido el último, Jack dijo:

—Tu casa está hipotecada, ahora es del banco.

Sin embargo, igual que las aguas oscuras que fluían bajo mis pies, sus palabras no me alteraron. O eso pensé al despedirme y remontar la colina,

camino de la escuela. «Hipoteca», repetí; ¿qué significaría esa palabra? Desconcertada, decidí preguntarle a la señorita Moriarty; o, mejor aún, lo consultaría en el gran diccionario negro que había en el aparador de la escuela.

La clase parecía un gallinero. La señorita Moriarty estaba enfrascada en un libro y Baba disponía las lilas —mis lilas— en el altarcillo de mayo que se erigía al fondo del aula. Las niñas más pequeñas mezclaban todas las barras de plastilina, sentadas en el suelo, mientras las mayores parloteaban en grupos de tres o cuatro.

Delia Sheehy quitaba telarañas de las esquinas del techo. Había atado un paño al extremo del palo que usábamos para abrir las ventanas, y cuando iba de una esquina a otra golpeaba con la vara las paredes blanqueadas y los mapas ajados y desvaídos. Eran mapas de Irlanda, Europa y América. Delia era una pobre criatura que vivía en una choza con su abuela. En la escuela siempre le tocaban las tareas más ingratas: durante el invierno prendía la lumbre y limpiaba las cenizas todas las mañanas antes de que las demás llegásemos, y los viernes fregaba los baños con un cepillo y un cubo con agua y desinfectante. Tenía dos vestidos de verano, y cada dos días lavaba uno para ir siempre limpia, bien aseada y lustrosa. Un día me dijo que de mayor quería ser monja.

—Llegas tarde. Te va a matar, te va a asesinar y descuartizar —me previno Baba en cuanto entré. Así que fui a disculparme con la señorita Moriarty.

—¿Qué? ¿Qué haces aquí? —preguntó, impaciente, alzando la mirada de su libro. Era un libro de italiano; lo estudiaba por correspondencia, y pasaba los veranos en Roma. Había visto al Papa, y era una mujer muy inteligente. Me pidió que volviera a mi sitio; se molestó porque la hubiese sorprendido leyendo un libro de italiano. De camino a mi pupitre, Delia me sopló: «No te había echado en falta».

Así que Baba me había mandado a pedir disculpas para nada. Podía haber entrado sin llamar la atención. Saqué el libro de Lengua y empecé a leer «Una mañana de invierno», de Thoreau: «Abrimos la puerta en silencio, dejando que se derrumbe el pequeño ventisquero, y salimos a enfrentarnos con el aire afilado. Las estrellas ya han perdido parte de su brillo, y una

niebla densa y plúmbea orla el horizonte»<sup>[3]</sup>. Y ahí interrumpí la lectura, porque en ese momento la señorita Moriarty rogó silencio.

—Hoy tenemos una excelente noticia —anunció, mirándome con sus penetrantes ojillos azules.

Daba la impresión de estar siempre enfurruñada, cuando lo que en realidad le pasaba era que veía mal a fuerza de tanto leer.

—Es un gran honor para nuestra escuela... —prosiguió. Yo noté que me ruborizaba. Me miró a los ojos y dijo—: Caithleen, te han concedido una beca.

Me puse en pie para darle las gracias, y todas las niñas aplaudieron. La señorita nos anunció que, para celebrarlo, ese día no trabajaríamos mucho.

—¿Adónde irá? —quiso saber Baba; había repartido las lilas en tarros de mermelada que dispuso formando un aburrido semicírculo en torno a la estatua de la Virgen María. La maestra dijo el nombre del convento. Estaba en la otra punta del condado, y no había autobuses.

Delia Sheehy me pidió que le escribiese una dedicatoria en su álbum de autógrafos, y garabateé una sensiblería. Entonces me llegó una notita desde atrás. La abrí. Era de Baba. Decía: «Yo voy a ese mismo convento en septiembre. Mi padre se ha ocupado de todo. Ya tengo el uniforme. Pero, claro, nosotros pagamos. Es mejor pagando. Eres una imbécil rematada. Baba».

Se me cayó el alma a los pies. Supe que me llevarían en su coche, y que Baba le hablaría de mi padre a todo el convento. Tuve ganas de llorar.

El día transcurrió con lentitud. Pensaba en mamá; se pondría muy contenta cuando le contara lo de la beca. A mamá le preocupaba mucho mi educación. A las tres de la tarde nos dejaron salir, y, aunque yo lo ignoraba, aquel fue mi último día en la escuela. Nunca volvería a sentarme en mi pupitre, ni respiraría los olores a tiza, a ratones y a polvo acumulado. De haberlo sabido, se me habría escapado alguna lágrima o habría escrito mi nombre en el pupitre con la esquina del cartabón.

Se me olvidó la palabra «hipoteca».

### 3

Mientras recogía mis cosas en el guardarropa, salió Baba despidiéndose de la señorita Moriarty. Era la niña bonita de la maestra, a pesar de ser la más zopenco de la escuela. Llevaba una rebeca blanca sobre los hombros, como si fuese una capa, con las mangas colgando. Se creía la reina de los mares.

—¿Qué demonios haces con una jodida chaqueta, sombrero y bufanda? Estamos en mayo. Pareces un puñetero esquimal.

—¿Qué es un puñetero esquimal?

—¿A ti qué te importa? —Ni ella misma lo sabía.

Se detuvo frente a mí, examinándome la piel como si estuviese cubierta de furúnculos o manchas. Me llegaba el olor de su jabón. Era un aroma delicioso, mitad perfume, mitad desinfectante.

—¿Qué jabón usas? —le pregunté.

—¿Y qué más te dará a ti? Usa lejía. Total, no eres más que una pueblerina idiota y ni siquiera te lavas en el baño, por los clavos de Cristo. Unas palanganas en el lavadero y una manopla que ha cosido tu madre con algún harapo. ¿Para qué queréis cuarto de baño?

—Tenemos una habitación para invitados —contesté, enfurecida.

—Sí, ya lo creo: llena de avena. ¡Pero si parece un puñetero granero, con pollitos en cajas al lado de la ventana! ¿Habéis arreglado ya la cadena del retrete?

Resultaba asombroso que hablase con tanto desparpajo y en cambio no fuese capaz de escribir una redacción; me amenazaba para que se las hiciera yo.

—¿Dónde tienes la bici? —pregunté, celosa, nada más cruzar el umbral.

Por la mañana se había dado tantos aires con su bicicleta nueva que no

me apetecía acompañarla a la carrera mientras ella pedaleaba con indolencia.

—La he dejado en casa a la hora del almuerzo. Han dicho por la radio que va a llover. ¿Y tu antigualla, qué tal? —Se refería a la vieja bicicleta de mamá que yo usaba a veces.

Ambas tomamos el camino de sirga en dirección al pueblo. Seguía oliendo su jabón. El jabón, las impolutas tiritas y su encantadora sonrisa con hoyuelos; y su cara, rolliza en su justa medida, y su tez delicada: todo ello me producía ganas de matarla. Las tiritas eran una excentricidad suya. Se las ponía para atraer la atención sobre sus rodillas redonditas y suaves. No tenía que arrodillarse tanto como las demás, porque era la mejor voz del coro y a nadie parecía importarle que se pasase toda la misa sentada en la banqueta del piano, ni que se toqueteara las cutículas, salvo durante la consagración. Se pegaba en las rodillas unas bandas estrechas de esparadrapo que cogía de la consulta de su padre, y la gente siempre le preguntaba si se había cortado. Los adultos prestaban mucha atención a Baba, caía bien a los mayores.

—¿Qué me cuentas? —preguntó de pronto. En esos casos, yo me sentía obligada a entretenerla, aunque tuviese que recurrir a embustes.

—Nos ha llegado una colcha de chenilla de América.

Me arrepentí de inmediato de haber dicho aquello. Cuando Baba alardeaba, todo el mundo la tomaba en serio; pero si, por el contrario, era yo la que presumía de algo, la gente se reía y hacía comentarios. Así sucedía desde el día en que dije que teníamos un estudio para estudiar. No pasaba un día sin que Baba declarase: «Mi madre vio el Big Ben en su luna de miel», y entonces todas las niñas de la escuela la miraban embelesadas, como si nadie más en el mundo hubiese visto el Big Ben; aunque debo reconocer que, seguramente, ella era la única vecina del pueblo que lo había visto.

Jack Holland golpeó su ventana y me hizo señas para que entrara. Baba me acompañó y empezó a estornudar en cuanto entramos. Olía a polvo, a cerveza rancia y a humo de tabaco reconcentrado. Pasamos al interior del mostrador. Jack se quitó los anteojos sin montura y los dejó encima de un costal de azúcar. Me cogió de ambas manos.

—Tu madre ha tenido que irse unos días —me dijo.

—¿Que se ha ido? ¿Adónde? —pregunté, presa del pánico.

—Tranquila, no te asustes. Yo me encargo de todo, no hay nada que



temer.

¡Encargarse de todo! Jack era el que se encargaba de todo la noche del concierto cuando se incendió el ayuntamiento. Y también se encargaba del camión del que De Valera casi se cae durante un discurso electoral. Me eché a llorar.

—No, no —me consoló Jack, y se dirigió al último rincón de la tienda, donde tenía las botellas de vino. Baba me dio un codazo.

—Sigue llorando.

Sabía que nos daría algo. Bajó una botella de sidra polvorienta y llenó dos vasos. No entendía por qué Baba tenía que sacar partido de mi desgracia.

—¡Salud! —exclamó, tendiéndonos la bebida.

Mi vaso estaba muy sucio. Lo había lavado en agua con restos de cerveza, y secado con un trapo sucio.

—¿Por qué no sube la persiana? —preguntó Baba con una dulce sonrisa.

—Es una cuestión de criterio —dijo, muy serio, poniéndose las gafas—. A esto —y señaló los tarros de caramelos y los frascos de mermelada de dos libras— no debe darle la luz del sol.

La persiana azul estaba tan descolorida que se había vuelto de un gris apagado. El cordel se había desprendido, y la propia persiana tenía rotos los listones de la parte de abajo, que Jack fue a ajustar mientras hablaba con nosotras. La tienda era fría y lóbrega, y el mostrador estaba todo lleno de cercos marrones.

—¿Cuándo vuelve mi madre? —Nada más pronunciar su nombre, Jack sonrió para sus adentros.

—Hickey lo sabrá. Si no está ganduleando en el pajar te informará —contestó. Estaba celoso de Hickey porque mamá tenía plena confianza en él.

Baba se acabó su sidra y devolvió el vaso a Jack, que lo enjuagó en una palangana con agua fría y lo puso a escurrir en una bandeja de metal con publicidad de cerveza Guinness. Luego se secó las manos con mucho esmero en un paño mugriento y deshilachado y me guiñó un ojo.

—Os voy a pedir un favor —anunció. Yo ya sabía de qué se trataba—. ¿Me dais un besito cada una?

Desvié la mirada a una caja repleta de velas blancas.

—¡Tururú, señor Holland! —contestó Baba con ligereza, y salió de la

tienda.

La seguí, pero por desgracia tropecé con una trampa para ratones que había en la puerta. El artilugio chasqueó al contacto con mi zapato y se dio la vuelta. Se me pegó una loncha de tocino en la suela.

—Estos espantosos roedores —se quejó él, quitándome el tocino del zapato y colocando de nuevo la trampa.

Hickey decía que la tienda estaba plagada de ratones. Aseguraba que por las noches se amontonaban en el costal del azúcar, y una vez compramos un paquete de harina que tenía dos ratones muertos en su interior. Desde entonces, la harina la comprábamos en el negocio protestante que había al final de la calle. Mamá decía que los protestantes son más pulcros y más honrados.

—Anda, hazme ese favorcito de nada —insistió Jack, muy serio.

—Soy muy joven, Jack —protesté; además, estaba muy triste.

—Conmovedor. Realmente conmovedor. Tienes una inclinación por la lírica —me dijo.

Acarició con su mano húmeda una de mis rosadas mejillas, y fue a sujetarme la puerta. Pero, en ese momento, su madre lo llamó desde la cocina y él acudió corriendo. Encajé bien el batiente, y vi que Baba me estaba esperando.

—Maldita payasa, ¿con qué te has tropezado?

Se había sentado en un barril de cerveza vacío delante de la puerta, balanceando las piernas.

—Se te va a manchar el vestido con la pintura rosa del barril —advertí.

—El vestido ya es rosa, imbécil. Te acompaño a tu casa, a ver si me puedo llevar unos cuantos anillos.

Se pirraba por los anillos de mamá, y siempre que venía a mi casa insistía en probárselos.

—No, tú no vienes —me opuse con firmeza. Me temblaba la voz.

—Ya lo veremos. Tengo que coger flores para hacer un ramo. Mami mandó recado durante el almuerzo para pedirle permiso a tu madre. Mañana viene el arzobispo a tomar el té con mamá y queremos poner unas campánulas en la mesa.

—¿Quién es el arzobispo? —quise saber, pues en nuestra diócesis solo

había un obispo.

—¿Que quién es el arzobispo? ¿Qué pasa, imbécil, es que ahora eres protestante?

Yo caminaba muy deprisa, con la esperanza de que se cansara de mí y se metiera en la papelería a leer alguna novela de aventuras. La señora de la papelería era medio ciega, y Baba le robaba muchos libros.

Respiraba con tanta dificultad que se me abrían las aletas de la nariz.

—Se me está agrandando la nariz. ¿Volverá a su estado normal? — pregunté.

—Tu nariz siempre ha sido grande. Tienes una nariz que parece un puñetero surtidor de gasolina.

Pasamos el prado de las ferias, el mercado de abastos y las hileras de comercios decrepitos y malolientes que quedaban a ambos lados. Pasamos por delante del banco —un bonito edificio de dos plantas con una aldaba reluciente—, y cruzamos el puente. Incluso en días tranquilos como aquél, el cauce del río sonaba imperioso y apresurado, como si estuviese a punto de desbordarse.

No tardamos en salir del pueblo y subir la colina que conducía a la herrería. La loma se alzaba entre árboles, y había mucha sombra porque las hojas casi se encontraban en lo alto. La quietud solo se veía interrumpida por los golpes de la fragua, en la que Billy Tuohey daba forma a una herradura. Los pajarillos trinaban y gorjeaban por encima de nuestras cabezas.

—Estos malditos pájaros me están poniendo mala —dijo Baba, haciéndoles burla.

Billy Tuohey nos saludó con la cabeza desde la ventana abierta. Había tanto humo a su alrededor que apenas se le veía. Billy vivía con su madre en una choza detrás de la herrería. Criaba abejas, y era el único de la zona que cultivaba coles de Bruselas. Contaba muchas mentiras, pero eran de las agradables. Nos decía que había mandado su fotografía a Hollywood, y en respuesta había recibido un telegrama que decía: «¡Venga usted de inmediato! ¡No habíamos visto ojos tan grandes desde Greta Garbo!». Contaba que una vez comió con el Aga Khan en las carreras de Galway, y que luego jugaron al billar. Decía también que le robaron los zapatos cuando los dejó en la puerta del hotel. Nos contaba muchísimas mentiras y

muchísimas anécdotas que iluminaban las noches más negras con sus tintes exóticos, como el colorido de las llamas de turba. También bailaba gigas y danzas escocesas, y tocaba muy bien el acordeón.

—¿Qué es Billy Tuohey? —me preguntó Baba de pronto, con intención de sobresaltarme.

—Herrero —contesté.

—Dios mío, eres tonta del culo. ¿Y qué más?

—¿Qué más?

—Billy Tuohey es un picaflor.

—¿Porque anda detrás de las chicas?

—No. Porque cría abejas —dijo con un suspiro. Se aburría conmigo.

Llegamos a la verja de su casa y entró a dejar la cartera. No la esperé: no quería que viniese. Las avispas de una colmena que había en el muro de piedra producían un murmullo somnoliento, y los frutales del jardín del barbero perdían las últimas flores. Bajo el manzano había un charco de pétalos rosados que sus hijos pisoteaban, aplastándolos bajo sus pies desnudos. Los dos más pequeños estaban sentados en lo alto del murete, comiendo pan con mermelada y diciendo «Buenaz tardez» a todo el que pasaba.

—¿Qué desayunan los de Mickey el barbero? —preguntó cuando me dio alcance.

A los hijos del barbero los llamábamos «los de Mickey el barbero», porque eran demasiados como para recordar los nombres de todos.

—Té y pan, supongo.

—Bollo de cabello de ángel, tonta. ¿Y qué almuerzan los de Mickey el barbero?

—¡Cabello de ángel! —Me creía muy lista.

—No. Bigotes de gamba, imbécil.

Y fue a arrancar unas briznas de hierba que crecían en la cuneta, las masticó con aire pensativo y las escupió. Yo no entendía por qué se juntaba conmigo si se aburría tanto.

Dejé atrás a Baba cuando nos aproximamos a la verja de mi casa, y casi lo pisoteo. Estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en el tronco de un olmo, y las hojas le dibujaban sombras en la cara. Sombras en

movimiento. Estaba dormido.

Me acerqué y lo zarandé:

—¡Hickey, Hickey!

Parpadeó unos segundos hasta que abrió los ojos grises y me miró aún adormilado, embobado. Había estado soñando.

—¿Qué ha pasado? ¿Y mamá? ¿Está él en casa? —Me salió un torrente de preguntas.

—Tranquilízate, por lo que más quieras —contestó él; me había pasado un brazo por los hombros y me acariciaba una mejilla.

—¿Dónde está mamá? —insistí.

—Se ha tenido que ir a Tintrim —explicó.

Tintrim era su antigua casa, donde aún vivían su padre y su hermana soltera. Era una casita enjalbegada, con enredaderas en los muros en medio de un islote rocoso del mayor de los lagos del río Shannon. Quedaba a unos cinco kilómetros de tierra firme.

Allí vivía también otro granjero, y ambas familias compartían la única barca. Cruzaban el lago los viernes para hacer los recados y recoger la pensión del abuelo; y, por supuesto, también los domingos para ir a la iglesia. Después de misa compraban la prensa y se tomaban un té con la dueña de la papelería mientras el abuelo iba a beber una pinta de cerveza negra. Era un hombre muy anciano, y siempre le colgaba un hilillo de baba por la barba blanca. Estaba muy mayor como para tirar de la barca, pero el vecino, Tom O'Brien, era un chico joven y muy afable. Tom se encargaba de remar y, mientras tanto, el abuelo rememoraba los viejos tiempos y recordaba aquella vez que el Shannon estuvo tres meses congelado; siempre tenía a punto alguna anécdota acerca de los chicos que se ocultaron de los soldados británicos en su pajar.

Pese a que siempre repetía las mismas historias, Tom O'Brien y su familia escuchaban como si fuese la primera vez que las oían contar. Entretanto, la señora O'Brien y mi tía Molly las pasaban moradas para evitar que los sombreros saliesen volando, pues aun en días de verano soplaba el viento con ímpetu, y a menudo estallaba una tormenta de improviso y las olas rompían contra los bordes de la barca, que zozobraba. Era una embarcación muy vieja pintada de verde.

Así pues, mamá se había ido, aunque no le gustase aquella casa. Decía que la hiedra no dejaba entrar la luz en la cocina, y no lograba conciliar el sueño porque el rumor del agua le causaba inquietud. Tenía un miedo atroz al agua. Era viernes, así que a buen seguro quedaría con Tom O'Brien en el pueblo de Tintrim. ¿Por qué habría tenido que irse? No era propio de ella. Ella nunca me había dejado sola, jamás. Se me ocurrió que tal vez hubiese ido a preguntarle al abuelo si podíamos mudarnos ella y yo. Me entusiasmaba la idea de irme a vivir allí. Mi tía Molly era muy simpática, y por las noches me leía novelones de amor. Tenían un transistor muy viejo que solo se escuchaba con auriculares, y también criaban pollitos enanos que siempre andaban deambulando alrededor de la casa. Se estaba muy bien en verano. Había maizales alrededor de la casa y unos bambúes gruesos y exuberantes en las riberas. Había una playa con arena adonde íbamos la tía Molly y yo a leer las novelas románticas, y mi abuelo nunca se emborrachaba. Me detuve a pensar en todas estas cosas porque me daba pavor hacerle a Hickey la pregunta que me atormentaba. Finalmente la hice:

—¿Ha vuelto mi padre?

—Sí, a cambiarse de camisa —respondió, sarcástico.

—¿Le ha pegado?

—¿Acaso no tiene que pagarla con alguien cada vez que se emborracha? Si no es con ella, me toca a mí; y si no estamos ninguno de nosotros, pues con el perro.

En ese momento apareció Baba comiéndose un plátano.

—Ya podías haberme esperado —dijo, mirándome con furia.

—Hola, Shirley Temple —saludó Hickey; y a mí—: Tu madre ha dejado dicho que te quedes donde Baba.

—No, Hickey, yo me quedo en casa. Tú cuidarás de mí.

Pero negó con la cabeza. No me quería. No me amaba. No era capaz de sacrificarse y quedarse en casa conmigo. No podía pasarse sin sus cervezas ni sin la cara sebosa de Maisie. Maisie trabajaba en el bar del hotel Greyhound. Siempre le estallaban las cremalleras de las faldas, y estaba mellada, pero a Hickey le gustaba mucho. Era gorda, como él, y muy alegre.

—Quédate en nuestra casa —intervino Baba, tirando la piel del plátano a una boñiga fresca y haciendo revolotear en todas direcciones un enjambre de

moscas.

Me quedé mirando a Hickey con intención de hacerle entender que necesitaba su ayuda, pero no conseguí que se diese por aludido. Ninguno de los tres decía una palabra. Agaché la cabeza y vi que las moscas regresaban al montón de excrementos, posándose como pasas quemadas en lo alto de un bizcocho moreno.

—No puedo estar pendiente de ti —dijo, por fin—. Tengo que ordeñar y dar de comer a los terneros y a las gallinas. Llevo toda la responsabilidad sobre mis hombros.

Se regodeaba en su importancia.

—No necesito que nadie esté pendiente de mí —repliqué—. Solo te pido que te quedes en casa conmigo por las noches.

Pero no dio su brazo a torcer. Yo sabía que me tendría que ir, así que opté por ponerme terca.

—¿Y qué pasa con mi camisón?

—Ve a por él —sugirió Baba con aplomo.

¿Cómo podían estar tan tranquilos si a mí me castañeteaban los dientes?

—No puedo. Me da miedo.

—¿Miedo de qué? —preguntó Hickey—. Ahora mismo estará en Limerick.

—¿Seguro?

—¡Segurísimo! Lo he visto preguntándole al del correo si lo podía llevar. No le verás el pelo en diez o doce días, hasta que se le acabe el dinero.

—Venga, boba, yo voy contigo —dijo Baba.

Quería saber si mamá se encontraba bien, así que le pregunté a Hickey en voz baja.

—No te oigo.

Volví a susurrar.

—Que no te oigo.

Me di por vencida. Hickey se adentró en los campos silbando y nosotras tomamos el camino. Estaba plagado de malas hierbas, y las ruedas de las carretas que transitaban a diario habían cavado dos surcos.

—¿No tendrás liendres? —inquirió Baba con una mueca.

—No lo sé. ¿Por qué?

—Porque si tienes liendres no te puedes quedar en mi casa. No quiero que se me llene la almohada de bichos; esos bichejos repugnantes al final te tiran.

—¿Tirarme? ¿Adónde?

—Al Shannon.

—Qué estupidez.

—Más estúpida eres tú —replicó, y me levantó un mechón de pelo para examinarme el cuero cabelludo. Dejó caer el mechón de golpe, como si hubiese descubierto algo contagioso—. Malas noticias: estás minada de chinches, pulgas, liendres, moscas y toda clase de bicharracos.

Se me puso la carne de gallina.

Bull's-Eye estaba comiendo pan de un platillo esmaltado que alguien le había dejado en el arriate. Pobre Bull'sEye; menos mal que alguien se había acordado de él.

En el interior, la cocina estaba desordenada y el fogón apagado. Las botas de goma de mamá estaban tiradas en mitad de la estancia, y sobre la mesa había dos lecheras, además de la cajita de los sobres y los folios. Ahí era donde mamá tenía el colorete, la barra de labios y demás. Se había llevado el pompón para maquillarse, y también había desaparecido el rosario, que colgaba de un clavo en el aparador. Se había marchado. Se había marchado de veras.

—Sube conmigo —propuse a Baba. El temblor de mis rodillas era incontrolable.

—¿No tienes nada decente para comer? —preguntó, abriendo la puerta de la salita comedor.

Baba sabía que mamá escondía latas de galletas detrás de una de las cortinas. La sala estaba a oscuras, triste y polvorienta. La vitrina, con su colección de cachivaches, tapas de cajas de bombones, estatuillas y flores artificiales, resultaba ridícula ahora que mamá no estaba. Las conchas que usaba como ceniceros estaban repartidas por toda la habitación. Baba levantó un par de ellas y luego las dejó en su sitio.

—¡Por Dios, este lugar es un puñetero bazar! —exclamó Baba, acercándose al mueblecito para saludar a las estatuillas—. Hola, san Antonio. Hola, san Judas, patrón de las causas perdidas.

Cuando fue a coger un niño Jesús de Praga, se quedó con la cabeza en la



mano. Soltó una sonora carcajada, y, cuando le ofrecí una galleta de una caja surtida, se guardó todas las de chocolate en el bolsillo.

Entonces vio la mantequilla en el bordillo de azulejo de la chimenea. Mamá la dejaba ahí en verano para que se mantuviera fresca. Cogió un par de libras:

—También me llevo esto a cambio de alojarte en mi casa. Venga, vamos a echarles un vistazo a las joyas —insistió.

A Baba le encantaban los anillos de mi madre. Eran unos anillos muy bonitos que le regalaron cuando era joven. Había estado en América. En aquella época era muy guapa. Tenía una cara redonda, la tez cetrina y unos preciosos ojos diáfanos y mansos. Azul turquesa. Y el pelo de dos colores: algunos mechones eran de un dorado rojizo y otros castaños, una combinación imposible de conseguir con un tinte. Yo había heredado su pelo, pero Baba había hecho correr el rumor en la escuela de que me teñía.

—Tienes el pelo como el relleno de un colchón viejo —aseguró cuando le conté lo que estaba pensando.

Nada más entrar en el cuarto de invitados, donde estaban los anillos, el aguamanil tembló en la jofaina, y las flores que había en su interior se movieron como agitadas por una suave brisa. En realidad no eran flores, sino mazorcas de maíz que mamá había envuelto con papel plateado y dorado. Las había combinado con tallos de carrizo teñidos de un rosa muy llamativo, carnavalesco. Pero a mamá le gustaba. Era muy hacendosa. Siempre andaba haciendo cosas.

—Saca los anillos y deja de mirarte en el maldito espejo.

El azogue estaba cubierto de manchas verdes, pero me miraba en él por costumbre. Saqué la cajita marrón y dorada donde guardábamos las joyas y Baba se lo probó todo: los anillos, los dos broches de perlas y el collar de ámbar que le llegaba hasta la barriga.

—Bien podrías darme alguna de estas sortijas, si no fueras una puñetera tacaña.

—Son de mamá, no puedo darte nada —dije, atemorizada.

—«Son de mamá, no puedo darte nada» —repitió, imitándome con una voz chillona y llorosa.

Abrió el ropero y sacó el vestido de fiesta verde de organza; se admiró a

sí misma en el espejo empañado y dio unos pasos de baile, de puntillas. Estaba muy guapa cuando bailaba. Yo, en cambio, era una patosa.

—¡Chist! Creo que he oído algo —dije. Estaba casi segura de haber oído pasos en el piso de abajo.

—Bah, será el perro.

—Será mejor que baje; no quiero que vuelque las lecheras. ¿Hemos dejado la puerta trasera abierta?

Bajé deprisa y me detuve en seco en el umbral de la cocina: ahí estaba él. Era mi padre, bebido, con el sombrero echado hacia atrás y la gabardina blanca abierta. Tenía la cara colorada, con un gesto feroz y rabioso. Yo sabía que estaba deseando pegar a alguien.

—Qué bonito, llegar a tu casa y que esté desierta. ¿Y tu madre?

—No lo sé.

—Contéstame.

Me aterrorizaba mirar aquellos ojos azules, enormes y saltones. Parecían ojos de cristal.

—No lo sé.

Se acercó a mí y me asestó un puñetazo debajo de la mandíbula, tan fuerte que me entrechocaron los dientes. Me clavó una mirada desquiciada y dijo:

—Siempre evitándome. Siempre evitando a tu padre, so pedazo de... Dime dónde está tu madre si no quieres que te maje a palos.

Llamé a Baba a gritos. Bajó la escalera a trompicones con un bolsito de abalorios colgándole de una muñeca, y mi padre me quitó las manos de encima. No le gustaba que la gente pensara que era violento. Tenía fama de ser un caballero, un hombre honrado que no haría daño ni a una mosca.

—Buenas tardes, señor Brady —saludó.

—Hombre, Baba. ¿Te portas bien?

Me acerqué a la puerta que daba a la antecocina. Estaría más segura cerca de una vía de escape. Apestaba a *whisky*. Tenía hipo, y, cada vez que hipaba, a Baba le daba la risa. Rogaba por que no se diese cuenta, o nos mataría a ambas.

—La señora Brady se ha marchado. Es por su padre, que no está bien. La avisaron de que tenía que irse, y Caithleen se quedará con nosotros.

Baba comía una galleta de chocolate mientras hablaba, y se le quedaban migas en las comisuras de sus bonitos labios.

—Se quedará aquí para cuidar de mí, y se acabó la discusión.

Hablaba muy alto, y agitaba el puño hacia donde yo estaba.

—Ah —sonrió Baba—, pero, señor Brady, para cuidar de usted va a venir otra persona: la señora Burke, la del campo. De hecho, tenemos que ir a avisarla de que ya ha venido usted.

Mi padre no contestó. Emitió otro hipido. Bull's-Eye entró y me pasó su rabo blanco y peludo por la pierna.

—Será mejor que nos demos prisa —aconsejó Baba, y me guiñó un ojo.

Papá se sacó un fajo de billetes del bolsillo y le dio a Baba uno de una libra, muy doblado y sucio.

—Toma —dijo—, esto es por las molestias. No acepto nada a cambio de nada.

Baba le dio las gracias y dijo que no tenía por qué molestarse, y nos marchamos.

—Por Dios, está como una cuba, ¡vámonos!

Pero yo era incapaz de correr, me sentía muy débil.

—¡Y encima se nos ha olvidado la maldita mantequilla! —añadió.

Miré atrás y vi que venía detrás de nosotras dando zancadas muy decididas.

—¡Baba! —llamó.

Ella me preguntó si debíamos salir corriendo, y mi padre volvió a llamarla. Le dije que mejor no, porque no me veía capaz.

Nos detuvimos hasta que nos alcanzó.

—Devuélveme el dinero. Ya ajustaré cuentas con tu padre, que tengo que hablar con él para que venga la semana que viene a hacer unas cuantas cosas.

Cogió el billete y se alejó a toda prisa. Seguramente iba a la taberna, o a tomar el autobús de la tarde a Portumna. Allí vivía un amigo suyo que criaba caballos de carreras.

—Qué caradura, ¡ya le debe veinte libras a mi padre! —exclamó Baba.

Vi que Hickey se acercaba por el prado y lo saludé con la mano. Estaba pastoreando las vacas, que avanzaban desordenadamente por el campo. Algunas se detenían a contemplar la nada, como suelen hacer las vacas.

Hickey les silbaba, y la melodía llegó hasta nosotras atravesando el prado en medio de la apacible tarde. Cualquiera que pasara por el camino podría haber pensado que la nuestra era una granja feliz. Porque lo parecía: feliz, próspera y sólida bajo la luz cobriza del cálido atardecer. Era una casa de mampostería roja que se erguía entre los árboles; y, por las tardes, cuando caía el ocaso, brillaba con luz propia, la casa y los prados que se desplegaban en derredor formando una extensión infinita de liso verdor.

—Hickey, me has mentido. Ha vuelto, y por poco me mata.

Hickey se encontraba a unos pocos metros de distancia, con las manos posadas en sendas vacas que lo flanqueaban.

—¿Y por qué no te has escondido?

—Porque me di de bruces con él.

—¿Qué quería?

—Bronca, como siempre.

—Es un sinvergüenza. Me ha dado una libra por la molestia y luego me la ha quitado —declaró Baba.

—Ay, si a mí me diesen un penique por cada libra que me debe... —dijo Hickey, negando suavemente con la cabeza.

A Hickey le debíamos muchísimo dinero, y me preocupaba que nos dejase y se fuese a trabajar con los forestales, que le pagarían con regularidad.

—No te vas a marchar, ¿verdad, Hickey? —rogué.

—Me iré a Birmingham cuando acabe el verano —confirmó.

Mis dos mayores temores en la vida eran que mamá muriese de cáncer y que Hickey nos dejara. En el pueblo, cuatro mujeres habían muerto de cáncer. Baba decía que estaba relacionado con no tener hijos. Que todas las monjas desarrollan cáncer. En ese momento me acordé de mi beca, y se lo conté a Hickey. Se puso muy contento.

—¡Te vas a convertir en una señoritinga! —dijo.

La vaca parda alzó la cola e hizo pis en la hierba.

—¿Os apetece una limonada? —preguntó, y nosotras salimos corriendo.

Hickey dio unas palmadas en el lomo de la vaca y esta se puso en marcha con pesadez. Las otras vacas también se movieron, y Hickey fue detrás de ellas lanzando un chiflido distinto. La tarde era un remanso de paz.

## 4

Baba llamó a su madre —«¡Martha! ¡Martha!»— nada más poner el pie en el recibidor. Era un vestíbulo embaldosado y olía a cera abrillantadora.

Subimos las escaleras alfombradas. Se abrió una puerta, despacio, y Martha asomó la cabeza.

—¡Chist, chist! —nos llamó, haciendo señas para que pasáramos. Una vez en el dormitorio, cerró la puerta con cuidado.

—Hola, bicho —dijo Declan a Baba. Era su hermano pequeño. Se estaba comiendo un muslo de pollo.

En medio de la enorme cama reposaba una bandeja con un pollo. Se había asado de más y estaba medio deshecho.

—Quítate la chaqueta —me ordenó Martha.

Parecía estar esperándome. Mamá debía de haberla avisado. Martha estaba muy pálida; siempre lo estaba. Su cutis claro recordaba al de una Virgen, con los párpados siempre bajados, ocultando unos ojos grandes tan oscuros que era imposible distinguir su color, aunque recordaban a unos pensamientos morados. Aterciopelados. Llevaba unos zapatos rojos de terciopelo con incrustaciones plateadas en la parte delantera, y la estancia olía a perfume, a vino y a madurez. Estaba bebiendo vino tinto.

—¿Dónde anda el viejo? —quiso saber Baba.

—Ni idea —reconoció Martha, negando con la cabeza. Su negra melena, que normalmente se recogía en un moño alto, le caía sobre los hombros, con las puntas ligeramente hacia arriba.

—¿Y para qué te has subido el pollo aquí? —preguntó de nuevo Baba.

—¿Tú qué crees? —replicó Declan, lanzándole un hueso.

—Para que no se lo coma el viejo —reconoció Baba, y se volvió hacia la

foto de su padre que había en la repisa de la chimenea. Imitó una pistola con la mano derecha, apuntó a la foto y exclamó—: ¡Bang, bang!

Martha me dio una alita. La mojé en el salero y me la comí. Estaba riquísima.

—Tu madre se ha ido unos días —me dijo, y de nuevo sentí un nudo en la garganta. No me agradaba la compasión. Y eso que Martha no era muy maternal; era demasiado hermosa y fría para eso.

Martha era lo que los aldeanos llamaban «una mujer espabilada». La mayoría de las noches se iba al hotel Greyhound, ataviada con un traje negro muy ajustado que se ponía sin nada debajo —salvo el sostén— y un pañuelo de gasa anudado al cuello. Se acomodaba en un taburete alto del bar del hotel, y forasteros y viajeros de comercio se quedaban prendados de su tez inmaculada, sus uñas pintadas, su pelo negro con reflejos azulados y su cara de Virgen María; pensaban que estaba triste. Pero Martha nunca estaba triste, a menos que el hastío sea una forma de tristeza. A la vida solo le pedía dos cosas, y las había logrado: alcohol y admiración.

—Molly ha dejado *trifle* en la despensa —dijo, dirigiéndose a Baba.

Molly era una criada de dieciséis años procedente de una pequeña granja perdida en medio del campo. Durante su primera semana en casa de los Brennan no se había quitado las botas de goma, y cuando Martha la reprendió por ello, confesó que no tenía más calzado. Martha pegaba a Molly con frecuencia y la encerraba en algún cuarto cada vez que preguntaba si podía ir a los bailes del ayuntamiento. Molly le contó a la modista que «ellos», refiriéndose a los Brennan, comían espléndidos asados a diario, mientras que a ella le daban salchichas y puré de patatas del día anterior. Pero puede que aquello no fuese más que una invención. Martha no era mezquina. Gastaba el dinero del marido con orgullo y avidez, aunque, como todos los bebedores, se mostraba reacia a gastar en cualquier cosa que no fuera alcohol.

Baba entró con un recipiente de cristal donde quedaba la mitad del *trifle* y lo dejó en la cama junto a unos platillos y las cucharillas de postre. Su madre sirvió. Aquel postre rosáceo con la rodaja de melocotón, la cereza confitada, el plátano y los bultos irregulares de bizcocho me hizo evocar la época en que también había *trifle* en nuestra casa. Casi podía ver a mamá sirviéndonoslo en los platos: a mi padre, a mí y a Hickey. Para ella solo dejaba una cucharada

en el fondo del molde. Se enfadaba y arrugaba la nariz cuando yo decía que no me gustaba. Mi padre me mandaba callar bruscamente, y Hickey se reía con disimulo y decía: «A más tocamos». En esas cosas pensaba cuando oí que Baba decía:

—A ella no le gusta el *trifle* —refiriéndose a mí.

Su madre dividió entonces en tres partes la ración que había previsto para mí, y se me hizo la boca agua mientras saboreaban el postre.

—Martha, ¡eh, vieja Martha! ¿Qué puedo ser de mayor? —preguntó a su madre Declan, que estaba fumándose un pitillo para aprender a tragarse el humo.

—Salir de este maldito agujero, hacer algo, ser alguien. Actor... Algo interesante —dijo Martha al tiempo que se contemplaba en el espejo y se reventaba un punto negro de la barbilla.

—¿Tú fuiste famosa, mami? —Baba se dirigió a la imagen del espejo.

Aquel rostro alzó la vista y suspiró, nostálgico. Martha había sido bailarina de *ballet*, pero había abandonado su carrera para casarse, o eso decía ella.

—¿Por qué no seguiste? —preguntó Baba, pese a conocer muy bien la respuesta.

—Es que era demasiado alta —dijo Martha, y se separó del espejo y cruzó el cuarto dando unos pasos de baile y agitando un pañuelo rojo de organza.

—¿Demasiado alta? Dios, cada vez cuenta una cosa diferente —apostilló Baba mientras su madre seguía danzando sobre las puntas de los pies.

—Podría haberme casado con cien hombres distintos; cien hombres lloraron el día de mi boda —aseguró Martha, y los niños estallaron en aplausos—. Uno era actor, otro poeta, y unos doce pertenecían al cuerpo diplomático. —Su voz se fue extinguiendo a medida que se alejaba para ir a hablar con sus dos peces de colores, que estaban en el tocador.

—El cuerpo diplomático... Igualito que esta pocilga —masculló Baba.

—¡Por los clavos de Cristo! —replicó Martha, y entonces se oyó un claxon y todos dieron un brinco.

—¡El pollo, el pollo! —exclamó Martha, y lo guardó en el ropero cubriéndolo con una mañanita. En el armario había vestidos de verano y una

capa de fiesta de piel blanca—. Salid, id a hacer algo a la cocina... ¡Los deberes! —ordenó al tiempo que agarraba el cepillo de dientes y empezaba a lavárselos en el lavabo.

Tenían una casa modernísima, con lavabos en los dos dormitorios principales. Al poco bajó con nosotros a la cocina.

—¿Qué tal? —preguntó, echándole el aliento a Baba.

—Te va a decir que le prestas demasiada atención a tus dientes.

Baba se echó a reír, pero acto seguido se recompuso al oír que entraba su padre por la puerta trasera. Llevaba un frasco de medicamentos vacío, un paquete de algodones abierto y una caja de zapatos llena de guisantes.

—Mami. Declan. Baba —saludó.

Yo estaba detrás de la puerta y no me vio. Tenía una voz grave, ronca y levemente sarcástica. Martha se agachó para sacar su cena del horno más bajo de la cocina: una chuleta fría que se había quedado tiesa y unas cebollas fritas que parecían en exceso reblandecidas. Puso el plato en una bandeja de plata muy elaborada. Mi madre siempre decía que para los Brennan lo más importante era comer con la cubertería y la mantelería buenas.

—Creí que hoy había pollo, mami —dijo él, quitándose las gafas para limpiarlas con un pañuelo blanco muy grande.

—La tontaina de Molly se dejó la fresquera abierta y Rover se lo ha comido —explicó Martha con parsimonia.

—Menuda imbécil. ¿Dónde se ha metido?

—Se ha ido de picos pardos —explicó Baba.

—Molly se merece un buen castigo, un correctivo, ¿me oyes, mami?

Y Martha contestó que sí, que no estaba sorda. En ese momento tosí, porque quería que me viese, que supiera que yo estaba presente. Me daba la espalda, pero se dio la vuelta rápidamente.

—¡Vaya! Caithleen, Caithleen, mi dulce niña. —Se acercó a mí, me puso las manos sobre los hombros y me dio un leve beso en cada mejilla. Había bebido un par de copas—. Qué no daría yo, Caithleen, por que otros —y agitó una mano en el aire—, otros fueran tan inteligentes y educados como tú. —Baba le hizo burla, y, como si tuviese ojos en la nuca, se dio la vuelta y se dirigió a ella—: ¡Baba!

—¿Qué pasa, papi?



Ahora exhibía una sonrisa zalamera, y se le marcaban en las mejillas sus perfectos hoyuelos.

—¿Sabes cocinar guisantes?

—No.

—¿Y tu madre sabe cocinar guisantes?

—No sé.

Martha había salido a coger el teléfono del recibidor, y cuando volvió estaba escribiendo una cosa en la agenda.

—Quieren que vayas a Cooriganoir. Unos que se llaman O'Brien. Es urgente, se les está muriendo una vaquilla —dijo mientras anotaba en la agenda las instrucciones para dar con el lugar.

—¿Sabes cocinar guisantes, mami?

—Insisten en que vayas enseguida. Dicen que la última vez tardaste mucho en llegar y la yegua se murió y el potrillo salió cojo.

—Imbécil, imbécil, imbécil —maldijo él.

Ignoraba si se refería a su esposa o a la familia de Cooriganoir. Fue a beber un poco de leche de una jarra que había en la alacena. Hacía mucho ruido al tragar; se oía claramente cómo el líquido atravesaba el túnel de su garganta.

Martha suspiró y encendió un cigarrillo. La cena se había quedado helada, y su marido no la había probado siquiera.

—Será mejor que aprendas a cocinar guisantes, mami —dijo.

Martha se puso a silbar, ignorándolo; silbaba como si pasease por un polvoriento camino de montaña y quisiera sentirse acompañada o llamar a un perro que se hubiese extraviado persiguiendo a una liebre entre la maleza y los campos. Él salió dando un portazo.

—¿Ya se ha ido? —inquirió Declan desde el habitáculo de la despensa, donde se había encerrado.

Su padre solía pedirle que lo acompañase, pero Declan prefería gandulear, fumar y discutir con Martha a propósito de su carrera. Quería ser actor de cine.

—¿Vamos a la función de esta noche, Martha? —preguntó Baba.

—¡Habrás visto! Si quiere sus dichosos guisantes que se los haga él. Valiente arrogancia. Yo ya comía guisantes cuando la taruga de su madre le

daba a él flores de ortiga. ¡Por favor!

Era la primera vez que veía a Martha encendida.

—Lo mejor será que no vengas —me aconsejó Baba—. Tu viejo podría ponerse malo y dejar el suelo lleno de vómitos.

—Ella viene —intervino Declan—. ¿Verdad que sí, Martha?

Martha me sonrió y dijo que claro que iría.

—Bueno, pero si está el señor Gentleman, a su lado me siento yo —sentenció Baba, meneando las trenzas con una sacudida de cabeza.

—No, a su lado me sentaré yo —la contradijo Martha con una sonrisa.

Martha también tenía hoyuelos, aunque no eran ni tan cautivadores ni tan profundos como los de Baba, porque su piel era muy clara.

—De todos modos, tiene una amiguita en Dublín. Una corista —anunció Baba, y, para ilustrar el comportamiento de las coristas, se levantó el vestido por encima de las rodillas.

—Mentirosa, mentirosa —exclamó Declan, y le arrojó la caja de guisantes, que se desparramaron por el suelo. Tuve que arrodillarme para recogerlos. Baba abrió unas vainas para probar los guisantes, tiernos y deliciosos. Yo eché las vainas vacías al fuego. Martha subió a arreglarse y Declan se retiró al salón para poner el gramófono.

—¿Quién te ha contado lo del señor Gentleman? —pregunté tímidamente.

—Pues tú —contestó, clavándome sus ojos azules y descarados.

—Eso es mentira, ¿cómo te atreves? —Temblaba de indignación.

—¿Cómo te atreves tú a decirme que cómo me atrevo en mi propia casa? —repuso al tiempo que salía para lavarse los pies antes de ir a ver la función.

Desde la antesala me preguntó a voces si mi madre seguía lavándose en un balde para la leche en la mesa de la cocina. Y, durante un instante, vi a mamá mojándose los callos bajo la luz de la lámpara, para ablandarlos antes de empezar a quitárselos con una cuchilla de afeitar.

El reloj de pared marcó las cinco desde el recibidor, y afuera el cielo se había oscurecido. Comenzó a levantarse viento, y un viejo cubo rodó por el sendero de grava. La lluvia llegó de repente, y Baba me gritó que saliese a recoger la ropa del tendedero, por el amor de Dios. Lo que caía era un granizo que golpeaba las ventanas como si fuesen pedradas; parecía que los

cristales fuesen a reventar de un momento a otro. Salí corriendo a por la ropa y me empapé. Pensé en mamá, y deseé que no la hubiese sorprendido a la intemperie. Había muy pocos lugares donde poder refugiarse en el trayecto de nuestro pueblo al de Tintrim, y mamá era tan tímida que no se atrevería a pedir cobijo en las casas del camino. Dejó de llover al cabo de diez minutos y el sol apareció en un claro que se abrió entre las nubes. Todas las flores del manzano habían caído en la hierba, y una capa de agua cubría la rama que se veía desde la ventana de la cocina. Doblé las sábanas y me detuve a olerlas un momento, porque no hay olor más agradable que el de las sábanas recién lavadas. Luego las dejé en el estante que había encima del fogón, pues aún estaban un poco húmedas, y subí al cuarto de Baba.

## 5

Salimos rumbo al pueblo justo antes de las siete. El señor Brennan no había vuelto, así que le dejamos la mesa puesta, y mientras Martha se arreglaba en el piso de arriba cubrí el plato de los sándwiches con una servilleta húmeda. Me daba pena el señor Brennan. Trabajaba mucho y tenía una úlcera.

Declan nos adelantó; decía que ir con niñas era cosa de mariquitas.

El sol declinaba y prendía fuego a la zona occidental del cielo. Del incendio salían unas franjas de color, no rojas como el sol, sino de un rosa cálido y encendido. La extensión que tenían por encima era de un azul desnudo; y más alto aún, sobre nuestras cabezas, surcaban serenas las magníficas nubes de plumas. El cielo quedaba allá arriba. No conocía a nadie que estuviese en el cielo, excepto a las ancianas del pueblo que habían muerto; pero no había nadie a quien yo amara.

—Mi mami es la mujer más guapa del lugar —declaró Baba.

En realidad, yo creía que mi madre era más guapa, con su carita redonda, nívea, desgarradora, y sus ojos grises e inocentes, pero preferí no decirlo, puesto que me estaba alojando en su casa. Martha iba muy guapa. El sol poniente, o tal vez el collar de coral, confería a su mirada un misterioso fulgor anaranjado.

—Piii, piii —hizo Hickey al adelantarnos en su bicicleta.

La bici de Hickey era digna de lástima. Parecía estar a punto de desmoronarse bajo el peso de su cuerpo. Las ruedas estaban desinfladas. Llevaba una lechera colgada del manillar, y desde el interior del canasto de mimbre se oía el cloqueo de una gallina. Seguramente se la llevaba a la señora O'Shea, la del hotel Greyhound. Hickey siempre agasajaba a sus amigos aprovechando las ausencias de mamá. Me imaginaba que ella tendría

las gallinas contadas, pero Hickey siempre podía inventarse que había venido un zorro. Los zorros aparecían constantemente en el patio a plena luz del día para cazar una gallina o un pavo.

Frente a nosotros, como pardas motas de polvo, las hordas de mosquitos zumbaban bajo los árboles, y sentí un escozor en las orejas cuando pasamos por el tramo de carretera que corría junto a la herrería, donde también había un bosquecillo de hayas.

—Daos prisa —apremió Martha, y aceleré el paso.

Quería que nos sentáramos en la primera fila, donde se acomodaba la gente importante: la esposa del médico, el señor Gentleman y las hermanas Connor. Las hermanas Connor eran protestantes, pero gozaban de buena reputación. Justo en ese momento nos adelantaron en su camioneta e hicieron sonar la bocina. Era su forma de saludar. Nosotros devolvimos el saludo con un movimiento de cabeza. Me alegré de que no se hubieran ofrecido a llevarnos, porque en la parte de atrás asomaban dos Pastores alemanes, y a mí me daban miedo los Pastores alemanes. De la verja de las hermanas Connor colgaba un letrero que decía: CUIDADO CON LOS PERROS. Hablaban con altanería, montaban a caballo y se iban de caza en invierno. Cuando acudían a las carreras llevaban banquetas plegables. Nunca hablaban conmigo, pero a Martha la invitaban a tomar el té una vez al año. En verano.

Ascendimos el largo trecho de escalones de cemento y entramos en el porche que daba al salón de actos del ayuntamiento. En la ventanilla despachaba una señora gorda de la que solo se veía la mitad superior. Llevaba un vestido morado con millones de lentejuelas. Tenía pegotes de máscara en las pestañas, y se había teñido el pelo de morado para que hiciera juego con el vestido. Resultaba fascinante admirar el brillo de las lentejuelas; parecían moverse por la superficie del corpiño.

—Le bailan las tetas —me dijo Baba, y las dos nos reímos por lo bajo.

Aún nos reíamos cuando sujetamos las puertas para que entrase Martha. A Martha le gustaba entrar a lo grande.

—Niñas, dejaos de risas —nos regañó como si fuéramos unas extrañas.

Un actor maquillado nos sonrió, y lo seguimos para que nos condujese a nuestros asientos. Martha le había tendido tres entradas de color azul.

Los chicos del pueblo, que estaban al fondo del salón de actos, lanzaron

silbidos al vernos entrar. Tenían la costumbre de plantarse allí para examinar a las chiquillas que pasaban, y luego reían o silbaban a las que eran guapas. Llevaban ropa vieja, pero casi todos calzaban los zapatos de los domingos y desprendían un fuerte olor a brillantina.

—Ordinarios —dijo Martha.

Aquella era su palabra preferida para la mayoría de clientes de su esposo. Un chico muy mono me sonrió; tenía el pelo oscuro y rizado y una cara alegre y rojiza. Yo sabía que estaba en el equipo de *hurling*.

Nos pusieron en primera fila. Martha se sentó junto a la mayor de las Connor, Baba a su lado y yo en el pasillo. El señor Gentleman estaba más lejos, al lado de la más joven de las Connor. Me fijé en su nuca y en el cuello de su camisa antes de sentarme. Me alegró saber que había venido.

La sala estaba prácticamente a oscuras. Habían cubierto las ventanas con unas telas negras sujetas con tachuelas a las cuatro esquinas de los marcos. La luz de los seis candiles que había en el proscenio apenas si alumbraba para distinguir los asientos. Dos de las lámparas humeaban y tenían los globos ennegrecidos.

Me di la vuelta para ver si había llegado ya Hickey. Repasé primero las filas de sillas, luego las de taburetes que se alineaban detrás de las sillas, y, aún más atrás, hacia los tablones apoyados en barriles de cerveza. Estaba en un extremo de la última fila de tablones, al lado de Maisie. Los asientos más baratos. Se reían. El fondo del salón estaba plagado de chicas risueñas. Chicas de pelo rizado; chicas con brillantes bucles oscuros que caían en cascada sobre sus hombros como racimos de bayas; chicas con chispeantes ojos de zarzamora que sonreían con suficiencia, charlaban y esperaban. La señorita Moriarty estaba dos filas detrás de nosotras, e hizo una leve inclinación de cabeza para darme a entender que me había visto. Jack Holland anotaba algo en su cuaderno.

Sonó una campana y el polvoriento telón gris se fue abriendo despacio; pero a medio camino se quedó atascado. Los chicos del fondo empezaron a abuchear. Vi que, en un lateral del escenario, el actor maquillado tiraba de una cuerda, y al final acabó por salir a abrir el telón con sus propias manos. La multitud lo aclamó.

Sobre el escenario había cuatro chicas con blusas de color cereza,

pantalones negros con volantes y cascos negros. Bajo el brazo llevaban bastones, y bailaban claqué. Deseé que mamá estuviese conmigo. Con tanto ajetreo, no había pensado en ella desde hacía más de una hora. Se habría divertido mucho, y le habría alegrado saber de mi beca.

Las chicas hicieron mutis bailando aún, dos hacia la derecha y dos hacia la izquierda, y entonces salió un hombre que entonó canciones muy tristes acompañado de un banjo. Bizqueaba adrede, y cada vez que lo hacía el público estallaba en carcajadas.

A continuación tocaba un número cómico en el que dos payasos entraban y salían de unas cajas; luego, la señora del vestido morado cantó «Courting in the Kitchen». Animaba al público a que la acompañase en el estribillo, y casi al final lo consiguió. Cantaba fatal.

—Y ahora, damas y caballeros, haremos un breve entreacto durante el cual venderemos papeletas para una rifa que se celebrará justo antes del espectáculo. Como seguramente sabrán, la obra que se va a representar es la única e inimitable, la conmovedora y vivificante *Vidas truncadas* —dijo el hombre maquillado.

Yo no tenía dinero, pero Martha me compró cuatro boletos.

—Si ganas, el premio es para mí —me advirtió Baba.

El señor Gentleman ofreció su paquete de cigarrillos a todos los de la primera fila. Martha cogió uno y se inclinó para darle las gracias. Baba y yo comíamos delicias turcas.

Después de vender todas las papeletas, el actor bajó del escenario y se quedó junto a los candiles; metió los duplicados en un sombrero y echó un vistazo a su alrededor para decidir quién salía a sacar las papeletas premiadas. En tales ocasiones solían escoger a niños, pues se presupone su honestidad. Oteó toda la sala, y, cuando se fijó en Baba y en mí, nos eligió. Nos pusimos a su lado, mirando hacia el público; Baba sacó el primer número y yo el siguiente. El hombre los dijo en voz alta. Los repitió tres veces, pero nadie reaccionaba. El silencio era absoluto. Volvió a decir los números, y estaba ya a punto de pedirnos que sacáramos otras papeletas cuando se oyó un grito al fondo del salón.

—¡Aquí, aquí! —decía la gente.

—Tienen que acercarse y mostrarme sus papeletas.

A la gente le hacía ilusión ganar, pero le abochornaba subir a recoger los premios. Por fin, los dos afortunados se abrieron paso entre la multitud puesta en pie y recorrieron, vacilantes, el pasillo. Uno de ellos era albino; el otro, un chiquillo. Enseñaron sus boletos, recogieron los diez chelines que correspondían a cada uno y volvieron aprisa a la oscuridad del final de la sala.

—¿No les apetece que nuestras dos encantadoras amigas nos canten alguna cancioncilla? —dijo el actor, posando las manos sobre nuestros hombros.

—¡Sí! —contestó Baba, que aprovechaba la mínima ocasión para lucir su voz cristalina y delicada. Se arrancó—: «As I was going one morning, 'twas in the month of May, a mother and her daughter I spied along the way...»<sup>[4]</sup>.

Yo movía los labios, simulando que cantaba, hasta que de pronto se calló y me propinó un codazo para que siguiera, y me quedé pasmada con la boca abierta delante de todo el mundo. Me puse colorada y me escabullí a mi sitio mientras Baba continuaba con su canción.

—Bruja —dije entre dientes.

Comenzó *Vidas truncadas*. No se oía una mosca, salvo las voces del escenario.

Pero al rato escuché ruido en la parte de atrás, y un arrastrar de pies, como si alguien se hubiese mareado. La luz de una linterna bailó por el pasillo, y cuando llegó adonde nos encontrábamos descubrí que era el señor Brennan.

—Madre mía, ha venido por lo del pollo —dijo Baba a su madre cuando el señor Brennan hizo señas a Martha para que saliera.

Cruzó agachado para no entorpecer la visión, susurró algo al señor Gentleman y ambos salieron. Oí el golpe seco de la puerta al cerrarse, y me alegré de que se hubiesen marchado. La obra era estupenda, no quería perderme nada.

Pero la puerta volvió a abrirse y el destello de la linterna se fue acercando de nuevo. Me asaltó la idea de que venían a por mí, y luego la deseché. Pero sí que venían a buscarme. El señor Brennan me dio un toque en el hombro y susurró:

—Caithleen, cielo, sal un momento.



Mis zapatos rechinaron al atravesar el pasillo de puntillas. Me imaginé que se trataría de algo relacionado con mi padre.

Afuera, en el porche, todos hablaban: Martha, el párroco, el señor Gentleman, el abogado y Hickey. Este último estaba de espaldas, y Martha lloraba. Fue el señor Gentleman quien me lo dijo.

—Tu madre, Caithleen, ha sufrido un pequeño accidente.

Hablaba despacio, muy serio, y le temblaba la voz.

—¿Cómo que un accidente? —quise saber, mirando frenéticamente a todos los presentes. Martha ahogaba el llanto con el pañuelo.

—Un accidente —insistió el señor Gentleman, y luego volvió a repetirlo el párroco.

—¿Dónde está? —pregunté enseguida, presa del pánico.

Quería ir con ella inmediatamente. Inmediatamente. Pero nadie contestaba.

—Decídmelo —insistí.

Mi voz sonaba histérica, y me percaté de que estaba siendo muy grosera con el cura. Pregunté de nuevo, conteniéndome un poco.

—Decídselo, es mejor que lo sepa —oí que decía Hickey detrás de mí.

Me di la vuelta para preguntarle a él, pero el señor Brennan negó con la cabeza y distinguí el rubor de Hickey bajo la capa grisácea de su barba de dos días.

—Llévame con mamá —rogué, y salí corriendo del porche.

Bajé a toda prisa los escalones de cemento hasta que, en el último peldaño, alguien me asió por el cinto de la chaqueta.

—Todavía no podemos llevarte con ella; aún no, Caithleen —me dijo el señor Gentleman.

Yo no entendía por qué todo el mundo se estaba comportando con tanta crueldad.

—¿Por qué no? ¿Por qué? Quiero ir con ella —repetí, tratando de liberarme. Me poseía tal fuerza que habría sido capaz de recorrer los ocho kilómetros hasta Tintrim a la carrera.

—Por lo que más quieras, díselo de una vez —insistió Hickey.

—¡Cállate, Hickey! —gritó el señor Brennan, que me llevó hasta el bordillo de la acera, donde había varios automóviles.

La gente se concentraba alrededor de los vehículos, y todo el mundo murmuraba y comentaba en medio de la oscuridad. Martha me ayudó a sentarme en el asiento de atrás de su coche, y justo antes de que cerrase la portezuela me llegaron retazos de una conversación entre dos personas, y una de las voces dijo: «Ha dejado cinco hijos».

—¿Quién ha dejado cinco hijos? —pregunté a Martha, sujetándola por las muñecas. Estallé en sollozos, la llamé por su nombre y le supliqué que me lo dijera.

—Tom O’Brien, Caithleen. Se ha ahogado en la barca. Iba con... con... Se había quedado prácticamente sin habla, pero su rostro me lo reveló.

—¿Con mamá?

Asintió con la cabeza y me dio un abrazo. En ese momento subió al coche el señor Brennan, y arrancó.

—Ya lo sabe —le dijo Martha entre sollozos.

Después de eso ya no oí nada más, porque es imposible oír nada cuando todo tu cuerpo llora desconsoladamente por la pérdida que acaba de sufrir. Pérdida. Pérdida. Aun así me resistía a pensar que mi madre hubiese muerto. Pero sabía que era verdad, porque experimentaba una sensación de fatalidad y hasta el último rincón de mi ser estaba paralizado.

—¿Me lleváis con mamá? —pregunté.

—Dentro de un rato, Caithleen. Primero tenemos que ir a otro sitio —dijeron mientras me ayudaban a apearme del coche.

Me condujeron al hotel Greyhound. La señora O’Shea me dio un beso y me sentó en uno de los inmensos sillones de piel con respaldo abatible. La sala estaba atestada. Se acercó Hickey y se apoyó en el brazo del sillón. Se había sentado sobre una funda antimacasar de lino blanco, pero nadie pareció darse cuenta.

—No ha muerto —dije, implorante, como una súplica.

—Están desaparecidos desde las cinco de la tarde. Salieron de donde Tuohey a las cinco menos cuarto. El pobre Tom O’Brien llevaba dos bolsas con comestibles —me explicó Hickey.

Una vez que Hickey lo dijo, se hizo real. Noté que las rodillas se desprendían de mi cuerpo, despacio, y me sentí del todo vacía por dentro. El señor Brennan me dio una cucharada de *brandy* y luego me hizo tragar dos

pastillas blancas con una taza de té.

—No se lo cree —oí decir a una de las hermanas Connor.

Entonces llegó Baba, que vino corriendo a darme un beso.

—Perdón por lo de la puñetera canción —se disculpó.

—Llevad a esta niña a su casa —dijo Jack Holland.

Nada más oír aquello di un salto del sillón y chillé que quería irme con mi madre. La señora O'Shea se persignó, y alguien volvió a sentarme.

—Caithleen, estamos esperando a que nos llamen del cuartel —me explicó el señor Gentleman. Era el único que conseguía apaciguarme.

—No quiero volver a mi casa nunca más. Nunca —le dije.

—No irás a tu casa, Caithleen.

Por un momento parecía que iba a añadir: «Vendrás a casa con nosotros», pero no fue así. Se acercó al aparador junto al que se encontraba Martha, y le dijo algo. Luego, pidieron al señor Brennan que se acercase, y este cruzó la estancia para ir a su encuentro.

—Y él, ¿dónde está, Hickey? No quiero verlo.

Me refería a mi padre.

—Ni lo verás. Está hospitalizado en Galway. Se desmayó cuando se lo contaron. Estaba cantando en una taberna de Portumna cuando un guardia fue a decírselo.

—No pienso volver nunca a mi casa —le dije.

A Hickey se le salían los ojos de las órbitas: no estaba acostumbrado a beber *whisky*, y alguien le había puesto un vaso en la mano. Todo el mundo bebía para tratar de encajar el golpe. Hasta Jack Holland se bebió una copa de oporto. El humo de los cigarrillos recargaba el ambiente, y yo quería salir, salir a buscar a mi madre, aunque fuese para encontrar su cuerpo inerte. En aquella sala todo resultaba irreal, y la cabeza me daba vueltas. Los ceniceros estaban llenos a rebosar, hacía calor y había humo por todas partes. El señor Brennan vino a hablar conmigo. Lloraba tras sus gruesas lentes. Dijo que mi madre era una señora, una verdadera señora, y que todo el mundo la quería mucho.

—Lléveme con ella —pedí. Ya no estaba hecha una furia. Me habían abandonado las fuerzas.

—Estamos esperando, Caithleen. Estamos esperando a que avisen del

cuartel. Voy a pasarme por allí para ver si hay alguna novedad. Están rastreando el río.

Y alargó la mano en un gesto de humildad que parecía decir: «Ya nadie puede hacer nada».

—Te quedarás con nosotros —anunció mientras me retiraba el pelo de la cara y me lo ponía en su sitio con delicadeza.

—Gracias —respondí.

Se marchó al cuartel, que estaba al final de la calle, a unos cien metros de distancia. El señor Gentleman se fue con él.

—Esa puñetera barca estaba podrida, yo siempre lo he dicho —se lamentó Hickey, enfadado con el mundo por no haberle hecho caso.

—¿Puedes salir un momento, Caithleen? Se trata de algo confidencial —dijo Jack Holland, apoyándose en el respaldo de mi sillón.

Me levanté con movimientos lentos y, aunque no lo recuerdo, debí de atravesar la sala hasta llegar a la puerta blanca. La mayor parte de la pintura estaba desconchada. Jack me sujetó la puerta al salir al recibidor. Me condujo al fondo del vestíbulo, donde una vela parpadeaba apoyada en un platillo. Su cara no era sino una sombra.

Susurró:

—Que Dios me perdone, pero no he podido hacerlo.

—¿Hacer el qué, Jack? —pregunté, aunque poco me importaba. Me sentía mareada, me asfixiaba. Las pastillas y el *brandy* se me habían subido a la cabeza.

—Darle el dinero. Por Dios bendito, estoy atado de pies y manos. La anciana es la dueña de todo.

La anciana era su madre, una señora que se pasaba la vida sentada en una mecedora junto a la chimenea. Jack tenía que darle de comer pan y leche, porque el reumatismo le había provocado una parálisis en las manos.

—Bien sabe Dios que yo habría hecho cualquier cosa por tu madre. Lo sabes.

Le dije que sí.

En la planta de arriba, dos galgos aullaban. Era el aullido de la muerte. De pronto entendí que debía aceptar el hecho de que mi madre había muerto. Y lloré como nunca he vuelto a llorar en mi vida. Jack me acompañó en el

llanto y se sonó la nariz con la manga del chaquetón.

Entonces se abrió la puerta del vestíbulo y apareció el señor Brennan.

—No hay novedad, Caithleen. No hay novedad, mi amor. Vamos a casa, tienes que dormir. —Y llamó a Martha y a Baba para que saliesen.

—Volveremos más tarde —dijo, dirigiéndose al señor Gentleman.

Cruzamos la calle hasta el coche en la noche clara y estrellada. A los pocos minutos estábamos en casa, y el señor Brennan me hizo beber *whisky* caliente y me dio una píldora amarilla. Martha me ayudó a desvestirme, y, cuando me arrodillé para rezar una oración, pedí: «Dios, te ruego que resucites a mi madre». Lo repetí varias veces, aunque sabía que ya todo estaba perdido.

Dormí con Baba, con uno de sus camisones. Su cama era mucho más cómoda que la mía. Cuando me di la vuelta hacia la izquierda, ella también se giró. Me pasó el brazo por el vientre y me cogió de la mano.

—Eres mi mejor amiga —oí en la oscuridad. Al cabo de un momento, susurró—: ¿Estás dormida?

—No.

—¿Tienes miedo?

—¿Miedo de qué?

—De que se te aparezca.

En cuanto oí aquello me dieron escalofríos. ¿Qué tiene la muerte que no podemos soportar la idea de que alguien muerto nos visite? En aquel momento anhelaba a mamá más que ninguna otra cosa, y sin embargo, si se hubiese abierto la puerta y hubiera entrado, me habría puesto a llamar a gritos a Martha y al señor Brennan. Oímos un ruido abajo, un golpe seco, y las dos nos cubrimos hasta la cabeza. Baba me dijo que la muerte estaba llamando a la puerta.

—Ve a buscar a Declan —sugerí, debajo de la sábana y la manta.

—No, ve tú.

Pero ninguna de las dos se atrevía a abrir la puerta y salir al descansillo. El fantasma de mi madre nos estaba esperando en lo alto de las escaleras, vestido con un camisón blanco.

La almohada y la colcha blanca estaban húmedas cuando desperté. Molly entró con una taza de té y una tostada. Me ayudó a incorporarme en la cama y

me alcanzó la rebeca del respaldo de una silla. Molly apenas era dos años mayor que yo, pero se desvivía por mí como una madre.

—¿Te encuentras mal, mi amor? —preguntó.

Le dije que tenía calor y salió a llamar al señor Brennan.

—Suba un momento, señor. Creo que tiene algo de fiebre, mire a ver.

Él vino, me puso la mano en la frente y pidió a Molly que llamase al médico.

Me dieron pastillas durante todo el día y Martha me hizo compañía; se pintó las uñas y se las pulió con una gamuza. Como llovía, no se veía nada por la ventana, pues estaba toda empañada; pero Martha me aseguró que hacía un día de perros. Sonó el teléfono poco después del almuerzo, y Martha no hacía más que decir: «Sí, se lo diré», «Es una lástima» y «En fin, no hay nada que hacer». Luego subió y me contó que habían dragado aquel lago del Shannon, pero que no los habían encontrado. No me lo dijo, pero yo sabía que se habían dado por vencidos, y entonces comprendí que mamá nunca tendría una sepultura a la que yo pudiera llevar flores. No sabría explicar por qué, pero en cierto modo mi madre estaba más muerta que ninguna otra persona de la que yo tuviese noticia. Volví a llorar, y Martha me dio un sorbito de su copa de vino; me tumbó y me leyó un relato de una revista. Era una historia triste, de modo que lloré más aún.

Aquel fue el último día de mi niñez.

## 6

El verano pasó volando. Me quedé en casa de Baba, pero durante el día me acercaba a mi casa para hacer la comida y la colada. Algunos días subía a hacer las camas. Hickey se había trasladado al piso de arriba tras la muerte de mamá —siempre que nos referíamos a ello decíamos que había muerto, no que se había ahogado—, y las habitaciones eran una leonera. Olían a polvo, a calcetines sucios y a ambiente viciado por no abrir nunca las ventanas para arear; transmitían una enorme tristeza.

Ellos salían casi todos los días al campo a recoger y disponer el maíz en tresnales, y yo les llevaba termos de té a las cuatro. Aquel verano mi padre apenas si comió, y cada vez que se tomaba un té lo acompañaba de dos aspirinas. Se mostraba taciturno y tenía los párpados enrojecidos e hinchados. Cuando regresaban, Hickey iba a ordeñar las vacas y mi padre bebía otro té, se quitaba los zapatos en la cocina y se iba a su habitación. Creo que se metía en la cama para llorar, porque aún era de día cuando se acostaba, y, por lo demás, Hickey hacía demasiado ruido trajinando con las lecheras para que alguien pudiese conciliar el sueño.

Un día subió mientras yo despejaba los cajones de mamá y metía su ropa buena en una caja que iba a mandar a su hermana. No había hablado mucho con él desde que volvió del hospital. Prefería no hacerlo.

—Tengo que comentarte un asunto —me dijo.

Acababa de volver del pueblo, y se estaba aflojando el nudo de la corbata. Durante un horrible instante, al verlo tan desaliñado, pensé que había bebido.

—He tenido que vender —añadió, sin ninguna emoción.

—¿Vender el qué? —quise saber.

Se echó el sombrero hacia atrás y empezó a rascarse la frente. Vacilaba.

—Teníamos unas pocas deudas, y entre una cosa y otra han ido aumentando. No me ha ido muy bien en el hipódromo. En fin, que no salen las cuentas y hay que vender la finca.

—¿Y quién la va a comprar?

Recordé la advertencia de Jack Holland acerca del peligro que corría nuestra casa.

—¿Cómo?

Me había oído perfectamente, pero aquella era su estrategia cuando no quería contestar. Ahora entornaba los ojos para adoptar un aire suspicaz con el que pretendía hacerse pasar por un hombre astuto. Repetí la pregunta. No le tenía miedo cuando estaba sobrio.

—Está prácticamente en manos del banco —dijo al fin.

—¿Y quién sacará adelante la granja?

No me cabía en la cabeza que alguien que no fuese Hickey pudiese arar, ordeñar y podar el seto durante las noches de estío.

—Es probable que Jack Holland la compre.

—¿Jack Holland?

Estaba horrorizada. ¡Qué canalla! Así la sacaría más barata. Para eso tanto hablar de reyes y reinas, y tantas promesas de comprarme una pluma nueva antes de que me fuese al convento. Y pensar que había encargado siete misas por mamá... Había mandado dinero a una orden especial de sacerdotes de Dublín para un lote de misas.

—Y tú, ¿adónde irás? —pregunté. Me dije que maldita mi suerte si decidía seguirme hasta el pueblo donde se encontraba el convento.

—No te preocupes por mí. Me he quedado un pedacito de tierra, y puedo vivir en el pabellón.

A juzgar por sus palabras, cualquiera habría pensado que había sido muy espabilado al salvaguardar aquel pabellón viejo y abandonado que se ocultaba tras las azaleas. Estaba lleno de humedades, y la puerta y los dos ventanucos habían sido conquistados por el espino.

—¿Y Hickey?

—Me temo que tendrá que irse. Ya no hay trabajo para él.

No podía ser verdad. Hickey llevaba veinte años con nosotros; había estado en casa desde antes de que yo naciera. Con su obesidad sería incapaz



de trabajar en ninguna otra parte, y así se lo dije a mi padre. Pero él meneó la cabeza. No le caía bien Hickey, y además se avergonzaba de todo lo que había ocurrido.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó, y posó la mirada en el montón de ropa tirada en el suelo—. Pobre mamá, pobre criatura... —añadió, y se acercó a la ventana a llorar.

No tenía ganas de presenciar ninguna escenita, de modo que, ignorando sus lágrimas, dije:

—Tengo que comprarme el uniforme antes de marcharme, y unos zapatos y seis pares de medias negras.

—¿Cuánto costará todo eso? —preguntó, dándose la vuelta. Le corrían las lágrimas por las mejillas, y gangueaba.

—No lo sé. Diez o quince libras.

Se sacó un fajo del bolsillo y me dio tres billetes de cinco. El banco debía de haberle dado algo de liquidez.

—Nunca te ha faltado de nada, ni a tu madre tampoco. ¿A que no?

—No.

—Solo tenías que pedir lo que fuera, y ahí estaba.

Dije que era verdad, y bajé inmediatamente a freírle una loncha de beicon y preparar té. Lo llamé cuando estuvo listo, y él acudió vestido con su ajada ropa. Ya no salía; la tentación de beber había cesado por un tiempo.

—¿Me escribirás? —preguntó al tiempo que mojaba una galleta en el té caliente. Se había quitado la dentadura, y solo podía comer cosas blandas.

—Sí.

Yo estaba de pie contra el fogón.

—No te olvides de tu pobre padre.

Alargó el brazo y trató de sentarme en su regazo, pero fingí no entender lo que hacía y salí al patio a avisar a Hickey de que entrara a tomar el té. Cuando volví a la cocina ya había subido a acostarse, y Hickey y yo rehogamos un poco de col para acompañar el beicon y lo tomamos todo con mostaza. Me supo a gloria. Hickey preparaba una mostaza deliciosa, y para que siempre la tuviéramos fresca mezclaba un puñado cada mañana en una de las cinco hueveras que destinábamos a tal fin.

Aquella noche Baba daba una fiesta para celebrar su cumpleaños, así que

le pedí a Hickey un tarro de nata para que se la tomara con la jalea que habíamos preparado. Descremó los dos cubos de leche y fue introduciendo la nata en un tarro con los dedos. En realidad, no debía hacer tal cosa, porque al día siguiente en la lechería nuestra leche tendría muy poca materia grasa.

—Adiós, Hickey.

—Adiós, bonita.

Bull's-Eye atravesó conmigo los campos. Era un atajo a la casa de Baba. Al pasar por el maizal más alejado me detuve un momento a contemplarlo. Las espigas estaban altas, maduras, doradas, y las urracas picoteaban los granos que había tirado el viento. Era como si aquel campo irradiara su propia luz. El sol lo iluminaba y las espigas tremolaban con la ligera y áurea brisa. Me senté en la cuneta un rato. Recordé que el día en que Hickey aró aquel terreno nosotras nos acercamos a llevarle té y unos mendrugos de pan con mantequilla. Y poco después los tallitos verdes se abrieron paso entre la tierra parda-rojiza, y llegaron las urracas. Mamá ofreció uno de sus sombreros de cuentas para ponérselo al espantapájaros. Casi podía verla cruzando el prado con paso seguro, ataviada con el sombrero. En ocasiones me asaltaba algún recuerdo nítido y repentino, y para aliviar mi pena me echaba a llorar. Bull's-Eye se sentó sobre los cuartos traseros y se me quedó mirando. Luego, cuando nos pusimos de pie, me acompañó unos metros más y se detuvo. Era fiel a papá, así que volvió a casa.

Había cinco bicicletas al otro lado de la verja de la casa de Baba, y las cortinas del salón principal estaban corridas. Sonaba la radio —«... where women are women, and French perfume that rocks the room»<sup>[5]</sup>—, y se oían risas y conversaciones. Sabía que si llamaba a la puerta principal seguro que no me oirían, así que rodeé la casa, me acerqué al lateral y di unos toques con los nudillos en una puerta acristalada que daba al caminillo. Fue Baba quien abrió. Fumaba con frenesí y estrenaba un vestido azul con unas preciosas mangas de globo.

—Por Dios, creí que sería algún paleta en busca de mi viejo —dijo con brusquedad.

Se había portado bien conmigo en las semanas que sucedieron a la muerte de mamá, pero cuando había otras chicas delante me trataba con desprecio. Declan pasó bailando por delante de la ventana, con Gertie Tuohey entre sus

brazos. A ella le caían sobre los hombros unos negros bucles semejantes a salchichas gordas. Declan llevaba un gorrito de papel ladeado, y me guiñó un ojo al verme.

—Mira, nos lo estamos pasando en grande, ¿sabes? Estoy encantada de que no hayas venido. Así que anda y vete a hacer puñetas al infierno —me despachó Baba.

Al principio pensé que estaba bromeando, así que repliqué, muy educadamente:

—Te he traído la nata.

—Trae —dijo, alargando el brazo. Llevaba una pulsera de plata de Martha. Tenía brazo de persona mayor, cubierto con una pelusilla de vello dorado—. Vete al cuerno, escoria.

Y cerró la ventana y volvió a correr las cortinas de lana blanca. Pude oír el estallido de su risa desde fuera.

Resolví no entrar por la puerta trasera, porque sabía que Martha y su marido habían ido a ver *Por quién doblan las campanas* a Limerick, y Baba me pondría a ayudar a Molly a cortar los sándwiches y preparar té durante toda la tarde; así que volví a casa un rato.

Hickey estaba grabando su nombre en el palo del gallinero con un clavo. Papá le había comunicado la noticia, y ahora se dedicaba a dejar su huella para ser recordado.

—¿Adónde irás, Hickey?

—A Inglaterra. De todos modos pensaba marcharme cuando tú te fueras. Aunque se esforzaba por parecer alegre, se le veía triste.

—¿Te sientes solo?

—¿Solo? ¿Por qué? En absoluto. En Birmingham sacaré veinte machacantes a la semana y me echaré una novieta.

Pero sí que estaba alicaído.

—¿Cómo es que has vuelto?

Le expliqué por qué, y exclamó:

—Esa niña es un mal bicho.

Yo estaba encantada de oír aquello.

Anunció que iba a podar el seto, y dio gracias a Dios porque aquella sería la última vez. Iba dando rápidos tijeretazos mientras yo recogía y echaba a

una carretilla lo que caía al suelo. Podó el arbusto hasta dejarlo en un esqueleto pardo de ramas desnudas y frías. Ahora ya no cortaría el viento. En uno de los recodos más frondosos trazó la forma de un sillón, y yo lo probé para comprobar si me sostendría. No me escurrió. A continuación vaciamos la carretilla en el viejo cobertizo y encerramos las gallinas. Bull's-Eye ya se había ido a dormir a la carbonera. Era muy extraño que tanto papá como Bull'sEye se fuesen a dormir durante aquellas preciosas tardes áureas y apacibles. Como la persiana de papá estaba bajada, no subí a verlo, aunque bien sabía que le apetecería una taza de té. Detestaba subir a su cuarto cuando estaba metido en la cama. Casi podía ver a mamá en el hueco, a su lado, reticente y asustada como si la estuviesen sometiendo a alguna barbaridad. Siempre que podía, dormía conmigo, y tan solo iba a su cuarto cuando él la obligaba. Papá no usaba pijama para dormir; solo de pensarlo, me escandalizaba.

La ajada colmena blanca seguía en su sitio, en una esquina del huerto. Había perdido dos de sus patas, y por eso estaba algo inclinada hacia un lado.

—¿Qué harás con la colmena? —le pregunté a Hickey.

Unos años antes se le había antojado criar abejas. Creía que se haría rico al instante vendiendo miel a todo el pueblo, y había terminado la colmena sin ayuda, por las noches, cuando acababa de trabajar. Se trajo de la montaña un enjambre de abejas melíferas, y estaba entusiasmadísimo pensando en el dineral que amasaría. Sin embargo, igual que con todo lo demás, fracasó. Las abejas le picaban, y él chillaba como un loco en el huerto y le pedía a mamá que le preparase unas cataplasmas. Por el motivo que fuera, no llegó a conseguir miel, y acabó por asfixiar a las abejas.

—¿Qué harás con eso? —repetí.

—Que se pudra.

Su voz sonaba extenuada, y creo que soltó un suspiro, consciente de que estábamos hundidos. Habíamos perdido la finca, habíamos perdido a mamá; el sendero embaldosado estaba blanco por los excrementos de gallina, y los cardos y la mala hierba habían conquistado por completo el jardincillo delantero.

—Te acompaño —anunció Hickey, y me agarró por el talle mientras atravesábamos el prado bajo la luz del ocaso.

Hacía algo de fresco, y las vacas se habían tumbado bajo los árboles y nos miraban con los ojos abiertos de par en par. A lo lejos se oía el ladrido de unos perros. La hierba no se movía, y dos murciélagos revolotearon frente a nosotros.

—No te vayas a convertir en una estirada remilgada, ahora que te vas a vivir a ese convento —me dijo.

—Me da miedo Baba; me trata tan mal, Hickey...

—Esa engreída está pidiendo a voces una buena azotaina. Yo sé lo que habría que hacer para meterle miedo...

Pero no dijo el qué.

—Te mandaré alguna monedilla inglesa —dijo para animarme.

Me dejó en la verja de casa de Baba y siguió hacia el hotel Greyhound para tomarse unas copas. Era bastante tarde, pero él prefería beber a esas horas.

Ya en el dormitorio, me saqué los tres billetes de cinco que había escondido bajo la camiseta interior. Estaban calentitos, y los guardé debajo de la almohada. Decidí que iría a Limerick al día siguiente para comprarme el uniforme. Cuando Baba subió a acostarse trató de despertarme. Me tiró de las pestañas y me hizo cosquillas en las mejillas con el tallo húmedo de una flor; yo había traído un ramo de casa que había colocado en un jarrón junto a la cama.

Si hablaba con ella quizá averiguase mis planes de ir a Limerick, querría venir conmigo y me aguaría la fiesta.

—¡Declan! —llamó a su hermano desde el baño—. ¿No parece un gurriato cuando duerme? —dijo, y retiró las sábanas para que me viera de cuerpo entero. Me dio frío, y encogí los pies para taparlos con el camisón—. Ronca como una puñetera gorrina —dijo, y poco me faltó para incorporarme y llamarla mentirosa. Pero, acto seguido, los hermanos empezaron una lucha cuerpo a cuerpo y Declan la tumbó mientras ella pedía auxilio a Molly.

—¡Repíte eso, repítelo! —amenazaba Declan, blandiendo uno de mis zapatos. Entreabrí los ojos para poder verlos. Declan estaba de mi parte aquella noche.

Después de meterse en la cama, Baba empezó a decirme: «Viene de camino, se te va a aparecer. Vuelve para ordenarte que me regales todas sus

joyas». Pero permanecí impasible y mantuve los ojos cerrados.

La luna nos iluminaba y una luz plateada veteaba la moqueta. Dormí mal, y cuando el reloj del abuelo dio las siete me levanté y cogí la ropa para vestirme en el baño. Pero se me olvidó el dinero y tuve que volver a por él. Baba dormía con el pelo desparramado sobre la almohada, y mientras me alejaba se revolvió en la cama. «Cait, Cait», llamó; pero no respondí. Debí de dormirse otra vez, porque bajé a la cocina y me vestí delante de los fogones. Me entusiasmaba la idea de pasar un día entero fuera, lejos de todo el mundo.

## 7

Estaba junto a la verja esperando a que pasara el autobús cuando apareció el coche del señor Gentleman. Avanzó hasta la gasolinera de la colina, donde se detuvo para repostar, y luego dio media vuelta y deshizo el camino.

—¿Vas a alguna parte, Caithleen? —preguntó al tiempo que bajaba la ventanilla.

Le dije que iba a Limerick, y me invitó a subir. Me acomodé en el asiento de piel negra a su lado y noté que el corazón se me salía del pecho. Cada vez que oía su voz, cada vez que lo miraba a los ojos, mi corazón se desbordaba. En su mirada anidaba algo: el hastío, la pesadumbre. Fumaba puritos, y lanzaba las colillas por la ventana.

—¿No saben fatal? —pregunté. Algo había que decir.

—Toma, Pruébalo.

Se sacó el cigarro de la boca y me lo ofreció. Mientras daba una calada corta y timorata pensé en su boca, en la forma que dibujaba, en el sabor de su lengua. Me dio un golpe de tos nada más aspirar el humo. Exclamé que aquello sabía peor que fatal y él se echó a reír. Conducía a gran velocidad.

Aparcamos en una calle adyacente, le di las gracias y me apeé. Se entretuvo en echar el cierre. No quería separarme de él. Algo en el señor Gentleman me hacía anhelar su compañía. Me llamó.

—¿Y qué hay del almuerzo, Caithleen? —Yo pensaba tomar un té con bollitos, pero me lo callé—. ¿Te apetece que comamos juntos?

Accedí. Sus ojos aún estaban tristes, pero yo me alejé canturreando.

—No se te olvidará, ¿verdad?

—No, señor Gentleman, descuide. —Y me fui corriendo a las tiendas.

Entré en el comercio más grande de la calle mayor. Mamá siempre hacía

sus compras allí. Pregunté en qué planta estaban los uniformes escolares a una señora que se afanaba, de rodillas, en cepillar el piso.

—En la cuarta, cielo. Coge el ascensor.

Me dedicó una sonrisa desdentada, y le di un chelín. Como me había ahorrado los tres chelines del autobús, podía permitirme el lujo de ser dadivosa.

Entré en el ascensor. Lo manejaba un chico bajito ataviado con una casaca abotonada.

—Quiero un uniforme escolar —declaré. El chico no contestó.

Me senté en la banqueta que había en una esquina, porque era la primera vez que montaba en ascensor y me sentía algo mareada. Subimos tres plantas, con un chasquido en cada piso; luego se produjo un nuevo chasquido, el aparato se detuvo y el chico me invitó a salir. El mostrador de los uniformes estaba justo enfrente.

Luego fui a pesarme al baño y descubrí que pesaba siete libras menos de lo debido. A un lado de la báscula, una tabla indicaba el peso adecuado para cada altura.

Bajé por las escaleras. Aunque la moqueta estaba muy gastada, la notaba mullida bajo mis pies. Ya en la planta baja compré regalos para todos: una bufanda para papá, una navaja para Hickey, un frasco de perfume con forma de barco para Baba y una crema de manos rosa para Martha. Luego salí a la calle y me quedé mirando el escaparate de una joyería. Vi muchos relojes que me gustaron. Entré en una iglesia enorme que había en una esquina para pedir tres deseos. Se decía que teníamos derecho a pedir tres deseos cada vez que entrásemos por primera vez en una iglesia. No había agua bendita en una pila, como en el pueblo, pero de una llave muy pequeña colgaba una gotita, y yo puse el dedo debajo y me persigné. Deseé que mamá estuviese en el cielo, que mi padre no volviera a beber, y que al señor Gentleman no se le olvidara que habíamos quedado a la una en punto.

Llegué al hotel media hora antes, para no arriesgarme a llegar tarde; pero me asustaba entrar en el vestíbulo, no fuera a ser que algún botones me riñese por estar allí.

Se había cortado el pelo, y a medida que ascendía los peldaños me fijé en que se le había afilado el rostro, y ahora se le veían las puntas de las orejas.



Antes quedaban ocultas bajo una fina capa de suave pelo cano. Me sonrió. Me palpitó de nuevo el corazón, y me costó articular palabra.

—Los hombres preferimos besar a jovencitas sin pintalabios, por si no lo sabías.

Se refería al leve toque de pintalabios rosa que me había puesto. Había comprado una barra en Woolworth's, y fui corriendo a probármelo frente al espejo de aumento del mostrador, que ponía en evidencia todos mis poros.

—No estaba pensando en besar. Yo nunca beso a nadie —reconocí.

—¿Nunca? —Me tomaba el pelo. Lo sabía por su forma de sonreír.

—Nunca. A nadie. Solo a Hickey.

—¿Y a nadie más?

Negué con la cabeza, y me agarró del brazo mientras nos dirigíamos al comedor. Yo me avergonzaba de mis brazos blancuzcos y escuálidos.

Era la primera vez que pisaba un hotel de ciudad. Pensé que lo mejor sería pedir lo más barato de la carta.

—Tomaré estofado irlandés —dije.

—No, ni hablar —replicó él.

Estaba enojado, pero era un enfado fingido, no de verdad. Pidió pichón para los dos. Otro camarero nos trajo una botella de vino verde oscura, alargada y fina. En medio de la mesa, entre él y yo, había un jarroncito con flores que no despedían ningún olor.

Se echó un poco de vino en la copa, dio un sorbo y sonrió. Y entonces me sirvió a mí. Yo debía respetar mis promesas de confirmación, pero me daba vergüenza explicárselo. No dejaba de sonreírme. Era una sonrisa melancólica, me gustaba.

—Cuéntame qué has estado haciendo.

—He ido a comprar el uniforme para el colegio y he dado un paseo, ya está.

El vino sabía amargo. Habría preferido limonada. Luego tomé helado, mientras que el señor Gentleman pidió un queso blanco con unas vetas de moho que olía como los calcetines de Hickey. No los nuevos que acababa de comprarle, sino los usados que había debajo de su cama.

—Estaba todo delicioso —dije, empujando mi plato al borde de la mesa para que el camarero pudiese retirarlo.

—Cierto —convino él.

Ignoraba si el señor Gentleman era tímido, o si es que le daba pereza darme conversación. O si se aburría conmigo. No era dado a las conversaciones triviales.

—Tenemos que vernos otro día para comer —dijo.

—Me marcho la semana que viene —contesté.

—No sabía que te fueras a América. Qué lástima que nunca más vayamos a vernos...

Quizá se creía muy gracioso. Bebió un poco más de vino y los ojos se le agrandaron y se inundaron de añoranza. Nos miramos hasta que retiré la mirada.

—¿De modo que nunca has besado a nadie? —dijo.

Me hacía sentir desarmada. Ahora no me quitaba ojo. A veces se concentraba directamente en mis pupilas, y otras, su mirada vagaba por todo mi rostro y se recreaba un instante en el cuello. Mi cuello. Mi cuello era blanco como la nieve, y aquel día llevaba un vestido de seda con el cuello redondo. Era de color azul claro, con estampado de flores. Algunos días pensaba que el estampado representaba florecillas de manzano, pero a ratos me parecían copos de nieve; fuera lo que fuese, era un vestido muy bonito, y la falda la componían millones de piecitas que oscilaban al caminar.

—La próxima vez que almorcemos juntos, no te pongas pintalabios —dijo—. Me gustas más al natural.

El café me supo amargo, así que le puse cuatro terrones de azúcar. Salimos del hotel y nos metimos en el cine. Me compró una caja de bombones con un lazo.

Lloré en mitad de la película, en una parte muy triste en la que un chico debe dejar a una chica para irse a la guerra. El señor Gentleman rio al verme llorar y me susurró que saliéramos. Atravesamos el pasillo agarrados de la mano, y en el vestíbulo me enjugó las lágrimas y me pidió que sonriera.

Volvimos a casa antes de que anocheciera. Las remotas colinas se antojaban azuladas, y los árboles de los apriscos parecían lilos polvorientos. Los granjeros amontonaban heno en los campos que había junto a la carretera, y unos niños comían manzanas en lo alto de los almiarés y tiraban los corazones a la cuneta. Por las ventanillas se coló el aroma del heno,

especiado y penetrante.

Una mujer con botas de goma conducía a las vacas a casa para ordeñarlas. Tuvimos que aminorar para que pudiesen cruzar, y lo sorprendí mirándome. Intercambiamos una sonrisa y su mano soltó el volante y se posó en el regazo de mi vestido azul claro. Era como si mi mano lo hubiese estado esperando. Entrelazamos los dedos e hicimos el resto del trayecto así, salvo en las curvas más cerradas. Tenía una mano pequeña, pálida, muy suave. Sin vello.

—Eres lo más dulce que me ha pasado en la vida —me dijo.

Fueron sus únicas palabras, apenas un susurro. Más adelante, tumbada en mi cama del convento, me preguntaba a menudo si de veras llegó a pronunciar aquellas palabras o si habían sido una invención mía.

Me apretó la mano antes de que me apease del coche. Le di las gracias y me volví hacia el asiento trasero para coger mis paquetes. Suspiró, como si estuviera a punto de decir algo, pero Baba vino corriendo hacia el coche y él se separó de mí.

Había vida dentro de mi alma, embeleso; algo que experimentaba por vez primera. Aquel fue el día más feliz de toda mi vida.

—Adiós, señor Gentleman —le dije a través de la ventanilla.

La extraña mueca de su sonrisa parecía decir: «No te vayas». Pero se marchó, mi nuevo dios, con aquel rostro cincelado en mármol claro y aquellos ojos que hacían que me compadeciese de cada una de las mujeres que no lo conocían.

—¿En qué demonios andas pensando que estás en la luna? —preguntó Baba, y yo entré en casa riéndome.

—Te he comprado un regalo —le dije.

Y en mi cabeza no dejaba de resonar, como un cántico, «Eres lo más dulce que me ha pasado en la vida». Era como tener una piedra preciosa en el bolsillo, y bastaba con reproducir aquellas palabras para sentirla: melancólica, valiosa, cautivadora... Mi canción inmortal, inmortal.

## 8

La última vez que vi mi casa fue bajo la lluvia. Pasamos junto a la verja en el coche del señor Brennan, y un caballo blanco galopaba en el prado principal.

—Adiós, casa —dije mientras limpiaba el vaho de la ventanilla para poder despedirme con la mano y echar un último vistazo a la herrumbrosa cancela y a los árboles calados del camino.

Tenía el pañuelo empapado de tanto llorar. Había llorado durante toda la mañana. Lloré al decirle adiós a Hickey, a Molly y a Maisie en el hotel; y Baba también lloró. Baba y yo no nos hablábamos.

Martha se había sentado entre las dos, y cada una iba mirando por la ventanilla de su lado, aunque poco había que admirar: arbustos derrengados por el viento, tristes montañas y gallinas mojadas que se hacinaban en los corrales.

Mi padre iba delante hablando con el señor Brennan.

—Esto es un buen coche, sí, señor. ¿Cuánto consume por kilómetro? —preguntó mi padre. Llamaba «Doc» al señor Brennan, y encendió dos cigarrillos al mismo tiempo para darle uno a él—. Aquí tiene, Doc.

El señor Brennan le dio las gracias entre dientes. Nunca se dirigía a mi padre por su nombre.

Martha también encendió uno de sus cigarrillos con la cara torcida. Mi padre no le hacía ni caso. No tenía ningún interés en las mujeres.

Comencé a preocuparme por si había olvidado algo, y repasé mentalmente el contenido de mi maleta. ¿Había metido las cosas más insignificantes? ¿Me había acordado de etiquetar la ropa con mi nombre? Baba encargó unas etiquetas impresas en Dublín; yo, en cambio, había escrito mi nombre con tinta indeleble en cinta adhesiva blanca que luego cosí a las

prendas. Como detesto coser, Molly hizo casi todo el trabajo por mí y, a cambio, le regalé dos vestidos de mamá. El bizcocho y los dos tarros de miel que me había dado la señora Tuohey iban en el bolso de viaje, y llevaba la pluma estilográfica de Jack Holland prendida de la delantera del pichi. El servicio de té de muñecas también iba en el bolso de viaje. Había envuelto cada tacita y cada platillo por separado con papel tisú, y la tetera y el azucarero reposaban en un lecho de paja que saqué del piso inferior de la caja de bombones del señor Gentleman. En la parte de abajo solo había unos pocos bombones, lo demás era paja. A punto estuve de escribir al fabricante para quejarme, porque la caja traía un folleto en el que se animaba al cliente a escribir si no quedaba del todo satisfecho. Pero, al final, se me pasó.

El juego de té de muñecas era lo único que me llevaba de casa. Siempre le tuve mucho cariño. Me quedaba embelesada mirándolo en la vitrina de la porcelana, contemplando cómo resplandecía a la luz del sol. Era de porcelana azul celeste, de aspecto muy delicado y frágil. Quiero decir: aún más frágil que la porcelana corriente. Mamá me lo regaló las Navidades en las que descubrí que Santa Claus no existía. O, mejor dicho, las Navidades en las que Baba me dijo que era una puñetera imbécil por creer en Santa Claus cuando hasta el más memo sabía que eran el padre o la madre disfrazados. Cuando mi madre me regaló el juego de té, le pedí permiso para colocarlo en la vitrina de la porcelana. Por aquel entonces ya era mayor y nunca jugaba con juguetes, ni los rompía ni los despedazaba, como hacían los demás niños. De mis cinco muñecas, ni una tenía un solo araño. A veces mamá metía un terrón de azúcar en alguna taza para darme una sorpresa, y cada vez que se me caía un diente yo lo dejaba en una de esas mismas tazas por la noche; a la mañana siguiente, el diente había desaparecido y en su lugar había una moneda de seis peniques. Mamá me aseguraba que el dinero lo habían dejado las hadas, que venían por las noches a bailar en el salón.

Todos esos recuerdos me hicieron llorar, y mi padre se dio la vuelta y dijo:

—Chiquilla, que no te vas a América. Te iremos a visitar algún que otro domingo, ¿a que sí, Doc?

Podía haberle dicho que no lloraba por él. Podía haberle contestado: «Qué más me da si no vienes nunca a verme», o «Seré mucho más feliz en el

convento que en nuestro mísero hogar, penando para hacer lumbre con palos húmedos y siempre angustiada por el tufo a *whisky* de tu aliento». Pero me quedé callada. Intentaba contener las lágrimas, y recé por aguantar todo el trayecto sin tener que echar mano de la maleta —que Martha llevaba bajo sus pies— para sacar un pañuelo limpio.

—Vosotras dos tenéis que hacer las paces —señaló Martha.

Ambas nos miramos, y Baba bajó los párpados hasta que las pestañas le aletearon en las mejillas. Tenía unas pestañas larguísimas, como pétalos de margarita teñidos de negro azabache.

—Vete al cuerno, escoria —masculló, y volvió a darme la espalda.

Me sentía como un cuervo con mi pichi de sarga azul marino y el jersey de lana debajo, azul marino también. Una señora del pueblo que tenía una tricotosa me había regalado el jersey. Tras la muerte de mamá había recibido muchos regalos. Imagino que la gente se compadecía de mí. Con las medias negras, mis piernas parecían muy flacas y lastimosas; y me picaban, porque durante el verano había perdido la costumbre de llevar medias. Para mis catorce años, era una niña muy alta y delgada.

—Por Dios, se van a pensar que tienes lombrices —exclamó Baba la noche que me probé el uniforme. A ella, en cambio, le sentaba fenomenal el suyo, tan rolliza y lozana como era. Ahora llevaba el pelo corto, y, como había tomado el sol, parecía una bellota, castaña y delicada.

—A todo esto, ¿qué es lo que os pasa? —quiso saber Martha. Ni ella ni yo contestamos—. Bueno, ya hablaréis cuando estéis allí y no conozcáis a nadie.

Y no le faltaba razón: en el convento solo nos tendríamos la una a la otra.

«No vamos a volver a hablarnos nunca, jamás», me repetía para mis adentros. Baba me había traicionado, me había arruinado la vida. Y así fue como sucedió...

Aquella noche, al volver de Limerick, yo estaba exultante: rememoraba el día que había pasado en compañía del señor Gentleman y me sonreía a mí misma, sentada en la cama con los pies encogidos bajo la colcha roja de satén.

—Qué contenta te veo —observó Baba mientras se desvestía y colocaba la ropa en el respaldo de la silla de mimbre—. Anda, corre y métete en la

cama, que la vela está a punto de consumirse.

Estaba celosa de mi felicidad.

—Quiero quedarme así toda la noche y soñar —contesté despacio y en tono dramático, o eso me pareció.

—Estás chalada, te lo juro. Pero ¿qué bicho te ha picado?

—El amor —respondí, dibujando con los brazos un gesto de desesperanza y entrega.

—¿Y quién es el pobre desgraciado?

—Nunca lo adivinarías.

—¿Declan?

—Qué estupidez —repliqué, como si Declan fuese una personilla insignificante indigna de ser tenida en consideración.

—¿Hickey?

—No.

Me estaba divirtiendo mucho.

—Dímelo.

—No puedo.

—Que me lo digas —repitió al tiempo que se remetía los faldones de la parte de arriba del pijama—. O me lo dices o te lo saco a base de cosquillas. —Y empezó a hacerme cosquillas en las axilas.

—Te lo digo, te lo digo.

Con tal de que no me hicieran cosquillas accedía a cualquier cosa. Así pues, en cuanto recobré el aliento se lo dije.

—Eso no te lo crees ni tú. Ni en broma. Eso es mentira.

—No te miento. Me ha regalado bombones y me ha invitado al cine. Me ha dicho que yo era lo más dulce que le había pasado en la vida. Me ha confesado que le maravilla el color de mi pelo, y dice que mis ojos parecen perlas, y que mi piel es como la de un melocotón bañado por el sol.

Por supuesto, él no había dicho nada de aquello, pero, en cuanto empezaba a contar embustes, era incapaz de parar.

—Sigue, ¿qué más te ha dicho? —me animó Baba. Tenía la boca abierta, de asombro y envidia.

—Pero no se lo digas a nadie —le advertí, porque estaba a punto de narrarle el episodio de cuando me cogió de la mano en el coche.

Pero, de pronto, Baba entornó los ojos como una gata y reconoció aquella mirada maliciosa que yo había visto miles de veces, vestida de blanco, en retratos de boda; cada vez que la veía me repetía: «Algún pobre idiota está a punto de caer en la trampa». Así que repetí:

—No se lo cuentes a nadie, ¿vale, Baba?

—No. —E hizo una pausa—. Solo... A la señora Gentleman.

—No se lo puedes decir a nadie, a nadie —rogué.

—No; solo a la señora Gentleman, a mamá, a papá, y a tu viejo.

—¡Pero si era una broma! —mentí—. No he estado con él, te estaba tomando el pelo. Me lo encontré en Limerick y se ofreció a traerme, ya está.

—¿De veras? —dijo, tratando de levantar una ceja. Y añadió, después de apagar la vela—: Bueno, como mañana por la noche vamos a ir a cenar con los Gentleman mamá, papá y yo, le preguntaré a él.

Me desnudé a oscuras, y al meterme en la cama me di cuenta de que Baba se había llevado a su lado todas las mantas.

—No, no, no digas nada —imploré. Pero ella ya se había quedado dormida mientras yo seguía con las súplicas.

La noche siguiente, en efecto, fueron a cenar con los Gentleman, y volvieron poco antes de medianoche. Yo los esperé apostada tras la puerta del vestíbulo.

—¿Aún levantada, Caithleen? —saludó el señor Brennan al tiempo que comprobaba la agenda que había junto al teléfono, por si había algún recado. Martha traía un espeso ramo de gladiolos entre sus brazos, y tenía los ojos muy abiertos y chispeantes.

—Sí, señor Brennan —contesté.

Alcé la mano e hice una seña a Baba con el dedo para que viniera conmigo al estudio.

—Baba, tengo una cosita para ti. Es uno de los anillos de mamá... Tu preferido. El negro.

Se lo entregué y ella se lo probó a oscuras. La débil luz procedente de la lámpara de la antesala dejaba entrever el brillo del diamante que tenía incrustado en el centro.

—No habrás contado nada... —empecé.

—¿Que si lo he contado? No, qué va. De haberlo hecho, ahora mismo



tendrías aquí a la señora Gentleman con un hacha en la mano. Pero J. W. — se refería al señor Gentleman— y yo hemos salido a dar un paseo por el jardín y cuando le he hablado de ti me ha dicho: «Ay, esa pobre criatura, qué imaginación tiene».

—No puede ser —exclamé en voz muy alta.

—Y tanto que sí. Me ha agarrado de la cintura para mostrarme todas las flores, me ha ofrecido un racimo de uvas, me ha preguntado lo que opinaba de esto y de aquello, y me ha rogado que jugase con él al ajedrez. Cuando te he nombrado, ha dicho: «No hablemos de ella, por favor», y por eso no he vuelto a sacar el tema. Hemos pasado un buen rato los dos solos hasta que al final la señorona Gentleman se ha asomado a la ventana y nos ha llamado: «Eh, vosotros dos», y hemos tenido que entrar.

Aquello era el fin. No podría volver a mirarlo a la cara. Y pensar que le había dado a Baba el mejor anillo de mi madre...

A la mañana siguiente, Baba fue a confesarse, y a las once sonó el teléfono.

Molly subió a buscarme; yo estaba escribiendo en mi diario una pesarosa entrada acerca del señor Gentleman.

—El señor Gentleman pregunta por ti —me dijo, y en ese momento noté que el corazón me daba un vuelco.

Nada anhelaba más que bajar y hablar un rato con él; sin embargo, estaba segura de que me llamaba para regañarme por haberme comportado de un modo tan vulgar y repugnante, por haber recreado con tanta fantasía nuestro día juntos. Y no me veía con fuerzas para soportarlo.

—Dile que he salido y que lo llamaré —le pedí a Molly.

Barajaba la idea de escribirle una carta preciosa y espectacular que copiaría en su mayor parte de *Cumbres borrascosas*. Me escondería detrás de un árbol y se la entregaría en el momento oportuno, cuando saliera a abrir la verja de su casa.

Molly bajó y le explicó que había salido a confesarme, y que me daría el recado en cuanto volviese. Hablaron un rato más. Yo me estaba volviendo loca; ¿qué estaría contándole a Molly? Por fin, colgó el teléfono.

—¿Y bien? —pregunté, asomada a la barandilla, más blanca que la pared y ojerosa. Llevaba dos noches sin dormir.

—Dice que lo siente mucho, pero que ha tenido que irse a París —me explicó al tiempo que se remangaba y dejaba al descubierto sus brazos recios, rosados y regordetes.

—¿A París?

Inmediatamente pensé en chicas y en pecado. ¿Cómo se atrevía?

—Sí, tuvo que irse de improviso; se le está muriendo un pariente —dijo, y comenzó a fregar el piso del vestíbulo con un cepillo.

No supe nada más del señor Gentleman, porque tres días más tarde partimos en dirección al convento.

Tardé apenas un segundo en rememorar todo aquello en el automóvil; luego regresé a mi pañuelo empapado y vi que Baba me ofrecía un caramelito con mensaje que decía: «Hagamos las paces». Pero el rencor me impidió sonreír.

Llegamos al pueblo donde se encontraba el convento cuando ya anocheecía; a las afueras había un lago, y al desfilarse ante aquella oscura superficie acuática una débil brisa se coló por la ventanilla. A continuación nos adentramos en una calle angosta con farolas de luz eléctrica cada cincuenta metros, y entre un poste de metal verde y otro había chopos. La oscura capa de agua, los lúgubres árboles y los perros desconocidos en la puerta de comercios extraños me provocaron una indecible melancolía.

—Bonito lugar —dijo mi padre, y se sorbió los mocos.

¡Bonito lugar! Qué sabría él. ¿Cómo podía calificar aquello de bonito con solo mirar por la ventanilla?

—¿Paramos a beber algo, Bob? —preguntó.

Y Martha, que había estado dando cabezadas en el asiento de atrás, se espabiló y contestó:

—Sí, que las niñas se tomen una limonada.

Paramos en la calle mayor y entramos en un hotel. Me dolían las rodillas. Tanto en el recibidor como en las escaleras que conducían a los pisos superiores había unas desvaídas alfombras orientales. A la derecha, se desplegaba un comedor con infinidad de mesitas cubiertas con manteles blancos. En cada mesa había dos frascos de *ketchup*, uno rojo y otro marrón. Entramos en una sala señalada como «Salón».

—¿Qué va a ser, Bob? —preguntó mi padre.

Me eché a temblar, temerosa de que pidiese algo fuerte.

—*Whisky* —contestó el señor Brennan, quitándose las gafas. Se le habían mojado con la llovizna, y se las secó con un pañuelo limpio e immaculado.

—¿Y usted, señora? —se dirigió entonces a Martha. Ella odiaba que la llamasen «señora»; le echaba años encima.

—Ginebra —murmuró con descortesía.

Contaba con que su marido no la oyese, pero me fijé en que el señor Brennan apretaba los dientes y se acercaba a contemplar un cuadro descolorido que representaba una escena de caza.

—Creo que yo tomaré una limonada —suspiró mi padre.

Al decir esto se me quedó mirando en busca de aprobación; quería que lo felicitara con la mirada por ser tan valiente, tan fuerte y tan bueno. Pero miré para otro lado; bastante tenía ya con mi propio sufrimiento. Podía ver mentalmente la mano del señor Gentleman en el volante, y aquella mirada furtiva que me dedicó cuando redujo la marcha para que pasaran las vacas.

Baba tomó zumo de pomelo. Solo para hacerse la original, pensé yo con resentimiento. No nos sentamos, porque no queríamos entretenernos. Teníamos que presentarnos en el convento antes de las siete. En la chimenea de ladrillo rojizo ardía un agradable fuego de turba, y me dio mucha rabia tener que marcharme del hotel. Mi padre invitó a las bebidas y nos fuimos.

El convento era un edificio de piedra gris con cientos de ventanitas cuadradas sin cortinas, como un montón de ojos que espíasen aquel pueblo mojado y pecaminoso. Lo rodeaba una cerca verde con una cancela alta, verde también, que daba a un oscuro bulevar de cipreses. Mi padre se apeó del coche para abrir la verja, y al hacerlo dio un espantoso portazo. El señor Brennan torció el gesto, y yo me avergoncé de que mi padre fuese tan zafio.

Aparcamos debajo de un árbol y nos bajamos. Subimos un tramo de escaleras de piedra y atravesamos una pista de hormigón que desembocaba en una puerta abierta, en cuyo umbral se encontraba una monja que al vernos se acercó a recibirnos. Vestía un hábito negro muy holgado y una toca negra en la cabeza. Le enmarcaba la cara, tapándole la frente, las orejas y el busto, una cosa blanca muy tiesa que se llama esclavina. Casi le llegaba a las cejas, porque apenas si se le distinguían. Eran muy negras y estaban unidas justo sobre el puente de la nariz enrojecida. Le brillaba la cara.

Mi padre se descubrió y le explicó quiénes éramos. El señor Brennan venía detrás con el equipaje.

—Bienvenidas —nos dijo a Baba y a mí. Tenía la mano helada.

—Bueno, Baba, pórtate bien —dijo el señor Brennan sin mucha convicción.

Martha me dio un beso y me puso dos monedas en la mano. Balbucí: «Oh, no...», pero mientras lo decía cerré el puño con gratitud. Me acerqué, vacilante, a dar un rápido beso a mi padre, y durante un momento me aferré al señor Brennan e intenté darle las gracias, pero me dio mucha vergüenza.

La monja no dejó de sonreír durante la despedida. Había presenciado la misma escena desde por la mañana.

—Se acostumbrarán —los tranquilizó.

Su voz sonaba segura, sin resultar severa; sin embargo, cuando dijo: «Se acostumbrarán», parecía querer decir: «Tendrán que acostumbrarse».

Nuestros padres se fueron. Me imaginé que pararían en el cálido hotel para tomar té y carne asada, y casi pude saborear el característico sabor a guindilla de la salsa de pepinillos.

—En fin —suspiró la monja, al tiempo que se sacaba del bolsillo del hábito un reloj plateado de hombre—. Lo primero es la cena. Venid conmigo.

La seguimos por un largo pasillo con baldosas rojas y un alicatado blanco reluciente en la mitad inferior de las paredes. En cada uno de los alféizares, también alicatados, había macetas de ricino; y al fondo del pasillo vimos una fila de armaritos de madera de roble. Parecía un hospital, solo que en vez de oler a anestesia olía a cera abrillantadora. Todo estaba escrupulosa y aterradoramente limpio. La suciedad puede resultar reconfortante y acogedora en lugares extraños, me dije.

Colgamos las chaquetas en el guardarropa y la monja nos indicó qué compartimento nos correspondía a cada una; ya tenía nuestros nombres escritos, y allí era donde debíamos guardar gorros, guantes, zapatos, betún, misales, y toda clase de artículos pequeños. Aquel mueble parecía un panal, y aún quedaban celdillas sin llenar.

Atravesamos otra pista de hormigón en dirección al refectorio. La monja caminaba con paso apresurado, lo que provocaba que las cuentas negras del rosario que le pendía del cíngulo se balancearan sin cesar. Entramos en una

sala muy grande de techos altos, con mesas corridas de madera dispuestas a lo largo. A ambos lados de las mesas había bancos.

Las chicas de los cursos superiores, también llamadas «las mayores», se concentraban en una de las mesas y charlaban frenéticamente acerca de las vacaciones y de lo bien que lo habían pasado. Me imagino que muchas de ellas se inventaban cosas que jamás habían sucedido, solo por darse importancia. La mayoría tenía el pelo recién lavado, y una o dos eran guapísimas. De un único vistazo distinguí a las más guapas. En la mesa de las más jóvenes, por el contrario, ninguna conocía a nadie. Todas parecían desorientadas y temerosas, y lloraban en silencio.

Nos sentaron frente a frente, y Baba me sonrió, a pesar de que seguíamos sin dirigirnos la palabra. Una religiosa menuda nos sirvió dos tazas de té que vertió de una tetera esmaltada, blanca y muy grande. Era tan pequeña que me pareció que se le iba a caer la tetera. Sobre el hábito negro llevaba un delantal de muselina blanca, señal de que era una hermana lega. Las monjas legas se ocupaban de cocinar, de limpiar y de lavar, y si eran legas era porque al entrar en el convento no tenían dinero ni educación. Las otras se llamaban «monjas de coro». Aunque esto no lo supe hasta que me lo explicó una de las mayores, Cynthia, que me enseñó muchas cosas.

Al pan ya le habían untado la mantequilla, y una chiquilla azorada que había a mi lado insistía en pasarme la bandeja que contenía aquel pan gris y deslucido.

—Tiene una pinta horrorosa —declaré, y negué con la cabeza.

Recordé el bizcocho que llevaba en la maleta, del que más tarde comería un buen pedazo. La chica me acercó la bandeja dos veces más, y Baba rio con disimulo. Acabada la cena, nos dirigimos en tropel a la capilla del convento para rezar el rosario.

La capilla era muy bonita, y unas rosas de té alegraban el altar. Las religiosas cantaron durante la eucaristía. El canto de una de ellas sonaba como el de una alondra. Su voz se distinguía del resto, y cuando entonaron «Madre, Madre, me acerco a ti» pensé en mi madre y lloré: me acordé de aquel día en que estábamos en la cocina y vimos cómo una alondra venía a llevarse las briznas de lana de oveja atrapadas en la alambrada para construir su nido. «¿Serás monja de mayor?», me preguntó entonces. Le habría gustado

que tomase los hábitos, pues era mejor que casarse. Para ella, cualquier cosa lo era.

Aquella primera tarde en la capilla fue extraña y emotiva. El incienso flotaba por toda la nave y envolvía la voz expresiva del sacerdote, que estaba arrodillado ante el altar y lucía una casulla con incrustaciones doradas.

Nosotras nos arrodillamos en los bancos de madera del fondo de la capilla, separados de donde se reclinaban las monjas por unos pasamanos de madera. Ellas formaban filas indias, cada una en un pequeño compartimento de roble que se acoplaba a la pared, a ambos lados. Desde atrás todas parecían iguales, salvo las novicias, quienes llevaban unas tocas de encaje que dejaban adivinar el pelo que había debajo.

Abandonamos la capilla en fila, con una escandalera similar a la que producirían veinte caballos al galope sobre un camino empedrado. Los tacos que algunas chicas llevaban en las suelas de los zapatos rayaban las baldosas del pórtico de la iglesia. Nos dirigimos a la sala común, donde la hermana Margaret nos esperaba en lo alto de una tribuna. Dio la bienvenida a las nuevas, saludó a las antiguas y nos hizo un breve resumen de las reglas del convento:

Silencio en el dormitorio y durante el desayuno.

Hay que descalzarse antes de entrar en el dormitorio.

No se permite guardar comida en los armarios del dormitorio.

Veinte minutos para acostarse desde que suban al dormitorio.

—Y ahora —añadió—, que levanten la mano las niñas que deseen tomar leche por las noches.

Como yo era de pecho delicado, levanté la mano y así fue como me comprometí a tomar cada noche un vaso de leche en polvo templada, comprometiendo también a mi padre a pagar dos libras anuales. Las becas no entendían de pechos delicados.

Nos mandaron temprano a la cama.

Nuestro dormitorio estaba en el primer piso. En el rellano que precedía a la estancia había un baño ante cuya puerta se formó una cola de veinte o treinta chiquillas que daban saltitos sobre una y otra pierna, como si no

podieran aguantar. Me quité los zapatos y los llevé en la mano. El dormitorio era una sala alargada con ventanas a ambos lados y una puerta al fondo sobre la que había un enorme crucifijo, y de las paredes, de un color amarillo enfermizo, pendían cuadros con escenas sagradas. En el centro, dispuestas a lo largo, dos filas de camastros de hierro vestidos con cubrecamas de algodón blanco; las estructuras también eran blancas. Las camas estaban numeradas, y no me costó trabajo dar con la que me correspondía. A Baba y a mí nos separaban seis camas. Me consolaba saber que la tendría cerca, en el caso de que algún día volviésemos a hablarnos. Había tres radiadores encajados en las paredes, pero estaban fríos.

Me senté en la silla que había junto a mi cama y me quité con calma las ligas y las medias. Las ligas me apretaban tanto que me habían dejado señales en los muslos. Preocupada por si me saldrían varices durante la noche, me entretuve en examinar las marcas sin saber que la hermana Margaret estaba justo detrás de mí. Usaba zapatos con suela de goma y se había acercado con tal sigilo que yo no me había percatado. Por eso, cuando dijo: «Atiendan, niñas», me sobresalté y me puse de pie. Me giré para mirarla: se leía el enojo en su rostro, y estaba tan cerca de mí que pude fijarme en que tenía un pequeño quiste en un iris.

—Puede que las recién llegadas lo ignoren, pero el orgullo de este convento siempre ha sido su decencia. Nuestras colegialas son, por encima de todo, personas buenas y discretas. Y se puede medir el recato de una chica por su forma de vestirse y desvestirse. Hay que hacerlo con arreglo al decoro y al pudor. En un dormitorio común como este... —Se interrumpió porque alguien había entrado por la puerta del fondo, golpeando un aguamanil con el batiente. Yo estaba ruborizada hasta las orejas. Prosiguió—: En el piso de arriba, las alumnas de los últimos cursos cuentan con cubículos independientes. Pero, como decía, en un dormitorio común como este exigimos a las alumnas que se vistan y desvistan protegidas por sus batas. Y, al hacerlo, deberán ustedes mirar al pie de sus camas, con el fin de evitar las miradas indiscretas que podrían producirse en el caso de estar en los laterales.

Tosió y se alejó haciendo girar el mazo de llaves que llevaba en la mano. Abrió la puerta de roble del fondo de la estancia y desapareció.

La chica de la cama de al lado puso los ojos en blanco. Era bizca, y no me

cayó bien. No por la bizquera, sino porque parecía la clásica persona que tiene mal gusto para todo. Llevaba una bata preciosa y muy cara, y unas sofisticadas zapatillas acolchadas. Sin embargo, una tenía la sensación de que se ponía esas cosas para alardear, y no porque fuesen bonitas. Vi que escondía dos chocolatinas debajo de la almohada.

Desnudarse con una bata sobre los hombros es un talento que requiere mucha práctica. A mí se me cayó la mía seis o siete veces, hasta que al final me encorvé y conseguí que no se me resbalara.

Andaba rebuscando en mi bolso de viaje cuando apagaron las luces; en ese momento, unas siluetillas en bata correataron por el pasillo enmoquetado y desaparecieron en sus camas blancas y heladas.

Pretendía sacar el bizcocho del fondo del bolso. Como tenía el juego de té encima, tuve que ir sacándolo pieza por pieza. Baba se deslizó sigilosamente hasta el pie de mi cama, y por primera vez hablamos, o, más bien, susurramos.

—Por Dios, vaya infierno. No aguantaré ni una semana.

—Ni yo. ¿Tienes hambre?

—Me comería a un niño chico —dijo.

Estaba sacando la lima de uñas de la bolsa de aseo para cortar con ella un trozo de bizcocho cuando una llave giró en la cerradura de la puerta del fondo del cuarto. Tapé rápidamente el dulce con una toalla y nos quedamos petrificadas mientras la hermana Margaret se acercaba hacia donde estábamos, linterna en mano.

—¿Qué significa esto? —preguntó.

Ya sabía cómo nos llamábamos, y se dirigía a nosotras por nuestro nombre completo; no solo decía Bridget (el verdadero nombre de Baba) y Caithleen, sino Bridget Brennan y Caithleen Brady.

—Nos sentimos muy solas, hermana —traté de explicar.

—No estáis solas en vuestra soledad. La soledad no es excusa para desobedecer. —Hablaba con un susurro penetrante; todo el mundo la oía—. Vuelva a su cama, Bridget Brennan.

Baba se alejó sin hacer ruido. La hermana Margaret paseó la linterna a mi alrededor hasta que el rayo de luz alumbró el coqueto servicio de té sobre la cama.



—¿Qué es esto? —preguntó al tiempo que levantaba una de las tacitas.

—Es un juego de té, hermana. Me lo traje porque mi madre se murió.

Fue una estupidez, y me arrepentí al punto de haber dicho aquello. Siempre estoy diciendo tonterías, y es porque no pienso antes de decirlas.

—Qué conducta tan pueril y sensiblera —reprobó.

Se levantó el faldón del hábito, amontonó en el hueco que se formó las piezas del juego de té y se las llevó.

Me metí entre las sábanas glaciales y comí un pedazo del bizcocho de semillas de alcaravea. El dormitorio entero lloraba; se percibían los sollozos y las convulsiones bajo las mantas. Un llanto ahogado.

El cabecero de mi cama estaba frente al de la cama de otra chica; y, en mitad de la oscuridad, una mano apareció entre los barrotes y depositó una magdalena en mi almohada. Era una magdalena con azúcar glaseado y algo encima. Tal vez una guinda. Le pasé un pedazo de mi pastel, y nos estrechamos la mano. Me pregunté cómo sería, pues no me había fijado en ella cuando las luces estaban aún encendidas. Fuera quien fuese, se trataba de una buena persona. Y la magdalena estaba muy rica. Dos o tres camas más allá oí que una chica mordía una manzana debajo de las sábanas. Todas comíamos y llorábamos por nuestras madres.

En la esquinita de cielo que se veía desde la ventana que había delante de mi cama distinguí unas pocas estrellas. Era agradable estar allí tumbada y contemplar las estrellas, esperando a que se fueran debilitando, o se apagasen, o estallasen formando unos brillantes fuegos artificiales. Esperando a que sucediese algo en medio de aquel silencio aciago y sepulcral.

## 9

A la mañana siguiente nos despertaron a las seis. La campana de la torre del convento tañía para el ángelus cuando la hermana Margaret irrumpió en el dormitorio entonando la ofrenda matinal. Encendió la luz, y antes siquiera de recordar dónde estaba ya me había puesto en pie, tambaleante.

Nos ordenó que nos aseáramos y vistiéramos con rapidez. La misa comenzaría en quince minutos.

Mientras me pasaba con desgana un peine por la enmarañada melena, me di cuenta de que Baba seguía en la cama. Pobre Baba... qué trabajo le costaba levantarse. Me acerqué y la zarandé; ella bostezó, se frotó los ojos y preguntó:

—¿Dónde estamos? ¿Qué hora es? —Y, cuando le contesté, exclamó—: ¡Por Dios bendito!

Aquella era su nueva muletilla, en lugar del «Por Dios» a secas. Estaba pálida y mustia, y no atinaba a desatar los nudos de los zapatos.

Fuimos las últimas en abandonar el dormitorio. La prefecta ya había apagado las luces, y todo estaba tan oscuro que nos vimos obligadas a atravesar el pasillo a tientas hasta llegar a las escaleras de madera que conducían a la sala común. Unos pajarillos trinaban en los árboles del convento cuando nos dirigimos a la capilla por el camino de asfalto. Ambas pensamos lo mismo al oír a los pájaros. En el fondo, nuestro hogar tampoco estaba tan mal.

La misa ya había empezado cuando entramos, de modo que nos arrodillamos en el reclinatorio más próximo a la puerta, que no tenía banco para sentarnos.

—Nos va a dar rodilla de criada —me advirtió Baba.

—¿Y eso qué es?

—Una enfermedad que tienen todas las monjas de tanto arrodillarse.

Una de las mayores se volvió y nos dirigió una mirada que pedía silencio. No me concentraba en la misa, todo me distraía: la caspa en los pichis de las niñas, el sol que se colaba por la vidriera, las sombras de las monjas arrodilladas. Religiosas con la cabeza gacha, humildes; religiosas muy tiesas; monjas muy mayores derrengadas, casi sentadas sobre sus propias piernas. ¿Llegaría a distinguirlas algún día por detrás? Una monja servía la misa también; era un poco raro oír aquella voz aguda respondiendo en latín a las palabras del sacerdote.

Se llamaba hermana Mary, y el cura era el padre Thomas. Cynthia me lo dijo cuando salíamos.

—Eres nueva. ¿Te gusta esto? —me preguntó cuando nos alcanzó, a la altura de la escalera. A Baba la ignoró.

—Es espantoso —confesé.

—Ya te irás acostumbrando. No está tan mal.

—Me siento muy sola.

—¿A quién echas de menos? ¿A tu mamá?

—No, mi madre ha muerto.

—Ay, pobrecilla. —Y me agarró por la cintura.

Prometió que cuidaría de mí. Las mayores siempre cuidaban de las recién llegadas, y Cynthia se ocuparía de mí. Me caía bien. Era alta, tenía el pelo rubio y unos ojillos marrones muy vivos. Además, tenía un sostén, algo a lo que ninguna otra chica del convento se atrevía. Pero Cynthia no era como las demás: era medio sueca y su madre era una conversa.

Primero nos pusieron a hacer ejercicio en el patio que daba a la calle; tres de sus lados los constituían muros de la escuela, y el cuarto quedaba separado de la calle gracias a un cercado. No muy lejos de ese cercado se encontraba la caseta donde las externas dejaban sus bicicletas. Las externas eran las alumnas cuyos padres vivían en el pueblo, que venían a la escuela a diario para luego volver a sus casas. Cynthia me explicó que todas eran muy simpáticas, y con ello quería decir que se ofrecían a echar cartas al buzón a escondidas, o a traer dulces de las tiendas.

—Brazos al frente. Dedos en las puntas de los pies. No flexionen las

rodillas —iba ordenando la hermana Margaret.

Las rodillas crujían, las respiraciones se entrecortaban. Setenta traseros se alzaban al mismo tiempo, y yo veía los muslos lechosos de las chicas que tenía delante, esa franja de piel por encima de las medias que los calzones no cubrían.

—Por Dios, esto es peor que el ejército —me dijo Baba. Me llegaba su voz desde abajo, porque teníamos la cabeza cerca del suelo.

—Y así en invierno y en verano —puntualizó una chica a nuestro lado.

—¡Silencio, por favor! —pidió la hermana Margaret, que estaba de puntillas contando hasta diez.

Y, mientras nos manteníamos en esa postura, pasó un chico silbando con unas lecheras en la mano. Aquel silbido era más dulce que las notas de una flauta. Y lo era porque él ignoraba lo felices que nos hacía. A todas. Nos hacía recordar nuestras vidas anteriores. Luego entramos a desayunar.

Nos dieron té y pan con mantequilla, y en cada plato pusieron una cucharadita de mermelada. Nos pusimos a charlar como locas.

—Gracias por el bizcocho —dijo una chica al otro lado de la mesa. Tenía el pelo negro, con flequillo, y una piel pálida y pecosa.

—¡Ah, eres tú! —exclamé. Era simpática. Ni guapa, ni llamativa, ni nada de eso, sino simpática. Como una hermana.

—¿De dónde eres? —me preguntó, y se lo dije.

—Me han dado una beca —añadí. Prefería contarle yo misma, antes de que Baba lo fuera publicando.

—Hala, debes de ser una lumbrera —dijo, frunciendo el ceño.

—Qué va —respondí.

Pero me agradó el elogio. Me reconfortó.

—Todos los domingos vendrá alguien a verme y me traerán más dulces... —explicó.

Yo estaba a punto de decirle algo amable, porque, al fin y al cabo, era mi vecina en el dormitorio y parecía que iba a recibir muchos pasteles, pero la hermana Margaret irrumpió en el comedor dando palmadas.

—¡Silencio!

Sus palabras parecían flotar largo rato en la estancia, suspendidas por encima de nuestras cabezas. Empezó a leer un fragmento de su libro

espiritual, una historia sobre Santa Teresa, que era lavandera y dejaba que el jabón le salpicara en los ojos para mortificarse.

—Anda que dejar que te entre jabón en los ojos... —masculló Baba, y yo sentí terror, no fuera a ser que la oyeran.

—Voy a beber lejía o algo parecido para largarme de aquí —me dijo cuando salíamos.

Un hombre de nuestro pueblo se había envenenado de esa forma. La hermana Margaret nos dedicó una mirada de sospecha y rencor al adelantarnos, aunque dudo mucho que nos hubiese oído, o nos habrían expulsado.

—Ojalá fuera protestante —exclamó Baba.

—Los protestantes también tienen conventos —dije con un suspiro.

—Pero no como esta cárcel.

Tenía lágrimas en los ojos. Subimos al dormitorio, y vi que Cynthia me estaba esperando en el primer descansillo.

—Para ti —me dijo, tendiéndome una estampita para mi libro de oraciones, y se fue corriendo. Por detrás había escrito con tinta púrpura: «Para mi nueva y adorable amiga, de su querida Cynthia».

—Qué empalagosa, me está dando acidez —dijo Baba, haciendo una mueca de burla. Entró delante de mí, con los zapatos puestos.

Después de hacer las camas, una hermana lega vino a examinarnos el pelo.

—Yo lo que tengo es caspa, caspa —declaré, nerviosa, para que no la tomara por algo peor.

La monja me dio un cachete con el peine y me ordenó que me callara. Me inspeccionó toda la cabeza.

—No sé para qué querrás tanto pelo. No creo que Nuestra Señora lo apruebe —dijo cuando pasó a la siguiente.

Mi honor quedó a salvo. Sin embargo, la chica que estaba a mi lado, la bizca de la bata cara, tenía piojos. «Vergonzoso», reprobó la monja mientras manoseaba aquel pelo castaño y ralo. Tuve miedo de que sus bichos saltaran de su almohada a la mía por las noches.

Justo antes de que dieran las nueve nos dirigimos a las aulas. Baba se sentó conmigo en la última fila. Según ella, estábamos más protegidas allí, y

mientras esperábamos a que llegara la monja, compuso un poemilla en su cuaderno. Decía así:

*Los chicos en el último pupitre,  
en los primeros, aplicadas, las niñas.  
dan pellizcos, pidiendo riña.  
Es deber de chicas listas  
acusar si un chico las pellizca.  
Algunas chillan,  
pero otras de risa se desternillan.*

La primera religiosa que vino era joven y muy guapa. Tenía la piel de un rosa muy pálido y con un toque acuoso. Igual que unos pétalos de rosa de buena mañana. Enseñaba Latín, y primero nos explicó las declinaciones con sus diferentes casos: nominativo, vocativo, etcétera. La clase duró cuarenta minutos, y luego llegó otra monja, que nos dio una clase de Lengua. Sobre la mesa, al lado de donde ella apoyaba las manos, había dos barritas nuevas de tiza y un borrador de gamuza limpio. Tenía las manos muy blancas, y en uno de los dedos lucía una alianza de plata que no paró de retorcer durante toda la clase. Era de apariencia delicada, y nos leyó un ensayo de G. K. Chesterton.

A continuación llegó otra monja que impartió una lección de Álgebra. Se puso a escribir en la pizarra, y hablaba con voz nasal. «Mi'en, chiquillas», comenzó. No le presté atención. El sol otoñal entraba por el ventanal, y cuando más concentrada estaba en buscar telarañas por los rincones del techo, como las que había en la escuela pública, la profesora soltó la tiza y reclamó nuestra atención. Me estremecí un poco, y me quedé mirando las equis y las i griegas que había escrito en la pizarra. La mañana se hizo eterna hasta que por fin llegó la hora del almuerzo. La comida fue horrible.

Primero nos pusieron sopa, un aguachirle verdoso; y un mendrugo de pan duro y gris en el platillo.

—Esto es agua de cocer coles —observó Baba.

Le había cambiado el sitio a la chica que estaba a mi lado, y me alegraba su compañía. Ambas esperábamos que nadie se diera cuenta, pues no nos permitían cambiarnos de lugar. Tras el caldo llegaron los platos fuertes. En

cada uno había una patata cocida sin piel, un poco de carne correosa y una montaña de col cortada muy toscamente.

—¿Qué te he dicho? El agua de cocer estas coles —insistió Baba, dándome un codazo.

Yo no pensaba comerme aquello. La carne tenía un aspecto repugnante, y desprendía un ligero aroma a podrida. La olisqueé un par de veces y supe que no podría comerla.

—La carne está echada a perder —le dije a Baba.

—La tiraremos —me tranquilizó.

—¿Cómo vamos a hacerlo?

—La guardamos y luego la tiramos al puñetero lago cuando salgamos a dar el paseo.

Rebuscó en los bolsillos y sacó un sobre viejo. Yo pinché la carne, y a punto estaba de meterla en el sobre cuando otra chica dijo:

—¡No! Se va a extrañar de que os la hayáis comido tan rápido.

De modo que introduje solo uno de los trozos, y Baba hizo lo mismo.

—La hermana Margaret inspecciona los bolsillos —continuó la chica.

—Hablando del rey de Roma... —murmuró Baba, pues la hermana Margaret acababa de entrar en el refectorio y se había detenido en el extremo de la mesa para controlar los platos. Cuando atacé la col, me di cuenta de que había algo negro y lo aparté al platillo del pan.

—Caithleen Brady, ¿por qué no se come la col? —inquirió.

—Es que tiene una mosca, hermana —expliqué. En realidad era una babosa, pero preferí no herir su sensibilidad.

—Haga el favor de comerse la col.

Y se quedó allí plantada, mirando cómo yo pinchaba grandes cantidades que tragué sin masticar. Pensé que me iba a poner mala. Tras su marcha, guardé lo que quedaba de carne en el sobre de Baba, que ella se escondió bajo el jersey.

—¿A que estoy hecha un bellezón? —preguntó, pues se le formaba un evidente bulto en un lado.

Cuando los platos estuvieron vacíos, los pasamos hasta uno de los extremos de la mesa.

La hermana lega trajo una bandeja metálica que depositó en una de las

esquinas, y nos fue pasando unos platillos de postre con tapioca.

—¡Por Dios, esto parece moco! —me susurró Baba al oído.

—Baba, por favor, no digas eso —rogué. Me sentía muy mal por culpa de la col.

—¿Nunca te he contado la adivinanza de Declan?

—No.

—¿Qué prefieres: correr dos kilómetros, lamer un furúnculo o comer un cuenco de mocos? Venga, di, ¿qué prefieres? —preguntó con impaciencia, irritada porque no me había hecho gracia.

—Preferiría morirme, y punto —contesté.

Bebí dos vasos de agua, y salimos del comedor.

Las clases se prolongaron hasta las cuatro en punto. Después nos dirigimos en tropel al guardarropa, cogimos las chaquetas y nos preparamos para el paseo. Era muy agradable salir a la calle, aunque nos hicieron bordear la calle mayor y salimos a una calle paralela en dirección al lago. En cuanto pasamos junto a la ribera, unos cuantos bultos de carne fueron lanzados al agua.

—Lo hice, hecho está. ¿No has oído un ruido? —recitó una de las mayores<sup>[6]</sup>.

La superficie del lago se llenó de ondas concéntricas al tiempo que los montoncitos se hundían bajo el agua.

El paseo fue breve, y al desfilar ante las tiendas nos percatamos del hambre y la soledad que padecíamos. Era imposible entrar en los comercios, porque la prefecta no nos quitaba ojo. Caminábamos de dos en dos, y la chica que iba detrás de mí no paraba de pisarme. «Perdona», decía cada vez. Era aquella niña azorada que me había pasado mil veces la bandeja del pan el primer día. El pichi le caía sin gracia por debajo de la gabardina azul marino, y llevaba gafas con montura de metal.

—Dime qué estás pensando —me asaltó Baba. Pero yo no estaba dispuesta a soltar prenda: pensaba en el señor Gentleman.

Tras el paseo hicimos los deberes; luego cenamos y fuimos a rezar el rosario. Acabadas las oraciones, dimos una vuelta alrededor del convento. Cynthia nos acompañó, y las tres nos agarramos del brazo. Caminamos por el jardín, que olía a arcilla húmeda y al perfume especiado de las hojas tardías



del otoño. Después remontamos la colina que conducía a las pistas de deporte. Casi había anochecido.

—Los días son cada vez más cortos —dije con amargura.

Pronuncié aquella frase como mamá lo habría hecho, y el parecido me asustó, porque no quería convertirme en una persona tan triste como mi madre.

—Contémonoslo todo —dijo Cynthia, que disfrutaba con los secretitos y era muy alegre y vivaracha—. ¿Tenéis novios?

«Un viejo», pensé. Pero era absurdo considerarlo un novio; al fin y al cabo, tenía poco más de catorce años. Y aquel día en Limerick se me antojaba tan lejano como un sueño.

—Y tú, ¿tienes? —replicó Baba.

—Sí, claro. Es un encanto. Tiene diecinueve años y trabaja en un garaje. Tiene moto y me lleva a bailes y cosas así. —Hablaban muy emocionada; le agradaba recordar a su enamorado.

—¿Eres «fácil»? —quiso saber Baba.

—¿Qué significa «fácil»? —interrumpí. Aquella palabra me intrigaba.

—Fáciles son las que tienen bebés con más facilidad que otras mujeres —contestó Baba deprisa, impaciente.

—¿Eso es verdad, Cynthia? —insistí.

—En cierto modo. —Y sonrió al recordar la motocicleta, al verse montada en ella con un pañuelo rojo anudado en el pelo y surcando carreteras secundarias con setos de fucsias a ambos lados, enlazada a su cintura y con los pendientes meciéndose al viento igual que las fucsias. «Agárrate, agárrate más», le decía él, y ella obedecía. Cynthia no era ningún ángel; al contrario, era una chica muy, pero que muy madura.

Nos sentamos en un cenador en lo alto de la colina y vimos desfilar ante nosotras a las demás en grupitos de tres o cuatro. Una pila de sillas de jardín ocupaba un rincón del cenador, y por el suelo había un montón de herramientas.

—¿Quién usa estas cosas? —pregunté.

—Las monjas —explicó Cynthia—. Ahora ya no hay jardinero.

Al decir esto se le escapó una tímida risilla.

—¿Y eso? —Había despertado mi curiosidad.

—Porque una monja se fugó con él, el año pasado. Salía mucho para echarle una mano, plantar en los macizos y esas cosas, ¡y vaya si intimaron! Así que se largó con él.

Aquello sí que era emocionante; la clase de historias que nos gustaba oír. Baba se inclinó hacia delante y se le iluminó la cara ante la idea de escuchar por fin algo sustancioso.

—¿Y cómo se las apañó? —preguntó a Cynthia.

—Saltó la tapia una noche.

Baba se puso a tararear: «Y cuando la lu-lu-luna brille sobre la vaqueriza, te estaré esperando en la puerta de la co-cocina...»<sup>[7]</sup>.

—¿Y se casaron? —quise saber.

De nuevo me estremecí, ansiosa por escuchar cómo terminaba la historia; temblaba porque deseaba un final feliz.

—No. Nos enteramos de que él la dejó al cabo de unos meses —dijo Cynthia con indiferencia.

—¡Qué horror! —proferí.

—¡Qué horror, y un cuerno! De guapa no tenía nada cuando saltó la tapia para irse con él: era calva y todo eso. De monja no pasaba nada, porque la esclavina le daba un aire misterioso. Y me figuro que llevaría aquel vestido de pueblerina.

—¿Qué vestido? —se interesó Baba. Baba era una persona práctica.

—El de Marie Duffy, la prefecta de este año. La monja era la responsable del espectáculo navideño, y a Marie Duffy le enviaron de casa un vestido para el papel de Portia. Después del concierto, el vestido se quedó en el guardarropa, hasta que un día desapareció. Me imagino que se lo llevó la monja.

Tañeron las campanas del convento para arrancarnos del cenador, del olor a arcilla y de la alegría de compartir secretos. Corrimos de vuelta al colegio y Cynthia nos previno de que no debíamos contar ni una palabra.

Aquella noche, cuando nos íbamos a acostar, Cynthia me dio un beso en el descansillo, y siguió haciéndolo cada noche a partir de entonces. De habernos sorprendido, nos habrían matado.

Baba nos vio y se sintió ofendida. Entró de prisa en el dormitorio, y cuando fui a desearle buenas noches me miró con aire abatido.

—Aquello que te dije del bueno del señor Gentleman fue una broma — espetó.

Me estaba rogando que excluyera a Cynthia de nuestros paseos y nuestras conversaciones. Creo que fue esa noche cuando dejé de temer a Baba; me metí en la cama de muy buen talante.

La chica cuyo cabecero lindaba con el mío masticaba algo bajo las sábanas. Lo oía perfectamente. Durante un buen rato estuve esperando que me diera algo, pues había llevado mi bizcocho de alcaravea al comedor para repartirlo entre todas las comensales. No lo hice por generosidad, sino por miedo. Miedo a que me pillaran, miedo de atraer a los ratones a mi armario. Hickey decía que las chiquillas que temen a los ratones temen también a los hombres.

Estuvo horas comiendo. Al final me desesperé; me disponía a pedirle que compartiera algo conmigo, cuando recordé que tenía Vicks VapoRub en la bolsa de aseo. A menudo lo probaba en casa, y sabía a rayos; así que estiré el brazo, lo saqué de la parte de abajo del palanganero y me puse un pegote bajo la lengua. Se me quitó el hambre de inmediato.

Me quedé dormida pensando si debería escribirle, y preguntándome si la señora Gentleman leería sus cartas.

## 10

Fueron pasando los días, que yo únicamente distinguía por el hecho de que tras los cristales lloviese o cayesen las hojas, o porque la monja del álgebra se hubiera puesto una toquilla de punto nueva. La antigua, negra, había tomado un color verdoso y se había deshilachado por los bordes. Se sentía muy orgullosa del mantón nuevo, y cada vez que se lo quitaba le sacudía las gotas de lluvia y lo extendía con esmero sobre el radiador. La calefacción central estaba encendida, pero los radiadores apenas desprendían calor. Entre clase y clase nos calentábamos las manos en el que más cerca estuviese de nuestro pupitre. Baba aseguraba que nos saldrían sabañones, y así fue.

Baba se había vuelto muy callada, y las monjas no le tenían ningún aprecio. Un día la castigaron tres horas de pie en la capilla porque la hermana Margaret la oyó pronunciar el nombre de Dios en vano. En clase no daba una a derechas, y eso que a la hora de conversar se mostraba muy despierta. Yo obtenía las mejores notas en los controles semanales, pero la presión casi acaba conmigo. Me angustiaba pensar en la posibilidad de no quedar primera a la semana siguiente, de modo que adquirí el hábito de estudiar por las noches en la cama a la luz de una linterna.

—Te vas a quedar bizca, por Dios; y bien merecido lo tendrás —me decía Baba cuando me sorprendía leyendo bajo las sábanas; yo le contestaba que me gustaba estudiar. Así no pensaba en otras cosas.

Un sábado, varias semanas más tarde, la hermana Margaret nos entregó la correspondencia. Había abierto todas las cartas.

—¿Quiénes son estos caballeros? —inquirió al alargarme dos sobres, uno de Hickey y otro de Jack Holland.

Recibí una tercera carta, de mi padre, que parecía dirigida a una extraña.

En ella me contaba que se había mudado al pabellón y que estaba muy contento. Añadía que, de todos modos, la casa le venía grande ahora que mamá ya no estaba. Me paseé mentalmente por todas las habitaciones; admiré las colchas de *patchwork*, las pantallas para las chimeneas hechas de miriñaque con ribetes rojos en los bordes, y las paredes húmedas pintadas con pintura al óleo de un verde pálido. Incluso llegué a abrir cajones para ver las cosas que mamá había guardado en ellos: viejos adornos de Navidad, frascos de perfume vacíos, ropa interior de seda por si algún día tenían que hospitalizarla, juegos de cortinas y bolas de naftalina por doquier.

«Bull's-Eye te echa de menos, igual que yo». Con estas palabras acababa la breve misiva, y yo hice una bola con el papel, pues no quería volver a leerla.

La carta de Jack Holland era tan florida como esperaba. Su caligrafía era muy fina, y escribía en papel pautado de cuaderno. Hablaba de la clemencia del clima, pero dos líneas más abajo comentaba que había tomado precauciones contra los chaparrones, lo cual significaba que había dispuesto baldes en las habitaciones de la planta de arriba para las goteras, y si le faltaban baldes extendía paños viejos para que absorbieran las filtraciones del techo. Una de las frases me turbó. Decía: «Y, mi querida Caithleen, imagen y prolongación de tu madre, no veo por qué no regresas a heredar su hogar y perpetuar su admirable tradición doméstica».

¿Estaría pensando en devolverme la casa? Se me pasó otra posibilidad por la cabeza, tan descabellada que no pude sino reírme. Me explicaba que él y su impedida madre no vivían en nuestra casa, puesto que había recibido una suculenta oferta por parte de una orden de religiosas, que deseaba alquilarla como noviciado. Unas monjas francesas, decía. Qué contento tiene que estar el señor Gentleman, pensé con sarcasmo. Él no me había escrito, y me sentía muy desilusionada.

De la carta de Hickey cayó una fotografía, una foto de pasaporte que se había hecho para viajar a Inglaterra. Allí estaba, sonriente, feliz y muy seguro de sí mismo; justo como era él, salvo porque en la fotografía llevaba corbata y el cuello abrochado, mientras que en casa iba con la camisa abierta y se le veían los oscuros pelillos del pecho. No daba una con la ortografía. Decía que en Birmingham todo parecía «tisnado» y que «la gente va en manadas a todas

partes y la cerbeza vale el doble». Había conseguido un empleo como vigilante nocturno en una fábrica, así que se pasaba el día entero durmiendo. Me mandaba un giro postal de cinco chelines, y le di las gracias en voz alta varias veces, con la esperanza de que el agradecimiento viajara hasta él, allá en la negra Birmingham. Guardé el dinero para la fiesta de Todos los Santos.

Octubre transcurrió despacio. Las hojas cayeron, y bajo los árboles se formaban montículos de hojarasca, hojas pardas o blanquecinas con los bordes rizados. Hasta que un buen día vino un hombre, las amontonó y prendió una hoguera en uno de los extremos del jardín principal. Aquella tarde, cuando salimos a rezar el rosario, el fuego aún humeaba y la tierra despedía el nostálgico olor de las hojas quemadas. Tras el rosario, hablamos de la fiesta de Todos los Santos.

—Tienes que convencer a la piojosa —me ordenó Baba. Se refería a la de la cama de al lado.

—¿Por qué a ella? —Yo sabía que Baba la odiaba.

—Pues porque su puñetera madre tiene una tienda y la recepción está hasta arriba de paquetes para ella.

Los paquetes para la fiesta llegaban a diario. Yo no podía pedirle a mi padre que me mandara uno, porque los hombres no saben de esas cosas, de modo que le escribí pidiéndole algo de dinero y luego encargué a una de las externas que me comprase un pan de pasas, manzanas y cacahuetes.

Cuando llegó el día de la fiesta trasladamos unas mesitas del convento a la sala común, nos sentamos en grupos de cinco o seis y repartimos el contenido de nuestros paquetes. Cynthia, Baba, la de los piojos —que se llamaba Una— y yo compartimos mesa. Una había recibido cuatro cajas de bombones, tres tartas de pastelería y montones de caramelos y frutos secos.

—¿Quieres un caramelo, Cynthia? —ofreció Baba, abriendo una de las cajas de Una.

Pero a Una no le importó; a nadie le caía bien, y siempre andaba sobornando a las demás a cambio de un poco de amistad. A Cynthia le habían mandado unas galletas de avena caseras riquísimas; al masticarlas dejaban entre los dientes los ásperos granos de cereal.

—Coja una, hermana —dijo Cynthia a la hermana Margaret, que caminaba entre las mesas sin cesar.

Aquel día estaba muy sonriente. Hasta para Baba tuvo una sonrisa. Cogió dos galletas, pero no se las comió, sino que las guardó en el bolsillo; y, cuando ya estaba lejos, Baba dijo:

—Se matan de hambre.

No creo que se equivocara.

—Vaya un paquete roñoso el tuyo —apuntó Baba, inclinándose para echar un vistazo en el interior de la caja de cartón donde yo había metido el pan de pasas y lo demás.

Me puse colorada, y Cynthia me apretó la mano por debajo de la mesa. Como Baba había mezclado sus cosas con las de Una, no quedaba muy claro qué era lo suyo. De lo que sí estaba segura es de que Martha le había dado instrucciones de compartirlo todo conmigo. Comimos hasta hartarnos, y luego despejamos las mesas y el suelo quedó sembrado de cáscaras de cacahuets, corazones de manzanas y envoltorios de caramelos. Casi todas las niñas se habían puesto el anillo del pan de pasas<sup>[8]</sup>. A continuación nos dirigimos a la capilla para rezar por las ánimas benditas, y Cynthia me agarró por la cintura.

—No le hagas caso a Baba —me dijo con ternura.

Pero no podía evitar que me afectara. Baba iba detrás de nosotras, con Una, que le había dado una caja de bombones sin abrir y varias mandarinas. La piel de la mandarina tenía un aroma exótico, y me guardé un poco en el bolsillo para poder olerla en la capilla.

—Nos vemos esta noche —se despidió Cynthia. Nos pusimos las boinas y entramos.

La capilla estaba casi a oscuras, salvo por la luz de la lámpara del sagrario, cerca del altar. Oramos por las ánimas del purgatorio. Pensé en mamá y lloré un buen rato. Oculté el rostro entre las manos para que las chicas que había a mi alrededor creyesen que estaba rezando o meditando. En realidad, intentaba contar cuántos pecados había cometido desde su última confesión hasta la hora de su muerte. Recordaba que nos habían dado más cambio de la cuenta en una tienda, y yo dije que iría a devolverlo. «Te quedas aquí: bastante más dinero nos han sacado ellos a nosotros», dijo, y guardó la vuelta en la agrietada jarra de la alacena. También había mentido: un día vino la señora Stevens, la de las casas de campo, a pedir prestado el burro, y mamá

le explicó que se lo había llevado Hickey a la ciénaga, cuando en realidad el animal estaba en el huerto, dormido bajo el peral con las rodillas dobladas. Lo vi porque mamá me había mandado a vigilar la gallina negra, que estaba de puesta. Todos los años, la gallina negra hacía una puesta y empollaba en la acequia. Era milagroso verla de vuelta al gallinero seguida de una caterva de preciosos polluelos amarillos y peludos.

Cuando dejé de llorar me picaban los párpados y tenía la cara enrojecida.

—¿A qué viene tanto gimoteo? —preguntó Baba al salir.

—Es por el purgatorio.

—El purgatorio... ¿Y no es peor arder en el infierno para siempre? —En ese momento casi pude ver las llamas y oler la ropa chamuscada—. ¿A que no adivinas quién me ha escrito? —añadió. Hablaba con voz alegre, y chupaba un caramelo de menta.

—¿Quién? —me interesé.

—El bueno del señor Gentleman. —Y, al pronunciar estas palabras, se volvió hacia mí.

—Enséñamela —pedí, ansiosa.

—¿Por quién diantre me tomas? —exclamó, y siguió avanzando dando leves saltitos con sus zapatos de charol negro.

—¡Ya le preguntaré en Navidad! —le grité. Pero tenía la impresión de que aún quedaban años para Navidad.

Y, sin embargo, llegó.

Un día de mediados de diciembre preparamos todo para irnos de vacaciones. Cynthia me regaló una taleguita para los pañuelos, y las monjas me premiaron con una estatuilla de san Judas por haber sacado las mejores notas en los exámenes de Navidad. Nos pasamos la tarde mirando por la ventana, deseosas de ver aparecer el coche del señor Brennan. Nada más llegar, poco después de las seis, nos pusimos los abrigos y salimos. Los tres nos sentamos delante, y el señor Brennan se encendió un pitillo antes de emprender el camino de vuelta. El cigarrillo olía de maravilla, y era muy agradable estar allí mientras él arrancaba, encendía los faros y avanzaba despacio por la avenida. Pronto salimos del pueblo y circulamos entre los muretes de piedra que discurrían a ambos lados de la carretera. La oscuridad era exquisita, casi se podía oler. No nos llamamos en todo el camino, aunque



yo hablé mucho más que Baba. Junto a los cercados de las granjas por las que pasábamos había tanques de leche apoyados en estructuras de madera.

Un conejo salió de un agujero del muro y cruzó la carretera como un rayo a la luz de los faros.

—Este no se me escapa —dijo el señor Brennan al tiempo que reducía la velocidad.

Se apeó y desanduvo cuarenta o cincuenta metros. Había dejado la puerta abierta, y el frío entró en el interior del vehículo. Me gustaba sentir el aire helado. El convento era una cárcel. El señor Brennan arrojó a la parte de atrás el conejo, que quedó extendido a lo largo del asiento negro de cuero. No lo vi porque estaba muy oscuro, pero sabía qué aspecto tendría el animal, y supe que aquella piel suave y parda estaría manchada de sangre.

Cuando bajamos del coche ante la puerta de la casa de los Brennan todas las ventanas estaban iluminadas, y bajo las luces se distinguía agitación. No esperamos al señor Brennan, y Martha nos dio un beso en el vestíbulo. Molly y Declan también nos saludaron con un beso, y entramos en el salón. Mi padre estaba sentado delante del centelleante hogar, con los pies apoyados en el zócalo de roble.

—¡Bienvenidas! —dijo, y se puso de pie para darnos un beso.

La estancia transmitía calidez y alegría. Habían cambiado las cortinas. Ahora eran rojas, hechas a mano, y en los sillones de piel reposaban unos cojines a juego. La mesa estaba puesta para la cena, y me llegaba el delicioso aroma de tartaletas de fruta recién horneadas. Saltó una chispa a la alfombra de lana de oveja y Martha fue corriendo a pisotearla. Llevaba un vestido negro, y tuve que reconocer muy a mi pesar que había envejecido. Por algún extraño motivo, en unos pocos meses había entrado en la madurez, y su rostro ya no era tan atrevidamente hermoso.

—Qué fuego tan espléndido —observé, calentándome las manos y solazándome en el olor de la turba.

—Gracias a mí —apuntó mi padre, muy orgulloso. Enseguida resurgió la vieja hostilidad que sentía hacia él—. Yo les proveo de turba y leña —agregó.

Pensé en contestarle: «¿Y cómo es que puedes hacer eso, si no tienes ni para plantar coles?». Pero, dado que era mi primera noche en casa, preferí no

decir nada. De todos modos, me imaginé que habría conservado algún banco de turba y una arboleda o dos en el confín de la finca, allá donde la granja se transformaba en unos bosques de abedules salvajes.

—Qué alta estás —me dijo con inquietud, como si fuera anormal que una niña de catorce años diera un estirón.

—Para la comida de mañana, mami —indicó el señor Brennan, con la carnicería en la mano. Sostenía a su presa por los cuartos traseros; era un conejo enorme.

—Ay, no —se quejó Martha sin entusiasmo, y se cubrió los ojos con las manos—. Este hombre no ha ido de caza en su vida, pero trae la comida de mañana —le dijo a mi padre cuando el señor Brennan fue a la cocina a lavarse las manos y a dejar el conejo en la fresquera.

—Buena observación —replicó mi padre. Permanecía del todo ajeno a los pequeños detalles que podían enfadar a las personas.

Antes de cenar subimos a cambiarnos de ropa. Molly subió el candelabro de latón y Martha le gritó desde abajo que tuviera cuidado de no derramar cera en la moqueta de las escaleras. La sola idea de ponerme un vestido de colores y unas medias de seda tras meses de ropa oscura me llenaba de júbilo. Qué pena me daban las pobres monjas, que nunca cambiaban de atuendo. Molly había puesto nuestra ropa en el armario para la caldera, y nos la trajo al dormitorio.

—Eso es tuyo —dijo, señalando un paquete que había en la cama.

Lo abrí y descubrí un par de zapatos de gamuza marrón con tacón. Me los probé y caminé con paso inseguro por la habitación para que Molly me diera su aprobación.

—¡Son magníficos! —exclamó.

Y lo eran. Nunca nada me había procurado tanto placer. Me observé en la luna del ropero y admiré mis piernas mil veces. Las tenía bien torneadas, y me habían engordado las pantorrillas. Ya era adulta.

—¿De dónde han salido? —me interesé por fin. Con la emoción se me había olvidado preguntar.

—Te los ha comprado tu padre para Navidad —explicó.

Molly apreciaba a mi padre, y le daba una taza de té cada vez que aparecía por la casa. Una punzada de culpabilidad nubló mi alegría durante

un segundo. Qué difícil me parecía bajar a darle las gracias. Por lo demás, por mucho que se lo agradeciese, él seguiría sin comprender que aquellos zapatos me procuraban un inmenso y secreto placer. Me pasé la cena alzando el faldón blanco del mantel para mirarme los pies, hasta que por fin me senté de lado para poder verlos continuamente y admirar mis piernas enfundadas en las medias doradas de nailon. Las medias habían sido un regalo de Martha.

Comimos jamón asado y encurtidos, y una tarta de frutas que Martha había hecho especialmente para nosotras.

—Demasiada nuez moscada —reprobó Baba.

La clase de cocina era su preferida en el colegio. Estaba muy guapa con su mandil blanco mientras amasaba, y siempre se ruborizaba ligeramente cuando esperaba cerca del horno para sacar una tarta de manzanas o para comprobar el grado de cocción de un pastel de Madeira con una aguja de hacer punto.

—Pero ¿cuánta nuez moscada le has puesto? —preguntó Baba a su madre.

—Solo una —dijo Martha inocentemente, y Baba estalló en una carcajada tan sonora que se atragantó y tuvimos que darle golpecitos en la espalda.

Declan salió corriendo para traer un vaso de agua. Ella bebió un poco y por fin se calmó. El hermano llevaba unos pantalones largos de franela gris, y Baba decía que tenía el trasero como dos huevos atados en un pañuelo. Declan se pasó la cena tratando de atraer mi atención, y me guiñaba un ojo sin parar.

Sonó el timbre, y al cabo de un momento Molly llamó a la puerta del salón y anunció:

—Es el señor Gentleman, señora. Viene a ver a las niñas.

En el mismo momento en que lo vi aparecer en el salón supe que lo amaba más que a mi propia vida.

—Buenas noches, señor Gentleman —dijimos todos.

Baba era la que más cerca estaba de la puerta, así que él le dio un beso en la coronilla y le acarició el pelo. A continuación rodeó la mesa y empezaron a temblarme las rodillas ante la idea de que me besara.

—Caithleen... —dijo.

Me dio un beso en los labios. Un beso fugaz, seco, y me estrechó la

mano. Se le veía tímido y presa de un extraño nerviosismo. Pero cuando lo miré a los ojos, estos repetían las dulces frases que antes ya pronunciaran.

—¿Para mí no hay beso? —preguntó Martha, detrás de él, con un vaso de *whisky* en la mano.

Le dio un beso en la mejilla y aceptó el *whisky*. El señor Brennan anunció que, puesto que estábamos en Navidad, él también tomaría un trago, y todos nos sentamos alrededor del hogar.

Yo quería despejar la mesa, pero Martha me dijo que lo dejara. Mi padre se sirvió varias tazas de té frío de la tetera, y Baba fue con Martha a preparar bolsas de agua caliente para nuestras camas. El señor Gentleman y el señor Brennan discutían sobre la fiebre aftosa. Mi padre carraspeó para hacerles ver que quería participar, y les pasó los cigarrillos dos o tres veces, pero no lo integraron en la conversación porque tenía la costumbre de decir estupideces. Al final se puso a jugar al parchís con Declan; sentí lástima por él.

Yo permanecí allí sentada, en la silla del respaldo alto, admirando el colorido de las llamas de turba. Cada pocos segundos el señor Gentleman me dirigía una mirada que era al tiempo pícara, amorosa y repleta de promesas. Cuando por fin se fijó en mis zapatos nuevos y en mis piernas favorecidas por las medias, sus ojos se recrearon un instante en ellas, como si estuviese urdiendo un plan en su mente; luego bebió un trago largo de *whisky* y dijo que ya era hora de irse.

—Hasta mañana —dijo, mirándome a mí.

—¿Pasa usted cerca de mi casa, señor? —preguntó mi padre, aun sabiendo perfectamente que sí. Él se ofreció a acercarse a mi padre, y se marcharon juntos.

—Qué alegría verte aquí de nuevo —dijo el señor Brennan, dándome un abrazo.

Solía ponerse sensiblero cuando bebía de más; también le daba sueño, y se le cerraban los ojos.

—Tendrías que meterte ya en la cama —sugirió Martha.

Se desabotonó el chaleco, nos deseó buenas noches a todos y se fue a dormir.

—A la cama, Declan —continuó Martha.

—Jo, mami... —rogó. Pero Martha insistió.

Una vez solas, sirvió jerez en tres copitas y nos dio una a cada una. Nos sentamos, apiñándonos junto al fuego, y charlamos como lo hacen las amigas una vez que los hombres han desaparecido.

—¿Qué tal la vida? —preguntó Baba.

—Un asco —reconoció Martha, y nos contó todo lo que había acontecido desde nuestra marcha.

El fuego se había consumido y no era más que un lecho ceniciento cuando decidimos subir. Martha llevaba el candil, que emitía una luz muy débil, pues casi no le quedaba aceite. Lo dejó en el pasillo, entre nuestra habitación y la suya, y, cuando terminamos de cambiarnos, salió a apagarlo. El señor Brennan roncaba, y ella entró en su habitación lanzando un suspiro.

## 11

El día siguiente fue muy frío. El señor Gentleman vino a buscarme después del almuerzo. Baba había salido a lucir un rato su abrigo nuevo de mohair, y Martha se fue arriba a descansar. Baba me había contado con gran secretismo que Martha estaba experimentando un cambio en su vida, y me compadecí de ella. Ignoraba qué quería decir, aunque sabía que tenía algo que ver con no poder tener más hijos.

Molly cepillaba el cuello de mi abrigo en el vestíbulo cuando sonó el timbre.

—¿Querías que te acercara a Limerick? —me preguntó. Llevaba un abrigo de pelo negro y su rostro parecía petrificado.

—Sí —contesté, y pisé a Molly sin querer.

Poco antes le había contado a ella que iba a ir a visitar a la hermana de mi madre, y que él me llevaría en su coche.

Pasamos largo rato sin decirnos nada, ya en el coche. Era nuevo, con los asientos de piel roja, y el cenicero estaba lleno a rebosar de colillas de cigarrillos. ¿De quién serían?

—Te has puesto rolliza —dijo al fin. Yo detestaba esa palabra; me hacía pensar en cuando se pesa a los pollitos para venderlos en el mercado—. Y también muy guapa... Terriblemente guapa —añadió, frunciendo el ceño. Le di las gracias y le pregunté por su esposa. ¡Qué estupidez de pregunta! Quise morirme—. Está bien, y tú ¿cómo estás? ¿Has cambiado?

Infinidad de interpretaciones se ocultaban bajo aquellas palabras y bajo el fulgor gris-amarillo de sus ojos. A pesar de que en su rostro se leía el cansancio, el cansancio de la vida y, en cierto sentido, la muerte, sus ojos eran jóvenes, grandes y plenos de una feroz impaciencia.

—Sí, he cambiado. Ahora sé latín y álgebra. Y hago raíces cuadradas.

Se rio y me dijo que era muy graciosa; y nos alejamos de la verja, porque Molly asomaba por la ventana de la sala de estar, espiando. Había levantado una esquinita del visillo y tenía la nariz pegada al cristal.

Cerré los ojos cuando pasamos por delante de la cancela de mi casa. No tenía ninguna gana de verla.

—¿Te puedo dar la mano? —preguntó con amabilidad.

Tenía la mano helada, y las uñas amoratadas debido al frío. Circulamos por la carretera de Limerick, y por el camino empezó a nevar. Los copos caían perezosos, con suavidad y en oblicuo contra el parabrisas. Caía la nieve sobre los setos y sobre los árboles detrás de los setos, y sobre los campos sin árboles de la lejanía, y despacio y en silencio mudaron el color y las formas de las cosas hasta que fuera del automóvil todo estuvo cubierto por un manto suave e inmaculado.

—Hay una manta en la parte de atrás —dijo.

Era de lana, a cuadros, y me habría gustado taparnos a ambos con ella, pero la timidez me lo impidió. Contemplé cómo caían temblorosos los copos. El coche aminoraba la marcha, y yo sabía que, antes de que la nieve cubriese el capó, el señor Gentleman me diría que me amaba.

En efecto, tomó una carretera secundaria y detuvo el coche. Me sostuvo la cara entre sus frías manos, y con gran solemnidad y melancolía me dijo lo que yo esperaba oír. Aquel momento fue completa y absolutamente perfecto para mí; y todo el sufrimiento por el que había pasado hasta entonces halló consuelo en la dulzura de su delicada y ceceante voz que susurraba, susurraba, igual que los copos de nieve. Un árbol de espino que había frente a nosotros estaba todo blanco, como recubierto de azúcar, y la nevada arreció, y azotaba tan fuerte que apenas si se veía nada. Me besó. Fue un beso de verdad que estremeció todo mi cuerpo. Los dedos de los pies, aun entumecidos y apretados en los zapatos nuevos, reaccionaron a aquel beso, y durante varios minutos mi alma vagó sin rumbo. Luego noté que me goteaba la nariz y me sentí muy violenta.

—Nariz azul —dije mientras buscaba el pañuelo.

—¿Qué es nariz azul? —quiso saber.

—Así se llama a la nariz de invierno —expliqué. No llevaba pañuelo, así

que me prestó el suyo.

Durante el camino de vuelta tuvo que apearse varias veces para desbloquear los limpiaparabrisas. Me dolía su ausencia aun en esos breves segundos en que salía del coche.

Llegué a casa a tiempo para la cena. Tomamos huevos pasados por agua. El mío era muy fresco y había cocido el tiempo justo; se me había olvidado aquel delicioso sabor de campo. Mientras lo disfrutaba, pensé en Hickey, y resolví mandarle una docena de huevos a Birmingham.

—¿Se pueden mandar huevos por correo a Inglaterra? —le pregunté a Baba, que se lamía la yema que le pringaba los labios.

—¿Que si se pueden mandar huevos por correo a Inglaterra? Pues claro que se puede, siempre y cuando pretendas que el cartero entregue una caja pringosa y que las claras le resbalen por las mangas. Si quieres comportarte como una subnormal, puedes mandar huevos por correo a Inglaterra, pero ten en cuenta que por el camino se convertirán en pollos.

—Solo era una pregunta —repuse, malhumorada.

—Eres una imbécil rematada —dijo.

Se puso a hacerme burla. Solo estábamos ella y yo a la mesa.

—¿Qué le vas a mandar a Cynthia por Navidad? —pregunté.

—No te lo pienso decir. Métete en tus cosas.

—Pues yo tampoco te lo pienso decir —repliqué.

—En realidad, ya le he dado mi regalo. Una joya muy valiosa —dijo Baba.

—No le habrás regalado el anillo que te di...

Aquella era la única alhaja que se había llevado al convento. No se nos permitía ponernos baratijas, y por eso había guardado el anillo en el bolsito para el rosario. Me acabé el té a toda prisa y salí al recibidor para rebuscar la talega en sus bolsillos. Pero el anillo no estaba. El anillo preferido de mamá. Una vez que Baba obtenía lo que deseaba, dejaba de darle valor.

Me puse el abrigo y subí a coger mi linterna. Bajo la puerta de Martha se colaba una luz, de modo que llamé y asomé la cabeza. Estaba sentada en la cama, con una rebeca echada sobre los hombros.

—Voy a salir un momento, no tardaré —la avisé.

—¡No te vayas! Esta noche jugaremos a las cartas todos juntos. Tu padre



también va a venir.

Esbozó una vaga sonrisa. Sufría. Ahora estaba pagando por todas las noches alegres pasadas en el hotel, con las piernas cruzadas y saboreando opulentos y sofisticados licores. El señor Brennan y ella dormían en camas separadas.

La nieve se había derretido en aquellas pocas horas, y el sendero resbalaba. La batería de la linterna casi se había agotado, y la luz iba debilitándose. Apenas si veía, y no me acostumbraba a la oscuridad. Con todo, recordé dónde estaban los peldaños, justo delante del hotel, y los otros dos escalones antes de cruzar el puente. El cauce continuaba emitiendo aquel sonido apremiante y me acordé del día en que Jack Holland y yo nos asomamos por el puente de piedra para tratar de ver algún pez entre la corriente. Ahora iba, precisamente, a buscarlo a él.

El agua también corría por la calle, por las acequias donde se había derretido la nieve. Hacía un frío gélido.

Aquel día se había celebrado un mercadillo de pavos, y en las puertas de los comercios había montones de caballos y carretillas. Los jamelgos relinchaban y agitaban la cabeza para entrar en calor, y casi se podía apreciar la transformación de su aliento en remolinos de escarcha. Los escaparates estaban engalanados por Navidad con acebo, botitas para la chimenea y tiras de oropel. No alcanzaba a iluminarlo del todo con la linterna, pero en el interior de las tiendas había vecinas del pueblo comprando botas, camisetas interiores y percal. Me asomé al negocio de la pañería de los O'Brien y vi a la señora O'Brien, bajo la luz de la lámpara, midiendo tela para cortinas. Un aldeano se probaba un par de botas sentado en una silla, y su mujer palpaba para ver si le llegaba el dedo gordo a la puntera. La tienda de Jack era la de al lado. Entré, deseosa de que hubiera muchos clientes bebiendo en la barra. Pero, por desgracia, el local se hallaba desierto. Jack estaba detrás del mostrador, como un espectro, anotando algo en el libro de cuentas bajo la tenue luz de una lamparilla.

—¡Querida mía! —exclamó cuando alzó la vista y me vio.

Se quitó las gafas de montura metálica y salió a saludarme. Me llevó detrás del mostrador y me hizo sentarme sobre un arcón de té. A mis pies humeaba una estufa de aceite. La tienda entera olía a queroseno.

—Una moza irlandesa —observó, y acto seguido soltó un sonoro estornudo.

Se sacó un paño viejo de franela y, mientras se sonaba la nariz, me quedé mirando el libro de cuentas en el que había estado escribiendo. En la página por donde se encontraba abierto yacía una polilla muerta sobre una mancha marrón. Cuando se dio cuenta de que estaba mirándolo, cerró el libro, pues era muy celoso con todo lo que tuviera que ver con la clientela.

—¿Quién está contigo? ¿Quién es, Jack? —llamó una voz desde la cocina.

Era justo la voz que uno espera de una anciana, de una muerta: estridente, ronca, como un graznido.

—¡Jack, me estoy muriendo! —gimoteó la voz.

De un brinco me levanté de la caja de té, pero Jack me puso una mano en el hombro y volvió a sentarme.

—Solo quiere saber con quién hablo —me tranquilizó. Ni siquiera se molestó en bajar la voz—. Tu presencia es tan estimulante... —añadió con una sonrisa radiante que le separó los labios y dejó al descubierto sus tres únicos dientes. Parecían uñas marrones y retorcidas, y me imaginé que se le moverían.

«Estimulante», pensé para mis adentros, y me pregunté si también juzgaba estimulante a Goldsmith.

—¡Jack, me estoy muriendo! —repitió la voz, y Jack, malhumorado, soltó un improperio y se dirigió a la cocina.

—Por los clavos de Cristo, ¡estás ardiendo! —gritó.

Olía a quemado, ciertamente.

—Ardiendo —repitió ella, mirándolo como si fuese un bebé.

—Maldita sea, quita el pie de las brasas —dijo.

Había metido la punta de la zapatilla negra de tela en el lecho de cenizas de la chimenea.

Era una ancianita encorvada, toda de negro, una sombra menuda retorcida en su mecedora. El fuego se había consumido, dejando una escoria grisácea que aún rojeaba en el centro; hacía al menos una semana que nadie limpiaba las cenizas. La cocina era grande y tenía corrientes de aire.

—Un sorbo de leche —pidió.

Yo no tenía duda de que se estaba muriendo. Su mirada era desesperada, moribunda. Busqué la leche en los jarros que había en la mesa. Quedaba algo en el fondo de dos recipientes, pero se había puesto agria.

—Allí —dijo Jack, señalando una lechera llena que había en el poyo, pegado a la pared.

Sostenía a su madre por los hombros, pues le había dado un golpe de tos. Sobre el poyo unas gallinas picoteaban col fría de un colador, y cuando me aproximé se alejaron revoloteando al peldaño más bajo de las escaleras. La leche era fresca, amarillenta, y en la capa superior flotaban unas motas de suciedad.

—Tiene polvo —dije.

—En el mueble hay una estopilla —indicó Jack.

Colé un poco de leche por el retal de gasa seca, amarilleada y apestosa, y él le puso la taza entre los labios.

—No quiero —se quejó ella.

Me entraron ganas de zarandearla. Después de tanto alboroto, ahora pedía un caramelo.

—Un caramelo para la tos —dijo, resollando entre palabra y palabra.

Jack sacó unas grageas recubiertas de azúcar del salero de la pared y les sacudió el polvo. Le puso dos en la boca y ella las chupó como si fuese una niña. Entonces se me quedó mirando y me hizo señas para que me acercara.

A su lado, sobre la repisa de la chimenea, una vela estaba a punto de consumirse, pero el pabulo ardía con una llama final muy alargada que me permitió ver con claridad el rostro de la mujer. Su piel amarillenta se plegaba como el pergamino sobre los huesos vetustos, y tenía las manos y las muñecas finas y oscurecidas, como huesos de pollo guisado. El reumatismo le curvaba las falanges, y sus ojos eran prácticamente los de un difunto. Quise apartar la vista; era como mirar a la muerte.

—Tengo que irme, Jack —dije de repente. Me ahogaba.

—Aún no, Caithleen —repuso él, y acto seguido la sentó derecha en la butaca.

Le puso un cojín a la altura de la nuca para que el duro respaldo no le hiciera daño en la cabeza. Tenía el pelo blanco y fino como el de los recién nacidos. Sonrió cuando me vio marchar.

Afuera, en la tienda, Jack me ofreció un zumo de frambuesa y yo le deseé unas felices fiestas.

—Gracias por las cartas —dije.

—¿Has captado todas sus implicaciones? —me interrogó, alzando tanto las cejas que su frente se transformó en unas líneas de preocupación.

—¿Qué implicaciones? —pregunté, irreflexivamente. Muy irreflexivamente.

—Caithleen... —comenzó, tras respirar hondo y cogermme de la mano—. Caithleen, a su debido tiempo tengo la ilusión de desposarte. —Y el refresco rojizo se me congeló en la garganta.

Me las apañé para huir. Sentí la amenaza de aquellos labios agrietados y sin color, presentí que intentarían besar los míos, así que dejé el vaso en el mostrador y dije:

—Jack, mi padre me está esperando en la puerta. Tengo que irme.

Corrí, y el chasquido que emitió el pasador de la puerta cuando la cerré chasqueó también en el rostro de Jack, que se transfiguró en una sonrisa vaga y feliz. Debió de pensar que su proposición había sido un éxito.

En el porche exterior tropecé con un maldito perro, que aulló y se revolvió con intención de morder, aunque al final no me hizo nada.

«Feliz Navidad», le dije con gratitud, y descendí la calle. Un automóvil con unos faros cegadores venía hacia mí. Al llegar a lo alto de la colina, redujo la velocidad. Era el señor Gentleman.

—¿Va a algún sitio? —pregunté.

—He venido a buscar gasolina —dijo.

Era mentira. Me senté a su vera y él me calentó los dedos. Me guardé los guantes en el bolsillo del abrigo.

—¿Quieres que vayamos a cenar a Limerick? —propuso. Su voz sonaba vacilante, como si esperara una negativa.

—No puedo. Voy a casa a jugar a las cartas. Les prometí que iría, y mi padre estará también.

Suspiró, aunque en realidad ya se había resignado. Fue entonces cuando se percató de que estaba temblando.

—Caithleen, ¿qué ocurre?

Traté de explicarle lo que había sucedido con Jack y con el pie quemado

de la anciana; y la leche agria, la vela consumida en el platillo sucio, y el olor a mosto que desprendía todo. También le conté la proposición de Jack, y lo ridícula que me pareció.

—Curioso —dijo con una sonrisa.

Por favor, señor Gentleman, sea un poco más efusivo, le supliqué mentalmente.

—Tengo que irme —añadió, y cambió de sentido en el callejón de la panadería.

En ese momento me sentí muy sola a su lado, pues no había comprendido lo que le había contado.

Me dejó en la verja de casa y dijo que se iba a dormir.

—¿Tan temprano?

—Sí, anoche no dormí bien, di apenas unas cabezadas.

—¿Y eso?

—Ya sabes por qué.

Sentí la caricia de su voz, y tenía los ojos empañados en lágrimas cuando me apeé y cerré la portezuela con mucha delicadeza. Él tuvo que volver a abrirla para dar un golpe más contundente.

Nada más entrar en la antesala comprendí que algo pasaba. Molly y Martha habían puesto el árbol de Navidad, que reposaba sobre una cuba roja de madera junto al perchero del recibidor. Lucía muy bonito, con carámbanos que pendían temblorosos y velitas anaranjadas, como fruta escarchada, saliendo de las agujas verdes. Pero algo no iba bien.

—Caithleen —me llamó Martha desde el salón—. Caithleen, tu padre no ha venido —anunció con fatalidad.

—¿Por qué no? —pregunté, sin plantearme que pudiera ser el motivo de siempre.

—Se ha ido... de francachela, Caithleen. Hace media hora estaba regalando billetes de cinco libras en un hotel de Limerick.

Me senté en el brazo de su sillón, jugueteé con el botón del abrigo y sentí que la felicidad se me escurría.

Molly dejó un segundo de inflar globos para intervenir.

—Vino preguntando por ti nada más caer la noche, y dijo que le extrañaba mucho que no fueses a ver a tu padre en lugar de irte de picos

pardos con gente importante —explicó Molly con flema.

El señor Gentleman era «gente importante», porque nunca frecuentaba las tabernas y porque trataba con gente de Dublín y del extranjero. Venían de visita a su casa en verano. Una vez estuvo aquí un alto magistrado de Nueva York, y hasta se mencionó en el periódico local.

Baba barajaba perezosamente el mazo de cartas. Jugamos, tal y como habíamos acordado; todas fueron muy agradables conmigo, y Baba me dejó ganar, a pesar de que yo era malísima con los naipes. Más tarde, Molly acarreó el abeto hasta el salón y lo colocó junto al piano. Se cayeron algunos carámbanos, y tuvo que volver a colgarlos.

De modo que aquellas Navidades fueron, como todas las demás, un periodo de espera: de esperar lo peor. Con la diferencia de que esta vez me encontraba a salvo en la casa de los Brennan; aunque, en el fondo, nunca me sentía del todo segura, pues cuando cavilaba las cosas me asaltaba el miedo. Así pues, fui cada día a hacer visitas, y ni una sola vez tomé el camino que llevaba a mi casa. Declan me contó que las ventanas tenían los postigos cerrados, y me pregunté qué pensarían los zorros cuando llegasen a los gallineros desiertos. Bull's-Eye venía casi todos los días para que le diéramos de comer, y el primer día que me vio lloró, aulló y me olisqueó la ropa.

En Nochebuena vino el señor Gentleman cuando todos los demás habían salido. Molly había ido a reservar asiento en la capilla, dos horas antes de la misa del gallo, y los Brennan estaban en Limerick comprando vino y detalles de última hora para la comida del día siguiente. El pavo ya estaba relleno, y bajo el árbol esperaban varios paquetes envueltos en papel de fantasía. Habían caído a la moqueta beis muchas agujas del árbol, y me afanaba en recogerlas cuando él llamó. Supuse que sería él. Entró, me besó en el vestíbulo y me entregó un estuche. Era un pequeño reloj de oro con la pulsera calada, también de oro.

—¡Funciona! —dije, pegándomelo a la oreja.

Era tan pequeño que pensaba que sería de juguete. Se disponía a besarme de nuevo, pero oímos el motor de un coche y se apartó de mí, con aire de culpabilidad.

—Oh, Caithleen, tenemos que ser cautelosos —dijo.

El coche pasó de largo.

—No son ellos —lo tranquilicé, y me arrimé a él para agradecerle aquel precioso regalo.

—Te quiero —me susurró.

—Te quiero —contesté. Me habría gustado que hubiese otra forma de expresarlo, una manera más original.

Me dolía el cuello de lo agarrada que me tenía; pese a todo, resultaba agradable. Desde ese momento me familiaricé con el olor de su piel y la fuerza de sus brazos protectores.

—Tenemos que ser muy cautelosos —dijo por segunda vez.

—Ya lo somos —repliqué. Llevaba dos días sin verlo, y me parecía una eternidad.

—No podemos vernos muy a menudo. Es... complicado —reconoció.

Tartamudeó al pronunciar la última palabra. Detestaba tener que admitirlo. Negué con la cabeza. Yo también sentía lástima por aquella mujer alta y morena que vivía encerrada en sí misma a cal y canto, en la casa de piedra blanca oculta tras la arboleda. Nadie la veía nunca, salvo los fugaces momentos en que se la vislumbraba arrodillada en la última banca de la capilla los domingos. Siempre se iba a toda prisa antes de que acabase la bendición y desaparecía en el coche del señor Gentleman. Admiraba su fortaleza, y me intrigaba que nunca se tomase la molestia de arreglarse. Siempre iba con prendas de *tweed*, zapatos planos con cordones y sombreros hombrunos de ala ancha.

—¿Te puedo escribir? —pregunté. Me había besado detrás de la oreja, en un punto que me hizo estremecer.

—No —dijo, tajante.

—¿Y volveré a verte algún día? —Mi voz sonó más trágica de lo que yo pretendía.

—Claro que sí —contestó con impaciencia. Era la primera vez que parecía irritado, y me amedrenté. Al punto se arrepintió—. Claro que sí, claro, cariño mío. Más adelante, cuando te vayas a Dublín. —Me acariciaba el pelo, y tenía la mirada perdida, concentrado con ansias en el futuro.

Me alzó la manga y me puso el reloj en la muñeca; a continuación, fuimos al salón a sentarnos junto al hogar hasta que oímos que se acercaba el coche. Me senté en su regazo y él se desabotonó el abrigo y dejó que los

faldones arrastraran por el suelo.

—¿De dónde digo que ha salido el reloj? —pregunté mientras me ponía en pie de un salto. El automóvil se detuvo en el camino de entrada.

—No tienes que explicar nada. Escóndelo —me ordenó.

—Pero no puedo hacer eso, qué crueldad.

—Caithleen, sube y guárdalo en algún sitio —me dijo.

Prendió un cigarrillo y se esforzó en aparentar sorpresa cuando oyó que se abría la puerta. Baba entró corriendo cargada de paquetes.

—Hola, Baba. He venido a desearte Feliz Navidad —mintió, al tiempo que le quitaba algunas cajas de las manos y las depositaba en la mesa del recibidor.

Guardé el reloj en una sopera de porcelana. Se retorció con gracia en el fondo del recipiente y parecía que fuera a echarse a dormir. Era de oro pálido, del color de las polillas.

Cuando volví a bajar, el señor Gentleman conversaba con el señor Brennan, y el resto de la velada me ignoró. Baba se acercó sosteniendo una ramita de muérdago sobre su cabeza y él la besó; luego, Martha puso en el gramófono «Noche de paz», y yo recordé aquella tarde en que la nieve caía sobre el parabrisas y él detuvo el coche frente al árbol de espino. Hice lo posible por atraer su atención, pero no reparó en mí hasta que, antes de marcharse, me dedicó una mirada cargada de melancolía.

Inevitablemente, llegó la hora de volver al colegio, y una vez más tuvimos que sacar los pichis y calzarnos las medias negras de lana.

—Debería haber lavado el uniforme —le dije a Baba—. Está sucísimo.

Baba miraba el huerto y lloraba. En esa época el huerto era un pedazo de tierra sin vida. Los terrones húmedos y revueltos eran todo desolación, y nada invitaba a pensar que alguna vez fuera a nacer algo de aquel suelo. En una esquina había un arbusto de hortensia cuyas flores marchitas parecían mochos de fregona viejos. Junto a él se alzaba la pila de basura, a la que Molly acababa de añadir unas cuantas botellas vacías y el árbol de Navidad. Afuera llovía y soplaban el viento, y el cielo estaba apagado.

—Nos escaparemos —dijo.

—¿Cuándo? ¿Ahora?

—¿Cómo va a ser ahora? Del puñetero convento.



—Nos matarán.

—No volverán a vernos. Huiremos con una compañía ambulante de variedades y seremos actrices. Yo canto y actúo, y tú puedes picar las entradas.

—Yo también quiero actuar —protesté, a la defensiva.

—De acuerdo. Pondremos un anuncio: «Dos mujeres aficionadas, una sabe cantar; ambas con diploma de educación secundaria».

—Pero no somos mujeres, somos unas crías.

—Pasaríamos por mujeres.

—Lo dudo mucho.

—Por el amor de Dios, deja ya de desmoralizarme. Prefiero el suicidio antes que pasar cinco años en esa cárcel.

—Tampoco está tan mal.

Yo intentaba animarla.

—No estará tan mal para ti, que ganas estatuillas y eres el perrito faldero de las monjas. Me pone enferma, por cierto, verte ir corriendo a abrirles y cerrarles la puñetera puerta, como si ellas tuviesen parálisis cerebral y no pudiesen hacerlo solitas.

Tenía razón, yo intentaba por todos los medios granjearme la simpatía de las religiosas, y me fastidiaba que lo hubiera notado.

—Vale, pues escápate tú, entonces.

—No, no —negó con desesperación, agarrándome por la muñeca—: tenemos que irnos juntas.

Yo asentí. Me agradaba saber que me necesitaba.

Recordó entonces que tenía que ir a coger algo y salió corriendo.

—¿Adónde vas?

—A sisar unas muestras de la consulta.

Me puse el uniforme. Estaba todo arrugado, y las tablas de la falda se habían ondulado por los bordes. Baba volvió con un rollo de algodón sin estrenar y varios tubitos de muestra de un ungüento. Cogí uno de lo alto de la cama, donde ella los había tirado. Una etiqueta blanca muy pequeña indicaba el nombre del producto, y debajo especificaba: «Uso tópico en ubres».

—¿Para qué quieres esto? —pregunté.

Me acordé de cuando Hickey ordeñaba a la vaca beis y le sostenía la teta

de modo que la leche zigzagueaba por el empedrado. Lo hacía para hacerse el gracioso cada vez que yo me asomaba a la vaqueriza a llamarlo para la cena.

—¿Para qué lo quieres? —insistí.

—Nos hará parecer más mujeres —dijo—. Nos lo untaremos en las tetas y se nos hincharán. Dice aquí que es para las ubres.

—¿Y si nos salen pelos o algo peor?

Lo decía en serio. Recelaba de las pomadas con nombres largos; y, a fin de cuentas, aquello era un tratamiento para vacas.

—Eres una imbécil rematada —me dijo, y soltó una risotada.

—¿Por qué no hablamos con tu padre? —propuse. Yo, en realidad, no quería escaparme del convento.

—¡Díselo! No tiene sentimientos de ninguna clase. Nos diría que ejercitásemos la disciplina. El otro día Martha le contó que tenía una llaga en un pie y él le contestó que se le iría con el poder de la mente. ¡Está chiflado! —exclamó, y le chispearon los ojos de ira.

—Pues no creo que haya otra manera —dije sin emoción.

—Siempre podemos provocar que nos expulsen —dijo, ponderando cada palabra.

Y comenzó a estudiar la manera de conseguirlo.

## 12

Durante tres años, de forma intermitente, estuvo dándole vueltas al asunto. Pero yo siempre la disuadía recordándole que éramos aún demasiado jóvenes para ir a la ciudad. Durante aquellos tres años no sucedió nada especial, de modo que puedo resumirlos en pocas palabras.

Nos examinamos y Baba suspendió sus exámenes. Cynthia abandonó el convento; lloramos mucho al despedirnos, y juramos que nuestra amistad duraría toda la vida. Sin embargo, al cabo de unos meses, dejamos de escribirnos. Ya no recuerdo quién abandonó primero.

Las vacaciones siempre eran entretenidas. En verano, el señor Gentleman me llevaba de paseo en su barca. Remábamos hasta una isla muy alejada de la orilla y hervíamos agua en el infiernillo para hacer té. Eran ratos muy felices, y él me besaba la mano y me decía que yo era su hijita pecosa.

—¿Eres mi padre? —preguntaba yo, anhelante, pues era muy divertido jugar a ser otra con el señor Gentleman.

—Sí, soy tu padre —respondía, cubriéndome el brazo de besos; y prometía que cuando más adelante me fuese a Dublín sería un padre abnegado.

Martha, Baba y los demás creían que me llevaba a visitar a mi tía Molly. Y, en efecto, un día fuimos a verla. La tía Molly se entusiasmó por tener al señor Gentleman como invitado, montó un gran revuelo y sacó la loza buena de la vitrina. Las tazas estaban polvorientas, y ella insistió en poner nata en el té del señor Gentleman, pese a que él le dijo que lo tomaba solo. La nata era un gran lujo y ella interpretaba aquel gesto como una muestra de especial respeto.

Pero Baba rumiaba sin tregua la manera de escapar del convento. En la

cama leía revistas de cine, y me aseguraba que podríamos salir en las películas si hacíamos algún amigo en América.

La ocasión se presentó en marzo de 1952. Hablo de la ocasión de huir. Teníamos un periodo de retiro en el convento y el sacerdote, que vino de Dublín a dar las charlas, impuso silencio con el fin de que reflexionáramos acerca de Dios y nuestras almas.

La segunda mañana del retiro nos explicó que la sesión de la tarde versaría sobre el sexto mandamiento. Se trataba de la charla más importante de todas, y la más íntima también. La hermana Margaret no quería que las religiosas entrasen en la capilla durante la conferencia, pues el párroco hablaría con bastante franqueza de chicos, de sexo y de esas cosas. Ninguna monja entraría por la puerta principal, pero alguna podía acceder por la escalera que daba a la galería del coro. Para evitarlo, la hermana Margaret hizo un letrero que decía PROHIBIDO PASAR. SE ESTÁ CELEBRANDO UNA CHARLA, y me pidió que lo colgase de la puerta que había en lo alto de las escaleras. Me eligió a mí porque llevaba zapatos con suela de goma y no armaría jaleo subiendo las escaleras del convento. Sentí nervios y excitación al ascender los peldaños de madera de roble. Era la primera vez que penetraba en aquella zona, el territorio de las religiosas, y no tenía ni idea de cuál era la puerta de la que debía colgar el cartel. La escalera estaba muy bien encerada, y de la pared inmaculada de uno de los lados pendían cuadros de gran formato: cuadros de la Resurrección, de la Última Cena y una pintura redonda muy colorista de la Virgen con el Niño. Esperaba poder ver al menos alguna celda para así tener algo que contar a Baba y las demás. Nos moríamos por saber qué aspecto tenían los aposentos de las religiosas, porque una de las mayores decía que dormían sobre tablones, y otra aseguraba que lo hacían dentro de ataúdes. En el primer descansillo me detuve para recobrar el aliento y sumergí la mano en la pila del agua bendita de mármol blanco que salía de debajo del alféizar de la ventana. De un jarrón de porcelana china asomaba un culantrillo, y las hebras eran tan largas que llegaban hasta la desgastada alfombra persa que vestía el suelo del rellano.

Subí el siguiente tramo con calma y vi una puerta de madera a mi derecha. Supuse que debía de ser aquella. Clavé el letrero al panel central de la puerta con cuatro chinchetas nuevas y retrocedí un poco para leerlo. Estaba

escrito con una caligrafía muy clara y uniforme. A la izquierda se abría un pasillo largo y estrecho con puertas a ambos lados y, aunque supuse que serían las celdas, no me atreví a acercarme a espiar por el ojo de alguna cerradura. Volví deprisa a la capilla, justo a tiempo para no perderme el principio de la charla.

Cuando casi había terminado, salí con disimulo y subí corriendo las escaleras del convento para quitar el letrero. La hermana Margaret me estaba esperando, hecha un basilisco.

—¿Se cree usted muy graciosa? —preguntó. Abrió la puerta y me señaló el interior. Era un baño. No pude evitar sonreírme.

—Lo siento, hermana.

—Eres una niña malvada —dijo.

Me asaeteó con la mirada, y tan enfurecida estaba que al hablar le salían pequeños escupitajos que me salpicaban en la cara.

—Lo siento, hermana —repetí.

¿Habrían tenido que privarse las monjas del uso del baño durante toda la tarde? Cuantas más vueltas le daba, más gracioso me parecía. Pero también estaba asustada, y temblaba como un flan.

—Has insultado a mis hermanas religiosas y has ridiculizado el buen nombre de este colegio —afirmó.

—Ha sido un error —reconocí con docilidad.

—Pasarás tres horas de pie frente al Santísimo Sacramento como castigo, y luego irás a pedir perdón a la madre superiora.

Después de tres horas de pie, y tras disculparme ante la madre superiora, Baba se me acercó cuando bajaba la escalera del convento secándome las lágrimas con el dorso de la mano. Llevaba una hoja en la que había escrito: «Por fin tengo un plan que hará que nos expulsen».

Como debíamos permanecer en silencio, tuvimos que buscar un lugar donde poder hablar. La seguí por los pasillos del colegio y subimos las escaleras de la parte de atrás que llevaban a uno de los baños.

Comenzó a hablar sin rodeos, pues era consciente de que no disponíamos de mucho tiempo:

—Dejaremos una nota obscena en la capilla como si se nos hubiese caído de los devocionarios.

Vibraba de emoción.

—Dios mío, ¡no podemos hacer eso! —repliqué.

Yo también temblaba, pero por la entrevista con la superiora. La escena aún se reproducía con claridad en mi cabeza: di unos ligeros golpes en la puerta, la abrí y me adentré en aquella sala inmensa y fría. La mujer estaba sentada en una tribuna, y leía su oficio. Se bajó los anteojos hasta la punta de la nariz y me escrutó con un par de ojos azules heladores y penetrantes.

—Así que usted es la manzana podrida —me dijo.

Su voz era serena, pero indeciblemente acusadora.

—Lo siento, hermana. —Debía haberla llamado «madre», pero estaba tan aterrorizada que me hice un lío—. Lo siento, madre —repetí.

—¿Que lo siente?

Aquella pregunta retumbó en la fría estancia, de tal modo que el techo, alto y artesonado, pareció exclamar: «¿Que lo siente?», y el reloj dorado en la repisa de la chimenea repitió: «¿Que lo siente?», y todos los objetos de la sala me acusaron hasta dejarme petrificada. Era una habitación muy poco acogedora, y dudaba mucho de que alguien hubiese tomado el té alguna vez en la gran mesa oval de patas recias y gruesas. Yo esperaba una reprimenda, pero no dijo ni una palabra más, y me di cuenta de que la audiencia había acabado. Me retiré, muerta de vergüenza, y cuando me di la vuelta para cerrar la puerta haciendo el menor ruido posible, comprobé que me seguía con la mirada.

—No podemos —le dije a Baba—. Piensa en los problemas que nos acarrearía.

Yo solo quería vivir en paz.

—¿Qué quieres escribir, de todos modos? —me interesé.

—Esto. —Y me lo susurró al oído. Hasta a ella le daba vergüenza pronunciar aquellas palabras de viva voz.

—¡Por Dios...!

Me tapé la boca con una mano.

—¡Ni «Por Dios» ni nada! Pasaremos por un infierno durante dos o tres días, y luego se acabó. Seremos libres.

—Nos matarán.

—De eso nada. A Martha le dará igual, a tu viejo seguramente lo pille de

farra, y el mío que diga lo que le dé la gana.

Se sacó del bolsillo la pluma y una estampita preciosa en tonos celestes. Era una imagen de la Virgen María saliendo de entre las nubes con un manto azul desplegado a sus pies.

—Escríbelo tú —le pedí.

—Pero tienen que salir los nombres de las dos —advirtió al tiempo que se arrodillaba.

Se apoyó en la taza del retrete para escribir la frase, con mayúsculas. Me avergonzó entonces, y me sigue avergonzando ahora. Es preferible no repetirlo. Por último, ambas lo firmamos con nuestro nombre.

Pese a que cerré los ojos y traté de olvidarla, aquellas perversas palabras reverberaban en mis oídos, y sentí mucha vergüenza por la hermana Mary, mi monja preferida. Porque lo que escribimos atañía a ella y al padre Tom.

El padre Thomas era el capellán, y la hermana Mary era la religiosa que guarnecía el altar y servía en la misa. Era muy guapa, tenía las mejillas sonrosadas y siempre sonreía, como si guardase un gran secreto ignorado por el resto del mundo. Pero no se trataba de una sonrisa petulante, sino más bien extática. Mientras Baba escribía, alguien giró el pomo de la puerta desde fuera. Dos o tres veces, con impaciencia.

—¿Y si es ella? —murmuré, jadeante.

Baba abrió la puerta y salió, ruborizada. Frente a nosotras había una alumna de primer curso que se persignó al vernos y entró en el cubículo apresuradamente. Sabe Dios lo que debió de pensar, pero al día siguiente, cuando ya habíamos caído en desgracia, le contó a todo el mundo que nos había visto salir del baño juntas.

Durante el resto de la tarde, cada vez que la hermana Margaret entraba en la salita de estudio me temblaban las piernas, y sentía su mirada cruel sobre mí.

Así pues, con el fin de evitarla, me fui temprano a dormir, porque durante el retiro se nos permitía acostarnos a cualquier hora antes de las diez. Cuando subí no había nadie en el dormitorio, y reinaba un silencio sepulcral. Estaba doblando la colcha cuando percibí un ruido de pasos apresurados escaleras arriba.

—Por Dios, Cait, ¿dónde te metes? —me gritó.

—Chisst —siseé, porque era probable que la hermana Margaret anduviese fisgando.

—¡Se ha vuelto totalmente loca! —me explicó Baba, a quien le centelleaban los ojos. Estaba tan emocionada que apenas si lograba hablar.

—¿La han encontrado?

—¿Que si la han encontrado? ¡Se ha enterado el colegio entero! La subnormal de Peggy Darcy le ha dado la estampita a la hermana Margaret en la sala común, ¡y la tonta de la Margaret, creyendo que era una oración, la ha empezado a leer en voz alta!

Sentía el rubor ascendiendo por mi cuello, y me sudaban las manos.

—Figúrate —continuó— que ha dicho «El padre Tom le ha metido su enorme aparato...». Cuando se ha dado cuenta de lo que era se le han puesto los labios amoratados y se le ha ido la cabeza. Ha atizado a varias niñas con el cingulo y ha empezado a chillar: «¿Dónde están? ¿Dónde se han metido esas hijas de Satanás?».

Baba disfrutaba como una enana con la situación.

—¿Y qué más? —Yo necesitaba saber.

—Llevaba la estampita en la mano y sacudía a toda la que se le ponía por delante, así que, claro, me he ido derechita al guardarropa y me he escondido en uno de los armarios. A esas alturas todas las niñas estaban ya dando gritos, aunque las más pequeñas no tienen ni idea de lo que va el asunto; ha desvariado tanto que la prefecta ha tenido que llamar a otra monja, y se la han llevado.

—Y nosotras, ¿qué hacemos? —pregunté. Si tan solo pudiésemos salir corriendo, huir de allí...

—Nos están buscando, así que, por lo que más quieras, no te pongas nerviosa ni te vengas abajo ni nada. Tú di que era una broma que hemos escuchado por ahí —me previno Baba, y justo entonces entró la prefecta al dormitorio y nos llamó.

Al pasar por su lado reuló y se pegó a la pared, porque ahora éramos personas impuras, abyectas, y nadie debía dirigirnos la palabra. Por el pasillo las niñas nos examinaban como si padeciéramos una enfermedad contagiosa, y hasta las que habían robado relojes y otros objetos nos clavaban miradas llenas de odio y superioridad.



En el salón de actos nos esperaba la madre superiora. Llevaba una toca sobre los hombros, y su rostro era de una palidez mortecina.

—Lo único que tengo que decirles es que deben abandonar el convento inmediatamente —dijo.

Traté de pedir perdón, y se dirigió a mí.

—Es usted tan despreciable que no concibo cómo ha podido pasar desapercibida todos estos años. Pobre hermana Margaret, ha sufrido la mayor conmoción de su vida religiosa. Esta tarde hizo usted una cosa repulsiva, y ahora ha cometido una vergonzosa atrocidad.

Le temblaba la voz, y su aplomo se había esfumado. Estaba realmente enojada. Me eché a llorar, y Baba me dio un codazo en las costillas para que parase.

—Podemos explicarlo —le dije a la madre superiora.

—Ya he informado a vuestros padres. Os marcharéis mañana mismo. — Fueron sus últimas palabras.

Aquella noche la pasamos en el dispensario, en salas distintas. Fue la noche más larga de toda mi vida, y me aterraba la idea de volver a casa al día siguiente. Un ratón estuvo royendo el revestimiento de madera toda la noche, y me mantuve en vela, tumbada con los pies encogidos, pensando de qué forma podría acabar con mis días.

Al día siguiente nos fuimos, a mediodía, y nadie salió a despedirnos.

—Reza un rosario —me dijo Baba en el asiento trasero del coche de alquiler.

No conocíamos al conductor, pero debió de pasarlo en grande escuchándonos rezar e intercalar conjeturas entre plegaria y plegaria. El hombre era del pueblo del convento, y lo había contratado la madre abadesa. La noticia de nuestro escándalo nos precedía.

Cuando nos apeamos del coche vimos a un hombre cortando el césped de los Brennan. Se llamaba Charlie y nos saludó con la cabeza sin detener la cortadora, que parecía tratar de huir de él. Hacía un día soleado y frío, y bajo la azalea había crocos en flor. Crocos de un amarillo ocre. El viento había azotado algunos, y los pétalos habían caído a la hierba. Parecían pedacitos de papel de seda olvidados. También había primulas arracimadas junto a las raíces del sicomoro. Habían talado el árbol porque temían que pudiera caer

sobre la casa durante un ventarrón. El señor Brennan plantó hiedra alrededor de las raíces y la enroscó en el feo tocón, y ahora crecían prímulas, unas primulillas alegres que despuntaban entre la planta trepadora. Durante diecisiete años había visto las hojas de las prímulas, pero nunca antes me había fijado en que eran peludas y acartonadas. Me quedé mirándolas. Siempre que me encuentro en el ojo del huracán miro algo fijamente: un árbol, una flor, un zapato viejo... Para evitar los escalofríos.

—Por el amor de Dios, entra de una vez —me azuzó Baba, que iba detrás de mí arrastrando la enorme maleta por el camino de hormigón.

Me golpeó con la maleta en la pierna y llamé a la puerta. Molly nos hizo pasar. La noté algo fría. Debían de haberle pedido que no se mostrase muy cordial.

El señor Brennan, Martha y mi padre estaban en el comedor. No miré directamente a ninguno de ellos, pero a Martha se la veía intranquila. Llevaba un pañuelo en la mano y temblaba.

—Muy bonito lo que has hecho, pedazo de... —comenzó mi padre, avanzando hacia mí.

Buscaba una palabra que se ajustara a lo mal que me había comportado, y tenía la mano levantada, como si fuese a pegarme.

—¡Te odio! —exclamé súbita e impetuosamente.

—Qué lengua tan sucia tienes...

Y me propinó tal bofetón que caí al suelo y me di un golpe contra la esquina del mueble de la porcelana, que tintineó en el interior. Me escocía la mejilla.

El señor Brennan cruzó la estancia de un salto y se remangó.

—Déjala en paz —le dijo cuando mi padre estaba a punto de sacudirme de nuevo—. ¡No le pongas la mano encima! —gritó al tiempo que trataba de quitarme a mi padre de encima.

Me puse de pie y me cobijé junto a Martha.

—¡La trato como me da la gana! —amenazó mi padre.

Se lo llevaban los demonios, y le rechinaba la dentadura postiza. Intentó ir detrás de mí, pero el señor Brennan lo agarró por los hombros y se lo llevó a la puerta.

—¡Vete al carajo, fuera de aquí! —le espetó.

—¡No puedes tratarme así! —protestó mi padre.

—¿Que no? —exclamó el señor Brennan mientras cogía el sombrero marrón de mi padre y se lo ponía de cualquier manera.

—Te lo advierto, esto no va a quedar así —dijo mi padre.

Pero el señor Brennan lo echó de la sala y le cerró la puerta en las narices. Lo oíamos soltando palabrotas e insultos en la antesala, y daba puñetazos a la puerta, porque el señor Brennan había cerrado con llave.

—Vete a tu casa, Brady —ordenó el señor Brennan, y al cabo de pocos segundos oímos que la puerta principal se abría y cerraba.

Yo, naturalmente, lloraba, y Martha y Baba estaban lívidas y conmocionadas.

El muy temido recibimiento había terminado. En lugar de centrarse en nosotras y en la terrible maldad que habíamos escrito, los protagonistas de la escena fueron mi padre y el señor Brennan. Supe entonces que el señor Brennan detestaba a mi padre, que siempre lo había odiado.

—Sentaos —nos dijo a Baba y a mí. Nos acomodamos en el sofá y miramos a Martha, implorantes—. Mami, ¿y si tomamos un té? —se dirigió a Martha, quien esbozó una vaga sonrisa. Al menos estaba siendo razonable.

—¡Hola! Antes no te he saludado —me dijo ella al pasar por mi lado. A Baba le acarició la coronilla con ternura.

—En fin... —dijo el señor Brennan cuando su mujer estaba ya fuera.

—Odiábamos aquello, no lo soportábamos; queremos estar aquí —le expliqué.

Baba no había abierto la boca desde que llegamos. Tenía la cabeza gacha y las manos juntas, como si estuviese rezando. Se empeñaba en no colaborar.

—Lo sentimos mucho, pero es que odiábamos ese lugar —repetí, y de nuevo—: Queremos estar aquí.

El señor Brennan sonrió levemente para sí y sacudió la cabeza. Estaba conmovido. Sorprendentemente, le parecía plausible y razonable la posibilidad de que hubiésemos hecho aquello porque nos sentíamos solas.

—Pero ¿por qué no me dijisteis nada? —preguntó, y mientras buscaba una respuesta sonó el teléfono.

Tenía que atender una urgencia en las montañas, una marrana moribunda, y nos quedamos bebiendo té y charlando con Martha.

Aquella misma tarde, cuando me encontraba en el sofá del salón, regresó el señor Brennan. Se acercó a hablar conmigo. Anocheceía. La consola resplandecía con un fulgor plateado, y la habitación olía a jacintos.

—A Declan le va muy bien en el colegio —dijo.

Yo sabía perfectamente lo que estaba pensando.

—Lo lamento, señor Brennan. Lo lamento muchísimo.

—Es una lástima, ¿sabes, Caithleen? Sacabas muy buenas notas... Habrías llegado muy lejos. ¿Por qué has tenido que sabotear tu propio porvenir?

Me cogió de la mano al formular la pregunta.

—No sé por qué —reconocí.

—Yo sí lo sé —dijo. Su voz sonaba serena, y tenía la mano suave y cálida. Era un hombre bueno y gentil—. Pobre Caithleen, siempre has sido el pelele de Baba.

—Yo quiero mucho a Baba, señor Brennan. Lo pasamos muy bien, y ella no hace nada con mala intención.

Y era verdad.

—Ay, ojalá uno pudiera elegir a sus hijos —dijo con tristeza.

Se me hizo un nudo en la garganta: comprendí todo lo que trataba de decirme, y se me antojó que para él la vida era un chasco. Todos aquellos años circulando de noche por carreteras tortuosas y atravesando campos a la luz de una linterna para socorrer bestias en cuchitriles inmundos habían sido en balde. El señor Brennan no había hallado la felicidad, ni en su mujer ni en sus hijos. Y me asaltó la idea de que le habría gustado que mamá fuese su esposa, y yo, su hija. Sentí que él pensaba lo mismo.

Sonó un ligero golpe en la puerta y él dijo: «Adelante». Era mi padre. Martha debía de haberle dicho que estábamos en el salón.

—Buenas tardes. —Hablaba con un tono alegre, como si nada hubiera pasado—. Qué noche tan espléndida —dijo.

El señor Brennan encendió la luz. Porque había llegado la electricidad a la casa desde la última vez que habíamos estado allí. La simpática lamparilla proyectó sombras sobre la repisa de la chimenea. Era una lámpara de porcelana blanca con una pantalla chinesca, pura y cautivadora, como el velo de una niña de Primera Comunión. Era un viejo candil que el señor Brennan

había adaptado para la electricidad.

—No me lo tengáis en cuenta. A veces me salgo de mis casillas, pero se me pasa en un ratito.

El señor Brennan contestó:

—Bueno, olvidemos ese asunto.

Yo no dije nada. Mi padre tomó asiento y se sacó dos libras del bolsillo de la chaqueta.

—Toma —dijo, tirándomelas al regazo.

Le di las gracias y permanecí allí sentada, con aire sombrío, mientras ellos charlaban. Pero la conversación fue tensa, y ninguno de los dos simpatizaba ya con el otro.

Detrás de la lámpara había una postal de una bailarina. Una bailarina española con una falda larga roja de volantes y una blusa blanca con las mangas abullonadas. Me acerqué y la cogí para verla mejor. Reconocí la letra del señor Gentleman en el reverso, que decía: «Saludos para todos». El matasellos era extranjero. Salí corriendo.

—¡Molly, Molly! —llamé. Estaba arriba, arreglándose para salir. Se había echado novio.

—¡Estoy aquí! —contestó.

Subí y me asomé a su habitación. Se estaba lavando los pies en una palangana de agua humeante.

—Me están matando los callos —explicó.

Era un cuarto pequeño con el suelo de linóleo.

—Molly, ¿dónde está el señor Gentleman?

No fui capaz de esperar y preguntarlo disimuladamente, aunque era lo que pretendía.

—Cogiendo colorcito.

Se me detuvo el corazón.

—¿Y eso?

—A la señora Gentleman le dio un ataque de nervios y se han ido de crucero por el Mediterráneo.

De repente me sentí traicionada, celosa y culpable. Por otra parte, era una suerte que estuviese ausente, así no sabría de nuestra afrenta. Porque, a su manera, era un hombre muy educado y nuestro comportamiento lo habría

dejado de piedra.

## 13

Podría haberme matriculado en otro convento, pues mi beca seguía siendo válida, pero el señor Brennan iba a mandar a Baba a una escuela comercial y yo decidí irme con ella. Prometí a mi padre que me examinaría para el funcionariado, y entretanto trabajaría en una tienda de ultramarinos.

Respondí a un anuncio del periódico y conseguí empleo de tendera con un hombre llamado Thomas Burns. Jack Holland redactó una elogiosa carta de referencia en la que decía que había ejercido de aprendiz en su tienda. La carta estaba plagada de adjetivos y florituras, y la firmó como «Jack Holland, autor y mercader de licores».

—Huelga decir, Caithleen, que si cambias de parecer... Ese privilegio recae en la dama —me dijo mientras lamía el borde del sobre marrón y lo sellaba apretando con el puño.

—Gracias, Jack. Lo pensaré.

Era mentira, pero al menos mantenía viva su ilusión. Su madre seguía agonizando, y la enfermera jubilada acudía dos veces por semana para asearla. Se acercó y abrió el cajón de madera de la caja registradora, que se atascaba y solamente abría a medias. Introdujo la mano hasta el fondo, donde guardaba los billetes, y sacó una libra que dobló primorosamente hasta formar un cuadradito.

—Para pequeños gastos —dijo, metiéndomelo bajo la blusa.

Una de las esquinas puntiagudas del cuadrado me arañó, pero le agradecí el detalle y a cambio dejé que me estrechara la mano tres o cuatro veces y me acariciara el pelo. Sus caricias eran torpes.

Después me dirigí a la pañería de O'Brien, compré tela para hacerme una blusa y un pichi, y fui hasta el final de la calle, donde la modista. Salió a

recibirme a la puerta con una ristra de alfileres entre los labios y el vestido moteado de hilachos blancos.

—¡Entra! —me animó.

Estaba a punto de sentarse a almorzar. Los tres geranios del poyete comenzaban a florecer. Dos eran de un rojo escarlata, y el otro, blanco. Las hojas dotaban a la cocina de un agradable aroma a invernadero.

—Así crecen más —me explicó mientras echaba las hojas del té del desayuno a las macetas. Enjuagó la tetera y preparó más té—. Bueno, ¿cómo es que andas por aquí en estas fechas? —preguntó con voz lisonjera.

Vivía sola y era la cotilla del pueblo. Se enteraba de si alguna soltera estaba en un apuro antes incluso que la interesada. La gobernanta del párroco y ella pasaban horas chismeando acerca de todo ser viviente.

—Ha habido una epidemia en el convento —mentí.

Baba y yo nos habíamos puesto de acuerdo para contar la misma historia. Ni siquiera nuestros padres querían que se conociera nuestra expulsión.

—Qué horror. ¿Y es muy grave? Vaya, pues no entiendo por qué no ha vuelto también la chiquilla de los Jones, los de lo alto de la montaña.

—No, es que las de montaña no se contagian de esa enfermedad —inventé, y me miró con suspicacia.

También ella era de montaña, y cada dos domingos cogía su bici y subía a visitar a su padre, a quien solía llevar latas de fruta en almíbar y un frasco de áspic de manitas de ternera que guardaba en el zurrón de lona del transportín de su bicicleta.

—Ten. —Y me tendió una taza de té y una rebanada de bizcocho de la pastelería. Acto seguido, me examinó de arriba abajo y observó—: Has echado algo de tripita...

Estaba loca por sonsacarme alguna cosa. Le mostré la postal para que pudiese copiar con exactitud la blusa, y ella no dudó en darle la vuelta para leerla.

—Qué repentino, el viaje de los Gentleman, ¿verdad?

—Pues no sé. —Me hice la desentendida.

Anotó las medidas en un cuaderno y no tardé en marcharme. No me acompañó a la puerta, lo cual significaba que se había molestado: ella contaba con que le hablase de los Gentleman. Ojalá no se vengase



estropeando la tela.

Hacía uno de esos días límpidos y ventosos tan frecuentes en la región, con un viento potente que desplazaba alegremente las nubes. Era un día claro, y experimenté la felicidad de estar viva. Como tenía el viento de cara, me apeé de la bici para subir la colina. La dejé apoyada en la verja de los Brennan y me adentré en el camino que daba a mi casa, para verla. Ahora vivían allí unas monjas francesas. Seis o siete solo, todas bajo la supervisión de una directora de noviciado: jóvenes religiosas venidas del convento principal de Limerick para pasar su año de retiro espiritual en nuestra extensa y recóndita finca.

La antigua entrada estaba muy descuidada y plagada de ortigas. Las monjas habían construido otro acceso con pilotes de hormigón a ambos lados y unos muros de cemento que describían curvas y unían un pilar con otro. El camino, antaño poblado de mala hierba, piedras y surcos de carros, estaba ahora pavimentado y nivelado; resultaba agradable transitar por él. Habían talado algunos de los árboles que rodeaban la casa, y la puerta de la fachada, blanca y castigada por el clima, había sido pintada de un bonito verde claro. Por supuesto, las cortinas eran distintas, y la colmena de Hickey había desaparecido.

—La madre la espera —dijo la monjita que me abrió la puerta.

Atravesó sin hacer ruido el vestíbulo enmoquetado. El antiguo comedor me resultaba del todo desconocido. Sentí que era la primera vez que entraba en aquel lugar. En la esquina donde antes estaba el mueblecito de los santos había un escritorio, y habían añadido una repisa de caoba sobre la chimenea.

—Bienvenida —dijo la abadesa.

Era francesa, y no transmitía ni la mitad de severidad que las monjas del convento. Llamó a la monja joven haciendo sonar una campanita y le pidió un refrigerio. Me trajo un vaso de leche y una rebanada de bizcocho casero decorado con almendras peladas. Me resultaba difícil comer bajo su atenta mirada, y procuré no hacer ruido al masticar.

—¿Y qué es lo que vas a hacer en Dublín? —preguntó.

«Voy a ser tendera en un colmado», quise explicarle, pero en lugar de eso dije:

—Mi padre aún no lo ha decidido.

Mi respuesta sonó algo fuera de lugar, pues Molly me había contado que la madre superiora había ayudado a mi padre a superar sus episodios de alcoholismo. Le llevaba termos de caldo y libros de oraciones para que se entretuviera mientras guardaba cama. La mujer me ofreció una medallita azul que se había sacado del bolsillo. Aquella noche me la colgué de la camiseta interior y no volví a quitármela. Al señor Gentleman le hizo mucha gracia cuando, meses más tarde, llegó a verla.

—¿Te gustaría ver la cocina? —preguntó, y la seguí hasta allí.

Unas alacenas blancas cubrían las paredes, y habían sustituido el fogón de leña por una cocina de carbón. Afuera, en el huerto, seis o siete monjas caminaban cada una por su lado, con la cabeza gacha, meditabundas. Esperaba que Bull's-Eye anduviese ahuyentando a las gallinas, pero, naturalmente, ya no había gallinas a las que ahuyentar. Aquella visita me afligió más de lo que esperaba, y me hizo revivir muchas cosas que creía ya olvidadas. La maña que se daba Hickey para colocar las trampas para los ratones bajo las escaleras. El olor de la jalea de manzanas en otoño, y el papel matamoscas que colgaba del techo con los moscardones pegados. Las tiras de beicon ahumándose. El libro de recetas apoyado en el alféizar, manchado de yema de huevo. Todos esos detalles se agolparon dentro de mí, y me invadió la melancolía al alejarme de allí.

Nada más emprender el camino de vuelta caí en la cuenta de que debía pasar por el pabellón para visitar a mi padre. Alcé el pasador, pero la puerta estaba trancada. Y justo en el momento en que cruzaba la verja, aliviada, oí que decía: «¿Quién es?».

Abrió la puerta, colocándose los tirantes. Iba descalzo.

—Es que me había echado un rato. Tenía un dolor de cabeza...

—Sigue durmiendo —le dije. Rogaba por que me hiciera caso.

—¡De ninguna manera! Entra.

Cerró la puerta detrás de mí. La cocina era diminuta y el ambiente estaba muy cargado, y los visillos blancos tenían el color de la ceniza de los cigarrillos. Había tres tazas esmaltadas sobre la mesa con hojas de té en el interior.

—Haz un poco de té —dijo.

—De acuerdo.

Llené el hervidor con el agua del balde y, evidentemente, derramé algo de líquido. Cuando alguien me observa, me vuelvo muy torpe. Se sentó y se puso los calcetines. Le habría convenido cortarse las uñas de los pies.

—¿Dónde has estado? —preguntó.

—En casa.

Aquella siempre sería mi casa.

—¿En casa de quién? —Y cuando se lo aclaré—: ¿Ha preguntado por mí?

—No.

—Nos hemos hecho íntimos amigos, ella y yo.

—Han arreglado muy bien la casa —comenté, con la ilusión de despertar sus remordimientos.

—Es la mejor casa del pueblo —dijo—. Pero no la echo de menos —añadió.

Pensé entonces en mi madre, y en el fondo del lago, y en lo enfurecida que se habría puesto de haber oído lo que decía mi padre.

—En fin, de todos modos, me la robaron —concluyó, rascándose la frente.

«Conque esas tenemos...», pensé.

—¿Cómo que te la robaron? —pregunté con impertinencia.

—Pues eso, lo sabes bien. Cuando la heredé de mi tío abuelo todo el mundo decía que no me duraría mucho, y han hecho lo imposible por arrebatármela.

Ahí teníamos la nueva versión de la historia. A los forasteros y la gente que pasara por allí en verano les señalaría la casona, se rascaría la frente y contaría que se la habían usurpado. Volví a pensar en mamá, y casi pude verla negando tristemente con la cabeza. Siempre que estaba con él pensaba en mamá.

El agua rompió a hervir y borboteó por el pitorro del hervidor. Miré a mi alrededor en busca de la tetera.

—¿Dónde tienes la tetera?

—Ah, no hace falta. Sale muy rico en las tacitas.

Y me indicó que debía quitar las hojas viejas de las tazas de esmalte. Me explicó cuánto té había que echar en cada taza y luego vertí el agua caliente y

dejé reposar la infusión junto a las brasas. Añadí leche y azúcar al suyo, pero no me atreví a removerlo por miedo a revolucionar las hojas que estarían en el fondo. El mío parecía turba hervida.

—¿A que me ha salido estupendo? —dijo.

«Más bien me ha salido a mí», pensé.

—No está mal —respondí.

¿Por qué estaba siendo tan arisca? No conseguía ser agradable, por mucho empeño que le pusiera.

—Es el mejor té de la región. El año pasado las hermanas Connor estuvieron por aquí cerca cogiendo setas, y tuvieron que entrar a resguardarse de un chaparrón, así que les preparé té. Me dijeron que nunca habían tomado nada parecido.

Sonreí, en un esfuerzo por mostrarme conciliadora.

—¿Dónde está Bull's-Eye?

—Ha muerto. Se envenenó.

Muy pronto ya no quedaría nada de mi vida anterior.

—¿Cómo se envenenó?

—Habían puesto estricnina para los zorros, y se la comió.

—Tendrías que haberte quejado —le recriminé. Estaba muy enojada.

—¿Quejarme? ¿Acaso soy de los que se quejan? Yo no he molestado a nadie en toda mi vida.

Traté desesperadamente de encontrar algo que decir. Rápido.

—¿Sabes algo de Hickey?

Llevaba dos años sin saber de él. Maisie me contó que se había comprometido, pero no llegamos a enterarnos de si se casó finalmente.

—Vaya tipejo. Nunca me gustó. Anda que no se lo pasó bien desplumándome a placer, como todo el mundo.

Me concentré en las hojas de té amontonadas en el fondo de mi taza e intenté predecir mi futuro. Buscaba en ellas alguna señal de aventura, ya que al cabo de una semana estaría en Dublín, lejos de todo. Mi padre carraspeó, nervioso. Estaba a punto de decir algo importante. Me eché a temblar.

—Hay algo que te quiero decir, hermosa: espero que no se te suban las cosas a la cabeza. —Sacó su dentadura del mueble y se la puso. Acaso así se sentía mejor, más importante—. Compórtate en Dublín. Sé honrada. No

descuides la fe, y escríbele a tu padre. No me gusta ni un pelo la clase de persona en que te has convertido.

«El sentimiento es recíproco; no sabes cuánto», pensé sin decirlo. Tenía miedo de quedarme allí atrapada, y lo único que deseaba era salir lo antes posible de aquella cocina asfixiante. Hasta los ojos me dolían, y el maldito humo me daba tos.

—Tendré cuidado —dije.

Miré a mi alrededor en busca del reloj; oía el tictac, pero no lo veía. Estaba en la repisa de la chimenea, tumbado. Lo levanté y me excusé: tenía que marcharme, porque la cena era a las cinco y media.

—Te acompaño hasta la carretera —dijo, poniéndose las botas.

Me sentí mejor cuando estuvimos al aire libre. Había mucha gente de paseo, y dejé de sentir miedo.

Molly enceraba el vestíbulo cuando llegué. La casa estaba en silencio.

—¿Dónde está Martha?

—En la iglesia, supongo —dijo Molly.

—¿La iglesia?

Martha siempre había despreciado la religión, las oraciones y a las beatonas.

—Sí, claro, ahora va a diario. A misa y todo eso.

—¿Desde cuándo?

—Desde que los niños del pueblo recibieron su Primera Comunión. Fue a ver cómo iban vestidos y le dio una crisis de llanto en la iglesia. Desde entonces, empezó a ir a los oficios y, al poco, ya asistía a las misas.

—Qué curioso —opiné, al tiempo que recordaba la observación que una vez hiciera Martha: «La religión es opio para los idiotas».

—La gente cambia con la edad —afirmó Molly, sacudiendo la cabeza igual que una anciana.

—¿En qué sentido?

—Pues... Se ablandan. De jóvenes, las personas luchan con pasión por lo que creen. Pero, a medida que va pasando el tiempo, se ablandan.

—¿Te vas a casar con tu novio, Molly? —le pregunté.

La notaba algo rara, distinta a como solía comportarse. Parecía juiciosa en lugar de alegre.

—Supongo que sí.

—¿Lo quieres?

—Ya te lo diré cuando lleve diez años casada.

—Ay, Molly, ¿cómo es posible que seas tan sensata?

Molly me daba lecciones sobre la vida. Me avergonzaba de mí misma cada vez que comprobaba lo cabal que era ella. Su vida no era en absoluto fácil y, sin embargo, nunca se quejaba ni se autocompadecía, como hacía yo.

—No me queda otra alternativa. Mi madre murió cuando yo tenía nueve años y tuve que criar a dos hermanos pequeños.

—¿Cómo murió?

Había oído una versión espantosa según la cual había muerto quemada.

—Se quemó viva —confirmó.

—¿Cómo pasó? —insistí, aunque, naturalmente, no debí haberlo hecho.

—Eran casi las seis, y aún no estaban las patatas cocidas para la cena. Los hombres estaban ya a punto de llegar. Oímos que se acercaba la carreta por el camino y ella exclamó: «Ay, Dios, ¡hay que avivar el fuego!». Le echó parafina y las llamas le saltaron a la cara; se convirtió en una antorcha humana en menos de dos segundos. Le tiré un balde de leche, pero de poco sirvió.

Molly me contaba aquello sin lágrimas, sin derrumbarse, y envidié su entereza.

—Vamos a tomarnos una taza de té —propuso, poniéndose de pie.

—Como beba un trago más de té, me va a salir por las orejas —dije, pero fuimos a la cocina y preparamos una tetera.

Al poco llegó Martha. Y más tarde, cuando regresó el señor Brennan, subió con él para lavarle el pelo. Charlaban y se reían en el baño, y al pasar por delante vi que ella le frotaba con energía los pelillos morenos y cortos con los extremos de una toalla. Él estaba sentado en la bañera y abrazaba las nalgas de Martha, con la cabeza enterrada en su vientre. Me dio mucha alegría verlos tan contentos.

Tal vez sean felices, me dije, con la esperanza de que lo fuesen. Pese a todo, experimentaba cierto sonrojo cada vez que veía a parejas casadas besándose. Porque mamá y papá nunca lo habían hecho.

Cuando entré en el dormitorio se me escapó un grito de espanto. Baba

yacía en la cama con una plasta de barro blancuzco en la cara.

—¡Aah! —chillé, y Molly se precipitó escaleras arriba para ver qué pasaba.

—Por los clavos de Cristo, eres una imbécil de tomo y lomo —dijo Baba—. Me he puesto una mascarilla de barro francés para ir guapa a Dublín. ¿Sabes lo que es? —preguntó.

Le costaba trabajo articular las palabras correctamente debido al mejunje, que le impedía mover los labios con normalidad.

—No —contesté, huraña. Me fastidiaba dejar en evidencia mi ignorancia.

—Eres una imbécil rematada —dijo, al tiempo que se incorporaba y echaba mano de una esponja húmeda y una palangana con agua del tocador.

—Tu madre y tu padre están muy cariñosos —le susurré.

—Ya... Como se descuide, en menos que canta un gallo la vemos con un bebé en brazos.

—¿No te gustaría?

—¿Estás tonta o qué? Ni en sueños. Me convertiría en el hazmerreír del país. ¿Qué diría Norman Spalding?

Norman Spalding era el hijo del director del banco, con quien Baba había empezado a verse en las vísperas de nuestra marcha a Dublín, por matar el tiempo. Ella decía que los chicos del pueblo eran todos unos enanos mequetrefes. De vez en cuando, durante las vacaciones, yo había salido con algunos, pero me aburría con ellos, y cuando me cogían de la mano sentía repugnancia. Mi deseo era volver a los brazos del señor Gentleman; él era mucho mejor que los jovencitos.

Aquella semana hicimos todos los preparativos para Dublín.

El último día fui al pueblo a despedirme de unas cuantas personas y a comprar un paquete de etiquetas.

En la plaza de abastos se celebraba una feria del cerdo. Delante de los comercios se veían carretas con canastos de mimbre cubiertos de turba roja, y gorrinillos rosaditos en sus nidos de paja que gañían tras los canastos. Los cerdos gruñían y hozaban en el interior de los capachos, tratando de salir.

De nuevo hacía otro de esos días rebeldes en los que el viento forma remolinos con el polvo, las briznas de paja y los pedacitos de papeles que se acumulan en las calles. El viento transportaba también el olor propio de toda

feria campestre. El agradable aroma del estiércol, el cálido olor de animales, ropa vieja y humo de tabaco.

El aire se colaba en los pesados sobretodos de los granjeros y provocaba tal aleteo en los faldones que parecían hombres en medio de una tormenta. Mantenían acaloradas discusiones sobre precios, se escupían en la palma de la mano y luego discutían un rato más; aparentaban fiereza.

De la tienda de Holland salieron dos hombres. Llevaban consigo la agitación y el humo de tabaco cuando me sujetaron la puerta. Otros hombres percibieron el ruido y el olor a cerveza y se precipitaron al interior. Los niños venidos de la montaña merodeaban por allí, al cuidado de los burros y esperando a sus padres. La ropa les quedaba grande y tenían un aspecto ridículo. Con sus grandes ojos se fijaban en todo: seguían con la mirada a las mujeres que salían de las casas y atravesaban la calle para llenar un balde con agua de la bomba verde. Los niños de la montaña observaban sorprendidos a las desastradas mujeres del pueblo, y ellas les devolvían la mirada con ese seguro desdén que experimentan los aldeanos por los pobres montaraces.

Tommy Tuohey pesaba marranos en las grandes balanzas que había fuera del edificio del mercado, y los animales chillaban para zafarse. El día era oscuro, y unas negras nubes de tormenta atravesaban el cielo a toda velocidad. Todos decían que iba a llover.

Compré las etiquetas y me despedí de Jack. Por suerte, la tienda estaba abarrotada y no tuvo tiempo de llevarme aparte y susurrarme algo.

No me entristecía abandonar el pueblo. Era un lugar sin vida, destartalado, viejo, a punto de desmoronarse. Los comercios necesitaban una mano de pintura, y ya no parecía haber tantos geranios en las ventanas como los que había durante mi niñez.

La hora siguiente pasó volando. De nuevo tocaba decir adiós. Martha lloraba. Imagino que su sensación era que nosotras estábamos en continuo movimiento, mientras que para ella la vida era siempre idéntica. La vida había pasado de largo, la había traicionado. Apenas tenía cuarenta años.

Íbamos en un vagón de tercera donde ponía PROHIBIDO FUMAR, y el tren emprendió el camino a Dublín emitiendo resoplidos.

—Por el amor de Dios, ¿es que no hay coche para fumadores? —preguntó Baba.



Su padre se había encargado de los billetes, sin tener en cuenta que cada una llevaba un paquete de cigarrillos en el bolso.

—Vayamos a buscarlo —dije yo, y atravesamos el pasillo soltando risitas y mirando a la gente con impertinencia.

Fue entonces, imagino, cuando dio comienzo esa nueva fase de nuestras vidas: la de las atolondradas chicas de campo que se lanzan a la gran ciudad. Los pasajeros nos miraban y luego apartaban la vista como si fuésemos en cueros. Pero nos daba igual. Éramos jóvenes y (así lo creíamos) bonitas.

Baba era menuda y delgada, llevaba el pelo cortado como un chico y unos atractivos bucles le caían sobre la frente. Tenía un aspecto muy cuidado, y cualquier hombre habría podido levantarla entre sus brazos y llevársela. Yo, por el contrario, era alta y desmañada, con un perpetuo aire de perplejidad y una mata de pelo cobrizo indomable.

—Vamos a tomarnos un jerez, una sidra o algo —propuso, volviéndose para mirarme a la cara.

Era de tez oscura, y cada vez que sonreía se me venían a la cabeza cosas otoñales, como las bellotas y las manzanas bermejas.

—Estás guapísima —le dije.

—Tú estás radiante —me contestó ella.

—Pareces un cuadro.

—Y tú pareces Rita Hayworth —afirmó—. ¿Sabes lo que me da por pensar a veces?

—¿Qué?

—En cómo se las arreglarían las pobres desgraciadas de las monjas el día que les prohibiste usar el váter.

Con la simple mención del convento advertí un leve olor a col, aquel tufo que impregnaba hasta el último rincón del colegio.

—Les tuvo que costar lo suyo aguantar tanto rato —continuó, y estalló en una de sus alocadas carcajadas de asno.

El tren tomó una curva muy cerrada y nos precipitamos a uno de los asientos. Baba se echó a reír, y yo le sonreí al hombre que teníamos enfrente. Estaba medio dormido y no se dio cuenta. Nos pusimos de nuevo en pie y recorrimos el pasillo entre asientos de terciopelo polvorientos. Tardamos poco en llegar al bar.

—Dos copas de jerez —pidió Baba, expulsando el humo directamente a la cara del camarero.

—¿De cuál? —preguntó él.

Era un tipo simpático y no se molestó por lo del humo.

—Del que sea.

Vertió el licor en dos vasos y los puso sobre el mostrador. Después de habernos tomado el jerez, pedí sidra para las dos; nos achispamos y empezamos a balancearnos en los altos taburetes mientras mirábamos la lluvia que afuera mojaba los campos en movimiento. Aunque, debido a la embriaguez, no prestamos gran atención a aquella lluvia que en nada nos afectaba.

## 14

Llegamos a Dublín poco antes de las seis. Aún era de día, y cargamos con nuestros bultos por el andén, deteniéndonos de cuando en cuando para dejar pasar al resto de pasajeros. Era la primera vez que veíamos a tanta gente junta.

Baba paró un taxi y dio al conductor nuestra nueva dirección, que estaba escrita en la etiqueta de su maleta. Habíamos conseguido alojamiento gracias a un anuncio en el periódico, y nuestra futura casera era extranjera.

—Por Dios, Cait, ¡esto es vida! —exclamó Baba, arrellanándose en el asiento trasero y sacando un espejito de mano para mirarse. Se echó hacia delante un mechón de pelo que le cayó sobre una ceja; le quedaba muy bien.

De las calles por las que pasamos no recuerdo nada. Eran del todo desconocidas. A las seis en punto sonaron las campanas de alguna iglesia, seguidas por otras con distintos repiques que tañeron por toda la ciudad. Los carillones se mezclaban, armonizando con el fresco atardecer de primavera, y su sonido procuraba un bienestar especial. Me gustó al instante.

Pasamos ante la catedral, cuya piedra oscura estaba aún húmeda debido a la lluvia de la tarde, si bien las calles estaban ya secas. Nos mareábamos tratando de ver toda la ropa que se exhibía en los escaparates.

—Jolín, qué vestido tan maravilloso acabo de ver en aquella tienda. Oiga, caballero —chilló Baba, inclinándose hacia delante.

—¿Ha dicho usted algo?

El hombre hablaba con el acento cantarín propio del condado de Cork.

—¿Es usted de Cork? —preguntó Baba, disimulando la risa.

El conductor fingió no haberla oído y subió la ventanilla de la mampara. Al poco giró a la izquierda, tomó un bulevar y llegamos. Nos apeamos y

pagamos la carrera a medias. Ignorábamos que hubiese que dejar propina. El taxista depositó nuestras maletas en la acera, junto a la cancela. Una moto descansaba apoyada en los barrotes, y, por dentro, un angosto sendero de cemento corría entre dos parcelitas cuadradas de césped muy raso. Entre la hierba y el caminillo, a ambos lados, había sendos parterres alargados con unos pocos galantos amarillentos y marchitos entre la tierra húmeda. La casa, de dos plantas, era de ladrillo visto, y el piso de abajo tenía un ventanal en voladizo.

Baba dio un golpe seco en la aldaba cromada y al mismo tiempo llamó al timbre.

—Baba, por favor, no seas tan impaciente.

—Vale ya de chaladuras de cobardica —contestó, guiñándome un ojo.

Aquel mechón de su frente resultaba muy descarado. Junto al felpudo había varias botellas de leche, y oí que alguien se acercaba desde el interior.

La puerta se abrió y nos recibió una señora con gafas de cristales gruesos que llevaba un vestido de punto marrón y unas medias también de punto, grises y peludas.

—Pasen, sed las bienvenidas —dijo, y gritó en dirección al piso superior —: ¡Gustav, ya han llegado!

Del mueble perchero del vestíbulo colgaban impermeables y un paraguas de colorines que me recordó a una postal que la señorita Moriarty me había enviado una vez desde Roma. Nos quitamos los abrigos.

Era una mujer de baja estatura y casi tan ancha como el umbral del comedor. Tenía el trasero como el de las mujeres de las postales de broma. Parecía una bola. La seguimos hasta el comedor.

La estancia era pequeña, atestada de muebles de nogal. Había un piano en un rincón, y, muy cerca, un aparador con fotografías enmarcadas. Frente a este, una vitrina para la porcelana cargada de copas, vasos, tazas y toda clase de bibelots. A la mesa se sentaba un hombre calvo de mediana edad; estaba comiendo un huevo pasado por agua que sujetaba con una mano, mientras con la otra rebañaba el interior con ayuda de la cuchara. Fue muy gracioso ver cómo se guardaba el huevo en el regazo, como si lo hubiésemos pillado en falta. Nos saludó en una lengua extranjera y volvió a concentrarse en su té. No era nada apuesto. Tenía los ojos muy juntos, y no sabría explicar por qué,

pero parecía una persona traicionera.

Tomamos asiento. La mesa redonda estaba vestida con un mantel verde de terciopelo con orla, y en el centro había un jarrón con ranúnculos multicolores, de los que duran mucho tiempo.

Algo de aquel cuarto —no sé si el mantel de terciopelo o la vitrina abarrotada, o tal vez el estilo del mobiliario— me recordaba a mi madre y a nuestra casa tal y como era en el pasado.

La casera trajo dos platos pequeños con jamón cocido, un poco de pan con mantequilla y un platillo con mermelada.

—¡Gustav! —exclamó de nuevo al entrar en el comedor. Me daba un poco de miedo aquella mujer. Su voz era tosca y autoritaria—. Muy bueno, hice yo, casero —explicó al tiempo que hundía una cucharilla muy sofisticada en la mermelada.

Comimos rápido y con fruición, y tras despachar el plato del pan nos miramos entre nosotras y luego al hombre calvo que se sentaba enfrente. Ya había terminado de comer y leía un periódico extranjero.

—¡Joanna! —llamó, y ella vino secándose las manos en el delantal de flores.

El hombre se dirigió a ella en una lengua extraña, supuse que para pedirle que trajera más pan.

—¡*Mein Gott* bendito nos salve! Las chicas de campo tienen inmenso gran apetito —señaló ella, alzando al cielo unas manos rechonchas y castigadas por años de faena. Llevaba una alianza y un anillo de aniversario. Pobrecito Gustav.

La mujer salió y él continuó leyendo.

Baba y yo estábamos convencidas de que el hombre no hablaba nuestro idioma, así que, mientras esperábamos que llegara el resto del pan, Baba hizo un numerito teatral. Haciéndome una reverencia me suplicó con voz trémula:

—Oh, amor divino, ¿me pasas el vino?

Yo le acerqué el frasco del vinagre.

—Cubre ahora la tetera, dama suprema. —Y, con otra voz, rogó—: Oh, dama suprema, ¿me pasas la crema?

Y yo le pasé la lecherita. Entonces se volvió hacia él, que estaba parapetado tras el periódico, y dijo:

—Y tú, calvo de pacotilla, ¿me pasas la mantequilla?

Y mientras nos reíamos por lo bajo, salió la mano de detrás del periódico y empujó despacio hacia nosotras el plato vacío de la mantequilla. Nos partimos de risa y nos dimos cuenta de que la mano y el periódico temblaban. También él se estaba riendo. No era mal comienzo.

Joanna trajo dos rebanadas más de pan y unos pedacitos de bizcocho de dos colores, mitad amarillo, mitad chocolate. Mamá lo llamaba pastel mármol, pero Joanna le daba otro nombre. Los pedacitos habían sido cortados con picardía: cada trozo era un bocado. El hombre cogió dos, y Baba me soltó una patada bajo la mesa como para avisarme de que comiera rápido. Ella se llenó la boca todo lo que pudo.

Por fin apareció Gustav, y nos pusimos de pie para estrecharle la mano. Era un hombre bajito y paliducho con ojos astutos y una sonrisa de circunstancias. Sus pálidas manos tenían un aspecto refinado.

—No, señoritas, no levántense —dijo humildemente, demasiado humildemente.

Me había caído mejor Joanna. Baba estaba encantada de que nos llamase señoritas, y le dedicó una de sus sonrisas zalameras.

—Toda la noche ahí arriba afeitar. Y ¿por qué te pones la camisa nueva? —inquirió Joanna, examinando la camisa y la parte delantera del chaleco. Él explicó que se iba a pasar por la taberna.

—Un ratito nada más, Joanna —dijo.

—*Mein Gott!* Tengo que desplumar dos pollos y tú no ayudas.

A él no se le borraba la sonrisa del rostro.

—Bonitas señoritas, muy bonitas —observó, señalándonos.

Baba pestañeaba a una velocidad prodigiosa.

—Ya, sí, sí; comed, comed —dijo de pronto Joanna cuando se acordó de nosotras. Pero ya no había nada que comer; no quedaba ni una migaja.

Me dispuse a ayudar a recoger y a apilar los platos, pero Baba me susurró al oído:

—Por Dios, como hagas eso una sola vez nos pasaremos la vida recogiendo. ¡Acabaremos de criadas!

Seguí su consejo y subí con ella al dormitorio, donde Gustav había depositado nuestro equipaje.

Era una habitación pequeña que daba a la calle. El suelo era de linóleo oscuro y del techo colgaba una bombilla eléctrica adornada con una pantalla de cuentas.

Me asomé a la ventana abierta para aspirar el aroma de la ciudad y ver qué aspecto tenía. Abajo unos niños jugaban al tejo y al pillapilla. Uno de ellos tenía una armónica que se ponía en la boca para tocar lo que le saliera. Al verme, miraron todos hacia arriba y uno, el mayor, me preguntó la hora. Yo fumaba un cigarrillo e hice como que no lo había oído. «Oye, señorita, ¿qué hora es? A cero grados se congela el agua, ¿tú cuánto tardas en derretirla?».

Baba se partía de risa junto al tocador, y me pidió por lo que más quisiera que me apartara de la ventana o nos largarían. Dijo que el chiquillo era la monda y que teníamos que hacer amistad con él.

El ropero estaba vacío, pero no pudimos colgar nuestras cosas porque se nos había olvidado echar perchas en la maleta, así que las extendimos sobre el sillón de orejas que había en un rincón.

Abajo, en la cancela de la entrada, alguien arrancó una moto que se alejó por el bulevar con gran estruendo. Gustav se había marchado.

En la habitación de al lado empezó a sonar un violín.

—Madre mía —exclamó simplemente Baba, tapándose los oídos.

Iba de un lado a otro con las manos en las orejas, diciendo barbaridades, cuando Joanna llamó y entró.

—Hermann, tiene que ensayar —explicó, sonriente, cuando Baba señaló con el pulgar el tabique que nos separaba del otro cuarto—. Mucho talento. Músico. ¿Os gusta música?

Y Baba contestó que nos fascinaba la música y que habíamos venido a Dublín solo para escuchar a un señor tocar el violín en el cuarto de al lado.

—Ah, bien. Bueno. Muy bien.

Baba me hizo un gesto para indicar que Joanna estaba como una regadera. Como yo estaba todavía deshaciendo el equipaje, se acercó a curiosear mi ropa. Me preguntó si mi padre era rico, y Baba se metió en la conversación y explicó que era millonario.

—¿Millonario? —Pudimos ver cómo se le dilataban las pupilas tras las lentes—. Yo cobrar muy barata entonces, ¿no? —dijo con una amplia

sonrisa.

Su forma de sonreír era bastante poco afortunada: la mueca le quedaba postiza, ridícula, y despertaba antipatía. Aunque tal vez fuera cosa de las gafas.

—No. Muy cara —discrepó Baba.

—¿Cara? ¿La cara? *Gesicht*? No entiendo.

—No, muy costoso —expliqué yo, atándome un lazo en el pelo con la esperanza, antes siquiera de verme en el espejo, de que me favoreciera.

—¿Estáis contentas? —me preguntó, angustiada de repente, súbitamente preocupada por si nos planteábamos cambiar de casa.

—Muy contentas —respondí por ambas, y ella sonrió de nuevo. Me caía bien.

—Os doy un regalo —anunció.

Baba y yo intercambiamos una mirada de asombro cuando Joanna salió del cuarto.

Trajo una botella con un líquido amarillo y dos vasos de la talla de un dedal. Se parecían a los que usaba el farmacéutico del pueblo para medir los medicamentos. Vertió un poco del espeso fluido en cada vasito.

—Para la salud, ¿eh? —dijo.

Nos llevamos los vasos a los labios.

—¿Bien? —preguntó antes de que pudiésemos probarlo.

—Bien —mentí.

Sabía a huevo y el regusto a alcohol tiraba para atrás.

—Mío. —Y se puso la mano en el pecho robusto, de senos indefinidos; su torso era una masa apabullante y recia—. En el continente nosotros hacemos. Fiestas, todo: hacemos nosotros.

—Que Dios nos proteja del continente —me dijo Baba en gaélico, y le salieron los hoyuelos al sonreírse.

Para darle al cuarto un aire más acogedor, yo había colocado sobre la mesa un tarro de crema facial y un frasquito de perfume *Soir de Paris*, y Joanna se acercó para admirar ambas cosas. Primero destapó la crema y la olisqueó, y luego olió el perfume.

—Bien —dijo, con la nariz aún pegada al frasquito azul ultramar.

—Pruébelo —la animé, porque me sentía en el compromiso tras el detalle



del licor.

—¿Caro? ¿Es costoso?

—Cuesta un dineral —explicó Baba, sonriendo con suficiencia detrás de su vaso. Se veía venir que Baba tenía la intención de tomarle el pelo a Joanna.

—Dineral... *Mein Gott!*

Volvió a poner el tapón metálico al frasco y lo dejó con cuidado en su sitio para no romperlo.

—Mañana quizá pruebo. Mañana domingo. ¿Vosotras católicas?

—Sí. ¿Y usted? —se interesó Baba.

—Sí, pero nosotros en el continente no somos tan estrictos como vosotros, irlandeses.

Se encogió de hombros para manifestar cierta indiferencia. El vestido de punto tenía los bajos desiguales y se retorcía por los lados. Se marchó y oímos que bajaba las escaleras.

—¿Qué vamos a hacer, Cait? —me preguntó Baba al tiempo que se tumbaba en su cama.

—No sé. ¿Vamos a confesarnos? —Eso era lo que solíamos hacer los sábados por la tarde.

—¿Confesarnos? Por Dios, no me seas sosa, tenemos que ir al centro. ¿No ves que estamos en el paraíso? —Meneó los pies por el aire y se abrazó a la almohada que había bajo la colcha de chenilla—. Ponte todo lo que tengas —ordenó—, que nos vamos a bailar.

—¿Tan pronto?

—¡Pronto, pronto...! ¿Te parece pronto, después de tres años enjauladas en aquella cárcel?

—No sabemos cómo llegar.

No me entusiasmaba la idea de bailar. En el pueblo siempre pisaba a los chicos, y no se me daban nada bien los giros. Baba, en cambio, bailaba de maravilla, daba vueltas y vueltas sobre sí misma hasta que se le subían los colores y el pelo se le alborotaba en todas direcciones.

—Baja y usa tu labia con *Frau von Culona*.

—Eso está muy feo, Baba —la reprendí, poniendo mi cara más nostálgica. La preferida del señor Gentleman.

—¡Dios, esta mujer es la monda! No paraba de pensar que el culazo se le iba a caer de un momento a otro. ¡Es que parece un postizo!

—¡Chist, chist! —la callé.

Temía que el violinista nos oyera, pues había dejado de aserrar.

—Anda y baja a preguntarle, y déjate ya de chistarme.

Joanna estaba vertiendo una cacerola de agua hirviendo sobre un pollo Rhode Island muerto. Una vez empapado por completo, empezó a desplumarlo. Yo la veía hacer, pero ella no me había oído porque la ensordecía la música folclórica que salía del transistor de la cocina.

El cadáver del pollo me recordó a las comidas de los domingos en casa. Hickey le retorció el pescuezo a algún pollo los sábados por la mañana y luego lo dejaba afuera, junto a la puerta de atrás. El animal se agitaba y hacía extraños movimientos un buen rato después de haber muerto, y Bull's-Eye, creyendo que estaba vivo, le ladraba y trataba de ahuyentarlo.

—*Mein Gott!* ¡Qué susto me das! —dijo al volverse con el pollo en la mano.

Me disculpé y le pregunté cómo llegar al centro. Pero sus instrucciones fueron muy confusas y comprendí que tendríamos que preguntarle a otra persona en la calle.

Cuando regresé arriba, Baba había salido al baño. Sin ella, al cuarto le faltaba alegría, se veía vacío. Afuera, en el bulevar, ya se había hecho de noche. Los niños se habían ido. La calle estaba desolada. El pañuelo de un chiquillo ondeaba de un pincho de la verja de nuestra casa. Los edificios se desplegaban en la planicie de la ciudad, casas separadas por campanarios o bloques de pisos de diez o veinte plantas. A lo lejos, las montañas eran un borrón pardo jaspeado de nubes. En realidad no eran montañas, más bien colinas. Unas colinas dulces, inolvidables.

Mientras las contemplaba pensé en corderos nacidos en medio del frío y la oscuridad, en pastores que caminaban penosamente por las lomas, y luego pensé en esos mismos pastores entrando en calor junto a una fogata en compañía de sus perros; se echarían un sueño de una hora hasta que llegara el momento de volver a la intemperie y enfrentarse al frío cortante. Nuestra granja no estaba en la montaña, pero a siete u ocho kilómetros de distancia había unas a las que Hickey me llevó una vez montada en el manillar de su

bici. Colocó un cojín para que no me doliese el trasero. Íbamos a buscar un perro ovejero. Corría el inicio de la primavera, la época en que nacen los corderillos, y contra el viento nos llegaban sus lastimeros balidos. Recogimos al perrito: una bola de pelo blanco y negro dormido sobre un lecho de paja en una cajita. Aquel cachorro se hizo mayor y se convirtió en Bull's-Eye.

—«¿Bailas un vals conmigo, Matilda? Un vals, Matilda...» —canturreó Baba detrás de mí, y me sacó a bailar un vals—. ¿En qué rayos estás pensando? —preguntó, aunque en realidad no le interesaba—. He tenido una idea genial. Me voy a cambiar el nombre. Seré Barbara, pronunciado «Baobra». ¿A que suena fenomenal? Qué pena que tengas que trabajar en ese tugurio. Eso limitará mucho nuestro estilo —dijo, muy pensativa.

—¿Por qué?

—Pues porque todas las puñeteras paletas de pueblo acaban colocadas en tiendas de ultramarinos. Si alguien pregunta, diremos que vas a la universidad.

—¿Y quién va a preguntar?

—Los chicos. Los vamos a tener que espantar como a las moscas. Y te lo advierto: como me robes a algún chico, te vas a enterar.

—No pienso hacerlo —la tranquilicé, sonriéndome, admirando las anchísimas mangas de mi blusa y preguntándome si él también se fijaría en ellas cuando volviese a casa con la señora Gentleman.

—¡El cigarrillo, el cigarrillo! —exclamé.

Baba había apoyado en la mesita de noche el pitillo y este había quemado el borde del tablero, dejando una marca. Olía a madera quemada.

—*Mein Gott!* ¿Qué ha pasado? —dijo Joanna, que irrumpió en el cuarto sin llamar—. Mi mejor mesa, mi mesa... —masculló, yendo hacia ella para examinar los desperfectos.

Yo estaba muerta de miedo.

—Fumar, jovencitas, es prohibido —señaló, y tiró la colilla a la chimenea. Tenía los ojos encharcados.

—Si nos hubiera puesto un cenicero... —dijo Baba, y acto seguido se quedó mirando la mesita de bambú y se agachó para verla por abajo—. De todos modos esta mesa no sirve, está plagada de gusanos —le dijo a Joanna.

—¿Qué quiere decir? —Joanna hacía un ruido tremendo al respirar, como

si estuviera a punto de estallar.

—Carcoma —sentenció Baba.

Joanna se sobresaltó y dijo que eso era imposible, pero Baba al final se salió con la suya y la mujer se llevó la mesa a un cobertizo que había en el patio.

—Por favor, señoritas, no sentarse en las colchas buenas, son del continente, chenilla pura —imploró, y le prometí que seríamos más cuidadosas.

—Ahora ya no tenemos mesa —le recriminé a Baba cuando Joanna estaba ya fuera.

—¿Y qué? —preguntó mientras se quitaba el vestido.

—¿Es verdad que tenía carcoma?

—¿Cómo demonios quieres que lo sepa?

Se aplicó el aerosol del desodorante bajo los brazos. Me complacía que su cuello no fuese tan níveo como el mío.

Nos arreglamos en un santiamén y fuimos hacia el reino de las hadas de neón que era Dublín. La ciudad me gustaba más que pasar un día de estío en un henar. Las luces, las caras, el tráfico, la inmensa vitalidad de la gente que se dirigía deprisa a alguna parte. Nos cruzamos con una señora de tez oscura ataviada con un vestido de seda anaranjado.

—Por Dios, aquí la gente va en combinación —señaló Baba.

La mujer tenía unos ojos negros grandísimos maquillados con sombra oscura. Parecía andar buscando algo de emoción entre la noche y la multitud. Algo a la altura de la belleza de las sombras y de los rasgos de su rostro felino.

—Es una belleza, ¿no te parece? —le dije a Baba.

—Parece que ha vuelto de entre los muertos —replicó Baba al tiempo que cruzaba la calle para curiosear el escaparate de una heladería.

Un portero abrió y nos sostuvo la puerta, de modo que no nos quedó más remedio que entrar.

Pedimos dos raciones grandes de helado, que servían con melocotones, nata y unos copos de chocolate espolvoreados. De una cajita metálica, cerca de nuestra mesa, sonaban canciones. Baba golpeteaba con los pies y meneaba los hombros al compás de la melodía. Al rato, ella misma echó unas monedas

y seleccionó las mismas canciones.

—¡Por fin estamos viviendo la vida, por Dios! —suspiró.

No dejaba de mirar a nuestro alrededor para localizar chicos guapos en las otras mesas.

—Se está bien —respondí, y lo decía en serio.

Tenía la certeza de que aquel era el lugar donde quería estar. Desde aquel momento, anhelaría eternamente el barullo, las luces y el ruido. Había escapado por fin de los sonidos tristes: el de la lluvia solitaria golpeando el tejadillo de chapa del gallinero, el de los gemidos de una vaca parturienta bajo un árbol en mitad de la noche.

—¿Nos vamos a bailar? —propuso Baba.

Me dolían los pies, y así se lo dije. Regresamos a casa y en una tienda, muy cerca de nuestro bulevar, nos compramos una bolsa de patatas fritas que fuimos comiendo mientras caminábamos. Las luces que brillaban por encima de nuestras cabezas eran de un verde siniestro.

—¡Por Dios, parece que tienes tisis! —exclamó Baba, tendiéndome una patata.

—Tú también —contesté.

Y ambas recordamos un poema que habíamos estudiado tiempo atrás. Lo recitamos en voz alta:

*Del Valle de Munster la arrancaron,  
del aire puro y fragante,  
una hija de Ormond Ullin  
de ojos azules y dorados cabellos.  
La llevaron a la ciudad  
y allí se marchitó lentamente,  
pues la tisis no tiene piedad  
de los ojos azules y los cabellos dorados<sup>[9]</sup>.*

La gente nos miraba, pero qué nos importaba: éramos jóvenes. Baba infló la bolsa vacía y la hizo estallar con gran estruendo golpeándola con el puño.

—Voy a hacer que esta ciudad salte por los aires.

Y lo decía muy en serio, aquella primera noche en Dublín.

## 15

Hacía un día claro y primaveral cuando, el lunes por la mañana, descorrí las polvorientas cortinas de cretona para que penetrase la luz del sol en nuestro cuarto. Ahora que me había acostumbrado a ella, la habitación me parecía destartalada. El linóleo estaba muy desgastado, y Joanna había colocado entre nuestras camas una caja de naranjas que cubrió con un retal de la misma tela de las cortinas. Pero, por mucho que la cubriera, seguía siendo una simple caja de naranjas.

—¡Desayuno! —llamó al tiempo que golpeaba enérgicamente la puerta.

Baba estaba dormida. Decía que el primer día no pensaba ir a clase, porque la noche anterior habíamos salido a bailar y nos acostamos tarde. La habitación estaba muy desordenada: había ropa tirada por el suelo, y el tocador ya tenía una capa de polvo. Me gustaba verlo todo tan descuidado. Éramos personas adultas e independientes.

Bajé y vi que Hermann, el inquilino calvo, se estaba comiendo un bistec de carne picada cruda.

—Bueno para un hombre —dijo, sonriendo y dándose golpecitos en el pecho para demostrar lo sano que estaba.

Hacía gimnasia por la mañana y por la noche, y Baba y yo pegábamos la oreja a su puerta y lo oíamos contar las veces que levantaba brazos y piernas.

—Huevo no, gracias —rehusé cuando Joanna me lo puso delante.

Baba aseguraba que los huevos de la ciudad estaban todos podridos, y que a buen seguro acabaríamos encontrando un pollito muerto al cascar alguno. Me tomé sus palabras muy en serio y desarrollé una aversión hacia los huevos, incluso hacia los pequeños huevos morenos de pollita que Hickey me preparaba en el pasado.

Comí con prisas y me dispuse a salir poco antes de que dieran las nueve. Gustav me deseó suerte y me acompañó a la puerta.

—¡Gustav, vigila la tostada! —llamó Joanna; él me dijo adiós con la mano y cerró la puerta sin hacer ruido.

La tienda de ultramarinos quedaba a cinco minutos a pie. Había árboles en la acera, y hacía un día muy agradable. Los capullos se habían abierto paso hasta las puntas de las ramas delgadas, gráciles y oscuras de los abedules. Los brotes eran de color verde lima, y las ramas negras y esbeltas se agitaban con el viento. Las palomas se posaban en lo alto de las chimeneas, y otros pichones caminaban despreocupados por los tejados grises e inclinados. Eran unas palomas insolentes a las que poco importaba el tráfico. Me hacía gracia verlas hacer sus cosas con facilidad y alegría. Era la primera vez que veía palomas de cerca.

Mi tienda se encontraba en una galería comercial, entre una pañería y una farmacia.

En la puerta se leía TOM BURNS. ULTRAMARINOS, y en la ventana un letrero con letra inclinada decía ESPECIALIDAD DE LA CASA: JAMÓN COCIDO. El escaparate exhibía cajas de galletas caras y carteles de niñas que saboreaban chocolatinas. Niñas bonitas con dientes deslumbrantes.

Entré, nerviosa. Tras el mostrador había un hombre robusto con un bigote castaño. Estaba pesando paquetes de azúcar que iba relleno de un enorme costal.

—Soy la nueva empleada —dije.

—Ah, bienvenida. —Y me estrechó la mano.

Fui con él a la trastienda, que estaba muy desordenada, con cajas de cartón por el suelo. Sentada en un taburete alto, copiando recibos de un enorme libro de cuentas, se encontraba una mujer, que él me presentó como su esposa. Llevaba una bata blanca.

—Bienvenida, querida —me dijo al girarse en el taburete para mirarme de frente—. Qué mona es —le dijo a su marido—. Ay, cariño, te esperábamos como agua de mayo. Estupenda. Y qué pelo tan bonito...

Me pasó la mano por la melena y le di las gracias. Alguien golpeteó con impaciencia una moneda contra el mostrador, en la tienda, y el señor Burns salió a atender.

—¿Tiene cajas vacías? —oí que preguntaba un niño; el señor Burns debió de decir que no con la cabeza, porque unos pasitos ligeros se alejaron.

La señora Burns me sonreía. Tenía la cara redondeada y pálida, y unos ojos de color tabaco y expresión somnolienta. Estaba metida en carnes — aunque de una forma menos cómica que Joanna—, y parecía una persona poco dada al trabajo.

—Querida, ¿has traído bata? —Le expliqué que no sabía que tuviera que llevarla y ella respondió—: Ay, qué horror, querida, te lo tenía que haber dicho mi marido. Es que es tan despistado... Hasta se le olvida cobrar algunas cosas a los clientes.

Dije que era una pena y traté de aparentar conmiseración.

—Hay una pañería aquí al lado, querida. ¿Por qué no te acercas y pides una? Dile a la señora Doyle que vas de mi parte.

—Es que no tengo dinero —dije.

Me había gastado diez chelines la víspera, en el baile. (Tuve que pagar cinco para entrar, uno más para dejar la chaqueta en el guardarropa, y pedí tres aguas minerales porque nadie me sacó a bailar después de mi caída. Fue durante un baile en cuadrilla. Debí de tropezar con los zapatos de mi compañero; sea como fuere, acabé en el suelo, se me levantó la falda y todo el mundo me vio las ligas y lo demás. Baba miró para otro lado, como si no me conociese, y mi compañero de baile se hizo el sueco y fue hacia el escenario donde tocaban los músicos. Fue un momento espantoso. Me puse de pie, me recompuse la falda y subí al piso de arriba. Me acomodé en la galería y pasé el resto de la noche bebiendo agua. Hice lo posible por aparentar indiferencia, por que pareciese que en realidad no tenía ganas de bailar. Mientras, en la planta de abajo, Baba se movía bajo los tenues focos de luz rosada, y cientos de chicos y chicas bailaban pegados por toda la pista bajo las cadenas de papel de colores que colgaban del techo y oscilaban según su propio ritmo. Sonó un vals y deseé con todas mis fuerzas que el señor Gentleman surgiera de la nada y me sacara de allí, a la noche extraña, dulce y larga, y me susurrara cosas al oído y me rodeara con sus brazos; lo deseé incluso cuando la música se interrumpió y las chicas volvieron a su sitio hasta que sonó de nuevo y las sacaron a bailar otra vez).

—Entonces será mejor que lo dejes para cuando te demos la paga el



sábado, querida —sugirió con maldad la señora Burns.

Apretó sus finos labios hacia dentro de tal modo que parecía no tener. Se había disgustado.

El señor Burns me pidió que pesara paquetes de té y de azúcar, y luego me mandó cortar en lonchas y empaquetar medias libras de beicon.

—Tom, voy a ir a hacer las camas y a preparar unos jamones —dijo la esposa, y ya no volvió a aparecer en toda la mañana.

Él repuso latas de guisantes y frascos de salsa en las estanterías, y en todo ese rato no paró de charlar conmigo. Me contó que era hombre de campo y me habló de lo mucho que adoraba el campo y de los domingos que pasaba en Galway cuando era jugador de *hurling*, hacía mucho tiempo. Mucho, mucho tiempo, dije yo para mis adentros.

—Todos los años vuelvo. El año pasado estuve ayudando a cortar la turba —dijo.

Y, en ese preciso instante, vi la bota de Hickey hincando la pala para cortar un terrón del banco de turba marrón negruzca. Cada vez que hundía la pala en el estrato, salía un chapoteo de agua que empapaba aquel remanso de aguas oscuras y estancadas. Vi la ciénaga, los lirios que florecían allí y los parches de tierra ennegrecida donde previamente habíamos hecho hogueras para calentar agua; y el brezo que me rozaba los tobillos, y las imponentes crestas calcáreas que surgían de la tierra parda y violácea. A menudo, mientras Hickey cortaba o apilaba la turba, yo me alejaba hasta llegar a la laguna saltando de una roca a otra. Al borde de la laguna crecían los juncuales, y en ciertas épocas del año los extremos de sus tallos se transformaban en una suave felpa castaña; en otras épocas, en cambio, salían flores de las hojas del nenúfar. Unas flores de cera que se mecían sobre las verdes hojas planas. Unas flores bellísimas en las que nadie reparaba nunca, pues los hombres estaban muy concentrados en su trabajosa tarea. Los juncos transmitían una profunda soledad; cuando el viento gemía entre ellos, su lamento era como el del zarapito, que a su vez sonaba como la gaita irlandesa que tocaba Billy Tuohey por las noches. En el extremo más alejado de la laguna se alzaba un bosquecillo de chopos que hacía de barrera contra el mundo. El mundo al que yo ansiaba huir. Y ahora que había logrado formar parte de ese mundo, la estampa del cenagal y las caras de los aldeanos ocupaban todos mis

pensamientos.

—¡Oh, Dios, lo siento mucho! —exclamé.

Durante mi fantasía había dejado caer el costal, y el azúcar se había desparramado por el suelo. El piso de madera estaba cubierto de polvo, así que fue imposible rescatar el azúcar. El señor Burns me mandó a la cocina a por la escoba y el recogedor.

Allí, la señora Burns tomaba un té con una caja de galletas muy elegante abierta sobre la mesa. Los jamones se cocían a fuego lento en unos peroles negros en lo alto de la cocina de carbón. En el agua había puesto manzanas y clavos, y el olor resultaba delicioso.

—Vengo a por el recogedor —expliqué.

—Está ahí, al lado del fogón. ¿Es que vas a hacer un poco de limpieza, querida? —Le brillaban los ojos.

—No, es que he tirado el azúcar.

No debí habérselo dicho, pero temía que el señor Burns se lo comentara cuando más tarde, ya en la cama, ella le preguntase por mí.

—Ah, querida mía, ¿has derramado mucha?

Se le mudó el gesto y los labios volvieron a desaparecer.

—Un poquito solo —respondí, para que se quedara más tranquila.

—Bueno, a ver si aprendes a ser más cuidadosa. El señor Burns y yo jamás desperdiciamos nada. Tendrás más cuidado, ¿a que sí, querida?

No desperdiciaban nada, pero estaba poniéndose morada de galletas.

—Sí —dije yo.

No dirigía la mirada a su cara descolorida y sebosa, sino al primer botón de su vestido amarillo. Era una prenda cara, pero llena de manchas. Se había apoyado un lápiz en la oreja, y la punta sobresalía entre su pelo negro grisáceo. Rondaba los cincuenta.

Esa misma mañana, más tarde, llegó la señora de la limpieza. El señor Burns me la presentó. Se llamaba Joe. Una mujercilla lánguida ataviada con un abrigo negro y un sombrero también negro que se estaba tornando verde. Desapareció en la trastienda y la oí toser. Tenía una tos muy fuerte, debido al tabaco, según me contó más adelante.

El chico de los recados vino a las once.

—¿Otra vez tarde, Willie? —le riñó el señor Burns, que miraba al reloj de

pared.

—Mi madre está mala, señor —se excusó Willie, que dijo «mae» en lugar de «madre».

En el bolsillo de la camisa llevaba un peine y una armónica; agarró la escoba y se puso a barrer el suelo sin mucho afán. Ya estábamos todos los que componíamos el personal; sin contar la gata negra, a la que yo tenía un miedo cervical. El señor Burns me contó que la dejaba en la tienda por las noches porque había muchos ratones. A las once y media fue a tomarse un té a la trastienda.

—Hola —saludó Willie, dedicándome un leve guiño. Ya éramos amigos—. ¿Está arriba? —preguntó.

—¿Quién?

—La señora Burns.

—Ah, sí, desde hace horas.

—Es una vieja bruja. Que no te dé miedo.

(Él dijo «mieo»).

—¿A nosotros no nos dan té? —murmuré.

No paraba de pensar en las galletas, en la primera que elegiría; ¿me dejaría la señora Burns coger dos?

—Sí, y un jamón.

Entró un cliente que quería un paquete grande de copos de maíz, y Willie me hizo el favor de cogerlo. Estaban en una balda muy alta y tuvo que usar la escalera, que tenía pinta de ser muy inestable; me mareé solo de verlo subir.

Después me señaló dónde estaba cada cosa: los clavos, el Vicks, las pasas, las sopas instantáneas y el resto de cosas insignificantes que a mí se me podrían olvidar. Apunté en una tarjeta los precios de los alimentos más corrientes, como el té, el azúcar y la mantequilla; y la mañana transcurrió despacio hasta que las campanas llamaron al ángelus. A Willie le dio la risa mientras rezábamos. Más tarde, se sacó del bolsillo la foto de una chica de calendario y me dijo: «¡Se parece a usted, señorita Brady!». Willie era cuatro o cinco años más joven que yo, así que no hice caso al comentario.

—¿Tienes hambre, querida? —me preguntó la señora Burns.

Asentí, aunque mientras el señor Burns tomaba el té, Willie y yo habíamos comido dos rosquillas y unos caramelos. Había dejado el dinero en

la caja. Era metálica y muy historiada, y cada vez que se abría sonaba un timbre muy agudo, de modo que no había forma de abrirla discretamente. En la parte frontal tenía unas teclitas con números que había que apretar según el dinero que se introdujera.

Tenía las manos pegajosas de tanto pesar azúcar, así que pregunté si podía subir a lavármelas. Me moría por ver el piso de arriba. La puerta del dormitorio estaba entornada y pude ver parte de la moqueta y la cama deshecha con el nido revuelto de mantas y sábanas mullidas en tonos rosados. Junto a la cama, sobre una mesa de mimbre, había una caja de bombones y varios números de una revista de caza y pesca.

El baño también estaba muy desordenado: había toallas en el suelo y dos botes de polvo de talco abiertos en el estante del lavabo. Me aseeé y me espolvoreé las manos con un poco de talco de lavanda.

Mientras me ponía el abrigo en el recibidor, me fijé en que la señora Burns examinaba dos platos con comida que había preparado Joe, la limpiadora. En ambos había pollo y ensalada de patatas. La señora Burns cogió la pechuga de uno de los platos y la puso en el otro, y acto seguido dejó un muslo en el que había rapiñado. Se sentó a la mesa y empezó a comer del plato que contenía la carne más blanca y delicada. Tosí un poco para que se percatase de mi presencia.

—Dile al señor Burns que cierre y venga a almorzar. Angelito, debe de estar muerto de hambre —señaló.

Angelito, sí, pensé yo; ¿él nunca la habría pillado haciendo cambalaches con la comida?

—De acuerdo, señora Burns. ¡Hasta luego!

—Adiós, querida —dijo con la boca llena.

Volví a mi nuevo hogar, pensando en los Burns y en su vida en común. A buen seguro ella comería bombones en la cama y se pondría tres bolsas de agua caliente; se atiborraría, y el señor Burns le daría la espalda, concentrado en su revista, mientras en el piso de abajo el minino cazaba ratones aterrorizados en medio de la oscuridad.

## 16

La Pascua llegó un mes más tarde. Pusieron lirios en el escaparate de la floristería de la esquina y se taparon las estatuas de la iglesia con telas moradas. El Viernes Santo las tiendas cerraron; reinaba una enorme tristeza. Una tristeza cárdena. Una tristeza de muerte. Baba dijo que más nos habría valido morirnos a nosotras también, así que limpiamos nuestro cuarto y nos metimos temprano en la cama. A mí me gustaba leer, pero Baba no soportaba verme con un libro en la mano. Se ponía a dar vueltas por la habitación, me hacía preguntas y leía pasajes por encima de mi hombro hasta que al final decía que aquello era «una puñetera porquería».

La tarde del sábado, después de cobrar, fui a confesarme y me pasé por la pañería de la señora Doyle para comprar unas medias de nailon, un sostén y un pañuelo blanco calado. Nunca usaría aquel pañuelo: no me atrevía. Era como una telaraña bajo un rayo de sol, delicado y exquisito. Deseé que llegase el verano para lucirlo en la muñeca, agarrado a la pulsera de plata de mamá, con el volante de encajes colgando de una forma muy coqueta. Durante una de las excursiones en barca con el señor Gentleman se lo llevaría el viento, se agitaría como un pajarillo blanco de gasa sobre la superficie del agua azulada y el señor Gentleman me daría una palmadita y me consolaría diciendo: «Ya compraremos otro». Seguía sin saber nada de él, a pesar de que Martha había mencionado en una de sus cartas que había regresado, más negro que un tizón.

El sujetador que compré era de los baratos. Baba aseguraba que los sostenes perdían su elasticidad en cuanto los lavabas, y que por eso nos convenía más comprar los baratos y usarlos hasta que se ensuciaran. Los tirábamos al cubo de la basura, pero más adelante descubrimos que Joanna

los rescataba y los lavaba. «Por Dios, ya verás que nos los quiere revender», dijo Baba con horror, y se apostó seis peniques. Pero no lo hizo. Los guardó en el armario de la ropa de casa, y dijo que algún día podrían servirle. Pensamos que les añadiría tela por los lados para poder usarlos, pero no. Cuando vino la señora a fregar los suelos, Joanna le pagó con los sostenes. Joanna era el ahorro personificado. El remiendo. La reparación. En una ocasión deshizo una rebeca vieja y ajada que había encogido y reutilizó la lana para tricotar unos calcetines de estar por casa para Gustav. Guardaba su labor debajo del cojín del sillón de orejas, y un día en que Hermann estaba bebido se puso a toquetearla; se salieron los puntos, que resbalaron de la aguja como cucarachitas marrones y cayeron en el cojín. *Mein Gott!* Joanna se puso hecha una furia, le subió la tensión y sufrió un mareo. Tuvimos que cargar con ella —¡cómo pesaba, qué espectáculo tan indecente!— hasta el sofá de la salita. La salita que nunca se usaba. En el suelo había un balde con huevos en salmuera, y todo el alféizar de la ventana estaba ocupado por manzanas. Algunas se habían echado a perder, y el cuarto olía como a sidra. Hermann le dio una cucharada de *brandy*, y ella se recuperó y tuvo otro arranque. «Este cuarto es lujosísimo», le dijo Baba a Joanna. Baba se acercó a examinar la ninfa de porcelana de lo alto de la chimenea. Joanna había dado colorete a las mejillas de la figurilla, y le había aplicado laca de uñas. Parecía una piruleta.

—¿Quiere probarse el sostén, señorita Brady? —me preguntó la dependienta. Una voz nítida, como de Primera Comunión; y unas manos pálidas y puras sostenían entre sus dedos, como si fuera un rosario, la pecaminosa prenda negra y liviana. Esos dedos sentían vergüenza.

—No. Tómeme las medidas y ya está —dije.

La mujer se sacó la cinta del bolsillo de la bata y yo alcé los brazos para que me midiera el contorno.

Lo de la ropa interior negra fue idea de Baba. Decía que así había que lavarla aún menos, y que venía muy bien en caso de accidente o si algún hombre trataba de desnudarnos en la parte de atrás de algún coche. Baba contemplaba todas las opciones. Las medias que compré también eran negras. Había leído por ahí que eran propias de «intelectuales», y yo había escrito un par de poemas desde que estaba en Dublín. Se los había leído a Baba, y ella

me dijo que no eran nada comparados con los de las tarjetas de pésame.

—Buenas noches, señorita Brady, felices Pascuas —me dijo la voz de Primera Comunión, y yo le deseé lo mismo.

Cuando llegué ya estaban todos cenando. Hasta Joanna se había sentado a la mesa del comedor, con un maquillaje bronceador en los brazos y una pulsera de dijes tintineantes. Cada vez que alzaba la taza, los dijes cascabeleaban contra la porcelana como cubitos de hielo en un combinado. Combinados fríos, helados, dulzones. Me gustaban mucho. Baba conoció a un señor rico que una noche nos invitó a combinados.

Había tomates rellenos, salchichas en hojaldre y tarta de mazapán.

—¿Bien? —se interesó Joanna antes de que me tragase la primera cucharada del dulce.

Asentí. Se le daba fenomenal la cocina, y siempre nos sorprendía con cosas que no habíamos probado jamás: una sopa con bolitas de masa amarillenta, *strudel* de manzana, col agria... Pero habría preferido que no se quedase allí pasmada, preguntando «¿Bien?» con mirada implorante.

—Cuento chistes, ¿puedo contar chistes? —preguntó Hermann a Gustav. Había tomado un vaso de vino, tras lo cual siempre le apetecía contar chistes.

Gustav negó con la cabeza. Gustav era frágil y de piel clara. Parecía una persona ociosa, y así era, efectivamente, porque no trabajaba. Padecía una enfermedad cutánea o algo por el estilo. Yo no tenía claro si me caía bien o mal. No terminaba de agradarme la malicia que se adivinaba tras sus ojillos azules, y a menudo pensaba que era demasiado bueno para ser sincero.

—Deja que cuenta chistes —protestó Joanna; a ella le gustaba que la hicieran reír.

—No, vamos al cine. Lo pasamos bien en las películas —respondió Gustav, y Baba soltó una escandalosa carcajada y se reclinó en la silla de modo que esta solo se apoyaba en las dos patas traseras.

—El cine no sirve para *nata* —se quejó Joanna, y Baba casi se cae de la silla, porque le dio un golpe de tos justo cuando más se reía.

La tos le duró un buen rato, y le aconsejé que fuese a que la viera un médico.

Con «nata», Joanna trataba de decir que el cine le parecía un gasto innecesario de dinero.

—Vamos ir, Joanna —insistió Gustav, dándole un suave codazo en el brazo, desnudo y bronceado, para alentarla.

Él se había subido las mangas de la camisa y había colgado la chaqueta del respaldo de su silla. Hacía una tarde muy cálida, y el sol que entraba por la ventana encendía el frasco de mermelada de albaricoques que había en la mesa.

—Sí, Gustav —accedió por fin Joanna, y le sonrió como debía de haberle sonreído en Viena, durante su noviazgo.

Se dispuso a quitar la mesa y nos advirtió que tuviésemos cuidado con la vajilla buena.

—¿Las señoritas vienen a discoteca conmigo? —preguntó Hermann en broma.

—Las señoritas han quedado ya —respondió Baba.

E inclinó la cabeza para señalarme que era verdad, pues acababa de peinarse para la ocasión: su pelo formaba unas ondas que parecían suaves plumas negras posadas sobre su cabeza. Yo me enfurecí. El mío estaba suelto y enmarañado.

—¿Más pastel? —preguntó Joanna, que en realidad ya había guardado el bizcocho con mazapán en una lata de caramelos.

—Sí, por favor. —Yo aún tenía hambre.

—*Mein Gott*, te pones muy gorda. —E hizo un gesto con la mano que pretendía dibujar el contorno de una mujer obesa.

Me trajo una rebanada de un bizcocho seco que posiblemente había guardado para hacer *trifle*. Me lo comí igual.

Una vez arriba, me desnudé del todo y me miré en la luna del ropero. Era verdad: estaba engordando. Me puse de lado y me concentré en el reflejo de mi cadera. Esta describía una bonita curva, y la piel era blanca como los pétalos de los geranios del poyete de la modista.

—¿Qué significa «rubenesco»? —le pregunté a Baba.

Ella se dio la vuelta para mirarme. Se estaba pintando las uñas en el tocador.

—Por el amor de Dios, echa las cortinas si no quieres que te tomen por una maníaca sexual.

Me agaché y Baba fue a correr las cortinas, agarrando muy



cuidadosamente los extremos entre el índice y el pulgar para que no se le estropeará el esmalte. Se las había pintado de rosa salmón, el mismo color del cielo que las cortinas acababan de ocultar.

Yo me sostenía los pechos con las manos, tratando de calibrar su peso, e insistí:

—Baba, ¿qué significa «rubenesco»?

—No sé. Supongo que «sensual». ¿Por qué?

—Me lo ha dicho un cliente.

—Pues más te vale ser «rubenesca» esta noche —amenazó.

—¿Con quién?

—Con dos ricachones. El mío tiene una fábrica de caramelos, y el tuyo, una de medias. ¡Medias gratis! ¡Viva! ¿Cuánto te miden los muslos? —se interesó mientras movía los dedos como si tocara el piano para que se secase pronto el esmalte.

—¿Son simpáticos? —pregunté, vacilante.

Ya habíamos sufrido dos veladas desastrosas con amigos que había conocido por ahí. Por las tardes, después de clase, iba al bar de un hotel con otras compañeras a tomar café. Al ser Dublín una ciudad pequeña y de gente cordial, lo habitual era que al menos una de ellas acabara conociendo a alguien, y de ese modo Baba había hecho muchas amistades.

—Son fabulosos. Tienen como ochenta años, y todo lo que lleva el mío va marcado con sus iniciales. El alfiler de la corbata, los gemelos, el pañuelo, los asientos del coche... El lote completo. En el coche lleva dos gatitos leopardos como mascotas.

—Yo no puedo ir entonces —dije, nerviosa.

—¿Y eso por qué, si se puede saber?

—Porque me dan miedo los gatos.

—Mira, Caithleen, ¡déjate de chaladuras de una santa vez! Tenemos dieciocho años y nos aburrimos como ostras. —Encendió un cigarrillo y expulsó el humo con violencia. Continuó—: Tenemos que vivir la vida. Beber ginebra. Sentarnos al volante de un coche y poner rumbo a los grandes hoteles. Hay que ver mundo, no podemos pudrirnos en este puñetero agujero que se cae a trozos. —Y señaló la mancha de humedad que asomaba por el papel pintado, sobre la chimenea; me disponía a meter baza, pero se me

adelantó—: Nos pasamos las noches matando las polillas de Joanna, saltando como locas cada vez que sale una de detrás del ropero, echando insecticida en las grietas y escuchando al lunático de aquí al lado con su violín.

Hizo el gesto de abrirse las venas y se sentó en la cama, exhausta. Era el discurso más largo que Baba había pronunciado en su vida.

—¡Vale, muy bien! —exclamé batiendo palmas. Ella me echó humo en la cara—. Pero lo que queremos son hombres jóvenes. Un idilio. El amor, esas cosas —dije, abatida.

Me imaginé bajo una farola, con el pelo chorreando por la lluvia y los labios a punto de experimentar el milagro de un beso. Un beso y nada más. Mi imaginación no iba más allá. Me daba miedo. Había oído sufrir atrocemente a mi madre por ello durante los años más tormentosos. Los besos, en cambio, eran hermosos. Sus besos. En los labios, en los párpados, y en el cuello, cuando me levantaba la mata de pelo.

—Los de nuestra edad están sin blanca, por lo menos los majaderos que conocemos nosotras, que apestan a brillantina y te llevan a las montañas de Dublín a respirar aire puro y, como mucho, te invitan a un té en cualquier fonda cochambrosa. De eso nada. Aire ya tenemos suficiente. ¡Lo que queremos es vida!

Alzó los brazos con un ademán rebelde e irreflexivo. Empezó a acicalarse.

Nos aseamos y nos untamos talco por todo el cuerpo.

—Échate del mío —ofreció Baba.

Pero yo insistía:

—No, Baba, échate tú del mío.

Cuando estábamos de buen humor nos mostrábamos generosas; en cambio, cuando el mundo se estancaba y no íbamos a ninguna parte, escondíamos nuestras cosas como unas avaras; ella me decía: «Ni se te ocurra acercarte a mis polvos de talco», y yo contestaba: «Debe de haber un espíritu en este cuarto, porque me falta perfume», y ella se hacía la sorda. En esos periodos nunca nos intercambiábamos la ropa, y si una se compraba alguna prenda nueva, la otra la miraba con recelo.

Una mañana, Baba me telefoneó al trabajo y me espetó:

—Te lo juro, te voy a hacer picadillo cuando te coja.

—¿Por qué?

El teléfono estaba en la tienda, y la señora Burns se plantó a mi lado, haciendo aspavientos.

—¿Llevas puesto mi sostén?

—No, en absoluto.

—¿Seguro? Porque no creo que le hayan salido piernas. He puesto el puñetero cuarto patas arriba y no aparece.

—¿Y ahora dónde estás?

—En una cabina al lado de la escuela, y de aquí ya no salgo.

—¿Por qué no?

—¡Porque lo llevo todo colgando, por eso!

Solté una carcajada ante la señora Burns y colgué.

—Ay, ya sé que debes de ser muy popular, querida. Pero diles a tus amigas que no te llamen por las mañanas, que puede telefonar algún cliente para hacer un pedido —me reprendió la señora Burns.

Aquella misma tarde Baba encontró el sujetador entre las sábanas. Ella siempre hacía la cama por la tarde.

Nos arreglamos deprisa. Me calcé las medias de nailon con mucho cuidado de que no se enganchara ninguna fibra con el anillo y luego me di la vuelta para ver si las costuras habían quedado rectas. Eran fascinantes. Las medias, no las costuras. Baba tarareó «Galway Bay» mientras se anudaba al vestido azul de *tweed* una cinturilla dorada nueva.

Había vuelto a ponerme el pichi verde con la blusa blanca de baile. Olían a perfume antiguo, a todo el que me había echado cada vez que íbamos a algún baile. Era una lástima no tener nada nuevo que ponerme.

—Estoy harta ya de esto —anuncié, señalando mi vestido—. Creo que no voy a ir.

Ella se angustió al oír aquello y me prestó un collar muy largo para convencerme. Me lo puse con varias vueltas hasta que casi me estranguló. El color combinaba muy bien con mi tono de piel: era turquesa, con cuentas de cristal.

—Esta noche tengo los ojos verdes —dije, mirándome en el espejo. Era un verde curioso, brillante, luminoso, como el liquen húmedo.

—Oye, y acuérdate: «Baobra», nada de esa sandez de «Baba» —me

advirtió, ignorando el comentario acerca de mis ojos. Estaba celosa. Los míos eran más grandes que los suyos, y la parte blanca tenía un delicado matiz azul, igual que los ojos de los bebés.

Como no había nadie más en la casa cuando salimos, apagamos la luz del vestíbulo y nos aseguramos de cerrar bien la puerta. En la casa de unos vecinos habían robado el contador del gas, y Joanna nos pedía que echásemos siempre la llave.

Nos agarramos del brazo y caminamos al mismo paso. Al final del bulevar estaba la parada del autobús, pero preferimos ir a pie hasta la siguiente. Salía un penique más barato desde allí llegar a la Columna de Nelson<sup>[10]</sup>. Teníamos dinero de sobra aquella noche, pero hicimos el camino por costumbre.

—¿Y qué voy a beber yo? —pregunté, y oí la voz distante y acusadora de mi madre, y la vi agitando el dedo índice para reprenderme. Tenía lágrimas en los ojos. Lágrimas de reproche.

—Ginebra —contestó Baba.

Hablaba muy alto. No conseguía que bajase el tono, y la gente siempre se nos quedaba mirando por la calle como si fuésemos unas busconas.

—Me hacen daño los pendientes —me quejé.

—Pues quítatelos y deja descansar las orejas —respondió. De nuevo, a voces.

—Pero ¿habrá espejo?

Yo quería llevarlos puestos cuando llegásemos. Eran unos pendientes largos, y me encantaba menear la cabeza para que se agitaran y las piedrecitas de cristal azulado lanzaran destellos.

—Claro, pasaremos por el baño primero —me tranquilizó Baba.

Así que me los quité, pero el dolor de los lóbulos se hizo más agudo. Durante unos minutos sufrí una tortura.

Pasamos por delante de la tienda donde yo trabajaba. Aunque la persiana estaba echada, salía luz del interior: como la persiana no cubría del todo la anchura del escaparate, quedaban dos centímetros a cada lado, y por esa angosta abertura se colaba la luz.

—Adivina lo que están haciendo —me retó Baba.

Ella lo sabía todo de los Burns, y siempre me bombardeaba con preguntas

acerca de lo que comían, del tipo de camisonos que colgaban del tendedero o lo que él respondía cuando ella decía: «Cariño, voy a subir a hacer la cama».

—Estarán comiendo bombones y contando la caja —dije, y sentí el sabor de los bombones de licor que el señor Gentleman me regalara tanto tiempo atrás.

—Pues no. Están quitando una loncha de beicon de todos los paquetes de media libra que has estado preparando antes de ir a confesarte —replicó, y se acercó para intentar atisbar algo a través de la rendija.

Vi aparecer el autobús y echamos una carrera hasta la parada, que estaba a treinta o cuarenta metros de distancia.

—¡Estáis hechas un pincel! —nos dijo el conductor.

Esa noche no nos quiso cobrar el billete. Ya lo conocíamos de tantas idas y venidas al centro, noche sí, noche no. Le deseamos felices Pascuas.

## 17

El recibidor del hotel estaba muy iluminado y en una esquina había una maceta gigantesca con palmeras.

Nos dirigimos al baño y me puse de nuevo los pendientes. Nos lavamos las manos y nos las secamos en un secador de aire caliente; nos resultó tan divertido que volvimos a lavárnoslas para poder usar el secamanos otra vez. Salimos del aseo y yo seguí a Baba a través del vestíbulo hasta la sala del bar. Había mucha gente en las mesas, gente que bebía, charlaba y coqueteaba. Todo el mundo aparentaba refinamiento y compostura bajo las luces rosadas, y en nada se asemejaban sus rostros a los de los hombres que iban a beber a la taberna de Jack Holland. Me habría gustado que estuviésemos allí únicamente para tomar algo las dos solas, observar a la gente y admirar las alhajas que lucían algunas mujeres.

Baba se puso de puntillas y vi que saludaba alegremente en dirección a una de las mesas de las esquinas. Caminamos hacia allí; yo avanzaba con paso inseguro en lo alto de mis zapatos de tacón.

Se levantaron dos hombres de mediana edad, y Baba nos presentó. No me enteré de quién era quién, pero tanto uno como otro me parecieron muy poco atractivos, aun alumbrados por aquella luz tan favorecedora. Ya habían tomado unas cuantas copas, y sobre la mesa reposaban los vasos vacíos.

—Me he enterado de que tú también eres estudiante —dijo el hombre canoso.

El de pelo negro estaba piropeando a Baba por su buen aspecto, así que supuse que aquel debía de ser Reginald, y el que acababa de dirigirme la palabra, Harry.

—Sí —respondí yo.

Me había sentado en el filo de la silla, como si la araña que pendía sobre mi cabeza fuera a desplomarse de un momento a otro. Era una lámpara muy bonita, mucho más que la que había en el centro de la sala.

—¿Y qué estudias?

—Filología —dije sin pensar.

—Vaya, qué interesante. Yo tengo un don especial para nuestra lengua. De hecho, tengo mi propia teoría sobre los sonetos de Shakespeare.

Justo entonces se acercó un chico a preguntar qué íbamos a tomar.

—Ginebra rosa —pidió Baba, imitando la voz de una niña pequeña para flirtear con Reginald.

—Lo mismo para mí —dije yo.

El camarero pasó la bayeta por el tablero de cristal de la mesa y se llevó los vasos vacíos. Cuando regresó con las bebidas, ninguno de los dos se ofreció a pagar al principio, y luego ambos sacaron el dinero al mismo tiempo; al final pagó Harry y dejó una propina de dos chelines. El sabor de la ginebra rosa nada tenía que ver con su bonito nombre, y pregunté si podía pedir un botellín de naranjada. El sabor de la naranja hizo desaparecer el amargor de la ginebra.

Yo no quería que hablásemos de los sonetos de Shakespeare, puesto que solo me sabía uno de memoria, así que le pregunté a Reginald si trabajaba mucho.

—¿Trabajar? No, yo soy confitero... Le endulzo la vida a la gente, ja, ja, ja.

Todos se echaron a reír. ¿Cuántas veces habría contado la misma broma? Qué manido debía de estar aquel comentario.

—Ríete, Caithleen, por lo que más quieras: ¡ríete! —masculló Baba, e intenté forzar una risilla que no salió nada bien.

Entonces me dijo que quería hablar conmigo un momento y salimos al descansillo enmoquetado que conducía a los baños para huéspedes.

—¿Me puedes hacer un favor? —preguntó. Me miraba con franqueza a los ojos. Yo era mucho más alta que ella.

—Sí —contesté, y, aunque ya no le tenía miedo, experimenté aquella pesarosa sensación que siempre me asalta cuando alguien está a punto de decirme algo poco agradable.

—¿Puedes dejar de preguntarle a todo quisque si ha leído los *Dublineses* de James Joyce? ¡A ellos eso les da lo mismo! Han venido para pasarlo bien. Tú come y bebe todo lo que puedas y que James Joyce se vaya a freír espárragos.

—Joyce está muerto.

—Será posible... Vale, pues mejor todavía, así no tienes que preocuparte más por él.

—Si no me preocupo. Me gusta, y ya está.

—¡Caithleen, por favor, entra en razón!

—No soporto al pelma de Harry. Como me ponga la mano encima, empiezo a chillar.

—No te hará nada, Caithleen. Estaremos juntos todo el tiempo. Piensa en la cena, anda: pediremos cordero con salsa de menta. ¡Salsa de menta, Caithleen, con lo que te gusta!

Baba sabía ser encantadora cuando quería ponerme de su parte. Le dije que volviera a la mesa y subí a sentarme un rato ante un espejo. Necesitaba alejarme de ellos.

Y pensé en toda la gente que se divertía allá abajo, sobre todo en aquellas mujeres frías, ricas y misteriosas. A una mujer le resulta fácil ser misteriosa cuando tiene dinero. Y, sin motivo alguno, me vino el recuerdo de cuando tenía cuatro o cinco años y me cambiaba de camisón y de pañuelo los sábados por la tarde.

Me estaban esperando para marcharnos cuando bajé. Iríamos a cenar a un hotel rural.

Baba se sentó detrás con Reginald. Fueron todo el camino cuchicheando y soltando risitas, y yo no tuve valor para darme la vuelta, por temor a sorprenderlos besándose o algo por el estilo.

—Bueno, y volviendo al tema de los sonetos de Shakespeare... —retomó Harry.

Estuvo divagando hasta que llegamos al hotel, que se encontraba al pie de la montaña Sugar Loaf. Era una casa georgiana blanca y rodeada de pinos. En el jardín había montones de narcisos, incomparablemente más bonitos y alegres que cualquier otro narciso que hubiese visto en mi vida.

—Tengo que coger una flor, chicos —anunció Baba, que caminaba con



dificultad sobre las lascas de mármol con sus tacones de aguja.

¡«Chicos»! ¿Cómo podía ser tan hipócrita? Estaba algo bebida. Hice el amago de ir con ella, porque no quería quedarme a solas con ellos, pero a medio camino noté que me estaban inspeccionando por detrás y fui incapaz de dar un solo paso más. Me fallaron las piernas. «Me ha tocado un buen bombón», oí decir a Harry. Cuando volvió Baba con la naricilla metida en la trompeta del narciso, yo tenía los ojos vidriosos.

—Te lo juro, no te vuelvo a sacar en la vida —me dijo entre dientes.

—Ni yo pienso acompañarte —respondí por lo bajo.

Antes de cenar tomamos un jerez. Unos hombres jugaban a los dardos en la parte del bar y Harry invitó a una ronda a los parroquianos. Se hinchó de orgullo como un pavo cuando todos alzaron los vasos de cerveza negra y gritaron: «¡Felices Pascuas, señor!».

Cenamos cordero con salsa de menta, tal y como había prometido Baba, acompañado de una fuente con patatas cocidas y guisantes de lata. Reginald se sirvió tres patatas de una vez y pidió a la camarera que le trajera un *whisky* doble.

—Come, come, Reg —le decía Harry con sorna.

Harry pidió vino tinto para nosotras. Estaba amargo, pero su color me hizo olvidar el mal sabor. Me gustaba alzar la copa contra la luz nocturna y mirar a través de ella la chimenea de obra y las cacerolas de cobre que colgaban de la pared.

—Eres una chica estupenda —me dijo Harry.

«Te odio», pensé, pero en voz alta dije:

—La cena sí que es estupenda.

—Eres muy artística —observó, entrechocando su copa con la mía—. ¿Y sabes qué? Yo también tengo mucho de artista. Hace tiempo tenía una afición, ¿sabes lo que hacía?

—No.

(¿Cómo demonios iba yo a saberlo?).

—Hacía sillas. Unas sillas preciosas a lo Hepplewhite, con cajas de cerillas. Sillas artísticas. Te gustarían mucho, porque tú eres muy artística. ¡Brindemos por ello!

Y todos bebieron y Reg dijo: «¡Bravo!».

—¿Contenta? —me preguntó Baba, y yo la fulminé con la mirada.

—Yo te entiendo, ¿sabes? —continuó Harry, acercando su silla a la mía.

Me sentía muy incómoda en su compañía. Lo despreciaba, pero, además, tenía la impresión de que era de esa clase de hombres que montan en cólera si se te olvida pasarles los guisantes. Tomé la determinación de beber, beber y beber hasta emborracharme.

—¡Más patatas, señorita! —pidió Reginald nada más ver aparecer a la camarera, que iba cargada con una bandeja repleta de postres.

Tenía los codos apoyados en la mesa y se sostenía la cabeza con las manos. Cuando llegaron las patatas se había quedado dormido, así que la chica se las llevó intactas junto con su plato y el platillo del pan, que tenía una montaña de pieles de patata.

—Venga, cómete el postre. —Baba lo zarandeó, y sus ojillos porcinos enfocaron el plato de *trifle* que le habían puesto delante.

—Claro, sí.

Y dio buena cuenta del postre, como si llevase días sin comer. Harry, en cambio, comía con gran escrupulosidad. Pedimos café irlandés, tan dulce y empalagoso que me sentó mal. Luego, Reginald se hizo cargo de la cuenta y le metió a la camarera un billete en el bolsillo del delantal.

Emprendimos el camino de vuelta poco antes de las diez; el carril contrario era un torrente de coches.

—Siéntate más cerca, ¿quieres? —me ordenó Harry con crispación. Como si yo ignorase lo que había que dar a cambio de una buena cena. Me acerqué un poco más a él, obediente. Pensaba que lo peor ya había pasado y que pronto estaríamos en nuestro cuartito, de nuevo en casa.

—Más cerca —dijo. Me hablaba como si yo fuera un perro.

—Cuánto tráfico, ¿verdad? Eres muy buen conductor —observé.

Lo único que quería era llegar a casa sana y salva. Estuvimos tres o cuatro veces al borde de la muerte. Reginald empezó a roncar, y Baba apoyó los codos en el respaldo de mi asiento y se puso a hablar. Decía tonterías acerca de su virginidad; iba muy borracha.

—¿Dónde estamos? —quise saber. Nos habíamos detenido frente a una casa enorme e independiente de estilo Tudor.

—Estamos en casa —explicó Harry.

Se abrieron las puertas de la verja y dejó el coche a tres o cuatro centímetros del portón blanco de la cochera. Nos apeamos.

Cerca de la reja había un cerezo en flor, y el césped era mullido y estaba muy bien cuidado.

—No me dejes sola —le susurré a Baba conforme empezamos a subir los escalones.

—Cállate ya, por lo que más quieras —respondió.

Se quitó los zapatos y caminó descalza. Reginald la cogió en brazos y la llevó hasta el recibidor. Harry encendió las luces y nos condujo a la salita. Era una estancia amplia, con techos altos y lujosamente amueblada. Olía a dinero.

Nos despojamos de los abrigos, que dejamos en un sofá. Harry pulsó un botón y se abrió el frontal de un mueble de caoba, mostrando infinidad de botellas.

—¿Qué tomáis? —preguntó.

—Vamos a beber «scotch on the rocks» todos —dijo Reginald, y Baba emitió un sonido ininteligible.

Yo no dije nada. Les daba la espalda y contemplaba el retrato que había encima de la chimenea, en el que una mujer le acariciaba la frente a un caballo. Supuse que sería su esposa.

—Esa es mi mujer —confirmó Harry al tiempo que me tendía un vaso enorme.

—¿Qué tal Betty? —se interesó Reginald, con intención de provocar.

—Bien. Se ha ido al oeste, a un campeonato de golf —dijo, quitándose la chaqueta.

Debajo llevaba una rebeca abotonada color crema. Tiró de ella hasta las caderas y se pavoneó ante mí. Era gordo, arrogante y estúpido.

«Vuelve, Betty», imploré a la mujer ramplona con cara caballuna del cuadro. Harry corrió las cortinas, las más suntuosas que yo había visto en mi vida: eran de terciopelo color ciruela y llegaban hasta el suelo, formando unos pliegues suaves y sofisticados. Una cenefa de la misma tela adornaba la parte superior, con los bordes ondulados y unas borlas rojas y blancas. A mamá le habrían fascinado.

—Siéntate —me ordenó, y yo me hundí en los almohadones del sofá. Se

sentó a mi lado y empezó a acariciarme el pelo.

—¿Estás contenta? —preguntó.

Reginald y Baba tocaban un dúo al piano. La banqueta era lo bastante grande para que se sentaran juntos.

—Me apetece un té —dije. Cualquier cosa con tal de que no nos quedásemos quietos.

—¿Té? —repitió, como si fuese una bebida de bárbaros.

—Venga, Cait, vamos a prepararlo —intervino Baba, levantándose y atusándose el pelo para comprobar el estado de las ondas.

Harry nos llevó a la cocina y se volvió, enfurruñado, para seguir bebiendo.

—Por Dios, ¿qué nos podemos llevar? —dijo Baba, abriendo la inmensa nevera blanca.

Se encendió una lucecita en el interior y nos asomamos con ilusión, esperando que hubiera varios pollos. Pero las baldas metálicas estaban del todo vacías: solo había un recipiente con cubitos de hielo.

—Sírrete —dijo, apartándose para que yo pudiera verlo bien.

Hicimos el té y lo llevamos en una bandeja a la salita. No había leche, pero el té solo era mejor que nada.

—Harry, ¿le puedo enseñar a Barbara tus óleos? —preguntó Reginald, y Harry contestó: «Por supuesto». Reginald cogió a Baba de la mano y ambos salieron de la habitación. Yo bostecé y le grité que no tardase.

—Por fin —exclamó Harry, dejando su copa en la mesa de latón y acercándose a mí con mirada decidida.

Yo había cruzado las piernas y tenía las manos recatadamente colocadas sobre el regazo. Lo miré con aire despreocupado, aunque por dentro estaba temblando. Se sentó en el sofá conmigo y me besó en los labios con vehemencia.

—Anda —dijo, tratando de separarme las piernas. La luz que había detrás de mí le iluminaba el rostro; su sonrisa era extraña.

—No, mejor hablamos —dije, tratando de aparentar normalidad.

—Te voy a contar un cuento —propuso.

—Vale. Sí. Me apetece. —Sonreí y acepté otra copa.

Hablar, eso era lo que teníamos que hacer. Hablar, hablar, hablar. Todo

saldría bien y lograría llegar a mi casa. Y rezaría una novena en agradecimiento.

—¿Estás preparada? —preguntó, y yo asentí y volví a cruzar las piernas. Me cogió de la mano, y yo lo dejé hacer para tener la fiesta en paz. Empezó —: Había una vez una pollita, un conejo y una zorra que vivían en una isla muy, muy lejana...

El cuento no fue muy largo, y, aunque no lo entendí del todo, supe que estaba cargado de dobles sentidos obscenos, y que él era un hombre zafio, repugnante y estúpido.

Me puse de pie y dije, histérica:

—Quiero irme a casa.

—Eres una golfa frígida. Una golfa frígida —dijo él, y dio un trago largo de *whisky*.

—¡Y tú eres mezquino y asqueroso! —exclamé yo. Había perdido la compostura.

—¿Y para qué narices has venido entonces? —preguntó mientras yo me acercaba a la puerta y llamaba a Baba.

Ella bajó poniéndose la cadenita de la cintura.

—¡Quiero irme a casa! —dije, frenética—. ¿Dónde está Reginald?

—Se ha quedado dormido —explicó.

Agarró sus zapatos de la mesa del recibidor y entró en la salita para coger nuestros abrigos.

Le preguntó a Harry si podía acompañarnos a casa, y él se puso la chaqueta y salió, furibundo, meneando un racimo de llaves.

Fue agradable respirar aire puro y comprobar que el jardín parecía blanco bajo la luz de la luna. Tanto el césped como aquella luz poseían dignidad. Para que la vida fuese bella, tan solo había que conocer a las personas adecuadas. La vida era bella y venía cargada de promesas, las promesas que se intuían al admirar una alfombra de flores azuladas envueltas en una bruma estival, a los pies de una fuente increíblemente hermosa. Y en el aire flotaba el rocío de agua brumosa y plateada que descendía para empapar las sedientas flores azules.

Me senté detrás. Harry conducía a toda velocidad, y pensé que pretendía matarnos.

A la entrada de nuestro bulevar Baba dijo que nos bajaríamos allí, porque no conseguiría dar la vuelta en una calle tan estrecha, siendo el coche tan grande.

—Buenas noches, Barbara. Eres una chica encantadora, y si algún día necesitas cualquier cosa, no dudes en llamarme —le dijo; a mí solo me dio las buenas noches.

Recorrimos la calle a buen paso. Hacía frío y los jardines parecían cubiertos de escarcha. La luna, las estrellas y las farolas iluminaban la calle, y todas las ventanas tenían las cortinas echadas. Detrás de una de ellas se adivinaba una luz, y de la misma dirección nos llegó el llanto de un bebé.

—Bueno, al menos les hemos sisado esto —dijo, sacándose del vestido una toalla para invitados, dos tomates y un tarro de paté de pollo y jamón.

—¿De dónde rayos has sacado estas cosas?

—Cuando me fui con Reg él cayó como un tronco, así que me puse a hurgar por toda la casa. La comida estaba en un mueble de la cocina.

Me tendió un tomate. Yo lo froté contra la manga del abrigo y le di un mordisco. Era dulce y muy jugoso y me sentó muy bien, porque estaba sedienta de tanto alcohol.

—¿Y a ti qué te ha pasado? —preguntó.

—¿Que qué me ha pasado? A ese tipejo tendrían que matarlo.

—Se ha comportado como un imbécil. ¿Por qué no le has soltado un par de tortas?

—¿Tú le has soltado tortas a tu Reginald?

—No, yo no. Vamos en serio. Me gusta.

—¿Está casado? —pregunté.

—¿Tú crees que iríamos en serio si estuviese casado? —respondió, brusca.

—Pues lo parece —dije yo.

En realidad, me daba igual. Me sentía feliz. Todo había terminado e íbamos caminando bajo los árboles a la una de la madrugada. Al día siguiente era domingo, así que podría quedarme en la cama hasta tarde. Hasta di unos pasos de baile, contenta porque el tomate estaba muy rico y mi vida acababa de comenzar.

Un poco más lejos había un coche negro, pequeño. Parecía estar aparcado

junto a nuestra puerta o la contigua. A medida que nos acercábamos me fijé en que alguien bajaba la ventanilla, y cuando llegamos a la altura del vehículo vi que era él. Me sonrió, se inclinó hacia el asiento que daba a la acera y abrió la portezuela. Me acerqué para saludarlo.

—¡Señor Gentleman, hola! —exclamó Baba, muy sorprendida.

—Hola —dije yo.

Parecía muy cansado, pero contento de vernos. Sus ojos transmitían alegría, excitación.

—Vaya unas horas intempestivas de volver a casa —observó, mirándome a mí.

—Intempestivas, sí —respondió Baba, que ya se dirigía a la cancela.

No se molestó en cerrarla, así que dio un golpetazo.

—Deja la llave puesta —le grité.

Subí al coche y nos quedamos uno al lado del otro. Como la caja de cambios era un estorbo, nos apeamos y montamos en la parte de atrás. Tenía la cara muy fría cuando me besó.

—Has bebido —dijo.

—Sí, he bebido. Me sentía muy sola —respondí.

—Yo también. Quiero decir que me sentía solo, no que haya bebido. —Y volvió a besarme.

Sus labios estaban fríos, maravillosamente fríos, como el hielo de un combinado.

—Cuéntamelo todo —me pidió.

Pero antes de que yo pudiese hablar, o de que él pudiese escucharme, tuvimos que abrazarnos largo rato. En uno de los besos abrí los ojos para vislumbrar su rostro. La luz de la farola caía directamente en el interior del coche. Tenía los ojos muy cerrados y le temblaban las pestañas contra las mejillas; y su rostro cincelado y marmóreo era el de un hombre muy, muy mayor. Cerré los ojos de nuevo y me concentré en sus labios, sus manos heladas y el corazón ardiente que latía bajo el chaleco y la camisa blanca almidonada. Fue entonces cuando recordé quitarme el abrigo para mostrarle la blusa. Me levantó las amplias mangas y me cubrió los brazos de besos leves y sucesivos desde las muñecas hasta los codos.

—¿Vamos a alguna parte? —propuso.

—¿Adónde?

—Vayamos a ver el mar.

Volvimos a los asientos delanteros y nos alejamos de allí.

—¿Has estado mucho rato esperando? —quise saber.

—Desde medianoche. Le pregunté a vuestra casera cuándo volveríais.

—No me mandaste ninguna postal desde España —protesté.

—No —convino, impasible—, pero pensé en ti casi todo el tiempo.

Me agarró la mano. Sus apretones eran delicados y brutales por igual. Después, cuando me besó, mi cuerpo se transformó en una lluvia. Suave. Vibrante. Dócil.

Y aunque era muy agradable estar allí sentada contemplando el mar, no pude evitar imaginarnos en otro lugar. En el bosque, muy juntos, a la vera de un riachuelo. En un lugar secreto. En un sitio muy verde sembrado de helechos.

—¿Y te expulsaron? —dijo.

—Sí, escribimos una cosa muy fea —confesé.

Me ruboricé: ¿le habría contado Martha todos los detalles?

—Eres una niña muy traviesa —dijo, esbozando una sonrisa.

Al principio me indignó que me llamase niña traviesa, pero al poco aquellas palabras me resultaron muy dulces. Después, todo estuvo revestido de dulzura y encanto.

Así fue como vi llegar el alba desde la bahía de Dublín. Fue un amanecer frío, y el mar bajo nuestros pies era de un gris desolador. Habíamos pasado horas sentados en el coche charlando, fumando y besándonos. Habíamos admirado las luces glaucas al otro lado del puerto; nos habíamos mirado fijamente en la semioscuridad, y nos habíamos dicho cosas muy hermosas. Pero entonces surgió la aurora y se apagaron las luces verdosas de improviso, al tiempo que una gaviota alzaba el vuelo.

—¿Te gustaría que hubiese luna todo el tiempo? —pregunté.

—No. Me gustan las mañanas y la luz del día.

Su voz sonó desganada, somnolienta y remota. Había vuelto a alejarse de mí.

Retrocedió hasta las dunas, donde en algunos sitios crecía la hierba, y dio la vuelta con pericia y rapidez. Caminamos por encima de la lisa extensión de



arena. Estaba subiendo la marea, y supe que borraría las huellas de las ruedas y que ya nunca podría volver atrás para buscarlas. Permanecíamos en silencio, como extraños. Con el señor Gentleman siempre pasaba lo mismo: se desvanecía justo cuando todo era perfecto, como si fuese incapaz de tolerar la perfección.

Me dejó en la puerta de casa. Me habría gustado invitarlo a desayunar, pero tenía miedo de Joanna.

—¿Somos amigos? —pregunté, angustiada.

—Claro que sí —me tranquilizó con una sonrisa.

Quedamos en vernos el miércoles.

—¿Ahora vuelves a tu casa? —quise saber.

—Sí. —Aparentaba tristeza y apatía; me habría gustado decírselo—. Piensa en mí —me dijo al marcharse.

Joanna estaba friendo unas salchichas cuando entré en casa, y al verme se persignó. Desayuné y me fui directa a la cama. Aquel fue el primer domingo que falté a misa.

## 18

Durante las semanas que se sucedieron, Baba y yo fuimos distanciándonos progresivamente. Yo salía con el señor Gentleman cada vez que libraba, y ella se veía con Reginald todas las noches. Ni siquiera volvía a casa después de clase por las tardes, y se ponía su abrigo bueno ya desde por la mañana.

—Vais a echar perder —nos decía Joanna durante los desayunos, cuando nos veía las caras macilentas por la falta de sueño y los dedos marrones de nicotina.

—Vete al cuerno —contestaba Baba.

Su tos había empeorado, y había adelgazado mucho.

Tres días más tarde me anunció que tendría que pasar seis meses en un sanatorio. Reginald la había obligado a hacerse unas radiografías y habían descubierto que tenía tuberculosis.

—¡Oh, Baba...! —exclamé yo, y rodeé la mesa para ir a darle un abrazo.

¿Por qué nos habíamos distanciado? ¿Por qué nos habíamos vuelto recelosas y hoscas en las últimas semanas? Apreté mi mejilla contra la suya.

—¡Por Dios, no hagas eso! Seguro que hay miles de microbios flotando a mi alrededor —dijo, y yo me eché a reír.

Tenía mal color, y había perdido su aire aniñado. Ahora parecía mayor y más juiciosa. ¿Era por Reginald o por la enfermedad? Empezó a preparar la maleta.

—Voy a dejar algo de ropa aquí, pero nada de ponértela todos los santos días, ¿eh? —me previno, mientras dejaba de nuevo en su sitio dos vestidos de verano.

Más tarde, Reginald hizo sonar el claxon desde la entrada y yo le pregunté a voces si estaba lista.

La ayudé a ponerse el abrigo de *tweed* en el recibidor. Se le había desgarrado el forro en una de las mangas, pero al final conseguimos que metiera el brazo. Se quedó inmóvil un momento, toda ella menuda y flaca, con las mejillas muy coloradas. Sus ojos azules quedaban velados por una capa acuosa, y se mordió el labio para tratar de contener las lágrimas. Se pintó los labios de un color rosado y se sonrió a sí misma valerosamente en el espejo del vestíbulo.

Joanna se quitó el delantal por si entraba Reginald.

—Iré a verte siempre que pueda —le dije.

El sanatorio estaba en Wicklow, y yo sabía que no podría visitarla más de una vez por semana debido al precio de los billetes de autobús. El señor Brennan iba a pagar tres libras semanales por su estancia.

—Pues fuma como una cosaca cada vez que aparezcas por allí para no pillar ningún puñetero virus —me aconsejó, aún sonriente.

Joanna y Gustav se despidieron, y Reginald cargó la maleta y cubrió a Baba con una manta cuando se metió en el coche. Era muy obsequioso con ella, y empezaba a caerme bien.

Me despedí del coche con la mano y ella me devolvió el gesto. Desde el otro lado del cristal, sus dedos delgados y blancos decían adiós a nuestra amistad. Se había marchado. Ya nunca volvería a ser igual, por mucho que lo intentáramos.

Joanna subió a rociar el cuarto con el atomizador de desinfectante y empezó a refunfuñar porque ahora tendría que volver a lavar las mantas, cuando hacía apenas unos meses desde la última vez. Cualquiera habría pensado que Baba había cogido tuberculosis aposta para fastidiarla a ella.

El dormitorio estaba ordenado pero solitario. El maquillaje de Baba y la enorme botella de colonia que le había regalado Reginald ya no estaban, y el tocador parecía desnudo. Había dejado en mi cama el collar azul con una nota: «Para Caithleen, en recuerdo de todos los buenos momentos por los que hemos pasado. Eres una imbécil rematada». Fue entonces cuando me eché a llorar y pensé en todas las veces que habíamos recorrido juntas el trayecto de vuelta a casa desde la escuela, y en lo mucho que disfrutaba echándome a los perros y escribiéndome palabrotas en el brazo con rotulador indeleble.

Estaba nerviosa y me mordía las uñas porque tenía que pedirle un favor a

Joanna.

—Joanna, ¿puedo invitar a un amigo a pasar a la salita esta noche?

—*Mein Gott*, das mal nombre a esta casa. Las señoras vecinas dicen: «¿Qué clase de chicas las tuyas, llegando a horas malas?».

—Es rico —añadí.

Sabía que eso la impresionaría. Joanna tenía el disparatado convencimiento de que si un hombre con dinero venía a casa, iría dejando billetes de cinco libras debajo de los tapetes o se olvidaría el abrigo adrede como regalo para Gustav. Así de ingenua era Joanna. Cuando anuncié que era rico, vi aparecer un halo de ilusión en sus bobalicones ojos azules. Al final accedió, y yo subí a arreglarme para mi cita.

Esos son los únicos instantes en que doy gracias a Dios por ser mujer: ese rato a última hora de la tarde en el que corro las cortinas, me despojo de la ropa que he llevado todo el día y me preparo para salir. La excitación aumenta por momentos. Me cepillo el pelo a la luz de la lámpara, y los reflejos me recuerdan las hojas del otoño bañadas por el sol. Me oscurezco los párpados con lápiz negro, y me maravilla el aire de misterio que adquieren mis ojos. Detesto ser mujer. Banal, frívola y superficial. Si le confiesas tu amor a una mujer, ella te pedirá que se lo des por escrito para poder mostrárselo a sus amigas. No obstante, en esos ratos soy feliz. El mundo me inspira ternura: acaricio el papel pintado como si fuesen esos pétalos de rosa blancos que se tornan rosáceos en las puntas; agarro mis zapatos viejos y ajados, y se convierten en un ramo de flores plateadas que un hombre ha dejado en mi puerta. Besé la imagen que me devolvía el espejo y salí corriendo, feliz, con prisas y convenientemente alocada.

Me había retrasado y el señor Gentleman esperaba, aburrido. Me regaló una orquídea que tenía dos tonos de morado: uno más claro, y otro muy oscuro. Me la prendí en la rebeca.

Fuimos a un restaurante de Grafton Street, y subimos unas escaleras angostas hasta llegar a una salita poco iluminada, casi lóbrega. El papel de la pared era de rayas blancas y rojas, y de lo alto de la chimenea pendía un cuadro en tonos pardos y negros con un grueso marco dorado; no supe si se trataba del retrato de un hombre o de una mujer, puesto que el cabello quedaba oculto bajo un gorro de volantes negro. Nos acomodamos cerca de la

ventana. Al estar entornada, la brisa hacía flamear hacia el interior las cortinas de nailon, que rozaban levemente el mantel y se agitaban como un abanico a la altura de nuestros rostros. Como de costumbre, nos comportamos con timidez. Las cortinas eran blancas y esponjosas, igual que las nubes en verano, y él estrenaba corbata de cachemir.

—Qué corbata más bonita —observé con muy poca naturalidad.

—¿Te gusta? —respondió.

Fue una tortura hasta que nos sirvieron la primera copa; a partir de ese momento se relajó un poco y me sonrió. Entonces la sala me pareció de lo más acogedora, con la botella de vino vacía que sostenía una velita roja en lo alto de la mesa. Nunca olvidaré la palidez de sus marcados pómulos cuando se inclinó para coger la servilleta. Me rozó la rodilla un segundo y, acto seguido, me dedicó una de sus miradas lentas, intensas y atormentadas.

—Tengo hambre —dijo.

—Yo también —convine.

Él ignoraba que me había comido dos bollitos por el camino. Me encantaban los bollitos que se compraban en las tiendas, sobre todo los glaseados.

—De toda clase de cosas —aclaró, al tiempo que hincaba la cuchara en una tajada de melón.

Aquella fruta me recordó a él: refrescante, frío, exangüe. Bajo el amplio mantel de lino abrazó mis tobillos con los suyos, y la velada empezó a ser perfecta. La cera de la vela goteaba sobre la mesa.

Ya eran más de las once cuando me acompañó en coche a casa, y se entusiasmó cuando lo invité a pasar. Me avergoncé de la antesala y la moqueta de mala calidad de las escaleras. Al entrar en la salita me percaté de que olía a cerrado, a humedad. Se sentó en el sofá, y yo en la silla con el respaldo alto. Nos separaba la mesa. El vino me había achispado, y empecé a contarle anécdotas, como la de cuando tropecé en la pista de baile y luego pasé el resto de la noche sentada, bebiendo agua. Se divertía, pero sin reír abiertamente; aquella sempiterna sonrisa remota y cautivadora. Yo había bebido bastante y estaba algo mareada; sin embargo, la pequeña parte de mí que seguía sobria contemplaba mi otro yo feliz y escuchaba con atención las alegres tonterías que contaba.

—Ven a sentarte a mi lado —dijo, y obedecí y me senté junto a él. Lo sentí trémulo—. ¿Eres feliz? —me preguntó, siguiendo el contorno de mi cara con un dedo.

—Sí.

—Vas a serlo aún más.

—¿Y eso?

—Vamos a estar juntos. Te voy a hacer el amor.

Hablaba entre susurros, y miraba hacia la ventana, con preocupación, como si alguien nos estuviese espionando desde el patio de atrás. Fui a bajar la persiana —no había cortinas en la salita—. Estaba toda colorada cuando volví a sentarme.

—¿No quieres? —insistió.

—¿Cuándo? ¿Ahora?

Me arrebuqué con la rebeca y lo miré, muy seria. Me dijo que parecía haberme quedado horrorizada. Pero no era cierto; simplemente estaba nerviosa, y, en cierto modo, triste, porque se avecinaba el fin de mi inocencia.

—Pequeña mía... —dijo.

Me rodeó con un brazo y me hizo apoyar la cabeza contra su hombro de modo que mi mejilla reposara en su cuello. Mis lágrimas debieron de resbalarle por el interior del cuello de la camisa. Con la otra mano me acariciaba la rodilla. Me sentía excitada, cálida, violenta.

—¿Hablas francés? —preguntó.

—No. En la escuela di latín —contesté.

Qué ocurrencia mencionar el colegio en una situación como aquella. Quise que me tragara la tierra.

—Bueno, es que hay una palabra en francés para describirlo... Significa... Ambiente. Nos marcharemos unos días para estar en el ambiente adecuado.

—¿Adónde?

Pensé con horror en los hoteles de mala muerte de los pueblos del centro de Irlanda, con frascos de salsa mugrientos sobre manteles de cuadros con manchas. Y lluvia tras los cristales. Pero era de esperar que él fuese algo más cuidadoso. Siempre lo era, hasta el punto de aparcar justo a la entrada de los restaurantes donde comíamos para que nadie nos viera juntos por la calle.

—A Viena.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Es bonita?

—Es preciosa.

—¿Y qué haremos allí?

—Saldremos a comer y a pasear. Y por las noches iremos a cenar a las montañas, y beberemos vino y admiraremos la ciudad a nuestros pies. Y luego nos iremos a la cama.

Lo expresó con tanta sencillez que en ese instante lo amé más de lo que nunca llegaría a amar a ningún otro hombre.

—¿Y no pasará nada por que vayamos? —pregunté. Necesitaba que me diera seguridad.

—Claro que no, al contrario. Es preciso que rompamos con la rutina.

Frunció un poco el ceño, y a mí me asaltó la imagen del regreso: volver al mismo cuarto, a la misma vida, sin él.

—Pero yo te quiero para siempre —dije, implorante. Él se sonrió y me besó en las mejillas. Unos besos leves como las primeras gotas de lluvia—. ¿Me querrás siempre?

—Ya sabes que no me gusta que hables así —respondió él, al tiempo que jugueteaba con el primer botón de mi rebeca.

—Ya lo sé.

—Entonces ¿por qué lo haces? —insistió, con ternura.

—Porque no puedo evitarlo. Porque sin ti me volvería loca.

Me miró largo rato con aquella mirada suya entre sexual y mística. Entonces pronunció mi nombre despacio (Caithleen...). Oí el rumor de los juncos y el lamento del zarapito, y todos los sonidos melancólicos de Irlanda, cuando dijo mi nombre.

—Caithleen, quiero decirte algo al oído.

—Adelante —accedí.

Me pasé el pelo por detrás de la oreja, y él me lo sostuvo, pues mi cabello tendía a caer hacia delante. Se inclinó y arrimó la boca a mi oreja; primero la besó, y luego dijo:

—Enséñame tu cuerpo. Nunca te he visto las piernas, ni los pechos, nada. Me encantaría verte.

—¿Y no cambiarás de opinión si no te gusto?

Había heredado la desconfianza de mi madre.

—No seas tonta —me riñó, y me ayudó a quitarme la rebeca.

Intenté decidir si debía empezar por quitarme la falda o la blusa.

—No mires —le pedí.

Era muy difícil. No quería que me viera las ligas ni nada de eso. Me despojé de la falda y de todo lo que llevaba debajo, continué con la blusa y la camiseta interior de algodón, y por último me desabroché el sostén, el negro. Me quedé muy quieta, temblando ligeramente y sin saber qué hacer con los brazos. Me pasé la mano por el cuello, un ademán que suelo hacer cuando algo me turba. El único punto donde sentía calor era en los lugares que me cubría el pelo: la nuca y la parte superior de la espalda. Me acerqué, me senté a su lado y me acurruqué junto a él, buscando un poco de calor.

—Ya puedes mirar.

Y él se retiró las manos de los ojos y miró tímidamente hacia el vientre y los muslos.

—Tienes la piel aún más clara que el cutis. Pensé que sería más rosada...

—dijo, y me cubrió de besos—. Ahora ya no nos dará vergüenza cuando estemos en Viena. Ya nos hemos visto.

—Yo no te he visto a ti.

—¿Quieres verme?

Yo asentí, y él se quitó los tirantes y dejó caer los pantalones hasta los tobillos. Se quitó todo lo demás y se sentó rápidamente. Sin el traje negro como el carbón y la camisa blanca perdía buena parte de su elegancia.

Algo se movió en el patio, ¿o fue tal vez en la antesala? Pensé en lo espantoso que habría sido que Joanna apareciese en camisón y nos sorprendiese en cueros como dos idiotas en el sofá de pana verde. Se habría puesto a llamar a voces a Gustav, la habrían oído las vecinas y habrían llamado a la policía. Bajé la vista para repasar su cuerpo furtivamente y me reí un poco. Era del todo ridículo.

—¿Qué te hace tanta gracia? —Le había molestado un poco mi risa.

—Es del mismo color que la parte más clara de la orquídea —dije yo, y busqué con la mirada la flor que seguía prendida de mi rebeca.

La toqué. Pero no mi orquídea; la suya. Era suave e increíblemente



blanda, como el interior de una flor, y se movía. Me recordó a un muñequito negro que había en lo alto de una hucha, que se meneaba cada vez que alguien introducía una moneda en la ranura. Se lo dije, y él me besó con pasión largo rato.

—Eres una chica muy mala.

—Me gusta ser una chica mala —repliqué, con los ojos como platos.

—No, en realidad no, querida. Eres muy dulce. La chica más dulce que he conocido nunca. Mi chica de campo, con el cabello del color del campo. —Y hundió la cara en mi melena para aspirar su aroma—. Ay, querida, no soy de piedra —añadió, y entonces se incorporó y se subió los pantalones.

Cuando me puse de pie para coger mi ropa, me acarició el trasero; supe entonces que la semana que pasaríamos juntos sería maravillosa.

—Voy a hacerte un té —anuncié cuando ya estábamos vestidos y él se arreglaba el pelo con mi peine.

Fuimos de puntillas hasta la cocina. Encendí el fogón y llené sin hacer ruido el hervidor dejando que el agua del grifo entrase por el lateral. Joanna había echado el candado a la nevera para protegerla de los atracones nocturnos de Hermann, pero encontré unas galletas en una lata olvidada. Aunque estaban reblandecidas, se las comió. Se marchó nada más acabar el té. Era viernes, de modo que tenía que emprender el largo camino de regreso al pueblo. Las noches entre semana dormía en un club de caballeros en Stephen's Green.

Me quedé en el umbral y él bajó la ventanilla para despedirse con la mano. Se alejó sin hacer el más mínimo ruido. Entré en casa, puse la orquídea en una taza con agua y la subí a mi cuarto para ponerla en la caja de naranjas, junto a mi cama. Estaba demasiado contenta como para dormirme.

## 19

Unos hombres vinieron a podar los árboles de la acera. No dejaron nada salvo las ramas gruesas y cortas, que por algún motivo me resultaban obscenas. Desaparecieron las ramitas más ligeras y los brotes. No era época de poda, y no lograba entender por qué lo hacían en esas fechas; solo se me ocurría que los vecinos se hubiesen quejado por la falta de luz en sus salas de estar.

Pero estaba tan contenta que casi no presté atención a los árboles. Estábamos a punto de irnos juntos. Él tomaría un avión a Londres y yo iría en el siguiente. Aseguraba que era lo mejor, por si alguien nos veía en el aeropuerto.

Estaba encantada, y él también. Pasábamos horas en la salita y yo no me cansaba de escrutar su rostro, su rostro huesudo y ascético: aquella nariz fina y esos ojos que hablaban continuamente, unos ojos a los que la pantalla amarilla de la lámpara de la mesa daba unos destellos ambarinos. Algunas noches yo encendía el calefactor eléctrico, pero temía que Joanna lo oliese desde su cuarto.

—¿Sabes qué me preocupa? —me dijo, agarrándome las manos para acariciarlas.

—¿La hipertensión? ¿Tal vez tu edad...? —aventuré, sonriente.

—¡No! —Y me dio una bofetada cariñosa.

—¿Entonces?

—El retorno. El momento de separarnos.

Yo, en cambio, no pensaba en eso. Solo pensaba en la partida.

—¿Es la primera vez que vas? —pregunté, nerviosa.

—No me preguntes eso.

Arrugó un poco el ceño. Tenía la frente amarillenta, como si bajo la piel

le corriera zumo de limón en lugar de sangre.

—¿Por qué no?

—Porque no tiene ningún sentido. Si te digo que no, te pondrás muy triste.

Pero ya estaba triste. Él nunca se entregaría del todo. Era demasiado distante.

—Te estaré esperando para verte bajar por la pasarela del avión —dijo.

A continuación sacó la agenda y tratamos de acordar las fechas. Tuve que salir de la salita para pensar con claridad; no podía ser cualquier día, y cuando él me abrazaba era incapaz de concentrarme. Por fin decidimos una semana, y él lo anotó con lápiz.

Durante los días que siguieron solo pude pensar en ello. Cuando me lavaba el cuello, me enjabonaba para él, y cuando pesaba paquetes de azúcar en la tienda canturreaba para mis adentros. A los niños les daba caramelos, y a Willie le regalé una pajarita para su camisa de los domingos. Por la calle hablaba sola todo el tiempo. Imaginaba conversaciones entre él y yo, y sonreía a todo el mundo; ayudaba a las ancianas a cruzar la calle y coqueteaba con los conductores de autobús.

Solo me causaban inquietud unas cuantas cosas: en primer lugar, tenía que pedir la semana libre. Con el señor Burns sería fácil tratar; en cambio, la señora Burns me leía la mente con sus ojos somnolientos.

Además, había dejado de ir a misa, a confesarme y demás. Pero, por encima de todo, mi mayor preocupación era no tener suficiente lencería. Quería un camisón transparente y holgado, de color azul, para que pudiésemos bailar un vals antes de acostarnos. A decir verdad, aún me acobardaba la idea de meterme en la cama con él.

Mamá tenía unos camisones preciosos, pero yo los había dejado en los cajones e ignoraba si mi padre se habría molestado en sacarlos antes de la subasta de los muebles. Podría haberle escrito para averiguarlo, pero solo de pensar en él se me encogía el estómago. Llevaba seis semanas sin enviarle ni una carta, y no quería escribirle nunca más. El señor Gentleman me había comentado que mi padre había cogido la gripe y que las monjas lo cuidaban.

Así pues, se me ocurrió preguntarle a Joanna. Nos llevábamos muy bien desde que Baba se había marchado. Yo la ayudaba con la colada, y una noche

después de cenar fuimos juntas al cine. Joanna se rio tanto que le salían gruñidos de la nariz, y la pareja que teníamos al lado nos miraba horrorizada.

—Me voy a Viena —anuncié cuando volvíamos a casa en medio de la apacible noche primaveral cargada de olores nocturnos. Joanna se enganchó a mi brazo, y me sentí muy incómoda: odio que las mujeres se agarren de mi brazo.

—*Mein Gott!* ¿Para qué?

—Voy con un amigo —dije sin darle importancia.

—¿Un hombre? —preguntó, abriendo mucho los ojos y mirándome con asombro, como si los hombres fuesen monstruos.

—Sí —respondí.

Resultaba muy sencillo hablar con Joanna.

—¿El rico?

—El rico —repetí, y se apoderó de mí una repentina ansiedad: ¿esperaría él que corriese con mis gastos?

—Bien. Aquello es muy bonito. La ópera, precioso. Recuerdo mis hermanos regalaron una noche en la ópera en mi veintiún cumpleaños. Me dieron un reloj de pulsera. Quince quilates.

Fue un momento de aguda nostalgia para Joanna. Pero yo seguía preocupada por el precio del billete de avión.

—¿Me prestas un camión?

Ella se quedó callada un momento y luego dijo:

—Sí. Pero tú ten mucho cuidado. Es de mi luna de miel. Treinta años.

Empalidecí, y le sujeté la cancela para que entrase. Gustav nos esperaba en la puerta con las manos extendidas, como un pedigüeño. Algo pasaba.

—Hermann. Lo hace otra vez, Joanna —dijo.

Joanna entró como un cohete y se lanzó directa a las escaleras. Subía los peldaños de dos en dos y se le veían las perneras del calzón. La precedía un torrente en alemán. Oí que trataba de abrir la puerta del cuarto de Hermann, y a continuación la aporreó y gritó:

—¡Hermann, Hermann! ¡Te vas esta noche!

Pero Hermann no respondía. Sin embargo, cuando subí, me pareció oír llantos al otro lado de su puerta. Había pasado todo el día en cama, con gripe.

—¿Qué ha pasado?

Creía que se habían vuelto todos locos.

—Los riñones. Tiene problema de riñones. El mejor colchón de crin y mis sábanas buenas de lino puro —explicó Joanna.

Nos quedamos plantadas en el descansillo, esperando a que abriera la puerta, y Joanna se echó a llorar.

—Déjalo, Joanna, que marche mañana.

Gustav había subido y estaba parado en el peldaño que hacía girar la escalera hacia la izquierda. Joanna lloró aún más y siguió hablando del colchón y las sábanas, y era evidente que Gustav sentía vergüenza ajena. Se quitó la chaqueta blanca de punto y sacudió los pelos que habían quedado en el cuello.

Me fui a mi habitación, y al cabo de pocos minutos vino Joanna. Llevaba el camisón en la mano, envuelto en papel tisú, y cuando retiró el papel empezaron a caer bolas de naftalina que rodaron por toda la habitación. Era de color lila: el camisón más grande que había visto en mi vida. Me lo probé: parecía una niña interpretando a Lady Macbeth en un teatrillo escolar. Me quedaba enorme. Me até el cinto bien apretado en la cintura, pero seguía siendo una prenda muy rústica.

—Precioso. Pura seda —recalcó ella, palpando el grueso encaje que me caía sobre la mano, tapándola casi por completo.

—Precioso —convine.

Él se pasaría la semana estornudando por la naftalina y me sacaría parecido con alguna de sus tías abuelas. Aun así, era mejor que nada.

—Ve a enseñar a Gustav —dijo mientras me lo ajustaba para que los pliegues cayeran de forma uniforme desde la cintura.

Sostuvo los bajos cuando bajábamos las escaleras, como si de un vestido de novia se tratase.

Gustav se puso colorado y dijo:

—Muy guapa.

—¿Te acuerdas, Gustav? —preguntó Joanna, con una sonrisita.

—No, Joanna.

Estaba leyendo los anuncios por palabras del periódico de la tarde. Dijo que Hermann tenía que irse y que en su lugar meterían a un hombre en condiciones.

—¿Te acuerdas, Gustav? —repitió, acercándose adonde estaba él.

Pero Gustav negó, como si quisiera borrar ese recuerdo. Joanna se sintió ofendida.

—Son todos iguales —afirmó mientras preparábamos la bandeja del refrigerio—. Todos los hombres, iguales todos. No ternura en su interior.

Y a mí se me vino a la cabeza una parte muy tierna del señor Gentleman; ni su cara, ni su carácter; una parte de su cuerpo suave y suplicante.

—Cuidado no quedas embarazada —me advirtió.

Solté una carcajada. Eso era imposible. Para mí, las parejas habían de llevar mucho tiempo casadas para que una mujer se quedase embarazada.

Me dejé puesto el camisón mientras comíamos, porque llevaba el resto de la ropa debajo. Nos quedamos hasta muy tarde repasando los anuncios, hasta que Gustav por fin dio con uno adecuado.

«Músico italiano busca pensión completa con familia extranjera». Sacó el tintero del aparador y Joanna dispuso papel de periódico encima del mantel de terciopelo y luego abrió la vitrina de la vajilla para coger papel timbrado. Lo guardaba bajo llave porque Hermann tenía la costumbre de sisar papel para escribir a su madre y sus hermanas.

A mi vaso de leche con cacao le había salido una película de nata, y la quité con la cucharilla. Se había enfriado.

Gustav se puso las gafas y Joanna le trajo la vieja pluma sin capuchón. Se la habían encontrado tirada en la calle, y escribía como las de las oficinas de correos.

—¿Qué día es hoy, Joanna? —preguntó.

Ella se acercó al calendario de la pared para comprobarlo, entornando los ojos.

—Quince de mayo.

Fue oír aquella fecha y quedarme congelada. En la mesilla de té estaba el periódico de la mañana, y alargué la mano para cogerlo. En la primera página, debajo de los aniversarios, había una esquila en recuerdo de mi madre. Cuatro años. Solo cuatro años, y ya había olvidado la fecha de su muerte; o, al menos, la había pasado por alto. Sentí que, dondequiera que estuviese, habría dejado de quererme, y salí de la salita hecha un mar de lágrimas. Lo peor era que él sí se había acordado. Redibujé mentalmente

aquel inserto breve y sencillo con la firma de mi padre.

—Caithleen... —Joanna había salido al vestíbulo.

—No es nada —la tranquilicé, agarrada a la baranda—. No pasa nada, Joanna.

Pero aquella noche no conseguí conciliar el sueño. Encogí las piernas para tapparlas con el camisón y me daban escalofríos. Anhelaba que alguien viniese a darme calor. Creo que esperaba a mamá. Y en mi mente se agolpaban todas las cosas que me dan miedo. Borrachos. Gritos. Sangre. Gatos. Cuchillas de afeitar. Caballos al galope. Fue una noche terrorífica, y la puerta del baño no dejaba de dar golpes. Me levanté sobre las tres para cerrarla y prepararme una bolsa con el agua caliente que salía del grifo. La bolsa no era mía, y sabía que si Baba hubiese estado conmigo me habría aconsejado no usarla, que cogería pie de atleta, un eccema o algo peor. Echaba de menos a Baba. Ella me ayudaba a mantenerme cuerda. Me ayudaba a no darles tantas vueltas a las cosas.

Volví a la cama, y Joanna vino a despertarme a las ocho con una taza de té. Cuando abrí los ojos estaba descorriendo las cortinas para que entrara la luz. Miré al techo gris y agrietado y me di cuenta de que ya no tenía miedo. El sábado siguiente nos iríamos.

Me tomé el té, me acaricié la tripa largo rato, y en cuanto oí ruidos en el cuarto de Hermann di un salto de la cama para entrar primero en el baño.

## 20

La semana pasó volando. Me depilé las cejas, hice la maleta y compré postales para mandar a Joanna. Temía no poder comprarlas allí. Lavé mi cepillo del pelo, lo dejé en el alféizar para que se secase y cogí dos vestidos de Baba. En una carta le dije que estaba con gripe, pero no comenté nada de los vestidos ni de mi viaje. No me fiaba de ella.

El jueves por la mañana recibí una carta de Hickey reenviada desde la dirección de los Brennan. Me contaba que llegaría a Dublín en el correo del martes siguiente, y me preguntaba si podíamos vernos. No mencionaba si se había casado o no, lo cual avivó mi curiosidad. Por lo demás, su ortografía había mejorado mucho. Como es lógico, tuve que mandarle un telegrama para explicarle que no podría ser. Me di cuenta de que estaba comportándome como una idiota desleal, no solo con Hickey, que había sido mi mejor amigo, sino también con Jack Holland, con Martha y con el señor Brennan. Con toda la gente que formaba parte de mi vida. El señor Gentleman no era más que una sombra; una sombra que, sin embargo, era lo único que yo ansiaba. Expedí el telegrama, me obligué a olvidarme de Hickey y me concentré en las vacaciones en Viena.

Me veía en la cama con una impresionante bandeja de desayuno apoyada en el regazo. Veía la bandeja, las tazas y un plato de cerámica calentito. Levantaba la campana y descubría unas tostadas doraditas impregnadas de mantequilla. En ocasiones, en mi fantasía, él dormía y yo lo despertaba haciéndole cosquillas en la frente; otras veces, en cambio, él ya estaba despierto y bebía un vaso de zumo de naranja. Tenía la impresión de que el sábado no llegaría nunca.

Pero llegó, y con lluvia. El agua alteró mis planes. Pensaba ponerme un



sombrero de plumas blancas, pero no podía dejar que se mojase bajo ningún concepto. Era un tocado precioso que me ceñía la cabeza a la perfección, y las plumas llegaban hasta las orejas dibujando una curva suave que confería a mi rostro un aire tierno y plumoso.

Cuando me disponía a irme de la tienda, a las cuatro, el señor Burns me dio el salario de la semana y una libra de más para el viaje al pueblo. Les había puesto como excusa que una tía mía se estaba muriendo.

—Por Dios bendito, con esta lluvia no puedes salir —me dijo.

—Como no salga ya, perderé el tren.

Y él fue a la antesala y me dio un paraguas viejo. Una bendición. ¡Podría llevar mi sombrero! Poco me faltó para darle un beso, y creo que él lo esperaba, porque se atusó los pelillos castaños del bigote.

—Adiós, señorita —me dijo Willie mientras me sujetaba la puerta.

Afuera diluviaba. La lluvia me azotaba las piernas y se me empaparon las medias. Joanna tenía preparado el té, y me prestó un manual de conversación en inglés y alemán.

—Cuidado no pierdas —me advirtió. Me lo guardé en el bolso—. No te cobro mientras estás en Viena —añadió, sonriente.

Todo estaba saliendo a pedir de boca. El nuevo inquilino llegaría esa misma noche, y Joanna estaba muy contenta.

—¡*Mein Gott*, qué guapa estás! —exclamó al verme bajar con el abrigo negro y el sombrero de plumas blancas.

Me había maquillado con polvos compactos y en los párpados me puse máscara verde. Los largos mechones de pelo cobrizo me caían sobre los hombros, y, aunque era alta y tenía el busto bien desarrollado, seguía teniendo el aspecto de una niña pequeña. Nadie habría sospechado que estaba a punto de marcharme con un hombre.

Había metido los guantes en la maleta para que no se me mojaran. Eran unos guantes blancos de piel de cabritilla que habían sido de mamá. En las muñecas se veían unas manchas de óxido alrededor de los botones, pero por lo demás eran preciosos.

Cuando salí aún llovía. Me costaba mucho trabajo avanzar con la maleta, el paraguas y el bolso. Un mensajero me salpicó las medias al pasar con la motocicleta, y le lancé un par de improperios. El autobús vino enseguida, y

llegué al lugar de la cita con veinte minutos de antelación.

Habíamos quedado en la entrada de un salón recreativo que había junto al río. A él le convenía recogerme allí porque le pillaba de paso al salir del despacho, pero ninguno de los dos tuvo en cuenta la lluvia cuando acordamos el punto de encuentro.

Me instalé bajo la marquesina de la tienda de chucherías y dejé la maleta en el suelo. Como tenía las manos mojadas, me las sequé en el forro del abrigo. En el fondo del establecimiento había unas máquinas tragaperras y una sala donde unos chicos jugaban al billar. Todos vestían de una forma parecida —jerséis coloridos y pantalones ajustados de cuadros escoceses—, y a todos les hacía falta un corte de pelo.

La lluvia había amainado. Ahora ya apenas chispeaba. Miré el reloj, su relojito de oro color polilla. Diez minutos de retraso. Al otro lado del Liffey, las campanas de la iglesia dieron las siete. Me fijaba en todos los coches que aparecían por el muelle.

A las siete y media empecé a preocuparme, porque su vuelo era a las ocho y media y el mío saldría poco antes de las nueve. Me senté en lo alto de la maleta y me esforcé por parecer enfrascada en mis pensamientos cada vez que algún melenudo entraba o salía. Hacían comentarios sobre mí. Me puse a contar los adoquines de la acera. Y pensaba: llegará ahora mismo, mientras yo cuento, y no verá el coche aproximarse y él tendrá que tocar el claxon. Conocía el sonido del claxon. Conté tres veces los adoquines, pero él seguía sin aparecer. Eran ya casi las ocho, y las palomas y las gaviotas caminaban por el muro de piedra caliza que bordeaba el río Liffey.

—¿Esperas a alguien? —me preguntó desde dentro la tendera. Era una señora gorda con el pelo teñido de rubio.

—Estoy esperando a mi padre —mentí—. Tenemos que ir a un sitio.

—Entra y siéntate —dijo.

Acepté la invitación y me arrellané en una silla de mimbre que crujió cuando me senté. Compré una botella de naranjada, por ocuparme en algo, y me bebí el refresco con una pajita. Cada pocos minutos salía a mirar. A la sazón estaba ansiosa, y pensaba contarle lo nerviosa que me había puesto por su culpa, y el miedo que había pasado. Crucé la calzada para echar un vistazo a una gabarra de Guinness que remontaba el cauce. El río llevaba unas aguas

marrones y sucias, y la parte más alta del muro estaba toda salpicada de los excrementos de los pájaros. Vi asomar su pequeño coche negro, que se acercaba zumbando, y fui al borde de la acera para hacerle señas. Pero el coche pasó de largo. Era idéntico al suyo, salvo por la matrícula. Volví a la tienda a terminarme la naranjada.

—Ten cuidado, que te van a arrollar —me dijo la señora rubia.

Se llamaba Dolly. Los chicos que jugaban al billar se dirigían a ella por su nombre y la trataban con mucha confianza.

Todo mi cuerpo desprendía impaciencia. No era capaz de estarme quieta. Mi cuerpo se rebelaba ante la espera. Se encendieron las farolas; las bombillas húmedas irradiaron una luz amarillenta y velada, y la calle adoptó ese aspecto de misterio nocturno que tanto me ha gustado siempre. Las gotas de lluvia caían de las barras de hierro que sostenían el toldo gris; quedaban suspendidas un momento y luego se precipitaban en los sombreros de quien pasara por allí. Creo que entonces reconocí por primera vez que no iba a venir, aunque solo permití que ese pensamiento aflorase una décima de segundo. Compré una revista femenina y busqué mi horóscopo. La revista era de la semana anterior, así que de poca ayuda fue el horóscopo.

—Lo siento, cielo, pero tenemos que cerrar —me dijo Dolly—. ¿Quieres entrar a sentarte un ratito en la cocina?

Le di las gracias, pero rehusé: podría ser que llegase sin que me diera cuenta. Dolly sacó el dinero de la caja, lo contó y lo metió en una talega negra.

—Buenas noches, cielo —me dijo al cerrar la puerta.

Me senté en el soportal. Los viandantes pasaban con la cabeza gacha. Gente gris, triste, indiferenciada, que no se dirigía a ninguna parte. Pasaron dos marineros que me guiñaron el ojo. No dejaban de darse la vuelta, pero cuando vieron que yo no les hacía ningún caso siguieron su camino.

Llovía de manera intermitente.

A esas alturas ya sabía que no iba a aparecer. Y, sin embargo, no me moví. Al cabo de una hora o dos me levanté, cogí mis cosas y me dirigí, desalentada, a la parada de autobús de O'Connell Street.

Joanna salió disparada a mi encuentro nada más oír el chirrido de la cancela. Alzó los brazos al cielo, y su cara grasienta y rechoncha estaba

radiante: había llegado el inquilino.

—Un auténtico caballero. Rico. Caro. Te gustará, es muy guapo. Guantes de cuero de cerdo de verdad. Bien traje, todo —explicó—. Ven a conocer. — Me agarró de la muñeca húmeda y trató de tirar de mí, hasta que se percató de que estaba llorando—. Ah, un telegrama. Vino uno. Acababas de ir, pero yo no podía ir a decirte porque mi hombre nuevo venía y no podía salir de la casa, por temor que llegue y no encuentre alguien.

No quería que me enfadase con ella. Me quité el sombrero, que se había transformado en una especie de gallina grisácea empapada, y lo lancé al perchero de la entrada.

—Soy triste por ti. Es para mejor —se compadeció Joanna, al tiempo que me indicaba el salón con la cabeza.

Abrí el telegrama. Decía: «Todo salió mal. Amenazas de tu padre. Mi mujer tiene otro ataque nervios. Deplorable silencio forzado. No debo verte».

No llevaba firma, y lo habían entregado en una estafeta de Limerick esa misma mañana.

—Ven, conoce mi nuevo y simpático amigo —me rogó Joanna, pero yo hice un gesto de negación con la cabeza y subí a llorar a mi cuarto.

Estuve llorando largo rato echada en la cama, hasta que empecé a tener mucho frío. No sé por qué, pero a uno le da frío cuando lleva horas llorando. Por fin me levanté y encendí la luz. Bajé a hacerme una taza de té. Aún tenía el telegrama en la mano, hecho una bola. Volví a leerlo, pero seguía diciendo exactamente lo mismo.

Después de poner al fuego el hervidor, me dirigí como una autómatas a la mesa del comedor para coger mi taza, pues Joanna siempre dejaba puesta la mesa para el desayuno antes de acostarse. Al llegar a la puerta oí ruidos en la sala. Eché un vistazo de soslayo y me topé con el rostro de un joven desconocido que sostenía un instrumento musical en una mano y un paño en la otra.

—Perdón —dije; cogí la taza y salí de la estancia a toda prisa. Mi cara debía de ser un buen espectáculo, amoratada de tanto llorar.

Una vez hecho el té, caí en la cuenta de que el nuevo inquilino estaría pensando que aquella era una casa muy rara, así que me asomé al vestíbulo y pregunté:

—¿Le apetece un té?

No quería que me viese otra vez.

—No hablar inglés —respondió él.

Por Dios, pensé, y qué más dará eso; ¿quieres o no quieres?

Le serví una taza y se la llevé.

—No hablar inglés —repitió, encogiéndose de hombros.

Volví a la cocina y me tomé dos aspirinas con el té. Estaba casi segura de que no pegaría ojo en toda la noche.

# **La chica de ojos verdes**

# 1

Era una tarde lluviosa de octubre, y yo copiaba las cuentas de septiembre del libro de registro, un grueso tomo gris. Trabajaba en una tienda de ultramarinos en la zona norte de Dublín desde hacía dos años.

Mi jefe y su esposa eran gente de campo, igual que yo. Eran amables conmigo, pero muy exigentes también, y me habían prometido un aumento a principios del año siguiente. Nada me hacía sospechar que para entonces ya me habría ido de allí, en pos de una vida diferente.

Debido a la lluvia había pocos clientes, así que rellené apresuradamente las facturas y retomé mi lectura. Bajo el libro de contabilidad había escondido otro para poder leer sin miedo a que me pillaran.

Era un libro precioso, aunque triste. Se llamaba *Suave es la noche*. Me saltaba la mitad de los párrafos, ansiosa por leerlo deprisa, porque quería descubrir si el protagonista dejaría o no a la mujer. Los mejores hombres habitaban en los libros: hombres extraños, complejos, románticos; los que yo más admiraba.

No conocía a ninguno con esas cualidades, salvo el señor Gentleman, y a él llevaba dos años sin verlo. Ya no era más que una sombra, y lo recordaba igual que una recuerda un vestido bonito que se le ha quedado pequeño.

A las cuatro y media encendí la luz. La tienda parecía aún más destartalada bajo la luz artificial, las estanterías criaban polvo y el techo no lo habían pintado desde que yo había entrado a trabajar allí. Estaba todo agrietado. Me miré en el espejo para comprobar si tenía el pelo bien. Íbamos a salir esa noche, mi amiga Baba y yo. El espejo reflejaba una cara redonda y tersa. Metí las mejillas hacia dentro para parecer más delgada. Cómo me habría gustado ser flaca como Baba.

—Parece como si fueras a tener un bebé —me había dicho ella la víspera al verme en camisón.

—No digas disparates —le respondí. Me angustiaba solo de imaginármelo. Baba siempre andaba provocándome, aunque sabía perfectamente que yo nunca había ido más allá de los besos con el señor Gentleman.

—Es lo que les pasa a las paletas tontorronas como tú en cuanto bailan con un muchacho —había insistido al tiempo que abrazaba a un hombre invisible y bailaba un vals entre las dos camas de hierro. Luego estalló en una de sus locas carcajadas y sirvió ginebra en las tacitas de plástico transparente donde teníamos los cepillos de dientes, encima de la mesilla de noche.

A Baba le había dado por llevar una botellita de ginebra en el bolso. No es que nos agradara el sabor del *gin- tonic*, pero nos encantaba su aspecto: admirábamos, cautivadas, su gélido color azulado cuando nos despatarrábamos en nuestras camas duras, bebiendo y comportándonos como si fuésemos chicas mundanas.

Baba había regresado a la casa de huéspedes de Joanna tras su estancia en el sanatorio, y todo había vuelto a ser como en los viejos tiempos, solo que ni ella ni yo teníamos novio. Por supuesto, salíamos y entrábamos —sin echarnos novio formal—, pero las citas entrañaban sus riesgos.

El domingo anterior, Baba había quedado con uno que vendía cosméticos. El chico vino a recogerla en un coche todo cubierto de reclamos publicitarios: REGÁLELE PINK SATIN, PINK SATIN LE DEVUELVE LA LOZANÍA DE LA JUVENTUD. Era un vehículo azul muy llamativo, y las frases estaban escritas en color plata. Baba oyó el claxon y se asomó para evaluar el coche.

—¡Por Dios bendito! Yo en ese vagón de circo no me monto. Baja y dile que me ha dado una hemorragia.

Yo aborrecía la palabra «hemorragia»; era una de esas palabras nuevas a las que recurría para hacerse la interesante. Bajé y le conté al chico que le dolía la cabeza.

—¿Te vendrías tú conmigo?

Le dije que no.

En el asiento de atrás había cajas con folletos y frasquitos de muestra de crema hidratante Pink Satin. Pensé que tal vez me regalaría algo, pero no lo



hizo.

—¿Seguro que no quieres ir al cine?

Le expliqué que no podía.

Y sin mediar palabra arrancó y salió del callejón dando marcha atrás.

—Se ha quedado muy triste —mentí a Baba cuando regresé a la habitación.

—Que le sirva de escarmiento. ¿Has sisado alguna muestra? Me vendría muy bien un potingue de esos bronceadores para las piernas.

—¿Cómo iba a coger muestras, con él dentro del coche?

—Pues distrayéndolo. Haberle enseñado el escote, o el atardecer, yo qué sé.

Baba es una insensata. Se cree que la gente es más tonta de lo que en realidad es. Esos tipejos presumidos que venden cosas y tienen tiendas sin duda saben sumar y restar.

—Apenas si ha abierto la boca —añadí.

—¡Ah, conque era de esos callados! —exclamó Baba con mala cara—. Imagínate cómo tiene que ser una cita con él. Venga, ponte el visón, que nos vamos a un guateque.

Me puse un vestido ligero y fuimos a un baile dominical en el centro.

—No vayas a aceptar cigarrillos de esos indios con turbante, que les echan droga —me advirtió Baba.

Corría el rumor de que la semana anterior habían drogado a dos chicas y se las habían llevado a las montañas de Dublín.

¡Cigarrillos con droga, decía! Ni siquiera nos sacaron a bailar; había muy pocos hombres. Podríamos haber bailado juntas, pero Baba sostenía que eso ya habría sido el colmo. Así que nos quedamos allí plantadas, frotándonos la piel de gallina de los brazos y haciendo comentarios sobre los hombres que en un extremo de la sala estudiaban a las chicas que aguardaban sentadas en bancos muy largos. No sacaban a ninguna hasta que no se reanudaba la música, y entonces parecían elegir en función de quién tuvieran más cerca. Nos acercamos a aquella zona de la pista, pero ni por esas.

Baba prometió que nunca más apareceríamos por un guateque; según ella, teníamos que conocer a gente nueva, diplomáticos y gente por el estilo.

Era lo que yo más deseaba. Algunas mañanas me levantaba convencida

de que ese día conocería a un hombre nuevo y encantador. Me esmeraba con el maquillaje y practicaba ejercicios de respiración que me ayudarían a controlar la emoción del momento. Pero las únicas personas con las que trataba eran los clientes o los estudiantes que me presentaba Baba.

Reflexioné sobre ello en la tienda mientras ponía pegatinas rojas en las cuentas que nos debían desde hacía más de tres meses, y preparé los sobres a toda prisa. Nunca mandábamos las facturas por correo, porque la señora Burns insistía en que nos salía más barato que las entregara Willie, el chico de los recados, que justo en ese momento apareció sacudiéndose la lluvia del sudeste.

—¿Dónde te habías metido?

—En ningún sitio.

Como era habitual a aquella hora de la tarde, tomamos un tentempié antes de que se llenara la tienda. Comimos galletas desmenuzadas, uvas y ciruelas pasas, y unas cuantas cerezas. Willie tenía las manos amoratadas y enrojecidas del frío.

—¿Te gustan, Will? —pregunté cuando vi que hacía un mohín al ver mis zapatos blancos nuevos. Las punteras eran tan largas que tenía que subir las escaleras de lado. Me los había puesto porque esa noche Baba y yo íbamos a una degustación de vinos. Nos habíamos enterado por el periódico, y Baba propuso que nos coláramos. Ya lo habíamos hecho en otros dos eventos: un desfile de moda y el pase privado de un documental sobre un viaje por Irlanda. (Una sarta de embustes: muchachas de melena oscura paseando por Connemara en combinación roja. No me extraña que tuvieran que proyectarla en privado).

A las cinco y media los clientes acudieron en manada al salir del trabajo, y sobre las seis salió la señora Burns a relevarme.

—El ambiente está muy cargado —le dijo a Willie. Con eso pretendía hacer notar que no debíamos haber encendido la estufita de petróleo. ¡Cargado! Entraban corrientes por todas partes, y entre el suelo y el revestimiento de madera había un gran espacio.

Me retoqué el maquillaje en el recibidor, poniéndome pintalabios y sombra de ojos, y me rocié de perfume Ashes of Roses, cuyo nombre me bastaba para que me sintiese seductora. Willie me pasó a escondidas una

bolsa de papel recio para que pudiera meter los zapatos y ponerme las botas de goma. Afuera el agua rebosaba de las alcantarillas y la lluvia golpeaba el tragaluz de la entrada.

—Pórtate bien —me aconsejó al tiempo que me sujetaba la puerta, y se puso a silbar mientras yo corría a refugiarme bajo la marquesina que había a unas pocas yardas al otro lado de la calle. Caían chuzos de punta.

El autobús iba vacío, porque muy poca gente se dirigía al centro a esa hora de la tarde. Aún era temprano para ir al cine. Por el suelo había envoltorios de caramelos y cajetillas de tabaco vacías, y apestaba a sudor. Era un barrio pobre.

Me puse a leer un periódico que encontré en el asiento de al lado. Había un largo artículo escrito por un sacerdote que contaba cómo lo habían torturado en China. Yo de aquel tema sabía bastante, porque en el internado donde estudié una monja nos leía historias de esas los sábados por la noche para distraernos. Nos leía un periódico, *The Standard*, que publicaba innumerables testimonios de curas a los que les habían arrancado las uñas de los pies y monjas encerradas en cuartos oscuros infestados de ratas.

Estaba tan absorta en el largo reportaje del cura irlandés que a punto estuve de pasarme la parada.

Baba me estaba esperando delante del hotel. Parecía un árbol de Navidad. Llevaba un manguito de pieles nuevo y se había fijado el moño con laca.

—¡Madre mía! Pero ¿adónde vas con las botas de agua? —exclamó.

Me miré los pies y caí en la cuenta, afligida, de que me había dejado la bolsa con los zapatos en el autobús.

La única solución era cruzar la calle y esperar a que pasara el mismo autobús en sentido contrario. Como la parada no tenía marquesina, el peinado de Baba se chafó. Luego, para colmo de males, resultó que mis zapatos no estaban y el conductor era otro. El hombre nos dijo que su compañero probablemente los habría llevado a la sección de objetos perdidos antes de irse a cenar.

—Llamad a partir de las diez de la mañana —nos aconsejó.

Baba, al oír aquello, dijo: «¡Hasta otra!», y dio una carrera hasta el hotel. La seguí, muy desanimada.

No resultó fácil entrar, a pesar de que Baba explicó a la chica de la

entrada que éramos periodistas. Rebuscó en el bolso, reconoció que debía de haberse dejado las invitaciones en casa y las describió: eran unas cartulinas de color rosa con una orla dorada. Lo sabía porque la azafata llevaba una pila de invitaciones en la mano a cuyos bordes dorados daba toquecitos, impaciente. A Baba le temblaban las manos mientras registraba el bolso, y se le colorearon las mejillas. La lluvia había convertido en churretes el colorete.

—¿De qué medio son ustedes? —preguntó la muchacha. Se había formado una pequeña cola detrás de nosotras.

—De *Woman's Night* —contestó Baba. Llevaba preparada la respuesta. No existía tal revista.

—Pasen —dijo de mala gana, y por fin pudimos entrar.

Las botas de goma chirriaban al avanzar por el suelo encerado, y me imaginé que todo el mundo estaría mirándome. Era una sala muy suntuosa: lámparas de araña, cortinajes de terciopelo azul oscuro y un rumor de música de baile.

Baba divisó a nuestro amigo Tod Mead y fue a su encuentro. Tod era encargado de relaciones públicas de una importante fábrica de lana, y lo habíamos conocido en un desfile de moda hacía pocas semanas. En aquella ocasión nos había llevado a tomar café y había intentado llevarse a Baba al huerto. Se las quiso dar de hombre hastiado de la vida, pero se notaba que era pura fachada, porque se atiborró a pan con mermelada. Sabíamos que estaba casado, pero no conocíamos a su mujer.

—¡Tod!

Baba se acercó, trastabillando debido a los tacones. Él le besó la mano y nos presentó a las dos personas con las que estaba. Eran una periodista ataviada con un enorme sombrero negro y un hombre extraño de tez cetrina que se llamaba Eugene Gaillard. Este último dijo: «Encantado de conoceros», aunque no parecía en absoluto encantado. Tenía un rostro melancólico, y Tod nos contó que era director de cine. Baba exhibió su sonrisa de suficiencia mostrando al mismo tiempo los hoyuelos y el diente de oro. «Hizo tal y cual», explicó Tod, nombrando una película de la que yo no había oído hablar en mi vida.

—Un clásico del documental, un clásico —apostilló la periodista.

El señor Gaillard la miró, muy serio, y dijo:

—Sí, es magnífico; un retrato pasmosamente realista de la pobreza.  
Su cara alargada adoptaba una curiosa expresión de desdén al hablar.

—¿Qué está haciendo ahora? —se interesó la mujer.

—Me he hecho granjero —contestó.

—Hacendado, más bien —corrigió Tod.

La periodista propuso acercarse a visitarlo un día para publicar un reportaje sobre él. Iba muy bien vestida y apestaba a perfume, pero tenía más de cincuenta años.

—Más nos vale conseguir algo de tinto —me dijo Baba. Le había molestado que ninguno de los dos se hubiera ofrecido a traerle vino. La seguí en dirección a la larga fila de mesas dispuestas a un lado de la sala. Detrás de las mesas, cubiertas con manteles blancos, varios camareros servían copas de vino blanco y tinto.

—No han sido muy amables —masculló Baba.

Oí sus voces y distinguí que Tod decía:

—Esa es la intelectual entrada en carnes de la que te hablé.

—¿Cuál de las dos? —preguntó Eugene Gaillard, sin mucho interés.

—La del pelo largo y las botas de goma —aclaró Tod, y oí que se reía.

Fui corriendo a por algo de beber. Había bandejas con galletitas saladas, pero no las alcanzaba y me dio mucha hambre, pues no había cenado nada.

¡«Intelectual entrada en carnes»! Aquello se me clavó en el alma.

—Qué estilo tan original el tuyo: botas de goma y sombrero de plumas —dijo Eugene detrás de mí, y reconocí su delicada voz sin tan siquiera darme la vuelta—. Hace falta valor —añadió. Era alto, casi tanto como mi padre.

—No tiene ninguna gracia. Es que he perdido los zapatos —reconocí.

—¡Pero aparecer con las botas de agua es muy original! Podría ser el comienzo de una moda. ¿Nunca has oído hablar de esos hombres que solo son capaces de hacer el amor con chicas que llevan puesto un chubasquero de plástico?

—Pues no —reconocí con pesar, avergonzada de mi ignorancia.

—Háblame de ti —dijo entonces, y, sin saber el porqué, de pronto me sentí muy a gusto con él. No se parecía a ninguna de las personas que yo conocía, tenía la cara alargada y cenicienta. Me recordaba a la efigie de un santo esculpida en piedra gris que veía todos los sábados en la iglesia—.

¿Quién eres, a qué te dedicas? —quiso saber, pero no tardó en percatarse de mi timidez y tomó la palabra. Me explicó que estaba allí porque se había encontrado con Tod Mead en Grafton Street y este lo había arrastrado—. Vengo por el ambiente, no por el vino —dijo, fijándose en las ménsulas doradas, en las cortinas afelpadas y en una mujer alta y misteriosa con zarcillos negros que estaba sola junto a la ventana. Si al menos se me ocurriera algo interesante que decirle...

—¿Cuál es la diferencia entre el vino blanco y el vino tinto? —pregunté. Él no bebía nada.

—Pues que uno es blanco y otro es tinto. —Se echó a reír.

Entonces llegó Baba con el manguito blanco en una mano y un puñado de patatas fritas en la otra.

—¿Ya te ha estado contando María de los Dolores las penas de su espantosa infancia? —Se refería a mí.

—Todas, de la primera a la última —repuso él.

Baba hizo amago de fruncir el ceño, pero enseguida soltó una de sus risotadas falsas y empezó a mover las manos arriba y abajo a la altura de los ojos.

—¿Qué es esto? —preguntó. Lo repitió tres veces, pero él no lo adivinaba—. Mano-ojo-pasa: ¡un manojo de pasas! Ja, ja, ja.

Le contó a Eugene Gaillard que llevaba el consultorio sentimental de *Woman's Night* y que se lo pasaba pipa leyendo las cartas tan graciosas que llegaban.

—Mira, ayer —encadenó— recibí una de una pobre mujer de Ballinasloe que decía: «Querida señora: mi esposo me hace el amor los domingos por la noche, cosa que me resulta hartito inapropiada porque los lunes es día de colada y estoy siempre exhausta. ¿Qué puedo hacer para no herir la sensibilidad de mi marido?». Y yo le contesté: «Señora Ballinasloe: haga la colada los martes». —Alzó sus pequeñas manos para resaltar con qué facilidad solucionaba los problemas de esta vida y él rio por compromiso.

—Baba es una chica muy risueña —me dijo, aún sonriendo.

¡Como si yo tuviera que reírle las gracias! Aquel chascarrillo era mío, lo había leído yo en una revista un día que tuve que esperar dos horas en la clínica dental para que me empastaran una muela. Cuando regresé a casa se lo

conté a Baba, y ella, desde entonces, se lo contaba a todo el mundo. Baba había espabilado mucho en el último año: entendía de vinos y se había apuntado a esgrima. Decía que la clase de esgrima estaba llena de señoras con pantalones que la invitaban a casa a tomar chocolate caliente.

En ese momento apareció Tod Mead agitando una copa vacía.

—Se está acabando la bebida, ¿por qué no nos vamos a otro sitio? —propuso a Eugene.

—Estas chicas tuyas son muy simpáticas —contestó Eugene, y Baba empezó a tararear: «Personas simpáticas de gestos simpáticos que están sin blanca...»—. De acuerdo, iremos a cenar.

Antes de salir, Baba pidió que envasen contra reembolso doce botellas de vino blanco del Rin a Joanna, nuestra casera. El objetivo de la degustación era que, una vez que la gente probase los vinos, comprara alguno. Yo sabía que Joanna se pondría hecha un basilisco.

—¿Quién es Joanna? —preguntó Eugene mientras nos dirigíamos a la puerta. Nos despedimos de la periodista y de un par de personas más.

—Ya te contaré durante la cena —dijo Baba.

Mis codos rozaron los de Eugene, y en las piernas noté entonces esa sensación paralizadora que no había experimentado desde que el señor Gentleman y yo dejamos de vernos.

## 2

Cenamos en el hotel. Eugene dejó dicho a uno de los botones que estaría en el salón comedor por si llegaba alguna llamada para él. Estuve nerviosa toda la cena, deseando que lo llamaran para que se fuera y luego volviese. Huelga decir que di por hecho que se trataría de una mujer.

Pedimos consomé, chuletitas de cordero empanadas y patatas fritas. Él no comió mucho. Se ajustaba constantemente los puños de la camisa. Tenía mucho vello en las muñecas y las manos. Un vello oscuro y denso. Baba no callaba un momento. Yo, en cambio, no me mostré muy locuaz; no lograba combinar el deleite de contemplarlo y tener que hablar al mismo tiempo. Me dijo que me parecía a la chica que salía en los billetes irlandeses de una libra.

—A mí nunca me ha durado en la mano un billete de libra lo bastante para fijarme —terció Baba.

—Pues fíjate la próxima vez —le aconsejó.

En ese momento llegó el camarero para rellenar las copas. Me sentía muy dichosa, y la comida estaba riquísima.

—¿El señor Gay-Lord? ¿El señor Gay-Lord? —llamó un botones. Mi corazón dio un vuelco de dolor y alivio.

—¡Es para ti, es para ti! —apremié, y Baba me soltó un puntapié para que me calmara y dejara de ponerme en evidencia. Él se excusó y salió muy despacio.

De espaldas causaba buena impresión: era alto y esbelto, y tenía una pequeña calvicie en la coronilla.

—Es un encanto —observó Baba.

—¡Y rico! —añadió Tod, con una sonrisa peculiar.

Intuí que estaba celoso de algo.



—Es un buen partido —dijo Baba.

—Je, je, je —exclamó Tod riendo, y por la expresión de sus ojillos azules supe que se callaba algo. Tal vez Eugene estuviera comprometido, o casado.

Cuando regresó, hicimos como si no hubiéramos estado hablando de él.

—Lo lamento mucho —dijo—, pero voy a tener que marcharme. He de ir al aeropuerto a despedirme de una persona que se va a América. Si no fuera importante, me quedaría.

Se me partió el corazón, y Baba dejó caer en el platillo de cristal la cuchara llena de helado que sostenía en el aire. Creo que musitó un «vaya».

Tod se puso de pie, muy apurado; supongo que pensaba que le tocaría pagar la cuenta.

—En realidad yo también debería irme, Eugene. La pequeña Sally me está esperando para el té. —Al pronunciar esas palabras se le subieron los colores—. Te acerco al aeropuerto, me pilla de camino.

Casi me desmayo al pensar que Baba y yo tendríamos que pagar la cena, lavando platos durante los siguientes diez o doce años; por suerte, Eugene sacó la cartera y pagó.

Nos estrechó la mano, se disculpó y nos invitó a tomar un licor con el café. Los camareros parecían contrariados: nos habían tomado por unas excéntricas debido a la repentina partida de los hombres y a mis botas de goma.

—Vaya suerte la nuestra —se lamentó Baba en cuanto se hubieron marchado.

—Cuántas mujeres habrán muerto por él... —dije yo.

—Tiene mucha clase —repuso—. Me encantaría salir con él.

Yo solo alcanzaba a preguntarme si volvería a verlo.

—Podríamos escribirle —propuso Baba—. Tú le garabateas algo y yo firmo.

—¿Y qué le diríamos?

—No sé... —Se encogió de hombros y agarró el menú. A pie de página se informaba de que los clientes podían inspeccionar la cocina si así lo deseaban—. ¡Vamos a hacerlo, por echarnos unas risas! —dijo.

—No.

A mí no me apetecía hacer nada salvo quedarme allí dando sorbos a mi

café y haciendo señas al camarero para que me trajera más. ¿Volvería a verlo algún día?

—No te desanimes —dijo por fin Baba—. Se me ha ocurrido una idea brillante.

Sugirió que comprásemos entradas para un baile de alto copete y lo invitáramos, haciéndole creer que nos las habían regalado o nos habían tocado en una rifa, o algo por el estilo.

—Ya te conseguiremos a ti un acompañante; Tod, o Body... Alguien se nos ocurrirá.

Body era un amigo suyo que entrenaba galgos en Blanchardstown. En realidad se llamaba Bertie Counihan, pero lo apodábamos Body porque casi nunca se lavaba<sup>[11]</sup>. Decía que el agua era mala para la piel. Era muy alto y fornido, con el pelo negro y rizado y una cara jovial y colorada.

Hicimos justo lo que Baba había planeado. A finales de semana (una vez cobrado mi sueldo) compramos cuatro entradas para un baile de tenderos que iba a celebrarse en el salón de baile de Cleary en octubre. Luego le sacamos a Tod la dirección de Eugene y le mandamos una carta. Ninguna de las dos pagó el alquiler a Joanna esa semana.

Aguardamos ansiosas su respuesta, y poco me faltó para echarme a llorar cuando por fin llegó. Le contaba a Baba que llevaba años sin bailar y que temía ser un acompañante aburrido para tan alegre ocasión. Muy educadamente, declinó la invitación.

—¡Por los clavos de Cristo, estamos apañadas! —exclamó Baba, tendiéndome la carta. Costaba trabajo descifrar la letra.

—¡Oh, no! —dije yo, más desilusionada de lo que esperaba. Había depositado en aquella velada todas mis esperanzas de verlo otra vez—. Qué vida esta —me lamenté. Teníamos las entradas, pero nadie con quien ir ni vestidos que ponernos.

—Debemos ir, ¡ni en sueños podemos desperdiciar las entradas! —dijo Baba.

—¿Sin abrigo de pieles? —inquirí. A menudo, cuando íbamos al centro por las noches para ver pasar a la gente que se dirigía a los bailes elegantes, nos fijábamos en que casi todas las mujeres llevaban pieles o estolas sobre los vestidos de noche.

—Alquilaremos unos vestidos en la tienda de Dame Street —resolvió Baba.

—Qué asco.

—Más asco da quedarse en este agujero y que se pudran cuatro puñeteras entradas en lo alto de la repisa.

—Pero no tenemos dinero para alquilar vestidos —apunté, contenta de haber dado con una solución tan sencilla. Ya no me interesaba el baile.

—¡Pues vendemos nuestros cuerpos al Colegio de Cirujanos! —protestó—. Que vengan a recogerte cuando te mueras, para que te pongan en lo alto de una mesa, en cueros, y los estudiantes te hagan pedacitos.

Le pregunté si estaba de broma. Contestó que haría cualquier cosa por unos pocos peniques.

Pensé en él, allá lejos, en su caserón, ajeno a la desdicha que nos había infligido. Imaginé un escritorio de madera oscura y tablero de cuero con innumerables plumas y lápices y tinta de dos colores en elegantes frascos de cristal.

—Roba algo en el tugurio ese en el que trabajas. Para lo que te pagan... —dijo Baba.

—Eso es pecado.

—De pecado nada. Aquino dice que está permitido robarle al patrono si no te paga lo suficiente.

—¿Y Aquino quién es?

—Yo qué sé, un pez gordo de la Iglesia.

Al final dimos con una solución. Fuimos recaudando pequeñas cantidades de dinero que pedimos a varias personas y así pudimos alquilar vestidos largos y zapatos de baile plateados. El vestido de Baba era blanco, mientras que el mío era de un morado muy chillón. Era el único de la tienda que me entraba.

En las horas previas al baile estábamos rebotando de actividad. Compramos media libra de sales de baño perfumadas y nos dimos un baño, sin cambiar el agua. Le puse a Baba base de maquillaje en la espalda para tapar los lunares, y ella hizo lo mismo conmigo y me abrochó el vestido. Casi no podía respirar de lo ceñido que me quedaba.

«Piii, piii», sonó el claxon de Body a las nueve en punto, y bajamos

sujetándonos la falda para evitar que se ensuciara la cola. Había venido a buscarnos en la furgoneta azul que usaba para llevar a los perros al veterinario y a sitios así. El olor no dejaba lugar a dudas.

A continuación recogimos a Eamonn White, un mancebo que iba a ser mi acompañante de la noche. Era simpático, pero no paraba de decir «una noche soberbia», «un estilo soberbio», «un chiste soberbio», «una furgoneta soberbia», «una noche soberbia»... Así todo el rato.

De camino paramos en una taberna de North Frederick Street para tomar algo. Los clientes se nos quedaron mirando a Baba y a mí, con nuestros vestidos raídos y los abrigos de *tweed* sobre los hombros. Baba estaba inconsolable porque no había podido alquilar unas pieles.

—¿Qué brebaje preferís? —preguntó Body, dándole a Eamonn una palmada en la espalda.

Eamonn era pionero de la Asociación por la abstinencia total y lucía una insignia de la sociedad, que seguramente habría quitado de la solapa de su chaqueta de diario para poder exhibirla en el traje negro de alquiler. Body se ofendió mucho cuando pidió zumo de tomate, pero Baba intervino y dijo que, para compensar, nosotras tomaríamos copas dobles.

Bailé con Eamonn casi toda la noche, pues era mi acompañante. «Una noche soberbia, soberbia», no se cansaba de repetir. Era su primer baile de gala. Todo lo maravillaba: el efecto resbaladizo de la pista, las luces rosas, las dos bandas, las flores de papel que colgaban del techo y las mesas dispuestas con exquisitez para la cena. Mi vestido era sin mangas, y tuve la impresión de que no despegó las manos rosadas y cálidas de mi espalda en toda la velada. Tenía el pelo y las pestañas rubios, y su tono rosáceo me recordaba a los lechones del pueblo.

Body era distinto: «Eres una mujer muy noble», me dijo más tarde, cuando, mientras bailaba con él subida a los zapatos plateados de alquiler, me preguntaba si algún día bailaríamos un vals con Eugene Gaillard. Me alegraba de que no hubiese venido, de ese modo me ahorré que me viera con aquel vestido viejo y ridículo balbuceando tonterías para caer bien a los demás.

Tomamos vino con la cena y luego, como de costumbre, Body bebió demasiado y empezó a dar la nota. Con el menú enrollado a modo de altavoz vociferó:

—¡Viva la República! ¡Viva Noël Browne! ¡Viva Castro! ¡Viva yo!

Eamonn se retiró de la mesa, horrorizado, y no regresó. La abstinencia le impedía comprender la feliz locura que la bebida provocaba en la gente.

A las dos, justo cuando todo el mundo se había contagiado de la alegría y los músicos habían empezado a lanzar gorritos de papel, Baba y yo nos llevamos a Body a casa. Estaba demasiado ebrio para conducir, así que dejamos allí la furgoneta azul y cogimos un taxi. No teníamos ni idea de dónde vivía. Es curioso que lo conociéramos desde hacía un año y sin embargo no supiésemos eso. Así es Dublín. Conocíamos la taberna que frecuentaba, pero no su casa. Lo llevamos con nosotras y lo dejamos en el sofá de pelo de caballo de la salita de Joanna.

—Baba, Caithleen, una cosa os quiero decir: sois dos mujeres muy nobles, nobles de verdad... Y Parnell era un hombre orgulloso, más orgulloso que un pavo real, y un hombre orgulloso se hace querer... Pasad la botella... ¿Os apetece una copa? ¡Camarero! ¡Camarero...! —E hizo ondear un billete de una libra, creyendo que aún estaba en el baile.

—Duérmete un ratito —dijo Baba, apagando el interruptor. La voz de Body se extinguió al mismo tiempo que la luz, y pasados unos instantes su respiración se hizo más trabajosa.

Sabíamos que tendríamos que levantarnos a las seis para sacar a Body de casa antes de que a las siete sonase la alarma de Joanna.

—Tenemos solo tres horas para dormir —apuntó Baba mientras me desabrochaba el vestido y me ayudaba a quitármelo. El sostén nuevo con aros de acero me había producido unas ronchas—. Reclamaremos —añadió al vérmelas.

Nos metimos en la cama sin lavarnos la cara, y cuando desperté sentí como si la base de maquillaje se hubiera convertido en fango.

—¡Ay, madre! —le dije a Baba al oír que Body estaba gritando en el piso de abajo: «¡Chicas! *Filles!* No veo el baño de caballeros, ¿es que no tienen servicios aquí? ¿Dónde me meto?».

Las dos nos precipitamos al descansillo para hacerlo callar, pero Joanna se nos había adelantado.

—Jesús encuentra a su afligida madre —masculló Body al tiempo que Joanna bajaba las escaleras en dirección a él con su enorme camisón rojo y el

pelo canoso recogido en una trenza que le caía por la espalda.

—¡Ladrón! ¡Ladrón! —gritaba, y antes de que nos diera tiempo a reaccionar ya había pulsado el botón del pequeño extintor que colgaba de la pared, al final de las escaleras, dirigiendo el chorro hacia él—. ¡Quiero la policía! —chillaba; entretanto, Body intentaba explicarse, pero no lograba hacerse oír.

—¡Suelta ese trasto, que es amigo nuestro! —intervino Baba, corriendo escaleras abajo.

Body estaba cubierto de un líquido blancuzco y pegajoso que parecía champú, y se le había empapado la camisa del traje. El pelo húmedo le caía sobre la cara formando unas guedejas aceitosas.

—Es amigo nuestro... —repitió Baba, melancólicamente—. Que Dios nos proteja de nuestros amigos...

—¿Lo llamas amigo, eh? —dijo Joanna.

Body apoyó la mano en la baranda e hizo amago de subir. Joanna le cerró el paso.

—Tengo que cambiarle el agua al canario —explicó Body, secándose la cara con un pañuelo.

—¿Cuál canario? ¡Aquí no hay ningún canario! —bramó, pero Body la apartó—. ¡Gustav, Gustav! —llamó, aunque yo sabía que el cobarde de Gustav no saldría.

—Jesús cae por primera vez —salmodió Body al tropezar con un desgarrón del linóleo marrón.

Baba fue corriendo a levantarlo. Después, lo ayudamos a entrar en el baño para que se limpiara el pelo y la cara.

—¿Quién es esa arpía? ¿Se puede saber quién diablos es? —preguntó mientras se miraba en el espejo del baño y se examinaba los ojos inyectados en sangre y los rizos grasientos. Se sonrió—: Fijaos en este mentón. Mirad, Baba, Caithleen; yo tenía que haber sido estrella de cine o boxeador. Yo, frente a frente con Jack Doyle, o con Movita. Ay, Movita, Movita, qué sonrisa mística la tuya... ¿Quién es la arpía entonces?

Joanna aporreó la puerta del baño.

—Fuera de mi casa. Yo *porcedo* de buena familia austriaca, mis hermanos médicos y *funcionaros*.

—Mis huevos —replicó él.

—¿Qué huevos?

Baba le metió la toalla en la boca para que se callase, pero aun así logró murmurar:

—La Verónica enjuga el rostro de Jesús...

—Venga, vamos a bailar al otro sitio —apremió Baba, y misteriosamente consiguió sacarlo de la casa y dejarlo en la parada del autobús. Para entonces ya eran las siete y media.

Joanna se encontró en la hornilla un cazo con una docena de huevos dentro. Al parecer, Body había puesto huevos a cocer en mitad de la noche, y el agua se había evaporado del todo. Al ver que había quemado la cacerola, le dio otro arranque de ira.

—Os vais de mi casa hoy —nos dijo—. Mi cacerola buena, mi cacerola mejor. Y docena de huevos de campo para ponche para Gustav, y mi extintor. No voy gastar todo este dinero por frívolas. Os digo que mejor soy muerta que pobre. —Estaba al borde de las lágrimas cuando nos enseñó el cazo lleno de huevos ennegrecidos.

—De acuerdo —respondió Baba—. Pues nos iremos.

Comenzó a subir las escaleras, pero Joanna la agarró del cinturón de la bata.

—¿No podéis dejarme, *ja*? Soy *gutt* con vosotras, como madre. Remiendo ropa vuestra, y plancho.

—Nos vamos —se obcecó Baba.

—Por favor, no. —Joanna tenía ya lágrimas en los ojos.

—Nos lo pensaremos —cedió Baba, y entonces Joanna la pilló guiñándome un ojo y supo que no nos marcharíamos, con lo que se puso pesada de nuevo.

Yo lo único que quería era volver a la cama, pero ya había amanecido y tocaba vestirse y enfrentarse a un nuevo día.

### 3

Por suerte para mí, era miércoles y, como era habitual, la tienda solo abría hasta mediodía.

Devolví los vestidos y los zapatos a la tienda, y luego recogí unas fotos que me había hecho un fotógrafo callejero la semana anterior. Estaba cansada y nerviosa debido a la falta de sueño y el revoltillo de bebidas que habíamos tomado. Lamenté no ser rica para poder pasarme toda la tarde bebiendo café o yéndome de compras para animarme.

Luego, como siempre, me pasé por la librería que había al final de Dawson Street donde me sentaba un ratito a leer de balde. Ese día leí veintiocho páginas de *La hija de la mujer de la limpieza* de una tacada y luego salí de nuevo a la calle; había quedado con Baba en O'Connell Street.

Al bajar los peldaños de piedra de la librería di con él de bruces. Lo vi justo una décima de segundo antes de que él me viera a mí, y estaba tan estupefacta que poco me faltó para echar a correr.

—¡Ah, eres tú! —exclamó con sorpresa al alzar la vista. Debía de haber olvidado mi nombre.

—Hola, señor Gaillard —dije yo, intentando disimular la emoción.

A plena luz del día su cara era distinta: más alargada, más melancólica. Un chaparrón había provocado nuestro encuentro. Se había refugiado bajo el pórtico, y yo me quedé a su lado. Mi cuerpo se volvió de gelatina solo de estar a su lado y aspirar su agradable olor. Mantuve la mirada fija en la punta larga y ridícula de mi zapato blanco, que se había ensuciado por la lluvia y el uso.

—¿Qué has hecho últimamente, además de ir a bailes? —se interesó.

—Sí, estuvimos anoche, fue maravilloso, una banda fabulosa, y la cena, y



todo.

Por Dios, pensé, soy más sosa que el agua de fregar. ¿Por qué no puedo decir algo interesante? ¿Por qué no le confieso lo que siento por él?

—La lluvia centellea en las aceras —proseguí en un falso raptó de elocuencia.

—¿Que centellea? —repitió, esbozando una sonrisa inquisitiva.

—Sí. Es una palabra bonita.

—Sí que lo es —y asintió.

Noté que se aburría y pedí a Dios que se produjera una inundación para poder quedarme allí con él para siempre. Imaginé que el agua iba subiendo pulgada a pulgada, que anegaba la calzada, las aceras, los peldaños, nuestros tobillos, nuestras piernas, nuestros cuerpos, y nos unía como en un sueño, aislándonos del resto del mundo.

—Está arreciando —observé, señalando un nubarrón que se cernía sobre la ciudad, cada vez más oscura.

—Solo es un chaparrón —dijo él, haciendo que se esfumaran mis locas esperanzas—. ¿Qué te parece si tomamos un té? ¿Te apetece? —propuso.

—Me encantaría.

Y cruzamos la calle bajo la lluvia para entrar en un salón de té.

He olvidado de lo que hablamos. Recuerdo haber enmudecido de felicidad y sentir que Dios, o alguien, nos había predestinado. Engullí tres pastelitos; él insistió en que tomara un cuarto, pero no quise por temor a que fuera de mala educación. Fue entonces cuando me preguntó cómo me llamaba. Yo tenía razón: se le había olvidado.

—Cuéntame, ¿qué te gusta leer? —preguntó.

Tenía la costumbre de sonreír cada vez que lo miraba a los ojos, y, aunque su mirada era triste, tenía una sonrisa muy agradable.

—Chéjov, y James Joyce, y James Stephens, y... —Me interrumpí abruptamente; ¿y si se pensaba que era una petulante?

—Tengo que prestarte algún libro, un día de estos —dijo.

¿Un día de estos? ¿Cuándo?, pensé mientras me concentraba en las hojas de té del fondo de su taza. Le serví una segunda taza, usando el minúsculo colador que la camarera había traído con retraso. El té fluía muy despacio a través del delicado tamiz.

—Bah, no merece la pena —dijo, de modo que desechamos el colador y lo apoyamos en un platillo para que no chorreara.

Sabía que Baba me estaría esperando y que debía irme, pero no era capaz de levantarme y separarme de él. Adoraba aquella cara alargada y triste y aquellas manos tan fuertes.

—A menudo me pregunto en qué piensan las chicas de tu edad. ¿En qué piensas tú? —preguntó después de haberme mirado fijamente varios segundos.

Yo solo pienso en ti, pensé, y me ruboricé un poco. En voz alta dije, en un tono insulso y ridículo:

—No pienso en muchas cosas, en realidad; pienso en comprarme ropa nueva, en las vacaciones, o en lo que almorzaré.

Ahora me parece recordar que suspiró, y yo, para disimular el bochorno, solté una risita nerviosa y añadí que algunas chicas pensaban en casarse con hombres ricos, y que conocía a una que se dedicaba en cuerpo y alma a su melena; se la lavaba cada noche, controlaba cuánto había crecido todas las semanas, y le cubría la mitad de la espalda, igual que una capa dorada. Pero no le procuraba ningún placer, sino todo lo contrario: era una fuente continua de preocupaciones.

—¿Dónde te vas de vacaciones? —quiso saber, y yo dejé escapar un suspiro, porque mi mayor deseo era ir a un hotel y que me sirvieran el desayuno en la cama. Nunca había desayunado en la cama, salvo una o dos veces en el internado, cuando me ponía mala, pero entonces lo que me daban era una taza de purgante muy caliente que tenía que beberme de un trago. Sor Margaret siempre se quedaba conmigo hasta que me la bebía entera, insistiendo en que era bueno tanto para el cuerpo como para el alma.

—Me voy a mi casa.

—¿Y dónde es eso?

Le expliqué.

Mi padre ya no se alojaba en el pabellón, sino que había vuelto a nuestra vieja casa, donde vivía con mi tía. Se lo describí lo mejor que pude.

—¿Te gusta tu casa?

—Hay muchos árboles. Es un lugar muy solitario.

—Los árboles me gustan —afirmó él—. Siempre estoy sembrando...

Tengo miles de árboles.

—¿Ah, sí? —repuse. Tenía la impresión de que me estaba tomando el pelo, y eso no me gustó.

Miró su reloj e, inevitablemente, dijo que tenía que irse.

—Lo siento, pero tenía una cita a las cuatro.

—Lamento haberte entretenido —dije mientras nos poníamos de pie. Pagó la cuenta y cogió su boina de pana del perchero de caoba.

—Gracias, ha sido un encuentro muy agradable —me dijo ya en los escalones de fuera.

Le di las gracias, se levantó la boina y se fue. Lo vi alejarse. En aquel momento me pareció un dios de tez oscura que me daba la espalda. Alargué la mano para atraerlo de nuevo hacia mí, pero solo atrapé gotas de lluvia. Tenía la sensación de que aquella agua nunca dejaría de caer, silenciosa. Los autobuses iban llenos, porque ya habían dado las cinco, y Baba estaba enfadadísima cuando llegué, más de una hora tarde.

—¡Eres una imbécil rematada! —ladró.

No le conté que había estado con él.

Tomamos café y luego, tal y como habíamos acordado, llegó Body. Tomamos más café, nos pidió perdón por todo lo ocurrido y nos dio cinco libras para cubrir los gastos de las entradas del baile. Después nos llevó en taxi al canódromo de Harold's Cross.

A la semana siguiente volví a Dawson Street y estuve dos horas delante de la librería, pero Eugene Gaillard no apareció, ni el miércoles siguiente, ni al otro.

Deambulé por aquella zona cuatro miércoles seguidos esperando ver su abrigo largo negro con cuello de astracán. Me lo imaginaba en el café Robert's, contemplando a las chicas de pelo negro. Decía que le gustaban el pelo y los ojos oscuros y la piel muy clara, que esos rasgos le transmitían un agradable sosiego. Yo también fui a Robert's, y pensé en él: en la cena no había querido patatas, y bebió agua, así que yo también me acostumbré a tomar agua con las comidas. La del grifo de Joanna no era tan fresca ni tan burbujeante como uno se imagina que debe ser el agua, pero me agradaba hacer algo que él también hiciese.

Aguardé y vagué, segura de que me tropezaría con él, y aquella loca

esperanza bastaba para infundirme ánimo. Casi podía olerlo, admirar el vello negro de sus manos y sus andares altivos. Pero transcurrió un mes entero sin que se produjera el ansiado encuentro. En una ocasión vi su coche aparcado en Molesworth Street y esperé una eternidad en la puerta de una mercería cerrada hasta que me ganó el hambre y volví a casa. Al día siguiente le escribí proponiéndole que quedáramos para tomar un té el miércoles de la semana siguiente.

Pasó la semana y llegué al restaurante, muy afligida. Allí estaba él, en una mesa leyendo el periódico.

—Caithleen —dijo al verme entrar. Era la primera vez que pronunciaba mi nombre.

—Hola —saludé, temblando, y me pregunté si debía disculparme por haberle escrito. Me senté sin quitarme el raído abrigo y con un pañuelo de gasa azul nuevo al cuello.

—Quítate el abrigo —dijo, y yo acaté la orden y lo dejé en el respaldo de la silla—. Siempre se me olvida lo guapa que eres hasta que vuelvo a tenerte delante —añadió, examinando mi cara concienzudamente—. Qué lozanía la tuya, adoro tus mejillas-de-paseo-en-bici-por-la-carretera-de-circunvalación.

Yo siempre tenía las mejillas sonrosadas, por muchos polvos que usara. Pidió sándwiches, varias porciones de tarta, bollitos y galletas. Temí tener que pagar yo la cuenta —dado que la invitación había sido mía—, pues solo llevaba diez chelines en el monedero. Puso los codos en la mesa y apoyó la barbilla en el puño. En reposo se le bajaban los párpados a medias, y cuando se esforzaba en alzarlos resultaba sorprendente la tierna expresión de sus enormes ojos castaños. Tenía un rostro severo y señorial, pero sus ojos eran bondadosos.

—Bueno... —continuó, dedicándome una sonrisa—. Pues aquí estamos.

Se había cortado al afeitarse y tenía un punto de sangre seca en la barbilla.

—Espero que no te haya molestado la invitación —dije.

—No, en absoluto. En realidad me alegré mucho, he estado pensando en ti estas últimas semanas.

—Cinco —puntalicé.

—¿Cinco qué?

—Cinco semanas. Hace cinco semanas que nos conocemos.

Se echó a reír y me preguntó si llevaba un diario, y entonces pensé que era muy astuto.

—Háblame un poco más de tu vida social —rogó al tiempo que yo hincaba el diente a un milhojas, y enseguida me limpié los labios con la lengua.

—Pensaba que volvería a verte —reconocí abiertamente.

—Ya lo sé, es que... —Se interrumpió y toqueteó las pinzas del azúcar—. Verás, es que es complicado. Te seré sincero: no quiero comprometerme. Debe de ser cosa de mi innata prudencia puritana, porque Baba y tú sois dos chicas encantadoras, y yo ya estoy mayorcito para saber lo que me hago.

No metas a Baba en esto, pensé a la vez que preguntaba:

—¿A qué te refieres con «comprometerte»? —Se me quebró la voz y el corazón se me salía del pecho.

—Eres una buena chica. —Al decir esto alargó la mano y me acarició la muñeca, y le pregunté entonces si podríamos vernos para tomar un té de vez en cuando—. Es lo que estamos haciendo ahora mismo —respondió, indicando la tetera plateada con la cabeza—. Incluso podemos ir a cenar.

—¿Cenar?

—¡Cenar! —repitió, imitando mi voz jadeante y extrañada.

Ese día cenamos juntos y luego, como hacía una noche fresca y brumosa de noviembre, fuimos hasta Clontarf y paseamos por el espigón de Bull Wall. Me cogió de la mano, aunque sin apretarme los dedos ni enlazarlos con los suyos; simplemente me agarró la mano con naturalidad, como se agarra la mano de un niño o de una madre.

Me habló de América, donde había vivido algunos años. Había estado en Nueva York y en Hollywood.

El mar estaba sereno, las olas rompían suavemente contra los peñascos y el aire tenía un olor fuerte y desagradable a ozono. No era capaz de distinguir si la marea subía o se retiraba. Siempre cuesta trabajo averiguarlo a primera vista.

—Se está retirando —me dijo, y lo creí. Creía todo lo que me contaba.

Mientras paseábamos por el espigón de cemento fumamos un cigarrillo a medias. Las sirenas para la niebla bramaban hacia el mar, y más allá de la

bruma una guirnalda de farolas delimitaba el puerto describiendo una curva igual que si fuera un collar de luz. Los faros parpadeaban en todas direcciones, y a mí me encantaba contemplar el ritmo de esos destellos que oscilaban para los barcos allá en el mar solitario. Me hacían pensar en toda la gente que espera a otras personas a lo largo y ancho de este mundo. Por una vez no me sentía sola, porque me acompañaba alguien con quien yo quería estar. Llegamos al extremo de la escollera y nos quedamos mirando las piedras, las pozas y las lenguas de algas que lo cubrían todo. Me habló de otro mar, del remoto Pacífico.

—Cuando se me hacía insoportable estar en Los Ángeles solía coger el coche y llegar hasta el mar. El cielo siempre está despejado en California, es de un azul penetrante, y el asfalto desprende calor, y los rostros bronceados y rapaces exhiben orgullosos su llana frivolidad. A mí lo que me gusta es la lluvia, la soledad... —Hablaba en un tono tranquilo, gesticulando con las manos sin cesar. Yo apenas distinguía los contornos de su rostro, verdoso bajo la luz de la luna, y la brasa del cigarrillo con filtro que compartíamos.

—¿E ibas en coche? —pregunté, con la esperanza de que me revelara algún detalle de su vida, aposta o sin querer.

—Sí, en coche, y luego caminaba por las playas del Pacífico, inmensas y blancas, delimitadas a un lado por el asfalto y al otro por las torres de perforación. Daba puntapiés a las latas de cerveza vacías y añoraba mi hogar.

Me resultó extraño que no figurase ninguna otra persona entre sus recuerdos. Solamente describía el lugar, la playa blanca, las latas de cerveza y las naranjas pútridas y malolientes que encontraba junto a la carretera.

—Hablas de los sitios donde has estado como si hubieras estado siempre solo —observé.

—Sí, yo iba para monje.

—¡Pero si no eres católico! —porfié al punto.

Soltó una sonora carcajada. Era extraño e inquietante oír su risa imponerse sobre el sonido del vaivén de las olas y la respiración afanosa de dos personas tumbadas entre las rocas haciendo el amor. Dijo que los católicos eran las personas más tercas del mundo y que su monomanía le provocaba terror.

En la punta de la escollera contemplamos cómo el agua lamía el muro de

cemento y me contó que había ganado trofeos y medallas de natación en su juventud. Había pasado casi toda su vida en Dublín, con su madre, y empezó a trabajar con doce o trece años. Su padre los había abandonado siendo él niño, y por aquel entonces había tenido que esculcar las playas en busca de chatarra.

—Encontraba chelines muy a menudo —afirmó—. Soy una persona con suerte, siempre encuentro cosas. Incluso te he encontrado a ti, con esos grandes ojos de lémur. ¿Sabes lo que es un lémur?

—Sí —mentí, y cambié de tema rápidamente, temerosa de que quisiera comprobar si decía la verdad.

De camino a mi casa, dijo:

—Hacía mucho tiempo que no pasaba una velada con una chica tan encantadora.

—Continúa —le dije, mirando su perfil delicado y deseando saber de todas las mujeres con las que había estado, sus perfumes, las cosas que decían, por qué había terminado con ellas.

Me contó que hasta que cumplió los veinticinco, en su etapa de aprendiz de varios oficios (proyeccionista, jardinero, electricista), solo había podido permitirse mirar a las chicas, igual que uno mira las flores o los barcos del puerto de Dun Laoghaire.

—Es cierto —añadió, volviéndose para sonreírme.

Era una bonita sonrisa, y yo me arrimé aún más y rocé con la mejilla el paño gris y peludo de su abrigo.

Aquella noche no me besó.

## 4

A partir de entonces nos vimos tres noches por semana. Entre una cita y otra me escribía postales, y con el tiempo empezó a mandarme cartas. Me llamaba Kate, porque para su gusto Caithleen sonaba «a Irlanda profunda»; ignoro lo que querría decir con eso.

Todos los lunes, miércoles y sábados iba a esperarme a la tienda en su coche. Y cada vez que me sentaba a su lado yo temblaba, presa de una fantástica felicidad. Una noche durmió en un hotel de Harcourt Street para, al día siguiente, quedar conmigo a la hora del almuerzo y comprarme un abrigo. Se acercaban las Navidades, y, por lo demás, mi viejo abrigo verde daba pena verlo. Me regaló uno gris de astracán con el cuello rojo de terciopelo y los bajos acampanados.

—Me tienes prendado —dijo mientras me paseaba por la tienda para que pudiera darle el visto bueno al abrigo. Habría preferido que no me escrutara, porque tengo unos andares muy rígidos y me avergüenzo cuando la gente me mira—. Te queda fenomenal —confirmó, aunque a mí me parecía que me hacía parecer más gorda.

Lo compramos. Le pedí a la dependienta que me envolviera el viejo. Era una mujer muy afectada, con el pelo plateado y una bata de color lila abrochada hasta el cuello. Luego me compró seis pares de medias y nos regalaron otro más. Manifestó entonces que consideraba inmoral que te regalaran un par de medias solo por poder permitirte comprar seis, pero yo estaba encantada.

Pensé en mamá y en lo mucho que le habría agradado la oferta, y sabía que, de haber podido, habría abandonado su fría sepultura en el lago del Shannon para aprovechar semejante ganga. Se había ahogado cuando yo tenía



catorce años. A ratos me sentía culpable, porque con él era muy dichosa y en cambio a mi madre nunca la había visto feliz o contenta. Estar en aquella tienda tan sofisticada me hizo recordarla. Unas semanas antes de que muriera ahogada, fuimos juntas de compras a Limerick. Había estado ahorrando dinero de la venta de los huevos durante semanas, porque, a pesar de que teníamos una finca grande, siempre andábamos cortos de dinero en metálico; papá bebía mucho y debía aún más; mamá también había vendido unas gallinas viejas a un mercachifle que solía pasar por casa para comprar plumas y trastos. En Limerick se había comprado una barra de labios. Se probó los diversos tonos en el dorso de la mano y caviló largo rato hasta que por fin se decidió por uno de color anaranjado en un estuche negro y dorado.

—Mi madre está muerta —le dije mientras esperábamos el cambio. Quería añadir algo más, algo que lograra transmitir el banal sacrificio de su vida: explicarle que tenía un hombro más bajo que el otro de tanto acarrear cubos de grano para las gallinas, o que escondía chokolatinas bajo la almohada para que me las comiera en la cama si me entraba miedo de papá o del viento.

—Pobre —dijo—. Estoy seguro de que era una buena mujer.

Almorzamos en el restaurante que había junto a la tienda, y yo comí preocupada por llegar tarde al trabajo.

Cuando caminaba detrás de mí por un callejón sin salida angosto y empedrado en dirección adonde había aparcado el coche, me dijo:

—Con ese abrigo pareces Anna Karénina.

Pensé que debía de tratarse de una amiga suya, o de una actriz.

En el coche, dije sin pensar:

—¿Te gustaría venir a tomar el té a mi casa?

Baba había estado atosigándome para que lo invitara un día y así poder flirtear con él.

Aceptó la invitación y prometió estar allí a las siete.

Me dirigí corriendo a la tienda y él me gritó entre risas que tuviera cuidado con el abrigo nuevo. Yo le lancé un beso.

—¡Estás echando un buen pandero! —dijo a voces. Casi me muero de vergüenza, pues lo oyeron unos clientes que esperaban en la puerta a que abriera.

Esperé a que la señora Burns estuviese distraída y le escribí una nota a Joanna para pedirle que preparase algo especial. Era viernes, y los viernes tocaba pudin con mermelada. Repetíamos menú todas las semanas. Joanna decía que era su «nuevo sistemático».

Willie llevó la nota y regresó sujetando la respuesta de Joanna entre los labios azulados y hambrientos: «*Mein Gott*, no voy gastar lujos por un señor rico».

Así las cosas, decidí comprar por mi cuenta una tarta en la pastelería de al lado. Era un pastel muy caro recubierto de coco rallado. Se lo mandé junto con una caja de galletas y un tarrito de muestra de jalea de arándanos. Al volver, Willie me contó que había guardado el pastel en una caja de lata, lo cual significaba que iba a reservarlo para Navidad. Aún quedaban cinco semanas para eso. Pasé toda la tarde con el corazón en un puño, alternando entusiasmo, euforia y desdicha. Me equivoqué dos veces con el cambio, y la señora Burns me preguntó si estaba en esos días delicados. Al final estaba tan alterada que esperaba sinceramente que no apareciera. No me sacaba su rostro de la cabeza, sus ojos graves y la vena que se le marcaba en una sien. A continuación me dejé aterrorizar por la idea de que cuando viese dónde vivía no querría volver a salir conmigo.

La casa de Joanna estaba limpia, pero muy destartada. Era una casa adosada de ladrillo, forrada de linóleo de arriba abajo. En el recibidor había colocado una estera por la que había pagado una miseria. Los muebles eran lúgubres y macizos, y el salón estaba plagado de perros de porcelana, baratijas y bibelots. Sobre el piano había una maceta con un ficus.

Cuando llegué a casa, Baba ya estaba arreglada. Joanna debía de haberle contado que vendría. Se había puesto los pantalones de tela escocesa y una rebeca gruesa del revés. El cuello de pico y los botones quedaban a la espalda.

Al entrar en la sala oí que Joanna decía:

—No es bien para el suelo estas chicas con zapatos con puntas.

Nuestros tacones de aguja habían dejado marcas en el linóleo.

—No tengo otros —replicó Baba con su voz descarada de «vete al cuerno».

—*Mein Gott*, arriba está lleno de zapatos, debajo de camas, de tocador,

no veo más que zapatos, zapatos y más zapatos.

Ambas se fijaron en el abrigo nuevo.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó Baba.

—¡Abrigo nuevo! Astracán... —dijo Joanna. Acarició el puño y añadió —: Rica, eres una chica rica. Yo no he tenido abrigo nuevo desde nueve años, cuando salí de mi país. —Y alzó nueve dedos, como si yo no supiera contar —. Me das el viejo, ¿a que sí? —dijo con una sonrisa.

—¿Qué hay para acompañar el té? —inquirí. Había pedaleado tan rápido para llegar a casa que me dolía el pecho. Él aparecería de un momento a otro.

—¡Me preguntas qué hay! Ya sabes lo que hay con el té —contestó Joanna.

—Pero Joanna, escucha: es un hombre muy especial, y rico, ¿entiendes? Se codea con estrellas de cine, conoce a Joan Crawford. Anda, Joanna, por favor, por favor... —Exageraba para impresionarla.

—¡Rico! —repitió Joanna, alargando la erre; su palabra preferida, el único poema que conocía—. Y yo te digo que yo no soy rica. Soy pobre mujer pero *porcedo* de buen hogar, de buena familia austriaca, respetable, y expulsada de mi propio país.

—Él también es de por allí —dije, con la esperanza de ablandarla.

—¿De dónde? —preguntó, como si la hubiese insultado.

—De Baviera o de Rumanía, de por ahí.

—Es un judío, ¿no? —Achinó los ojos—. No me gustan los judíos, son un poco roñicas.

—No sé si será judío, pero te aseguro que tacaño no es —dije, y por poco no le conté que me había regalado el abrigo.

Baba, a quien no se le escapaba una, canturreó:

—¿De dón-de ha sa-li-do e-se a-bri-gui-to?

—Mi padre me ha mandado dinero —mentí.

—¡Pero si tu padre vive de la beneficencia!

No llevaba sujetador y se le distinguía la forma de los pezones a través de la lana blanca.

—¿Qué vamos a tomar con el té? —pregunté de nuevo.

—Pudin con mermel... —respondió Baba. El repentino toque del timbre se impuso sobre su voz aguda, y yo subí corriendo a mi cuarto a maquillarme

un poco.

Baba fue a recibirlo.

Me puse un vestido celeste, porque los colores claros me favorecen. Tenía un estampado plateado, cristalino, como de copos de nieve, con escote. Era un vestido de verano, pero quería ponerme guapa para él.

En la puerta del comedor me froté los brazos para quitarme la piel de gallina y me detuve a oír de qué estaban hablando. Distinguí su vocecita, y a Baba llamándolo por su nombre de pila. Entré en la estancia con poco garbo.

—Hola —me saludó al ponerse de pie para estrecharme la mano. Baba se había sentado a su lado y apoyaba un codo en el respaldo curvo de su silla. Él parecía más alto comparado con los techos de la casa, y me avergoncé de la pequeñez de la sala de estar. Parecía aún más desastrada ahora que él estaba allí; los visillos se habían oscurecido por el humo y los sonrientes perros de porcelana de la vitrina resultaban ridículos.

—Espero que no te haya costado mucho dar con la casa —dije, intentando disimular la timidez.

Es curioso que nos mostremos más apocados con la gente en nuestra propia casa. En la calle podía dirigirme a él sin reparos, pero en casa algo me retraía.

Joanna trajo el pudin en una bandeja, cubierto con una gasa.

—*Mein Gott*, es muy caliente —dijo al depositar la bandeja en una pila de manteles caseros que Gustav había cortado de un trozo de linóleo. Le quitó el paño húmedo al dulce.

—Caliente, caliente —le dijo Baba a Eugene, guiñándole un ojo. El pudin estaba blancuzco y parecía muy grasiento; me recordó a un cadáver.

—Yo hice, casero —explicó Joanna, henchida de orgullo. Al cortar el pudin en pedazos caían en el plato hilillos de mermelada de frambuesa caliente que a continuación ella recogía con una cucharilla para regar cada porción—. Para mi nuevo invitado, muy simpático —dijo, sirviéndole el primer platillo. Él lo rechazó, aduciendo que no comía hojaldre.

—No, no, no es *hojaldra* —insistió Joanna—. Muy buena receta austriaca.

—Se me clavan las pepitas de frambuesa entre los dientes —dijo, medio en broma.

—Pero sácate los dientes, ¿eh? —sugirió.

—Es que no son postizos —aclaró entre risas—. Tomaré solo una taza de té, gracias.

—No come mi comida. —Parecía consternada, y le dedicó una sonrisa bobalicona.

—Es por mi estómago —explicó—. Tengo un agujero, aquí. —Y se dio unos toquecitos a la altura de la tripa por encima del jersey negro. Poco antes le había pedido permiso a Joanna para quitarse la chaqueta. El color negro le favorecía; le daba un aire esbelto y religioso.

—¿Estreñimiento? —preguntó Joanna—. Tengo la bolsa arriba, traje conmigo de mi país, ¿cómo se llama...? ¿Enema?

—Por el amor de Dios —terció Baba—, deja que se tome el té en paz.

—No es más que un dolor que me da —le explicó Eugene—, por la ansiedad...

—¿Ansiedad? ¿Un hombre rico? —porfió Joanna—. ¿Qué ansiedad puede tener un hombre rico?

—El mundo —contestó.

—¡El mundo! —chilló—. Está un poquito loco, me parece. —Entonces, temerosa de haberse pasado de la raya, añadió—: Es una pena por su pobre estómago, pobre hombre. —Y le acarició la calva de la coronilla como si lo conociera de toda la vida. Al minuto fue a buscar pepinillos, salchichón, aceitunas negras, jamón ahumado y un plato de mostachones caseros.

—¡Uy, qué rico! —exclamó Baba, imitando un arrullo. Escogió una aceituna negra brillante y, sujetándola entre dos dedos, la besó.

—No, una equivocación —dijo Joanna, arrebatándosela—. Esto es especial para el señor Eugene.

—Eso es, Joanna, los extranjeros debemos arroparnos mutuamente —convino él, pero en cuanto Joanna salió a preparar el té nos hizo un sándwich de jamón a cada una—. ¿Por qué motivo pensaba yo que las jovencitas eran escrupulosas con la comida? —se preguntó, inclinado sobre el platillo de la mermelada, y eso provocó en Baba uno de sus ataques de risa. Baba había desarrollado una risa nueva y escandalosa. Se volvió hacia Eugene y le dijo:

—Nada me gusta más que un hombre culto.

Él le respondió con una reverencia y una sonrisa.

Baba estaba especialmente guapa ese día. Tiene una carita resplandeciente y la tez oscura. Los ojos son pequeños también, luminosos y vigilantes. Recuerdan a los de un pajarillo, oteando en todas direcciones. Sus pensamientos también revolotean de un tema a otro, y toda ella rezuma energía.

—Una vez conocí a una chica como tú —le dijo Eugene, y Baba siguió sonriendo.

—Buen té, mejor —clamó Joanna al entrar con la tetera plateada y una jarra de lata abollada con el agua caliente.

—¿Bueno? ¿Bien? ¿Eh? —preguntó a Eugene antes de que él se llevara la taza a los labios.

—Impresionante —admitió.

Preguntó a Joanna por su país, por su familia, y si pensaba volver en algún momento. Ella le contó la retahíla sobre sus hermanos y su buena familia que Baba y yo habíamos oído ya un millón de veces.

—Abre el premio gordo —me dijo Baba, indicándome con la cabeza la botella de vino que había traído Eugene.

—Ya se encargará ella en cuanto se ponga sentimental —respondí.

Joanna estaba tan ocupada charlando que no nos oía.

—Pero si ya está en la cumbre del sentimentalismo, ya ha contado lo de cuando el patán del hermano le cambiaba los picos cuando ella tenía dos años y él cuatro —dijo Baba.

—Mis hermanos me llevaron una noche en la ópera... —divagaba Joanna, y en ese momento Baba le dio un toque en el codo y, señalándole el vino, dijo:

—Ponle algo de beber a este pobre hombre.

Joanna se quedó boquiabierta, sin reaccionar, hasta que al final dijo:

—¿Le gusta té, eh?

—Sí —respondió él—, vino no bebo, en realidad.

—Hombre sabio, me cae bien —le dijo con una sonrisa beatífica, y Baba lanzó un sonoro suspiro—. No debe casar con una tendera de Irlanda —prosiguió—. Usted tiene que casar alguna de su país, una condesa.

Joanna era tan inepta que ni se le ocurrió que pudiera ofenderme aquel comentario. Le chamusqué el vello de uno de los brazos con el cigarrillo.

—¡*Mein Gott*, me quemas! —exclamó dando un brinco.

—Lo siento.

Entonces apareció Gianni, el otro inquilino, y con la agitación de hacer las presentaciones ya no tuve que alargar las disculpas.

Cuando Joanna se levantó para ir a buscarle una taza y un plato, escondió el vino detrás de uno de los perros de porcelana.

—Adiós, vino —farfulló Baba, y se sirvió un poco más de té ya frío.

—*Mi scusi...* —dijo Gianni, el inquilino, para pedirle a Baba que le pasara el azucarero. No hacía más que darse aires, movía mucho las manos y no paraba de hacer mohínes pedantes. No me caía bien. Había llegado a casa de Joanna el mismo día que yo pensaba marcharme a Viena con el señor Gentleman, y al principio le eché una mano con el idioma e incluso fuimos juntos a ver *Ladrón de bicicletas*. Al poco me regaló un collar y se creyó que eso le daba derecho a tomarse confianzas conmigo. Cuando una noche me negué a darle un beso en el descansillo, se puso como loco y me reprochó que el collar le había costado un dineral. Me ofrecí a devolvérselo, pero él me pidió que le diera el dinero, y desde entonces nos tratábamos con frialdad.

—Más sangre impura y extranjera —comentó Eugene, de muy buen talante.

—Yo soy *di Milano* —replicó Gianni, muy ofendido. Nunca había conocido a nadie con tan poco sentido del humor.

—No sabe fumar —dijo Baba cuando Eugene me ofreció otro cigarrillo. De todos modos, lo acepté.

Al acercarme la cerilla, me susurró:

—Te has puesto algo en los ojos, ¿verdad?

Yo recordé entonces los besos húmedos y delicados que había depositado en mis párpados, y las palabras que me susurraba cuando estábamos a solas.

—¿Conoce bien Italia? —preguntó Gianni en ese momento.

Eugene se separó de mí y dejó la cerilla en el cenicero publicitario que Gustav había sisado en la taberna de la esquina. En letras rojas sobre la superficie dorada se leía el lema de la cerveza Guinness.

—Una vez estuve trabajando en Sicilia. Estábamos rodando un documental sobre pescadores y viví un par de meses en Palermo.

—*La Sicilia* no vale nada —sentenció Gianni con su cara de desprecio

infantil.

Qué cretino más egoísta, pensé mientras lo veía atiborrarse de salchichas. A él, Joanna le servía salchichas por ser hombre, pues tenía la estúpida teoría de que los inquilinos de sexo masculino debían comer mejor.

Estaba concentrada en Eugene cuando sucedió: se me coló el cigarrillo por el escote del vestido. No sé cómo, pero pasó: se me resbaló de los dedos y en un abrir y cerrar de ojos sentí que me quemaba. Al notar el escozor en el pecho y ver que me subía una voluta de humo, me puse a chillar.

—¡Estoy ardiendo, estoy ardiendo! —exclamé dando un bote. El cigarrillo se había alojado en la base del sostén, y el dolor era insoportable.

—¡*Mein Gott*, sofocarla! —ladró Joanna mientras tiraba del vestido, tratando de hacer caer el cigarrillo.

—¡Jesús! —exclamó Baba, soltando una carcajada que se asemejaba a un rugido.

—¡Haz algo, eh! —bramó Joanna, y Eugene se volvió entonces hacia mí y me sonrió.

—Hay que ver las cosas que inventas para llamar la atención —censuró Baba, agarrando la lecherita y derramándola por dentro del vestido.

—¡No, esa leche buena, mejor! —dijo Joanna, pero ya era demasiado tarde: estaba empapada en leche; al menos, el cigarrillo se había apagado.

—De verdad, creí que estabas gastándonos una broma —me dijo Eugene. Intentaba disimular la risa para no ofenderme.

—Eres una chica idiota —dijo Joanna, ignoro si a Baba o a mí.

Salí para cambiarme de ropa.

—Pero ¿se puede saber dónde rayos tenías la cabeza? —me gritó Baba ya en la antesala—. Eres una imbécil rematada.

—Estaba pensando en mis cosas —dije. Había estado intentando dar con un plan para que Eugene me sacara de allí y pudiéramos besarnos en el coche.

—¿En qué, si no es mucho preguntar?

Pero no le dije nada. Me había dado por recordar la primera vez que me besó. De improviso, una noche de lluvia, mientras caminábamos en paralelo al Liffey en dirección al centro, junto al edificio de la aduana, me dijo: «¿Te he besado alguna vez?», y entonces me besó sin más preámbulos



mientras la gente salía en tromba de un cine. Sentí un ligero vértigo, un mareo, y no sabría decir si el beso fue breve o largo. Desde aquel día he adorado esa zona de Dublín, porque fue donde posé mis labios en la imagen que me había creado de él, y en ese preciso instante los excrementos de paloma del edificio de la aduana se transformaron en flores inmaculadas que salpicaban la piedra antigua y oscura de los escalones y del pórtico. Luego, en el coche, saboreé su lengua y exploramos nuestros rostros igual que hacen los perros cuando se encuentran, y me llamó «picarona». Mientras yo recreaba todo aquello, Baba me miró por dentro del vestido para evaluar los daños causados por el pitillo. Allí seguía, todo gris y empapado, y yo tenía una quemadura en el pecho.

—Sube a cambiarte, anda —me dijo.

—Acompáñame. —No quería que estuviera a solas con Eugene. Bastante encelada estaba ya de su manía de apostillar con un «sin duda» todo lo que él decía, y de que le enseñara los hoyuelos.

—No te lo crees ni tú —dijo, agarrando el pomo con una mano y acariciándose la abombada mata de pelo negro antes de volver a la sala, a sentarse a su lado. Por detrás tenía un aspecto ridículo con la rebeca del revés: la fila de botones cayéndole por la espalda y un enigmático triángulo de piel al descubierto.

Ya arriba usé su perfume, me puse más polvos y me cambié de vestido.

Cuando volví, Gianni se había sentado al piano: sacaba delicados acordes de las teclas amarillentas y tarareaba una melodía en medio de la animada conversación. Habían apartado la mesa, y Baba me explicó que íbamos a celebrar un recital improvisado. Se apoyó en la esquina del aparador y con su voz ligera, aniñada y cristalina empezó a cantar:

*Anhelo, anhelo, anhelo en vano,  
anhelo volver a ser una niña.  
Pero esto, lo sé, solo pasará  
cuando los sauces den manzanas...*

A continuación, sin darnos tiempo a aplaudir, encadenó con otra canción increíblemente tierna y melancólica sobre un hombre que había divisado a

una muchacha en los bosques de su niñez y desde entonces vagaba por el mundo, hechizado por su imagen. El estribillo decía: «Recuerda, recuerda, recuérdame toda tu vida...». Hacia el final, la voz de Baba vibró como si la letra tuviera un significado muy especial para ella, y Eugene le dijo que cantaba como un rruiseñor. Ella se sonrojó levemente y se remangó, porque el cuarto estaba muy caldeado. El brazo desnudo con la pelusa de vello dorado en reposo sobre el aparador tenía un aire muy delicado, y entonces murmuró que estaba acalorada. Al ver cómo él la miraba, comprendí que tardaría en olvidar la voz de Baba.

Gustav se sumó al grupo y Joanna abrió el vino y lo sirvió en copitas de licor para que cundiera un poco más. De vez en cuando, Baba o Gianni cantaban alguna cosa. Baba insistió entonces en que yo recitara algo, ya que no sabía cantar.

—No me sé nada —me justifiqué.

—Anda, Kate, por favor.

—Venga —dijo Eugene. Él había cantado «Apenas te conocía, Johnny» con voz agradable y espontánea.

Declamé «La madre» de Patrick Pearse, el único poema que conocía de memoria. Para aquella sala minúscula y calurosa resultaba demasiado emotivo. Cuando llegué a los versos:

*Señor, eres cruel con las madres  
y sufrimos con sus idas y venidas...*

Baba soltó una risita y dijo en voz alta: «¿Acaso no les dan subsidios familiares?». Entonces todos le rieron la gracia y yo me sentí como una imbécil, y aunque él exclamó: «Bravo, bravo», lo odié por reírse con los demás.

Baba interpretó varias canciones más y Eugene anotó las letras de algunas en un papel que se guardó en la cartera. Baba tenía las mejillas arreboladas, y no por el colorete, sino de felicidad.

—Estás muy caliente —observó Eugene, y se colocó delante del fuego para protegerla del calor.

Nadie tiene mayor amor que este<sup>[12]</sup>, pensé con amargura al verlo ante las

llamas y sonriéndole a Baba por el dueto que Gustav y Joanna habían empezado a cantar.

La velada se me hizo eterna y frustrante. Cuando se marchó, alrededor de las once, no me besó ni me dijo nada especial.

Incluso en sueños me atormentaba la idea de perderlo. Lo primero que pensé al despertar fue en Baba cantando «Lazos escarlata» y en la sonrisa que a él se le había dibujado en la cara. Como hacía frío, puse el camión en el suelo y me vestí a toda prisa. La ventana estaba blanca de la escarcha, y unos carámbanos irregulares pendían del marco superior.

Salí temprano a trabajar, porque era sábado, el día de más actividad, y quería dejar repuestas todas las estanterías.

—Ah, querida —saludó la señora Burns al abrirme la puerta. Había salido a coger salchichas y beicon del recipiente de las carnes que almacenábamos en la estantería de mármol tras el mostrador. Elogió mi abrigo, pero cuando le revelé que me lo había regalado Eugene se me quedó mirando y exclamó:

—¿Cómo? ¿Ese?

Imaginaba lo que iba a decirme antes siquiera de que empezase a hablar. Estaba casado, me advirtió, y sabía Dios la cantidad de chiquillas inocentes a las que había llevado por el mal camino.

Las chiquillas inocentes no existen, pensé. Son todas unas casquivanas, como Baba, con la malicia en la mirada. Le pregunté si de veras estaba casado.

Me contó que se había enterado a través de la prensa hacía uno o dos años. Recordaba haberlo leído cuando estuvo en el hospital para que la operaran de las varices, y la mujer de la cama de al lado le había hablado de él y le contó que lo había conocido cuando aún tenía las suelas de los zapatos llenas de agujeros.

—Se casó con una muchacha americana. Era pintora, o actriz o algo de eso —añadió la señora Burns, y yo me quité el abrigo y lo dejé tirado en el suelo; en ese momento lo detesté—. Eso ni es trabajo ni es nada —dijo al tiempo que desaparecía con un pedazo de morcilla, dos huevos y unas lonchas de beicon.

Cerré los ojos y noté que el estómago se me iba hundiendo más y más. Todo cobraba sentido: sus reservas, la casa en el campo, aquellas historias

sobre las playas desiertas en California con latas de cerveza y naranjas podridas, su hermetismo.

Las penas nunca vienen solas: allí plantada, junto al abrigo nuevo hecho una bola, recordé cuando, la noche de la muerte de mi madre, me había aferrado a la loca idea de que todo se trataba de un error y de que en algún momento ella irrumpiría en la estancia preguntando a todos por qué la lloraban. Pedí a Dios que no estuviera casado.

Dios mío, te lo ruego, que no esté casado, supliqué, a sabiendas de que mis plegarias eran en vano.

Igual que una autómatas empecé a reponer latas en las estanterías, saqué huevos de una caja de madera y los fui limpiando uno por uno con un paño húmedo. Puse un poco de bicarbonato en las manchas que no salían, y luego dispuse medias docenas en cartones con la etiqueta HUEVOS FRESCOS DE CAMPO.

Aplasté dos sin querer; estaban ligeramente echados a perder, y desde entonces he relacionado aquel olor raro y sulfúreo de huevos podridos con la tristeza.

A ratos sentía rabia y me daban ganas de gritar, pero los Burns estaban en la cocina desayunando y por lo tanto esa posibilidad quedaba del todo descartada.

Me telefoneó a las once en punto. La tienda estaba abarrotada y tanto el señor como la señora Burns despachaban en ese momento.

Parecía muy contento. Llamaba para invitarme a su casa al día siguiente. Ya lo había sugerido un par de veces con anterioridad.

—Me encantará conocer a tu mujer. Me extrañaba que no me hubieras contado que estás casado —dije yo.

—Es que nunca me lo has preguntado —respondió. No sentía ningún remordimiento. Su voz sonaba sostenida, y pensé que iba a colgarme el teléfono—. ¿Quieres venir mañana? —insistió. Me temblaron las piernas. Sabía que, detrás de mí, los clientes me estaban mirando y escuchaban lo que decía. Les encantaba tomarme el pelo a propósito de los chicos.

—No sé... Tal vez... ¿Estará tu mujer?

—No —pausa—; ella ya no está.

—Ah. —De repente me invadieron la esperanza y un éxtasis impreciso—.

¿No habrá muerto, por casualidad? —pregunté.

—No, está en América.

Oí el timbre de la caja registradora a mi espalda y supe que la señora Burns me pondría mala cara todo el día si no soltaba ya el teléfono.

—Tengo que colgar, hay mucha gente —expliqué con voz aguda y nerviosa.

Dijo que, si estaba de acuerdo, me recogería a la mañana siguiente a las nueve.

—Estupendo, a las nueve —convine.

Colgó antes que yo.

En el transcurso de la jornada lloré a ratos, en el baño o donde podía. Llamé a Tod Mead para enterarme de todos los detalles del matrimonio, pero no estaba en su despacho, así que aquel día no averigüé nada.

## 5

Salí a la calle de buena mañana, cuando las campanas de las iglesias de Dublín tañían fragorosamente en el aire limpio y luminoso. Mucha gente se dirigía a misa; yo, en cambio, me encaminaba a su casa. No sentía remordimientos por faltar a la cita con la iglesia; de todos modos, había madrugado y me había lavado el pelo. La escarcha había teñido de blanco la ciudad, y algunas zonas de la calle estaban resbaladizas.

Fui a esperarlo a la esquina de la avenida, porque Joanna me había amenazado con mandar a Gustav conmigo.

—Tú necesitas un carabina —aseguró.

No aprobaba que me quedara a solas con un desconocido en su casa. Decía que podía ser un espía o un maníaco. Ella decía «malíaco».

—Voy sola, y no hay más que hablar —me planté. Quería que Eugene me hablase de su matrimonio.

—Gustav no estorbará —insistió.

Su preocupación era sincera. Cepilló las botas marrones de Gustav y las puso cerca del fuego junto con un par de calcetines grises limpios. Él siempre se calzaba delante de la chimenea tras haberse calentado los pies.

—Bueno, venga, de acuerdo —dije, y salí de casa con el pretexto de ir a la primera misa.

Eugene llegó con diez minutos de retraso. Lo noté desmejorado y gris, como si no hubiera dormido bien. Se me quedó mirando y sentí su aliento en mi cara a modo de bienvenida.

—¡Vaya! —exclamó al ver el enorme sombrero de paja que me había puesto. En realidad era de verano, y tenía un ramillete de capullos de rosa de cera—. Pareces una pequeña novia... Será por el sombrero —agregó,

esbozando una sonrisa.

Debió de juzgarlo ridículo. Me caía sobre los hombros la melena larga, limpia y resplandeciente, y me había puesto un maquillaje muy sutil. Le conté que Gustav había querido acompañarnos. Se limitó a sonreír. Aquella sonrisa me resultó extraña; ¿no habría hecho bien en ir con alguien, en el fondo? Recé una plegaria a mi ángel de la guarda para que me protegiese:

*Ángel de la guarda, dulce compañía,  
no me dejes sola ni de noche ni de día.  
No me dejes sola, que me perdería.*

Me preguntó si había desayunado. Le dije que no. La excitación me había impedido probar bocado. Entonces agarró del asiento de atrás una bufanda de lana beis que me puso alrededor del cuello. La anudó con delicadeza a la altura de la barbilla y me besó antes de emprender el camino.

Atravesamos el centro y los suburbios, y luego una carretera ancha con zanjas y árboles a ambos lados. A veces pasábamos por algún pueblo: viviendas, un puñado de negocios, un surtidor, una capilla.

—Los domingos suelo ir a misa —dije cuando redujimos la velocidad para que cruzara la calle la gente que salía de la capilla.

—En casa debo de tener unas pocas indulgencias ya pagadas y varias solicitudes de excomunión que a lo mejor te pueden servir —repuso, y yo me eché a reír y comenté que el campo estaba precioso.

El ramaje y las ramitas más delicadas y oscuras formaban un calado de encaje negro contra el cielo frío y plateado. Llevaba meses sin pisar el campo, desde las vacaciones en casa del verano anterior, y pensé en mi tía y en mi padre, con la prensa dominical y una larga siesta por delante tras el almuerzo. La tía cuidaba de papá y ambos vivían en nuestra vieja casa, ocupando apenas uno o dos de los cuartos espaciosos y húmedos.

—Cuidado, que ahora te van a pitar los oídos —me dijo cuando ascendíamos una colina muy pedregosa, rumbo a un paisaje montañoso y sombrío.

En aquel tramo no había árboles, solo matorrales de aulaga y rocas graníticas. Las ovejas se movían entre los peñascos veteados, y sentí que me

zumbaban los oídos, justo como él me había advertido. Llegamos a su casa sobre las once. A esa hora ya se había derretido la escarcha, y el arbusto de laurel del jardín era una masa verde oscura y lustrosa; la casa era blanca, con cristalerías en la planta baja y toda rodeada de árboles.

Un perro pastor enorme vino corriendo hacia nosotros y Anna abrió la puerta. Había oído hablar de ella: cuidaba de Eugene de una forma un tanto desorganizada, y vivía abajo, en la parte trasera de la casa. Estaba casada y tenía un bebé.

—Hombre, ya iba siendo hora —saludó, casi con impertinencia.

—Hola, Anna.

Le tendió los paquetes que había en el coche y me presentó. Traíamos chuletas, una cabeza de cordero para el perro, una botella de ginebra y una cafetera nueva.

—Alcohol... —dijo. Era una mujer larguirucha con la cara grasienta y el pelo largo y lacio. Parecía somnolienta, o drogada, o algo por el estilo.

A pesar de que era invierno, en la rocalla brotaban flores: una nube de florecillas azuladas que se agarraban a la piedra moteada. Percibí que estaba ansioso por enseñarme la casa; iba tarareando algo cuando subimos los peldaños de la puerta principal.

El recibidor era luminoso y pulcro, con paredes de color crema, muebles negros antiguos y unos bastones en el paraguero grande de porcelana.

—Tener esto limpio es una pejuguera —dijo Anna al dirigirse a la cocina, y justo en el momento en que entramos por una puerta oímos que su marido salía por otra. Nos dijo que era muy tímido.

—Bueno, ¿te alegras de haber venido? —se interesó Eugene cuando Anna hubo salido a la vaqueriza a por una jarra de leche. Él preparó café.

—Sí, esto es precioso —le dije, admirando la amplia cocina enlosada y una fila de campanillas verdes en la pared, que parecían llevar años en desuso. En una esquina del fogón, negro como el carbón, había unos leños apilados, y una tetera hervía emitiendo su característico lamento. Era una cocina muy acogedora.

Se enfundó una chaqueta vieja de color avena y salió a cortar leña, ya que Anna había explicado que Denis pasaría todo el día fuera contando las ovejas y reparando un cercado. Me habría gustado acompañar a Eugene, pero Anna



me puso una silla junto al fuego y no me quedó otro remedio que sentarme y charlar con ella mientras picaba coles en la gran mesa de la cocina. Tenía un aspecto poco aseado, con una falda negra de algodón y un jersey gris deformado. Llevaba también un sombrero de hombre en cuya cinta marrón llena de manchas había prendido una pluma de pato.

—¿Eres actriz? —me interrogó nada más quedarnos solas.

—No.

—Es que él conoce a muchas actrices.

Se sirvió un poco de ginebra de la botella que había traído Eugene y me aclaró que ella no era ninguna sirvienta, y que no debía tratarla como tal. Se llamaba a sí misma guardesa, y me indicó con la cabeza la escalera de servicio, que daba a las dependencias donde dormía su niño de nueve meses. Me habló de su matriz y de su marido.

—La única mujer importante para él es la señora Gaillard... Laura — agregó, mirándome fijamente. Tenía los ojos de un tono amarillento, brillante y malicioso—. Arriba tiene una piedrecita azul, se la está guardando para ella. La cogió en la montaña.

Dio un discurso acerca de lo bien que lo pasaban y las fiestas que daban cuando Laura estaba aún allí, y me imaginé los cuartos principales abarrotados de gente, candelabros en las mesas de caoba y farolillos colgando de las hayas del camino. Hasta entonces no había terminado de creer en la existencia de Laura, pero ya no me quedaban dudas, porque a Anna no se le caía de la boca...

—Laura era muy deportista; tenía un abrigo de pieles, y un coche para ella sola. No le faltaba un detalle. Ahora la casa parece un cementerio. —Se sirvió más ginebra y le estrujó unas gotas de limón.

La col estaba minada de babosas que ella arrojaba a la chimenea tras agarrarlas con la punta del cuchillo.

Eugene entró empujando una carretilla con leña y Anna salió con la excusa de que tenía que hacer una cosa arriba.

—¿Está bebiendo? —me preguntó.

La botella reposaba en la mesa con el gajo de limón al lado. Guardó la ginebra y me habló de una sierra mecánica nueva que me quería enseñar. La leña estaba recién cortada, y sobre la corteza se apreciaban los grumos

ambarinos de la resina y me llegaba su olor fresco.

—Me encantaría —accedí, a pesar de que las herramientas me resultan aburridas.

Se acercó de puntillas, me besó y preguntó si algo iba mal, porque parecía tensa.

—¿Te ha estado calentando la cabeza? —preguntó. Yo asentí—. Pues no te creas ni una palabra, se ha creado un cuento de hadas. ¿Te ha contado que teníamos un Rolls-Royce y mayordomo?

Volví a asentir, y sonreí al ver un mechón tieso que le sobresalía ridículamente por encima de una oreja. Llevaba la boina de lado, y el color de la chaqueta le confería un tono macilento.

—Luego te contaré —añadió, y, aunque me provocaba terror que me contase la verdad, también deseaba desesperadamente conocer toda la historia para que Anna ya no me pillara de nuevas.

Almorzamos en una mesita redonda que había en su estudio, tarde, porque Anna se había achispado un poco con la ginebra y no había puesto las verduras hasta bien pasadas las dos.

«Arando las piedras del foso...», tarareaba cuando entró con las bandejas en la mano. Todavía no se había quitado el sombrero de hombre, lo cual me hizo plantearme si no tendría calvas o algo por el estilo. El beicon ya estaba loncheado, y trajo también un hatillo con patatas harinosas y humeantes.

—Es bueno este beicon —dijo, guiñándole un ojo, y él sonrió en dirección a aquel rostro amarillento.

Se había puesto sombra de ojos violeta, que en nada le favorecía, porque tenía unas ojeras muy marcadas. Eugene comentó que se había apropiado de todos los ungüentos que «su mujer» había dejado. Raras veces llamaba a Laura por su nombre.

—¿Querrás ser la amanuense de mi barraca? —bromeó mientras yo admiraba todo a mi alrededor.

Las paredes eran de un azul desvaído, con barniz crema. Las cristaleras no tenían cortinas, solo postigos que ahora estaban abiertos, y la luz entraba en abundancia, de tal modo que se veía a qué partes del mobiliario de madera de caoba había quitado el polvo Anna, solo a medias. La vista que ofrecían las ventanas era extraordinaria. Al otro lado de la alamburada se extendía una

pradera, más allá un soto, y en lontananza un valle de un morado mágico. Me dijo que era un valle de abedules y que en invierno las ramitas del abedul siempre adquirirían aquel color morado encendido tan misterioso. Propuso dar una vuelta en coche por aquella zona después de comer, pero no quise, por temor a que se rompiera el encanto.

—Dime, ¿qué te gusta comer? —me preguntó al tiempo que untaba mantequilla sobre mis coles y me pasaba un bote de mostaza. En casa hacíamos nuestra propia mostaza, en las hueveras.

—Me gusta todo.

—¿Todo? —Parecía desconcertado.

Me arrepentí entonces de no haber intentado manifestar alguna preferencia. Me habló de su trabajo; acababa de terminar un guión para un documental sobre las poblaciones que sufren carestías. Para documentarse había viajado por todo el mundo: la India, China, Sicilia, África... En su escritorio había fotografías de ciudades ruinosas y arrabales pobres con niños famélicos apoyados en los quicios de las puertas. Solo de verlos me entró hambre.

—Bengala, Honolulu, Tanganica... —repetía yo con voz soñadora, enumerando las ciudades donde había estado. No habría sido capaz de ubicarlas en un mapa—. ¿Y haces muchas películas? —quise saber.

—No, hago pocas y poco comunes; tengo una de un niño maorí que creo que te puede gustar.

—¿Aparece tu nombre en la pantalla? —Estaba deseando poder contárselo a la tía.

—En letras minúsculas —dijo, separando mínimamente el pulgar y el índice para indicar el tamaño—. Nunca lo lee nadie. En Hollywood hice una, una historia de amor, y con los beneficios compré esta casa.

Eso debió de ser cuando estaba con Laura, pensé mientras él me hablaba de otro documental sobre sistemas de alcantarillado que había dirigido.

—¿Alcantarillado?

—Sí, ya sabes, para las aguas, es un tema apasionante.

Me di cuenta de que no bromeaba, y supe que nunca podría hablarle de él a la tía.

—Son películas con encanto. Antes creía que mi vida era un fracaso, que

no tenía metas... Hasta que maduré y tomé conciencia de las cosas. Ahora sé que el enigma de la vida no se resuelve a golpe de éxitos, sino de fracasos: hay que luchar, conquistar logros y fracasar... Una y otra vez. —Las últimas palabras las dijo casi para sí.

Aquello me recordó a una película que había visto sobre una tortuga que después de depositar los huevos en la arena regresaba al mar, llorando de extenuación.

—Me encantaría ver alguna de tus películas —dije.

—Las verás.

Pero no concretó nada. En la estancia había una cama con una manta en lo alto. Me explicó que la habían bajado un día, cuando una persona se puso enferma. No dijo de quién se trataba.

Salimos a pasear para que pudiera ver los bosques antes de que anocheciera. Me prestó un impermeable con rayas de piel color miel y unas botas de agua que sacó del hueco de la escalera. Las puse boca abajo antes de calzármelas, porque una vez había encontrado un ratón muerto dentro de una. Cayeron varios granos de maíz.

—¿Te van bien? —preguntó.

—Perfectas, muchas gracias.

Me apretaban un poco. Debía de tener los pies más pequeños que yo. Baba siempre me decía que los míos eran los pies de mujer más grandes de toda Irlanda.

Nos adentramos en la espesura que había por la parte de atrás de la casa para cobijarnos de la llovizna. Allí se alzaba toda clase de árboles, y el terreno era mullido por la hojarasca. Me explicó que en verano salían unas setas rojas y moradas enormes. Reinaba un silencio que solo interrumpían la lluvia y las ramas que se partían bajo nuestros pies. Aunque era invierno, el follaje era verde y tupido, porque había muchos abetos de gran tamaño.

—Ya sabes que estoy casado, ¿no? —dijo cuando me detuve a contemplar las sorprendentes bayas del acebo.

—Sí, me lo contó la mujer de mi jefe.

Sonrió y casi parecía halagado de que cualquiera estuviese al corriente de su vida privada.

—¿Y a ti eso te parece algo muy malo?

—No, qué va —dije, con la vista fija en un roble desmochado que parecía la pierna de un gigante.

—Sí —continuó—, me casé con una estadounidense cuando vivía allí. Era una chica encantadora, muy afable, pero al cabo de un par de años dejó de interesarle. Yo no era «divertido». Una muchacha pudiente, criada en la idea de que es especial, cambia al marido que ya no la satisface como cambiaría de sales de baño. Está convencida de que la felicidad es un derecho.

—Qué pena —lamenté. Era un comentario estúpido, pero temía echarme a llorar, así que algo tenía que decir.

—Era una pintora fallida. Vivíamos en Hollywood, en una mansión... En los últimos años han bajado mucho de precio... —Y volvió la cara, como si estuviera hablando con el acebo—. Aquel cielo azul infinito me volvía loco, igual que la gente: «¡Hola, Joe!», «¿Cómo estamos, Al?», «¿Qué tal, Art?». Así que nos vinimos a Irlanda y compramos esta casa. Yo había hecho dinero con la película, y ella tenía rentas. Había ido al colegio en un Rolls cromado en oro. Odiaba a todo el mundo.

Me asaltó la sensación de que en realidad se enorgullecía de ello, aunque ni él mismo lo supiera.

—Tenía grandes proyectos en mente —continuó—: quería ir de caza, invitar a directores de cine y escritores a casa... Y lo hicimos, solo que no vino nadie. Llovía sin parar, a mí me dio reumatismo otra vez... —Al decir esto movió el cuello con rigidez, como si bastara con nombrarlo para que el reumatismo apareciera—. Saqué los calzones largos y la cara de pocos amigos y ella me reprochó una actitud feudal hacia las mujeres porque un día le pedí que trajera un leño para la chimenea. Se marchó un día que yo había salido a segar con Denis... Dejó una nota en la mesa, y... —Se interrumpió, callándose el resto de la frase.

—Lo siento mucho —dije yo. Lo sentía de veras.

—Oh, gracias. —Esbozó una sonrisa y alargó la mano para notar las gotas de lluvia que caían de los árboles. Era la primera vez que se mostraba tímido, cohibido.

El verdor oscuro y bruñido de las hojas del acebo se reflejaba en su piel clara, dándole un aspecto verdoso y enfermizo, y deseé con todas mis fuerzas

estrecharlo entre mis brazos para consolarlo. Seguimos caminando.

En lo más profundo del bosque subió a lo alto de un promontorio herboso y me tendió la mano para que subiera con él a admirar el paisaje.

—Ah —exhaló, aspirando el maravilloso retiro del lugar.

—No debes preocuparte por que esté casado.

—No me preocupa —mentí.

—Tarde o temprano te lo habría contado —prosiguió—. De algunas cosas me cuesta mucho trabajo hablar. La culpa y el fracaso son temas espinosos, y a medida que uno va envejeciendo intenta expulsarlos de su vida.

Me estremecí ligeramente, ignoro por qué, y él me pasó un brazo por encima, creyendo que me había mareado por la altura.

Bajo nuestros pies una oveja pastaba de la hierba basta y amarillenta que se extendía hasta una loma. Habían quemado rastrojos, y bajo la luz cada vez más debilitada las ramas carbonizadas y curvas parecían esqueletos de fantasmas. Me deprimió aquella imagen.

—Por eso, al principio, no quería comprometerme contigo —apuntó despacio.

—Ahora lo entiendo —dije, y se volvió bruscamente para comprobar si estaba llorando.

Entonces me sonrió.

—Estás asilvestrada, has debido de criarte al aire libre.

Recordé el campo de nuestra casa, los charcos de barro que se formaban junto a las bases de los árboles, y me sentí desamparada.

—Tienes un aire de místico en la cara —dije.

Soltó una carcajada que hizo desaparecer su expresión enfermiza y me preguntó de dónde me había sacado aquella palabreja. Me percaté de que posiblemente no se trataba de la palabra adecuada, pero la había leído en algún libro y me gustaba cómo sonaba.

—Mi querida chiquilla, vas a tener que dejar de leer tantos libros.

Me cogió de la mano, bajamos del promontorio y volvimos a adentrarnos en el bosque. Echamos una rápida ojeada a un grupo de pinos jóvenes que él mismo había plantado. Una alambrada de malla protegía a cada uno de ellos de los conejos y los ciervos. Alargó la mano para tocar la punta de los árboles y dijo que debía sembrar uno por mi visita. Me pregunté si habría hecho lo

mismo por su mujer, y si aún la amaba.

Anna y su esposo salieron después del té para jugar a las cartas, llevándose al bebé, a pesar de que Eugene les había advertido de que agarraría una neumonía.

Me sentía incómoda a solas con él en aquella casa inmensa. Prendió dos lámparas de queroseno, cerró los postigos del estudio y dijo:

—Pongamos algo de música.

En el suelo había pilas bajas de discos y libros por todas partes, y cornamentas que me apuntaban desde una de las paredes. Me explicó que el antiguo dueño de la casa era un apasionado de la caza y que había dejado tras de sí muchos vestigios: cuernos, reses y alfombras de pieles. Una extraña música invadió la habitación y él empezó a moverse marcando el ritmo y deteniéndose para conocer mi opinión. No tenía letra.

—Bueno, ¿qué te parece? ¿En qué te hace pensar? —preguntó cuando se terminó el disco. Me recordaba a una bandada de pájaros formando una uve en el cielo.

—En pájaros —dije.

—¿Pájaros? —Como no entendía a qué me refería, puso otro, que me sonó más o menos igual—. ¿Más pájaros? —dijo entre risas, y yo asentí con la cabeza.

Creo que quedó decepcionado, porque esa noche ya no puso más discos.

—Vamos a echar un vistazo a la chimenea de arriba —propuso, pero yo no quería subir. Temía que formase parte de un plan para llevarme a su cuarto. Previamente había encendido lumbre allá arriba debido a unas humedades que había en la repisa, según había explicado.

—Yo te espero aquí —dije cuando él se levantó, portando una vela nuevecita en una palmatoria de hojalata. Eché un vistazo a su escritorio en busca de alguna pista sobre él. Estaba plagado de papeles, cartas, sobres de correo aéreo, paquetes con semillas, refuerzos para los cuellos de las camisas, clavos de cobre en un tarro de mermelada y ceniceros con extraños dibujos.

—¿Me puedes subir el fuelle, por favor? —pidió a voces.

El fuego del dormitorio se había extinguido. Era una habitación amplia con cama de matrimonio y mobiliario oscuro de caoba. Me llamaron la atención los cuatro almohadones, dos a cada lado de la cama.

—Es que algunas veces duermo en un lado y otras veces en el otro, por cambiar —me dijo, leyéndome el pensamiento—. Quédate —me dijo mientras manejaba el fuelle, que levantó una nube de ceniza hacia el cuadro que había en la parte superior: una mujer desnuda, tumbada de lado.

—Debería marcharme —respondí yo, en un intento por aparentar normalidad. ¿Qué clase de persona pone a una mujer en cueros frente a la cama? Una bocanada de humo le atizó en la cara y le provocó un ataque de tos.

—Abre la ventana, por favor —me pidió; la tos casi le impedía respirar. Como la ventana estaba muy dura, me vi obligada a golpearla un poco. Se abrió de sopetón y la repentina corriente apagó la vela.

—Lo siento, pero tengo que irme ya a casa, son las ocho —insistí con voz levemente histérica mientras me dirigía a tientas a la puerta.

—Vete —repuso—. Pero, chiquilla mía, ¿no te he seducido todavía!

Rio y yo pensé en un retrato suyo muy siniestro que había abajo. Busqué a ciegas el pomo (el viento había provocado un portazo), pero no acertaba a girarlo. Me había quedado sin fuerza en las manos. Volvió a prender la vela y se quedó allí parado, sujetándola junto al hogar.

—Deja de temblar —dijo, y luego añadió que no había nada que temer y que estaba bromeando. Me di cuenta de que me estaba comportando como una idiota y me eché a llorar—. Ven aquí, no —me dijo, acercándose para consolarme—. Mira que eres boba... —Se inclinó y me dio un beso en los labios húmedos, el beso más tierno que me había dado.

Bajamos, preparamos té y charlamos y luego dijo que me llevaría a casa. Me cepillé el pelo, que se me había alborotado mientras nos besábamos.

Afuera la helada hacía titilar las estrellas y había endurecido la tierra, y los pinos estaban inmóviles y preciosos. Bajo la luz verdeante de la luna, me volví hacia él para decirle que en realidad no quería irme tan pronto. Aquel lugar parecía encantado bajo la escarcha; en el interior, en el estudio, un fuego crepitaba cálido tras la rejilla, la luz era tenue y el último disco descansaba sobre el tapete del tocadiscos mudo.

—Lamento mucho tener que irme —reconocí, pero ya nos habíamos puesto los abrigo y él había movido el coche hasta la puerta principal; en cualquier caso, avisó de que tendríamos que ir despacio porque en el parte de



las nueve habían anunciado placas de hielo en la carretera.

—De vuelta a la aldea —anunció. Cada vez que me llevaba a casa pronunciaba esa misma frase.

## 6

Desde entonces fui casi todos los domingos, y uno de ellos me quedé a dormir.

Dormí en la habitación de invitados, cuyos suelos y revestimientos de madera acababan de recibir una capa de barniz. Todo estaba un poco pegajoso.

En realidad no pegué ojo, porque no podía dejar de pensar en él. Lo oí silbar en el piso de abajo, yendo de acá para allá hasta pasadas las tres. Me había dejado una revista con muchos dibujos: gente de nariz puntiaguda y orejas de las que salían escaleras; me resultaba incomprensible. Dejé la luz encendida porque Anna me contó que una mujer había muerto en aquel cuarto justo antes de que Eugene comprara la casa. La esposa de un coronel que había tomado pastillas de digitalina.

Ya bien entrada la madrugada di un par de cabezadas, pero el despertador sonó a las siete y tuve que levantarme para ir al trabajo.

—¿Has dormido? —me preguntó. Nos encontramos en las escaleras, y él bostezó e hizo como si se tambaleara.

—No, no mucho.

—Qué absurdo, ¿no crees? Dos personas despiertas en extremos opuestos de la casa. La próxima vez nos haremos compañía, dejando una almohada en medio de la cama. ¿Qué te parece? —me dijo, plantándome un beso. Yo aparté la vista. Me habían enseñado que de eso no se hablaba, que la mujer tenía que fingir que le gustaba para agradar a su marido.

Cogió una manta para mí y un termo de té que me bebí en el coche, pues no había tiempo para desayunar.

Al domingo siguiente también me quedé, pero volví a acostarme sola en

un cuarto. No quería dormir en su cama; él lo achacó a los escrúpulos, pero en el fondo tenía miedo. Al día siguiente llamó a mi puerta temprano y, como estaba despierta, me levanté y fuimos a dar un paseo por el bosque.

En nuestras vidas hay momentos inolvidables, y yo recuerdo aquel despuntar de la mañana, y las ramas inmaculadas de los abedules jóvenes entre la bruma matinal, y más tarde el esplendor carmesí del sol que se alzaba tras la montaña, como si se tratara del primer día de la Creación. Recuerdo el fulgor repentino que todo adquirió y el efecto de la luz que bañaba las superficies a medida que el sol se colaba entre la neblina, y el vapor del rocío, y, más tarde, el verdor intensísimo de la hierba, que irradiaba energía en forma de color.

—Ojalá pudiéramos estar juntos —me dijo, rodeándome el cuello con un brazo.

—¿Lo estaremos algún día? —pregunté yo.

—Parece algo tan natural, tan inevitable. Nunca he sido de los que se achuchan en la parte de atrás de un coche, me resulta... repugnante —reconoció.

Yo no veía ningún inconveniente en que nos besáramos, o «achucháramos», como él decía, pero no podía decirle tal cosa.

Solo logré retrasarlo hasta Navidades.

Eugene invitó a Baba, a Joanna y a Gustav a cenar por Navidad para que yo me sintiera a gusto, ya que me daban pánico sus amigos, extranjeros en su mayoría que intercambiaban bromas incomprensibles; además, tenía la impresión de que me veían como una especie de curiosidad que estaba allí para divertirlos.

Fue una cena agradable, con velas rojas en la mesa y regalos para todos bajo el árbol. Joanna estaba en su salsa: se llevó un marco dorado antiguo y unos troncos para la chimenea del comedor. Baba bailó con Eugene después de cenar al ritmo de la música del gramófono, y todo el mundo bebió a placer.

Los invitados se marcharon a medianoche, pero yo me quedé. No resultó nada indecoroso, pues la madre de Eugene también estaba en casa. Era una mujercilla frágil y pertinaz de cara apergaminada y frente ancha, como la de él. Tosía mucho.

Eugene la ayudó a subir al cuarto de invitados (donde yo solía dormir) y le llevó *whisky* caliente y un vasito para la dentadura. Luego bajó y picamos fiambre de pavo con galletitas saladas.

—Casi no te he visto en todo el día, y estabas preciosa en la cena —me dijo mientras comíamos frente a la chimenea, echados en la alfombra de piel de oveja. Me leyó unos poemas de Lorca; no entendí nada, pero los leía muy bien. Quería que yo leyese alguno, pero me dio vergüenza; con frecuencia me asaltaba la timidez en su presencia. Como se me recalentó un lado de la cara, tuve que quitarme uno de los zarcillos rojos. Al levantar la vista del libro, se percató del lóbulo ennegrecido a causa del estaño barato, y emitió un quejido.

—Te podría dar una infección en la oreja —dijo, examinando el par de pendientes encarnados que había comprado la víspera, pues quería parecer elegante para él—. ¡Fabricado en Hong Kong! —exclamó al tiempo que los arrojaba al fuego. Yo traté de recuperarlos con las tenazas, demasiado tarde: ya se habían hundido en las brasas.

Estuve enfurruñada hasta que dijo que me regalaría unos de oro.

—Si no me preocupara por ti, me darían igual tus orejas —añadió, y yo me eché a reír. Sus cumplidos eran del todo inusuales—. Eres tan dulce, mi boba picarona... Me vuelven loco esos ojos —dijo, mirándome a los ojos, que, según él, eran verdes—. Ojos verdes y pelo cobrizo: mi madre jamás se fiaría de ti.

Los ojos de su madre eran de un azul gélido, escrutadores y astutos. La envolvía un olor a aceite de eucalipto.

Me recosté en la alfombra mullida y besó mi cara recalentada.

Al cabo de un rato dijo:

—¿Nos vamos a la cama, señorita Panza?

Yo estaba muy a gusto solo con los besos. La cama era un paso decisivo para mí, así que me incorporé y me abracé las rodillas.

—Es pronto todavía —protesté.

Eran casi las dos de la mañana.

—Vamos a lavarnos los dientes —propuso, y subimos a lavárnoslos—. No te los estás cepillando bien: tienes que mover el cepillo de arriba abajo, además de adelante y atrás.

Creo que solo lo dijo para darme confianza. Yo había enmudecido y tenía

los ojos como platos, como siempre que algo me aterra. Sabía que estaba a punto de llevar a cabo una acción espantosa. Creía en el infierno, en el tormento de arder eternamente. Pero eso podía esperar.

El cuarto estaba helado. Normalmente, Anna prendía la chimenea, pero con el ajetreo de la cena y los regalos se le había olvidado.

Se desvistió deprisa y dejó la ropa en un sillón de orejas. Yo me quedé plantada, mirándolo, tan cohibida que era incapaz de moverme. Me castañeteaban los dientes de miedo o de frío.

—Métete rápido o te enfriarás —me dijo mientras sacaba algo de la cómoda. En su larga espalda destacaba una mancha de nacimiento. De las axilas le sobresalían mechones de vello oscuro, y bajo la luz de la lámpara las partes lampiñas de su cuerpo tenían un color brillante como de miel.

Se metió en la cama y se pasó un brazo por detrás de la cabeza, esperándome.

—No me mires —le pedí.

Se tapó los ojos con la otra mano, dejando rendijas entre los dedos. Mientras me desnudaba, recitó:

*La señora White se llevó un buen susto,  
casi le cuesta un disgusto.  
Vio a un fantasma con un bocadillo  
sentadito en un bordillo...*

Entonces me pidió que desenroscara la lámpara. De la tapa metálica se derramó un chorrito de queroseno que se mezcló con el agua de colonia con que me había refrescado las manos y las muñecas.

—Eres una regordeta adorable —me dijo según me aproximaba a él. La luz tardó unos segundos en extinguirse del todo.

Me desprendí del abrigo, que había estado usando a modo de bata, y él levantó las sábanas y me hizo sitio a su lado.

Estaba temblando, pero él creyó que era debido al frío. Me frotó enérgicamente la piel para hacerme entrar en calor, y me dijo que tenía las rodillas como témpanos de hielo. Se esmeró por hacerme sentir a gusto.

—¿Tienes pelusilla en el ombligo? —me preguntó al tiempo que me

cosquilleaba la tripa. Yo era muy escrupulosa con el ombligo, y al instante empecé a ponerme tensa de miedo y se me paralizó todo el cuerpo—. ¿Qué te ocurre? —me dijo al besar mis labios sellados. Enseguida se daba cuenta de todo—. ¿Es que tienes mala conciencia?

No eran remordimientos. Aun estando casada con él, habría tenido miedo. —¿Qué te pasa, cariño, piel de melocotón?

De no haberse puesto tan tierno, me habría armado de valor. Me eché a llorar sobre su hombro desnudo.

—No lo sé —dije, desconsolada.

Me sentía como una imbécil por llorar en la cama, sobre todo después de haber estado tan risueña durante todo el día, dando la impresión de ser una chica despreocupada y feliz.

—¿Acaso has pasado por una experiencia desagradable, traumática? —se interesó.

¿Traumática? Era la primera vez que escuchaba esa palabra, no sabía qué responder.

—No lo sé —repetí.

«No lo sé» era la única frase que acertaba a componer mi compungido cerebro.

Él hizo lo posible por darme confianza, insistiendo en que no debía preocuparme, que no había nada que temer, que no había razón para tenerle miedo. Me acarició despacio y con delicadeza, pero no lograba desembarazarme del miedo. Anteriormente, en sofás, en el coche, en restaurantes, le había tocado las manos y besado los pelillos de las muñecas con el anhelo de sentir sus dedos sobre los lugares más secretos de mi cuerpo. Pero ahora todo era distinto.

Dijo que debíamos hablarlo, que tenía que contarle qué era exactamente lo que me horrorizaba, expresarme. Pero me veía incapaz de hacerlo. Lo único que quería era echarme a dormir, despertar y que hubiera pasado todo, igual que cuando uno despierta tras una operación.

Lloraba entre sus brazos y él me dijo que no había motivos para llorar y que no haríamos nada salvo dormir plácidamente, y que despertaríamos llenos de energía. Estaba algo distante. Se culpó por ser tan estúpido, tan irreflexivo, por no haber adivinado que yo estaría nerviosa y asustada.

Al final se giró hacia su lado de la cama para dormir. Tomó un somnífero con un vaso de agua.

—Lo siento mucho, Eugene... Yo te quiero —dije.

—No pasa nada, preciosa —respondió, dándome una palmadita en el trasero. Al menos habíamos entrado en calor.

—Mañana ya no tendré miedo —aseguré, a sabiendas de que no sería así.

—Lo sé —me dijo—. Estás cansada; venga, duérmete y no te preocupes por nada.

Nos cogimos de la mano. Yo quería sonarme la nariz, que se me había atorado de tanto llorar, pero me daba vergüenza por si resultaba vulgar.

Me eché a dormir, apesadumbrada.

En algún momento ya casi al alba debimos de establecer contacto de nuevo, porque desperté rechazando su amor una vez más.

Inmediatamente después de que se levantara y se vistiera, le pedí disculpas.

—Deja de decir que lo sientes —atajó, colocándose los tirantes—. No hay nada por lo que pedir perdón, es una cosa de lo más natural —añadió. Se sentó en el sillón para ponerse los calcetines.

—¿Te vas?

—Sí, cuando no he dormido bien suelo desvelarme al amanecer; salgo a dar un paseo o a hacer algún apaño...

—Es por mi culpa.

—Deja ya de mortificarte, basta de preocupaciones —dijo.

Me alegré de estar a oscuras, así no podía ver qué expresión tenía; no habría sido capaz de mirarlo a la cara.

Me dejó sola en la habitación, y al cabo oí sus pasos sobre la grava del exterior.

Volví a tumbarme y lloré. Nunca en mi vida había experimentado semejante vergüenza; no me cabía duda de que no querría saber nada más de mí ahora que me había mostrado tan pueril. Al amanecer, sobre las ocho y media, aún quedaba un puñado de estrellas en el firmamento. Se veían débiles y borrosas, como todas las estrellas por la mañana.

¡Fuera!... ¡A casa!, pensé, sin saber si les hablaba a las estrellas o a mí misma, y me levanté y me vestí en cuanto oí a Anna trasteando abajo. No

sabía cómo enfrentarme a ella, ni a Denis, ni a su madre, ni a él. El jersey negro de lentejuelas, que tan fabuloso me había parecido durante la cena, resultaba ridículo a esa hora de la mañana. Lamenté no poder salir de aquella casa y huir a la de Joanna sin ser vista. Me miré en el espejo. Tenía la cara colorada, llena de manchas, abotagada. ¡Todo el mundo se daría cuenta!

Empezó a nevar. Repentina y veloz, la nieve caía oblicua sobre el campo que había delante de la casa, sin acumularse. Tan pronto tocaba tierra se derretía. Asomé la cabeza, con la esperanza de que la nevisca mudase mi cara, y luego fui a la otra habitación de invitados para deshacer la cama en la que supuestamente había dormido. Me pareció muy tonto, y muy triste, tener que hacer tal cosa, pero Anna era muy perspicaz y podía percatarse. Bajo el diván cama encontré una caja llena de juguetes viejos y libros estropeados.

«Este libro es de la pequeña Elaine Gaillard», leí en las guardas de un libro sobre animales. A punto estuve de desmayarme. Jamás había mencionado que tuviera una hija, aunque debí haber sospechado algo al ver que se mostraba tan cariñoso con el bebé de Anna. Aquello era lo que me faltaba; me quedé mirando los muñecos, rotos y manoseados, y me eché a llorar. El aguanieve, mis mejillas enrojecidas y faltas de sueño, el estúpido jersey de lentejuelas, la porcelana verde y fría de una estufa de antracita apagada que había en el cuarto... Todo pareció multiplicar la vergüenza. Me quedé allí, sollozando, hasta que Anna llamó a la puerta para anunciar que el desayuno ya estaba listo.

En la cocina no me atrevía a mirarlo directamente. Mantuve la cabeza gacha. Él me ofreció una taza de té y preguntó:

—¿Ha dormido bien, señorita Caithleen Brady?

Anna estaba allí, vigilante.

—Sí, gracias.

Inclinó la cabeza y miró de soslayo mi cara devorada por la vergüenza. Se estaba riendo.

—Me alegro de que así sea —continuó, llevándome hacia la mesa y untando mantequilla en una tostada para mí.

Más tarde bajó la madre y desayunamos todos juntos. Se quejó de que las gachas tenían grumos. Vivía con una hermana en Dublín, y afirmó que si había algo que no podía soportar, eso eran las gachas con grumos.



Él la llevó a su casa a mediodía, y yo pensé que también debía marcharme, pero me pidió que me quedase un rato más, pues quería hablar conmigo. Así que me quedé.

—Hasta otra, querida —dijo la madre cuando él la ayudaba a meterse en el coche. Se había echado una toquilla sobre el abrigo de pieles y llevaba una bolsa de agua caliente para las rodillas. Parecía contenta porque su hijo le había dado *whisky*, bombones y el mejor corte del pavo envuelto en papel vegetal. Le gustaba que la consintieran, se lo tomaba como una justa reparación por los años que tuvo que trabajar de camarera para poder dar una educación a su hijo. Él la trataba con frialdad, y ella, por su parte, se mostraba más bien arisca, aunque le agradaba que estuviera pendiente de ella.

Tras su marcha, me adentré en el bosque. El aguanieve había cesado y ahora llovía levemente. No sabía si debía arriesgarme a quedarme una noche más. Intentaba decidirme mientras la llovizna creaba un reconfortante ruido de fondo para mis pensamientos confusos. Pensé en otros bosques, en la humedad, en primulas en medio de un campo de hierba alta, en todos los hombres imaginarios con los que había hablado y en cuyos brazos me había extasiado en momentos de eufórica comunión. Pero no me decidía; jamás había tenido que tomar decisiones. Siempre había alguien que elegía por mí la ropa, la comida; incluso lo que hacía en mi tiempo libre lo determinaba Baba. Vagué sin rumbo, tocando los troncos empapados y respirando el olor extraño y salvaje de la floresta mojada.

Cuando oí que el coche regresaba puse rumbo a la casa, y al poco oí que silbaba y se adentraba en el bosque para buscarme. Llevaba un sombrero marrón ajado que le daba un aire de crápula, y al verlo aproximarse supe que dormiría con él una noche más, aun a riesgo de quedar de nuevo en evidencia.

—Me quedo —le dije al instante, y él pareció complacido. Dijo que tenía mucho mejor aspecto ahora que me había despejado y que la lluvia me sentaba fenomenal y que debería vivir siempre en una zona lluviosa y llevar el pelo suelto y largo, como en ese momento, y un impermeable—. Y no voy a tener miedo —añadí mientras descendíamos la colina arbolada en dirección al patio para preparar té. Se moría por una taza de té. Yo ya no tenía sueño. Pillamos a Anna espiándonos con los prismáticos.

—Me los va a romper —se quejó, pero para cuando llegamos ya había vuelto a guardarlos en el estuche de piel marrón que colgaba de la barra de la cortina de su estudio. Cuando protestó, Anna se empeñó en que debía de haber tenido visiones. Eugene empezó a preparar un guiso de pavo mientras Anna y yo picábamos verdura.

Antes de la cena subió al tocador de su cuarto una lamparilla de porcelana blanca para que pudiera maquillarme. Se quedó en el cuarto, observando cómo me aplicaba la base con una esponja húmeda y la repartía uniformemente por todo el cutis. Me hacía más pálida. En el espejo, mi cara me pareció rechoncha y aniñada.

—El anciano y la muchacha —dijo mirando al espejo moteado, cuya esquina derecha estaba calzada con un tarrito de crema facial; de Laura, sin duda. Se planteó si debía afeitarse o no—. ¿Besaré a alguien esta noche? —preguntó al espejo mientras se acariciaba el vello de la barbilla.

Me eché a reír.

—Bueno, ¿sí o no? —insistió.

Me encantaba besarlo. Pensé: «Ay, si la gente se besara y nada más, si el amor solo llegara hasta ahí...».

Agarró mi cepillo y empezó a pasármelo por el pelo muy despacio. Me agradaba sentir aquellas caricias lentas y seguras sobre el cuero cabelludo; al cabo de un rato me sentí extasiada. Me sonreía a través del espejo.

—Tengo demasiado mentón, y tú muy poco. Nuestros hijos saldrían con la barbilla perfecta —afirmó.

Esperaba que me riera, pero no lo hice. Para algunos asuntos era muy susceptible: los hijos, por ejemplo. Me aterrorizaban los bebés. Entonces recordé la caja con juguetes; en realidad no había llegado a olvidarla, sino que había preferido no pensar en ello.

—En mi cuarto hay una caja con juguetes debajo de la cama —declaré.

—Sí, ya lo sé. Son míos, fui padre.

—Ah.

—Tuve una hija, que ahora tiene tres años.

Me pareció que le había cambiado la voz, aunque no estaba segura. Me lo imaginé cargando con su niña a caballito, y la mera fantasía me envenenó de celos.

—¿La echas de menos? —pregunté.

—La echo muchísimo de menos, casi cada minuto que pasa pienso en ella, o me parece que la estoy oyendo. Cuando tienes un hijo deseas estar con él en todo momento y verlo crecer.

Siguió cepillándose el pelo, pero después de aquello ya no fue igual.

Esa noche dormí en su cama, y él me prestó un camisón blanco de franela con capullos de rosa estampados exactamente igual a uno que mi madre guardaba en un baúl por si algún día la ingresaban en el hospital. Puso el despertador a las siete, lo dejó en la mesilla de noche y apagó la lámpara. Pensé en Laura, porque dijo que había comprado el reloj en Nueva York una noche que deambulaba por la ciudad, muy tarde. Me contó que allí uno podía comprar lo que quisiera en mitad de la noche, o entrar en un cine. Quise con toda el alma acompañarlo a Londres, adonde se marcharía al cabo de un par de días. Había llegado un telegrama durante la cena en el que le pedían que fuera a Londres lo antes posible. Lo leí en su estudio después de cenar, mientras comíamos mandarinas. DECÍA: VEN A ENMENDAR EL GUIÓN DEL ALCANTARILLADO, SO GRANUJA. MENUDO BODRIO. Lo remitía un tal Sam, y Eugene me explicó que tendría que irse unos días. Sacó del armario de las escopetas una bolsa de viaje para acordarse de hacer la maleta.

—Será bueno para ti —le dije, y pensé que tal vez me invitara a ir con él, pero en vez de eso me preguntó qué hacía con las pepitas de la mandarina—. Me las trago —expliqué. Había tantas que habría sido trabajo de chinos quitarlas todas.

—Te las tragas... —repitió, alzando los ojos a las grietas del techo—. ¿Cómo voy a presentarte en sociedad...?

—Seré muy educada —dije, convencida de que así me invitaría a ir con él a Londres, pero no lo hizo.

—Esta noche ya no hace tanto frío —dijo cuando nos cobijamos bajo las mantas. Una estufita de petróleo había estado encendida varias horas, y el ambiente estaba viciado—. Ni te sientes tan violenta, ¿a que no? —preguntó mientras me frotaba enérgicamente las rodillas heladas, y luego quiso saber si dormía con media docena de bolsas de agua caliente. Baba y yo

compartíamos una garrafa de cerámica, y siempre decíamos que compraríamos otra, pero nos parecía un gasto inútil. Nos la disputábamos con frecuencia, y a veces me acostaba muy temprano solo por poder usarla primero.

—No me siento tan violenta —mentí mientras su mano recorría mi cuerpo y los dedos buscaban los lugares donde más me gustaba que me acariciasen.

Estaba pensando que al día siguiente él estaría en Londres, tan lejos de mí, y ya había empezado a ponerme rígida por el miedo y los nervios. Me cubrí las rodillas con el camisón y dije que esa noche solo conversaríamos.

—Pero yo quiero amarte —protestó—. Llevo todo el día pensando en hacer el amor contigo y hacerte feliz. —Siguió acariciándome, y sin mucho afán yo hice lo mismo, deseando no estar tan aterrada. Pero aquella noche también fue un fracaso.

Estábamos listos para volver a Dublín mucho antes de que saltara el despertador. Lo oí cuando me ponía el abrigo, pero estaba demasiado abatida como para subir a apagarlo.

En el coche apenas hablamos. Su perfil me resultaba ceniciento y amenazante y pensé: «Tiene una expresión adusta, despiadada».

—Espero que lo pases bien en Londres —dije.

—Eso espero yo también —contestó, y a continuación me preguntó si había cogido los libros que me había prestado la noche anterior, antes de meternos en la cama. Uno era una novela, y el otro se titulaba *El cuerpo y el comportamiento adulto*.

—Los tengo aquí —dije, dando un toquecito al bolso para indicar dónde los había puesto. Pensé por un momento que iba a pedirme que se los devolviera, pero no lo hizo—. ¿Me escribirás desde allí?

—Claro —respondió, aunque con despego—. Te mandaré una postal. —Entonces reflexioné, desconsolada, sobre lo distinto que habría sido todo de no haber tenido miedo en la cama.

Deseaba con todas mis fuerzas hacer algo dramático, gritar o arrojarle el abrigo que me había regalado, o saltar del coche en marcha. Sin embargo, al minuto siguiente lo que deseaba era estar entre sus brazos, sin miedo, complaciéndolo. Por encima de todo, me moría de ganas de complacerlo. Me

parecía que habían pasado semanas desde que me colocara el pelo por detrás de la oreja y me susurrase: «No te voy a dejar nunca», cuando en realidad apenas hacía nueve o diez horas que nos habíamos metido en la cama y él había besado mis timoratos pezones, que entonces despuntaron como los grillos de las patatas. Eso fue antes de que me asaltaran los temblores.

Me dejó en la puerta misma de la tienda. Le pedí que no lo hiciera, por si la señora Burns estaba asomada a la ventana de su cuarto, pero ignoró mi petición, o no la oyó.

Me apeé deprisa, me despedí y le di las gracias.

—Adiós —dijo.

Estaba apático, como si yo fuese una extraña a la que hubiese acercado a algún sitio. Me dirigí corriendo a la puerta de la tienda y la abrí con la llave que ya tenía en la mano. Entré sin volverme para decirle adiós.

Cuando alcé la persiana del escaparate poco después, ya no había ni rastro de su coche. Sabía que se había ido. Todo había terminado: la Navidad, los besos, todo...

## 7

Habían pasado cinco días desde su partida, y seguía sin saber nada de él. Baba sostenía que seguramente se las había ingeniado para quedar con su mujer en Londres, y que no volveríamos a verle el pelo.

—Tú por lo menos le has sacado un abrigo —dijo—. Yo, en cambio, ni flores.

—Su mujer no tiene nada que ver —repliqué, airada—. Leí el telegrama y era de trabajo.

—Ha tenido que ser la pelandrusca esa —insistió Baba.

Para ella, todas las esposas eran unas pelandruscas.

De todos modos, agregé, pronto saldríamos de dudas, dado que nos dirigíamos a una pitonisa del barrio de Donnybrook. Nos bajamos en la parada de la iglesia de Donnybrook, y, como nunca la habíamos visitado, decidimos entrar para pedir tres deseos. Dos señoras afanadas en llenar de agua bendita unos frascos de limonada nos dieron las indicaciones para llegar a la casa de la adivina.

Era una construcción grande de ladrillo. Siete u ocho chicas aguardaban en la fría antesala embaldosada. Tres de ellas nos contaron que acudían cada semana, mientras que las demás ya se habían entrevistado con la vidente al menos una vez.

«Es un portento», coincidieron todas, aunque también afirmaban que tenía mal carácter. Aquel lugar me recordó al internado: las paredes alicatadas hasta la mitad, el grupo de chicas con sus diversas emanaciones de sudor mezclado con perfume y jabón, la total ausencia de humo de tabaco. Un letrero escrito a mano rezaba: PROHIBIDO FUMAR. Ni un triste «por favor». Con solo cerrar los ojos lograba reproducir el tufillo de la col del

convento y la voz de una monja que reprendía a Baba por tener un tomate en el calcetín.

—Acompáñame al baño —me dijo Baba, y bajamos juntas al aseo para fumar un pitillo. En un platillo en la repisa había una pastilla de desinfectante de color perla que daba al habitáculo un olor aséptico.

—¡Por Dios, este sitio me pone los pelos de punta! —exclamó Baba, y discutimos si debíamos marcharnos o quedarnos.

Pero yo necesitaba saber algo de Eugene, así que nos quedamos. Cuando volvimos a tomar asiento nos fijamos en que habían llegado cuatro chicas más. Para muchas de ellas era un pasatiempo, y acudían una vez a la semana como quien va al cine o a un guateque.

—No se te vaya a ocurrir darle pistas de nada —me advirtió Baba, y justo en ese momento salió una mujer de mediana edad de la sala de la pitonisa hecha un mar de lágrimas. Todas nos quedamos mirando. Supuse que le había dado una malísima noticia, como que su marido iba a dejarla por otra —. Entramos juntas, ¿eh? —susurró Baba, y yo estuve de acuerdo.

Aún tuvimos que esperar una hora.

—Sentaos —nos dijo la adivina con voz indiferente cuando entramos.

Nos imaginamos que debía de tener uno de sus días malos, porque las otras nos habían dicho que si no hablaba mucho significaba que estaba de mal humor. Se hallaba sentada junto a una estufa eléctrica, bebía té y abrazaba la taza con una mano para calentarse. Iba de negro de arriba abajo, y la palidez de su cara denotaba que nunca le daba el aire. La estancia era amplia y con corrientes, dividida en dos por un biombo desvaído. Baba me dio un codazo que significaba «esto es un horror».

—Bien —dijo por fin la mujer, agarrando la mano de Baba como si no la tuviera pegada al brazo—. ¿Por qué llevas un anillo de compromiso si no estás comprometida?

Se trataba del anillo de compromiso de la madre de Baba. Se lo quitó y me lo dio para que lo guardara.

—La vida te depara problemas —declaró la pitonisa, concentrada en la limpísima palma de Baba. La pobre parecía aterrorizada, y no relajaba los hombros—. Te vas a casar con un hombre rico —continuó—; eso sí, cuando te olvides del que ya está casado.

Baba se sonrojó. Debía de referirse a Tod Mead.

—Tienes un hermano, y tu cumpleaños es en junio —farfulló, soltando de golpe la mano de Baba, y nos pidió entonces que cambiáramos de sitio. El procedimiento era leer la mano primero, luego las cartas y por último la bola de cristal. En una mesita baja descansaba una preciosa bola de cristal verdoso.

—Vas a hacer un viaje —me dijo. Llevaba un pañuelo enrollado en la cabeza de manera que le ocultaba el pelo. Hablaba con voz baja y extraordinariamente monocorde. No ponía ningún interés en lo que decía—. Un viaje desagradable —precisó—, y antes de que acabe el año te casarás con un hombre extravagante; tendrás que hacerlo, porque serás madre de gemelos.

—¡Gemelos! —exclamó Baba, y acto seguido le sobrevino un ataque de risa incontrolable. Lo mismo me pasó a mí. No solo mi rostro reía, el cuerpo entero se agitaba de la risa. La mujer esperó a que nos aplacásemos, pero la cosa fue a más y al final dejó caer mi mano y nos pidió que nos marcháramos.

Baba se puso de pie, satisfecha, pues consideraba que ya había oído lo que quería oír. Yo traté de disculparme, pero la pitonisa no cedió.

—Pues que nos devuelvan el dinero —dijo Baba tan tranquila mientras agarraba los billetes de dos chelines que al entrar habíamos depositado en una bandeja.

—Suelta el dinero, jovencita —bramó la vidente. Baba dejó el dinero donde estaba y salimos corriendo, muertas de risa.

Según nos acercábamos al recibidor, un señor asomó la cabeza por una puerta lateral y dijo:

—Disculpe, señorrita, ¿cómo se escribe parraguas?

El hombre hablaba arrastrando las erres, y por supuesto al oírlo nuestra risa se hizo aún más histérica.

—No sé —contestó Baba—. ¿Qué tal si intenta remontar el río en bicicleta?

Él también río, y al hacerlo también arrastraba erres.

—¡Vaya una casa de locos! —exclamó Baba mientras corríamos avenida abajo. Dijo que a lo mejor nos echaba unos perros rabiosos, así que hicimos



toda la calle a la carrera.

Cogimos un autobús y nos bajamos en Grafton Street para mirar escaparates, pues habían empezado las rebajas.

Después fuimos a Davy Byrnes y pedimos un Pernod para compartir. No nos quedaba dinero suficiente para dos consumiciones.

—Hazte la descarada —ordenó Baba. Nos habíamos sentado junto a la puerta, y Baba estaba convencida de que algún desgraciado nos invitaría a algo. Sonrió a un hombre con chaqueta de cuero que lucía un bigote absurdamente encrespado—. Esto nos tiene que durar dos horas, hasta que cierren —dijo nada más dar un sorbito al anís. Se parecía al jarabe de regaliz para la tos, y cuando lo rebajó con agua adquirió un aspecto turbio. No paraba de añadirle agua para hacerlo durar más tiempo. El camarero nos preguntó si necesitábamos alguna cosa.

—Estamos sin blanca —explicó Baba, y entonces el chico fue a por dos cervezas.

—Es lo más que puedo hacer —dijo, colocando la bebida sobre unos posavasos de cartón con publicidad de alguna marca.

—No me olvidaré de ti —contestó Baba. Era un chico joven recién llegado de Tipperary, con quien ya habíamos hablado la víspera.

—Estupendo —dijo con falso arrojo.

—Te mandaré una de mis ligas por correo —repuso Baba, y el muchacho se marchó todo colorado y sonriente.

—Qué detalle —le hice notar a Baba. La cerveza no nos sabía a gran cosa después del Pernod.

—¿Detalle? Esta clase de favores los conseguimos gracias a mi encanto personal —puntualizó Baba, y entonces se volvió para mirar al del bigote, que bebía solo en la barra. Supuse que, con aquel mostacho, nadie sería capaz de mirarlo a la cara sin reírse—. Perdona, ¿tiene usted hora? —le preguntó, inclinándose hacia él.

¡La hora! Con un reloj de pared delante de sus narices. Eran las nueve y veinte.

El hombre se apartó, nervioso, y empezó a temblarle la mejilla derecha

con una especie de tic. Debió de pensar que el mero hecho de dirigirnos la palabra mancillaría su buen nombre. Lo conocía de vista, tenía una tienda de ciclomotores en D'Olier Street. De pronto me sentí menospreciada y humillada, y deseé que apareciera Eugene y me llevase a la catedral de espesa fronda que se alzaba detrás de su casa.

—Llamaremos a Body —resolvió Baba.

Era lo que proponía siempre: llamar a alguien, a quien fuera, cuando no teníamos nada que hacer. Casi todas las noches a partir de las nueve Body se instalaba en la taberna de su barrio, Blanchardstow. Baba sacó tres peniques y fue a telefonarlo.

Un chico de aspecto rústico se me acercó y me dijo:

—Vengo a por un guiso de carne.

—Pues muy bien —contesté yo, fulminándolo con mi mirada más insolente. El pelo me caía sobre la cara, y a intervalos regulares me lo retiraba de un ojo. El chico se quedó allí, mirándome, con el abrigo y la chaqueta abiertos y un jersey amarillo chillón debajo. Cuando Baba regresó le repitió que había entrado para tomarse un guiso de carne.

—Tómame un *whisky*, mejor.

—Jamás he roto la promesa de confirmación —replicó con voz seria y cortante. Se sentó a nuestra mesa.

—¿Dónde está Body? —le pregunté a Baba.

—Ha ido a confesarse a Mount Melleray.

Cada mes de enero, Body iba al monasterio cisterciense de Mount Melleray para ayunar y rezar. Siempre volvía cargado de buenos propósitos, pero al cabo de una semana volvía a darle a la botella.

El paleta nos contó que era de Oranmore y que estaba en Dublín para que le trataran una cojera. La arrastraba desde un accidente que había sufrido el verano anterior.

—Mañana me ingresan en el Rotunda —dijo, y Baba se echó a reír porque el Rotunda es una maternidad. Tras rebuscar en el bolsillo sacó una carta, y comprobamos que iba dirigida al hospital de Richmond. El sobre estaba mugriento, con marcas de dedos, y se notaba que lo había abierto y

luego vuelto a sellar.

—Pobrecito —se compadeció Baba en tono falso. Nos invitó a un *whisky* y a un pastel de cerdo a cada una, y él pidió café.

—Fue por culpa de un tractor —explicó— que me pasó *poncima*. Si no *fuera* estado mi padre, me *fuera* hecho papilla...

Baba me hizo señas por detrás de la espalda del muchacho para que lo callara. Hablaba a grito pelado y lo oía todo el bar.

Llegada la hora del cierre, nos marchamos y lo acompañamos hasta la puerta de su hotel. Prometimos ir a visitarlo al hospital, aunque no teníamos la más mínima intención.

—Le mandaremos una postal al Rotunda —dijo Baba mientras corríamos Amiens Street arriba para coger el último autobús.

Ya en casa, pusimos sopa a calentar.

—Chica, eres la alegría de la huerta —observó Baba.

—Ya lo sé —respondí.

La noche había sido absurda, aburrida, anodina. Nada despertaba ya mi interés, salvo lo que tuviera que ver con Eugene; pensaba en él y en sus repentinos estallidos de nerviosa energía que le hacían ponerse a bailar o a dirigir una orquesta imaginaria o a pasarse una hora cortando leña. Incluso hallaba placer al pensar en el perro pastor y en la casona vieja con la madera oscura que crujía a todas horas y los postigos que batían en mitad de la noche.

—¿Es por Eugene? —preguntó.

—Sí —dije, desalentada.

Entonces el caldo rompió a hervir y un agradable olor impregnó la diminuta cocina. Tuvimos que abrir la ventana para ventilar, de lo contrario bajaría Joanna a regañarnos, pues la sopa era para el almuerzo del día siguiente.

—¿Ha intentado hacerlo? —preguntó. La bebida la había desinhibido.

—Más o menos —reconocí. Me ahogué en mi propia vergüenza al recordar la cama mullida, el agradable olor de las sábanas limpias y el canto de un búho en uno de los pinos.

—¿Hasta dónde habéis llegado? —quiso saber.

—¡Por favor, no me preguntes esas cosas!

Me bebí la sopa y evoqué la noche en que, durante la cena, llegó el telegrama en que le pedían que fuera a Londres. Anna, con la curiosidad propia de quien se siente solo, había preguntado:

—¿No habrá muerto nadie...?

—No, no ha muerto nadie —la tranquilizó él, sin añadir nada más, por lo que Anna se enfurruñó. Aquella noche tenía un aspecto raro: se había quitado los bigudíes para servir la cena (él se lo habría reprochado) y la larga melena oscura no estaba ni lisa ni rizada, y por algunas partes tenía mechones tiesos. Repasé cada detalle de mi visita, hasta el tipo de jabón que usaba él, y el color de la toalla de manos.

—No vas a volver a saber nada de él —vaticinó erróneamente Baba.

Al día siguiente recibí carta, y Baba una postal.

—¿Cómo te atreves a leer mi correspondencia —me reprochó, arrebatándome la postal—, mala pécora?

Leí la carta en mi habitación:

Querida mía:

¿Cómo estás? No nos despedimos como es debido, y no te creas que no noté el resentimiento que anidaba en tu voluminoso culete cuando te metiste corriendo en tu tienda de pacotilla.

En fin, he pensado mucho en ti y te lo perdono todo. Estoy muy volcado en los sistemas de alcantarillado de los que te hablé, ¡y me alojo en un hotel lleno de jovencitas estadounidenses! Me entra la nostalgia por el pasado, pero no temas: ninguna es tan rarita ni tan guapa como tú. Tú eres la gordita más guapa, buena y dulce que hay, y ahora que tú y tu pelo alborotado me traéis de cabeza cuida de no prenderte fuego mientras estoy fuera.

Si tienes algún día libre, ve y enciende las chimeneas de los cuartos y abre las ventanas, porque estoy convencido de que A. no lo va a hacer.

Buenas noches de tu fiel

E.

La había escrito en papel timbrado de hotel, y la leí varias veces.

De camino al trabajo pude recrear su rostro con la misma claridad que si hubiese estado caminando junto a mí: esa cara alargada y firme con los huesos bien marcados y la piel fina que se separaba del hueso cuando la pellizcabas. También era como si tuviese ante mí su cuerpo, su desnudez; la curiosa elegancia con la que se movía por la habitación. Recordé el extraño bulto que le colgaba entre los muslos velludos, y el miedo que me había provocado. «No te va a morder», me había dicho, y al tocarlo creció milagrosamente como una flor entre el estrujón de mis dedos.

¿Tendría miedo la próxima vez?

En la tienda le escribí y fui a echar la carta al buzón durante la hora del almuerzo.

Tan pronto entré en casa percibí el olor del estofado en el recibidor y vi una carta mecanografiada dirigida a mí en lo alto de la mesilla. El corazón me dio un vuelco de alegría, pues creí que se trataba de una segunda carta de Eugene, pero el matasellos era de Dublín.

Decía:

¿Eres consciente de que ese hombre es malvado, y de que ha vivido con muchas mujeres a las que luego ha abandonado miserablemente? Si continúas desoyendo esta información, tendré que conseguir la dirección de tus padres para ponerlos sobre aviso.

Alguien con las mejores intenciones

Por poco no me desmayo al leer aquello. Releí la nota, y me fijé en que antes de «malvado» había dos palabras tachadas. La primera era «traicionero», luego «malo», y por fin «malvado». Estaba escrita a máquina. No tenía idea de quién podía haberla mandado.

No probé bocado. Sabía que algo estaba a punto de pasar.

## 8

Sucedió a las cuatro en punto, mientras preparaba una caja con un pedido.

Era víspera de Año Nuevo y teníamos muchos pedidos que atender. Repentinamente se abrió con violencia la puerta de la tienda y dos hombres muy bajitos ayudaron a entrar a mi padre. Había estado bebiendo.

—¡Feliz Año Nuevo! —me dijo.

—Hola —respondí.

Se me aceleró la respiración y empecé a temblar de arriba abajo. Me presentó a los dos hombrecillos y les contó que yo era una chica muy lista y que más adelante me prepararía las oposiciones para funcionariado.

—En este lugar no hay futuro, no lo hay...

Sus ojos vagaron por las polvorientas estanterías y se detuvieron en las cajas de vino del estante más alto de una vitrina.

—Están vacías —advertí.

Estaban vacías. Exhibíamos los embalajes y guardábamos las botellas en un mueble debajo del mostrador.

—Dame una —ordenó, con los ojos enrojecidos y desencajados.

Saqué una botella pequeña y le dije que era la única que teníamos. Le arrancó el precinto, la descorchó y dio un trago. Llevaba un sombrero nuevo. Cada vez que se corría una juerga se compraba uno, siempre marrón. Teníamos los armarios a rebosar de sombreros marrones.

Sus amigos eran más bajitos que yo; eran *jockeys*. Me preguntaron si podían pesarse, pero mi padre se había apoyado en la balanza de porcelana y no daba el peso correcto. Poco después se marcharon.

—Son buenos amigos míos, me dieron unos soplos muy buenos para las carreras de Curragh —dijo conforme los hombres salían por la puerta, y supe

que en cuanto se marcharan se ensañaría conmigo.

—No te esperaba —dije.

—Ni yo me esperaba esto —replicó al mismo tiempo que se palpaba un bolsillo del abrigo. Sacó una carta y prosiguió—: tengo que hablar contigo, señorita; estás viviendo como una condenada...

—¿Qué es eso? —dije, arrebatándole el papel. Era una carta mecanografiada que leí febrilmente.

Querido señor Brady:

Ya es hora de que conozca usted la conducta de su hija y las compañías que frecuenta. Desde hace ya más de dos meses se ve con un hombre casado que no vive con su esposa. En la ciudad se le considera un tipo peligroso. Nadie sabe de dónde proceden sus ingresos, y no profesa religión alguna. Metió a su mujer en un barco rumbo a América y su casa es una trampa a la que lleva a jovencitas para drogarlas. Su hija acude a esa casa sola. Espero que mi advertencia no llegue demasiado tarde, pues no quisiera ver cómo una chiquilla irlandesa, católica y decente se echa a perder por culpa de un sucio extranjero.

Alguien con las mejores intenciones

Volví a leerla entre una bruma de lágrimas, no solo porque mi padre estuviera allí mismo, a punto de estallar, sino porque alguien pudiera pensar esas cosas de Eugene.

—Mira que darle un disgusto así a tu pobre padre, a mi edad...

No recordaba lo alto que era, y lo severa que sonaba su voz.

—No es verdad —dije—. Nada de eso es verdad. Yo conozco a ese hombre... —No acertaba a pronunciar el nombre de Eugene—. Pero Baba también lo conoce, y mi casera, y todo el mundo.

—¿Está divorciado?

—Sí, pero...

Su enjuto rostro estaba completamente colorado.

—¿Dónde está? Lo voy a dejar en el sitio.

—Está de viaje —dije.

—Pues que se vaya olvidando de ti —rezongó mi padre—. Tú a ese no vuelves a verlo más.

Aquello ya era demasiado.

—Yo hago lo que me parece, en mi vida mando yo.

—¡No te voy a tolerar impertinencias! —bramó.

La señora Burns salió corriendo a ver a qué se debía el alboroto. Le explicó a mi padre que yo era una chica encantadora y propuso que me lo llevara a tomar un té a casa de Joanna. No quería que estuviera en la tienda, fuera de sí y gritando como un loco.

Joanna tampoco lo quería en su casa.

—A lo mejor vomite en la mejor alfombra, y Gustav es fuera —me dijo en la cocina mientras preparábamos una tetera. Mi padre estaba en el comedor, bebiéndose el vino que le había dado en la tienda y amenazando con lo que le haría a Eugene.

Le sisé tres libras del abrigo, que colgaba del perchero del recibidor. Olía a bebida rancia y a cigarrillos. Como tenía billetes sueltos en varios bolsillos, supuse que no los echaría en falta. Debía de haberse ganado el dinero con los pastos, porque, aunque casi toda nuestra tierra era ahora de Jack Holland, mi padre había conservado unas parcelas en la linde de la finca.

Cuando se acabó el té, Joanna me pidió que lo sacara de allí, en vista de que se estaba quedando traspuesto en la silla.

Recorrí la calle con él hasta la cabina para llamarle un taxi que lo dejara en la estación.

—Tú te vienes a casa conmigo, ¿te enteras? —dijo—. Te vienes conmigo y no hay más que hablar.

Se echó hacia atrás el sombrero recién comprado y se rascó la frente donde la badana le había dejado un cerco rojo.

—Deja ya de chillar en medio de la calle —le rogué. Muchos clientes vivían en mi calle, y no quería señalarme.

—Te vienes a casa —repitió.

No quería ir a casa. Incluso en los mejores tiempos, mi casa me entristecía. Cuando mi madre se ahogó, la vivienda fue hipotecada y Jack Holland la compró. Mi padre se trasladó al pabellón y Jack alquiló la casona a una orden de religiosas que se fueron al cabo de un año o así, porque era una casa muy fría y muy cara. Durante el tiempo que estuvo deshabitada empezó a circular el rumor de que el fantasma de mi madre merodeaba por



allí. Un funcionario de banca que iba a alquilarla se echó atrás al oír la patraña del espíritu, así que, presa de la desesperación, Jack Holland pidió a mi padre que regresara unos meses para desmentir aquellas ridículas habladurías sobre mamá. Ya llevaba casi un año allí, y mi tía Molly (la hermana de mi madre) se había mudado al morir su propio padre para cuidar de él. Ella no tenía a nadie con quien hablar salvo el viento y un puñado de gallinas, allá en su hogar en medio del Shannon, de modo que se alegró de hacerse cargo de mi padre y ver de vez en cuando al cartero y a algún que otro visitante.

Llamé a la parada de taxis más cercana y solicité al taxista que nos recogiera a la altura de la cabina, y luego aguardé, rígida, con la cara hacia otro lado.

—No tienes mucho que contarle a tu padre.

—¿Acaso debería? —dije con acritud.

Estaba urdiendo un plan. Decidí que en cuanto él subiera al taxi yo saldría corriendo so pretexto de ir a buscar una cosa muy importante a casa de Joanna. Pero ya mientras lo tramaba era consciente de que no daría resultado.

Aguardamos. Tenía los dedos de los pies helados y los encogía y estiraba para hacerlos entrar en calor.

—Por ahí viene —dije, alzando la mano, y el taxi redujo la velocidad.

Abrí la portezuela y él entró, desmañado. Era tan alto que le costaba subir y apearse de los coches.

—Ay, que se me ha olvidado el bolso con la muda, voy a buscarlo en un momento —anuncié.

—Déjate, iremos en el taxi —dijo, suspicaz.

—No, si no hace falta —insistí—, además, el taxi no puede meterse en el callejón. Tardo menos de un minuto.

Le cerré la puerta en las narices y eché a correr en dirección a casa de Joanna. Sabía que el conductor tardaría unos minutos en maniobrar para salir a la carretera principal, así que calculé que si llegaba a la calle de Joanna a tiempo, podría llamar a la primera puerta y esconderme. Conocía a la mujer que vivía en esa casa, porque a veces les daba caramelos a sus dos hijos.

Corrí como una loca, choqué contra un señor cojo y ni siquiera me detuve para disculparme. Ya casi había llegado a la esquina de la calle de Joanna

cuando oí el motor del coche justo detrás de mí.

—¡Vuelve aquí ahora mismo! —gritó mi padre.

Corrí aún más deprisa, sabedora de que iba demasiado beodo para darme alcance. Pero el taxi aceleró, me rebasó, y entonces él saltó del vehículo justo cuando yo me disponía a echar a correr en sentido contrario. Me agarró por el cinturón del abrigo.

—Esto no me lo vuelvas a hacer, ¿me oyes?

—¡No voy a ir a casa, no voy a ir a casa! —chillé, con la esperanza de que algún peatón anónimo acudiese en mi ayuda.

—Métete en el coche —dijo.

Me abracé a una verja.

—¡Voy a avisar a la policía! —amenacé, pero para entonces el taxista también se había bajado del coche y ambos tiraban de mí hacia la portezuela abierta de par en par.

Me empujaron adentro y temí que se me rompiera el abrigo nuevo, el de Eugene. Unos niños nos observaban desde el otro lado de la calle, y el conductor me reconvino por mi falta de sensatez: ¿por qué me obcecaba en no ir con mi padre, que lo único que quería era sacarme de las calles?

Me senté lo más lejos que pude de mi padre, que durante todo el trayecto no hizo sino humillarme contándole al taxista que yo siempre había sido una niña intratable, y que había mandado a mi madre a la tumba antes de tiempo.

—Está pidiendo a voces una buena tunda —zanjó mientras yo lloraba en silencio.

En la estación compró dos billetes de ida y atravesamos los tornos y los andenes en dirección a nuestro tren, que tenía prevista la salida en veinte minutos.

—¿Te apetece un té? —preguntó en cuanto el tren se puso en movimiento. Eran las primeras palabras que me dirigía desde que habíamos montado. Sabía que el ofrecimiento no era más que una excusa para ir al bar, que en esos trenes era contiguo al vagón restaurante.

—No, gracias —rehusé para fastidiarlo.

¿Cómo escapar? Podía ya bajarme en la primera parada, ya tirar del freno de emergencia cuando él no estuviera atento y salir corriendo. En mi cabeza tramaba planes muy atrevidos, pero en cuanto él me hablaba empezaba a

temblar como un flan.

—Ve tú y tómate un té —propuse, pero él adivinó mis intenciones y me ordenó que lo acompañara. Lo seguí por el ancho pasillo entre las filas de asientos, en busca del bar.

Pidió un *whisky* doble para él, y para mí un sándwich de jamón cocido y un té que me sirvieron en un vaso de cartón, tan caliente que tuve que cogerlo con el pañuelo.

—¡Pero bueno! ¡Que me aspen si ese no es Jimmy Brady! —oí que exclamaba una voz a mi espalda.

—¡Tim! —dijo mi padre, poniéndose de pie para saludar a su viejo amigo. Se agarraron mutuamente por las solapas de los abrigos, examinando cada uno la cara lívida por el alcohol del otro, y se maravillaron de las coincidencias de la vida.

Yo me limité a rezongar un «Ay, Dios», sabiendo que la cosa se pondría peor y que mi padre bebería el doble. El hombre se llamaba Tim Healy y había jugado al *hurling* con mi padre en el colegio.

Se acodaron en la barra y papá pagó una ronda a Tim Healy y a dos amigos más que habían estado bebiendo con Tim antes de que llegásemos.

—Esta es mi chiquilla, me la llevo a casa.

Papá me señaló con la cabeza y los tres desconocidos me estrecharon la mano; uno de ellos me la apretó tanto que el sello del meñique me dejó una marca en el anular. Tim Healy me pidió una naranjada y vino a sentarse a mi lado.

—Échate para allá —me dijo, y tuve que desplazarme a otro sitio del banco que estaba frío. Él, por el contrario, ocupó el espacio que yo había dejado calentito.

—Bueno, Caithleen... Te llamabas Caithleen, ¿no? ¿Cómo te va? Eres una buena chica, como tiene que ser, porque tienes un padre honrado y una madre encantadora. ¿Qué es de tu madre?

—Está muerta —contesté—. Se ahogó.

Una repentina expresión trágica dominó su bovina cara y pareció que iba a echarse a llorar. Me agarró por un codo y dijo que jamás le habría deseado algo así, ni por veinte mil libras.

—Siempre se van los mejores —lamentó, sorbiéndose la nariz para

contener las lágrimas.

—Ya.

De las ventanillas colgaban serpentinas navideñas, y en la pared, debajo de un letrero que invitaba a beber cerveza, se leía PAZ EN LA TIERRA A LOS HOMBRES DE BUENA VOLUNTAD en oropel.

Tim Healy quiso darle el pésame a papá, pero le pedí que no lo hiciera. Sabía que se emborracharía mucho más si le recordaban en ese momento la muerte de mi madre.

—Ya me conoces —dijo Tim Healy—: no le haría daño ni a una mosca.

Más tarde me contó que era inspector de fábricas de salchichas y que se dirigía a Marborough para una inspección a la mañana siguiente.

—¡Si tú supieras cómo se hacen las salchichas...! —dijo, abriendo mucho la boca y echando la cabeza hacia atrás como para indicar los escándalos innombrables que tenían lugar en las fábricas de salchichas.

Me aburría, pero lo soporté porque veía en él una nueva oportunidad para escapar. Decidí que en cuanto mi padre y él empezaran a recordar los partidos de *hurling* y los goles marcados, me escabulliría, me escondería en un aseo y me bajaría en la siguiente parada.

Mi padre habló sin reparos del sinvergüenza que había tratado de echarme a perder. Todos negaron con la cabeza y dijeron que yo no era más que una niña y que no sabía lo que hacía. Frente a mí se alineaban cuatro vasos de naranjada.

—Cántate algo, anda —pidió Tim a mi padre.

—No puedo —respondió—. Me estoy haciendo viejo... Vamos a cantar todos juntos.

Y cantaron «Kevin Barry». Algunos iban a destiempo, pero les daba igual. El joven camarero parecía incómodo, como si su deber fuera callarlos, pero papá le mostró un puño amistosamente y le pidió que se uniera al coro.

—Estos ingleses de mierda —dijo Tim al terminar. Un suspiro de aprobación recorrió el vagón.

Sin previo aviso, mi padre se arrancó a cantar «Jeannie la del pelo castaño», y todo el rato estuvo alzando la barbilla y tirándose del cuello de la camisa como si le oprimiera la nuez. Se le encharcaron los ojos y supuse que debía de pensar en mamá, porque esa canción solía cantarla en Navidades

cuando organizábamos una timba y mamá obsequiaba con dos gansos al ganador.

Miré por la ventanilla y me fijé en los campos oscuros e informes que desfilaban a medida que nos alejábamos más y más de Dublín, rumbo a la llanura del corazón de Irlanda.

Había llegado mi oportunidad, pensé, de modo que me puse de pie dispuesta a salir de allí.

—¿Adónde vas tú? —llamó mi padre.

—Al aseo —dije yo.

No me gustaba decir «el baño».

—Es fisiológico, una necesidad fisiológica —intervino Tim, y luego, haciendo un guiño a mi padre, añadió—: yo acompañaré a la señorita. —Y me llevó del brazo por el pasillo. Mi padre debía de haberle pedido que no me quitara ojo.

—No te angusties —me dijo mientras trastabillábamos con el traqueteo —, ya conocerás a un buen muchacho, a uno como tú.

No se lo dije, pero yo a esas alturas ya sabía que nunca me casaría con uno como yo.

Al pasar por el vagón restaurante admiré con envidia a los viajeros que comían beicon y huevos con una servilleta impoluta bajo la barbilla y conversaban animadamente. La paz de sus vidas hizo que me enfureciera con mi propia suerte.

—Como sigamos avanzando, vamos a acabar en el altar —observó Tim Healy conforme dejamos atrás el coche restaurante y pasamos por un vagón de primera donde los pasajeros reposaban la cabeza contra almohadas de lino y tres curas jugaban a los naipes.

—Te espero —me dijo.

Esta vez no me las apañaría para huir.

En Maraborough, Tim Healy y sus colegas se apearon. La despedida fue larga y lacrimógena, y el *whisky* corrió a mares.

Luego volví a quedarme a solas con mi padre.

Para entonces ya estaba bastante borracho y se tambaleaba en el taburete. Se sacó una caja de cigarrillos aplastados del bolsillo:

—Tome, fúmeselo uno, fúmeselo uno de los míos —ofreció al camarero que

lo llevaba del brazo por el pasillo, de vuelta al compartimento donde me había dejado los guantes y el periódico vespertino. Algunos estaban comunicados, pero el nuestro era de los cerrados—. Puedo ir solito —no paraba de decir.

—Claro que puede —replicó el chico del bar, sin por ello soltarlo.

Papá se sentó en una de las esquinas y cerró los ojos al instante.

La siguiente parada era Roscrea, pero sabía que aún quedaba media hora por lo menos, y para entonces seguramente se habría despertado. Sin levantarme, me desplazé despacio hasta la ventanilla. Encima de ella se hallaba el freno de emergencia con el cartel rojo que rezaba: EL USO INDEBIDO CONLLEVARÁ MULTA DE CINCO LIBRAS. Estaba resuelta a tirar del cordón. A la vez que rezaba para reunir valor, intenté imaginarme lo divertido que sería que lo despertara bruscamente un guardia para pedirle cinco libras. Para entonces yo ya me habría ido, me habría esfumado en los negros campos. Afuera todo estaba muy oscuro, y rogué para que hubiera alguna casa cerca. Entonces me asaltó la imagen de unos perros rabiosos detrás del portón de una granja, pero ni por esas me arredré.

Me levanté sin hacer ruido y eché un último vistazo para asegurarme de que estuviera dormido. Un pitillo apagado le colgaba flojo del labio inferior, y dormía con la cabeza echada hacia atrás. Me dio un poco de pena: tan débil, tan desamparado, tan feo.

No seas imbécil, deja de compadecerte, que eso es precisamente lo que le arruinó la vida a tu madre, me dije conforme alzaba la mano en dirección al cordón negro de alarma. Temblaba como una hoja.

Tira, tira, no te lo pienses, me susurré a mí misma.

O mi angustiado murmullo lo desveló, o es que no estaba dormido, porque de pronto se incorporó y preguntó:

—¿Dónde estamos? ¿Dónde estamos?

Bajé la mano y me dejé caer en el asiento, casi agradecida de que me hubiera ahorrado el sufrimiento de dar la alarma.

—Justo estaba intentando averiguar dónde estamos —dije, despreciándome por ser tan cobarde.

—Podrías saberlo, con la de veces que has hecho este camino.

Se prendió el cigarrillo y, quién sabe cómo, se mantuvo despierto el resto

del viaje. En nuestra estación, pobremente iluminada, nos esperaba un coche de punto. Esa misma tarde le había mandado un telegrama a la tía.

Nuestra cocina era tan lúgubre como la recordaba: ropa sucia de papá en lo alto de una silla, una hoja de palma amarillenta detrás del cuadro del Sagrado Corazón y, delante, una velita roja encendida. Lo metimos en la cama, y entonces la tía me soltó la consabida reprimenda.

Preparó té y lo acompañamos con las sobras de un bizcocho de Navidad que guardaba en una caja de galletas oxidada. Estaba malísimo, pero me lo comí por no hacerle un desaire. Divagó acerca de la buena educación que yo había recibido y la conmoción que había sufrido mi padre al recibir aquella carta.

Luego fue a quitarle los zapatos y se los escondió para que al día siguiente no se largara a dar algún otro sablazo para seguir bebiendo. Rezamos el rosario en voz alta.

No podíamos meternos en la cama, por si le daba por prender fuego a las mantas, así que nos quedamos allí y al cabo de un rato la tía empezó a dar cabezadas en la silla plegable. Aquella silla la había conseguido mi madre gracias a los cupones de los cigarrillos, antes de la guerra. Yo tenía cuatro o cinco años cuando estalló el conflicto, y lo único que significó para mí fue que los fabricantes dejaron de imprimir cupones en las cajetillas y en casa ya no entraron más sillas plegables con asiento de lienzo verde.

Mientras ella dormitaba, planeé lo que haría: marcharme en el primer autobús a la mañana siguiente, antes de que mi padre despertara. Sabía que la tía se sentiría traicionada, pero estaba resuelta a volver con Eugene, aunque me costara la Condenación Eterna.

Conté el dinero que tenía, conté las horas, oí los leves ronquidos de la tía, y a veces desde el cuarto de mi padre me llegaba un gemido o el gorgoteo de la bebida al caer en el vaso. Había dejado la luz encendida.

Me iría muy lejos otra vez, muy lejos, y para siempre.

## 9

Al filo del alba, la tía se incorporó y se frotó los ojos con el dorso de la mano, alarmada.

—¿Qué estás haciendo? —quiso saber.

Me había puesto el abrigo y me estaba maquillando frente al cristal empañado del cuadro del Sagrado Corazón. El maquillaje era suyo, porque el mío lo había dejado en casa. Había encontrado unos polvos amarillentos en un sobre viejo y un pompón desgastado junto a su devocionario. También tenía un pintalabios que parecía un foco de infecciones, todo reseco y con pelos pegados. La tía debía de haberlo encontrado por ahí, porque ella nunca usaba carmín. Me aplicaba el pintalabios cuando se dirigió a mí.

—Me estoy arreglando —dije con la mayor naturalidad posible.

—¿Arreglándote para qué? —insistió, pasándose una mano por el pelo gris, quebrado por muchos sitios de tanto habérselo achicharrado con las tenacillas.

—Voy a regresar —declaré—. Tengo que volver a trabajar.

—No puedes hacer eso —replicó—, salir corriendo y dejarme aquí. —Y se levantó, tambaleándose—. No te vayas, no me dejes sola —suplicó—. Me va a matar cuando vea que te has marchado.

Las lágrimas inundaban sus ojos exhaustos. Una vida de lágrimas. Ella también había sufrido lo suyo. A su amor de juventud lo habían matado una mañana en el puente de Killaloe durante la guerra contra los ingleses. Pero ella se había mantenido fiel a su difunto enamorado y llevaba una foto suya en un medallón de oro que le colgaba del cuello. Me resultó imposible dejarla; era tan amable, y se había sacrificado tanto...

—Está bien, me quedo —dije, hastiada.



Me dio un abrazo y sentí sus ojos húmedos contra mi cuello.

Era el día de Año Nuevo y tendríamos que haber ido a misa, pero la tía afirmó que Dios nos perdonaría, dado que teníamos que quedarnos para cuidar de mi padre.

Entonces oímos un mugido de vacas que se acercaban a la cancela, y Maura, una muchacha del pueblo que venía a ordeñar por la mañana y por la tarde, aporreó la puerta de atrás.

—*Siora!* ¿Está despierta? —chilló a la vez que alzaba el pasador y asomaba la cabeza. Sonrió detrás de sus lentes de montura metálica nuevas—. ¡Bienvenida! —vociferó. Siempre hablaba a voces, independientemente de lo cerca que se encontrara del interlocutor; hablaba como si combatiera contra una violenta ventolera—. La vaca tiene una ternera colgando muerta —avisó a la tía.

—¿Quién está muerta? —preguntó la tía, alzando los ojos al techo. Le alteraba la simpleza de Maura.

—La ternera está colgando de la vaca, muerta —repitió, emocionada por tener algo importante que contar.

Entonces anunció que iría a buscar al veterinario, y antes de que pudiéramos detenerla ya había desaparecido. Yo quería acompañarla porque el señor Brennan, el veterinario del pueblo, era el padre de Baba, y sabía que estaría dispuesto a ayudarme; si no él, su esposa, Martha. Recordé su preciosa casa con alfombras blancas sobre las tablas de arce y una foto de Baba y mía en la pared gris. Llamé a Maura, pero no me hizo caso. Ya atravesaba el campo delantero a la carrera, brincando y lanzando chillidos de satisfacción.

Salimos a ver qué había pasado.

A la luz del día, la finca parecía aún más inhóspita. El seto de alheña se había puesto amarillento por quién sabe qué enfermedad, y los rosales silvestres estaban pisoteados. Las vacas entraban y salían pasando por encima de la empalizada que no se tenía en pie.

—Ha helado —observó la tía. Dos paños de cocina que estaban tendidos se habían quedado tiesos. Al pasar por delante del aljibe vacío y herrumbroso, preguntó—: ¿Te acuerdas, antiguamente...?

Hickey, nuestro mozo, solía plantarse allí en las tardes de verano para exhortar a las vacas a que abrevaran. Ahora, en cambio, las bestias —en su

mayoría, propiedad de Jack Holland— saciaban la sed en unos abrevaderos de cemento a poca distancia.

Tal y como Maura nos había advertido, de la vaca colgaba la cabeza de un ternero sin vida. La pobre no paraba de berrear y de menear la cola, pero no podíamos ayudarla hasta que no llegara el señor Brennan. La tía fue corriendo a buscar avena caliente, y en ese lapso en que estuve sola pasó el autobús a Limerick por delante del portón. Por mis mejillas rodaron dos lágrimas: sabía que estaba condenada a permanecer entre cardos secos.

La vaca no quiso tomarse la avena, y todo el tiempo trataba de volver la cabeza para ver a la cría muerta.

Cuando llegó el señor Brennan pidió a Maura y a mi tía que la condujesen despacio hasta el jardín, y él fue detrás en el coche, con cuidado de evitar los tocones y los baches herbosos del camino.

Mientras desandaba el camino yo sola, la tristeza de la casa húmeda y en ruinas me hizo suspirar, y me pregunté si en el fondo la tía no llevaría razón al decir que le había caído una maldición. Las grajillas revoloteaban de una chimenea a otra. Papá estaba en la cocina, buscando los zapatos. Los saqué del cubo del carbón, hecha un manojo de nervios, y les sacudí la carbonilla con una pluma de oca nueva.

—Deben de haberse caído —dije.

—Sí, claro, se han caído.

Agarró el sombrero del aparador y no quiso saber nada de la vaca enferma. Su único deseo era salir a beber algo.

Puse la mesa para el desayuno. Las cucharillas estaban empañadas y olían raro. En vida de mi madre, el cajón de los cubiertos tenía compartimentos que separaban los cuchillos, los tenedores y las cucharas. Ahora, por el contrario, todo estaba revuelto: la cubertería, las viejas tijeras, bramante deshilachado, un abrelatas, papel vegetal rancio y cuernos de vaca. Estos últimos los usaban como embudos para el queroseno o la gasolina, y para administrar medicinas al ganado.

—¿Qué tal estás? No me ha dado tiempo a saludarte —me dijo el señor Brennan cuando, más tarde, vino a lavarse las manos. Vertí un chorro de agua del hervidor en una palangana de hojalata y fui a buscarle una toalla limpia—. Gracias —dijo, lanzándome una mirada acerada. No se anduvo con

rodeos; yo intenté hablarle de Baba, pero me interrumpió—: He visto la carta de tu padre.

—La gente está siempre dispuesta a creerse lo peor, es curioso —contesté, sin saber siquiera cómo.

—Estoy muy pero que muy decepcionado —replicó—. Creía que podía confiar en ti.

Sentí que había perdido su amistad, pero pensé que su mujer, Martha, me echaría una mano, dado que en el pasado se había jactado de conocer los secretos de los hombres y del amor. Me alegró, pues, que me invitara a acompañarlo a buscar penicilina para la vaca enferma.

Martha estaba arreglando un jarrón de rosas cuando entramos en el recibidor caldeado con termosifón.

—Aquí la tienes —dijo el señor Brennan con una expresión de disgusto, y nos dejó a solas.

—¡Por Dios bendito, Caithleen! ¡Menudo estirón has dado!

Me estrechó la mano. Tim Hayes, el dueño del coche de punto, debía de haberle contado que había vuelto, porque no estaba sorprendida de verme.

—Bonitas flores —comenté, incómoda. El señor Brennan me había soltado otro sermón durante el trayecto.

—¿A que sí? Huélelas. —Eran flores de plástico que habían rociado con un perfume—. ¿No te parecen maravillosas?

Eran repugnantes.

—¿Cómo sigue Baba? —preguntó, como si nada.

—Está bien.

Pasamos a la cocina y me preparó un té. Habían puesto un empapelado nuevo de rayas en las paredes, así que me quedé mirándolo. Nos fumamos un cigarrillo.

—¿Qué novedades traes? —quiso saber.

Me senté en un extremo de la mesa y le hablé de Eugene. Solo le conté que nos veíamos un par de noches a la semana para cenar y que era un hombre muy simpático y apuesto.

—Te gustaría —dije, para ablandarla. No mudó la expresión, aunque

pestañeaba en exceso—. ¿Me ayudarás a salir de aquí? —le rogué, presa de la desesperación.

—¿Ayudarte? —exclamó, y exhaló hábilmente el humo por las delicadas fosas nasales. Rio con nerviosismo, casi como si se divirtiera—. Debes de haber perdido el juicio para dejarte engañar por un tipo como ese. ¡Ni lo sueñes!

—Por favor te lo pido, ¡escúchame! —supliqué.

Impávida, declaró:

—El padre de Baba y yo estamos de acuerdo en que no debes volver a ver a ese hombre.

¿Estaba frente a la misma Martha que había compartido mil y una ginebras con viajeros de comercio?

Dejé caer la cabeza en el mantel de hule y me eché a llorar a moco tendido, como hacía de niña cuando no me dejaban jugar con los vestidos de organza de mamá.

—¡Chist, chist! El patrón viene para acá, que no te pille llorando —me advirtió, ofreciéndome un pañuelo de seda que se había enganchado a la pulsera del relojito de oro—. Te prometo que rezaré por ti. Pídeselo a Dios, Él te ayudará a soportar el mal trago. —Al parecer, se había vuelto muy devota.

El señor Brennan se sumó al té y Martha me contó su visita a Oberammergau el verano anterior.

—Te haría mucho bien ver a esa gente —aseguró—. Todos los hombres del pueblo se dejan el pelo largo porque no saben a cuál le tocará representar el papel de Cristo<sup>[13]</sup>.

Al decir «Cristo» inclinó levemente la cabeza.

Una pequeña parte de mí la escuchó, por precaución, pero el resto de mi mente seguía maquinando la manera de escapar.

El señor Brennan dijo algo. No lo oí, solo vi que me miraba con el ceño fruncido.

—Está enfadada —explicó Martha.

—Ya se le pasará; lo superará de aquí a un mes o dos —dijo alguno de los dos.

A punto estuve de liarme a gritos, pero entonces me fijé en la expresión

de los ojos de ambos y en vez de eso me eché a reír, solo para confundirlos.

Mientras volvía a casa con la penicilina no me sacaba de la cabeza sus miradas amargas, decididas. Martha había dicho que tenía que quedarme en casa, y que podría acompañarla a la escuela técnica para aprender a hacer ganchillo y tapices.

Caminaba muy deprisa. Por encima de mí, las nubes surcaban a toda velocidad un cielo de lluvia en el que aquí y allá asomaban lacustres parches azulados.

¿Quedarme en casa? ¡Lo próximo sería aconsejarme que ingresara en un convento! ¿Por qué todos odiaban a una persona que no conocían? ¿Acaso todas aquellas parejas infelizmente casadas querían a toda costa que volviera al pueblo para que mi suerte no fuera distinta?

La loca de Maura estaba parapetada tras la tapia, vigilándome, y comprendí con un hondo pesar que la tía le había ordenado que lo hiciera, a cambio, seguramente, de una propina.

Poco más sucedió aquel día, salvo que la tía me llamó y preguntó en un susurro si me encontraba bien. No pareció muy convencida cuando le dije que sí.

—De verdad que no me pasa nada —insistí, indignada por tan indiscreta pregunta. Recordé lo mucho que lo había decepcionado en la cama grande y blanda, y me resultó tan absurdo que poco me faltó para echarme a reír.

A última hora de la tarde cogí la bici para hacer unos recados en el pueblo. Cuando a mi padre le daba por beber se olvidaba por completo del dinero para la comida, así que no me quedó más remedio que poner una parte de las tres libras que le había escamoteado en el recibidor de Joanna.

El sol había salido después del chaparrón, la calzada húmeda resplandecía y los setos titilaban como si estuvieran cuajados de diamantes.

Compré beicon, té, paté de pollo y jamón, melocotones en almíbar, e impulsivamente me llevé un bizcocho glaseado de oferta, algo duro ya, con la esperanza de que nos levantara el ánimo.

Por la calle tuve la certeza de que la gente se paraba a mirarme,

clavándome sus miradas asesinas. Y unos colegiales se pusieron a chillar algo que no entendí. ¿Es que mi padre le había enseñado la carta a todo el mundo?

«Divorciarse es peor que matar», había afirmado siempre la tía; nunca se me olvidaría aquella frase, ni la desaprobación en los ojos de mis vecinos. Telefoneé a casa del señor Gentleman para pedirle que me llevase a Dublín, pero respondió su esposa. «¿Oiga? ¿Quién es?», preguntó, y yo colgué aterrorizada y salí a toda prisa de la cabina. La funcionaria de correos, que había estado pegando la oreja desde la centralita, me regañó por haber hecho tal cosa. Nunca me había caído bien. Una vez, de pequeña, me preguntó si era verdad que Martha y el señor Brennan dormían en camas separadas. Yo no desmentí ni confirmé, y eso no me lo había perdonado jamás.

Compré dos postales para mandar a Baba y a Eugene, y a continuación fui con paso decidido a pedir ayuda a Jack Holland. Su taberna estaba cerrada, pero las persianas alzadas. Bajo la tenue luz distinguí un letrero escrito a mano colgando del picaporte que rezaba: ESTOY EN UNA EXPEDICIÓN ARQUEOLÓGICA. VOLVERÉ A LAS OCHO.

No podía esperar, porque la tía necesitaba el té, así que emprendí el camino de vuelta. Mientras pedaleaba en el ocaso, con la bolsa de los mandados golpeándome una rodilla, pensé en Eugene. A menudo, una imagen nítida y repentina venía a importunarme. Vi la piel de su pecho, un tanto enrojecida bajo los pelillos en la zona donde había estado rascándose. Pasé junto a la cuneta para sortear una manada de vacas que con paso lento se dirigían al ordeño vespertino.

En ese momento se aproximó un coche en dirección contraria. Por la carrocería anticuada intuí que sería el señor Gentleman, así que me apeé de la bicicleta, la tiré a la zanja y me puse a hacer aspavientos. El coche pasó de largo, pero tuvo que detenerse de todos modos por culpa de las vacas. Corrí hacia él, sin aliento. Era el señor Gentleman.

—A ti te estaba buscando —le dije cuando bajó la ventanilla.

—¡Caithleen! —exclamó, asombrado.

Llevaba dos años sin verlo. Estaba más flaco, más desmejorado, pero su rostro aún conservaba ese aire de estampita que me hizo pensar en la luz de la luna y en sus besos, tan castos.

—Sí, es que he venido a casa —expliqué.

Apoyé los codos contra la ventanilla abierta, y mi cara quedó casi al mismo nivel que la suya.

—¿Cómo te va la vida? —preguntó con naturalidad.

Diríase que nos hubiéramos visto la víspera. Lo achaqué a la timidez; siempre había sido muy retraído, y le costaba entablar conversación.

—Tirando —dije. No me apetecía contarle todo el culebrón allí en mitad de la carretera, por si se sentía ofendido. Pero ¿no estaría ya al tanto? Todo el mundo parecía enterado. En cualquier caso, sabía que me invitaría a subir al coche, y tal vez me llevara a dar una vuelta—. Llevaba siglos sin saber de ti —continué, recordando con una punzada de vergüenza todas las cartas que le había dirigido a su despacho de Dublín.

—Es que he estado muy liado con mil asuntos, ya sabes lo que pasa.

Su voz no había cambiado, seguía teniendo aquel dulce deje extranjero —era medio francés—.

—Ya. A veces me pregunto qué pasó —dije.

Me había convencido para que fuera con él unos días a Viena, y la tarde en que debíamos partir sencillamente no apareció.

Me miró melancólico, con la quejumbre del rostro enfatizada por la luz del crepúsculo, y dijo:

—Fue lo mejor, de veras; nos habríamos arrepentido.

—Yo no —rebatí con franqueza.

Frunció el ceño y supe que se avergonzaba sincera y amargamente de nuestra relación, de que nos hubiéramos abrazado, besado y declarado nuestro amor.

—Eres muy joven —dijo—. La gente joven hace muchas tonterías.

—Para mí no fue ninguna tontería: fue la época más bonita de toda mi vida...

Se removió en el asiento y respiró hondo.

—Eres... una chica muy... boba... ¿Lo sabías?

—¿Acaso te avergüenzas de mí?

—No, no, no. —Negó con la misma impaciencia de antaño. Ya había oído ese «no, no, no» cuando le pedí que me escribiera una dedicatoria en mi libro de autógrafos; y cuando quise llevarme a su Setter rojo una noche para sentirme más cercana a él—. ¿Cuánto tiempo te quedas?

—No mucho, porque me voy a comprometer —expliqué, con intención de herirlo.

—¿Y tu padre lo sabe?

Percibí histeria en mi propia voz.

—Vamos a organizar una boda por todo lo alto, pediremos la comida a Limerick...

—¡Me alegro! —me interrumpió, y sonrió al tiempo que miraba su reloj y se disculpaba por tener que marcharse—. Ya me dirás qué quieres que te regale —dijo, y su pálida manita tentó el salpicadero en busca de la llave. Encendió el motor—. Adiós —se despidió, y en su rostro reapareció aquel atisbo de maltrecha soledad que yo tan bien conocía. Daba siempre la impresión de no querer marcharse, y que era más bien el deber o la familia lo que le obligaba a partir. Creo que no dije nada cuando se puso en movimiento.

Sabía que los miércoles iba a la casa del párroco a jugar al *bridge*. Era una costumbre que había adquirido en el último año, pues el señor Gentleman había vuelto al redil y ahora asistía a misa cargando con un devocionario enorme; eso al menos era lo que se comentaba en el pueblo.

Recuperé la bici y retomé el camino a pie, indiferente a si mi tía estaba esperando el té o no. Había caído la noche y me guiaba la luna llena. Temblaba de rabia y me veía incapaz de pedalear. Pensé en el señor Gentleman con su cara pálida, sus ojos preciosos y desamorados, y rememore los tiempos en que creía que era Dios. Lamenté no poder hacerle daño para devolvérsela por toda su falsedad.

En los campos y las cunetas reverberaba asombrosamente la luz de la luna. Algunas vacas descansaban bajo los árboles, rumiando, y una de ellas resollaba. La luna proyectaba mi sombra ante mí, y a veces conseguía alcanzarla con la rueda delantera de la bici.

—¿Por qué has tardado tantísimo? —me reprendió la tía al acudir a mi encuentro, entre toses. Sufría bronquitis.

—Por nada —dije.

Ella y todo el mundo me inspiraban furia y repugnancia.



—No nos quedaba ni pizca de té, creí que no tardarías mucho —añadió mientras yo rodeaba la casa y dejaba la bici apoyada en el muro lateral. Me explicó que papá todavía no había vuelto.

Preparamos té y abrimos una lata de melocotones, que comimos sin entusiasmo.

## 10

Transcurrieron tres lúgubres días en los que nada sucedió salvo que mi padre salía por las mañanas y no regresaba hasta muy tarde. Temíamos que hubiera sableado a su tío o a su hermano.

La tarde del tercer día enterramos a la ternerilla porque la tía decía que empezaba a oler. Maura, que tenía maña para las faenas reservadas a los hombres, había cavado un hoyo poco antes, y nosotras tiramos del animalillo en una carretilla vieja y podrida. Lo hicimos nosotras porque la tía no se fiaba de que Maura lo hiciera como es debido. Habíamos amortajado a la cría en un saco viejo, de modo que no se distinguía forma alguna. Ese día hacía un frío sobrecogedor.

Pensé en Eugene y me pregunté qué opinaría de aquella estampa: nosotras dos allí de pie, pendientes de cómo Maura volcaba la carretilla hasta que el bulto encajó en la sepultura y luego volvía a cubrir el hoyo de tierra que apisonaba con el talón de la bota masculina. Llevaba botas y pantalones, y todos los vecinos del pueblo la llamaban Micky. Trabajaba para nosotros porque no cobraba mucho y se le daban bien el ordeño y las tareas más ingratas. A la vuelta, la carretilla se atascó en el lodo y tuve que levantarla con ayuda de Maura.

—La pobre vaquita se siente sola —observó.

La habíamos encerrado mientras enterrábamos a la cría; de lo contrario habría seguido el rastro con el olfato. La oíamos mugir y dar vueltas por la cuadra, golpeando las piedras sueltas del suelo. Las dependencias externas se caían a pedazos, y la hiedra recubría sus muros desconchados.

—Todos nos sentimos solos —replicó la tía, y Maura sonrió y dijo que ella no porque esa noche iba a las películas. Un cine ambulante pasaba por el

pueblo un día a la semana.

Yo había estado dándole vueltas a la forma de escapar, pero la idea de que me dieran alcance me paralizaba de terror.

—Ay, este valle de lágrimas —se dolió la tía con desolación.

El entierro de la ternera la había entristecido. La muerte siempre la andaba rondando. La muerte era fundamental en aquel lugar. Aquí y allá, las crucecitas pintadas de blanco clavadas en las cunetas señalaban los lugares donde algunas personas habían entregado su vida por Irlanda, y ni un solo día parecía transcurrir sin que muriera algún anciano de gripe, o de muerte natural, o de un derrame cerebral. Por el motivo que fuera, solo nos enterábamos de las muertes; raras veces era noticia un nacimiento, salvo si el parto había sido de gemelos, si lo había asistido el veterinario, o si el bebé era cianótico.

—Dentro de poco se irán alargando las tardes —dije para animar a la tía, pero ella dejó escapar otro suspiro.

Cenamos en la cocina. Tomamos beicon ahumado, col y patatas recalentadas de la víspera. Mientras comíamos en silencio llegó un coche que rodeó la casa. La tía se persignó nada más ver a un extraño ayudando a mi padre a apearse.

—Muy buenas —saludó mi padre al entrar en casa, tendiéndole a la tía un bulto de papel de estraza que contenía unos trozos de carne sanguinolenta. El desconocido también llevaba unas copas encima, pero no se tambaleaba—. ¡Ya te estás haciendo a la casa! —me dijo. Intenté concentrarme en pelar una patata ya fría para no hacerle caso—. Me he cruzado con el padre Hagerty en el pueblo, dice que quiere tener unas palabritas contigo —añadió.

El corazón se me aceleró, pero no dije ni media palabra.

—Irás a verlo.

Unté mantequilla en la patata y me la comí con parsimonia.

—¿Te has enterado? —bramó de improviso.

—Sí, sí, claro que irá —terció la tía, y lo llevó a su habitación agarrándolo del brazo. El desconocido dio un par de vueltas hasta que ella regresó, y entonces le pidió una libra por haberlo traído. Como no teníamos

dinero, le dimos tres botellas de cerveza que la tía tenía escondidas en un mueble desde Navidades.

Las puso en una bolsa de papel y el hombre se fue lanzando improperios. No teníamos idea de dónde había salido.

Nos sentamos junto al fogón y permanecemos a la espera de la llamada de mi padre. Sobre las nueve nos llamó a voces y acudí para ver qué quería.

—Me parece que me estoy muriendo —dijo.

Estaba muy mal del estómago. Aquello me alegró infinitamente, pues me daría la oportunidad de largarme, así que le di una dosis de sales de Epsom.

Esa noche nos acostamos pronto. Yo dormí en el cuarto de enfrente al de la tía, y tras cerrar la puerta me senté en la cama y escribí una larga carta a Baba para pedirle ayuda. Garabateé seis o siete folios hasta que la vela estuvo a punto de consumirse del todo. Ya le había mandado una postal, pero no había recibido respuesta. Sospeché que tal vez habían ordenado a la empleada de correos que no enviara mis cartas.

Una ráfaga de viento entró por la chimenea y provocó que la llamita tremolase. En la casa había electricidad, pero no teníamos bombillas. Oculté la carta bajo el colchón y me desvestí. Al ver el sostén morado recordé con nostalgia aquella mañana de domingo en que a Baba y a mí nos dio por teñir toda nuestra ropa interior de morado. Baba había leído por ahí que era un color sensual, y de vuelta de la misa dominical habíamos parado a comprar cinco cajas de tinte. El chismoso de Gustav debía de espiarnos por el ojo de la cerradura del baño, porque de improvviso Joanna echó a correr escaleras arriba y entró sin llamar.

—¡Color veneno en el lavabo! —gritó al irrumpir en el baño.

—Deberías haber llamado, ¿y si estábamos haciendo algo muy íntimo? —le recriminó Baba.

—Agua envenenado —reiteró Joanna, señalando el agua de color indefinido que llenaba el lavabo.

La ropa interior quedó muy bien al final, y un chico le había preguntado a Baba si era sobrina de un cardenal.

Me metí en la cama con un jersey puesto, porque en casa escaseaban las mantas. Solo me tapé con una manta de planchar y una colcha que había hecho la tía. La llama de la vela se había extinguido ya en la palmatoria

mientras, de lado, yo cerraba los ojos para pensar en Eugene. Recordé la noche en que me pidió que le hiciera unas multiplicaciones. Entendía muchísimo de política y de música, había leído cientos de libros y conocía los entresijos del cine; sin embargo, el cálculo no se le daba nada bien. Le sumé la cantidad de dinero que ganaría a cambio de ciento treinta y siete árboles, a razón de treinta y siete chelines con seis peniques por unidad. Los había vendido a un comerciante de leña del lugar porque había que aclarar el bosque. Aunque habían marcado los árboles «vendidos» con pintura azul, Eugene sostenía que por la noche el comerciante había mandado a un muchacho a marcar más.

—Casi trescientas cincuenta libras —dije, haciendo una primera estimación, como nos habían enseñado en la escuela, para luego saber si la respuesta final era del todo errada.

—Y a cambio de esa miseria él amasaré una pequeña fortuna —replicó Eugene, detallando la transformación de los árboles desde que los talasen hasta que se convirtieran en un mueble o una viga.

Y mientras él echaba chispas al pensar en los beneficios que un solo hombre podía obtener, yo casi alcanzaba a ver planchas de madera pulida y clara con preciosos nudos de un color más oscuro y montículos dorados de serrín por el suelo.

Me quedé dormida preguntándome si algún día volvería a verlo.

Por la mañana, la tía me trajo té y me explicó que el cura había mandado recado de que me esperaba. Me vestí y salí de casa cerca de las once. Mi padre guardó cama esa mañana y Maura tuvo que ir corriendo al pueblo a comprar, fiada, una botellita de *whisky*.

Cada vez que escapaba de la casa experimentaba un torbellino de vitalidad y esperanza, como si aún no se hubieran agotado las oportunidades de huir y vivir la vida a mi manera.

Hacía una mañana radiante y ventosa; los campos irradiaban un verde vívido, el cielo era de un delicado azul verdoso y las colinas allende los prados tenían un color gris plomo.

Es bonito, es bonito, pensé, y respiré hondo y tiré de la bici de la tía por el terreno que daba a la carretera.

No fui a la casa del cura. Me daba mucho miedo, y además pensé que

nadie se enteraría.

En lugar de eso, enfilé el carril que corría paralelo al río con intención de enviar la carta para Baba en el pueblo de al lado.

Los prados del camino estaban sumidos en el silencio más invernal; había unos pocos terrenos labrados, y la tierra surcada parecía muerta, muerta y parda.

«Ojalá pudiera volar», me dije al contemplar el vuelo de las aves que se posaban un instante en los arbustos de espino y los embarcaderos cubiertos de hiedra.

Pedaleaba despacio, no tenía ninguna prisa. Todo estaba mudo, salvo por el murmullo del cableado eléctrico. Por los campos se sucedían los postes negros y rotundos que sostenían los cables, y estos emitían una nota constante, una música similar al siseo de la brisa.

Al llegar a la falda del cerro Goolin me bajé de la bicicleta y subí tirando despacio de ella; a medio camino me detuve a observar la mansión rosa en ruinas de la colina. Había encarnado toda una leyenda en mi vida, aquel caserón rosa rodeado de rododendros y con su cenador gris un poco más allá. El portón oxidado y cerrado con cadenas se alzaba flanqueado por dos pilares de caliza, mientras que el caminillo había desaparecido del todo. Pensé en mamá. Cuántas veces me había hablado del gran baile al que asistió de jovencita en aquella mansión. Había sido el acontecimiento más memorable de toda su vida: había llegado ya de noche en barca desde su casa en la isla del Shannon, y se había cambiado de zapatos en el caminillo, escondiendo los viejos y el impermeable debajo de un árbol. Los rododendros estaban en flor, unos rododendros carmesí; ella recordaba perfectamente aquel color, igual que los nombres de todos los muchachos con los que bailó. Cenaron en un amplio salón comedor, y en el aparador había bandejas y más bandejas de rosbif trinchado. Aquella noche alguien había compuesto una tonadilla dedicada a mamá que se le quedó grabada en la memoria:

*Lily Neary, un cisne parecía  
y casi casi se descuajaringa  
bailando la giga  
con el guasón de Johnny Jones.*

—Uno —respondía ella, cabizbaja.

Allí parada en mitad del camino, inmersa en mis pensamientos, a punto estuvo de atropellarme la furgoneta de correos. El conductor tuvo que dar un giro brusco hacia la cuneta.

—Lo siento —dije, temblorosa por el susto.

Él se rio de mí. Era un chico muy simpático, y me preguntó si quería subir. Un letrero pegado al parabrisas rezaba: PROHIBIDO TRANSPORTAR PASAJEROS, pero en la parte de atrás había dos mujeres sentadas encima de unas sacas. Se me ocurrió la ridícula idea de qué pasaría si las sacas llevaban cartones de huevos de la granja de pavos, o un reloj de oro que alguien hubiera mandado a otra persona como regalo de bodas. Le pedí que me echara una carta al buzón en Limerick esa tarde. Cada mañana salía de allí para repartir el correo por los diversos pueblos de la ruta y a la tarde hacía el trayecto de vuelta, recogiendo más correspondencia.

—¡No faltaba más! —exclamó, y le di la carta para Baba y dos chelines de propina.

Acto seguido monté en la bici y emprendí el camino a casa. Casi todo el rato era cuesta abajo, así que apenas tuve que usar los pedales. Estaban muy duros, les hacía falta un engrase. Las ruedas silbaban, los radios zumbaban, y la carretera era un lazo azul serpenteante y asfaltado. Me entretuve en planear lo que le contaría a la tía, y no sentí ni pizca de remordimiento al remontar nuestro prado y entrar en casa.

Casi me caigo de espaldas al ver al párroco sentado en la cocina, bebiendo té en una de las tazas buenas.

—Por fin —dijo la tía.

El cura me miró.

—¡Hombre, Caithleen! Pensé que te habrías demorado por algún motivo, así que me he acercado para ver cómo estabas.

—Ya se había usted marchado cuando he llamado al timbre —me apresuré a decir.

Me lanzó una mirada feroz.

—Si me disculpa, padre —dijo la tía, y dicho esto desapareció para que pudiéramos hablar a solas.

El padre Hagerty fue al grano:

—Caithleen, tu padre me ha dado muy malas noticias. Siéntate y cuéntame.

Me senté frente a él. La tía le había colocado un cojín entre la espalda y los barrotes de madera de la silla, con lo que parecía dispuesto a entablar una larga charla.

—En realidad no es para tanto. He conocido a un hombre, y ya está —expliqué en un intento por aparentar naturalidad.

El padre arrugó el ceño, y, al hacerlo, en la frente cenicienta le nacieron cuatro surcos profundos. Sin motivo aparente, recordé entonces la época en que estuvo recaudando fondos para levantar una capilla nueva y para ello organizaba bailes en el ayuntamiento los domingos. Él mismo se ponía detrás de la barra, y la gente aseguraba que con los restos de las botellas rellenaba botellas nuevas de limonada. Una vez Hickey pagó una entrada con una libra y él no le dio el cambio; desde entonces, siempre llevaba el importe exacto, que eran dos chelines.

—Te estás adentrando en la senda de la perdición.

—¿Por qué, padre? —pregunté con aplomo, y enlacé las manos sobre el regazo para transmitir serenidad. Me moría de ganas de cruzar las piernas, pero ese gesto me seguía pareciendo irreverente.

—Ese hombre es peligroso. No profesa fe alguna ni se guía por preceptos morales. Se casó con una mujer de la que luego se divorció. Y lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre.

—A mí me parece buena persona. No bebe ni nada por el estilo —repliqué.

—Ay, pobre chiquilla —se lamentó el padre Hagerty con una sonrisa franca y victoriosa que recordaba de mis días de colegiala. Siempre sonreía a los niños y nos daba caramelos. El día de mi confirmación me regaló un chelín para consolarme después de que el velo se me rasgara al engancharse con un saliente de la puerta de la capilla.

—¿Quiere más té, padre? —ofrecí.

—No, ya no más —rehusó, cubriendo la taza de porcelana con la pálida mano. El té estaba bien cargado, y la tía le había añadido leche muy cremosa —. Piensa en tu alma inmortal —me dijo tal que si estuviera pronunciando una prédica desde el altar—, piensa en el daño que le estás infligiendo. Todos



vivimos con nuestra sentencia de muerte, nunca sabemos el día ni el momento...

Aquello me asustó y agaché la cabeza sin saber qué responder. Una casi podía verse reflejada en el lustre de sus botas negras.

—Dios está poniendo a prueba tu amor; Dios ha puesto a ese hombre en tu camino para que te tiente y de ese modo tú puedas reafirmar tu amor por Él. No tienes más que pedírsela, y Él te concederá la gracia para resistir tan inmensa tentación.

—Si Dios es bondadoso, no permitirá que arda en el infierno —le dije al padre Hagerty, citando las palabras exactas de Eugene.

El cura adoptó una postura rígida y negó tristemente con la cabeza.

—Hija mía, ¿no te das cuenta de que estás hablando como una hereje? Sabes muy bien que no se puede entrar en el reino de los cielos si no es obedeciendo la palabra de Dios. Estás rechazando al Padre —dijo, alzando la voz.

Lo miré a los ojos y me pregunté qué ocultaban, si piedad o un mero sentido del deber. Se llevó la mano a la boca y tosió educadamente. Estaba esperando que dijera alguna cosa, pero yo no tenía nada más que decir.

La puerta lateral se abrió y asomó mi padre en mangas de camisa y calzoncillos largos. Se quedó de una pieza al ver al párroco.

—Perdone, padre, no sabía que estaba usted en casa —dijo, reculando hacia el recibidor.

—No se apure, señor Brady.

Mi padre se cubrió con el gabán y volvió a la cocina con los cordones desatados y los ojos como platos e inyectados en sangre. Se dispuso a servirse una taza de té. Dijo que esperaba que el padre Hagerty me estuviera echando un buen rapapolvo, y que yo era una niña muy terca que no escuchaba a nadie. Terca, así me mostraría. Que hablasen y despoticasen lo que les viniera en gana, yo no pensaba entrar al trapo. Me quedaría allí sentada, toqueteándome los puños de la rebeca, con un esbozo de sonrisa en la cara. Aunque mi padre me pegara por insolente. Y eso fue lo que hice.

—No atiende a razones —lamentó papá.

—Atenderá a Dios Todopoderoso —aseguró el padre Hagerty.

—Ni siquiera tenía un rosario cuando la trajimos a casa —explicó papá.

—Vaya, pues casualmente... —dijo el padre Hagerty, palpándose el bolsillo del astroso abrigo negro que llevaba—. Le he traído algo de lectura.

Era un precioso libro con cubiertas de piel y lomos dorados: *La imitación de Cristo*.

—Gracias, padre.

Lo cogí y vi caer una lágrima mía sobre la piel marrón.

—Oh, padre Hagerty, es todo un detalle por su parte —dijo papá, y me pidió que le diera las gracias como es debido.

Se lo agradecí por segunda vez, y él me explicó que debía leer un fragmento cada día para aprender a modelarme a imagen y semejanza de Cristo.

Entonces llegamos a la cuestión que yo más temía. Me pidió que le prometiera no volver a ver nunca más al divorciado, que nunca le escribiría ni permitiría que mis pensamientos se recrearan en los encuentros que había tenido con él.

—¿Me lo prometes? —preguntó.

—Haz lo que te dice —intervino papá.

Pero no podía.

El cura me lo volvió a pedir y papá empezó a vociferar, pero yo simplemente agaché la cabeza y me mantuve en silencio. Papá gritó aún más entonces, y el párroco dijo: «Ya está bien, señor Brady», y sugirió que fuera a tomarse el té a la cama para no sobreexcitarse.

—Tan pecaminoso es que mi padre esté así como que un hombre se case dos veces —dije cuando estuvimos solos.

—Me asombra oírte hablar de tu pobre padre en esos términos. No hay hombre que no beba de vez en cuando. Lo da el clima.

Se le ponían muy espesas las cejas al arrugar el ceño.

Volvió a preguntar:

—¿Me vas a prometer que no volverás a ver a ese hombre?

—Me lo pensaré —respondí.

Era la única manera de librarme de él.

—Haremos un acto de perfecta contrición los dos juntos. —Y empezó—: Señor y Dios mío —esperó a que repitiera sus palabras, luego—: te pido perdón. —Y volvió a hacer una pausa, y así sucesivamente hasta el final. Me

sentí como una completa hipócrita por pronunciar palabras que no significaban nada para mí.

Eché un vistazo a su reloj y anunció que ya era hora de comer, y cuando vi que se levantaba llamé a la tía, que estaba arriba, para que viniera a agradecerle la visita.

—De todas formas, nos veremos en la iglesia —me dijo—. Este domingo tenemos convivencia de mujeres, y los sábados por la noche hay confesión.

—Muy bien, padre —contesté, sin comprometerme a nada.

—Pronto volverá a la normalidad, en un periquete la tendremos en los bailes —dijo cuando mi tía bajó. Ella lo acompañó a la entrada y se quedó allí hasta que su silueta fue indistinguible.

—Hay que ver, no haber podido darle nada para unas misas —dijo al regresar.

Seguíamos sin dinero. Me resultó gracioso que dos personas adultas que vivían en una casa tan grande no juntaran ni una moneda de dos chelines entre las dos. Si un hojalatero hubiera llamado a la puerta, no lo habría creído.

—Bueno, gracias a Dios que ha venido —añadió.

Parecía convencida de que ya había pasado todo, que yo estaba fuera de peligro. Lo mejor de todo era que ahora estaba más decidida que nunca a largarme.

## 11

Al final, mi padre pidió que llamáramos al médico porque se sentía muy débil y llevaba varios días sin comer. El doctor le puso una inyección y nos recomendó que le racionáramos el alcohol. Nos sentábamos a la cabecera de la cama por turnos y le dábamos sifón con una pequeña cantidad de *whisky*, un poco menos cada vez. Yo seguía sin saber nada de Eugene ni de Baba, y me corroía la preocupación.

«Lo siento», no se cansaba de decir mi padre cuando me sentaba en la cama y le acercaba el vaso a los labios. Las manos le temblaban a tal punto que no alcanzaba a sostener el vaso ni la cuchilla de afeitar. Lloraba como un bebé. A sus episodios de alcoholismo siempre le sucedían varios días de llanto en los que se avergonzaba de hablar con la gente. Eran unas depresiones espantosas.

—Me alegra mucho que estés en casa —dijo—. ¿Por qué no te enciendes un cigarrillo? Todos los jóvenes fumáis hoy en día, no creas que no lo sé, soy un hombre muy comprensivo...

Y pensé en las cajetillas de tabaco esparcidas por el escritorio de Eugene, algunas de ellas con el mensaje EL CÁNCER ES DOLOROSO escrito con su caligrafía diáfana y recta.

—Venga, fúmate uno —insistió, y lo hice para complacerlo. ¿Cuándo me dejaría en paz?—. Todo esto lo he hecho por tu bien, claro está. El día que recibí aquella carta casi me quedo en el sitio de pensar que estabas liada con un bribón. —La palabra «bribón» me sacó de mis casillas, aunque me contuve—. He vivido mucho más tiempo que tú, y sé distinguir lo que está bien de lo que no.

Hablaba como disculpándose, y entonces se secó los ojos húmedos con la

sábana y se sonó la nariz.

—Me sentiré mejor cuando regrese. Iré con cuidado —dije.

—¿Cuando regreses adónde? —exclamó, incorporándose en la cama—. No vas a volver. Te saldrá algún trabajo aquí y nos echarás una mano a tu tía Molly y a mí. Se me ha ocurrido —y me hizo un guiño con toda la intención, como si estuviera a punto de revelarme un secreto de máxima importancia—, se me ha ocurrido que podríamos abrir un negocio junto a la carretera, remozar el pabellón y montar algo allí. Si arrimamos todos el hombro podríamos incluso recuperar la finca.

Iba muy en serio.

—Tengo que volver aunque sea para recoger mis cosas de casa de Joanna —repliqué, intentando no sonar excesivamente ansiosa. Habría dicho cualquier cosa con tal de huir.

Me apretó aún más la muñeca.

—Ya iremos un día de estos a Limerick tú y yo para comprar ropa nueva.

—Sería un gasto innecesario —protesté.

Me pidió más bebida, y, como quedaba muy poco sifón, la tía sugirió que me acercara donde Jack Holland a buscar más, antes de que cerrase. Ella estaba en la cocina, preparando un bizcocho en un recipiente grande de hojalata, con el sobre de celofán de las semillas de alcaravea en lo alto de la mesa. Las semillas de alcaravea nos gustaban a todos salvo a Maura, que las apartaba creyendo que eran insectos o algo peor.

Recogí los sifones vacíos y salí rumbo a la taberna de Jack Holland.

—¡Pero si es mi precioso poema de pelo cobrizo! «¡Dulce Auburn! La aldea más hermosa de la llanura»<sup>[14]</sup> —recitó Jack según pisé su establecimiento. Se apresuró a salir del mostrador para darme un beso, y noté la punta de su nariz húmeda y fría—. ¿Se han calmado las cosas en casa? ¿Se respira normalidad? —quiso saber.

—Sí —respondí—. Ahora estamos haciendo limpieza. Tenemos botellas vacías para parar un tren, te las devolveremos.

—Y yo tengo una cuenta pendiente también descomunal —dijo sonriente a la vez que me acariciaba la barbilla con un dedo—. ¿Sabes lo que me dijo

tu padre cuando me negué a fiarle más *whisky*?

—No. —Pero lo sabía perfectamente.

—Me dijo: «¿Acaso no es igual tenerlo apuntado en un libro que dentro del gaznate?». No me hizo gracia. No me hizo gracia ninguna. Pero permíteme en cambio que te muestre un ejemplo de algo gracioso. —Jack señaló un letrero blanco de cartón en el que había escrito a mano: HOY NO FIAMOS, PERO MAÑANA TODO EL ALCOHOL ES GRATIS.

Solté una risilla para contentarlo.

Era lunes por la noche y había poco movimiento. Una hojalatera nos daba la espalda y lanzaba insultos a su vaso de cerveza vacío. Llevaba una toquilla muy estropeada. Jack le tiró otra pinta, que tuvo que dejar reposar un momento hasta que se asentó la espuma y pudo llenar del todo el vaso. Tardó un siglo. Después de servirla en la barra y cobrarla, me dijo:

—Este servidor corre el peligro de convertirse en persona de prestigio.

—¡Enhorabuena! ¿Y eso?

«Prestigio»... tendría que hacer algo con esa tienda, entonces... Una capa de polvo cubría las botellas de vino, del techo colgaban las mismas tiras de papel atrapamoscas del año anterior, y unas inmensas telarañas habían conquistado las esquinas de las estanterías. «Prestigio»... tendría que sonarse la nariz y ponerse otras camisas. Llevaba una de franela gris, un chaleco de *tweed* y botas negras.

—Como consecuencia de una reciente exploración arqueológica que, a título personal, ha llevado a cabo tu fiel servidor en el cementerio protestante, han salido a la luz varios y muy valiosos hallazgos —bisbiseó, para que la otra no lo oyese.

Abrió un cajón y señaló varios objetos oxidados que descansaban sobre un lecho de azúcar: dos broches, un jarrillo de peltre, una daga, una bacinilla y varios rollos de hilo metálico enmarañados. La mujer, ajena a las formas, se acercó para echar una ojeada. Jack cerró bruscamente el cajón y ella rezongó algún insulto en dirección al fuego de turba casi consumido.

—Jack, ¿me puedes hacer un favor? —pregunté.

—¡Ah! Ahora que estoy en vías de alcanzar cierto renombre quieres casarte conmigo...

Me sonrió con toda su cara alargada y gris y me percaté, al mirar

directamente a sus ojos grises y acuosos, de que era el único ser humano de toda la vecindad.

—Jack, ¿me ayudarás? —rogué.

—Ayudar... Aciaga palabra. ¿Qué me dices de un besito para deleitar los labios secos de un solterón? —dijo, y me condujo al reservado para poder besarme.

El reservado en cuestión era un pequeño compartimento separado de la tienda por unos cristales esmerilados que impedían distinguir el interior. Le di un beso fugaz, para terminar cuanto antes. A decir verdad no me importaba besarlo, puesto que tenía sesenta o setenta años mientras que yo apenas veintiuno, y lo conocía desde siempre. Estuvo enamorado de mamá y más tarde se enamoró de mí, y nos dedicaba poemas que nunca llegábamos a leer; él nos hablaba de ellos y luego los escondía entre las páginas amarilleadas de *Midnight Court* de Brian Merriman. Aquel era uno de los dos libros que Jack tenía en lo alto de la estufa de la cocina, junto a la sal de roca y a un rosario con cuentas de cuerno. El otro libro era el *Moore's Almanac*, que, como anunciaba todas las ferias porcinas y de ganado, le permitía prever las existencias de *whisky* y reservar los barriles de cerveza para los días señalados.

Por las noches, cuando los hombres abandonaban su local y atravesaban el pueblo a oscuras rumbo a sus casitas, Jack se sentaba a leer a Merriman en voz alta. En cierta ocasión unos chiquillos ocultos bajo la ventana lo oyeron repetir versos como:

*El obstinado demonio que vaga por la colina,  
de pelo ceniza, en compañía de una virgen.*

Jack había hallado el amor en aquel libro procaz y en mi lustroso pelo rojizo y en las escasas y tímidas palabras de gratitud que mamá le había dirigido cada vez que la obligaba a aceptar una botella de jerez o bien dejaba caer tímidamente semillas de manzana por el cuello de su blusa los domingos por la tarde.

—Quiero irme, pero no me dejan —expliqué.

—«Ay, mi pequeña trotamundos, parajes remotos de nombres extraños te

llaman, te están llamando...» —cantó al tiempo que daba un puntapié a un cartón de tabaco vacío con la puntera de la bota mugrienta.

Fue a servirme un vaso de refresco, sin plantearse siquiera que mis gustos hubiesen cambiado con los años. El dulzor de la bebida resultaba empalagoso.

—Estoy enamorada de una persona, y piensan encerrarme bajo llave para que no lo vea más —dije, exagerando una pizca para conmoverlo.

No se ofendió al oír que yo amaba a otra persona, porque el tiempo se había detenido para él quince años atrás, y yo seguía siendo la niña que pasaba por delante de su escaparate de camino a la escuela y daba con los nudillos para saludar y le dejaba un ramito de campánulas en el antepecho de la ventana.

—Estoy al corriente del asunto, es la comidilla del pueblo —reconoció.

Recitó unos versos al azar de «La hija de lord Ullin»:

—«Y te obsequiaré con una libra de plata para el trayecto, vuelve, vuelve, lloraba desconsolado entre las aguas agitadas, las aguas salvajes engulleron a la niña y él quedó solo con su pena». Las paredes oyen —agregó, guiándome al recibidor con una vela que había cogido de un paquete nuevo. La llamita acentuaba su tez pálida, enfermiza. Asomó la cabeza para asegurarse de que la mujer no estaba robando nada—. ¿Cuándo podrías marcharte?

—Cuando sea.

El pasador de la puerta chasqueó. Entró otro cliente y empezó a dar toques con una moneda sobre la barra. Jack fue a despachar. Sola a oscuras —porque se había llevado la vela consigo—, percibí el sonido de los ratones detrás del revestimiento. En la tienda había electricidad, pero no se había tomado la molestia de ampliar el servicio a sus dependencias. Demasiado gasto.

Regresó al cabo de un momento y me dijo:

—Lo haremos el viernes. Estate aquí a las nueve en punto, y un coche te llevará a Nenagh.

—Y... ¿me puedes prestar dinero para el tren? —Odiaba tener que mendigar.

Prometió prestarme cinco libras a condición de que se las devolviera.

—Una cosa más —añadió—. Hoy por ti, mañana por mí. ¿Podrías



persuadir a tu papá y a la tita Molly para que vuelvan a instalarse en la acogedora chocita?

La «acogedora chocita» era el pabellón con humedades, y Jack pretendía que se volvieran a mudar allí para así poder alquilar la vivienda principal. Prometí que haría lo posible, aunque bien sabía yo que mi padre no tenía ninguna intención de moverse de donde estaba.

Me preparó un frasquito de *whisky* y tres sifones y puso paja en el fondo de la bolsa para que no se rompieran.

—No te cobro los sifones, pero dale un besito a tu Jack —dijo, y al rozar sus labios recibí dos o tres besos torpes—. «Coged las rosas mientras podáis» —citó, y se besó las yemas de los dedos y me dijo adiós con la mano.

—Eres un ángel —grité. Lo pensaba de veras.

Mientras volvía a casa empecé a considerar las diversas excusas para ausentarme un viernes por la noche. La modista me dio la solución. Por poco no la atropello con la bici cuando arrojaba un cubo de agua sucia al río desde lo alto del puente. Eso solo podía hacerlo por las noches, para asegurarse de que nadie la viera. Me preguntó qué tal todo, y le propuse que pasara por casa la noche del viernes.

Ya en casa, mientras le daba a mi padre un par de aspirinas con un té, le dije:

—El viernes por la noche voy a ir al cine; me han invitado los Brennan.

Cuando hubo tragado una de las pastillas, contestó:

—Quizá os acompañe, si ya estoy mejor.

—El médico ha dicho que debes guardar cama hasta el domingo —advertí.

—Tal vez a tu tía le apetezca —sugirió.

—Tal vez —respondí, sabiendo que la tía tendría que quedarse en casa con la modista.

Fui a por la cuchilla, la espuma de afeitar y una palangana de agua templada, y le sostuve el espejo mientras se afeitaba.

—¿Qué peli ponen? —preguntó al tiempo que pasaba la cuchilla por los pelillos enjabonados y luego la enjuagaba en una taza desportillada que le

había preparado a tal efecto.

—*El teniente con falda* —dije al recordar un cartel que había visto un día por Dublín.

—Suenan muy bien —reconoció.

Los tres días siguientes me parecieron interminables. Proyectaba mentalmente el momento de la huida, me descubrían y me arrastraban de vuelta a casa. Trabajé con ahínco y hablé mucho con mi padre. Le froté linimento para el reumatismo y a la tía le llevé el té a la cama todas las mañanas.

—Me tienes muy mimada —dijo.

Pues no te acostumbres, pensé, y le sonreí. Esos días no escatimé en sonrisas, temerosa de que, si hablaba, las palabras podrían traicionarme. Sonreía y me afanaba en las tareas. Limpié las ventanas del piso de abajo con un paño humedecido y quité los excrementos de gallina de los arriates del jardín. Maura se ofreció a echarme una mano y durante un par de minutos estuvo frotando como una posesa, pero enseguida se hartó y recordó que mi tía le había pedido que recolectara patatas. Fregué los siete cuartos desolados y vacíos, porque el suelo estaba perdido de cacas de murciélago.

—Arriba tenemos dos murciélagos —le dije a mi padre, por pegar la hebra.

—¿Dónde? —Dio un brinco de la cama y subió en calzoncillos, agarrando de camino la escoba. Los arrancó de su pardo letargo invernal y los mató—. Malditos bichos...

La tía los recogió con un pedazo de cartón y los echó a la estufa de abajo. Dijo entonces que había que hacer algo con los cuartos. Las paredes estaban llenas de humedades, y había salido moho en varias zonas del papel pintado. Pero nos limitamos a cerrar las puertas y precipitarnos al calor de la cocina.

El viernes después de cenar me arreglé ante el espejo de la cocina y luego entré a dar las buenas noches a mi padre.

—Coge un billete de diez chelines que tengo en el pantalón —dijo, y yo hurgué hasta dar con él. Entre los pliegues tenía hebras de tabaco, porque un cigarrillo se le había deshecho en el bolsillo.

—Te veo luego —me despedí.

—Estupendo. Cuando vuelvas, prepárame una taza de té. Si estoy dormido, me despiertas.

No le estreché la mano ni nada parecido para no levantar sospechas.

—Bueno, que lo paséis bien —le dije a la tía. Estaba sentada en la cocina, esperando a la modista. Se había puesto el vestido negro bueno y sus mejores zapatos, que ataba con lazo negro en lugar de cordones.

—Que te diviertas —contestó con una sonrisa.

Lo dijo con tanta amabilidad que casi cedí al impulso de contarle la verdad. Estaba muy guapa, con su colorete y jugueteando con la cadena y el medallón que le colgaban del cuello. Tenía delante una bandeja con las tazas listas para el té y unas rebanadas de bizcocho untadas con mantequilla.

—No me esperes levantada —le dije, dándole un beso de buenas noches, y salí.

## 12

Una vez afuera, eché a correr. Atravesé a la carrera los campos (más seguros que la carretera) y desemboqué en los peldaños de piedra que había cerca de la lechería. Entonces seguí corriendo hasta completar el resto del camino al pueblo.

Jack me había prometido que dejaría entornada la puerta que daba a su casa para que nadie me viera entrar en el bar. Al empujarla, la vi caer con un ruido seco. La habían desencajado la noche del velatorio de su madre, y desde entonces a nadie le había dado por recomponerla.

Jack debió de oír el batacazo, porque vino corriendo desde la tienda con una vela en la mano.

—Por Dios bendito, me ha recordado a los ingleses —susurró—, a la noche en que echaron la puerta abajo.

Sostuve la vela mientras él volvía a poner la puerta en su sitio, y luego me entregó un sobre con cinco libras.

—Te las devolveré —prometí.

—¿Lista? —murmuró, y cuando asentí con la cabeza él gritó a los hombres del local—: No os mováis, amigos, vuelvo en un momento.

Me condujo por el pasillo y la cocina, al calor de cuya estufa se habían instalado dos o tres gallinas.

Nada más salir al jardín, la vela se apagó. Una silueta tosió y se nos acercó.

Jack anunció:

—Tom Duggan, aquí tienes a tu chica.

Yo dije hola con un hilo de voz.

Conocía a Tom Duggan de oídas, y sabía que vivía en el campo y que

tenía una mano de hierro. Muy propio de Jack, haberme buscado un escolta manco.

—¿Adónde quieres ir? —me preguntó a quemarropa Tom Duggan. Tenía la misma voz ronca que la mayoría de la gente del lugar, una voz curtida por el viento y la adversidad, habituada a los gritos.

—Quiero ir a Nenagh para coger el tren de las once en punto —expliqué; ¿le habría contado Jack toda la historia?

—Sube —me dijo.

Me acomodé en el coche y me percaté de que el asiento tenía una inclinación peculiar. Jack me deseó buena suerte, me besó con melancolía y cerró la portezuela. El motor arrancó haciendo repiquetear los cristales de las ventanillas con un ruido ensordecedor y dimos tres o cuatro penosos botes sobre la parte adoquinada del jardín hasta que Tom se lanzó a la calzada sin mirar.

—Vaya horitas para salir... —observó.

Yo no contesté. De pronto me inspiró miedo, porque recordé a la hermana tan rara que tenía. No era mujer, pero tampoco hombre, sino una mezcla de ambos sexos. La llamaban «el Monstruo», mientras que a él lo apodaban «el Hurón», porque envenenaba a las ratas. Los llamaban «el Monstruo y el Hurón», aunque a la hermana también se la conocía como «la cebolla», porque a algunos chavales del pueblo les habría encantado desnudarla para ver cómo era bajo la ropa.

—Qué coche tan bonito —contesté, con intención de adularlo. Era un coche espantoso, un viejo Ford negro hecho polvo que traqueteaba en cada esquina que tomaba.

Cuando pasamos por delante de mi casa esperaba que estuviera mi padre, escopeta en mano; sin embargo, no distinguí a nadie, salvo una silueta que en ese momento entraba por la cancela de mimbre. La modista, seguramente.

Pronto circulamos por los campos silenciosos rozando los setos descuidados cada vez que dábamos una curva. Era un conductor temerario, y lamenté que no tuviera las dos manos.

—¿Qué andas tramando? —dijo en tono insolente.

Me pregunté cuánto le habría pagado Jack, y si tal vez no debería untarle un poco más.

—No pregunte —respondí, tratando de transmitirle mi pánico sin ofenderlo. No me habría hecho ninguna gracia que me hubiese dejado tirada en una cuneta.

—Tu padre es una buena persona. A todo el mundo le cae bien, es un hombre como Dios manda. Le compré un novillo hace un par de ferias —dijo.

—Suele hablar mucho de usted —mentí.

—¡No me digas! —Casi pude ver su sonrisa cuando dijo—: Qué bonita mata de pelo tienes. Debe de quedar muy bien apoyada en una almohada. —La tía me había lavado la cabeza la víspera con agua de lluvia.

Me aterraba la idea de que alargara el brazo y apoyara la mano metálica en mi rodilla. Recordé una historia que había oído una vez sobre su hermana. El cobrador de impuestos contaba que un día había pasado por casa del Hurón y el bicho raro de la hermana se le había insinuado en el pajar. Desde aquel día, ni impuestos ni impuestas: el hombre no pensaba volver a poner el pie en aquella casa. Quizá, en el fondo, lo mejor fuera apearme e ir andando, pensé.

—¿Qué años tienes? —se interesó.

Le dije que había cumplido veintiuno en diciembre.

—Ah, entonces pronto te casarás —dijo, y empezó a silbar—: «Si yo fuera pájaro, piaría y cantaríaa tras la estela del barco en el que zarpó mi amor...».

Al cabo de un rato, agregó:

—Si te casaras conmigo, te llevaría el té a la cama todas las mañanas.

Fingí que me lo tomaba como una broma y le pregunté cómo preparaba el té. Podía ver a Eugene esaldando la tetera de porcelana, vertiendo el agua caliente y diciendo: «Una de las primeras cosas que debo enseñarte es a hacer una buena taza de té, y luego tenemos que conseguir que hables correctamente, con delicadeza».

—Vamos a tomarnos una pinta —dijo el Hurón, frenando delante de una taberna en la calle iluminada de Invara. Contra el escaparate del local se amontonaban veinte o treinta bicicletas.

—De eso nada —dije con voz trémula, y le puse la mano en el hombro y le rogué que siguiera adelante.

Él me hizo caso. Al poco, preguntó:

—¿Te quieres casar conmigo?

Recordé entonces haber escuchado por ahí que nadie quería casarse con él por culpa de su extraña hermana. Había puesto anuncios en varios periódicos, e incluso se había inscrito en una agencia matrimonial de Dublín.

—No —dije, simple y llanamente.

De no haber estado tan angustiada, le habría seguido un poco el juego.

—No soy mal partido —insistió—. Tengo un surtidor en el patio, un toro y un hermano cura. ¿Qué más podría pedir una mujer?

¿Se quitaría el garfio para dormir? ¿Lo colgaría de la pata de la cama, junto con el resto de la ropa?, me pregunté, histérica.

Ascendíamos una colina escarpada y el coche traqueteaba y resoplaba como si fuera a sucumbir de un momento a otro. Yo estaba en el filo del asiento, con las uñas clavadas en las palmas, rezando. Una señal luminosa en la cuneta nos advirtió de que teníamos por delante tres millas de curvas. Tres millas de muerte, me dije, pues como conductor dejaba mucho que desear. Adelantamos a un grupo de chicos detenidos en un cruce que empezaron a dirigirnos esos enajenados alaridos que lanzan los chicos de campo cada vez que ven pasar un coche desconocido. Tom hizo sonar la bocina para demostrar que sus intenciones eran buenas.

—¿Falta mucho? —pregunté.

—No debemos de andar muy lejos ya —dijo, y encendió una lucecita del salpicadero para ver el indicador de velocidad—. Este maldito cacharro está roto —explicó, dándole unos toquecitos, pero yo no contesté.

La carretera se ensanchó, y vi ojos de gato en el centro y unas farolas a lo lejos, y la aguja oscurecida de una catedral. Ya casi estábamos.

—¿Cómo es que he tenido que traerte yo hasta aquí, qué tienen de malo los coches de punto del pueblo? —quiso saber cuando nos aproximábamos a la estación ferroviaria.

—Es un secreto —respondí al tiempo que me apeaba y le daba un billete de un chelín. Le pedí que no dijera ni una palabra.

Llegué con una hora de adelanto, así que me acomodé en la sala de espera de señoras a comer chocolate pasado que compré en una máquina; y cada vez que entraba un mozo de equipajes fingía estar enfrascada en la lectura de un

periódico que me había encontrado.

El tren llegó poco antes de las once. Yo ya había salido a esperar al andén, y di con un coche vacío enseguida. Era un rápido que paraba solo dos veces en todo el trayecto. Las dos veces me escondí en el baño por si entraba la policía a buscarme. Sobre la cadena, un letrero con letras de imprenta decía: SE RUEGA NO HACER USO DE LA CADENA MIENTRAS EL TREN ESTÉ DETENIDO. Y, debajo, alguien había escrito con tinta indeleble: CLARO, COMO SIEMPRE: LA MIERDA PARA LOS POBRES GRANJEROS.

En Dublín permanecí escondida hasta que el resto de pasajeros terminó de apearse. Entonces me apeé yo también, avancé con la cabeza gacha, pegada a la pared, y monté en el único taxi que quedaba en la parada.

En menos de diez minutos llegué a casa de Joanna, que encontré sumida en la más completa oscuridad. Eran casi las tres de la mañana, y el bebé de los vecinos lloraba exigiendo su toma nocturna. Joanna había tapado las botellas de leche, como de costumbre. Los pajarillos solían robarle un poquito a primera hora de la mañana, pero ella no había tardado en ponerle remedio.

Como nuestro cuarto daba a la calle, lancé a la ventana unos cuantos terrones de los parterres, y luego unas chinas y trocitos de carbón que encontré en el caminillo. Silbé y la llamé, pero Baba no despertaba. Al final me vi obligada a llamar. Gustav acudió con el abrigo por encima, y yo parecía tan asustada que me hizo pasar sin mediar palabra. Encendió la estufita del comedor y fue a hacerme un chocolate caliente. El calefactor eléctrico producía extraños crujidos, como si estuviera a punto de estallar, y yo temblaba de la cabeza a los pies.

—¿Tienes problemas con el señor Eugene? —preguntó Gustav, que apareció con la bandeja y me encontró llorando.

—¿Ha estado aquí?

—Oh, sí, sí —asintió con la cabeza—. Estaba con Baba. Fueron cenar fuera, me contaron.

Sentí que un miedo nuevo me abría un boquete en el estómago.

—Vete a dormir, Gustav. —Y él volvió a la cama, en tanto que yo daba



un par de cabezadas en el sofá hasta que las manecillas del reloj dieron las siete. Entonces subí sin hacer ruido y desperté a Baba.

—¡Vaya, vaya! —exclamó, con un bostezo. Se sentó en la cama y se abrochó los dos botones de arriba del pijama celeste.

—He vuelto —anuncié.

—Ya te veo.

—¿Qué pasa con Eugene?

—Que tiene treinta y cinco años y ya está medio calvo.

—¿No te ha preguntado por mí?

—Sí...

—Y me imagino que no le habrás contado nada más que embustes. Ni siquiera me mandaste el dinero que te pedí en la carta. Me tenían secuestrada, anoche me escapé.

—Te mandé dos libras —replicó.

No debí haber desconfiado de ella, porque es una persona muy noble.

—Pero ¿qué es de Eugene, Baba? Por favor, cuéntame. ¿Crees que puedo acudir a él?

—Tienes veintiuno: es legal que metas la cabeza en el horno aunque vaya contra las normas —dijo, y entonces se levantó y me dio algo más de dinero y una bolsa de viaje para que metiera mis cosas, y un poco de maquillaje. Tenía la cara grisácea y flácida por la preocupación y la falta de sueño. Sacó su relojito de oro de debajo de la almohada para mirar la hora.

—Más vale que corras, dentro de nada se presentará tu padre con una horqueta en la mano. —Y me dio un abrazo de despedida—. Mucha suerte; me alegro mucho por ti.

Ya en la calle, lloré con sentimiento al pensar en lo amable que había sido Baba. Cogí el primer autobús al centro. Apenas había media docena de pasajeros, todos ellos tan grises y desgraciados como yo.

Desde la oficina central de correos mandé dos telegramas. Uno a Eugene, que decía: LLEGO EN BUS MEDIODÍA; y el otro a la tía: ME VOY SOLA A INGLATERRA. NO TE PREOCUPES. PERDÓNAME. ESCRIBIRÉ.

La idea era despistarlos y ganar así unos cuantos días para decidir qué hacer.

Cuando la cafetería más cercana abrió a las nueve entré a tomarme un

café y una tostada. Cuando algo te aterrera, estás convencida de que todo el mundo es tu enemigo. Aquella mañana sospeché de todas y cada una de las caras que vi mientras bebía café para matar el tiempo, trasladándome de un establecimiento a otro para evitar llamar la atención.

A las once menos cinco subí al autobús que aguardaba en la dársena. No tenía nada para leer, así que estuve mirando por la ventana hasta que se empañó el cristal; entonces, lo froté con la mano y me concentré en el vacío. Sabía que debía ensayar lo que le diría a Eugene, pero no era capaz de hacer ni siquiera eso.

Me pareció un trayecto interminable, aunque en realidad no duró más de una hora. Cuando llegamos, dejé que los demás bajaran primero, porque me daba vergüenza el reencuentro con él. Miré por la ventanilla, pero su coche no estaba. Entonces me apeé y salí a toda prisa, convencida de que habría aparcado en la calle. No había ni rastro de él.

—¿A qué hora regresa este autobús a Dublín? —inquirí al conductor, que había subido a lo alto del vehículo para bajar bultos y bicicletas.

—A las cinco en punto —voceó.

Cinco horas de espera. Me tragué mi orgullo y decidí ir a casa de Eugene de todos modos. Sabía que en cuanto me viera sería incapaz de ignorarme.

Emprendí la caminata, y ya llevaba media milla cuando vi una silueta alta enfundada en un abrigo negro que venía hacia mí.

Es un cura, me dije, o un agente de policía, y salté la cancela de una casa para esconderme detrás de la acequia, donde por un canalillo corría un hilo de agua que bajaba desde la montaña.

Me asomé a mirar y vi aproximarse la silueta. Era Eugene. Rápidamente volví a saltar la desvencijada portezuela de madera y corrí hacia él. Abrió los brazos para darme la bienvenida.

—¡Hola, hola! —exclamó, y me dejé caer entre sus brazos y le conté todo lo que había pasado. Hablaba atropelladamente y mezclé algunas partes de la historia debido al cansancio y al miedo—. ¡Pero qué horror! —dijo, riendo.

Pensaba que estaba exagerando.

—Me van a matar —expliqué.

—No digas bobadas, estamos en el siglo XX —me contradijo, y agarró el bolso de viaje y dimos media vuelta para ir a su casa. El viento nos soplaba

de cara, y me contó que no había conseguido arrancar el coche.

—Creí que no volvería a verte —dije, y entonces me agarró del brazo y me acarició la muñeca por encima del guante de lana.

—No te va a pasar nada —me tranquilizó—. No permitiremos que te maten.

¿Accedería a que me quedase con él? Lo que yo quería era quedarme y no tener que separarme de él nunca más.

Tan pronto doblamos la esquina del caminillo, mi primer pensamiento fue que su casa transmitía felicidad y calma. La fachada enjalbegada resplandecía bajo el sol invernal, y las ventanas del piso de abajo parecían doradas.

—Ya ves —me dijo—: brilla el sol, estás viva, todo va a salir bien. —Y entramos.

Anna no me dio los buenos días; se limitó a agarrar un tarro de miel de la mesa de la cocina y subió las escaleras traseras, enfurruñada.

—¡Esa miel es mía! —dijo él en voz bien alta para que lo oyera. Oímos un portazo. Me dijo que estaba de malas pulgas porque Denis no le daba dinero para un corsé que quería comprar por correo. Además, yo no le caía bien, porque no era una persona estilosa ni le regalaba ropa—. Siéntate, que te voy a preparar un buen desayuno.

Se ató un paño a la cintura y yo le di un beso, uno pequeño, y me sentí reconfortada de estar de nuevo a su lado, percibiendo el olor de su piel, besándola. Frió beicon y huevos mientras yo ponía una parte de la enorme mesa de la cocina. Él se sentó en la cabecera y yo a su lado, frente a la ventana con barrotes tras la que se veía el cerezo negro.

—Retuvieron mis cartas, y luego Baba me mandó dinero y también se lo quedaron —le dije.

—No hables de ellos mientras comes, que te va a salir una úlcera. Olvídate de todo —aconsejó, y se inclinó para acariciarme la frente con ternura—. ¡Salud! —exclamó, alzando la taza.

El té nos supo a jabón. Anna había echado champú o perfume barato en las tazas. Me pareció muy mezquino por su parte. Lavamos las tazas y preparamos una segunda tetera.

Me dolía la barriga de preocupación, y no dejaba de mirar por la ventana.

—En el pueblo de al lado han matado a un testigo de Jehová con un abrecartas: le dieron veintinueve puñaladas —dije, y se le contrajo el rostro de dolor. Supe que había metido la pata, porque lo vi algo molesto.

Al cabo de un momento, dijo:

—Da la impresión de que has pasado por el Purgatorio.

Tenía un aspecto lamentable y temblaba de frío. Después de desayunar subí a descansar un poco.

—Métete en mi cama, que es más calentita —sugirió.

Una vez arriba, me quité el vestido y los zapatos y me metí en la cama deshecha.

Desde donde me encontraba podía ver la copa de un pino y sus ramas agitarse levemente, la tapia del huerto en la que crecía mala hierba, y más árboles al otro lado. No conseguía conciliar el sueño.

Se abrió la puerta sin hacer ruido y Eugene asomó para ver si dormía.

—Hola —dije.

—¿No duermes?

—No puedo. Tengo mucho miedo.

Se acercó y me retiró el pelo de la cara, y luego me acarició la frente, que tenía caliente. Muy caliente. Me puso una compresa húmeda y me dedicó palabras tranquilizadoras mientras el paño me cubría la frente y los ojos. Durante esos minutos todo fue oscuridad y humedad, y me gustó el consuelo de su voz. Pero luego quitó el paño y me secó los ojos:

—¿A que te sientes mejor?

De nuevo me ganó la ansiedad.

—Puedes meterte en la cama conmigo, si quieres —dije.

—No, no —respondió negando con la cabeza y me dio un beso fugaz—. Cuando hagamos el amor, será porque los dos queramos.

—Pero si yo quiero —protesté.

—Sí, pero te equivocas de motivo. Quieres que me involucre y nada más. Sabes que, una vez te haga el amor, me sentiré responsable. —Me miró fijamente y yo aparté la vista, culpable. Me ardían y picaban los ojos.

—No te enfades conmigo —supliqué.

—No me he enfadado —dijo con aplomo—. Pero tienes que comprender

que las relaciones humanas no son tan frías ni tan simples. El sexo no es un asunto aislado, sino que forma parte de lo que se siente por el otro, y hacer el amor contigo estando tú tan angustiada sería tan absurdo como comerme unos calcetines viejos...

Pensé que querría librarse de mí, así que pregunté precipitadamente:

—¿Tengo que irme entonces?

—Lo he estado pensando —comenzó—... Y creo que lo más razonable es que te marches.

—Pero no tengo adónde ir —dije.

—No te agobies, mantén la calma y atiende: no te voy a abandonar a tu suerte. Te daré dinero para que vayas a Londres una o dos semanas, y luego, cuando se calmen las cosas, podrás volver.

—No quiero separarme de ti —le dije con la mirada clavada en su rostro cetrino y en sus ojos grandes y oscuros. Tenía un cuerpo fuerte y robusto; yo quería que fuese mi escudo, que me protegiera de ellos y de todo lo que me provocaba miedo—. Te lo ruego...

Se golpeó la frente con un puño y exclamó: «Ay, Dios», y luego suspiró y yo pensé que se estaría ablandando y que me permitiría quedarme.

—Escucha, escucha —dijo, y yo me incorporé creyendo haber oído un coche afuera. Pero no pasó nada, y él continuó—: Si los dos nos quedamos aquí, vendrán y tal vez te lleven por la fuerza; pero si nos vamos los dos a Londres es posible que nos denuncien a la policía. Lo más sensato es que vayas tú sola. Yo me quedo aquí y trataré de hacer entrar en razón a tu padre, si es que aparece, y luego, de aquí a un par de semanas, me reuniré contigo en Londres.

Me invadió una fría melancolía. Quería desentenderse de mí.

—Está bien —cedí, afligida; puse mi mano sobre la suya y permanecimos en silencio.

—¿Crees que se presentarán hoy? —preguntó al cabo de un rato.

—No, tan pronto no. Les puse un telegrama esta mañana para decirles que me iba a Inglaterra y que les escribiría más adelante, así que aún esperarán un par de días.

—De acuerdo, entonces hoy preocúpate solo de reponerte, y mañana iremos a Collinstown y te meteré en un avión.

Nunca había montado en avión, y me dio miedo que me ataran. Baba decía que en los aviones te amarraban al asiento.

—¿Me escribirás? —quise saber.

—Todos los días. Cartas larguísimas. —Me dio un abrazo que se prolongó un buen rato, mientras yo lloraba y gimoteaba—. Te compré un detalle cuando estaba de viaje —dijo entonces, y bajó a buscarlo.

Era una radio portátil, y me enseñó a manejar las diversas ruedecitas para encontrar las emisoras.

—Te la puedes llevar a todas partes.

Giró una de las ruedas para encenderla y se oyó una música ligera. Bailó con la radio en la mano un momento y yo me pregunté cómo podía estar de tan buen humor.

Me levanté para asearme, y después de comer dimos un paseo.

—No le abras a nadie —advirtió a voces a Anna.

—¿Es que te busca el alguacil? —gritó ella con descaro.

Eugene frunció el ceño y dijo que se estaba volviendo inaguantable.

Afuera no hacía mucho frío, el viento había parado y caía una leve llovizna. Todo estaba en calma, y oíamos a unos hombres talar árboles en el bosque. Me quité la pañoleta y dejé que la lluvia me empapara el pelo grasiento y la cara caliente. Cuando no dormía, la cara y los párpados me ardían y picaban. Mientras paseábamos, me habló de una película que había visto en Londres, *París, bajos fondos*. Me contó el argumento y describió a la chica rubia y sensual que interpretaba el papel protagonista. Me sentí terriblemente sosa y poco atractiva al oírlo hablar de ella y ver cómo dibujaba el contorno de su cuerpo con las manos.

Fuimos por el sendero que daba a la arboleda del lago. Un cinturón de pinos corría a un lado, como un ejército de soldados verdes uno detrás de otro, y un muro de piedra delimitaba el otro lado de la vía. Muchos de los mampuestos se habían caído.

—Podrás ir a ver esa película, le diré a Ginger que te lleve —dijo al tiempo que se agachaba para recoger tres piedrecitas blancas.

Ginger era una amiga a la que pretendía mandar un telegrama para pedirle que fuera a recogerme. Era pelirroja, según me contó, y por eso la llamaban así. ¿Estaría enamorada de él? Para mí era inconcebible que una mujer

tuviera trato con él sin enamorarse perdidamente.

—¿Es simpática? —me interesé.

—Es una chica muy maja —dijo, sin mucho interés. Nada parecía despertar su interés: ni la lluvia, ni las piedras, ni los pinos envueltos en la neblina... Lo mismo le daba una cosa que otra. Pensé que era un tanto insensible—. No estarás dolida, ¿no, tesoro? —preguntó, poniéndome una mano en el hombro y pidiéndome que no me preocupara.

Las gotas se posaban en mi abrigo como una llovizna de perlas. El silencio reinante me resultaba perturbador. Todo parecía irreal: los troncos cercados por el halo mudo de la bruma parecían no tocar el suelo, y unos jirones de niebla cubrían las partes más bajas de los campos.

—Detesto tener que separarme de ti —dije.

Habíamos llegado a la linde del bosque, junto al lago, y unas hebras aisladas de niebla flotaban por encima de la superficie del agua.

—Solo será un par de semanas —contestó, alegre, a la vez que nos sentábamos en el tejado plano del cobertizo de los botes y contemplábamos los campos pedregosos que desembocaban en la margen opuesta del lago. La bruma aún no había descendido del todo, de modo que algunas zonas se distinguían nítidamente—. No te imaginabas que sería tan bonito, ¿a que no? —preguntó, abriendo los brazos para abarcar el lago, la playita de arena, los guijarros bajo las aguas poco profundas y, al otro lado del camino, una casa recubierta de hiedra con un pararrayos en la chimenea. Me contó que allí vivían las señoritas Walker.

—Es una preciosidad —declaré, aunque en el fondo me importara un comino.

—Es mucho mejor en verano; tengo que enseñarte a nadar.

—En verano... —repetí, como si no fuéramos a llegar al próximo. Entonces traté de imaginar los veranos de su pasado: habría nadado en el lago con Laura, y luego se habrían tumbado en la diminuta playa bajo la generosa sombra de un enorme castaño. Cada vez que estaba con él pensaba en Laura, igual que siempre pensaba en mamá cuando estaba con papá—. ¿Cuánto tiempo pasó aquí Laura?

—No sabría decirte con exactitud... Un año, más o menos.

—¿Y sabía nadar? —Baba nadaba y buceaba, pero yo no sabía hacer

ninguna de las dos cosas.

—Sí que sabía.

Esperaba que agregara algo más, pero se quedó callado.

Oscureció pronto debido a la lluvia, y los prados transmitían tristeza bajo la luz velada de la noche. Me ayudó a ascender la colina empujándome por detrás; él conocía el camino como la palma de su mano, y me ponía sobre aviso de las numerosas madrigueras.

—¿Puedo dormir en tu cama esta noche? —pregunté cuando avanzábamos entre el ejército de pinos y el muro de piedras sueltas.

—Por qué no —dijo con dulzura.

Rogué por que sucediera algo que me permitiera quedarme con él. Y algo pasó.



## 13

A la hora de cenar se levantó un viento que hizo golpetear los postigos. Anna salió corriendo a recoger unas servilletas que había tendido sobre un arbusto de espino. Un cubo metálico rodó por la zona adoquinada del jardín.

Había pasado todo el día asustada, sabedora de que tarde o temprano aparecerían, pero una tempestad tal vez los mantendría alejados. Y por la mañana ya me habría ido.

Después del té nos instalamos en el estudio con un mapa de Londres desplegado sobre nuestras rodillas y señalamos varias calles y puntos de interés para mí. Me marcharía a primera hora de la mañana, y él ya había mandado un telegrama a Ginger para que me recogiera.

—Tenemos que cerrar las puertas con llave —dije, perturbada por el ruido de las contraventanas.

—De acuerdo —accedió—, cerraremos todo a cal y canto.

Así pues, lo acompañé cargando con la linterna grande para que asegurase el invernadero, la puerta trasera y otro acceso lateral. Las llaves se habían oxidado en las cerraduras y tuvo que golpear los pasadores con un taco de madera para aflojarlos. Anna y Denis se habían retirado a sus dependencias, y nos llegaba la música festiva de su radio.

—Diles que no abran si viene alguien —sugerí.

—No digas tonterías; una vez que se encierran ya no vuelven a venir por aquí en toda la noche. Se acuestan después del boletín de noticias de las nueve.

Era muy orgulloso y no quería compartir sus problemas con nadie.

—Ahora, la puerta principal —dije.

La abrimos un instante, y al dirigir la vista a la noche de viento oímos el quejido de los árboles.

—Márchese, hombre del saco —exclamó, y volvimos a sentarnos en el sofá que había delante de la chimenea del estudio.

El cajón de madera de roble estaba bien surtido de leña, y me dijo que estábamos del todo a salvo y que no había nada que temer.

Pensé que tal vez debería coger la escopeta que había en una esquina del recibidor, para que no cayese en malas manos.

—Bobadas —rehusó—. Mira que te gusta el melodrama...

El sonido del viento me parecía el de un coche que venía hacia la casa; lo oía constantemente, aunque era producto de mi imaginación. Le revolví el pelo y le di un pequeño masaje en el cuello, y me dijo que era muy agradable y reconfortante.

—Nos entendemos bien tú y yo —observó.

—Sí —convine, y pensé que no habría sido mucho pedir que dijera «te quiero», o «qué fácil es enamorarse de ti», o «me estoy enamorando de ti», pero no; en lugar de eso, prefirió decir que nos entendíamos bien.

Solo hace un par de meses que nos conocemos —añadió, como si hubiese percibido mi desilusión.

Yo sabía que creía en los procesos lentos e invisibles del crecimiento, ese elemento que, antes que nada, debía arraigar en el rincón más oscuro y solitario de cada uno, lejos de la luz. Le gustaba plantar árboles y verlos crecer; le gustaba que nuestra amistad siguiera su curso; no estaba listo para mí.

—¿Tú crees en Dios? —pregunté a bocajarro. No sé por qué lo hice.

—Cuando estoy frente a la chimenea, no, pero puedo creer cuando piso a fondo el acelerador. Depende.

Me pareció una respuesta cuando menos peculiar.

—¿Qué cosas te dan miedo?

Mi deseo era que me confesara algo muy íntimo, que compartiera sus temores conmigo para así olvidar los míos, o que jugáramos al veo-veo... Lo que fuera.

—Las bombas, nada más —dijo, y aquella también me pareció una

respuesta peculiar.

—¿Y el infierno no? —quise saber, nombrando mi segundo mayor miedo.

—En el infierno me darán trabajo avivando hogueras, se me dan bien.

¿Cómo podía tener la voz tan serena, cómo podía leerse tal sosiego en su cara? A ratos le frotaba la nuca, luego dejaba caer el brazo y me arrimaba mucho a él, preguntándome cómo podría pasarme sin él en Londres tanto tiempo; hasta que las cosas se calmaran, había dicho.

—Lo mejor que puedes hacer con el infierno... —comenzó, pero no llegué a oír el final de la frase, porque justo en ese momento ladró el perro fuera, en el jardín. Ladró varios segundos seguidos y a continuación emitió un alarido agudo de advertencia que sonó casi humano. Me sobresalté—. Chist, chist —me calló, pues había dado un manotazo a la bandeja del té que había en el suelo.

Fue corriendo a bajar la llama de la lámpara y aguardamos, pero nada sucedió: no oímos pasos, ni un coche, nada salvo el viento y el azote de la lluvia. Con todo, yo sabía que vendrían y que de un momento a otro llamarían a la puerta.

—Debe de haber sido un tejón o un zorro. —Sacó la botella de *whisky* de la vitrina y me sirvió una copa—. Te has puesto más blanca que la pared —observó mientras daba sorbitos a su *whisky*.

Entonces el animal volvió a ladrar, fuerte y sin interrupción, y supe por sus sonidos nerviosos que estaba intentando saltar la verja del jardín trasero, a la que no habíamos echado el cerrojo. Empecé a agitarme y a temblar de la cabeza a los pies.

—¡Son ellos! —exclamé con un escalofrío que me recorrió entera.

Oímos unas botas sobre la grava y voces masculinas, y de repente aporrearon la puerta principal. El perro seguía ladrando histéricamente, y por encima del ruido de los puños que sacudían la madera y del soplado del viento percibí el latido de mi propio corazón. Unos nudillos golpeteaban las ventanas, los postigos se agitaron y al mismo tiempo tronó el golpe seco de la aldaba. Me agarré a la manga de Eugene y empecé a rezar.

—¡Ay, Dios! —exclamé.

—¡Abre! —bramó una voz de hombre.

—Van a echar la puerta abajo —dije. Parecía que la golpearan cinco o seis al mismo tiempo. Creí que el corazón me iba a estallar.

—¿Cómo se atreven a aporrear la puerta de mi casa de ese modo? —dijo, haciendo amago de ir al vestíbulo.

—¡No, no! —Le cerré el paso y le pedí que no se enfadara—. No abriremos —dije, pero ya era demasiado tarde.

Uno de los invasores había rodeado la casa y oímos el chasquido metálico del cerrojo de la puerta trasera al ser levantado. Entonces se descorrió el pestillo y oí que Anna clamaba:

—Por el amor de Dios, ¿se puede saber qué demonios quieren ustedes a estas horas de la noche?

Seguramente estaba medio dormida y había bajado a abrir pensando que se nos había cerrado la puerta o que la policía había venido a buscarme.

Oí que el Hurón pronunciaba mi nombre.

—Venimos a rescatar a la chiquilla.

—Yo de eso no sé nada. Espere aquí fuera —contestó Anna, no sin descaro, y el otro debió de abrirse paso, porque ella gritó—: Pero ¿cómo se atreve...?

El perro pastor entró también por la puerta de la cocina, aullando. Los demás seguían aporreando la puerta principal.

—Esto ya es pasarse de la raya —dijo Eugene, y según iba a abrir la puerta, yo di una carrera hasta el estudio para esconderme. Me acurruqué debajo de la cama con la esperanza de que Eugene los llevara al salón, porque no le agradaba que nadie entrara en su lugar de trabajo.

Lo oí decir:

—Me temo que no puedo responderle.

—¡Entréganosla! —exigió una voz.

Tuve que devanarme los sesos para identificar aquella voz.

—¡Pero ahora mismo!

Era Andy, el primo de mi padre, el ganadero. Recordé que instalaba sus rebaños (bestias que emitían los sonidos que hacen las vacas en sitios desconocidos) en el prado más grande de nuestra finca en vísperas de los días de feria. Luego, se metía en casa para tomar el té y se acomodaba en la cocina, con su chaqueta marrón de doble botonadura, a comentar con mi

padre el precio de las vaquillas. Una vez me había dado una moneda de tres peniques, tan vieja y gastada que se había borrado la efigie del rey.

—¿Dónde tienes a mi única hija? —ladró mi padre.

«Está debajo de la cama y se está ahogando», me dije, rogando por no tener que permanecer allí mucho tiempo, solo lo que tardara Eugene en coger la lamparilla y conducirlos al salón. Entonces podría ir a ocultarme al granero, pero con la linterna, para espantar las ratas.

—¡Mi única hija! —volvió a chillar mi padre.

¡Me faltó un pelo para salir y aclararle un par de cosas sobre su única hija!

—¿Qué anda buscando usted aquí? —preguntó Eugene—. Iremos a hablar a la otra sala.

Pero a mi padre no le había pasado inadvertida la chimenea encendida, y se me cayó el alma a los pies cuando oí que todos entraban en tropel en el estudio. Alguien se sentó en la cama; los muelles me rozaron la espalda, y al oler el estiércol de las botas supuse que debía de tratarse del primo Andy. Reconocí dos voces más: la de Jack Holland y la del Hurón.

—¿No les parece un poco tarde para visitas de cortesía? —dijo Eugene.

—Venimos a por esa pobre niña inocente —replicó el primo Andy; él, el afamado soltero que en toda su vida solo les había dirigido la palabra a las vacas y los toros, arreándolos de una feria rural a otra—. Tráela para acá, y por estas te juro que como le hayas tocado un pelo la vas a pagar muy cara —amenazó a grito pelado, y me imaginé el aspecto que tendría con su cara de avaro y esa boquita repugnante enmarcada por unos bigotes rojizos. Siempre llevaba consigo un frasco de antiácido, y en una ocasión le levantó la mano a mi madre porque ella le dejó caer que abusaba de los pastos de la finca de papá. Ese día, en el único gesto de caballerosidad de toda su vida, mi padre le dijo: «Como le pongas la mano encima a mi señora, te echo a patadas».

—Esto es un ultraje —respondió Eugene.

Oí varias cerillas prendiéndose: estaban poniéndose cómodos.

—Permítame... —comenzó Jack Holland, dispuesto a hacer las presentaciones, pero fue interrumpido por mi padre.

—¡Un tipo divorciado! ¡A tu edad, podrías ser su padre...! Llévate así a mi hijita...

—Me gustaría dejar constancia de que yo no la he traído: ha venido ella solita —puntualizó Eugene.

Pensé que me iba a fallar, que me dejaría en manos de ellos; mi madre llevaba razón cuando decía: «Llora, y llorarás tú sola».

—La has drogado para que caiga en tus redes, eso lo sabe todo el mundo —replicó mi padre.

Eugene se echó a reír. Cuán chocante e inmoral debía de resultarles, con sus pantalones de pana y su vieja camisa de cuadros. Esperaba que se hubiera abrochado todos los botones. El polvo empezó a picarme en la nariz.

—¿Es usted su padre? —quiso saber Eugene.

—Permítame... —repitió Jack Holland, pudiendo esta vez hacer las presentaciones. ¿Sería él el traidor?

—Sí, soy el padre —dijo papá con voz pesarosa.

—¡Venga, dínos dónde está la chiquilla! —gritó Andy.

Volví a echarme a temblar. No podía respirar. Me ahogaría bajo los muelles oxidados. Moriría mientras ellos se peleaban por dirigir mi vida. Moriría, con las botas llenas de mierda de Andy pegadas a la nariz. Qué ironía. Mi madre solía cepillar los travesaños de las sillas después de que viniera de visita a casa. Recé oraciones breves, recité las tablas de multiplicar y los plurales irregulares de los sustantivos en latín; todo lo que me sabía de memoria, con tal de distraerme. Recordé una frase de *Julio César* que una vez había declamado, ataviada con un camisón escarlata, en una función escolar: «Sí, aún te veo, y a tu hoja y en tu puño gotas de una sangre...»<sup>[15]</sup>.

—¿Eres católico? —preguntó el Hurón con voz de policía.

—No soy católico —respondió Eugene.

—Entonces ¿no vas a misa? —intervino mi padre.

—Pero buen hombre...

—¡Ni «buen hombre» ni gaitas! —lo interrumpió mi padre—. Déjate de rodeos. ¿Vas a misa o no? ¿Comes carne los viernes?

—Dios asista a Irlanda —exclamó Eugene, y me lo imaginé alzando los brazos en su típico ademán de impaciencia.

—¡Y encima tomando el nombre de Dios en vano! —chilló el primo Andy, dándose un puñetazo en la palma de la otra mano.

—¿Les apetece una copa, para relajarnos un poco? —sugirió Eugene,

pero acto seguido, con un respingo, se desdijo—: Quizá sea mejor que no... Ya parecen venir ustedes bien servidos.

Desde debajo de la cama pude oler a alcohol en ese momento, y supuse que se habrían detenido en cada taberna del camino para ponerse a tono. Seguramente, mi padre habría pagado la mayoría de las rondas.

—Bueno, unas gotitas de oporto podrían endulzar las negociaciones —indicó Jack Holland con su formalidad acostumbrada.

—¿Me traes un vaso de agua... con una aspirina? —pidió mi padre.

—Buena idea. Le traeré una aspirina —accedió Eugene, y por un momento pensé que todo saldría bien.

El agua corrió del grifo. Cerré los ojos para rezar, apoyé la frente en el dorso de la mano y jadeé. Tenía la cara empapada de un sudor frío.

—Me gustaría que se hiciera cargo de que su hija huye de usted. Yo no la he secuestrado. Yo no la obligo a nada: quiere escapar de usted y de su forma de vida... —retomó Eugene.

—¿Qué coño está diciendo este? —dijo Andy.

—La trágica historia de nuestra santa tierra —terció Jack Holland—: la fuerza extranjera que mina nuestra voluntad de resistir.

—Atontan a las chiquillas con droga —dijo entonces el Hurón—. Anda que no han acabado niñas irlandesas en Piccadilly con la trata de blancas. Ese tráfico es cosa de los extranjeros. Gente de por ahí, no falla.

—¿Dónde tienes a la doña, eh? ¿Qué me contestas a eso? —preguntó Andy.

—Y ¿qué le estás haciendo a mi hija? —preguntó, fiero, mi padre, como si acabara de recordar para lo que había ido hasta allí.

—No le estoy haciendo nada —respondió Eugene, y entonces pensé: «Se niega a asumir cualquier responsabilidad, no me ama».

—Tú eres extranjero —dijo Andy, todo desprecio.

—En absoluto —contestó amable Eugene—. No más extranjero que esos ojitos azules y germánicos suyos, amigo.

—¿Qué intenciones llevas? —preguntó a bocajarro mi padre. Y entonces debió de sacar la carta anónima, porque añadió—: Aquí he leído un par de cosas que te pondrían los pelos de punta.

—Pelo tiene poco, está casi calvo —apostilló el Hurón.

—Yo no llevo ninguna «intención»; yo diría que, a su debido tiempo, me gustaría casarme con ella y tener hijos... ¿Quién sabe?

—Ya, y fueron felices y comieron perdices... —dijo Jack Holland, como un imbécil. Papá le pidió que cerrara la boca y dejara de ponerse en ridículo.

En el fondo no me quiere, pensé mientras, con la respiración entrecortada, pronunciaba un acto de contrición, creyendo que mi final era inminente. Ignoro por qué seguía ahí debajo, era sofocante.

—¿Y te convertirías? —inquirió mi padre; naturalmente, Eugene no entendió a qué se refería.

—¿Convertirme? —preguntó, con voz intrigada.

—Que si te harías católico —explicó el Hurón.

Entonces Eugene dejó escapar un suspiro y dijo:

—¿Y si tomamos una taza de té?

A lo que papá respondió:

—Sí, sí.

Esto va a seguir así toda la noche, y al final me encontrarán muerta debajo de la cama, me dije, con un deseo cada vez mayor de rascarme una zona entre los omóplatos que me picaba a rabiar.

Al abrir la puerta para ir a preparar el té, debió de toparse con Anna asomada a la cerradura, porque oí que le decía:

—Ah, Anna, pero si estás aquí. ¿Puedes traer té para todos, por favor?

Y entonces intuí que habría salido de la sala, porque de repente se pusieron a hablar todos a la vez.

—¿Y si se nos ha escapado la niña por la puerta de atrás? —dijo mi padre.

—Ponte en tu sitio, macho, ponte en tu sitio —lo estimuló Andy—. Ve tras él, idiota, antes de que salga por patas el desgraciado.

—Pobre Brady —lamentó el Hurón una vez que mi padre al parecer hubo salido—. Así le agradece la mocosa esa que la mandara a un internado y le diera una buena educación...

—Esa nunca estuvo muy centrada —comentó el primo Andy—, todo el día con los libros y hablando con los árboles. La madre la tenía muy



mimada...

—Ay, su querida madre, qué señora —exclamó Jack Holland, y mientras ponía por las nubes a mamá, los otros dos empezaron a criticar el retrato de Eugene que había encima de la chimenea.

—Fíjate en la napia. ¿Te has dado cuenta? Los de su calaña son los que muy pronto gobernarán este puñetero país —dijo Andy, y añadió—: Qué puta lástima, por Dios bendito, echar a perder así a una chiquilla...

Yo pensé entonces que se habrían llevado una gran decepción de haber sabido que aún no me había seducido, a pesar de que habíamos dormido dos noches en la misma cama.

El tintineo de las tazas acompañó el regreso de Eugene con mi padre.

—¿Cuánto ganas al año? —oí que preguntaba mi padre; estaba segura de que lo despreciarían si supieran que filmaba películas de tres al cuarto sobre ratas o sistemas de alcantarillado.

—Gano muchísimo dinero —mintió Eugene.

—Tienes una edad que podrías ser su padre —añadió papá—. Eres casi de mi quinta.

—Oiga —dijo Eugene al cabo de un momento—, con toda esta animosidad no resolvemos nada. ¿Por qué no van ustedes a pasar la noche al hotel del pueblo, y por la mañana regresan para discutir las cosas con Caithleen? Mañana por la mañana ya no estará tan asustada, y haré lo posible por que acceda a hablar con ustedes.

—Eso ni lo sueñes —rechazó de plano el primo Andy.

—De aquí no nos vamos sin ella —agregó mi padre en tono amenazador.

En ese momento perdí la noción de todo y supe que no había escapatoria. Darían conmigo y me sacarían a rastras de allí. Saldríamos a la intemperie, me meterían en el coche del Hurón y me humillarían mientras circulábamos durante toda la noche. Ojalá Baba hubiera estado conmigo, algo se le habría ocurrido...

—Caithleen tiene veintiún años, no la pueden obligar —declaró Eugene—, ni siquiera en Irlanda.

—¿Que no? Nosotros vencimos en la lucha por la libertad. Esta tierra es nuestra —respondió Andy.

—Podemos hacer con ella lo que nos venga en gana, porque no rige —

dijo mi padre.

—De la cabeza —concretó el Hurón.

—¿Y ahora qué, eh? —apostilló el primo Andy—. Un delito muy grave con una chica mentalmente desequilibrada. Por eso te caen lo menos veinte años.

Me rechinaron los dientes, sentí que me estallaba la cabeza: ¿cómo podía ser tan cobarde de quedarme allí escondida? Hasta una cabra se habría avergonzado. Por el dorso de la mano me resbalaban lágrimas de rabia y vergüenza y quise gritar y renegar de ellos, no tienen nada que ver conmigo, no me relaciones con ellos; pero no dije nada... Seguí esperando.

—Ve a por ella —ordenó mi padre—. ¡Pero ya! —Imaginé salivazos de ira saliendo disparados de su boca.

—Ya has oído al señor Brady —vociferó el primo Andy, y en ese momento debió de levantarse de la cama porque los muelles se alzaron. Imaginaba perfectamente su aspecto ratonil: los ojillos azules, el bigote pelirrojo y la úlcera de estómago.

—De acuerdo, entonces —resolvió Eugene—, pero está bajo mi custodia legal. Es mi invitada. Cuando se marche de aquí, será por voluntad propia. Salgan de mi casa ahora mismo o llamaré a la policía.

¿Se habrían fijado en que no había teléfono?

—Ya me han oído —añadió Eugene, y pensé: «Ay, Dios, se lo van a cargar». ¿Es que no leía los periódicos? «Asestan cincuenta y siete navajazos a un hombre...». Me arranqué, dispuesta a salir y darme por vencida.

Oí entonces el primer puñetazo, y debieron de derribarlo, porque la lámpara dio en el suelo y el globo se hizo añicos.

Salí chillando y tambaleándome. Gracias a las llamas de la chimenea distinguí a Eugene en el suelo, tratando de ponerse en pie, y a Andy y al Hurón liados a patadas y puñetazos con él. Jack Holland intentaba separarlos, y mi padre, fuera de sí, tiraba a Jack Holland del abrigo y le decía:

—Deja, Jack, deja, que Dios nos asista. Venga, Jack... Ay, Jack...

De repente, mi padre reparó en mi presencia, y debió de creer que regresaba de entre los muertos, con el pelo alborotado y toda cubierta de polvo y pelusas. Abrió tanto la boca que la dentadura le cayó sobre la lengua. Era una dentadura muy barata que le había hecho un sacamuelas.

—Yo no fui, Lil, Lily, no fue culpa mía —susurró, y se alejó de mí, sacándose la dentadura.

Mucho después me di cuenta de que había creído que yo era mamá venida desde su sepultura en el lago del Shannon. Mi apariencia debía de corresponderse con la de un fantasma, con churretes en la cara por el polvo y las lágrimas, y el pelo cayéndome sobre los ojos.

Pedí a gritos al Hurón que parase, y justo entonces la puerta se abrió de golpe y la sala quedó iluminada por un potente destello rojo y amarillo; era Anna, que había disparado la escopeta hacia el techo. El trueno me hizo recular hacia la cama, estupefacta. Intenté no moverme, a la espera de que me ganara la muerte. Pensaba que me había disparado, pero no era más que la deflagración que sentí en los oídos. El humo negro de la pólvora penetró en nuestras gargantas y me dio tos. Jack Holland rezaba y tosía de rodillas, mientras que Andy y el Hurón se habían dirigido a la puerta, protegiéndose los oídos. Mi padre estaba apoyado en el respaldo de una silla, jadeante, y Eugene gemía aún en el suelo y se llevaba las manos a la nariz ensangrentada. Unos pedazos de techo cayeron en la alfombra, y el polvo de yeso se mezcló con el humo del arma. El olor era insoportable.

—Todavía queda un cartucho. Os puedo volar los sesos —amenazó Anna.

Permaneció en el umbral del estudio, en camisón y empuñando la escopeta de Eugene. A su lado estaba Denis con una velita de Navidad en la mano.

—¡Largo de aquí! —les dijo, apuntándolos con el arma.

—Por Dios bendito, a mí esto no me gusta un pelo —dijo el Hurón—. ¡Esta gente es capaz de matarnos!

Me lancé adonde estaba Eugene, que seguía en el suelo con un chorro de sangre corriéndole de la nariz. Le ofrecí mi pañuelo.

—Bárbaros desalmados —censuró mi padre, con la cara blanca y los dientes en la mano—. Podía habernos matado.

—Los pies se los voy a reventar como no se largue ahora mismo —replicó Anna con voz trémula.

—Fuera —les dijo Eugene al levantarse. Le habían roto la camisa—. Fuera. Fuera de aquí, váyanse y no se atrevan a volver por aquí.

—¿No tendría una gotita de *whisky*? —preguntó mi padre, tembloroso, poniéndose una mano en el corazón.

—No. Salga de mi casa inmediatamente.

—Bonita faena nocturna, bonita faena nocturna —se lamentó Jack Holland mientras salía.

Anna se hizo a un lado para dejarlos pasar, y Denis abrió la puerta principal. Lo último que vi fue el garfio que el Hurón agitó hacia nosotros antes de desaparecer.

Eugene cerró con un portazo y Denis atrancó la puerta. Me derrumbé en la cama, temblando.

—A esta gentuza hay que darle de su propia medicina —explicó Anna, dejando el arma sobre la mesa.

—Me has salvado la vida —dijo Eugene, y se sentó en el sofá para levantarse la pernera del pantalón. Tenía sangre en una espinilla de las patadas que había recibido, y también le sangraba la nariz.

—Lo siento, lo siento mucho —acerté a decir entre sollozos.

—Unos hombres muy rudos, muy rudos —dijo Denis con solemnidad cuando oímos que discutían afuera y el perro ladraba en el patio trasero.

—Ve a buscar yodo —me pidió Eugene.

Subí, pero no di con él, así que tuvo que venir Anna a cogerlo, junto con una toalla limpia y una palangana con agua. Se reclinó en el sillón mientras yo le desataba los cordones para sacarle los zapatos.

—¿Ese ruido qué es? —preguntó Denis.

Oímos que el coche se alejaba.

Anna se encargó de limpiarle a Eugene las heridas de la cara y las piernas. Hacía muecas de dolor al contacto con el yodo.

—No debí haberme escondido —dije, tendiéndole un pañuelo limpio del primer cajón de su mesa, donde los guardaba—. Ay, si es que no tenía que haber venido.

A través del pañuelo me contestó:

—Anda y ve a servirte una copa. Te ayudará a dejar de temblar. Y ponme una a mí también.

Al cabo de un rato se le cortó la hemorragia de la nariz y levantó la cabeza para mirarme. Tenía el labio superior hinchado.

—Ha sido horrible —dije.

—Pues sí —convino—. Ridículo. Como este país.

—Si no llega a ser por mí... —terció Anna.

—¿Os apetece un té? —dijo con voz triste, y supe entonces que jamás olvidaría lo sucedido, y que en cierto modo el comportamiento de los míos me había salpicado a mí también.

Nos acostamos muy tarde. Tenía la espinilla muy dolorida y le latía un corte que tenía en un párpado. Pasó una hora hasta que se metió en la cama. Yo permanecí casi toda la noche tumbada boca arriba, con la vista puesta en el techo iluminado por la luz de la luna, cavilando. Poco antes del alba vi que estaba despierto y que me miraba.

—Te quiero —dije sin más. No fue algo premeditado, lo dije casi sin querer.

—¿Que me quieres? —preguntó, como si fuesen palabras sin sentido, y acomodó la cabeza en la almohada para verme mejor. Sonrió, cerró los ojos y volvió a quedarse dormido.

¿Qué podía hacer yo para que nos reconciliáramos? En la cama no valía para nada, ni tenía arrestos para disparar un arma. Volvería con Baba. Lloré un poco, y luego me levanté a hacer té.

Anna estaba en la cocina, calzándose las medias de seda y los zapatos buenos para ir a misa.

—Todavía no me he recuperado —me dijo.

—Yo no me recuperaré jamás —contesté, y para mis adentros, añadí: «Me han destrozado, me han hundido, hundido del todo. No volverá a mirarme a la cara. Tendré que irme de aquí».

## 14

Regresó de misa cargada de novedades.

—En el pueblo creen que eres una estrella de cine —me dijo, sacándose un largo alfiler del sombrero azul que volvió a clavar tras habérselo quitado, hasta el domingo siguiente. Contó que no se hablaba de otra cosa en las tres tiendas de la localidad. Mi padre y su cuadrilla habían parado en el hotel para beber en el trayecto de vuelta.

Cuando puso la sartén en el fogón, me fijé en las huellas de ratones en la grasa fría.

—Espero que te marches hoy mismo —dijo.

—Eso espero.

Ya eran más de las diez, de modo que preparé un té para Eugene y se lo subí. Al detenerme un instante en el umbral, con la bandeja en la mano, de pronto me sentí una privilegiada por estar en su cuarto mientras él dormía. Se le marcaban aún más los huecos de las mejillas cuando dormía, y su cara traslucía un deje de dolor. Tenía una boca preciosa, los labios perfectamente dibujados.

Descorrí las cortinas.

—Vas a romper los rieles —dijo, incorporándose. Los ojos, azorados, parecían el doble de grandes—. Ah, hola —añadió, sorprendido de verme; se frotó entonces los párpados y seguramente lo recordó todo. Le puse un jersey sobre los hombros y le anudé las mangas bajo la barbilla—. Muy rico el té —dijo, tumbado como un Cristo yacente, dando sorbitos a la taza, con la cabeza apoyada en el cabecero de caoba.

Anna llamó a la puerta y entró sin dar tiempo a Eugene a reaccionar.

—Ya he entregado el telegrama, llegará a primera hora de la mañana —

dijo. Iba dirigido a su abogado.

Me ordenó que bajara a comerme la morcilla, que se estaba quedando seca en la sartén.

—¡Morcilla! —gruñó Eugene.

—Desde luego que tienes la nariz hecha un cromo —observó ella.

—Es posible que me la hayan roto —dijo, sin el más mínimo atisbo de sonrisa.

—¡Ah, no, no la tienes rota! —intervine.

—Menos mal que no me gano la vida con la nariz, ni me es imprescindible para hacer el amor.

—Hummm —masculló Anna, plantada en mitad del cuarto, con los brazos en jarra, analizando la cama deshecha y mi camisón en lo alto de una silla.

—Venga —nos dijo a las dos—, despejad el campo.

Yo salí, pero ella no se movió. Pegué la oreja a través de la puerta:

—Te he salvado la vida, ¿a que sí?

—Así es. Te lo agradezco en el alma, Anna. Recuérdame que te imponga una medalla.

—¿Y si me prestas cincuenta libras? Quiero comprar una máquina de coser y un par de cosas para el nene. Y con una máquina de coser podemos remendar todas tus camisas.

—¿Podemos? —repitió él, burlón.

—¿Me las prestas?

—¿Por qué no me dices mejor «dame cincuenta libras»? Sé muy bien que el verbo «prestar» significa bien poco en esta casa.

—Eso que dices está muy feo. —Parecía ofendida.

—De acuerdo, Anna, te las daré. Una recompensa.

—Eres un buen hombre. Pero que quede entre nosotros; a Denis, ni una palabra. Si se entera de que tengo cincuenta libras, capaz es de ir a comprar un toro o algo peor.

Salió del cuarto con una sonrisa de oreja a oreja y yo me quité de en medio, avergonzada de que me hubiese pillado espiando.

—Valiente fisgona —dijo mientras yo recorría a toda prisa el pasillo enmoquetado—. ¡Venga, una carrera! —Y echamos a correr hasta llegar a la

cocina.

Se puso a leer la prensa dominical.

—Es clavadita a Laura —me dijo, señalando a una heredera que, según informaban, se había enamorado de un barbero—. «Un fontanero cambia de sexo» —leyó—. Virgen Santísima, yo no entiendo a la gente. ¿Es que no se miran al espejo cuando se quitan la ropa?

Leyó los horóscopos: el de Denis, el del bebé, el de Eugene, el mío... y el de Laura. A Laura la incluía en todo, de modo que, para cuando salió después de comer con Denis y el niño, yo tenía la impresión de que Laura aparecería de un momento a otro. Presa de aquella inquietante sensación di mi primer paseo por la casa. Eugene había salido al prado a echar un vistazo a la bomba de riego.

Había cinco dormitorios. Los colchones estaban enrollados, y los armarios, vacíos, salvo por las perchas de madera. El mobiliario era antiguo, oscuro, desparejado, y en unos cajones junto a las camas había bacinillas con rosas de té dibujadas en el interior.

En el primer cajón de una cómoda encontré un bolso de fiesta plateado con un diario de Laura en el interior. Pero no contenía comentarios, sino simplemente nombres y números de teléfono. También había un guante morado de noche que olía a perfume antiguo pero delicioso. Me lo probé, y por algún motivo que desconozco se me aceleró el corazón. En el resto de cajones no había nada aparte de marcas de tiza que indicaban el orden de cada uno.

Ya casi al anochecer volví al piso de abajo y enderecé el pabito de la lamparilla que Anna había encendido antes de salir. En lo alto de la mesa estaba el conejo, tal y como lo había dejado, desollado y listo para guisar. Denis lo había cazado la víspera.

—La cena —dije en voz alta, y, agarrando un libro de recetas, fui directa a la letra C del índice.

Calabacín (crema de). Calabaza (puré de). Cerdo con ciruelas. Cerezas (mermelada de). Ciervo estofado. Coliflor al horno. Cordero asado.

No había conejo por ninguna parte. El libro de recetas era de Laura. Su



nombre de soltera y el de casada figuraban, con letra segura, en las guardas.

—La cena —repetí, para ahuyentar las lágrimas, y entonces recordé que ese mismo día Eugene me había preguntado si era buena cocinera.

«Más o menos», había contestado yo. Una mentira como una catedral, porque no había cocinado en toda mi vida, salvo un viernes en que Joanna y Gustav fueron a ver a un abogado para hacer testamento. Llevé a casa dos peces para el almuerzo, uno para Baba y otro para mí. Mientras Baba ponía la mesa, yo freí el pescado. No tenía ni idea de que había que limpiarlo; lo único que hice fue disponer los animalillos grises e hinchados en la sartén más grande y encender el gas. Por espacio de varios minutos no pasó nada, hasta que uno estalló por uno de los lados.

—Uy, ¿de dónde sale esa peste? —me dijo Baba desde el comedor.

—Es el pescado —la tranquilicé. Para entonces, habían reventado las dos piezas.

—¿Que es el qué? —preguntó, precipitándose al interior de la cocina con la nariz tapada.

Al ver el desastre, agarró diligente la sartén y fue corriendo a tirar el contenido al cubo del abono que Gustav tenía en el jardín.

—¡Uf! —exhaló, entrando en casa—. Tú tenías que haber vivido cuando se comían las vacas crudas, los huesos y esas cosas. Estás hecha una salvaje. —Y, echando la sartén al fregadero, abrió el grifo.

Al final fuimos a comer a Woolworths. Para nosotras fue todo un acontecimiento poder andar con nuestras bandejas y servirnos lo que nos apeteciera: patatas fritas, salchichas, *trifle* con natillas, café, una jarrita con leche y una tartaleta de merengue y limón.

En la gran cocina de losas de piedra pensé en Baba y rompí a llorar. La echaba de menos. Era la primera vez en mi vida que estaba sola, a merced de mí misma. Recordé con nostalgia la de noches que habíamos salido juntas, rebosantes de esencia de vainilla y buen humor. Con frecuencia acabábamos en el cine, entusiasmadas por la oscuridad y la enorme pantalla, a veces con un helado de chocolate para animarnos aún más.

«Ay, Señor», suspiré, pensando en Baba, en mi padre y los demás; y me cubrí la cara con las manos y lloré, ignorando el motivo del llanto.

Cada dos por tres me asomaba a la esquina de la casa y me apoyaba en el

portón blanco y mojado para ver si se acercaba alguien. Pero no vino nadie, salvo un policía que circulaba en bici por la carretera secundaria y se detuvo un instante junto al pabellón para recobrar el aliento antes de continuar su camino. Seguramente andaba buscando cazadores furtivos.

Eugene regresó cuando a mí ya se me habían agotado las lágrimas. Me pregunté si tal vez esperaba que me hubiese marchado discretamente en su ausencia.

—Sigo aquí —dije.

—Me alegro —respondió, dándome un beso.

Ya había caído la tarde, y encendimos las lamparillas de queroseno.

Estábamos frente a la chimenea del estudio cuando me dijo:

—Ay, pobre capullito de alhelí, no estás disfrutando de una gran luna de miel, ¿verdad? Piensa en cosas agradables: rayos de sol, arroyuelos de montaña, fucsias, el vuelo de un pajarillo...

Echada entre sus brazos solo podía pensar en lo que pasaría a continuación. Había puesto un disco en el gramófono, y la música colmaba la sala. Afuera, la lluvia salpicaba los cristales, y había entrado agua en el marco interior de la ventana. No había más ruido aparte del de la música y la lluvia. Él había cerrado los ojos para concentrarse. La música ejercía un efecto extraño en él: se le suavizaban los rasgos, parecía que su alma misma reaccionara al estímulo.

—Es Mahler —me dijo en el preciso instante en el que yo esperaba que dijera: «Puedes quedarte, aunque también puedes irte».

—A mí me gusta la música con letra —repuse, para dejar clara mi opinión.

Pero seguía con los ojos cerrados y tuve la impresión de que ni siquiera me había oído. Aquella música me hacía pensar otra vez en aves, aves que alteraban la delicada quietud de una noche estival al alzar el vuelo desde un arbusto; cuervos posados en una vieja excavación de pizarra, allá en casa, multiplicados por sus propias sombras y sus graznidos. Me vino mi padre a la cabeza, y presentí que esa noche regresaría.

—Pero esta música también tiene letra —explicó Eugene inesperadamente. Sí me había oído, después de todo—. Una letra de una naturaleza más perfecta. Esta música nos habla de las personas, de sus vidas,

del progreso, de la guerra, del hambre, de la revolución... La música puede expresar con instrumentos muy sencillos el dolor gris e intangible de la existencia.

Pensé que debía de estar un poco loco para hablar de esa forma, sobre todo cuando mi mayor preocupación era que mi padre apareciera; me sentí tan ajena a él y su mundo que me levanté de un salto con la excusa de que tenía que ir a vigilar el guiso. Ya habíamos puesto el conejo en el fogón.

Hervía a fuego muy lento, y poco a poco la carne se desprendía del hueso. Espesé la salsa con un poco de harina de maíz, pero hizo muchos grumos. Unas bolitas harinosas flotaban en la superficie.

Así se va a quedar, pensé mientras me retocaba el maquillaje (porque el vapor de la cazuela me había arrebolado las mejillas). Cuando volví al estudio, Eugene leía.

Me senté frente a él y me quedé mirando el cráter del enlucido, consecuencia del tiro de Anna. «Cuando mañana me marche de aquí esto es lo que recordaré, esto es lo que recordaré para siempre», me dije.

—Me iré mañana —dije de repente.

La luz amarilla de la lámpara le daba de pleno en la frente, y el reflejo de un jarrón se proyectaba en la parte de arriba de las lentes. Se había puesto unas gafas con montura de concha.

—¿Que te vas? —dijo, levantando la vista del periódico que apoyaba en la rodilla—. ¿Y adónde irás?

—Tal vez vaya a Londres.

—Pero ¿tú quieres irte?

—No.

—Entonces ¿por qué te vas?

—¿Y qué otra cosa puedo hacer?

—Podrías quedarte.

—Eso no estaría bien —dije, contenta de que lo hubiera propuesto él y no yo.

—¿Por qué no?

—Pues porque me estaría lanzando a tus brazos —expliqué—. Me iré, y cuando no esté podrías escribirme, y puede que entonces vuelva.

—¿Y si te dijera que no quiero que te vayas?

—No me lo creería —dije, y él alzó los ojos hacia el techo con cierta irritación. Estaba convencida de que me había pedido que me quedase por pena, o porque se sentía solo—. ¿Por qué quieres que me quede?

—Porque me gustas. Llevo demasiado tiempo viviendo como un eremita; vamos, que a veces me siento muy solo. —Y se detuvo de golpe al ver que se me inundaban los ojos de lágrimas—. Caithleen —dijo con dulzura (solía llamarme Kate o Katie)—, Caithleen, quédate aquí. —Y alargó el brazo para darme la mano.

—Me quedaré una semana o dos —accedí, y entonces me besó y dijo que se alegraba muchísimo.

Cerramos los postigos y cenamos. La carne de conejo y las patatas se habían deshecho en la espesa salsa, y tenía un sabor delicioso. Anunció que me compraría una alianza, para que Anna y los vecinos no me asediaran a preguntas.

—En realidad no podemos casarnos, porque no estoy divorciado y además está la niña —dijo, apartando la vista hacia la tinta que marcaba el papel pautado del barógrafo.

Yo seguí su mirada, y se me antojó que la línea dentada de tinta era como las líneas en zigzag de nuestras vidas, y, para ocultar mi desilusión, dije:

—De todas maneras yo no quiero casarme.

—Eso ya lo veremos —replicó con una risa.

Para animarme, me contó la historia de su familia. Comenzó:

—Mi madre es hipocondríaca —parecía haber olvidado que yo la había conocido—, y se casó con mi padre en aquellos días felices en los que las piernas de las mujeres quedaban ocultas bajo faldas largas. Y digo felices porque la pobre tiene un par de palillos por piernas. Se conocieron en Grafton Street. Él era músico (alto, de tez oscura, extranjero), estaba de gira, y, como necesitaba un diccionario francés-inglés, muy educadamente se dirigió a una señorita para preguntarle por una librería. Yo —se dio una palmada en el pecho— soy el fruto de aquel encuentro fortuito.

Reí, pues me resultaba inverosímil que su madre hubiese conquistado al extranjero tan deprisa. Continuó y me contó que su padre los abandonó cuando él tenía cinco años. De él conservaba recuerdos vagos, como que volvía del trabajo con el violín y unas naranjas; la madre, por el contrario,

había trabajado de camarera para mantenerlos. Al igual que la inmensa mayoría de la humanidad, su vida había sido complicada, y su infancia, infeliz.

—Ahora te toca a ti —dijo, con un elegante ademán.

Me vinieron a la cabeza algunas escenas de mi niñez: me vi comiendo pan con azúcar en el peldaño de piedra de la puerta trasera, y bebiendo gelatina aún caliente que mamá había puesto a enfriar. A veces, una sola palabra basta para avivar un periodo completo de la vida. Le conté:

—Mamá estuvo en América de joven, así que usaba palabras de allí para muchas cosas; por ejemplo, en lugar de «jersey» decía siempre «suéter».

Recordé anécdotas aisladas, como cuando la hojalatera le robó a mamá unos zapatos buenos que había dejado en el poyo de la ventana de la cocina y ella tuvo que ir al juzgado a declarar y luego se arrepintió porque condenaron a la mujer a un mes de cárcel; o cuando al perro le dieron espasmos, o cuando una comadreja mató a cien polluelos recién nacidos. Hablar de ello era como volver a verlo todo: los prados verdes y apacibles que se desplegaban a partir de la recia casa de piedra y, en verano, las reinas de los prados, blancas como la nata en los promontorios; y a Hickey tarareando «¿Cómo compra uno Killarney?», sentado cual emperador en la segadora oxidada, asegurándome que en algunas tiendas vendían boñiga seca como tabaco. Me fijé en que la grasa se había solidificado en los platos, pero aun así seguí hablándole a Eugene como nunca antes. Estaba muy atento. No le conté que papá bebía.

Nos acostamos ya pasada la medianoche. Él subió cojeando, y yo fui detrás con la lámpara en la mano, preguntándome, como una idiota, lo que pasaría si la dejaba caer y prendía fuego a la moqueta burdeos.

—O sea, que tanto tú como yo necesitamos un padre —dijo—. Tenemos una cosa en común.

Esa noche no hicimos el amor. Habíamos charlado demasiado, y, por lo demás, seguía dolorido por la paliza.

—No hay prisa —dije yo.

Me acarició la tripa e intercambiamos palabras tiernas y reconfortantes que nos ayudaron a conciliar el sueño.

## 15

El lunes por la tarde vino el abogado de Eugene desde Dublín. En previsión de su visita habíamos encendido la chimenea del salón. Era un hombre sobrio y pelirrojo con las cejas también rojizas y ojos azul claro.

—¿Y afirma usted que esas personas agredieron al señor Gaillard? —me preguntó.

—Sí, así es.

—¿Fue usted testigo de ello?

—No, porque estaba debajo de la cama.

—¿De la cama? —Enarcó las cejas pobladas y me lanzó una fría mirada de reprobación.

—La pobre se está haciendo un lío; se refiere a la cama supletoria que tengo en el estudio —intervino Eugene de inmediato—. Se escondió allí debajo cuando ellos llegaron porque estaba asustada.

—Sí, una cama —repetí, molesta con los dos.

—Entiendo... —dijo en un tono indiferente el abogado al tiempo que anotaba algo—. ¿Está usted casada, señorita...?

—No —contesté, y en ese momento sorprendí a Eugene sonriéndome, como diciendo: «Pronto lo estarás».

A continuación el hombre me interrogó sobre el nombre completo de mi padre y de quienes lo acompañaban, además de sus señas. La idea de ser la causante de aquellas cartas me hacía sentir mal, pero Eugene aseguraba que había que hacerlo.

—Es una mera formalidad —explicó el abogado—. Es nuestro deber advertirles de que no pueden volver a importunar al señor Gaillard en su propia casa. ¿Tiene usted absoluta certeza de ser mayor de veintiún años?

—Tengo absoluta certeza —respondí, adoptando su jerga.

Acto seguido hizo preguntas a Eugene, mientras yo, sin moverme, retorció el pañuelo una y otra vez alrededor de un dedo. Eugene había apuntado todo lo sucedido hasta el momento de la agresión. Así de metódico era.

Les serví té y unos bollitos recién hechos con mermelada de manzana y nata, pero ni siquiera los dulces animaron al abogado. Habían empezado a hablar de árboles.

Se marchó poco después de las cuatro, y yo dije adiós con la mano al coche en retirada, por costumbre. Ya oscurecía, y el aire estaba cargado de los delicados sonidos que surgen a última hora de la tarde: el mugir de las vacas, el crujido de los árboles, el alegre cacareo de las gallinas que deambulan para aprovechar los últimos minutos de libertad antes de que las recluyan.

—Bueno, pues ya está —dijo Eugene tan pronto volvimos al salón, y palpó la tetera para ver si el té se había enfriado—. Ya no nos causarán más problemas —agregó a la vez que se llenaba media taza de té bien fuerte.

—Nunca dejarán de causarnos problemas —repliqué. Me había entristecido al revivir el incidente.

—No les quedará más remedio que aceptarlo —dijo.

Sin embargo, dos días más tarde recibí una carta desgarradora de la tía.

Mi querida Caithleen:

Ni tu padre ni yo hemos pegado ojo, ni probamos bocado. Nos estamos volviendo locos de no saber qué te ocurre. Si aún queda algo de compasión dentro de ti, escíbeme, y dime qué estás haciendo. ¡Rezo por ti día y noche! Sabes que aquí siempre te recibiremos con los brazos abiertos cuando decidas regresar. Responde a esta carta, y que Dios y María Santísima te guarden y te mantengan pura y a salvo de todo peligro. Tu padre no hace más que llorar. Escríbele a él también.

Tu tía Molly

—No les escribas —me ordenó Eugene—. No muevas ni un dedo.

—Pero no puedo dejarlos así de preocupados.

—Escúchame —insistió—, esa actitud sentimentalista no te traerá más que problemas. Una vez tomas una decisión, hay que ser coherente. Tienes que ser dura tanto con los demás como contigo misma.

Acabábamos de levantarnos, y habíamos prometido no pelearnos nunca antes de la hora de la comida. Por las mañanas estaba muy susceptible y le gustaba salir a dar un paseo a solas de una o dos horas antes siquiera de dirigirme la palabra.

—Pero eso es atroz —dije.

—Sí. También es una atrocidad coserme a patadas con unas botas claveteadas. Como les escribas —me advirtió— volverán a venir, y esta vez te las verás tú solita con ellos. —Su boca dibujaba una mueca amarga, pero su actitud no impidió que siguiera amándolo.

—De acuerdo —dije, y me fui para reflexionar sobre ello.

Afuera, en el bosque, todo estaba empapado; los árboles goteaban y parecían cavilar, igual que la casa; la parda montaña se cernía sobre mí, absorta en pensamientos sombríos. Era un rincón solitario.

Al final lo único que hice fue llorar, pero por la tarde Eugene se mostró más afable.

Esa misma noche me anunció que iríamos a la ciudad al día siguiente. Introdujo varios billetes en una cartera que previamente había sacado de un cajón y me la tendió. Sus iniciales estaban marcadas en dorado sobre la piel beis, y me explicó que había sido un regalo de una persona.

—Te compraremos un anillo y un par de cositas más —dijo.

Acto seguido, cuando me había dado la espalda para arrojar un leño grande al fuego, eché un vistazo al interior de la cartera y conté los billetes. En total había veinte.

Al día siguiente, mientras avanzaba por Grafton Street con un viento cortante, me sentí como si la gente fuera a señalarme con el dedo por mi pecado.

—¡Pum, pum! —exclamó él, como disparando a nuestros enemigos imaginarios; pero yo seguía teniendo miedo, y me alegré de que nos refugiáramos en una joyería.

Compramos una vistosa alianza de oro que me puso en la propia tienda:



«Con este costoso anillo, yo te desfloro», dijo, y noté un ligero escalofrío y dejé escapar una risa.

Compramos también algo de comida y vino, dos novelitas de bolsillo y papel de carta. En la papelería le pregunté si era muy rico.

—No mucho —dijo—; casi no me queda dinero, pero ya te sacaré la dote, o volveré a trabajar...

Mencionó un posible viaje a Sudamérica en primavera para rodar un documental sobre irrigación por encargo de una empresa de productos químicos. Y yo me angustié al instante: ¿me propondría que lo acompañase?

Fue a cortarse el pelo a un local anejo a un hotel. Me dejó en el recibidor, tomando un *whisky* con sifón, pero tan pronto hubo desaparecido me acabé de un trago la copa y me precipité al baño, por temor a que alguien me reconociese. Me lavé las manos varias veces y me retoqué el maquillaje; y cada vez que me las lavaba, la empleada acudía solícita a ofrecerme una toalla limpia. Debió de tomarme por una loca, con tanto lavarme las manos, pero así se me hacía más llevadero. El anillo brillaba que daba gusto cada vez que lo pasaba bajo el grifo, y si me acercaba mucho la mano a la cara me veía reflejada en él.

Tengo que dejar de morderme las uñas, pensé al tiempo que empujaba las cutículas hacia atrás, y recordé cuando de niña me mordía las uñas y pensaba que al cumplir los diecisiete me haría adulta de repente, transformándome en toda una señorita de uñas largas y pintadas y sin preocupaciones. Le di a la señora de pelo gris una propina de cinco chelines; ella se puso como un tomate y me preguntó si quería el cambio.

—Déjelo —la tranquilicé—. Es que hoy me he casado.

Tenía que contárselo a alguien. La mujer me estrechó la mano y los ojos bienintencionados se le empañaron al desearme una vida larga y feliz. A mí también se me escaparon dos lágrimas de solidaridad. Se mostraba muy maternal; anhelé poder quedarme con ella y contarle la verdad y que me infundiera ánimos diciendo que había hecho lo correcto, pero habría sido una ridiculez, así que me fui.

Por suerte, cuando regresó yo ya había vuelto al vestíbulo y lo esperaba sentada en una butaca. Por poco tiempo que hubiese durado su ausencia, al verlo pensé: «Qué guapo es, con esa piel aceitunada y esa mandíbula tan

prominente».

—Listo —dijo, agachándose para rozar su mejilla contra la mía. También se había afeitado.

Me confesó que el perfume que me había echado le mareaba. A continuación, atravesamos el vestíbulo y nos dirigimos al comedor aún vacío para celebrarlo. Fuimos los primeros en cenar aquel día. Pidió media botella de champán, pero al ver aparecer al camarero con la botellita en la enfriadera se dio cuenta del aspecto tan lamentable que tenía y ordenó que trajeran una entera. Le pedí que me diera el corcho, que aún conservo hoy en día. Es la única posesión que considero mía, ese corcho con la chapa plateada en la parte superior.

Entrechocamos las copas y brindamos: «¡Por nosotros!», y bebí, con la esperanza de no envejecer jamás.

Fue una velada de lo más agradable. El corte de pelo confería a su rostro un toque juvenil, casi infantil, y yo llevaba un vestido negro nuevo que había comprado con el dinero que me había dado. Bajo cierta luz, en ciertos instantes, casi todas las mujeres están guapas; pues bien, aquella luz y aquel instante eran míos, y en la pared de espejos pude admirar mi efímera belleza.

—Te comería —me dijo—, igual que a un helado.

Después, ya en la cama, lo repitió cuando se aproximó para hacerme el amor. Daba vueltas y más vueltas a la alianza en torno al dedo.

—Te queda un pelín grande, iremos a que te lo ajusten.

—Así está bien —dije, indolente y despreocupada por el champán y por la seguridad que me transmitían las palabras que me decía al oído mientras aspiraba el cálido aroma de mi pelo.

—Este anillo debes conservarlo mucho tiempo.

—¿Cuánto?

—Mientras sigas teniendo esa risa de niña.

Me percaté, con una aflicción pasajera, de que nunca utilizaba expresiones peligrosas como «para siempre jamás».

—Toc, toc. Déjame entrar —dijo, abriéndose camino con delicadeza por mi cuerpo.

—No tengo miedo, no tengo miedo —declaré.

Durante días él me había aconsejado que me lo repitiera para

convencerme de que no estaba asustada. El primer empujón dolió, pero aquel dolor me sirvió de estímulo, y, para mi gran sorpresa, seguí lamiéndole el hombro desnudo.

Dejé escapar un gemido, pero él me besó para ahogarlo y me mantuve tranquila, acariciándole las nalgas con las plantas de los pies. Me resultaba hartamente extraño tomar parte en un acto tan peculiar, tan cómico; al punto me vinieron a la cabeza todas las veces que Baba y yo habíamos fantaseado con esa misma situación, preguntándonos cómo sería, azotadas por la curiosidad. Pensé en Baba, en Martha, en la tía, y en todas las personas que me consideraban una niña, y supe que, irremediablemente, acababa de convertirme en mujer.

No experimentaba placer, sino apenas la extraña satisfacción de estar haciendo lo que estaba predestinada a hacer. Mi mente repasaba bobadas sin importancia. Pensé: «Así que ya está; he aquí el secreto que tanto temía y anhelaba...». El perfume, los suspiros, los sostenes morados, los bigudíes antes de acostarme, las ginebras con tónica, los collares: todo para esto. Se me antojó como algo cómico, y hermoso. La excitación en aumento de su cuerpo me tenía cautivada, era como el vaivén del mar, igual que las palabras de amor que me susurraba. Leves jadeos y besos, besos y cortos gemidos con los que fue cubriendo mi cuerpo hasta que al final alcanzó el clímax dentro de mí y me colmó con su amor.

A continuación todo quedó en calma; y qué calma; calma, suavidad, y aquella cosa flácida como una flor húmeda entre mis piernas. Y ni por un momento dejó la luna de alumbrar la vieja moqueta marrón. No nos habíamos preocupado de echar las cortinas.

Él yacía en silencio, sosteniéndome entre sus brazos; entonces, los ojos se me fueron llenando de lágrimas que rodaron por las mejillas y aparté la cara para que no las malinterpretara. Estaba tan contento...

—Ahora eres una mujer malograda —dijo al cabo de un rato. Me pareció que su voz procedía de algún lugar remoto, pues los susurros de amor me habían hecho olvidar lo tajante que era en realidad.

—¡Malograda! —exclamé, repitiendo sus palabras con una extraña emoción.

De pronto me sentía distinta a Baba y a todas las chicas que conocía.

¿Habría pasado Baba por la misma experiencia? ¿Habría tenido miedo, le habría gustado? Pensé en mamá, en cuando soplabla la sopa antes de pasarme el plato, y en las tiras de goma que me ponía en la costura interior de los calcetines para que no se bajaran.

Eugene me dio la espalda al cambiar de postura y yo me sentí muy sola despojada del peso de su cuerpo. Encendió una vela y con la llama se prendió un cigarrillo.

—Me refiero a nuevos cometidos, otras responsabilidades, otros problemas.

—Lamento haber venido así sin que me lo pidieras —me excusé, creyendo que «cometido» era una palabra negativa; la confundí con «entrometido».

—No pasa nada; sería incapaz de echar de mi cama a una chica tan maja como tú —dijo en broma, y me pregunté qué opinión tendría en realidad de mí.

Yo no era una persona sofisticada, ni me expresaba demasiado bien, ni sabía conducir.

—Intentaré refinarme —dije.

Me cortaría el pelo, me pondría faldas estrechas y un corsé.

—No quiero que te refines —replicó—. Yo solo quiero hacerte un montón de bebés.

—¿Bebés...? —Por poco no me dio un soponcio al oírle decir eso; me incorporé y balbucí, ansiosa—: Pero si me dijiste que no tendríamos hijos.

—Ahora mismo no —contestó, alarmado por el repentino cambio que notó en mi voz.

Los bebés me causaban pavor. Experimenté las mismas náuseas que me dieron el día en que Baba me había hablado por primera vez de la lactancia mientras caminábamos por el campo tomando pica-pica. Aquella vez me puse mala y cubrí el vómito con acedera mientras ella se terminaba los polvos efervescentes.

—No te angusties —me tranquilizó, volviendo a tumbarme en la cama—, no te preocupes por esas cosas. Todo saldrá bien. No pienses en ello: disfruta de tu luna de miel.

—La cama está toda revuelta —observé, en un intento por concentrarme

en algo sencillo.

Pero estábamos muy a gusto para levantarnos a estirar las sábanas. Se inclinó hacia el pie de la cama para agarrar la camiseta interior, que había quedado dentro de la camisa. Le ayudé a ponérsela, y al recordar el color albaricoque de su espalda a plena luz del día le planté un beso en la cavidad que se le formaba entre los omóplatos.

—¿Tienes hambre? —pregunté cuando volvió a recostarse.

Yo estaba completamente espabilada y quería prolongar la felicidad de esa noche.

—No, pero sí mucho sueño. —Bostezó, y se puso de lado, muy cerca de mí.

—Me he portado bien —dije cuando él posó una mano en mi tripa.

—Te has portado de maravilla.

—No ha sido tan horrible como esperaba.

—Venga, se acabó la cháchara —sentenció—. Duérmete.

Notaba el sube y baja de mi barriga bajo el peso de su mano.

—¿Qué es el diafragma? —quise saber.

—Te veo mañana a las nueve en la puerta de Jacobs, señorita Panzota. —  
Hablaban casi en sueños, y la mano resbaló despacio de mi vientre.

Creí que no sería capaz de conciliar el sueño, pero sorprendentemente me quedé dormida.

Cuando desperté era ya de día y vi que me estaba mirando fijamente.

—Hola —dije, parpadeando debido a la potente luz del sol.

—Kate, qué aspecto tan sereno tienes cuando duermes. No he podido dejar de mirarte en la última media hora. Pareces una muñeca.

Apoyé la cabeza en su almohada para que nuestras caras estuvieran más juntas.

—Vaya —exclamé, feliz, y estiré las piernas.

Los dedos de los pies nos asomaron por encima de las sábanas revueltas. Dijo que debíamos disfrutar de otro momento de intimidad antes de levantarnos y asearnos, y me hizo el amor muy deprisa esta vez, aunque ya no me resultó extraño.

Nos lavamos juntos. No pudimos darnos un baño porque el calentador se había apagado y el agua estaba fría, así que nos aseamos con el agua gélida procedente de una cisterna que había en el bosque; se me entrecortó la respiración por el frío y el deleite mientras él me pasaba la esponja por todo el cuerpo.

—¡No, no! —supliqué, pero insistió en que el agua fría era buena para la circulación.

Se lavó sus partes sin desnudarse; se limitó a pasarse por la zona el tubo de goma que salía de la llave del agua fría, diciendo que había llevado una vida monacal.

—Hay que recuperar el tiempo perdido —comentó a la vez que yo lo secaba con una toalla limpia; cometí la torpeza de preguntarle si me quería.

—Suerte que no roncas —contestó—. Si no, te habría echado ya.

—¿Me quieres? —insistí.

—Eso pregúntamelo dentro de diez años, cuando te conozca mejor —dijo, y acto seguido me enganchó del brazo y me condujo abajo para desayunar. Le contó a Anna que nos habíamos casado.

—Qué buena noticia —contestó, aunque ella sabía perfectamente que era un embuste, no me cabía duda.

## 16

Nos instalamos en una cierta rutina esos días. Dormíamos hasta las diez o las once, nos levantábamos y hacíamos un desayuno frugal. Mientras desayunábamos, Eugene repasaba la correspondencia, que a veces me leía en voz alta. Se trataba casi siempre de cartas de trabajo, y ya era prácticamente seguro que tendría que pasar unas semanas en Sudamérica para la película sobre irrigación. Parecía bastante improbable que me pudiera llevar con él.

—De todos modos eso no será hasta abril o mayo —dijo—, así que vamos a disfrutar de este día tan precioso y dejemos de preocuparnos por lo que pasará después. La vida es esto, es ahora, este momento que compartimos tú y yo mientras comemos huevos pasados por agua.

Después del desayuno solíamos ir a dar un paseo. Llovía mucho en aquella zona, pero nos daba igual el agua. Me mostró bugallas y madrigueras de tejón, y muchas cosas en las que nunca antes había reparado. Le encantaba estar al aire libre, moverse entre los arbustos y los árboles y observar el río.

De tanto en tanto exclamaba: «¡Mira!», y yo me volvía, esperando ver a una persona, pero siempre se trataba de un animal, a menudo algún ciervo, o bien un rayo de intensa luz verde entre el follaje. El cielo cambiaba constantemente de color: pizarra, azulón, azul, verdiblanco. Hacía payasadas para divertirme: se transformaba en un anciano encorvando los hombros y dejando que le colgaran los guantes, de tal modo que cuando meneaba las manos los dedos parecían los de una persona debilitada.

En la granja hicimos algunos apaños: colocamos las piedras caídas de un muro, arreglamos una cerca, conducíamos al ganado de un prado a otro.

—Bueno, parece que te quedas aquí, Kate —me dijo un día en la colina.

—Me quedaré unas cuantas semanas más —convine. Adoraba estar con

él, meterme en su cama, aunque echaba de menos ir al cine con Baba.

Por las tardes él trabajaba un rato mientras yo ayudaba a Anna con la cena. Comíamos estofados y patatas asadas en las brasas, y a veces sopa de berros. Los domingos acompañábamos la cena con vino, y los jueves, que era cuando nos traían la compra, tomábamos anacardos y fruta. Le agradaba la frugalidad, y no comía en cantidad.

Tras la cena, si aún debía trabajar un poco más (estaba preparando un cortometraje para la BBC sobre la primavera en Irlanda), Anna y yo salíamos a pasear una vez que el bebé se quedaba dormido. Ella llegó a apreciar las caminatas por el carril que daba a la carretera, y compartía conmigo confidencias de su vida personal. Su más alta aspiración había sido la de ser cocinera en una casa importante, pero había conocido a Denis en un baile y su primera noche juntos la pasaron retozando entre unos arbustos. Mucho, mucho después de conocerse, claro está.

—Tú tienes suerte, contigo el señor Gaillard al menos habla —me decía Anna.

Las únicas palabras amables de Denis eran para el bebé y el perro; yo ya me había dado cuenta de que pasaba días sin dirigirle la palabra, como si pretendiera castigarla. Anna me caía mejor que al principio. Ya no hablaba de Laura. La había sobornado a base de billetes de diez chelines y medias desaparejadas. Por su parte, ella había empezado a hacerme un vestido con la máquina de coser nueva, y estaba guardando los puntos de los paquetes de gachas para conseguirme un collar. Comíamos gachas todas las mañanas.

Pero las noches en las que Eugene no tenía trabajo me instalaba en el estudio con él y le acariciaba la cabeza mientras escuchábamos música en el transistor. Al mismo tiempo que le pasaba la mano por el fino cabello le besaba el cuello para olerlo, y solíamos abrazarnos hasta que acabábamos por subir a la cama. Nos desvestíamos rápidamente y hacíamos el amor a oscuras, entre sábanas frías y con el ulular del búho posado en la rama de siempre. Al cabo, nos volvíamos a levantar, nos aseábamos y comíamos algo antes de salir a dar otro paseo.

No alcanzo a describir la dulzura de aquellas veladas, pues era tan feliz que pasaba por alto muchos detalles. Siempre parecía haber luna, y ese aroma fresco que reina después de la lluvia. Ahora me dicen que algunos hombres



se comportan como extraños después de haberse acostado con una mujer, pero Eugene no era en absoluto así.

—El amor te sienta fenomenal —solía decirme—, te hace más guapa.

Me sentía guapa, plena. Caminábamos al abrigo de los árboles hasta la linde del bosque para admirar la luna reflejada en el lago y en el tramo de río que manaba del lago y emprendía su camino al remoto mar. Una vez vimos un grupo de venados, pero fue justo un instante después de que ellos nos hubieran visto a nosotros, de modo que los pillamos en retirada. Un ciervo al que habían disparado fue arrastrado por la corriente desde un tramo más alto del lago, y Denis ayudó a Eugene a llevarlo a casa. Regalamos mucha de la carne. Me hizo recordar cuando, tiempo atrás, matábamos un cerdo en casa y yo me encargaba de llevar bandejas con carne recién cortada a los vecinos, que me daban algunos peniques o un chelín; en cualquier caso, siempre quedaba mucha cantidad para nosotros y, aun cuando se nos terminaba, el olor permanecía en mi memoria y me acompañaba a todas partes.

Por las noches, el pantano —como él lo llamaba— transmitía una extraña sensación de intemporalidad, como si nadie hubiera transitado nunca entre aquellas carrascas, juncos y abedules a medio crecer. No extraía turba de la ciénaga; el lugar era, simplemente, un santuario para los faisanes y los gamos. Una noche nos topamos con la placenta de un ciervo y nos detuvimos a mirarla largo rato bajo la luna, como si de algo de gran trascendencia se tratase. Tal vez para él la tuviera.

Al cabo de aproximadamente un mes apareció Baba por sorpresa, acompañada de Body. Hicieron sonar tanto la bocina cuando enfilaron el carril de acceso que pensamos que se trataba de la policía que venía a buscarme. Pero era Baba, montada en la maltrecha furgoneta azul de Body que apestaba a perro. Body abrió la portezuela trasera del vehículo para que ella pudiera apearse (ya que la puerta lateral estaba siempre rota), y una jauría de galgos salió en estampida y se dirigió directa al prado, a perseguir al ganado.

—¿Quiénes son? —me preguntó Eugene.

Estábamos en el salón, tomando té.

—Es Body —expliqué, y me sentí apenada al darme cuenta de que el encuentro entre ambos sería desastroso.

Baba subió los peldaños de la entrada, ataviada con un abrigo verde que yo había dejado en casa de Joanna, y Body irrumpió como Pedro por su casa. Sacó una botella de *whisky* de la vitrina y empezó a beber a morro. En realidad era orina de vaca que Eugene debía llevarle al veterinario ese mismo día. Tras el primer sorbo, arrojó la botella al suelo y fue a la chimenea a escupir lo que tenía en la boca.

—¡Eugene! —exclamó Baba, dándole un abrazo. Aquello alivió un poco la tensión, pues Baba le caía bien.

Body se me quedó mirando intrigado y preguntó:

—¿Qué te has hecho? No pareces la misma.

Frunció el ceño en su intento por descifrar qué era lo que había cambiado en mí, y con malicia pensé: «Lo que me ha mudado el rostro es estar en la cama y hacer el amor»; aunque, a decir verdad, lo que pasaba era que iba casi con la cara lavada porque Eugene me había pedido que fuera más discreta al maquillarme. Me había comprado polvos más claros, unos lazos estrechos de terciopelo negro para el pelo y un par de zapatos planos y con cordones a los que Baba, me había dado cuenta, no quitaba ojo. Me había mostrado unas diapositivas de pies destrozados, pero así y todo yo seguía poniéndome tacones cada vez que íbamos a la ciudad.

—Yo a ti te conozco —dijo Body, refiriéndose a Eugene—. Te veía mucho por ahí, creía que eras yanqui.

Temía que Eugene le soltara algún comentario cortante, del tipo: «No sé a qué te refieres con yanqui»; en lugar de eso, lo invitó a tomar asiento, pero no en una butaca mullida, sino en una silla de respaldo recto. Anteriormente ya me había advertido que algunas poltronas estaban a punto de hacerse pedazos y que por ello debía evitar que las personas corpulentas se sentaran en ellas. La vida con él acarreaba toda una serie de reglas con las que yo no estaba del todo de acuerdo.

Saqué tazas del aparador y les serví té aún caliente.

—¿Y bien? —comenzó Baba, buscándome con la mirada para que le explicara todo lo ocurrido—. ¿Qué ha pasado?

—Que una caterva de labriegos irlandeses borrachos casi me mata a puntapiés —respondió Eugene.

Body hizo un mohín y supe al punto que se estaba preguntando: ¿qué

hace Caithleen con este cretino tan cínico? Sin embargo, me era imposible explicarle que Eugene cuidaba de mí como si fuese una niña, que me instruía, me daba libros y por la noche procuraba placer a mi cuerpo.

—¿A ver? —dijo Baba, y Eugene se bajó el calcetín para enseñarle las costras—. Una postilla preciosa, se llevaría el primer premio en cualquier concurso —observó, impostando el acento dublinés.

Body empezó a hurgarse los dientes con una cerilla, y me miró con una sonrisa que parecía inquirir: ¿eres feliz?

Los cuatro galgos se habían acercado a la ventana y golpeaban el cristal con los hocicos negros y húmedos, gimiendo para que los dejásemos entrar.

—¿Son tuyos? —preguntó Eugene a Body.

—Míos son —replicó el otro con orgullo. Y, señalando a uno de ellos, agregó—: Aquella de allí valdrá una fortuna algún día. Mick the Miller solo la verá por detrás.

Pero Eugene jamás había oído hablar de Mick the Miller. Yo, en cambio, había crecido con una foto del famoso galgo de carreras impresa en el calendario de la cocina. Su infancia no había sido así; la suya había estado llena de riñas, de partituras, de callos o mollejas para cenar, y de las naranjas que traía el padre a casa hasta que decidió abandonarlos a su madre y a él.

Body dio cuenta del té de un solo trago y le dijo a Eugene que le gustaría ver las caballerizas y tomar un poco el fresco. Los vi salir con gran alivio, y oí que Body decía:

—¿Te sabes el de la señora que se hospedó con su hijo en un buen hotel en Killarney? «¡Monty, Monty! ¡Abre bien la boca, que aquí pagamos hasta por el aire que respiramos!».

Se rio de su propio chiste. Yo sabía que el siguiente sería el del vicepresidente y que luego vendría la anécdota de cuando se le cayó encima un reloj de péndulo en Limerick.

—En buen lío te has metido, bonita —me dijo Baba.

—Yo no me he metido en ningún lío —repliqué—. Soy muy feliz así.

—¿Tenéis ya fecha?

—¿Fecha para qué?

—Pues para la boda, imbécil.

—Esa chaqueta que llevas es mía —observé, por cambiar de tema.

—¿Este trapillo? —dijo, levantando una esquina hacia la luz—. Pero si con esto podría colar la leche.

—¿Me has traído la ropa? —Le había pedido que mandara un paquete con mi ropa.

—No tengo ni repajolera idea de a qué ropa te refieres. No hay ropa tuya, salvo un par de harapos que Joanna le dio al traperero a cambio de un sillín de bicicleta. Según ella, le dejaste a deber una semana de alquiler.

—¿Y mi bici? —quise saber. La había dejado en un cobertizo, protegida por un impermeable roto para que los guardabarros no se oxidaran.

—El viejo Gustav la usa para ir a trabajar. ¡Tendrías que verlo! Un día de estos se nos desnucan. Se ve a la legua que es extranjero solo por la forma que tiene de montar; salta a la vista que no habla ni papa de inglés.

—La bici es mía —protesté.

—¿Estás preñada? —preguntó—. Porque, si lo estás, olvídate de montar en bicicleta. El pelma de tu padre me escribe todos los días para que te convenza de que vuelvas.

—¿Va a venir? —El corazón volvió a darme un vuelco. Llevaba más de dos semanas sin saber nada de él.

—Si estás preñada, tendrás que preparar la canastilla... Y la cunilla, ja, ja —bromeó.

—¿Va a venir mi padre? —insistí.

—¿Y yo qué voy a saber? Cualquiera día se presenta aquí borracho como una cuba y os liquida a escopetazos, seguro. —Hizo ademán de disparar al retrato de Eugene sobre la chimenea—. ¡Sangre, carnicería...! Y entonces se pondrá a cantar: «No sabía que estaba cargada, lo siento mucho, amigos míos; no sabía que estaba cargada, nunca más volveré a hacerlo...».

Baba no había cambiado lo más mínimo.

—Y a ti ¿qué tal te va? —pregunté en tono picajoso.

—Ay, lo estoy pasando en grande —se apresuró a decir—. Salgo todas las noches. Anoche estuve en un espectáculo sobre hielo brutal. Y esta noche voy con Body a cenar y a bailar. ¿Sabes que un fulano quiso hacerme un retrato la semana pasada? Lo conocí en una fiesta y me dijo que tenía el perfil más bonito que había visto en su vida, conque al día siguiente, tal y como acordamos, me acerqué al cuchitril en el que malvivía, pero resultó que

quería que posara desnuda. «¡Por los clavos de Cristo! —salté yo—. ¿Para qué cuernos necesitas que me quede en cueros para hacerme un retrato de perfil?». El tipo iba en bermudas y se puso a golpearse una mano con una fusta. ¡Salí de allí por patas, tenías que haberme visto! —Eché un vistazo en derredor, a los muebles castaños y a los libros de las estanterías—. ¿Cuánto tiempo tienes pensado quedarte en esta ciénaga? —preguntó, y acto seguido se respondió solita—: Hasta que se canse de ti, me imagino. Valiente pinta de cretina tienes con esos zapatos planos. —Ella llevaba sus tacones negros.

—¿Estás con algún chico? —quise saber. Me hacía sentir incómoda.

—¡Y tanto que sí! Pregúntale a Joanna la de coches que se presentan en la puerta de casa. Tengo hombres a patadas, y John Ford va a hacerme una prueba esta semana.

—Eso es mentira —repliqué.

—¡Pues claro que es mentira! Anda, echa otro té; ¿en esta casa no hay nada más fuerte?

Había una botella de *whisky* escondida en el mueble de las escopetas, pero no me parecía correcto abrirla, visto que aquella no era mi casa. Cuando regresaron, Eugene tampoco la abrió, y poco después se marcharon, supongo que algo molestos por que no les hubiéramos ofrecido una copa. Antes de irse, Baba me dijo que su madre le había contado que mi padre iba a venir a verme acompañado del obispo de la diócesis. No creí que hablara en serio, pero lo cierto es que así fue.

Al día siguiente apareció mi padre. Estábamos en el estudio, dando instrucciones al escayolista del pueblo para que arreglara la tronera del techo.

—¡Mi padre, mi padre! —exclamé nada más ver el coche del Hurón acercándose a la puerta principal.

—Apártate de la ventana —me ordenó Eugene.

—¿Qué ocurre? —se interesó el escayolista.

En ese momento sonó la aldaba.

Fui corriendo a pedirle a Anna que no abriese y atrancamos la puerta trasera.

Los golpes resonaron en toda la casa, inmersa en la espera; el perro empezó a ladrar y se me aceleró el corazón, igual que la primera noche que vinieron.

—¡Caithleen! ¡Caithleen! —llamó quejumbrosa la voz de mi padre a través de la ranura del buzón. Corrí al estudio y le susurré a Eugene:

—Si viene solo, quizá deberíamos dejarlo pasar —oírle pronunciar mi nombre me había inspirado lástima.

Eugene había estado mirando por los prismáticos para comprobar quién más había en el vehículo, y murmuró:

—Viene con tres más. Uno de ellos parece obispo o algo por el estilo, le veo la pechera morada.

—¿Caithleen? —repitió mi padre, y al cabo golpeó la puerta durante dos minutos seguidos. Menos mal que no teníamos timbre, porque nos habría dejado sordos.

—Yo me encargo de esto —masculló Eugene, y, tras correr la cadenita de la puerta, la abrió bruscamente. Debido a la cadena solo se abrió unas pocas pulgadas.

—Lo que le quiera decir a su hija tendrá que hacerlo por escrito.

—Quiero verla —replicó mi padre.

Yo estaba detrás de la puerta del estudio, rezando con la respiración entrecortada. El albañil debió de pensar que estaba a las puertas de la muerte. El cemento se estaba endureciendo, pero no podía emprender la faena porque Eugene le había pedido que no hiciese ruido.

—Su hija no desea verlo —declaró Eugene.

Aquellas palabras sonaron especialmente crueles dichas así, sin rodeos.

—Solo quiero charlar un rato con ella. Vengo con un amigo de ella, el obispo Jordon, que la conoce desde que era chica y la confirmó. No le pondremos la mano encima. —Por su tono de voz, supe que estaba abochornado y muerto de miedo.

—Mire, señor Brady —repuso Eugene—, ya le he dejado bien claro a través de mis abogados que no quiero verlo por aquí, y mucho menos que se meta en mi vida ningún monseñor. Pensé que me había expresado con claridad.

—No hacemos nada malo —dijo mi padre, con voz desesperada.

—Está usted invadiendo mi propiedad —explicó Eugene, y yo me retorcí las manos, avergonzada—. Su hija tiene veintiún años y está aquí por voluntad propia.

—Te crees muy listo, tú —dijo entonces mi padre—, pero este país es nuestro y no tienes ningún derecho a llegar y destruir a una gente que lleva generaciones y generaciones en este lugar, no creas que... —Pero su voz se apagó, porque de repente Eugene le cerró la puerta en las narices.

Afuera, mi padre empezó a dar puñetazos contra la madera, aunque al cabo de pocos minutos descendió los peldaños y a continuación vi que el coche se ponía en marcha. Mi padre iba en el asiento de atrás y se volvió para mirar por la luna trasera mientras se alejaban.

Era sábado por la tarde, y el resto del día lo pasé llorando, disgustada conmigo misma por haberme comportado de forma tan cruel con mi padre. Poco me importaba mi aspecto o cómo tuviera el pelo, pues mi intención era que Eugene se diera cuenta de lo desdichada que me sentía.

—Estoy enamorada y soy muy infeliz —me dije en voz alta. Él me oyó y sugirió:

—Tómame un par de aspirinas.

No podía llorar ni lavarme el pelo ni hablar conmigo misma sin que él se enterase de todo.

—¿Puedes llevarme a misa mañana? —pedí.

Sentía que me estaba abandonando la bondad como consecuencia de las cinco semanas que llevaba sin aparecer por la iglesia.

—Claro que sí —accedió. Él era así de imprevisible: a veces te decía que sí cuando esperabas que se negase—. Claro que te llevaré a misa, palomita —me dijo, rodeándome con un brazo y acariciándome el hombro—. No tienes hombros —observó. Los tenía caídos, igual que mamá, muy pálidos y frágiles en apariencia.

No fuimos a la capilla del pueblo porque sabía que el cura me abordaría a la salida, habida cuenta de que ya me había escrito tres cartas. Hicimos, por el contrario, ocho o nueve millas hasta otra localidad, cuya capilla moderna de cemento estaba ubicada en una loma desprovista de árboles; en un tablón blanco que había a la entrada especificaban el importe de la deuda que había asumido la nueva parroquia. A pesar de que se trataba de una mañana de febrero, el sol lucía como sucede a veces en Irlanda, como para compensar

una semana de lluvias ininterrumpidas. Lo dejé leyendo la *New Statesman* al sol, sentado en el murete cubierto de musgo que se alzaba frente al portón de la capilla. El interior era lóbrego, las paredes marrones enlucidas estaban sin pintar y en una de las naves laterales había un andamio.

No llevaba misal, solo el rosario de cuentas blancas que me había regalado una monja del internado, así que me concentré en rezar un rosario. Los feligreses me distraían con sus toses, su ropa demasiado holgada y aquel olor acre de haberse secado la cara con toallas sucias. Vi claramente los ojos burlones de Eugene: «Solo un ególatra podría pensar que Cristo es Dios venido para salvarlo a él. Cristo es la encarnación de la bondad de todos los hombres». Apoyé la frente en el respaldo del banco nuevo de madera de roble y recordé la época en que estuve prendada de una monja y tomé la determinación de hacerme religiosa yo también; en otra ocasión, pasé una semana convencida de que quería ser santa, y me metía chinas en los zapatos para mortificarme, que es lo que llamábamos «hacer acto».

La prédica versó sobre la Gracia, y salí de la misa preguntándome si no habría desdeñado la Gracia de Dios con demasiada frecuencia. Por espacio de un minuto olvidé que Eugene me estaba esperando, y cuando levantó la vista de su revista política y me preguntó si lo había pasado bien en misa, me percaté no sin cierto asombro de que me estaba esperando *a mí*.

Con el sol de cara, le expliqué:

—Hace un momento, cuando he salido y te he visto aquí, se me ha olvidado que me estabas esperando. ¿A que tiene gracia?

—No, no la tiene —replicó, y pensé entonces, presa del pánico, que lo había insultado sin darme cuenta y que se comportaría con frialdad durante días—. De modo que cuando te metes ahí dentro, vuelves a ser una chica de convento —señaló.

Me recordé a mí misma vestida como un cuervo, con zapatos y medias negras y un pichi de sarga que nunca llevaba bien planchado, porque mamá había muerto antes de que entrase en el internado y yo debía hacerme cargo del uniforme.

—Nunca he sido una chica de convento —rebatí, recordando la estampita de color celeste en la que Baba había escrito la guarrada por la que nos expulsaron.



—No sé cómo eres capaz de hacer esto —dijo, refiriéndose a mi hipocresía—. ¿Cómo puedes vivir dos vidas? Aquí —e indicó con la cabeza la iglesia de cemento— todo son crucifixiones, infierno y puñeteras coronas de espinas. Y yo, mientras, leyendo sobre bombas atómicas, y llegas y me dices: «¿Quién soy?». Es más —me tocó la barbilla con el dedo índice—, ¿quién eres y qué haces en mi vida?

Pese a que no se le borró la sonrisa, no me sentaron bien sus palabras. Agaché la cabeza, pero él reconoció el chispazo de la infelicidad en mi rostro: las comisuras hacia abajo, un leve puchero. Saltó el murete, arrancó la rama de un castaño joven y me la ofreció con una reverencia teatral.

—Lo que une a hombres y mujeres no es ni Dios ni la *New Statesman* —agregó, poniéndome el brote pegajoso debajo de la nariz. A continuación me dio un beso en la mejilla, nos metimos en el coche y volvimos a casa.

—Y ahora no te pases el día dándole vueltas a esa cabecita, ¿eh, tesoro? —dijo mientras avanzábamos entre los setos pelados.

El sol brillaba aún, y niños y ancianas —muy viejas o demasiado jóvenes para asistir a misa— nos saludaban desde el exterior de las casitas; los niños se habían puesto la ropa de los domingos, y todavía recuerdo la cara rosácea y el pelo blanco de una chiquilla albina que, sentada en un embarcadero, balanceaba las piernas con unas merceditas de charol y hebillas plateadas. Al verla pensé: «Nunca olvidaré este momento, porque, por algún motivo que desconozco, es de vital importancia para mí»; y dije adiós con la mano a la niña rosa, y a Eugene:

—No, tranquilo. —Aunque ya había empezado a rumiar y a revivir mentalmente la escena en la puerta de la capilla; presentí que se avecinaban problemas y dificultades; sin embargo, era incapaz de armarme contra él: lo amaba demasiado—. Para ti es fácil —añadí, abatida—, se te da bien razonar, pero yo no soy así.

—Somos muy distintos —convino, y al punto empezó a cantar «¿Quién la odiará ahora?». Entonaba esa canción a menudo, y yo me imaginaba que iba dirigida a Laura. Según él, cantaba para quitar hierro a las cosas.

—Yo no me casaría jamás —dije, sin que viniera al caso— si no es en una iglesia católica.

—Me alegra saberlo, tomaré buena nota —contestó, con apenas un atisbo

de sarcasmo en su suntuosa voz.

Un arcoíris se combaba en el horizonte y enmarcaba las colinas bañadas por el sol. Conté los siete colores; tras él, la bóveda celeste evolucionaba de un tono azulenco al aguamarina, y sentí cómo mi actitud hacia él cambiaba igual que los colores del cielo.

Durante un tramo llevamos a dos muchachos que se dirigían a un albergue juvenil a diecisiete millas de distancia. Se acomodaron en el asiento trasero y no pararon de cuchichear, y cuando me volví para hablar con ellos sus rodillas captaron toda mi atención. Llevaban bermudas, y las recias articulaciones quedaban casi al mismo nivel que mi cara, pues la parte de atrás era muy reducida. Eran más o menos de mi edad, y por espacio de un instante pensé que yo debía estar con ellos, trotar de un pueblo a otro y que mi máxima preocupación fuese el precio de una taza de té. Pero enseguida me sosegué convenciéndome de que los chicos, con sus rodillas enormes y sus voces torpes, me aburrían.

## 17

Cuando llegamos a casa, la madre de Eugene ya estaba allí. Comía con nosotros casi todos los domingos.

Me había traído un regalo, un tapete bordado a mano, con motivo de nuestra boda. Fingíamos que nos habíamos casado y, por lo demás, yo lucía una alianza. Bebimos jerez y ella se sentó al sol hasta la hora de comer.

A la mesa tuvimos un altercado porque yo había puesto cebolla en una salsa. La mujer me pidió que le devolviese el tapete y me acusó de haberlo hecho aposta, a sabiendas de que las cebollas la destemplaban.

—Ya sabía yo que de una pelirroja no se puede una fiar —rezongó mientras nosotros comíamos en silencio. Había apartado su plato y ahora llamaba al perro—: ¡Shep, Shep!

Eugene me hizo un guiño y siguió dando cuenta del almuerzo.

—Vaya, vaya, pues sí que ha decaído el ambiente en esta casa. Laura era una fresca, pero al menos tenía mano para entretener a las visitas.

—Prueba la *mousse* de naranja —la animó Eugene, pero ella replicó que de eso tampoco se fiaba un pelo.

—Tomaré una rebanada de pan con mantequilla, si no es mucha molestia —pidió; y Eugene, haciendo caso omiso del tono sarcástico, fue a prepararle el pan y luego desapareció. Siempre huía de las peleas. Acabé de comer y me levanté tan pronto como me fue posible.

Él me ayudó a fregar los platos. Echó una mirada al comedor y descubrió que su madre se lo estaba comiendo todo, también la *mousse* que tan apasionadamente había rechazado poco antes. Ahora ya no temía ser envenenada.

—Ven a ver esto —susurró, y a través de la cerradura la vi rebañando el

cuenco de la *mousse*—. Te revelaré un secreto —dijo cuando estuvimos de nuevo junto a la alacena—: esa mujer nos enterrará a todos. —Entonces me besó, y entre sus brazos renació el cálido zumbido del amor dentro de mí.

Mientras nos besábamos llegó un coche y él fue a recibir a los dos invitados que venían de Dublín.

—Voy a peinarme —anuncié, y subí y me puse mucho maquillaje para compensar mis carencias sociales, porque sus amigos me provocaban un miedo cerval.

El hombre era profesor universitario de Historia y poeta en su tiempo libre, y su mujer era una desaborida sabelotodo. Por pura casualidad apareció un tercer invitado, otro poeta, Simon, que era estadounidense y había venido en bici desde el vecino valle de Glencree. La madre de Eugene se había echado una *pashmina* sobre los hombros y, toda regia en la butaca de terciopelo junto a la chimenea, contaba lo mal que le sentaba la cebolla.

Simon el poeta dijo: «Vaya, vaya» cuando me fue presentado, mesándose la barba rubicunda. Por Eugene sabía que había sido muy amigo de Laura, y me inspiraba terror. Calificaba a todas las mujeres de «arpías»: «una arpía gorda», «una arpía encanijada», «una arpía frígida», «una arpía muy maja».

—Hoy hemos tenido jarana con la comida —explicó la madre de Eugene a la desaborida, que se había sentado frente a ella y llevaba unos pantalones verdes de *tweed*.

Fui a la cocina a preparar té, y Simon vino a echarme una mano. Plantado en medio del solado de piedra, me escrutó con sus ojos, verdes y muy juntos, y dijo:

—Ah, aquí estás, brillando tranquilamente detrás de un celemín de salvado de Wicklow.

—Esa frase no es tuya —protesté, pues nunca olvidaba las cosas que leía —, es de James Joyce.

—¿Quién demonios es James Joyce? —replicó, y acto seguido quiso saber qué tal me llevaba con el viejo Eugene, de qué hablábamos, y si era bueno en la cama.

Qué impertinente, pensé, y recordé un refrán de mamá: «Dime con quién andas y te diré quién eres». Me sentó mal que Eugene conociera a un tipo como él.

—¿Se la has medido? —preguntó el poeta. Me guiñó un ojo y me miró de tal modo que sentí náuseas.

—¿El qué?

—¿«El qué»? ¿Y tú me lo preguntas? Vaya por Dios, te hace falta algo de práctica. Pues la ya-sabes-qué. A mí todas las mujeres me la miden, es divertidísimo; tendrías que probarlo algún día.

Miré al suelo para que no viera lo mucho que me había ruborizado, y lo odié, de la misma manera que odio a la gente que me cuenta chistes obscenos que no tienen ninguna gracia. Tenía la barba de un rojo terroso, y tras el acento americano se adivinaba un deje irlandés, por mucho que él insistiera en que procedía de una familia inglesa de sangre azul.

—¿Le unto mantequilla a estos, Caithleen? —preguntó, señalando las rebanadas de bizcocho con pasas.

—Sí.

Pronunciaba mi nombre con demasiada frecuencia, y se mostraba a ratos cordial y a ratos desagradable, como suele pasarle a la gente más retorcida.

—¿Cómo le va la faena al viejo Eugene? ¿Algún proyecto épico a la vista? El pobre, cuánto le gustaría hacer un *Moby Dick* o algo igual de glorioso.

—No estoy de acuerdo —diseñé.

Una vez pregunté a Eugene si tenía la secreta ambición de hacer una película famosa y él negó con la cabeza muy serio y dijo: «No, famosa no; sí me gustaría rodar una larga crónica sobre la injusticia y las atrocidades que los hombres se han infligido mutuamente a lo largo de la historia, y sobre nuestra arriesgada lucha por la supervivencia y la eterna búsqueda de la perfección. Pero ¿quién querría ver algo así?».

—¿Acaso no sabes cuál es su gran sueño? —se mofó Simon el poeta—. Irse de copas con algún pez gordo de la Metro-Goldwyn-Mayer.

—Estás mal informado —repliqué, temblando por la emoción, como me pasa siempre que quiero decir algo importante—. Él defiende que lo más importante es creer en lo que uno hace, cumplir con el deber según tus ideales.

—El deber, ja, ja —exclamó Simon riendo, como si se hubiese activado una máquina de risas dentro de él—. A Laura le encantaría oír eso. Por favor,

¡qué maravilla! Qué bien se le da la propaganda. ¡El deber!... Dios, Laura se va a divertir como una enana cuando llegue.

—¿Cuándo llegue?

—Claro. ¿No te lo ha dicho? Ah, se lo estará callando para que sea una sorpresa, porque la semana que viene embarca rumbo a Cobh. Oye, ¿me das un poco de limón para el té, señorita Caithleen Brady?

—Allí hay. —Y señalé el frutero que había en lo alto de la encimera. El limón estaba oscurecido y arrugado, pero me dio igual; me temblaban las piernas a causa de lo que acababa de decirme.

—Apuesto a que armarán una buena en la cama cuando llegue. ¿No la conoces? ¡Buf! —Y entonces empezó a cantar: «No me abandones, amada mía, en nuestra noche de bodas...».

Había visto una foto suya. Llevaba el pelo corto y era de rasgos duros. Había estado cotilleando las fotos de Eugene un día mientras él paseaba. Las guardaba en un cofrecito cerrado, pero había encontrado la llave debajo de la moqueta, en una esquina que estaba desclavada. Había muchas fotos de su hija, y en el reverso de cada una tenía anotado el lugar donde se había tomado la foto y lo que había estado haciendo la niña: «Elaine comiendo pan con mermelada en su trona», «Perro marrón dormido en el cochecito de Elaine». Aquellas instantáneas me habían provocado una profunda angustia, y mientras las colocaba en su sitio me pregunté, no sin sentirme culpable, cuándo sería el cumpleaños de su hija y si le mandaría regalos.

—Nuestro viejo Heathcliff todavía anda algo colado por ella, ya se sabe, los viejos odios cuesta superarlos —añadió Simon el poeta, irrumpiendo en mis atribulados pensamientos.

—El té ya está —anuncié, desesperada por librarme de él. Poco antes me había confiado que tomaba huevos de pájaro porque aumentaban su virilidad. «Le sienta bien al otro pajarito que me dio la madre naturaleza», había dicho en tono jocosos—. El té ya está —insistí, colocando las últimas cosas en la bandeja.

—Esto es lo que yo llamo una chica eficiente, me gusta, sí; una chica eficiente y serena. ¡Y tan serena! Tienes una lágrima muy lista en un ojo, Caithleen; y digo lista porque es de cocodrilo. Soy poeta, y de estas cosas entiendo. Las damas primero...

Y cargó con la bandeja siguiendo mis pasos por el oscuro y angosto pasillo en dirección al comedor.

—Tienes un culito bien rico —observó, y, como de costumbre, se me atascó el tacón en el agujero que había hecho la rata en la madera del suelo. (Una vez, durante una ventisca, una rata había roído hasta entrar en la casa, y Anna me contó que Laura se había encaramado a una silla dando gritos, como habría hecho cualquier mujer).

—Esas tazas no —dijo Eugene al verme descargar la bandeja. Eran tazas de desayuno.

—Están bien —dije, poniéndome colorada.

—No, no, no. Es domingo por la tarde, tenemos derecho a usar las tazas buenas —replicó, afable, al tiempo que volvía a apilar las tazas desparejadas en la bandeja y se las llevaba.

—¿Qué otra cosa se podía esperar? —intervino la madre, mirando al tronco grande que ardía en la chimenea—. Estas chicas de campo... Recién salidas de la ciénaga.

Simon se mesó la barba y nos examinó uno por uno. La pareja daba sorbitos a sus copas de oporto, y la mujer sonreía, bien lamentando lo que acababa de suceder, o bien para hacer patente su complacencia al respecto.

—Siéntate, querida —propuso. Odio que me llamen «querida».

—Discúlpenme —me excusé, saliendo de la estancia. Agarré el abrigo y salí a refugiarme al jardín.

En aquel momento aborrecía a Eugene. Me repugnaban su entereza, su orgullo, su seguridad en sí mismo. Deseé que tuviera algún punto flaco que lo debilitara a mis ojos; pero no tenía defecto alguno (salvo el orgullo); era sólido como una roca. Entonces me vino a la mente —como siempre pasa cuando uno pierde los estribos— el lado oscuro de su personalidad: sus monumentales enfados, el día que me gritó: «¡Eres una imbécil de remate, no sabes ni cerrar un grifo!». Estaba trasteando con la cisterna de agua del tejado y me había explicado que debía abrir o cerrar el grifo cada vez que él ordenase «abre» o «cierra». Para abrirlo no tuve problema, pero, cuando llegó el momento de cerrarlo, me hice un lío y lo abrí aún más, y fue entonces cuando me gritó que se estaba inundando; yo me había sentido una inútil incapaz de hacer nada. Me fueron viniendo a la mente sus pullas y

comentarios burlones: «Baba, cuando monte mi harén, tú formarás parte de él», «Estoy enseñando a Kate a hablar antes de presentarla en sociedad» o «Anda, mueve tus piernas de aldeana». En aquel momento, lo aborrecía.

—Lo odio —dije a los pajarillos que habían empezado a anidar. Más que cantar, gorjeaban y emitían trinos para aclararse la garganta con vistas a las largas y preciosas melodías de cortejo—. Cortejo... —repetí en voz alta, con amargura, y me pregunté con quién estaría Baba en ese momento, y si aún saldría con Tod Mead.

Pensé, o traté de pensar, en todos los hombres que conocía, todos ellos simples chavales comparados con Eugene. Rememoré entonces una anécdota que me había contado: en cierta ocasión había compartido habitación con otro hombre en Londres, y los sábados cada uno limpiaba su mitad del cuarto. Me pareció una actitud tan fría e inhumana... No me cabía en la cabeza que una persona pudiera pasar la mopa por una parte de la habitación, esmerándose por que el paño no invadiera la otra mitad. Pero ellos habían sido tan metódicos que incluso habían trazado una línea que separaba el suelo de linóleo en dos. Reflexioné sobre este episodio, y recordé cuando Simon el poeta me había preguntado: «¿Qué opinión te merecen los pechos?», mientras untaba mantequilla en el bizcocho, y cuando había derribado los cimientos que sostenían mi vida al contarme que Laura iba a regresar. Su risa atiplada resonó dentro de mí y me preocupó que Eugene se codeara con una persona así.

No me moví de allí, desanimada y deseosa de que viniera a buscarme. El sauce estaba plagado de amentos de un blanco níveo que colgaban como borlas, y en torno al reloj solar se arremolinaban unos brotes de jazmín de invierno, cuyas pocas flores amarillas dieron esperanza y esplendor a aquel día tan triste. Eugene me había dicho que más adelante crecería tomillo en ese mismo lugar y que la fragancia inundaría todo el jardín. ¿Estaría casada para entonces?

«Este no se va a casar contigo en la vida», me había dicho Baba, y pensé: «Es verdad, porque es indomable».

Todo lo bueno y lo malo de Eugene se agolpaba en mi cabeza: su gesto contrariado y su carácter inflexible daban paso a sus muestras de ternura. Una vez me había llevado tostadas a la cama, y en otra ocasión me aplicó pomada



en un verdugón y luego me puso tres cojines para que estuviera cómoda mientras leía. Por espacio de un instante consideré con serenidad el hecho de que algún día sería una anciana demacrada y ningún hombre torturaría ya mi corazón.

Se levantó fresco nada más ponerse el sol. Eugene vino a buscarme cuando los invitados se hubieron marchado.

—Hacerme ese desprecio delante de la gente... —le dije cuando se puso a mi lado bajo la luz del crepúsculo. Me acarició el pelo y se deshizo en disculpas. Ya había arraigado la quietud violácea de la noche.

—Lo siento —me dijo—, no era mi intención ofenderte. Simplemente pensé que eran unas tazas espantosas y que era mejor sacar las buenas para que mi madre no se quejase.

—¡Qué más dan las tazas! —exclamé casi vociferando—. ¿Qué importancia tienen unas tazas? Eres tú el que no se cansa de hablar de lo superfluo... Superfluas son las tazas.

—De acuerdo, tienes razón —me dijo, dándome unas palmaditas para que me calmase.

—No tendrías que haber reaccionado así delante de toda esa gente. —Me ponía enferma solo de pensar que habían sido testigos aquel perverso poeta y las dos mujeres, quienes lo recordarían toda la vida, no me cabía duda—. Tú no conoces a buenas personas, a gente honesta.

—Mi niña querida —rebatió, casi con petulancia—, las personas buenas de verdad no existen, la gente honesta no existe. Es decir, seguramente un gusano sea honesto, si es eso lo que te interesa.

«Honesto» había sido el rasero de mamá para todo el mundo. «Lizzie es honesta», decía de una mujer mezquina que nos había invitado a tomar el té y nos había ofrecido sándwiches de tomate *ketchup* y ruibarbo. «Son honestos», solía decir de unos primos interesados de Dublín que pretendían que, mientras durase la guerra, mamá les mandase mantequilla casera gratis. Era su manera de juzgar a la gente.

—Y el tipejo ese, Simon, no paraba de preguntarme intimidades... —protesté.

—Ay, tendría que haberte avisado; al parecer, su herramienta masculina es más bien pequeña, y una mujer se rio una vez de él.

Alzó la vista hacia el cielo violeta; los pájaros que entonaban su canción nocturna entre las ramas ensombrecidas y la calma reinante parecían procurarle tanto placer que apenas si oía mis palabras. «Él es feliz —me dije —, mientras sus amigos me humillan y me dicen porquerías».

—¡Vaya un amigo!

—No es amigo mío —me corrigió—. En este país hay tan poca gente con la que poder hablar que uno agradece la presencia de cualquier enemigo amable que hable tu mismo idioma. —Suspiró hacia el cielo oscuro, como si deseara alcanzar su tranquila soledad.

En ese momento me vine abajo.

—Simon dice que Laura va a llegar a Cobh.

—Pues sí —confirmó sin manifestar sorpresa alguna—. Tengo muchas ganas de verla.

Me levanté del banco de madera y escruté su rostro sereno, impassible.

—¿Que qué?

—Que tengo muchas ganas de verla, porque por fin podremos hablar de algunas cosas. Quizá me conceda el divorcio y así podría casarme contigo. Nos turnaremos para quedarnos con la niña. —Jamás pronunciaba el nombre de su hija—. Laura puede quedarse aquí, nos llevaremos todos muy bien. Tú podrías lavarle el pelo, y que ella te lo lave a ti...

—¿Quieres decir...? —No pude seguir. No había nada que decir, pues en mi cabeza solo acertaba a pensar: «Es un arrogante, un arrogante insensible y apático». Dejé escapar un sonido de desesperación.

—De acuerdo, le escribiré para pedirle el divorcio. Ya veo que el hecho de que no estemos casados afecta demasiado a tu alma provinciana.

Aquellas palabras me hirieron en lo más profundo. Algo —todo— había destruido por completo la placentera alegría de mi vida.

Aquella noche, en tanto yo leía los primeros capítulos de *Anna Karénina* junto a la chimenea, él redactó una carta para Laura. Me moría de ganas de saber si había elegido «Querida Laura», «Mi querida Laura» o «Cariño mío»

para el encabezamiento, pero no podía asomarme a husmear por encima de su hombro.

Fuimos a pie al pueblo para echar la carta al buzón. La noche era cálida, casi primaveral; los campos que nos flanqueaban estaban húmedos de rocío, y Eugene no me agarró del brazo.

En mitad del polvoriento camino de montaña descubrimos que habían empezado a asfaltarlo, y, como el alquitrán aún estaba fresco, dejamos huellas sobre la superficie negra azulada.

—¡Hombre —exclamó—, vamos a tener una carretera asfaltada!

Eran las primeras palabras que pronunciaba desde que habíamos salido de casa.

Con voz triste y aciaga dije:

—No es justo, ¿no te parece? Nunca podemos estar los dos solos.

Mi padre había escrito tres veces, el párroco del pueblo también, la abadesa del convento me mandaba oraciones y estampitas, y ahora vendría Laura.

—Es que las cosas no son justas, el mundo es injusto —replicó con voz hastiada.

En el pueblo oí la música de un piano procedente del salón del único hotel, y me asaltó una honda nostalgia de las alegres veladas que había pasado con Baba, escuchándola decir: «Al centro, ¡y adentro!» a unos y otros. Después de echar la carta al buzón, dije:

—Me encantaría entrar en el hotel.

—No sabes lo que dices. —Miró con el ceño arrugado hacia el edificio de molduras amarillas con barriles de cerveza en la puerta, bajo la ventana.

—Solo una copa —insistí, y, aunque lanzó un suspiro, se quitó la boina y me acompañó al bar, que estaba abarrotado y era todo humo y ajetreo.

Alguien cantaba. Casi toda la clientela la componían vecinos del pueblo, y todos sin excepción se nos quedaron mirando. Era porque no estábamos casados. Eugene pidió dos *whiskies*. Recomenzó el tumulto, que se había aplacado al entrar nosotros —mientras los parroquianos se daban codazos y cuchicheaban—, y una señora gorda siguió tocando el piano. Habían pintado

el instrumento de blanco, de tal modo que se asemejaba a un lavabo.

—¿Conoces a alguna de estas personas? —le pregunté en voz baja.

No lo habían saludado. Anna me había contado que no les caía bien porque nunca se emborrachaba ni pagaba rondas en días de mercado. Algunos de ellos ponían el ganado a pacer en sus tierras durante la noche y, por las mañanas, Denis echaba a las bestias de allí. Un rebaño de cabras volvía continuamente, y varias veces Eugene había escrito a su propietaria, quien hacía caso omiso de las cartas. No le habría importado si le hubiesen pedido permiso, pero, al igual que la mayoría de la gente de la zona, era una mujer arisca y antipática. Alguien había arrancado las copitas de cientos de árboles jóvenes de la plantación más reciente poco después de mi llegada. Mi presencia en su casa se interpretaba como un escándalo, y solían interrogar a Anna los domingos cuando acudía a misa.

—Conozco a uno o dos —dijo.

—Parece que el señorito se ha deshecho de la americana y ahora se ha agenciado a una pipiola... —oí que le decía un hombre a otro. Me puse colorada y bajé la vista hacia la mesa protegida por un cristal.

—No me han echado sifón —le dije a Eugene, sin despegar los ojos de las blondas amarillas de papel que había bajo el cristal rajado. Como no estaba acostumbrada a beber *whisky*, me supo a rayos sin el sifón.

Justo en ese momento se nos acercó un borrachín que se alzó la gorra y pidió a Eugene que cantase algo.

—No sé cantar —declinó Eugene, a lo que el hombre me lo pidió a mí—. No sabemos cantar —se corrigió, y el otro tarareó unas notas de «El antiguo camino de la ciénaga», y nos tendió la gorra como para que le diésemos unas monedas.

Yo no sabía qué hacer; solo era consciente de la sangre que me subía por el cuello al tiempo que rogaba por que aquel hombre se alejase y nos dejara en paz. Entonces, de un tirón me quitó la boina de lana, que cayó en la mesa, derramando mi copa.

—Vámonos —ordenó Eugene, poniéndose en pie. Salimos a toda prisa, y oí las risas de la gente y al borracho que ladraba: «¡Infieles, infieles!».

—Lo siento mucho —me disculpé, una vez fuera—; es culpa mía, no tenía ni idea de que pasaría esto.

—Cavernícolas —dijo él. Pero no se había enfadado conmigo; al contrario, me agarró del brazo.

Mientras volvíamos a casa, le dije:

—Mañana todo será distinto, ya se me habrá pasado.

—Qué curiosa es —repuso él— la diferencia entre fantasía y realidad. Las primeras veces que me crucé contigo en Dublín me decía: «Fíjate qué chica tan sencilla, alegre como unas castañuelas, sin reparos en manifestar alegría cuando le sirves un segundo pastelillo, que trabaja todo el día y se mete en la cama muerta de cansancio. Una chica natural, sin dobleces».

Hablaba en tono lúgubre, como si se refiriese a una persona fallecida.

—Volveré a ser así —aseguré.

Pero él meneó la cabeza con melancolía y supe lo que estaba pensando: todo ha sido una ilusión; la limpia blancura de tus ojos, tu voz dulce, el pañuelo de gasa del cuello, todo ello me llevó a engaño. No me cabe duda de que debía de pensar algo similar, aunque lo hubiese verbalizado con otras palabras.

Simon el poeta no tardó en irse de la lengua. El primer telegrama de Laura llegó el jueves. Eugene no estaba cuando lo trajeron, y lo abrí porque me había dado instrucciones de que leyera siempre los telegramas. Rezaba: BUENO, TODOS MERECEMOS PASAR UN BUEN RATO. QUE TE DIVIERTAS. LAURA.

Fui corriendo a buscarlo. Anna me dijo que había salido a dar una vuelta y que seguramente estaría en la montaña echando una mano a Denis con las ovejas. Había que conducir al rebaño a los pastos más cercanos a la casa varias semanas antes de que comenzara la parición. Salí de casa y atravesé a todo correr las arboledas rumbo al páramo que precedía a la montaña. Pude oír el balido de las ovejas mucho antes de verlo a él.

—¿Eres tú, Kate? —gritó al verme avanzar a la carrera por un estrecho senderillo, y vi dos figuras, la de Denis y la suya, arreando a las ovejas. Denis llevaba un farol.

—Sí, soy yo —dije enfurecida, y cuando nos separaban apenas unas yardas le conté lo del telegrama.

Denis se apartó, llamó al perro y fingió no prestarme atención.

—¿Y por eso vienes sin aliento? —preguntó con una sonrisa.

Le tendí el telegrama, que yo había arrugado, presa de la indignación.

—Me parece una barbaridad —repliqué—. ¡Los de correos, todo el mundo lo ha leído!

Unos brotes de aulaga me pinchaban los tobillos, y se me había enganchado la media en una zarza, pero me dio igual.

—Pero si es solo una broma —dijo—. No tienes sentido del humor. Vamos a tener que comprártelo.

—¿Humor? —Había un caminillo entre los arbustos de aulaga, pero aun así seguí pisoteándolos.

—Anda, ven aquí.

Me estrechó, pero me zafé de su abrazo. Bajo la luz del ocaso, los cuerpos torpes de las ovejas parecían precipitarse pendiente abajo.

Durante la cena estuvo leyendo. Siempre leía en los momentos delicados. Era capaz de leer durante días con tal de evitar una discusión.

La carta de Laura llegó el sábado. Su nombre estaba escrito en el reverso del sobre rosa; el nombre de él, más concretamente: Sra. Laura Gaillard. Él no me la enseñó; sin embargo, cuando por la tarde salió a pasear, la encontré rebuscando entre sus papeles. Decía:

Eugene mío:

Hace ya meses que no te escribo. Las dos estamos bien, y el tiempo es sencillamente fabuloso. Como es natural, Simon (que es peor que una vieja comadre) me ha escrito para ponerme al corriente de todo, sin olvidar un incidente banal relacionado con unas tazas. ¡Yo siempre decía que tu actitud hacia las mujeres era feudal! Y hace poco recibí tu bonita carta en la que me cuentas: «He conocido a una chica; es irlandesa, y es romántica e incongruente». A lo que yo me pregunto: «¿Y qué está haciendo esa con mi hombre?». Si te soy sincera, me dejaste anonadada. Tranquilo, no te caigas de la silla, pero sabes bien que entre nosotros sigue existiendo una furtiva atracción mutua que desafía las leyes de la gravedad. Algunas noches, cuando me encuentro en mi habitación completamente vacía (y Elly está dormidita en su cuna), pienso: «Ay, caray, pero si es un hombre estupendo, divertido, y tiene talento, y me quiere». Supongo que eso es amor. Tengo guardadas todas tus cartas, también la primera que me escribiste después de la noche en que nos conocimos en la fiesta de Snope, que firmaste como «Heug». ¿Te acuerdas cuando jugábamos con nuestros nombres? Tú eras Heug, y yo, Alura. Tengo tus cartas en la letra g de mi archivo y cuando las leo me doy cuenta de lo

listo e ingenioso que eres, y de lo mucho que me querías. Algún día te las enseñaré, pero prométeme que me las devolverás.

El tiempo aquí es muy agradable... ¿Te he contado alguna vez que tenemos el mejor clima del mundo? Por las noches se eleva una bruma del mar (¿te acuerdas cuando nos bañamos todos desnudos aquella vez en Killarney y te acatarraste?).

Elly está muy bien, y lamento tener que reconocer que no te echa en falta. Se nos van las horas jugando y divirtiéndonos, y envidio la infancia tan bonita y tranquila que está disfrutando. Pero te conocerá cuando vengas, no me cabe duda.

Llegada a ese punto, el papel empezó a temblarme entre las manos, y seguí leyendo febrilmente.

¿Para cuándo está programado tu documental? ¿Pasarás por aquí antes o después de Sudamérica? Responde a vuelta de correo, porque quiero que esté todo perfecto para tu llegada. He pintado las paredes de color azul empolvado, y los techos, gris perla. Te va a encantar. De aquí a un tiempo tengo una exposición, y acabo de terminar un cuadro estupendo que, me parece, es justo lo que quería hacer. Expresa todo lo que quiero decir sobre la vida, el alma, las neurosis, el amor y la muerte...

Elly duerme de lado con la manita bajo el moflete. Parece una muñeca.

Muchos, muchísimos besos,

LAURA

P. D.: Lo que más me preocupa es que mamá, Ricki, Jason y todos los demás están convencidos de que somos tal para cual.

Cuando llegó, no tuvo que preguntarme qué había estado haciendo. Yo tenía la carta en la mano y me temblaban los labios.

—¡Oh, no! —exclamó, llevándose las manos a los ojos—. Soy un imbécil, ¿cómo he podido dejar algo así a tu alcance?

—Es horrible —dije, descontrolada.

—No tenías que haber fisgado entre mis cosas. —Se quitó la boina para rascarse la cabeza, irritado.

—Esto es cosa mía también.

—No, no tiene nada que ver contigo —disintió con aplomo—. No quería que leyeras la carta, y no tenías ningún derecho a hacerlo.

La arrojé al escritorio.

—Pues me alegro de haberla leído. Ahora ya sé a lo que me enfrento. Te vas a América para verla, y ni siquiera pensabas contármelo.

De haber acogido en mi seno toda la amargura y el odio del mundo, le habría obligado a llevarme con él, pero en aquel estado de rabia furiosa fue lo único que pude decirle.

—Conque sabes a qué te enfrentas —replicó—. Vaya, pues ya sabes mucho más que el resto del mundo. Cada vez que te miro estás llorando por algo. Si no es por ella —e indicó la carta en lo alto del escritorio—, es por tu padre, y si no, por cualquier otra estupidez.

—Me has engañado —dije. Era lo único que alcanzaba a decir.

—Perdona —repuso en un tono sumamente frío y contenido—, ¿acaso estás diciendo que te sientes engañada por mi vida pasada?

—No, no es por eso —traté de explicarme—, sino por tu manera de hacer las cosas. Eres tan independiente, nunca me cuentas nada.

—¡Por Dios bendito! —suspiró, poniéndose de nuevo la boina. Apartó la mirada, llena de cólera—. O sea, que lo que a ti te interesa es la propiedad, ¿no? Con firma y sello. ¿Por una hora en la cama voy a tener que cumplir cadena perpetua?

Sentí que me abandonaba el valor y fui incapaz de mirarlo a la cara.

—Esto es un golpe muy duro —dije con voz pacificadora, pues había hecho promesa de ser buena, y, en el fondo, quería que me llevase con él—. ¿Me llevarás contigo? —pregunté, pero él no contestaba, así que repetí la pregunta y lo cogí de la mano. Él me rechazó, se quitó la boina y la lanzó al escritorio. Al caer, volcó un tintero abierto que se derramó sobre la moqueta granate mientras él lanzaba improperios y hacía rechinar los dientes—. ¿Me llevarás contigo? —inquirí, en un último esfuerzo por sacarle una promesa.

—Por los clavos de Cristo —dijo él, agachándose para cubrir la mancha con papel secante—, quítate de en medio y deja la escenita para otro momento.

Fue como si me hubiese echado de la habitación. Salí rápidamente, subí y empecé a guardar mis cosas en un bolso de viaje de lona que era suyo.

No es que tuviera mucha ropa, pero aun así la bolsa se llenó hasta los topes y no conseguí cerrar del todo la cremallera. Asomaban los tirantes de una combinación y de un sostén, y mis tres pares de zapatos los coloqué en lo



alto del todo. No tenía ni un penique.

—¿Me prestas una libra para el autobús? —pedí tras bajar y llamar suavemente a la puerta del estudio, que estaba entreabierta. Se hallaba de rodillas, afanado en limpiar la mancha de tinta de la moqueta.

—¿Una libra para el autobús?

Levantó la vista y se dio cuenta de que me había puesto el abrigo; entonces sus ojos se posaron en el bolso de viaje repleto.

—Te devolveré esto —dije, pues sabía que haría algún comentario al respecto—. Lo mejor es que me marche —añadí, esforzándome en no venirme abajo hasta que me hubiera marchado.

De la caja verde donde guardaba el dinero sacó cinco libras y me las ofreció.

—Con una tengo bastante —dije, conmovida por tan tardía generosidad.

—Tendrás que pagarte el de vuelta, ¿o no? —repuso, esbozando algo parecido a una sonrisa. Entonces se quedó mirando el bolso (su indecencia, con fragmentos de ropa interior por fuera) y dijo—: Supongo que sabes que vas a dar una mala impresión yéndote así de desaliñada.

—Lo siento —dije cuando pegó sus labios a los míos para despedirse. No sé por qué pedí perdón, pero es que Eugene tenía una capacidad extraordinaria para llevar siempre la razón y hacerme sentir culpable, aunque no fuese culpa mía.

—Te acompañaré a la parada —propuso; sin embargo, como es lógico, para entonces ya me había besado, y yo lloraba, y ambos sabíamos que no me marcharía de ninguna manera. Dejamos el bolso en el suelo y nos sentamos en el sofá, donde me explicó con voz preocupada que tendría que madurar y aprender a controlar las emociones. La disciplina y el autodomínio eran las virtudes que él más alababa, junto con la frugalidad. A decir verdad, aquellas eran las cualidades que menos me caracterizaban.

—Venga, tomaremos una taza de té. ¿Te he dicho alguna vez mi lema cotidiano? —preguntó, tras haberme dado un discurso acerca de la importancia de ser paciente. Yo negué con la cabeza—. Cuando estés a punto de sepultar a tu cuarta esposa bajo el suelo de la cocina, haz una pausa y prepara té.

Me pregunté si eso mismo se lo habría contado a Laura después de

haberla sentado para aleccionarla con serenidad acerca de la perfección personal, el dominio de la mente y esa clase de cosas. Aquella mujer se colaba en mis pensamientos con suma frecuencia, interponiéndose entre las palabras de Eugene y yo.

Hicimos té y comimos unas galletas exquisitas, y luego salimos a dar un paseo y vimos el primer galanto del año. Las cosas que me había dicho me hicieron sentir feliz y ennoblecida; cambiaría: sería generosa, equilibrada y fuerte.

Aquella noche, mientras me amaba y se abandonaba dentro de mí, me dije: «Solo logramos perdonarnos de veras a través del cuerpo. La mente finge perdonar, pero almacena y nutre los momentos de negrura». Y aun mientras hacíamos el amor recordé nuestras dificultades, los mundos tan distintos y distantes a los que pertenecíamos. Él tan racional, todo cerebro y cordura que a todos conocía, que sabía todo acerca de todo; y yo, tan maleable, temerosa de todo, irreflexiva, alocada (como él decía), criada (de nuevo, según él) «en la ignorancia de la Edad de Piedra y la barbarie religiosa». Jesucristo misericordioso, muéstrame el buen camino.

## 18

Todo fue sobre ruedas durante cuatro o cinco semanas. Escribió a Laura para pedirle el divorcio; yo escribí a la tía y, para animarla, le conté que muy pronto me casaría.

Brotos semejantes a puntitos de esperanza asomaban en las puntas de las ramitas marrones y negras; brotes verdes, brotes negros y brotes argénteos que parecían querer cantar a la vez que estallaban sobre nosotros, expectantes. Nacían corderillos a todas horas del día y de la noche, y dos crías cuyas madres murieron fueron adoptadas en casa por Anna. Eran un fastidio.

Baba apareció una mañana entre semana (su día de visita solía ser el domingo) cuando yo recogía narcisos del caminillo. Había acompañado a Eugene hasta el final del camino para abrirle las diversas verjas. Se dirigía a una feria de ganado para comprar unos terneros, dado que ahora producíamos leche de sobra. Habían florecido innumerables narcisos en ambas márgenes del camino de grava, de modo que al volver sobre mis pasos me entretuve en recoger un buen ramo. Las raíces estaban húmedas, como si alguien las hubiera recubierto de babas, y despedían el aroma ligeramente desagradable propio de esas flores. Entonces oí un motor, atisé entre los árboles y, al comprobar que era un coche desconocido, volví corriendo a esconderme en casa. Pensé que podía tratarse de mi padre, pero en realidad era Baba.

—¡Baba, Baba! —Desatranqué la puerta y salí a recibirla. Llevaba un chubasquero blanco y una boina roja—. ¡Qué maravillosa sorpresa! —exclamé, dándole un beso. Lamenté, sin embargo, que me hubiera sorprendido sin maquillar.

Tenía los ojos como platos y colmados de emoción, como siempre que

tenía que contar algo de suma importancia. En el vestíbulo acudieron los corderos, balando y fingiendo tenerle miedo a Baba.

—¡Beee, beee! —baló ella para ahuyentarlos—. ¡Esto parece un puñetero zoo! —Acto seguido me dijo en un susurro—: Tengo que hablar contigo, es muy urgente. ¿Dónde está Chéjov?

—Ha salido —dije.

Nos metimos en el estudio y cerré la puerta, porque Anna esperaba que la incluyésemos en todas las conversaciones con las visitas. Serví oportuamente en unas copitas veladas por una capa de polvo, pero no quise salir a enjuagarlas. Baba parecía estar muy agitada.

—¿Tienes frío? —le pregunté. Las cenizas de la noche anterior aún desprendían calor y las paredes estaban calientes al tacto.

—Agárrate —comenzó, al tiempo que entrechocábamos las copas—, que traigo malísimas noticias.

El corazón se me aceleró, pues pensé que traía recado de mi padre.

—Estoy metida en un lío —dijo.

—¿Qué clase de lío? —quise saber yo, alarmada.

—¿Cuál va a ser? ¡Pues el único que hay, por Dios!

—Oh, no —dije, apartándome de ella como si acabase de insultarme—. ¿Cómo has podido?

—¡Mira quién habla! Y tú ¿qué diantres estás haciendo?

—Pero tú no puedes —repliqué, presa del pánico—. Ni siquiera vives con alguien...

—¿Que no puedo? Es lo más fácil del mundo. Es más fácil eso que tener dos abrigos o que te inviten a una fiesta.

—Ay, Baba —dije, cogiéndole la mano.

—Dame un pitillo —ordenó, arisca.

No soportaba la compasión ni que la agarrasen de la mano.

Mientras trasteaba en el escritorio de Eugene, Baba rellenó los vasos.

—¡No! —le dije—. Lo va a notar.

—¿Cómo? Pero ¿esto qué es, un monasterio?

Y al punto se puso el cigarrillo en la boca por el lado que no era. Nos sentamos e intentamos decidir lo que debía hacer.

—¿De quién es? —pregunté.

Pero ella no soltó prenda. Me dijo que estaba casado y que le preocupaba que llegara a oídos de su mujer. Tuve la certeza de que era Tod Mead. Me contó que el implicado se lo había tomado a la ligera y se había despedido de ella en un autobús el día anterior. «Ya nos veremos», habían sido sus últimas palabras.

—Puedo irme a Inglaterra o mudarme aquí —dijo.

El «mudarme aquí» me dejó sin palabras por un momento. Me representé a Baba en nuestra cama, ordenándome que me levantara para prepararle el desayuno. Y yo no quería un bebé en casa. Los bebés me daban pavor.

—¿Y no puedes hacer nada? —inquirí.

—¿Hacer el qué? —vociferó—. Es ya algo macabro. He hecho de todo: he tomado sulfato sódico, he cavado el jardín y he encerado tanto el suelo del puñetero antro ese que Joanna ha prescindido de la limpiadora...

A punto estuve de decir: «No hay mal que por bien no venga...», al imaginarme a Joanna loca de contenta por que Baba se afanara en encerar. Pero Baba no estaba para banalidades; le castañeteaban los dientes, y permanecí a su lado dándole consuelo hasta que llegó Eugene.

—Es macabro —no paraba de decir—, es todo tan macabro... Alguien me atiborró de ginebra en un sótano de Baggot Street. «Baba, eres una mujer muy noble», me decía, con su camiseta de redecilla de macho, y a mí me faltaron arrestos para decirle que mejor me iba a casa. Así soy yo —dijo en un murmullo—, la que al final siempre paga el pato.

Le aconsejé que fuera a Inglaterra. Había recibido trescientas libras de una póliza de seguro al cumplir los veintiuno, y sus padres no podían negarle ese dinero.

Sin embargo, cuando Eugene estuvo al corriente dijo que, si no acontecía algún imprevisto, Baba podía quedarse con nosotros.

—Montaremos un harén —le dijo en broma, y ella se enardeció y empezó a mostrarse impertinente conmigo.

A mí no me inspiraba ninguna lástima, viéndola allí sentada con su vestido marrón tipo kimono, las piernas embadurnadas de crema bronceadora y los tobillos cruzados.

—¿Te sigues afeitando? —me preguntó.

—Yo nunca me he afeitado, ¿cómo te atreves?

—A otro perro con ese hueso. —Y me examinó la barbilla. Una vez que estábamos sin pinzas me había arrancado dos vellos muy negros de la barbilla con sus afilados dientes.

Comimos juntos y, a pesar de que poco antes se había quejado de tener náuseas matinales, comió como una descosida. Luego, Eugene declaró que, como aquel era un día para el recuerdo, nos tomaría unas fotos, así que nos cepillamos el pelo, salimos con él al jardín y esperamos a que reapareciera el sol. Baba se subió a una piedra para igualar mi altura.

—Este sitio me pone los pelos de punta —dijo, abarcando con la mirada el saturado jardín donde un matorral se abría paso entre otros dos, el rocío se acumulaba en la hierba y se abrían unos capullos de rosa de color burdeos. Solo los narcisos habían florecido.

—Patataaa —dijo Baba cuando Eugene nos sacó la foto.

Aún conservo aquella instantánea, y nunca deja de asombrarme el hecho de que en aquel momento ignorase del todo el giro tan drástico que mi vida estaba a punto de dar.

Mientras llevábamos a Baba a la estación para que cogiera el autobús nocturno a Dublín, Eugene le aseguró que podía acudir a nosotros si las cosas se ponían en lo peor y no sabía a quién recurrir.

—Te ayudaremos —agregué yo, intentando participar de su amabilidad.

—Sí —me dijo Baba—, tu especialidad siempre ha sido llevar naranjas a los enfermos ingresados en un hospital.

Eugene la ayudó a subir al autobús, tan solícito como si de una ancianita se tratara, y se me pasó por la cabeza que si me quedaba embarazada seguramente se casaría conmigo.

—Pobre Baba, pobre bicho malo —dijo a la vez que nos despedíamos con la mano del autocar en movimiento, con los ojos cerrados para protegernos del polvo que levantaba.

Yo no sentía por ella lo mismo que él; las mujeres suelen preocuparse de sí mismas, o de los hijos, que son sus apéndices, o de los maridos, que ocupan sus días y sus pensamientos y sus cuerpos, igual que él ocupaba los míos. Aunque no fuese mi marido.

Anhelé que nos casáramos pronto; ya estaba ahorrando para el ajuar.

«Algo viejo, algo nuevo, algo prestado y algo azul», solía decir todas las semanas cada vez que echaba diez chelines en una hucha.

Regresamos a casa, y en cuestión de un par de días me olvidé de Baba; apenas me preocupaba vagamente que se mudara con nosotros. El tiempo era lluvioso, lila, propio de abril: sol, bruscos chaparrones y luego un viento que se alzaba para secar la lluvia de los arbustos y esparcir por doquier las flores blancas de manzano en una suerte de nevada floral. Vivimos dos o tres semanas de felicidad: yo lo ayudaba a cortar el césped, y las briznas recién segadas se me pegaban a las suelas de las zapatillas de lona, y nos llegaba el olor en la cama cuando dejábamos las ventanas abiertas.

Un día, mientras Anna afilaba cuchillos en los peldaños de piedra al ritmo de «¿Cuánto cuesta el cachorro del escaparate?», sacamos dos palanganas y Eugene me lavó y enjuagó el pelo con agua de lluvia. Después, para terminar el carrete, me sacó un par de fotos con el pelo mojado, y otra a Anna, cuchillos en mano. Empezó a caer un violento aguacero y subimos al cuarto, donde me agarró el pelo húmedo en un moño para que no le estorbase, e hicimos el amor al tiempo que el agua purificaba el jardín. Respirábamos el aroma de la lluvia, del césped recién cortado y de las primulas, y yo le dije:

—¿Qué va a pensar Anna?

—Pensaré que nos estamos dando a la mala vida —replicó.

Y ríos de amor corrieron dentro de mí, a través de él, arrastrando largas oleadas de placer que me provocaron unos alaridos en respuesta a los suyos, aunque sin perder el miedo de que Anna irrumpiera en el cuarto con una brazada de ropa para planchar, puesto que la puerta no tenía pestillo.

—Cuántas semillitas desperdiciamos... —me dijo con ternura, a lo que yo respondí con una evasiva acerca de la posibilidad de tener un bebé al año siguiente. Tuvo que suceder mientras yacíamos conversando: apareció el cartero en su bici chirriante para entregar dos telegramas. Uno era para mí, y el otro para él.

El mío era de Baba, y decía así: ME HA BAJADO, ¡VIVA!, MARCHO PRONTO INGLATERRA. Habría preferido que fuese menos explícita para

poder mostrárselo a él.

—Es de Baba —le dije, y en ese momento lo miré y vi que tenía la cara descompuesta y los finos labios apretados en un mohín de ira. Atisbé para leer su telegrama: COMO TE CASES CON ESA NO VOLVERÁS A VERNOS JAMÁS, PALABRA. LAURA.

(Otro capítulo del folletín que el pueblo entero habría leído).

—No pasa nada —le dije, estudiando su cara, temerosa pero también sabedora de que algo espantoso estaba a punto de separarnos—. No pasa nada, no te preocupes —repetí, y le propuse que bajara a la sala de estar mientras yo hacía té, pero prefirió salir un rato.

Lo vi alejarse por el prado con la cabeza gacha y el perro al lado, rozándole una de las perneras con el rabo blanco y peludo. Y pensé: «Está decidiéndose entre ellas y yo», y deseé poder tener un bebé de una forma simple y milagrosa.

Regresó más tarde con un ramo de majuelos rojos y blancos; yo aspiré su empalagoso aroma dulzón y le advertí:

—¡No los metas en casa, que da mala suerte!

Pero hizo oídos sordos a mi comentario y los colocó en un jarrón grande de la mesilla del recibidor.

Ese día y el siguiente nos tratamos con normalidad y preferí no entrometerme para preguntar qué pensaba hacer con respecto a Laura.

Estaba demacrado y las ojeras parecían aumentar por días. Ninguno de los dos lograba dormir bien. Nada es tan agravante como la falta de sueño, y al cuarto día estábamos muy tensos y él se quejaba por nimiedades como las toallas del baño o el paño de secar la vajilla. Se encerraba en el estudio para preparar el documental sobre irrigación. Había desplegado mapas y enciclopedias en lo alto del escritorio, y yo le llevaba las comidas en una bandeja. Cuando lo veía allí trabajando y mirándome con cautela, imaginaba que planeaba irse a Brasil sin mí; y siempre me iba a toda prisa del estudio para evitar soltarle alguna estupidez.

Por las noches escuchaba música sin moverse. Naturalmente, consideraba que aquel problema lo había originado yo. Me daba la impresión de que estaba triste no solo porque Laura lo hubiera chantajeado, sino porque yo había permitido que afectara a nuestra relación. La melancolía se había



expandido por toda la casa igual que la neblina de las montañas envolvía los prados en las noches húmedas, y sentí que no había llegado a conocerlo nunca. Era un extraño, un mártir demente clavado a la butaca, pensativo, fumador y quejumbroso.

El jueves recibí carta de Baba en la que me contaba que pasaría a despedirse el domingo. Ya no estaba embarazada. ¡Sus plegarias habían sido atendidas! No obstante, estaba decidida a marcharse a Inglaterra de todos modos.

«Yo me largo de este condenado país, así que más te vale soltarme algún billetejo el domingo», decía la misiva, y me acordé de la noche en que Body se puso a regalar billetes de veinte en el hotel Gresham, y luego pidió la botella de *brandy* más grande que he visto en mi vida y se la colgó del cuello como si fuese un San Bernardo.

Nada más terminar de leer la carta se presentó un camión que parecía cargado de postes de telégrafos y hombres en monos de faena. Uno de ellos llamó a la puerta y me dijo que venían a hacer la instalación del teléfono. Habíamos intentado ponerlo desde que llegara la electricidad en febrero. Llamé a Eugene y decidimos que el aparato iría en el vestíbulo.

—¡Qué maravilla! —exclamé, llevándome el jarrón de majuelos cuyos pétalos se habían esparcido por la alfombra. Dos operarios trabajaron en la antesala, mientras otros dos colocaban un poste afuera, en el terreno que había frente a la casa.

—Destrozaré las vistas —musitó Eugene mientras desde la ventana veíamos trabajar a los hombres y admirábamos los narcisos, que tras la noche de lluvia y viento formaban un mar amarillo.

Preparé té para los operarios y observé cómo trabajaban, ansiosa por que llegara el momento de conectar el teléfono para poder llamar al tendero o a alguna otra persona.

Por la tarde, cuando acababa de sentarme a leer, llegó Simon el poeta en un Austin muy anticuado. Lo acompañaba una americana muy alta llamada Mary. Los hice pasar a la sala de estar y fui a buscar a Eugene.

—Qué casa tan bonita... —dijo la chica. Tenía un acento muy suave, no

como unos primos de mamá que vinieron de visita un verano y estuvieron cuatro horas dándose aires a grito pelado—. Simon me ha hablado mucho de ti —le dijo a Eugene—. Me parece estupendo que hayas venido hasta aquí para recluirte en tu refugio. Hoy en día hay tantos hombres inteligentes destrozados que resulta agradable ver que alguien decide retirarse de todo.

—Sí, pero los irlandeses por poco no me despedazan —bromeó, y yo lo detesté por haber sacado el tema tan innecesariamente.

—Es que unos pueblerinos casi lo crucifican —explicó Simon el poeta, con una risa sardónica—. ¿Fue con hachas o con navajas?

—Con botas claveteadas —puntualizó Eugene.

—Macho, suerte tuviste de que no te cortaran las pelotas —dijo Simon.

La chica alta me miró negando con la cabeza, desentendiéndose de toda responsabilidad. Tenía un pelo largo y castaño que parecía como si se lo cepillara día y noche, y llevaba unos pantalones negros con hilillos plateados. Su cuerpo era armonioso y torneado.

—Y ya verás cuando el Papa vaya a Galway —le dijo Simon a la chica—. ¿Te sabes la del cardenal que se desmayó? —Y ella sacudió el pelo castaño y le pidió con impaciencia que se lo contara—. La última vez que se apareció la Virgen en Knock reveló que el siguiente Papa sería torturado. Al oír esto, el cardenal Spellman se desmayó. Ja, ja.

Tenía una extraña risa mecánica, y ella también rio y dijo: «Qué gracia».

—¿Me prestas un peine? Me noto un tanto desaliñada —reconoció, tocándose las puntas onduladas de su espesa melena.

La llevé arriba. No era capaz de adivinar su edad, pero supuse que tendría unos veintidós, como yo. Sin embargo, sabía muchas más cosas que yo. En la habitación elogió la reproducción de Renoir de la niña que se ataba los zapatos y las vistas de los pinos al otro lado de la ventana, que le hicieron recordar su Nueva Inglaterra natal. Empezó a hablarme del sitio donde se crió, y habría jurado que había sacado la descripción de un libro, palabra por palabra: aquello de «pinos recortados contra el cielo» sonaba demasiado trillado.

—Me temo que el peine no está muy limpio —me excusé. Era un peine blanco que dejaba en evidencia hasta la más mínima mota de suciedad entre las púas.

—No te preocupes.

Sonrió al verlo y se pasó el peine por la melena, sin dejar de sonreír a su imagen en el espejo. Le hice unas cuantas preguntas ridículas:

—¿Te gusta Irlanda? ¿Te gusta América? ¿Te gusta la ropa?

—Claro que sí. Me gustan Irlanda y América, y la ropa. —Esbozó una amplia sonrisa a la vez que se remetía los faldones de la camisa de popelín rosa que llevaba—. Lo que más me gusta son los suéteres.

Me imaginé su armario lleno de camisas limpias colgadas con pulcritud y filas de cinturones todos distintos, a juego con los diferentes jerséis. Se levantó una pernera del pantalón para rascarse una picadura de mosquito que se le había inflamado en la pantorrilla. Tenía las piernas cubiertas de pelo, aunque, claro está, con los pantalones nadie se daba cuenta. Llevaba zapatos planos, y tuve la impresión de que todo en ella estaba calculado para que Eugene la considerase atractiva.

A punto estaba de decirle: «Estoy un poco nerviosa e insegura, no me hagas daño», cuando vi que se retocaba los labios cuidadosamente con ayuda de un pincelillo de pelo de camello que reavivó el rosa de su boca. Se me pasó por la cabeza que era una mujer dura e inteligente.

—Yo nunca he usado un pincel de labios —dije—. ¿Es muy complicado?

—Es fácil. Te regalo este —contestó—, para que practiques.

Y depositó el estuche dorado que contenía el pincel encima de una cajita para los polvos. A continuación regresamos abajo, y no se le cayó la sonrisa de los labios, encantada con todo lo que veía, incluidas las «graciosas telarañas» en los rincones del papel oscuro del descansillo.

—Es que me encanta este sitio... ¡Qué vistas! —le dijo a Eugene ya en la sala de estar, mirándolo con ojos francos y grises.

—Ven aquí —ordenó él, haciéndole una seña con el dedo; ella atravesó la estancia hasta la cristalera y admiró el valle de abedules en lontananza, que en ese momento era un borrón verde lima en vez de morado. Eugene abrió un poco la puerta acristalada y ella sacó la mano en una suerte de aleteo, como si fuese un pajarillo a punto de alzar el vuelo.

Logró asombrarlo cuando le contó que había visto una «encantadora película» suya en el National Film Theatre de Londres. Conversaron animadamente durante varios minutos, y entonces, a la vez que examinaba la

estancia destartalada de techos altos, Mary declaró:

—Tiene un encanto especial esta casa.

Eché un vistazo rápido a la pieza decorada a su gusto y me percaté de que yo no había contribuido en nada, ni un triste cojín. Fui a hacer té.

Cuando volví, les estaba poniendo unos discos de esa música clásica que a mí me suena a pájaros, y ella seguía de pie junto a la ventana, fascinada por todo lo que veía y contoneando el cuerpo al compás de la música. Eugene cruzó la sala para coger la bandeja que yo cargaba, sonriente como no lo había visto en días.

—Veo que pronto tendrás teléfono, Caithleen —me dijo Simon el poeta—. Qué bien, vas a poder llamar a todos tus amiguitos.

—Sí —respondí. Mis dos únicos amigos eran Baba y Body, y ninguno de los dos tenía teléfono.

Eugene sirvió el té y le pasó a Mary la primera taza. Al cabo, fue pasando el azucarero y cuando estuvo delante de mí preguntó:

—¿No lo tomas con azúcar?

—¿Azúcar? —repetí, cortante, como si me acabara de preguntar si lo tomaba con arsénico; negué con la cabeza y añadí, fulminándolo con la mirada—: No, yo lo tomo sin azúcar.

En cualquier otro momento no le habría dado ninguna importancia, pero aquel día estaba especialmente susceptible.

—Ah, es verdad, tú lo tomas sin azúcar. Me he confundido con otra persona —dijo, y volvió a sonreír al volverse para ofrecer el azucarero a Simon.

—Cuidado —advirtió Simon a Mary, con un guiño.

Ella me hizo algunas preguntas de cortesía, como por ejemplo si creía que el azúcar engordaba.

—¿Qué tal Nueva York? —se interesó Eugene, tierno, como si estuviera preguntando por una chiquilla.

—New York, qué horror de lugar —bromeó ella—. No pienso volver allí jamás. A mí lo que me gusta es Europa. Aquí hay un fermento intelectual mucho mayor. Los artistas como vosotros, los pintores, los escritores, estáis mucho más integrados en vuestra sociedad. Por ejemplo, el otro día conocí a un chófer de autobús que había leído a James Joyce. ¿A ti te gusta Nueva

York?

—En cierto modo —hizo un mohín—, sí, supongo que sí. La odio, pero también me gusta, tengo allí un pedacito de mi alma. Digamos que me he gastado dinerales en Brooks Brothers.

Los tres se echaron a reír; yo, en cambio, no pillé el chiste.

—Igual que yo... Nunca llevo más de veinte mil dólares en efectivo por lo mismo —replicó Simon el poeta.

Me sentí muy sola y no me apetecía acompañarlos. Eugene y yo estábamos muy bien solos, pero en cuanto se sumaba alguien a la ecuación lo perdía, incluso cuando venía la pollera con sus leotardos tricotados a mano. En el fondo, yo no tenía nada de lo que hablar, excepto cuando rememoraba mi infancia, pero a él ya le había contado todos mis recuerdos.

—¿Y tú has estado en América? —me preguntó Mary.

—Todavía no —contesté—, pero espero ir el año que viene.

—Por encima de mi cadáver —terció Eugene—. Yo defiendo a ultranza ese ideal de mantenerse siempre dulce e inocente.

Mary le dijo que debía aceptar que una chica viajase, y que no debía portarse mal con las mujeres porque ahora las protegía una ley. Hubo un momento de complicidad y bromas entre ellos, que él concluyó diciendo: «¿Le importa salir afuera, por favor?», al tiempo que ella lo golpeaba juguetona con la funda de la tetera.

A Mary se la veía tan guapa y tan esbelta allí de pie junto a la ventana, dándole la espalda al postigo marrón... Tras estudiarla atentamente, Eugene comentó a Simon:

—Se parecen tantísimo que estoy anonadado.

A lo que Simon respondió con una risotada y diciendo que ambas debían de haber tomado las mismas vitaminas.

—Al parecer han desarrollado un sistema para criarlas así a todas —añadió Simon con una sonrisa, y supe que se refería a que Mary era idéntica a Laura. Noté un nudo estrangulador en la garganta y el dolor que precede al llanto. Fui hacia la puerta, murmurando que iba a hacer más té, y desaparecí antes de que se diesen cuenta.

Fui a mi lugar secreto del jardín donde a veces me deshacía en lágrimas. ¡De modo que se parecía a Laura! Laura era así... Brillante y locuaz, capaz

de arrojar fundas de tetera con gracia y sin tirar nada por el camino, como habría hecho yo. Repasé cada segundo, la forma que tenía él de sonreírle, de conducirla a la ventana para que disfrutara de las vistas, la fascinación en la voz de Mary, el reloj de pulsera masculino que le asomaba por debajo de la manga. ¿No me había contado Anna que Laura también usaba un reloj de hombre?

Lloré y me sentí muy desgraciada y maldije todo a mi alrededor: el mundo era muy cruel. Fue un duro golpe comprobar que podía amarme por las noches y durante el día transformarse en un extraño que te pregunta si tomas el té con azúcar.

Hasta ese momento creía que fundirme con él en la cama implicaba fundirme con él en la vida, pero acababa de descubrir que estaba muy equivocada y que en los intervalos los amantes son unos desconocidos.

De modo que era igual que Laura... Alta, de piernas largas. Si Laura regresaba, las cosas serían así; y lo mismo si él iba a Brasil y le hacía una visita. Sería así, solo que mucho peor, porque también entraba en el juego la hija, aquella niña cuya foto había enmarcado y colgado de la pared del baño la víspera, diciendo: «Supongo que esto ya no te afectará».

Lloré desconsoladamente y caminé sin rumbo, mascando una brizna de hierba para aplacarme. Para colmo, había vuelto a sacar el tema de mis familiares. Siempre lo hacía, infligiéndome el sufrimiento de recordar sus caras abotargadas y sus modos torpes y toscos. Cada vez que los ridiculizaba me hacía sentir mal, condenada, me recordaba que algún día me abandonaría por su culpa. Pude prefigurarlo en uno de esos violentos relámpagos de clarividencia que nos fracturan al cabo de años de complacencia, y aún llorando y mascando la misma brizna de hierba regresé y me asomé sin ser vista por la ventana de la sala de estar. Lo que vi me provocó un ataque de pánico. Charlaban, reían, y Mary tenía los pies recogidos en el sofá, sus zapatos a cierta distancia sobre la alfombra. Para mí hay algo maravillosamente temerario y sincero en una mujer que se descalza en público; es casi como si se despojase de la ropa. Yo soy incapaz de hacerlo.

Bebían *whisky* y Eugene parecía estar contándoles alguna anécdota, pues no paraban de reír, y Mary se echó la mano a la cintura en un gesto que parecía rogarle que parase de contar historias tan graciosas, porque le estaba

dando un dolor. Simon se balanceaba y reía en la mecedora. Nadie me echaba en falta.

Me alejé, y sin dejar de llorar despedacé entre mis manos una pobre flor indefensa y pensé en las cartas de Laura, y me pregunté qué tono emplearía él en sus respuestas. También recordé el telegrama, palabra por palabra: COMO TE CASES CON ESA NO VOLVERÁS A VERNOS JAMÁS, PALABRA. LAURA, y debajo una pegatina que rezaba: RESPONDA A TRAVÉS DE WESTERN UNION. No tenía ni idea de si había contestado o no. Jamás me contaba lo que hacía.

Lo mejor habría sido volver adentro e integrarme en la conversación como si nada hubiera pasado, o bien hacer la maleta y dejarlo definitivamente, pero no hice ninguna de las dos cosas. Cuando me asomé a la ventana por segunda vez vi que había encendido la chimenea y que las alargadas sombras de las llamas bailaban en la pared rosa. La sala tenía el aspecto encantador que suelen tener los salones en ese momento crepuscular en que la gente come, departe y bebe *whisky*. Con toda el alma deseé poder entrar y decir cualquier trivialidad, algo gracioso, algo que borrara mi estigma de inadaptada.

Por el contrario, accedí a la casa por una puerta lateral y fui directa a mi cuarto para retocarme el maquillaje. Pasó una hora y media antes de que se fueran.

—Voy a ver si está por aquí —oí que Eugene decía abajo. Me llamó—: ¡Kate! ¡Kate! ¡Katie! —Y luego silbó. No contesté. Por último, oí el golpe de las portezuelas del coche y el motor que arrancaba. Por fin se habían marchado.

Entró en casa llamándome, y fue a la cocina para preguntarle a Anna.

—¿Dónde se habrá metido Caithleen?

Ella debió de señalarle hacia el dormitorio, porque subió directamente. El corazón se me salía del pecho, de rabia y alivio, cuando lo oí remontar las escaleras mientras silbaba «¿Quién la besaré ahora...?». Era casi noche cerrada y yo yacía en lo alto de la cama, tapada con una manta.

—¿Qué, descansando? —me preguntó al entrar en el cuarto. Como no respondí, se acercó a mi lado e, inclinándose, inquirió—: ¿Otra de tus crisis?

—Sí —respondí, lacónica.

—Pero ¿qué demonios te pasa? —saltó con tono severo. Me sorprendió,

pues esperaba que se deshiciera en mimos.

—Que no paras de menospreciarme y de ignorarme —protesté.

—No te hago caso porque estoy pasando un buen rato... ¿Acaso tengo que dejar de relacionarme con los demás solo porque tú no has aprendido aún a hablar correctamente? Si no eres capaz de acostumbrarte a verme pasarlo bien rodeado de otras personas, será mejor que nos plantemos ahora mismo —dijo de un tirón.

—No deberías haberme hecho venir —le reproché.

—Viniste tú solita, yo no te obligué, igual que tampoco invité a la manada de parientes garrulos que atrajiste hasta aquí. —Se expresaba con soltura, sumamente seguro de llevar la razón—. Te lo estoy dando todo: te alimento, te visto... —Indicó la ropa que colgaba del armario. Algunas veces, la puerta del ropero se abría sola, como si hubiera un fantasma en su interior. Acababa de abrirse en ese momento—. Intento darte una educación, enseñarte a hablar, a relacionarte, a apuntalar tu confianza, pero con eso no basta. Tú lo que quieres es poseerme.

—Me gusta que estemos solo nosotros dos —dije, bajando la voz para invitarlo a que rebajara el tono.

—¡Pero el mundo no somos solo nosotros! —exclamó—. En el mundo real recibimos la visita de esa chica y de Simon, y del resto de personas que ya conoces o que conocerás. Francamente —se sentó en la cama y dejó escapar un suspiro—, no me veo capaz, no creo que pueda empezar de cero, desde el nivel más bajo. Es muy difícil, faltaría tiempo y sobrarían los cientos de chicas disponibles... —Indicó la puerta del cuarto con la cabeza, como si Mary estuviese detrás. Acto seguido, me señaló—. Tus carencias, tus miedos, tus traumas, tu padre...

Me eché a llorar, pues conocía mis carencias como la palma de mi mano.

—Las jovencitas sois como piedras, nada os conmueve. No se puede tener una relación con una piedra; yo al menos no puedo.

—Pero a ti te gusta instruirme —protesté—. Me dijiste que te gustaba. Algunas chicas no se dejarían, pero a mí no me molesta que me hables de la Edad de Hielo, de la evolución, de la autosugestión y del afán de lucro. A lo mejor a ella no le agradaría que le contaras esas cosas... —Quería añadir que además tenía pelos en las piernas, pero consideré que ese comentario me



traicionaría por completo.

—A lo mejor no —convino—, pero eso no es obstáculo para que hable con ella, para que me guste...

—Pero a ti te gusto yo —le interrumpí—. Te gusto en la cama, y todo lo demás.

—¡Por favor! —dijo con voz cansada.

Alzó los brazos para atrapar una polilla que se había colado por la ventana abierta, y a continuación se puso de pie.

—Me imagino que si volviera Laura, la situación sería la misma —dije.

—Es posible. Una relación no anula la otra, las dos sois... —meditó la palabra que iba a usar— completamente diferentes.

—Bueno, pues si así están las cosas, no sé qué hago aquí.

—El que no lo sabe soy yo, te lo aseguro, y encima con esa actitud de tabernera —replicó, todo refinado, al tiempo que se dirigía despacio a la rejilla de la chimenea, que estaba llena de papeles, cerillas y pelos que yo había arrancado del peine.

—Estaba pensando ahora mismo que habría sido mucho mejor no conocerte nunca —declaré.

Él se acodó en la repisa, empujó un jarroncito con primulas que estaba en el borde y replicó:

—Eres incapaz de reflexionar. ¿Por qué no te levantas, te lavas la cara y te arreglas un poco? Haz algo, caray. Emplea tu ineptitud en blanquear las paredes, en remendarme los calcetines o en combatir esa personalidad asilvestrada que tienes...

Lo estudié, con sus rasgos duros y fuertes, allí de pie, mientras me hablaba como lo habría hecho un extraño.

—¿Vas a volver a ver a esa chica? —quise saber.

—Seguramente. ¿Por qué no habría de hacerlo?

—Porque está con Simon, es la novia de Simon —repuse.

—Por el amor de Dios, a mí no me vengas con discursitos santurriones. Nada es irrevocable.

Y pensé: «Ni siquiera nosotros». Y comprendí, al tiempo que lo pensaba, que de haberlo amado lo suficiente habría sido capaz de aguantarle cualquier desplante.

—Como la vuelvas a ver, me iré y no volveré jamás —le dije. No eran su encanto y su apariencia lo que me provocaban celos (aunque también), sino el hecho de que le recordara a Laura. Yo quería a Eugene para mí sola.

—En ese caso, ya puedes ir haciendo la maleta, porque voy a comer con ellos mañana.

—¿Y yo no? —pregunté, enojada por que no me hubiese incluido en el plan.

—Tú también —dijo, hastiado—, siempre y cuando pueda confiar en que vas a comportarte con amor propio y que no vas a sumirte en una de tus crisis. —Fue hasta la puerta—. Mírate en el espejo: pareces una lavandera, toda colorada e hinchada.

—¡Eugene, Eugene...!

Me tiré de la cama y él se volvió para ver qué quería; sin embargo, la acritud de su rostro hizo que me tragara lo que pretendía decir. Era inaccesible.

Bajó a poner música, mientras yo me quedé urdiendo un plan para darle una lección. Tomé la decisión de marcharme para obligarlo a que viniera a buscarme. Baba me había contado un día que Sally Mead había abandonado a su marido, Tod, y este había pasado tres días rastreando todas las tabernas, las calles y los hoteles hasta que por fin un agente de policía dio con ella en la última fila de un cine, sola, comiéndose un helado. Había pasado esos días en la sala de cine y por las noches iba a dormir a un hostel, pero yo no tenía que hacer eso, porque podía refugiarme en casa de Joanna. Ayudaría a Baba a preparar el equipaje y, mientras tanto, él se volvería loco buscándome y juraría no volver a perderme de vista nunca más.

## 19

Fue una noche interminable. Cogí una maleta del altillo y guardé toda mi ropa; las joyas (unas cuantas baratijas de mamá y una cadena de oro que él me había regalado) las puse en una caja. Sobre las dos, bajé para prepararme un vaso de leche caliente, y por el camino me detuve a pegar la oreja en la puerta del estudio. Me pareció que se estaba moviendo, y de la radio salía el sonido luctuoso de una flauta. Por un segundo sentí la tentación de llamar y entrar para rogarle que me perdonara y luego escuchar la música con él; pero seguí hasta la cocina, calenté la leche y me la subí a la cama. En cualquier caso, podría disculparme más tarde, cuando subiera. Pero esa noche durmió en el cuarto de invitados, lo cual me molestó más que ninguna otra cosa.

Por la mañana no nos hablamos, y mientras él se afeitaba yo guardé la maleta en el compartimento trasero del coche y dejé la alianza que él me había comprado en un cenicero en lo alto de su escritorio. Estaba por fin decidida a irme de allí una semana para que me echara de menos. En el bolso llevaba una nota que planeaba entregarle en cuanto llegáramos a Dublín. En ella, por supuesto, fingía que me marchaba definitivamente.

En el recibidor, reluciente, estaba el teléfono nuevo, pendiente de ser estrenado. Anna lo miró y expresó su deseo de que no sonase en nuestra ausencia. Por puro aburrimiento se había teñido el pelo de rubio, pero lo había hecho fatal y se le notaban las raíces a la legua. No le dije que me iba porque sabía que me suplicaría que me quedase o que la llevara conmigo.

Eugene y yo no intercambiamos más de diez palabras en el trayecto que cubría la montaña, los campos pardos y la abrupta colina que daba a los ricos pastos poblados de vacas y a los patatales, azulados debido a una reciente aspersión de sulfato de cobre.

—¿Dónde vamos a comer? —pregunté.

—En el Shelbourne —contestó, y a través de la ventana vi dos pintadas hechas con tiza, casi borradas, en un muro de piedra: VIVA EL IRA Y ABAJO LOS SIERVOS EN BICICLETA. Las memoricé al mismo tiempo que me decía que tal vez no volviera a recorrer ese camino nunca más, aunque sin creerlo del todo.

Al desfilar por delante de un pinar silvestre, dije:

—Ahora me sé los nombres de todos los árboles.

Pero él no contestó. Las ramas eran de color ámbar al sol.

Cuando nos apeamos en Stephen's Green, caminé unos pasos por delante de él, camino del hotel. Nada más franquear las puertas giratorias, le dije:

—Voy un segundo al aseo, no tardo nada.

Él se dirigió al bar sin dirigirme la palabra.

En el baño saqué la carta de la bolsita de papel (donde la había metido para protegerla de la suciedad), salí, se la di a un botones junto con dos chelines y le pedí que se la entregara al señor Gaillard, que estaba en el bar. A continuación salí a toda prisa del hotel, experimentando una emoción que llevaba siglos sin sentir. Abrí el maletero de su coche (nunca se cerraba del todo), agarré la maleta, paré un taxi y me dirigí a casa de Joanna. Durante el camino imaginé lo mucho que se sorprendería al leer la nota, y di por hecho que vendría corriendo a buscarme. Era una nota escueta en la que simplemente le decía: «Te amo, pero no quiero ser un lastre para ti, así que me voy. Adiós». Allí mismo, en el taxi, me retoqué el maquillaje para no dar la impresión de estar demasiado desconsolada.

—Por Dios, ¡mira lo que ha cazado el gato! —exclamó Baba al abrirme la puerta, volviéndose hacia el interior de la casa para llamar a Joanna.

—*Mein Gott*, ¿ese hombre te hace preñada y te devuelve a nosotras? —preguntó Joanna nada más verme en la puerta con la abultada maleta, uno de cuyos cierres había estallado. Llevaba puesto un vestido de verano de los que yo había dejado allí; era gracioso verla así vestida. Debía de haberlo ensanchado. Baba llevaba pantalones vaqueros y una blusa con mangas a la sisa. Hacía mucho calor.

—No, solo vengo unos días para echar una mano a Baba con el equipaje y poder despedirme —dije, risueña, y me hicieron pasar.

Joanna estaba preparando limonada con unos polvos amarillos. La ventana de la cocina estaba abierta y la cortina floreada se hinchaba suavemente bajo la hoja de guillotina. Vi mi bici afuera y pensé con melancolía en todo lo que me había sucedido desde que montara en ella por última vez. Baba empezó a interrogarme y enseguida me vine abajo.

—Mi madre tiene toda la razón —dijo—: los hombres son todos unos cerdos.

—Verdad, es verdad —terció Joanna, porque Gustav no estaba en casa—. Fumar y beber y empezar a gritar si yo enfado. Yo misma estoy muy nerviosa y no puedo decir nada.

—Deja hablar a Cait —la calló Baba, que estaba macilenta debido a su última desventura y fumaba más que nunca—. ¡Vente conmigo a Inglaterra! —me propuso—. Nos lo pasaremos pipa. ¡Seremos bailarinas eróticas en el Soho!

Al viernes siguiente se marcharía a Inglaterra, pues sus padres le habían permitido sacar del banco el dinero de su seguro tras asumir por fin que su hija jamás se presentaría a unas oposiciones. Les había contado que se iba para estudiar enfermería.

—¡Enfermería! Como si yo pensara dedicarme a afeitar a la gente y cambiar sábanas. Yo me voy al Soho, que es donde hay movimiento. Deberías venirte conmigo.

—Qué va, Eugene querrá que vuelva con él —contesté, y les hablé de la nota que le había entregado al botones.

Joanna nos puso a ordenar la sala de estar para que estuviera presentable cuando él llegara. No dejaba de ser gracioso que tuviera que quitar el polvo a un ficus en un día de verano, cuando unas preciosas flores alegraban el jardín trasero. Habían florecido los alhelíos y las peonías estaban a punto. No esperaba que apareciera antes de las tres y media o las cuatro, pues bien sabía yo que primero almorzaría con Simon y Mary como si nada hubiera pasado.

—Ponle una copa —ordenó Baba a Joanna a las cuatro menos cuarto.

Me había sentado junto al ventanal, levantando el visillo. Algunas veces lo dejaba caer, convencida de que Eugene vendría en el momento en que dejase de vigilar la entrada. Me temblaban las manos, y sentía náuseas.

A las cuatro y media, en vista de que no llegaba, Baba se acicaló y fue a

buscarlo. Yo me deshice en excusas, aferrándome a ridículas esperanzas, como una suele hacer en momentos de desesperación. Me repetía: «No le han entregado la nota», «No se imagina dónde estoy», «Siempre se le olvida la dirección de Joanna», y con esas pobres ilusiones y una copa detrás de otra del licor de huevo casero de Joanna eché la tarde, yendo de la ventana a la puerta, de ahí al pasillo, arriba y luego abajo de nuevo, hasta que Joanna tuvo una de sus ideas brillantes y me puso a desbaratar un jersey. Escenifiqué mentalmente nuestro reencuentro, y me debatí entre mostrarme hosca al principio cuando Baba lo trajera o bien lanzarme directa a sus brazos.

Entretanto, apareció Gustav para el té y me estrechó la mano, y también Gianni, el otro inquilino, más presuntuoso que nunca.

—¿Qué tal ha ido en el campo? —me preguntó—. ¿Has visto mucha vida salvaje?

—¿Vida salvaje? —repetí, llevándome mi taza de té a la salita en la que Joanna almacena baldes con huevos en salmuera y manzanas en los alféizares de las ventanas.

—Baba ya debería haber vuelto —le dije a la ninfa de escayola de lo alto de la chimenea cuyas mejillas Joanna coloreaba de tarde en tarde, pues en aquella habitación todo se ponía mohoso. El techo tenía goteras.

Al fin oí que se abría la puerta y salí como una bala. Solo estaba Baba.

—¡Baba, Baba! —exclamé.

Tenía las mejillas arboladas y comprendí que había tomado una o dos copas.

—Sube conmigo —me dijo, haciendo un mohín en dirección a la puerta del comedor para darme a entender que no quería que los otros escuchasen lo que tenía que decirme.

—¿Está afuera? —le pregunté al tiempo que subíamos enganchadas del brazo al dormitorio que antiguamente compartíamos. Cerró la puerta—. ¿Dónde está?

Me miró con franqueza durante un segundo y a continuación dijo:

—Se ha ido a casa.

—¿Sin mí? —Me había quedado de piedra—. ¿Es que no va a venir a buscarme?

—No —contestó, con un suspiro—, no va a venir.

—¿Se ha ido con la tal Mary?

—¡Valiente majadera! Todo le parece «maravilloso, encantador». Y tú decías que era guapa. ¡Por Dios, si no nos llega ni a la suela de los zapatos! Y encima lo único que llevaba puesto era una combinación y un collar que le llegaba al ombligo. La he mirado a matar —me dijo Baba con una sonrisa triunfante.

—Pero ¿dónde está esa? ¿Se ha ido con él?

—Es una imbécil de campeonato, le ha dado un dolor de barriga y el espía de la barba se la ha tenido que llevar a casa. «Vaya, vaya», me dice. «Vaya toalla», le he contestado yo. ¡Eres demasiado blandita con los tiburones como ese tipo!

—¿Y qué pasa con Eugene? —pregunté.

—Siéntate —me dijo, ofreciéndome un cigarrillo.

Empezó:

—Le he contado que estabas aquí y me suelta: «¡Naturalmente!». Entonces me ha pedido un *brandy*, y cuando los otros dos se han quitado de en medio le he contado que estabas sufriendo mucho y él me ha contestado que ya había tomado una decisión con respecto a ti...

Me puse a temblar de la cabeza a los pies y me agarré a la ropa de cama, preparándome para lo peor.

—Dice que tu lugar está aquí —dijo Baba sin rodeos—. Que las parejas de hombres mayores con jovencitas quedan muy bien en los libros, pero en la vida real no funcionan. Que te quedes aquí —y señaló las dos camas de hierro— hasta que madures un poco y él vuelva del proyecto ese con las alcantarillas en América. ¿Te encuentras bien?

Asentí con la cabeza, sollocé y apreté tanto la colcha de satén que Baba pensó que la iba a romper. Entonces me tumbé en la cama boca abajo y empecé a llorar y a gemir.

—Por lo que más quieras, no vayas a tener un ataque de nervios —me rogó, cogiéndome de los hombros para incorporarme—, ni convulsiones ni nada de eso. No te desquicies.

—¡Tengo todo el derecho del mundo a tener un ataque de nervios y a desquiciarme! —bramé a la vez que llegaba Joanna, que soltó algún comentario compasivo y luego le pidió a Baba que retirara la colcha de la

cama para que no la destrozara. No me había quitado los zapatos. Baba me empujó al filo de la cama y yo me senté en el suelo, golpeando el linóleo marrón mientras ellas doblaban la colcha y la guardaban en un cajón.

—Un poquito histérica, ¿no? —observó Joanna, y Baba recordó que a nuestro amigo Tom Higgins lo habían encerrado en el manicomio de Grangegorman por mucho menos. Había besado a una monja en O’Connell Bridge porque le había recordado a su difunta hermana, que había muerto de tuberculosis en la cama contigua a la que Baba ocupaba en el sanatorio; y, antes de ella, a su hermano lo habían matado en España.

—Yo me voy con Eugene, me voy a buscarlo —dije, poniéndome de rodillas.

—No, de eso nada —replicó, firme, Baba—. No quiere saber nada de ti.

—¡Sí que quiere, él me quiere! —chillé, y en ese momento acudió Gustav, que se quedó boquiabierto de la vergüenza y la sorpresa al verme de rodillas y hecha una magdalena, con el pelo todo alborotado.

—Señorita Caithleen, que es tan tranquila... —dijo, a lo que yo pensé: «Sí, antes era tranquila, pero me he convertido en una persona rebelde y corrompida por culpa de un maldito hombre»; me tumbé en el suelo y lloré.

Me metieron en la cama, me dieron pastillas y *whisky*, y luego más pastillas para que me calmara. Dormí con Baba en la cama pequeña, y en el duermevela creí que el brazo que me rodeaba el vientre era el de Eugene, y me espabilé, aliviada, solo para volver a enfrentarme a la cruda realidad y al vacío. En aquel momento lo añoré más que nunca. El brazo era el de Baba, pero yo percibía el olor corporal de Eugene, el aroma dulce y lánguido de su cuerpo en reposo, la oscura malla de pelo de su pecho, el color meloso de su piel y la calidez que nos había arropado noche tras noche. Permanecí despierta, con la razón nublada a causa de las pastillas y el llanto.

Baba había dejado de asistir a sus clases, de modo que sobre las once del día siguiente fuimos a una cabina y solicitó que la pusieran con el domicilio de Eugene Gaillard. La empleada de la centralita le explicó que la línea aún no estaba conectada y la invitó a intentarlo más tarde.

De regreso en casa, tomé asiento en el alféizar interior de la ventana y



contemplé las peonías que se estaban abriendo y las hojas de los abedules que alzaban el vuelo con el impulso del viento. Baba me trajo té y salió tres o cuatro veces a llamarlo, siempre sin éxito.

Pensé: «En este preciso instante, mientras la peonía se convierte en una flor roja, él está viniendo hacia aquí»; pero me equivocaba, porque cuando Baba por fin consiguió establecer contacto, ya a la noche, Anna le contó que el señor Gaillard se había marchado, llevando consigo una bolsa de viaje.

—Tal vez se haya ido un par de semanas a Londres o a algún otro sitio —aventuró Baba.

—¿Dos semanas? —repetí—. Si tengo que esperar tanto tiempo me volveré loca.

—Yo me voy este viernes a Inglaterra —me advirtió Baba, meneando el dedo índice—, que no se te vaya a pasar por la cabeza intentar retenerme. No me vayas a pedir que me quede para hacerte de enfermera. Hace meses que quiero irme de aquí, y no voy a permitir que nada ni nadie me haga cambiar de idea.

—No te voy a retener, Baba —la tranquilicé, segura de que él aparecería en cuestión de pocos días—. Él va a venir.

—¿Y si no viene?

—Sí va a venir.

—Pero ¿y si no viene? —Siguió un rato con lo mismo, y yo pensé que trataba de desalentarme porque estaba celosa. Volvió a preguntarme si no quería acompañarla a Inglaterra—. Allí lo verás. Puede que ya esté en Londres.

Era bastante posible, pues las diversas empresas para las que trabajaba tenían allí su sede. Sin embargo, supuse que lo más probable era que se hubiera ido a pasar la noche a algún hotel para pescar. Cada vez que algo lo preocupaba se iba a pescar; y bien sabía yo que me estaría echando de menos.

Esa noche no le prometí a Baba que iría con ella a Inglaterra, pero al día siguiente volvió a la carga y no me quedó más remedio que decirle que quizá la acompañase, aunque en el fondo no lo tenía nada claro. Los preparativos me dieron algo en lo que ocupar los pensamientos, y también me pareció que sería una buena manera de demostrar a Eugene lo independiente que era. Le escribí poniéndolo al tanto de mi partida, y en el sobre indiqué URGENTE Y

PERSONAL.

Entretanto, Baba seguía planeando nuestro viaje. Llamó por teléfono a su madre para que le contase a mi padre que había dejado a Eugene y que me iría a Inglaterra con ella. Mi padre recibió la noticia con ilusión. En una carta alabó mi lealtad hacia la familia y la religión. A modo de recompensa, me envió cincuenta libras que sin duda habría recaudado pidiendo prestado al primo Andy y a otros parientes bien situados. Querían que pasáramos por el pueblo unos días antes de marcharnos, pero Baba le explicó a su madre que no había tiempo. Baba ya había comprado los billetes; por mi parte, mantenía la romántica idea de que podría solicitar la devolución del billete o dárselo a algún pobre cuando Eugene apareciera. Estaba convencida de que tenía que venir; de no ser así, lo nuestro habría carecido de todo sentido.

Volví a escribirle, proponiéndole que nos viéramos para tomar una copa y despedirnos. Preferí eludir la crisis de histeria porque sabía que en cuanto me tuviera delante volvería a amarme y querría protegerme de nuevo. La gente reaccionaba de esa forma conmigo, me dije: «Me olvidan fácilmente, pero cuando vuelven a verme experimentan de nuevo atracción y una suerte de deseo de protegerme».

No recibí respuesta; y en dos ocasiones me dirigí a la cabina telefónica para llamarlo, pero el terror o el orgullo me impidieron descolgar el auricular. Por lo demás, no me apetecía hablar con él por teléfono; lo que quería era que viniera a verme. A decir verdad, lo que más temía era la posibilidad de descubrir que se hubiera marchado.

Baba y yo salimos con frecuencia para despedirnos de los conocidos, comprar ropa y lencería nueva, ir a la peluquería y quedar con los amigos de Baba. Algunas veces, en plena taberna, me asaltaba la idea de que estaría esperándome en su coche deportivo delante de la casa de Joanna; entonces huía de mis amistades para coger un taxi de vuelta a casa, solo para sufrir una nueva decepción.

Lo peor eran las noches: no dejaba de imaginarlo sentado en su estudio, escuchando música y deslizando las piezas de marfil por el tablero de ajedrez, o desnatando la leche para no morir de trombosis a los cincuenta. Las

ampollas que me habían salido en la cara interior de los labios intensificaban el doloroso deseo de estar junto a él. Y no paraba de pensar en cuando dijo que las chicas somos como piedras, pues anhelaba demostrarle que se equivocaba.

Transcurrieron cuatro días con sus cuatro noches. Habíamos fijado nuestro viaje para el quinto día. Baba había reservado un camarote doble y guardaba los billetes en un sobrecito de papel celofán. En cuanto a mí, le seguí la corriente: hice las maletas como si realmente fuese a marcharme, aun sabiendo que nada más subir al barco él estaría allí, con aire sombrío; y cuando me diera un toque en el hombro y dijera «Kate» yo daría media vuelta y me iría con él. Le había detallado en una carta a qué hora zarpábamos y desde dónde para asegurarme de que vendría.

## 20

Durante nuestro último día fuimos a comprar etiquetas y bramante. Mandamos un pan de pasas y veinte cigarrillos a Tom Higgins, que estaba interno en un hospital psiquiátrico (nos daba miedo ir a visitarlo), y Joanna sirvió pollo en el almuerzo para celebrar nuestra inminente partida.

Después de comer, guardamos las cosas de última hora y Joanna no dejó de darnos la lata para que le regalásemos algo de ropa y los perfumes que estaban a punto de acabarse. Baba rellenó tres frascos con agua para que se quedara contenta.

Una vez que estuvo todo listo fuimos de casa en casa a decir adiós a los vecinos, y Baba vino conmigo a despedirme del señor y la señora Burns a la tienda donde había estado trabajando. El señor Burns me regaló una libra y me dijo que Dios me había salvado de aquel malvado. Nadie salvo Baba parecía darse cuenta de que lo único que yo quería era volver con Eugene.

—¡Anímate! Cuando estemos en Londres podrás escribirle, y le permitiremos que nos saque a cenar a buenos restaurantes —me dijo mientras caminábamos de vuelta a casa.

Respirábamos el aroma de los majuelos que transportaba el viento desde los arbustos de los jardines. ¿Vendría o no? Dos o tres veces estuve a punto de pedirle a Baba que volviera a llamarlo, pero lo descarté: podría echarlo todo a perder y disuadirlo de que viniera.

En el jardín delantero de casa, las peonías se habían abierto del todo en un carmesí profundo y brillante. Joanna acababa de regar y la humedad resultaba muy agradable. Él aún no había aparecido. Baba había quedado con Body y con Tod Mead en una taberna del puerto.

Llegó un taxi a buscarnos a las seis y Gustav ayudó al conductor con las

maletas. Cuando todos estuvieron dentro del vehículo, volví corriendo a dejar una nota bajo la aldaba: «Estamos en la taberna frente al barco», para que supiera dónde encontrarnos. No quería que Joanna se enterase de que había dejado una nota, porque según ella eso atraía a los ladrones.

El local era muy oscuro, la decoración imitaba el interior de un barco y había botellas de diferentes tamaños con barquitos en su interior dispuestas a lo largo de la repisa de la chimenea; en una de las paredes pendía un retrato de Robert Emmet. Yo dibujaba círculos en el serrín con la punta del zapato y me preguntaba cuánto tiempo sería capaz de aguantar sin llamarlo por teléfono.

—Venga, Caithleen, guapa, ánimo —me dijo Body, ofreciéndome un ron con limón, que no me gustaba.

—Si por casualidad os topáis con algún editor, avisadme —nos pidió Tod Mead, que acariciaba la imprecisa idea de escribir una novela y hacerse famoso.

—¿Cómo está Sally? —me interesé.

No la conocía, y sin embargo me inspiraba mucha lástima desde que Baba se quedara embarazada.

—Está fenomenal, volcada en la jardinería —contestó, y, a pesar de que quise insistir para preguntarle cómo estaba en realidad, no dije nada más. Su ligera irascibilidad frenaba cualquier tentativa de preguntarle por cosas de veras importantes—. ¿Cómo meterán los barcos en las botellas? —dijo, indicando con la cabeza un navío blanco dentro de una botella alargada. Cambiar de tema, desviar la conversación hacia un asunto trivial, era su manera de sortear los problemas. Lo recordaría así, con sus ojos azules y secretamente amargado, con aquel viejo abrigo beis de Crombie con un nudo donde debía estar la hebilla del cinturón y afirmando ser una eminencia en vinos, en escritores americanos y en barcos en las botellas.

Dos alumnas del Trinity College vinieron a despedirse de Baba, y ella trató de lisonjear a una de ellas para que le regalara la bufanda del centro y poder lucirla en Londres.

De improviso, mientras la observaba a ella y escuchaba a Tod, me levanté, víctima de un arrebato.

—Voy a llamarlo —le dije a Baba.

—Vale, pues llámalo, nadie te lo impide —contestó ella al tiempo que se enroscaba la bufanda de rayas.

El teléfono estaba en la entrada. Me hice con un chelín y varios peniques, y aguardé varios minutos a que la centralita me conectara con su número.

Respondió Anna.

—No, no está —me gritó. Se notaba que era la primera o la segunda vez en toda su vida que usaba un teléfono.

Acto seguido la voz se atenuó y tuve la impresión de que se había vuelto para decirle algo a otra persona.

—Anna, me voy a Inglaterra y solo quiero despedirme de él. Dile que venga a decirme adiós.

—Pero es que no está —repitió—. Ha salido al campo, te lo prometo. —Al oír mis sollozos, añadió—: Si llega pronto, haré que vaya corriendo a verte. ¿Dónde estás? ¿Hasta cuándo estarás ahí?

Tuve que vociferar para preguntar cómo se llamaba la taberna, y varios clientes me dieron el nombre a voces.

—Ay, Dios, te irá muy bien marcharte a Inglaterra —me dijo Anna—. Tesoro, estoy en un buen lío, otra vez me he metido en un berenjenal, ¿me podrías mandar algunas pastillas?

—Veré lo que puedo hacer —accedí—. ¿Está ahí?

—Que no está, aquí no hay nadie salvo el niño y yo. Envíame las pastillas, ¿vale?

—¿Me enviarás tú a Eugene antes de que me vaya?

—¡Si llega a tiempo, se lo diré!

—Anna, le escribí varias veces.

—Ya lo sé, en la mesilla del recibidor hay una pila de cartas sin abrir.

Aquella era la cualidad que más admiraba de él, esa solitaria fortaleza que le permitía posponer días o semanas un gozo o el momento de abrir una carta que sabía problemática.

Pregunté a Anna si la americana, Mary, había vuelto a la casa.

—Por aquí no ha venido nadie más que el hombre de las ratas; esto parece un monasterio desde que te marchaste. Él pasó un par de días fuera, y desde que volvió parece un monje, todo el día encerrado en sí mismo. ¿Me mandarás las pastillas? —rogó, y en ese momento se me acabaron las

monedas, me despedí y volví a la mesa, más desanimada que nunca. Rememoré sus ojos castaños tal y como los había visto por última vez en el hotel, cargados de melancolía y de la convicción de que yo no era la chica que se había imaginado. Una piedra, había dicho. Pensé en las piedras que estallan cuando el sol aprieta, y en los delicados cantos rodados del lecho de un río que yo conocía bien.

Cuando nos dispusimos a salir de la taberna dejé una nota en la que explicaba que estábamos en el barco; aún conservaba la esperanza de que apareciese. Se hacía tarde, y me lo imaginé atravesando la montaña a toda velocidad para venir a por mí. Anna me había prometido que saldría a buscarlo, pero lo cierto es que podía estar en cualquier parte.

Body conocía al comandante del barco y se las ingenió para que permitieran subir a bordo a todos nuestros acompañantes. Soltó propinas a varios mozos y entramos en tropel. Baba sujetaba su billete con los dientes para mostrárselo al revisor, pues tenía las manos ocupadas con flores, bolsos de viaje y un chubasquero rojo nuevo. Mientras recorría la pasarela, pensé que aún estaba a tiempo de darme la vuelta y esperarlo, porque tarde o temprano vendría. Pero seguí adelante, azuzada por la voz afable de Body y por alguien que me golpeaba por detrás con la esquina puntiaguda de una maleta.

En nuestro diminuto camarote no cabía un alfiler: estaban Tod, Body, Joanna, Gustav y los varios ramos de flores despachurradas que nos habían regalado. Body hizo circular una botellita de *whisky* irlandés y nos animó a dar un buen trago.

—Yo no, cojo gérmenes —dijo Joanna.

Estaba bastante achispada debido a las copitas de jerez que había tomado, y Body le descolocó el sombrero para que todo en ella estuviese asimétrico.

—Jesús encuentra a su afligida madre —le dijo, y eso me hizo recordar la noche del baile de gala y cuando, más tarde, Body tuvo un encontronazo con Joanna en las escaleras de casa. Y, por espacio de un instante, todos nos pusimos tristes, hasta que Body bramó—: ¡Baba! ¡Caithleen! ¡Por vuestra salud y vuestra buena estrella! Conservad vuestra dulzura ¡y no cambiéis nunca! —La última frase la canturreó, y, acariciándole el trasero a Baba, la

cogió en brazos.

—¡Por Dios! —exclamó ella tras golpearse la cabeza con la lámpara blanca de porcelana.

Sonó un timbre y una voz imperativa anunció que debían desembarcar todos aquellos que estuviesen a bordo y no fueran pasajeros.

—¡Moisés bendito! ¡Que vamos a tener que hacer el canal a nado! —gritó Body, a lo que Joanna replicó con uno de sus *Mein Gott!*, y Tod se levantó el cuello del abrigo y nos bendijo con la señal de la cruz para hacernos reír.

Se precipitaron a la puerta y nos dejaron allí con las rosas aplastadas y la botellita de *whisky* con saliva de las varias bocas por las que había pasado.

—No ha venido —le dije a Baba; me rodeó con sus brazos y nos echamos a llorar—. Me voy a volver loca, me voy a volver loca —le dije entre sollozos.

—Anda, déjate de manicomios —respondió—. Espérate a que lleguemos a Inglaterra, ¡allí todo es gratis! —Eso le recordó que llevábamos mucho dinero encima y agregó—: ¡Los bolsos! Por Dios, el dinero... —Y tiró de la cama los abrigos y las cajas hasta que encontró los dos bolsos debajo de los numerosos paquetes envueltos en papel de estraza.

En el último momento habíamos descubierto que las maletas no bastaban para guardar toda la ropa, de modo que tuvimos que llenar varias cajas. Baba decía que íbamos a necesitar una carretilla para sacar todos los bultos cuando atracásemos en Liverpool.

—Esta noche no dormimos —me advirtió—. Nunca se sabe. ¿Mira que si entra alguno en el camarote para violarnos y robarnos el dinero?

—Nunca lo olvidaré —le dije a la vez que iba a enjugarme los ojos frente al espejito del lavabo.

—¿Y quién dice que tengas que olvidarlo? —replicó—. Pero venga, arriba ese ánimo, ¡que nos lo vamos a pasar en grande en el Soho!

El altavoz volvió a emitir un mensaje, y puse atención, temblorosa, por si era él. Pero no.

—A simple vista, ¿dirías que soy una mujer con cierto pasado? —le pregunté.

Ya no tenía que meter las mejillas hacia dentro para parecer más delgada. Dirigiéndose al espejo, respondió:



—Lo que está claro a simple vista es que llevas lo menos seis meses sin dormir en condiciones.

Y a continuación, para entretenerse, pulsó los dos timbres que había junto a la litera para ver qué pasaba. Llegó un camarero.

—Lo he hecho por hacer la gracia —reconoció Baba; el hombre examinó el caos de nuestro camarote: ropa por el suelo, flores tiradas, yo hecha un mar de lágrimas y ella con la botella de *whisky* en el regazo. Hizo un movimiento de negación con la cabeza y se fue por donde había venido—. Más les vale ser amables, o ya verán la propina que les dejamos mañana —añadió en voz muy alta.

—«Una piedad inefable se esconde en el corazón del amor» —dije, achispada a causa del *whisky*, tratando de hallar consuelo en las palabras<sup>[16]</sup>.

Baba se llevó las manos a los oídos.

—No, no, por Dios bendito, ¿ya estás otra vez recitando ripios de tarjetas de pésame?

—Siempre se lavaba los calcetines y yo les metía unos cachivaches metálicos que él mismo hacía para que no se deformaran —dije—, y un día se le encogieron los pantalones de pana porque los había lavado en agua caliente, así que tuvo que dejarlos para el espantapájaros.

—Pues ¿sabes lo que te digo? Yo creo que no estaba muy bien de la cabeza, y que estarás mejor sin él. —Se dio una palmadita en la frente—. Seguro que se mete a monje.

El barco empezó a retumbar, me bamboleé un poco y Baba exclamó: «¡Ya zarpamos! ¡Corre, vamos a salir a decirles adiós!». Y me agarró de la mano y subimos corriendo a cubierta para ver Dublín por última vez. Body y los demás seguían en el muelle, meneando la mano, los sombreros y los periódicos de la tarde, pero de él, ni rastro.

—Body es honesto —le dije a Baba, haciendo mías las palabras de mamá.

Baba agitó un pañuelo limpio, nos apoyamos en la barandilla y sentimos que el barco se movía, y vimos que el agua sucia que teníamos debajo formaba remolinos.

—Es como tirar de la cadena de cien retretes a la vez —observó Baba mientras contemplaba el agua espumosa, a la vez que las gaviotas alzaban el vuelo y nos seguían, despacio.

Me costaba trabajo creer que nos moviéramos de veras, que estuviésemos yéndonos de Irlanda; y entre las lágrimas distinguí a nuestros amigos que nos decían adiós, las grullas y los barcos fondeados y la larga y anodina extensión del puerto que dejábamos atrás. Y, poco a poco, la ciudad de Dublín empezó a desaparecer bajo el crepúsculo malva de una noche de mayo; la ciudad donde lo besé por vez primera junto al edificio de la aduana; la ciudad donde me habían sacado dos muelas y donde había empeñado uno de los anillos de mamá; la ciudad que yo tanto quería. Ambas llorábamos.

—Ay, el pobre Tom Higgins, encerrado en el manicomio —dijo Baba como si llorase por él, pero yo pensé: «También llora por ese trocito de ella que ha perdido, por las desilusiones y por todos los chóferes de autobús con los que ha flirteado».

Ahora podíamos ver la playa de Dollymount, donde había estado primero con el señor Gentleman y luego con él; enamorada en ambas ocasiones. Reproduje mentalmente las dunas salpicadas de hierba y juré no volver a poner el pie en aquel lugar, con amor o sin él. Nos dio frío, pues se nos había olvidado ponernos los abrigos, y las farolas no tardaron en encenderse a lo largo de toda la bahía en cuanto oscureció.

Debajo de donde nos encontrábamos, los viajeros de tercera clase habían sacado las bebidas a cubierta, y cantaban y se acodaban en la barandilla.

—Ahí abajo nos lo pasaremos mucho mejor que aquí —dijo Baba. En primera los pasajeros eran sobre todo sacerdotes y matrimonios.

Las gaviotas nos seguían despacio y sus graznidos desencadenaron un grito dentro de mí. Gradualmente el cielo fue oscureciéndose; una bruma se alzó desde el mar; asomaron las estrellas.

—He traído unas pastillas por si el maldito barco nos da ganas de vomitar —advirtió Baba, y volvimos al interior para tomar tres comprimidos cada una, con la esperanza de no ponernos malas.

Lo añoré entonces más que en cualquier otro momento; era espantoso yacer en aquel camastro, con la certeza de que había preferido no venir a buscarme.

—Como me descomponga, se nos aguará la fiesta —dijo Baba, soltando un eructo, y al punto se colocó una toalla de manos sobre el vestido nuevo por precaución—. Recuérdame que rapiñemos unas toallas —añadió, y

entendí en ese momento que, si alguien podía salvarme de la locura, era Baba, con su vocecilla irritante y parlanchina.

—¡Allá vamos! —gritó, alzando con júbilo los brazos al techo—. ¡Allá vamos! ¡Tomen nota, periodistas de Inglaterra y América!

Y entretanto el barco, bautizado *Hibernia*, avanzaba seguro a través de la noche negra, hacia el alba de Liverpool.

## 21

Trabajo en una charcutería de Bayswater y estudio Filología en el turno de tarde de la Universidad de Londres. Baba trabaja en el Soho, aunque no en un club de *striptease*, como a ella le habría gustado. Es aprendiz de recepcionista en un gran hotel. Ambas compartimos un apartamento de una sola habitación, y cada dos semanas la tía nos manda un paquete con mantequilla. Baba dice que quedamos como un par de imbéciles cada vez que vamos a recoger el triste paquetillo amarrado con bramante deshilachado, y yo no me canso de explicarle a mi tía que aquí la mantequilla no está racionada, pero ella sigue en sus trece. Es la única manera que tiene de expresar su cariño.

El verano está siendo muy caluroso, y siento añoranza del campo y de la suave brisa. A veces pienso en un riachuelo oscuro de montaña, con sauces y retamas a los lados, y rememoro el día en que lo acompañé a pescar y él llevaba unas botazas para vadear la corriente. En los momentos más insospechados, en el último metro, o cuando me asomo a la ventana para refrescarme (no nos permiten bajar al jardín), me pregunto por qué lo abandoné, por qué no me aferré a él con uñas y dientes, igual que los percebes en las rocas.

Me escribió al poco de llegar aquí; una carta muy bonita en la que me decía que era una chica encantadora y se lamentaba de no haber sido más joven (de espíritu) o de que yo no hubiera sido algo mayor.

Respondí a esa carta y él volvió a escribirme, pero ya hace un par de meses que no sé nada de él, así que supongo que habrá vuelto con su esposa, o que estará muy atareado en Sudamérica con aquel documental sobre irrigación.

Si volviera a verlo, me lanzaría a sus brazos sin pensarlo, pero, aunque

jamás volvamos a encontrarnos, conservo una imagen mental en la que camina por el bosque y me dice, a propósito del temor a que me abandone, que la experiencia de conocer el amor y de estar destinado a recordarlo algún día es la suerte común de la mayoría de la gente.

—Todos nos abandonamos en algún momento. Morimos, cambiamos (sobre todo esto último), dejamos de sentir afinidad con nuestros mejores amigos, pero, aunque te abandone algún día, te habré transmitido una parte de mí, serás una persona distinta por el hecho de haberme conocido; es inexorable... —me dijo.

Y es del todo cierto. Hasta Baba se da cuenta de lo mucho que he cambiado, y me dice que como no deje de estudiar por las noches acabaré hecha una pobre desgraciada con gafas y zapatos planos. Lo que Baba no sabe es que por fin estoy aprendiendo a ser yo misma, y cuando sea capaz de expresarme imagino que no me sentiré tan sola ni tan lejos del mundo al que él trató de llevarme demasiado pronto.

**Chicas felizmente casadas**

# 1

Hace poco nos lamentábamos Kate Brady y yo, mientras tomábamos unos tristes *gin fizz* en un bar del centro de Londres, de que nada nunca iría a mejor en nuestras vidas, de que moriríamos en el mismo estado en que nos encontrábamos: bien alimentadas, casadas, insatisfechas.

Siempre hemos sido amigas. De niñas, en Irlanda, dormíamos juntas y yo solía empujarla para que se cayera de la cama con la esperanza de que se partiera la crisma. Me caía muy bien y todo eso (por supuesto, le tenía unos celos mortales), pero era demasiado tranquilona, demasiado buenaza; ya sabéis, esa bondad inútil que consiste en preguntarle a la gente cómo está y qué tal sus padres. En la escuela me escribía las redacciones, y en el internado nos mantuvimos muy unidas porque las otras ochenta niñas eran aún más ñoñas que ella, que ya es decir. Cuando nos largamos del internado fuimos a parar a un cuchitril de mala muerte forrado de linóleo, en Dublín, y luego recalamos en otro tugurio aquí en Londres, donde, en un periodo de año y medio, nos invitaron a tres cenas como Dios manda a cada una, lo cual se tradujo en seis cenas por cabeza, porque habíamos acordado que cada vez que a una la invitaran a salir debía traer comida para la Cenicienta. La de bolsos que estropeé por culpa de esa norma...

No llevábamos ni un año aquí cuando Kate se reencontró con Eugene Gaillard, un cascarrabias a quien había conocido en Irlanda. Retomaron las relaciones, se enamoraron —o eso decían ellos— y no tardaron en airearlo a los cuatro vientos. La boda se celebró en la sacristía de una iglesia católica. Tuvo que ser así; no podrían haberse casado en el altar porque él estaba divorciado y ella iba preñada hasta la boca. Yo fui dama de honor: me puse un pañuelito rosa de gasa y un sombrero con velo que me costearon ellos.

Parecía yo la novia. Kate llevaba un vestido premamá de rayas, muy holgado, y tenía un aspecto más aññado que nunca. Es de esas mujeres que siempre tendrá cara de no haber roto un plato, aunque tuviese a su madre encerrada en un armario. El cura no le miró la tripa ni una sola vez.

Cuando salimos, Eugene nos metió prisa para que subiéramos al coche. Me extrañó, porque él es el típico tiquismiquis que se pone a dar mil y una instrucciones antes de permitirte que te montes en su coche: «No apoyes los pies en el estribo; no reclines tanto el asiento; no alces tanto el otro asiento». Todo para darse importancia... Pues bien, esta vez salió disparado, como si condujera un bólido, y para colmo riéndose a carcajadas, cosa nada propia de él. «¿Qué pasa?», le pregunté. «Que el buen padre se va a llevar una sorpresita», me dijo, y entonces Kate exclamó: «¿Qué?», igualito que una señora esposa.

Al parecer, en el sobre que le había entregado al cura había metido, en lugar de las veinte libras que costaba la ceremonia, un billetillo anaranjado de diez chelines irlandeses acompañado de varios rectángulos de papel para que el sobre abultase más. Al oír esto, Kate se enfadó muchísimo y se le puso el rostro todo colorado. Eugene le echó en cara que era una aldeana y que lo seguiría siendo toda su vida, a lo que ella replicó que él era tan tacaño que no le dejaba comprar la canastilla para el bebé. Fue una indirecta, porque él había estado casado antes y todavía tenía guardado un cochecito y los picos de su otra hija. Eugene le dijo que no tenía educación alguna, y que si se iba a poner grosera mejor se bajara del coche. Insistió en que donaría las veinte libras a una organización menos dañina, y ella le contestó: «Muy bien, pues hazlo; párate junto a alguna pobre mujer y dale veinte libras», pero él se mantuvo muy tieso, agarrado al volante, y se fue directo a un restaurante muy mediocre del Soho donde desayunamos sin mucho jolgorio y bebimos una botella de vino espumoso. A él le gustó tanto que se guardó la etiqueta mojada en la cartera para no olvidarse de la marca. ¡Para la próxima boda! Kate le puso cara larga, y a mí no me hizo ninguna gracia el chiste.

Se fueron a vivir al campo en cuanto nació el niño, y por esa época Kate me escribió una carta que todavía tengo guardada. No sé por qué no la he tirado. Decía:



Querida Baba:

Estamos en un valle que da a una colina plagada de helechos dorados, y en los árboles, que empiezan a echar brotes, están anidando muchos pajarillos. Tenemos una casa gris de piedra con tejas de pizarra. Por dentro hay vigas de madera y las paredes son encaladas, y tenemos jarrones por todas partes; las planchas del suelo crujen mucho, y Eugene me quiere. Es muy emocionante tener un hijo y estar en un valle y sentirse amada; es más maravilloso que todas las cosas que tú y yo hayamos podido experimentar en nuestros mejores tiempos.

Con cariño,

KATE

¡«Con cariño, Kate»! Por aquella época yo era muy infeliz. Habría sido más apropiado un «Sin cariño, Kate». Esa misma noche me puse mis mejores galas y fui a un club irlandés. Quiso la casualidad que conociera a mi constructor.

Se llamaba Frank y andaba despilfarrando dinero y contando chistes a toda la parroquia. Reproduciré aquí uno de aquellos chistes, para que os hagáis una idea de lo falta de cariño que yo estaba: dos hombres vestidos como para ir de caza van con una mujer descomunal; ¿qué le dice uno al otro? «Una buena pieza». Cuando el personal va borracho se ríe de lo que haga falta, siempre y cuando no ande discutiendo o a puñetazo limpio.

Total, que esa noche me acompañó a casa, me ofreció dinero (siempre se siente en la obligación de ofrecer dinero a la gente que le va a negar algo) y preguntó si me parecía un hombre educado. ¿Educado? Era un tipo grandote y basto con el pelo grasiento y las cejas unidas. Así que le contesté: «Cuídate del cejijunto, pues en su corazón anida la argucia». ¡Y, bendito sea Dios, la siguiente vez que nos vimos se había depilado los pelillos que le quedaban por encima de la nariz rota! Es tan corto de entendederas que no comprendió que precisamente lo importante era que tuviera las cejas juntas. Corto de entendederas, aunque de buen corazón. Las personas así de vulnerables siempre tienen buen fondo —al menos así lo veo yo—. Otra cena. Dos cenas en una misma semana y un ramo de flores. Lo primero que pensé al verlas fue que podría revenderlas por separado, así que se las ofrecí a las chicas que vivían en los cuartos de arriba y de abajo; dijeron todas que no, salvo una

cretina que quiso comprarlas. Cuando la muchacha fue a sacar el monedero tuve un arranque de avaricia y le dije: «Toma, solo te vendo la mitad», y así fue como me quedé con medio ramo. Cuando esa noche vino a recogerme, Frank contó las flores que yo había colocado en una lata de pintura, a falta de jarrón. Y no os vais a creer lo que hizo: ¡cogió y telefoneó a la floristería para quejarse de que lo habían timado! Tendríais que haberlo visto despotricar en el teléfono del pasillo, repitiendo que él había encargado tres docenas de rosas de Armagh y que eran unos canallas y que acababan de perder un cliente. Y yo allí, en el cuarto de al lado, mordiéndome la lengua para no morirme de risa. «Puede que no seas muy educado —le dije—, pero eres un comerciante nato. Llegarás lejos». Al final el florista mandó más rosas y yo tuve que comprar en Woolworths un jarrón de plástico de dos chelines, porque sabía que la lata de pintura se volcaría si le ponía una sola rosa más.

Me sorprendió que no me propusiera que nos acostásemos hasta al menos la sexta cena. No sabía si tomármelo a mal. La noche en que por fin sacó el tema iba borracho como una cuba, y mi helada choza no tenía nada de nidito de amor. Las rosas se habían marchitado, pero no las había tirado aún, y mi cama era tan pequeña que los pies se le salían del colchón. Me tumbé a su lado (sin deshacer la cama, sobre el edredón) con la ropa puesta. Naturalmente, Frank me rompió la cremallera cuando estaba trasteando con ella, y yo me dije: «Espero que me deje dinero para el arreglo, aunque da lo mismo: por mucho dinero que me dé, me haría falta un título para poder arreglarla, de lo complicado que es coser una cremallera». Estaba segura de que la cama iba a desplomarse. En esa clase de situaciones uno siempre sabe cuándo la cama no va a resistir. Total, que al final consiguió bajarme la cremallera y cuando me quedé en camiseta interior (hacía un frío que pelaba) me pasó los dedos por la tripa, que empezaba a crecer por culpa de las comilonas, las salsas y demás. Me di cuenta de que yo debía hacer lo mismo, así que lo desvestí un poco hasta que llegué a la piel y ¡sorpresa! Tenía la piel suave, nada que ver con su cutis rugoso. Se animó con el manoseo, al principio con ansia, hasta que se quedó traspuesto. El manoseo y las cabezadas se repitieron varias veces hasta que al final me preguntó: «¿Cómo se hace?», y en ese momento comprendí por qué no había intentado nada hasta entonces. Ay, estos irlandeses: especialistas en batallas, asedios y

masacres, pero desastrosos en la cama. De todos modos, me lo veía venir. Eso lo hizo cien veces más apetecible que a la mayoría de los depredadores con los que había salido anteriormente, que esperaban que yo les pagase el cine, me violaban en la última fila y luego se me metían en casa a zamparse mis latas de judías y, para colmo, exigían una sesión de sexo sorprendente y novedoso, sin importarles un bledo que me quedara embarazada, porque, claro, a ellos les gustaba natural, sin impermeable. Le preparé a Frank una taza de café instantáneo y cuando se quedó dormido le eché una manta por encima y apagué la luz. Yo me quedé en la butaca, repasando el año y medio que llevaba en Londres, los hombres que había conocido en ese tiempo y el hartazgo que me producía tener que mantener los tacones y la cara impecables para cuando llegara el Don Perfecto que se suponía tenía que llegar algún día.

Supe que terminaría con él. Era rico, desaliñado, el típico hombre que se acuerda de comprarte pastillas para el mareo antes de un viaje. No os lo vais a creer, pero en cierto modo me daba lástima lo mucho que le preocupaba no haber recibido una educación, o que lo timase un florista, o que los camareros lo tomasen por un paletto irlandés. Como si los camareros no fuesen unos paletos italianos. Yo podía mandarlos a tomar viento porque con mi descaro y mi guapura no tenía nada que temer, ni siquiera me importaba si caía bien o mal a la gente, que en el fondo es lo que más preocupa a casi todo el mundo. El que a la gente le caigas mejor o peor es cosa del azar, y, si acaso es culpa de alguien, es de los demás. Lo mismo pasa con el amor, solo que en mayor medida. En fin, resumiendo: me casé con él y celebramos una boda por todo lo alto, con mucho alboroto y hasta una alfombra roja para llegar al altar. Bueno, no era exactamente una alfombra, sino una especie de tela de pana. Pero ya me encargué yo de no hacer ningún comentario al respecto; de lo contrario se habría puesto hecho una furia allí mismo y habría llamado a los fotógrafos para que sacaran fotos que sirvieran de prueba. Nos casó el abad de uno de los monasterios que había construido la cuadrilla de Frank. La boda tuvo de todo, hasta discursos sobre *hurling*, sobre la felicidad y sobre toda clase de tópicos por el estilo. Llegaron noventa y cuatro telegramas. Más tarde me enteré de que Frank había dado instrucciones a la secretaria para que mandara muchos de ellos en nombre de varios obreros. Le habría dado un

soponcio si no hubiera recibido más telegramas que nadie o si su discurso no hubiese sido el mejor, cosa nada difícil si tenemos en cuenta al plantel de invitados que tuvimos. Estuvo semanas preparándolo, imaginaos. Hasta contrató cuatro sesiones con una logopeda a domicilio. Yo habría pagado dinero, pero por no hablar como aquella buena señora que no hizo más que dar chillidos y pasarse horas repitiendo «aaa» y «ooo». Era una de esas inglesas gordinflonas que siempre están comiendo pan; una repipi, eso es lo que era.

Como es natural, en la boda todos nos emborrachamos, y cuando nos disponíamos a subir al avión a París (yo me había cambiado y llevaba un traje sastre azul celeste), no nos dejaron pasar por el estado lamentable en que se encontraba Frank. Armó una escandalera, diciendo que no sabían con quién estaban hablando y que su mujer llevaba nada menos que un Balenciaga. En fin, al final nos quedamos en tierra, y si me quité un peso de encima fue únicamente porque no quiso acostarse conmigo aquella primera noche; aquella era mi única preocupación. Esa faceta suya era la que más me disgustaba. Me agradaba que tuviera dinero y que fuese un poco desastre, y no me importaba que me agarrase de la mano en el cine, pero no tenía ninguna prisa por acostarme con él. Todo lo contrario.

Incluso se lo confié a mi madre. Casi nunca hablaba con ella de nada, porque cuando cogí la escarlatina (a los cuatro años) ella no tuvo otra cosa que hacer que mandarme a una zona de habla gaélica para que aprendiera la lengua. En realidad su intención fue librarse de mí para no tener que cuidarme (ya que la criada estaba por aquel entonces de vacaciones), pero organizó la treta del gaélico para no quedar como una bruja. No llevaba allí ni un día cuando tuvieron que ingresarme. Me obligaron a dictarle cartas: «Querida mamita (“yo no soy tu madre, soy mamita”, solías decirme), ya me estoy poniendo buena, esta mañana he bebido zumo de naranja con pajita. Os quiero mucho a ti y a papi, querida mamita».

No es que quiera hacerme la mártir, simplemente, no hablaba mucho con ella, pero le comenté aquel suplicio físico y ella me dijo que no me preocupara, que apretara los dientes y lo soportase. Según ella, la mayoría de los matrimonios se echaba a perder por culpa de la atracción física, porque esta era como una especie de droga. «Droga» era la palabra comodín de mi

madre para cualquier cosa que sirviera para evadirse. Pero no le guardo rencor. Nunca he esperado que los padres provean de algo más que un certificado de nacimiento y, si acaso, algún que otro par de zapatos de vez en cuando. Me dio aquella respuesta porque a ella también le convenía. En realidad, así es como Frank nos ganó a todos: a golpe de billetera. Si mi madre estaba en Londres dándose la buena vida era gracias al dinero de Frank: pedicura, ropa nueva, cócteles a diario en los bares de los hoteles, tras lo cual íbamos todos (porque él nunca se ponía en movimiento si no era con un séquito de al menos diez o doce personas) a algún tugurio donde un pianista chabacano —hombre o mujer— tocaba de punta en blanco. Como si todo aquello tuviese algún interés. Pero mi madre disfrutaba de lo lindo. «Tu Frank es un buen hombre», me espetaba desde el otro lado de la mesa de alguno de aquellos espeluznantes agujeros, y a continuación lo buscaba con la mirada, alzaba su copa y exclamaba: «¡A ver, Frank...!», y ambos brindaban por mí, el puñetero chivo expiatorio. Veinte años atrás, ella ni siquiera le habría permitido usar el retrete del jardín de nuestra casa. Pensaréis que guardo mucho resentimiento hacia mi madre, pero no es así. Murió poco después de aquello. Tuvo cáncer de estómago y solo duró unos meses. Creo que en sus últimas veinticuatro horas de vida quiso luchar, a grito pelado; el día de su muerte la añoré más de lo que hubiese imaginado. En mi opinión, uno siempre cree que las vidas de los demás cambiarán a mejor, o que nuestra relación con ellos mejorará, pero, en cuanto la gente muere, te das cuenta de que nada de eso será ya posible.

En fin, qué le vamos a hacer. Nosotros nos mudamos a una casa muy elegante. Adoro el olor de las casas y las tiendas distinguidas, con flores, alfombras... Si de mí dependiera, engalanaría el mundo entero con flores y alfombras. La casa daba al Támesis: excelentes vistas, doble acristalamiento, alarma antirrobo, puertas blindadas... De todo. Muchos elementos eran puro capricho, cuadros estrafalarios y habitaciones decoradas como si fuese el Vaticano. Sacaron nuestro cuarto de baño en una revista de moda, y yo también salía en el reportaje sentada en un sillón de mimbre. Compramos docenas de ejemplares para mandar a nuestros conocidos en Irlanda. Estuvimos durmiendo en camitas separadas hasta que Frank leyó que ya no estaban de moda y compró una monstruosidad con cabecero de madera

escandinava. Se acabó la tranquilidad. Aparte de todo lo demás, en sueños se mueve más que un perrillo, y pasa la noche dando patadas, resoplando y cambiando de postura cada cinco minutos.

La Brady también regresó a Londres. Al parecer, la naturaleza y el silencio nocturno terminaron por cansarla. Quedábamos con frecuencia para contarnos nuestras desgracias. Su vida era como un capítulo de la Inquisición. Al marido no le parecía bien que saliera a ninguna parte, y pretendía que se quedase siempre en casa cuidándole las hemorroides. Un día apareció con un brillo especial en la mirada.

«¿Qué te pasa?», le pregunté. Debí habérmelo figurado. Se había enamorado de otro, la historia de siempre. Empezó a hablarme de él, toda entusiasmada; daba ganas de vomitar. Resultó que era un hombre de categoría. Venían a mi casa por las tardes para tomar el té y charlar, y yo solía marcharme para que tuvieran más intimidad, pero nunca pasaron más allá del salón. Luego llegaron los lamentos de los oprimidos. Yo esperaba que la cosa terminara de un día para otro, no le di mayor importancia. Lo cual demuestra lo mucho que puedo llegar a equivocarme.

## 2

—¿Qué es lo que tiene piernas largas y zambas, y una cabeza diminuta sin ojos...? —repitió Cash, su hijo, por quinta vez mientras paseaban junto a un lúgubre estanque cogidos de las enguantadas manos.

—¡Un espantapájaros! —aventuró Kate.

—No. ¿Te rindes? —preguntó el niño, impaciente por demostrar sus conocimientos.

—Dame una oportunidad más —pidió, y acto seguido dio otra respuesta equivocada—: ¡Una espantapájaros!

El niño estalló en carcajadas agudas y forzadas, reacción que solía tener para introducir algo de alegría en sus vidas.

—¡Unas tenazas! —exclamó triunfante, y ella se agachó y apretó su húmeda nariz contra la del niño.

Tenían que darles de comer a los patos para poder resguardarse del frío lo antes posible. El estanque estaba congelado en algunas zonas, y los patos se movían entre placas de hielo flotantes. Uno de ellos se posó en un pedazo de hielo, del que no tardó en apearse debido a la poca estabilidad que ofrecía. Cuando vieron el pan, avanzaron pegados a la orilla y tres cisnes salieron del agua para avanzar por el senderillo de tierra congelada. Kate odiaba los cisnes: su glotonería, sus espantosos cuerpos, sus patas palmeadas que le recordaban al cieno.

—Cuidado con el guante —le advirtió.

Un día, el año anterior, un cisne había agarrado con el pico el guante rojo del niño y se lo había llevado a la orilla opuesta, de donde tuvo que rescatarlo el guarda del parque con ayuda de una barra con un gancho.

—Nene cuida guante —dijo el niño.

—Deja de hablar como si fueras un bebé —le reprendió a la vez que reflexionaba sobre lo que se inventaría para salir aquella noche y si debía arreglarse mucho o no.

Eran entre las tres y las cuatro de una tarde invernal, y la luz comenzaba a perder intensidad. A pesar de que había nevado de manera intermitente durante varias semanas, en los últimos días no había caído nada, y por eso la capa que recubría la hierba era de un amarillo sucio y descorazonador.

—¿Vas a salir esta noche? —se interesó el niño.

Hubo algo profundamente trascendental en la manera en que alzó los ojos para mirarla, registrando las dos lágrimas que ella había estado aguantando, como lentes de contacto.

—Sí.

—¿Con papá?

—No, sin papá.

—No te vayas —pidió, remedando un semblante triste. Fingía la tristeza con la misma facilidad que la risa, aunque ello no significaba que no estuviera intranquilo, como tampoco las lágrimas de Kate eran fingidas.

—Mira —le dijo, para distraerlo, poniendo la bolsa boca abajo para que cayeran al agua los restos del pan. Los patos y cisnes se arremolinaron en torno a las migajas.

Cuando pasaron junto a la papelera que había clavada al panel de las ordenanzas municipales, Kate tiró la bolsa hecha una bola y leyó en voz alta a su hijo los nombres de los peces que, según aseguraba el cartel, proliferaban en aquel improbable charco de agua estancada y deprimente.

—«... carpas, brecas, besugos».

No sonaban en absoluto a nombres de peces, sino más bien como una letanía de estados de ánimo que cualquier mujer podría experimentar una mañana de lunes tras haber tendido la colada y haber divisado a un hombre deslumbrante solo en su coche.

Estaban únicamente ellos dos en el parque, en la ciudad. Era la hora del té, hora de estar en casa. De varias chimeneas se alzaron las primeras vaharadas hediondas de humo. A Kate no le costaba trabajo creer que todas aquellas viviendas tuviesen atizadores de gas. Casas idénticas provistas de idénticos elementos tras las fachadas de ladrillo.



—¿Nene huele natillas? —preguntó Cash, aun sabiendo muy bien que no era eso a lo que olía.

En verano, dependiendo de la dirección del viento, les llegaba el olor a preparado de natillas de una fábrica cercana. Un aroma agradable en los días livianos y frescos del verano, cuando sonaba el carillón de la furgoneta de los helados y unos hombretones muy pacientes se sentaban en sillitas plegables con la esperanza de pescar ballenas en el estanque de las «... carpas, brecas, besugos». Cruzaron la calle y se dirigieron a pie a casa.

—Qué paseo tan corto —observó Eugene al abrirles la puerta.

Eugene conservaba el aspecto ceniciento que había lucido todo el otoño, cuando afuera los árboles conferían a la luz un matiz bronceo, y también durante el invierno, su estación predilecta, predestinada. La debilidad, la timidez, los remordimientos se apoderaron de ella. Pensó: «Lo sabe, lo sabe. Solo le pido una última oportunidad; cambiaré, me corregiré, me afearé tanto que estaré a salvo de la tentación».

—El fregadero huele mal otra vez. Te dije que no vertieras por el desagüe el agua de las coliflores ni de las coles.

—Habrà sido Maura. ¿Dónde está? —replicó Kate, aliviada de que su cólera se debiese únicamente al fregadero.

—No sé dónde está —respondió Eugene mientras Kate se dirigía al hueco de la escalera y llamaba, con la mayor autoridad de que fue capaz, a la atontada jovencita que les hacía de sirvienta.

Cenaron pescado al vapor y coliflor. El pescado se había quedado frío, y Maura había cocido de más la verdura.

—¿Te gusta? —preguntó Kate, por pura costumbre.

Estaban cada uno en su sitio habitual: Eugene y ella en los extremos de la mesa de caoba, y en medio Cash y Maura frente a frente; estos últimos emitían sonidos ridículos, unas veces engullendo como animales y otras masticando despacio para distraerse.

—No lo calificaría como la mejor cena de mi vida —respondió él, apartando la vista de la comida blancuzca e insípida para quedarse mirando el invernadero que había detrás de Kate, donde caracoleaban las ramas nudosas de una parra vieja.

—La coliflor requiere poca agua —dijo Kate para que Maura se diese por

aludida. Su intención era dejar constancia de su sentido práctico con el fin de poder levantarse después de la cena y anunciar: «Me voy un par de horas a casa de Baba».

Baba, su amiga de la infancia, ahora legítima esposa de un contratista. Baba tenía una estola de visón salvaje, y pretendía comprarse muchas más. Incluso había prometido una a Kate. Baba tenía los ojos de color avellana, algo caídos por los lados y con cierta tendencia a los destellos de picardía. De vez en cuando, un golpe de su marido les daba a esos ojos verdes una sabiduría permanente, como si a los veinticinco años descubriera lo que la vida era en realidad. Baba planeaba que ambas abandonasen a sus maridos algún día, una vez hubieran acumulado pieles y diamantes, de la misma forma que en otra época había planeado que se casarían con hombres ricos y vivirían en casas donde hubiera bandejas de plata con algunas botellas de alcohol a medias y otras sin abrir.

En cuanto Eugene dejase los cubiertos y apartase su plato, Kate le anunciaría que iba a salir. Acto seguido correría al piso de arriba para maquillarse sin estridencias, se pondría uno de sus mejores abrigos —pero no el mejor—, guardaría los pendientes y el sombrero de visón en una bolsa de papel donde diría que llevaba bollos caseros para Baba, y saldría toda agitada. Ya se pondría los aderezos, como de costumbre, en el baño de señoras de la estación del metro.

—Me parece que es el día más frío que hemos tenido —dijo, deseosa de obtener respuesta.

—En la radio han dicho que seguirá nevando —informó Maura.

—Vaya —se lamentó Kate, y captó una mirada de Eugene que decía: «A todos nos fastidia, no eres la única».

—¡Bieeen! ¡Nieve, mucha nieve, así haremos un muñeco!

Cash siempre andaba amenazando con hacer un muñeco de nieve; sin embargo, aquel proyecto nunca se concretaba y el niño se quedaba siempre encerrado en casa, igual que los demás. Esperando a que llegase la primavera.

—¿No has salido en todo el día? —preguntó a su marido.

Eugene no trabajaba por aquel entonces. Había ahorrado dinero suficiente para mantenerse durante varios meses gracias a sus anteriores proyectos. Dirigía documentales, pero gastaba dinerales en ocio, como si a través de

aquellas actividades se sintiera más cerca de su verdadera vocación.

—No —respondió.

Se impuso el silencio, y con la única intención de romperlo Kate comentó que la estufa de aceite del comedor le daba migraña.

—Bueno, todo tiene sus inconvenientes —replicó Eugene.

Cada palabra era un dardo. Esa misma noche, Kate le diría a su amigo que debían dejar de verse por un tiempo. A fin de cuentas, el júbilo de sus citas había disminuido, y Kate era ya más consciente de los riesgos que del placer. En ese preciso momento reflexionaba sobre la imposibilidad de distinguir al comienzo de una atracción si esta es genuina o no.

Se habían conocido en una fiesta y se sintieron mutuamente atraídos igual que montones de personas: por pura avidez. La cosa no habría ido a más de no haberse cruzado por casualidad días más tarde, cuando Kate salía de una tienda de ropa de cama en rebajas.

—¿Va a entrar? —se había interesado ella.

Un hombre que compra sábanas tiene algo de afeminado. Ella llevaba un paquete en la mano y un sombrero de visón nuevo en la cabeza.

—¿Le apetece un té? —había propuesto él, al parecer demasiado avergonzado ya para ir de compras.

Entraron en un restaurante abarrotado que había al final de aquella misma calle, con unas máscaras espantosas en las paredes y taburetes altos que destrozaban los riñones. Corría el mes de marzo. Un día de viento. Se formaban remolinos de papelillos y suciedad, y el hecho de tener que combatir la ventolera daba a los viandantes un aire de valentía. Él había comentado que las flores de los manzanos estarían revoloteando en aquel preciso instante por los frutales de la zona de Kent y que le habría encantado estar allí. ¡Pero entonces no se habría encontrado con ella! Con semejantes cumplidos...

La había invitado a tomar el té a la semana siguiente y ella había accedido, convenciéndose a sí misma de que no estaba enamorada de él y que, en consecuencia, no hacía nada malo. El amor surgió más tarde. O algo que se le parecía. Comenzaron a verse cada vez con más frecuencia; se hacían furtivas llamadas telefónicas, escribían cartas encendidas, juraban que debían hacer algo, pero no hacían nada. Eugene había intuido desde el principio que

algo pasaba, aunque carecía de pruebas. Adquirió la costumbre de meterse en la cama con el pijama puesto, de irse solo de paseo, de hacer comentarios acerca del vientre cada vez más flácido de ella. Por Navidad, pocas semanas antes, Kate le había regalado un calendario con pie de mármol y Eugene le había preguntado: «¿Seguro que esto es para mí?». Él, por su parte, sacó dos paquetes que entregó a Cash y a Maura.

—Te has olvidado de mí —había señalado ella, hosca.

—Yo hago regalos cuando me apetece —replicó él—, no por obligación.

—Y haces bien —dijo ella, con tono de reproche.

—Veo que ya empiezas otra vez con la manía persecutoria; ponte un letrero de advertencia —había zanjado él, tras lo cual se dirigió a Cash para explicarle el funcionamiento del trenecito de vapor que acababa de regalarle.

Maura había recibido unas botas altas con guantes a juego y se paseó por la habitación con todo ello puesto, dando palmas con las manos enguantadas y satisfecha de lo bien que le sentaba todo. Curioso, cómo una cara feliz se embellece automáticamente.

—¿Prefieres té o café? —preguntó Kate, al ver que ya había apartado su pescado a medio comer y esperaba el siguiente plato. Aquella noche no había pudín.

—Té.

Maura y ella se decantaron automáticamente por lo mismo, mientras que Cash tomó un vaso de leche, que bebió con pajita para añadir un toque de diversión. Afuera se oía la nieve caer en el invernadero. El viento empezaba a ulular. Kate se acordó, sin motivo aparente, de un perro que había conocido en su infancia al que le dieron unos espasmos y fue encerrado en una letrina. Kate había temido que el animal se liberase y les atacara a ella y a su familia, del mismo modo que en ese momento sabía que el viento trataba de hacerle daño.

—Espero que mejore un poco el tiempo porque prometí a Baba que pasaría a hacerle una visita —anunció Kate con toda la naturalidad que le permitieron los remordimientos.

—¿Con la noche que hace? —preguntó él.

—Es que se lo prometí... —repitió al tiempo que se retiraba con su té al congelado piso de arriba, donde se acicaló aplicándose crema y unos polvos

dorados que acababa de comprar.

Cuando regresó abajo descubrió que Eugene se había puesto el abrigo. Con una sonrisa, ella le preguntó si pensaba salir a dar un paseo.

—Voy contigo —explicó—. Hace meses que no veo a Baba.

—Ah —respondió ella, muy diligente—, pero hoy mejor no; Baba está pasando por un mal momento. Frank y ella no se entienden últimamente y necesita consejo.

—En ese caso —repuso Eugene—, iré a algún otro sitio.

A Kate se le heló la sangre. Ambos besaron al niño, advirtieron a Maura que tuviera cuidado con la estufa y salieron a la noche inclemente.

—¿Hacia dónde vas? —quiso saber ella, deteniéndose en la puerta.

Pero Eugene no le contestó, sino que avanzó con ella hasta la parada de autobús que había al final de la calle. Los copos de nieve constantes e implacables que le azotaban el rostro y la calle vacía y a oscuras (pues solo funcionaban dos de las siete farolas) la irritaron. ¿Por qué Eugene no usaba el coche, como todo el mundo? ¿Por qué tenían que vivir en aquel lugar?, se preguntaba Kate, sin recordar que fue ella quien lo había obligado a mudarse allí. La suya era una calle larga, lúgubre. Árboles. Algunos de ellos dejaban caer bayas que los niños espachurraban luego en la calzada de tal modo que parecían los vestigios de un transeúnte ensangrentado. Calma sepulcral durante el día. Los ropavejeros pasaban armando escándalo con sus ininteligibles lamentos que Kate jamás habría comprendido de no ser porque veía los cachivaches que acarreaban. Y funerales a todas horas. Féretros engalanados con flores y un par de vehículos de cortesía a modo de comitiva. Flores en lugar de amistades. La muerte, tan sombría como la vida. Raras veces hablaba con las vecinas. Y no era de extrañar: casi todas eran amas de casa que por las mañanas salían a la puerta a decir adiós a sus maridos, a las once hacían la compra, coleccionaban los tulipanes de plástico que incluían los tambores de detergente y dirigían cartas al gobierno del condado para solicitar que talasen los árboles de la calle. Estaban convencidas de que los árboles provocaban asma, e insistían en que ella también escribiera para solicitar la tala. ¿Cómo sobrevivían todas esas mujeres? ¡Aguante, ni más ni menos! Aquella podría ser una meta para ella, y tal vez el asma. Una enfermedad de la que podría hablar y usar como arma para la vida.

—¡Se nos ha escapado! —le dijo a Eugene cuando vio que el autobús pasaba de largo. Tuvieron que esperar diez minutos hasta que llegó el siguiente. Kate controlaba la hora en el reloj de su esposo, agarrándolo de la muñeca para provocarle alguna reacción. Nada.

En el autobús reinaba el ambiente sombrío posnavideño: pasajeros con bufandas, guantes, bolsos nuevos que se desplazaban concienzudamente para dar las gracias a los remitentes de aquellos insulsos regalos envueltos en papel vistoso y brillante.

—Pero a mí, por ejemplo —explicaba una niña detrás de ellos—, la gente me pregunta siempre cuando me ve: «Hola, Judith, ¿cómo está Janice?».

—Será que tiene una gemela —comentó Kate, mirando a Eugene.

Él no la estaba escuchando; su mirada se concentraba en una hermosa mujer hindú. Su imponente presencia hacía que cualquier otra mujer pareciera ridícula, estridente.

—Yo debería tener hijos hindúes —comentó.

—Cash no tiene nada de malo —replicó Kate, a la defensiva.

—Pues claro que no.

Era inútil. Para colmo, Eugene ocupaba casi todo el asiento y le estaba aplastando las tablas de la falda plisada nueva.

—Si te sentaras allí, me dejarías más espacio —le sugirió a Eugene.

Aquellas palabras cortaron como un bisturí la deslucida cháchara de la pareja. Kate se interrumpió en seco y los dos se miraron fijamente. Fue la última mirada piadosa que intercambiaron. Al volverse hacia el otro, ambos sintieron que algo intangible se desligaba de ellos. Una simple frase había cortado sus vínculos. Eugene se sentó en el asiento de atrás.

—Era una broma —explicó Kate.

Por toda respuesta, él esbozó una sonrisa amarga, artera, del tipo «no pienso decir nada más». Kate se apeó antes, porque la casa de Baba no quedaba muy lejos. Se despidió diciéndole que se verían luego. La sonrisa maliciosa de él pareció adherírsele a la piel.

—Adiós —dijo él.

Kate cruzó la calle y tomó el mismo autobús en dirección a la estación, loca de impaciencia porque ya llegaba más de una hora tarde a la cita con su amigo.

### 3

Kate entró en la cálida taberna de tonos caoba, echó un vistazo y vio que su amigo se levantaba para saludarla tras un panel acristalado.

—Te amo —le espetó antes siquiera de saludarla. La ayudó a quitarse los guantes cuajados de nieve para poder enlazar los dedos—. ¿Me has oído? —le preguntó, con la mandíbula crispada y el labio superior amarillento a causa de la cerveza.

Se acomodaron junto a la chimenea. Kate se miró fugazmente en el anticuado espejo de la repisa y se dio cuenta de que tenía la nariz no ya amoratada, sino de un azul gélido y poco atractivo. El colorete dorado había sido una mala compra.

—Verás —continuó, como si aquella fuese su última oportunidad para hablar—, estaba pensando en lo espantoso que sería que no te presentaras.

—Bueno, pero aquí estoy. —Kate guiñó un ojo para parecerle divertida. De locos. De locos.

Tomaron asiento en un banco tras una mesa coja y llena de cercos, desplegando sus abrigos y consumiciones para evitar que otros clientes se sentaran cerca de ellos. Ya había pedido un *whisky* para Kate, mientras que él alternaba sorbos de *whisky* y de cerveza.

—No sería capaz de hacer eso —afirmó Kate, y miró para otro lado, sabedora de que iba a hacerlo, aunque de una forma distinta. De todos modos, conocía de memoria los rasgos de su amigo: una cara simpática y redondeada, aunque no demasiado; ojos azules cariñosos; una mandíbula que se crispaba con facilidad, pelo ondulado y entrecano y una alianza en el dedo anular. Esto último la irritaba.

—Cuéntamelo todo: lo que has estado haciendo, lo que has estado

pensando. —Y rápidamente añadió—: Tengo muchas cosas que contarte.

¿Abandonaría a su esposa, sacrificando así sus oportunidades en política? En ocasiones se comportaba como un imprudente, aunque únicamente bajo los efectos del alcohol. Y en ese momento estaba ebrio. Podrían continuar tal y como hasta entonces. Pero no, ya habían agotado su historia de amor a fuerza de hablar.

—No podría pasarme sin ti... Sería como morirme —dijo Kate. Una frase que él había saboreado desde que ella la pronunciara por primera vez, meses atrás. Kate opinaba que las frases eran como una melodía cuya seducción se prolonga incluso mucho después de que haya dejado de sonar... Hasta que un día cae en desgracia.

—Estoy vivo y, en cierto modo, soy feliz —repuso él.

Sus ojos inyectados en sangre se cerraron en repetidas ocasiones mientras escrutaba el rostro de Kate, bien por cansancio, bien porque quería recrearse en la imagen que de ella se había formado.

—Pues yo no —rebató ella, sin ganas de seguirle la corriente.

—Bendita seas por responderme eso.

—¿Por qué?

—Porque eres sincera, honesta, franca.

Iba para primer ministro. Tenía un indiscutible don de palabra.

—¿De veras? —preguntó Kate, sin acabar de creérselo.

—Es la pura verdad.

No se oía nada salvo el leve siseo que producía la soda al salir disparada del sifón. Kate miró en derredor para averiguar si alguien los estaba escuchando.

—Odio tener que reconocerlo —comenzó—, pero la situación en casa va a peor, es desolador.

No era tanto que odiase tener que reconocerlo como que resultaba inadecuado. ¿Cómo podía explicar lo que le provocaba cruzarse con su marido en el rellano de las escaleras de su propio hogar y comprobar que su reacción era mirar para otro lado y toser educadamente como si estuviese ante una persona deforme? Por lo demás, no eran conversaciones de este tipo las que despertaron el interés de su amigo aquel remoto día de viento.

—Dios bendito —exclamó él, dándose una palmada en la frente—. Ahora



me devoran las tinieblas.

—Perdóname —respondió Kate.

—Desde luego. De todas maneras, ya lo sabía. Somos casi la misma persona, y te lo he leído en el rostro.

—Estoy espantosa —observó ella, por supuesto para que la halagase.

—¡Todo lo contrario! No puedes estar más guapa, tu cara alcanza una dimensión distinta.

De nuevo exageraba. Pidió copas dobles, se apretaron las manos y permanecieron sentados igual que dos personas en un refugio antiaéreo que se plantean por qué han bajado en lugar de entregarse a la muerte en la superficie.

—Somos culpables —reconoció él—, eso no podemos negarlo. Pero ¿acaso alguien podría juzgarnos? Las cosas son como son.

—Son como son —repitió Kate, como si estuviesen en un juicio—. ¿Qué vamos a hacer?

Él volvió a golpearse la frente, jalonada de arrugas, estiró y enroscó los dedos de uñas cuadradas, buscó la mano de ella, apeló a los dioses y la llamó «Milis», que significa «dulce» en gaélico.

—El mundo es hostil —declaró al fin.

Kate no lo ponía en duda; su amigo tenía una esposa gris y cinco hijos a los que costear una educación, más una casa en la ciudad, otra en el campo, y una posición que mantener. Al menos ella podía pasarse el día entero deprimida, regodeándose en su infelicidad; él, en cambio, se debía a su trabajo: proveer de información a su ministerio, tranquilizar a los votantes, mantener a raya a los quejicas, prestar atención a su imagen y mostrarse solícito en ridículas fiestas que se celebraban por motivos del todo ajenos a la amistad. Se veía obligado a fingir.

—¿Qué podemos hacer?

—No debemos hacer daño, a nadie —afirmó él.

—El daño ya está hecho —le contradujo Kate, sin conocer aún la veracidad y consecuencias de su afirmación.

En ese momento, él dijo lo que ella esperaba —y casi deseaba— que dijese: que debían dejar de verse por un tiempo; debían sufrir, debían tener en cuenta los sentimientos de los demás, debían aferrarse a las semillas de su

amor y escupir las desagradables aunque necesarias pepitas. Más similares relacionados con las manzanas. Kate asintió, se estremeció, lloriqueó, y bebió, y volvió a estremecerse. Recordó a una conocida que había escrito una carta a un hombre y, al considerarla poco conmovedora, le salpicó agua del grifo para que resultase más convincente.

—Conoces bien mis pensamientos —dijo él, agarrándole ambas manos con las suyas—, y sabes lo mucho que te quiero.

Kate regresó del trance que le provocaba aquella voz firme de marcado acento galés que enumeraba sus respectivas obligaciones; regresó al ruido y al ambiente cargado de humo del interior de la taberna. Y se sintió algo fortalecida. Ya casi era la hora del cierre. Entretanto, el local se había llenado, y los camareros irlandeses iban de acá para allá recogiendo vasos y gritando comandas a las esquinas de la barra maciza y oscura.

—Vámonos —propuso él.

Ya en la calle, en previsión de la hora y de que, al cabo de poco, muchísima gente querría coger un taxi, pararon el primero que pasó. Le dio un pesaroso beso de despedida; ya llegaba tres horas tarde al encuentro con su afligida esposa.

—Aguanta, tráгатelo, sé valiente —dijo mientras Kate se deslizaba al interior y se acomodaba en el frío asiento de piel. Oyó que preguntaba el precio de la carrera. Tenía muy buenos modales.

Pensó en pedirle al taxista que la dejase junto a una cabina para poder llamar a Baba y asegurarse de que no había desmontado su coartada. Pero era tarde y no tenía dinero suelto, y, por lo demás, sus remordimientos y malestar parecían disminuir ahora que la aventura había concluido. Se engañaban intentando creer que solo lo estaban retrasando: todo había terminado.

Era una idea mezquina y Kate lo sabía; sin embargo, se lamentaba de no haberle pedido que le devolviese el esqueleto de la hoja. No habría sido raro que lo hubiese perdido o abandonado entre las páginas de un tedioso informe. De repente, Kate atribuyó a aquel objeto propiedades supersticiosas y se convenció de que recuperarlo sería el preludio del regreso de toda clase de cosas buenas. Aquel esqueleto de hoja había sido un regalo de su marido; era de color pardo, como un ratoncillo, y tenía la textura de un trabajo de encaje y un rabillo largo y fino, también como el de un ratón. Algo delicado que el

otoño había creado por azar, cuando, tras caer, la carne de la hoja se había secado. La habían encontrado en Gales; ella se la había dado a su amigo en su tercera cita y ahora quería que se la devolviera.

Era uno de sus defectos: se entregaba demasiado pronto. Carecía del instinto de conservación de su esposo. Pensó en él durante el trayecto. No en el marido con quien había compartido la cena, sino en el de otros tiempos. El Eugene que una vez la llamó en medio de una sala llena de gente solo para darle un beso. En aquella ocasión, mientras Kate sentía su lengua malva, había rogado que semejante milagro durase para siempre. A Dios rogando... Pero esta noche volvía con él. Se lo comunicaría de alguna manera, permanecería a su lado, vertería mirra en su alma escaldada, le pediría que olvidase, que olvidase y perdonase, como decía la canción.

—Déjeme aquí, aquí está bien —solicitó.

El taxi se había pasado la puerta de su casa. Tanto mejor. Se apeó y desanduvo camino, planeando cómo romper el hielo. La capa de nieve era espesa y vaporosa en el caminito de la entrada, donde las huellas de las suelas de crepé del 46 de Eugene parecían recientes.

## 4

Kate entró sin hacer ruido y sorprendió a su marido en el despacho, de pie e inclinado sobre Maura, que estaba sentada en el diván. Al principio tuvo la impresión de que rodeaba con sus brazos a la chica.

—Vaya, qué unidos os veo —recalcó Kate—. A lo mejor he llegado demasiado temprano.

Eugene se volvió, manifestó que la había visto y siguió ocupándose de los ojos de Maura. Era evidente que trataba de quitarle una mota de polvo, porque llevaba un pincelillo en una mano y una lente en el ojo izquierdo.

—Ya está, señor, no se preocupe —dijo Maura, poniéndose en pie de un salto y saliendo del cuarto.

—A eso lo llamo yo entrar a lo grande —observó Eugene.

—¿Acaso he hecho algo malo? —preguntó ella con calma, al tiempo que se desabrochaba los dos botones más altos del abrigo.

—Nada, nada, tú tan amable como siempre —replicó.

—Ah. —Y se quedó callada. Tendría que retirar aquel comentario—. Si les das demasiada confianza, se aprovechan —se oyó decir a sí misma.

—Indudablemente.

La respuesta que solía dar cuando no tenía intención de decir nada más.

—Bebe leche directamente de la botella y deja el gollete manchado de carmín.

Y eso que pretendía ser toda amabilidad.

—Baba está bien —comentó entonces, con la esperanza de arreglar la velada. Llevaba ya el abrigo en la mano, con idea de colgarlo un rato junto a la chimenea.

—¡Oh, menos mal! —exclamó Eugene—. Estaba deseando saber cómo se

encontraba.

Kate no supo qué responder, y por fin preguntó si le apetecía que le preparase algo de comer; cuando él rehusó el ofrecimiento, le preguntó por qué en tono lastimero. No tenía ganas de comer nada. Lo que sí le apetecía, por el contrario, era organizar su colección de discos, quitarles el polvo a las fundas, establecer cierto orden.

—Había pensado calentar algo de sopa para los dos.

Permaneció allí parada, sin saber qué más decir, entristecida, arrepentida, apoyando el peso en uno y otro pie, pensando que cuando contase hasta diez Eugene le diría algo para retenerla. Estaba de mal humor. Su marido le hizo pensar entonces en un pararrayos expuesto únicamente a los elementos, indiferente a las personas. Su espalda se estaba haciendo más robusta, o tal vez fuera solo el efecto de las capas de lana, que eliminaban sus formas. Seguía siendo la persona con la postura más recta que Kate había conocido en su vida.

—Bueno, creo que lo mejor será que me vaya a dormir —apuntó.

—Sí, creo que será lo mejor.

Ni siquiera se volvió para dedicarle el ruido de un beso, como últimamente había tomado por costumbre.

Ya en el piso de arriba, Kate se tumbó a imaginar un papel nuevo y heroico para sí misma. Entregándose a la vida doméstica conseguiría expiar todas sus faltas. Compraría botones y bobinas de hilo de otros colores que no fuesen blanco y negro. Extraería el tuétano de los huesos y lo mezclaría con sabroso Marmite para untar en el pan; hundiría sus delicadas manos en los sumideros y le ahorraría a Eugene la molestia de sacar la roña, los pelos y el cieno gris que resultaban de su día a día. Aguzó el oído en vano para captar algún sonido.

A la mañana siguiente buscó indicios del estado de ánimo de su marido en el piso de abajo. Había una monda de manzana en un platillo, y la sentencia del día en letras mayúsculas para que Cash la copiase. Hasta que comenzara a ir a la escuela, su padre le caligrafiaba todos los días alguna cosa para que fuese practicando. Debajo había garabateado una frase que Kate interpretó como un mensaje para ella: «De vez en cuando se planteaba que no todas las mujeres podían ser unas brujas, pero aquel pensamiento no duraba

demasiado, pues la realidad siempre lo desmentía».

La releyó varias veces, aunque decidió no hacer ningún comentario al respecto.

A las doce en punto, como era su costumbre, le llevó la bandeja con el té, solo que esta vez había escogido un mantel más elegante y había eliminado con bicarbonato las manchas del interior de la taza de porcelana.

—Me apetecía esmerarme —anunció al tiempo que él se incorporaba y recogía el pesado jersey de lana del suelo.

—Sí —convino—, suele ser de gran ayuda poner algo de empeño.

Kate se sentó en el borde de la cama para sujetarle la bandeja que él se había colocado con seguridad sobre las rodillas. Eugene no dejaba de mirar uno de los cristales con forma de rombo de la ventana. Estaba escarchado.

—Tengo que limpiar las ventanas —dijo ella, con intención de animarlo.

En el fondo, Kate sabía y al mismo tiempo ignoraba que, dijese lo que dijese, era ya demasiado tarde. Por fin, cuando vio que sus esfuerzos caían en saco roto, bajó a llamar a Cash, quien acompañado de Maura estaba bailando al son de la música que emitía la radio. El niño hacía girar a la patosa chica de bracitos sonrosados, igual que un hombrecillo en miniatura, y esbozaba una encantadora sonrisa dirigida a la cara arrebolada y alegre de ella.

—Hora de preparar el almuerzo —ordenó Kate con voz severa.

—¡Jo, no! —exclamó el niño—. ¡Nene gusta bailar!

La madre extendió los brazos y se lo llevó a otra habitación, donde recuperó su cariño a base de frenéticos besos.

—¿A qué quieres jugar? —preguntó, para complacerlo.

—Guarda un tesoro en una caja —propuso el niño—, y dibuja un mapa y yo lo busco.

Encontró una cajita debajo de un sofá donde Eugene metía de todo (papeles, planos, libros, hormas, bolsas de la compra, cañas de pescar).

—¿Y qué podemos meter aquí? —consultó.

—Un tesoro.

—¿Una moneda?

—¡No!

—Entonces ¿qué?

—Ya te lo he diiicho: ¡un tesoro!

Oyó que Eugene gritaba desde arriba: «¡Que se calle ese gato agonizante!».

Maura aún tenía la radio encendida, a todo volumen.

—¡Que se calle ese gato agonizante! —repitió Kate para desembarazarse del problema.

Introdujo en la caja una cuenta de un collar roto, dibujó el mapa y se sentó mientras su hijo iba de acá para allá preguntando si frío o caliente cada vez que cambiaba de lugar. Ella le contestaba, aunque sin poner ningún entusiasmo.

Eugene apenas abrió la boca en varias semanas. Siguió nevando. Del borde de la carbonera pendían unos carámbanos inmensos y cada vez que hacían la colada debían tender la ropa dentro de casa. El callado y triste goteo de la ropa húmeda y el silencio de su marido fueron los únicos sonidos que Kate oyó durante aquellas semanas. Eugene colocó por toda la casa varios platillos con amoníaco para disolver los vapores de azufre; y cuando por las noches bajaba la niebla, esta tampoco parecía desplazarse, como hace la niebla, sino que permanecía inmóvil y casi se solidificaba con la helada. Incluso la ropa se quedaba tiesa por las noches si se apagaba la caldera.

Me está haciendo el vacío, pensaba Kate cada vez que él se levantaba de la cama, comía una tostada, iba al baño, se enfundaba el abrigo y salía para no volver hasta pasadas varias horas. A veces, si encontraba algún folleto en el bolsillo, se enteraba de que había estado en un concierto o en el teatro. Los celos la empujaban a registrar en busca de resguardos para comprobar si había comprado una o dos entradas, pero él se aseguraba de no dejar nada de eso a su alcance. Kate apenas dormía, salvo media hora al poco de meterse en la cama: cogía el sueño, completamente exhausta, pero luego se despertaba llorando y con los sentidos alerta. Aunque ambos dormían en la misma cama, Eugene se cuidaba de no acostarse hasta que amaneciera, hora en que ella se levantaba.

En una ocasión Kate se quedó en la cama toda la mañana, y, en sueños, Eugene la tocó y retiró la mano al instante, como un animal que hubiese recibido una descarga al rozar una valla electrificada. Por primera vez en su

vida, Kate parecía vieja, muy vieja.



## 5

Un día después del almuerzo Kate dio varios sorbos a una petaca de *whisky* que llevaba en el bolso y se enfrentó a él.

—¿Qué estamos haciendo, qué estamos haciendo? —preguntó a su marido, convencida de que una súplica directa lograría que él cediese.

—No me había dado cuenta de que últimamente te estuviese atacando. Se estaba poniendo el abrigo para salir.

—Parecemos enemigos. No nos comportamos en absoluto como marido y mujer.

—Eso espero.

—Pero ¿por qué? —imploró Kate—. ¿Por qué, por qué...?

A fin de cuentas, había sido él quien había insistido en que se casaran y tuvieran un hijo; por lo demás, debía de haber sabido que era una mujer impulsiva.

—La culpa no es solo mía, también tuya; es culpa de los dos —añadió Kate, sintiéndose culpable por todas las tareas propias de la mujer que él había asumido por su hijo, como pasarle un cordón de bramante a un jersey de lana escocesa que había cedido por el cuello.

—Debo decir que he tardado bastante en llegar a conocerte de verdad —dijo él—. Y tengo que felicitarte por tus bobas arterías y tu estúpida actitud servil.

¡Él, que le exigía obediencia!

—Todos tenemos nuestros defectos —sentenció ella al tiempo que reculaba para evitar que él percibiese el *whisky* en su aliento y comenzase a echarle un sermón sobre el alcohol.

—Por suerte, uno de los dos conoce el significado de la palabra «honor»

—replicó.

Resultaba extraño, aunque lógico, que en el transcurso de sus disputas Eugene adoptase las rígidas fórmulas del lenguaje formal.

—¿Honor? —repitió ella, incapaz de recurrir a palabras o argumentos propios.

—Lo que cuenta son tus actos, no tus insignificantes justificaciones.

Se había puesto la bufanda gris de franela y se atusaba el pelo antes de calarse una boina de pana. Por suerte, Maura y Cash habían salido a dar de comer a los patos, de modo que podían hablar sin miedo a que los oyeran.

—¿No podemos hablar... hablar de verdad?

Pero, aunque lo hicieran, ¿qué se dirían? Eugene siempre había defendido que los conflictos había que arreglarlos; sin embargo, a aquellas alturas, ninguno de los dos era capaz de escuchar al otro.

Él ponía toda su atención en la gorra.

—Eugene... —interpeló, desesperada.

Él dejó de mirar su propia imagen en el espejo y posó la mirada en su mujer, como si contemplase la mayor atrocidad que se hubiese cometido contra su persona. ¿Qué había sido de la mujer que nunca había tenido la fortuna de conocer?

—Lo superaremos, remontaremos el bache —dijo, llena de piedad hacia él y hacia sí misma—. Seré mejor persona.

Eugene negó con la cabeza y la miró con gravedad; era la mirada de un sepulturero.

—Sabes que no. Llevas las mentiras en la sangre, como los rastros lacayos de tus antepasados.

—Basta ya —pidió, aferrándose a él.

—Perdona, pero aborrezco la vulgaridad —repuso él, agarrándole el brazo y dejándolo caer. Acto seguido, apoyó la mano en el picaporte.

—Dime solo una palabra amable —pidió Kate, temblorosa. Si se marchaba, no habría solución. Porque su temperamento (así lo llamaba él) lo obligaba a cortar por lo sano cada vez que alguien le defraudaba. Era como si la otra persona dejara de existir para él.

—Vive tu vida, que yo viviré la mía. Es justo, ¿no te parece?

Había abierto ya la puerta y una ráfaga de aire helado irrumpió en el

vestíbulo.

—¿Dónde voy a vivir?

—Hay infinidad de apartamentos en la ciudad.

¿Acaso le estaba pidiendo que se fuera?

—¿Y qué pasa con Cash?

—Permitiré que lo veas por razones puramente humanas, aunque, naturalmente, tu conducta te incapacita para ejercer como madre.

Las palabras «humano» y «conducta» despuntaban como espinos en una alambrada. Y las lágrimas que Kate derramó entonces fueron de rabia y autocompasión.

—No me he acostado con él —precisó.

Ya no era necesario ocultar lo de Duncan. A Kate le habría gustado tener arrestos para pronunciar la palabra «follar» y así ofender aún más a su marido.

—Pero has tenido intención —replicó Eugene—. A ojos de la ley, eso es lo que cuenta.

—Eres un cabrón —le espetó directamente a la cara, enmarcada por el gris de la bufanda. En su mente ya había ajustado cuentas con Kate y le había infligido un castigo propio de un juez—. ¡Eres un cabrón despiadado!

Él le soltó un bofetón.

—Eso, muy bien, pégame —dijo—. Contradice todas tus nobles teorías de chiflado.

Eugene creía en el arte de la persuasión, en la transformación mediante el conocimiento, en el juego del lavado de cerebro, tan propio del siglo XX... Una mejilla le ardía, mientras que la otra estaba fría como el hielo.

—No hace falta —respondió él, casi con una sonrisa—. Puedo recurrir a otras cosas.

Y, dicho esto, se marchó.

«¿Qué cosas?», le gritó Kate, pero la presencia de los operarios que retiraban la nieve de las aceras le impidió repetir la pregunta. Las pantuflas que llevaba anulaban la posibilidad de salir tras él. Fue corriendo hasta el ventanal y vio cómo se alejaba calle abajo con unos andares despreocupados, como los de quien acaba de comer y disfruta de un agradable paseo para tomar el aire. Era verdad aquello que le había dicho en cierta ocasión de que

él había nacido para permanecer a la intemperie y observar desde el otro lado del cristal las ajetreadas y luminosas vidas de los demás. La escena que acababan de protagonizar era de ella, no de ambos. Eugene se mantenía al margen; como solía decir en broma, él no sentía apego por los seres humanos, sino por el cielo, las rocas y las jovencitas. Las jovencitas, pensó Kate con amargura, que nunca conocería y que por tanto no tendría ocasión de despreciar.

Subió a buscar el bolso con el cierre roto donde escondía las cartas de amor de Duncan. Lo mejor sería echarlas a la caldera antes de que la situación se hiciera insostenible. El bolso estaba debajo del camisón, justo el que llevaba la noche en que rompió aguas y Cash se abrió camino en el mundo... Exactamente como ella lo había dejado. Sin embargo, al abrirlo descubrió que las cartas ya no estaban. El interior del bolso, manchado de colorete, estaba peligrosamente vacío. De él cayó una notita mecanografiada:

Están fuera de tu alcance: las tiene mi abogado a buen recaudo. No me cabe duda de que serán de gran utilidad.

Se estremeció de vergüenza y de la rabia que le provocaba que él lo supiera y no le hubiese dicho nada, que se las hubiese confiscado sin reparos, que su marido fuese tan mezquino y obsesivo como ella misma.

Bajó a toda prisa para examinar libros y cajones sin orden ni concierto. Al abrir un libro de cuentas donde él solía hacer anotaciones sobre el dinero que ganaba, la salud y el clima, Kate encontró su propia necrológica en la página central:

Así es ella, pues; mi falso corazoncito, tan especial y escogido entre tantos otros, en cuya mente enferma y hedionda —aunque también en otras zonas— vertí todos mis conocimientos sobre la vida, la humanidad y el amor. Esta noche he tenido el placer de verla con mis propios ojos en brazos del insulso zoquete que conocimos hace meses en la fiesta de D. Durante la cena me había mentido de manera flagrante acerca de una cita con Baba y decidí acompañarla al ver que sus excusas eran insostenibles. No podía llevarme a casa de su amiga por tratarse de un tema muy personal, así que se ha apeado del autobús, luego ha cogido otro, se ha ataviado con ridículos aderezos en un baño de señoras y se ha encontrado en una taberna con él. Podría haber entrado a partirle a ese imbécil los pocos dientes que le quedan, pero

eso habría sido rebajarme demasiado. En lugar de eso, he entrado en otra taberna de la misma calle para tomar un *whisky* y después he vuelto a casa con tiempo de sobra para esperarla. Pero no me he enfrentado a ella. Ahora mismo no lo considero necesario. En cierto modo, es un alivio saber que todo ha terminado. De alguna manera, siempre he sabido que ella acabaría por destruir nuestra unión.

La fecha era la correcta. Lo había escrito la noche de su última cita con Duncan. Había compuesto aquel texto con sumo cuidado, sin un solo borrón y con todas las comas en su lugar.

Por primera vez entrevió el odio inconmensurable que Eugene alimentaba hacia ella, hacia las mujeres, hacia las locuras que comete el ser humano. No vaciló en lo que debía hacer. Fue a buscar a Cash y a Maura, le dio la tarde libre a la chica y se llevó a Cash a casa, anunciándole que iban a hacer un pequeño viaje. Metió algunas cosas en una maleta y unas cuantas cajas y rogó por que Eugene no la sorprendiese en su huida. Había llamado a Baba, y un taxi venía de camino para llevárselos lejos de aquel ambiente viciado, a algún lugar menos horrible.

## 6

Kate se presentó aquí un poco más tarde, cargada con dos maletas rígidas y dos cajas de cartón. Yo, antes muerta que dejarme ver con semejantes chismes.

—¿Estamos de vacaciones? —preguntaba el niño sin parar, confundido por el equipaje. Y no es que pareciera contento, todo lo contrario.

—Entra —le dije. Porque sabía todo lo que me iba a contar antes de que abriese la boca.

—Ay, Baba —exclamó ella—, creo que me voy a suicidar.

—Anda, chiquilla —la corté yo—, desembucha.

—Ha descubierto lo mío con Duncan. Me ha pegado y amenazado con separarme de Cash; me odia.

Millones de mujeres reciben golpes a diario, y yo una vez incluso me vi obligada a desnudarme —con el beneplácito de mi marido— porque tres amigos suyos habían apostado a que no tenía ombligo. ¿Cómo habría podido vivir sin ombligo? Sonó el teléfono.

—¡No contestes! —ordenó Kate, dando un brinco. Decía que no tardaría en darle caza. Había salido a dar un paseo y cuando volviera se encontraría con su nota.

—¿Qué le has escrito? —quise saber yo.

—Que no estamos hechos el uno para el otro.

Qué ocurrencia, dejarle una nota así a un fanático como Eugene.

—Dice que soy despreciable —añadió.

Él era un hombre de mucho carácter, claro, al contrario que ella. Kate no era mala, aunque, como cualquier mujer, estaría dispuesta a gastar dinero de la casa en ropa, o si conociera a un hombre que le gustase lo perseguiría hasta

hacerle entrega del trofeo del amor. Sabiendo esto de su esposa, Eugene se veía tan virtuoso que siempre andaba llamando la atención acerca de su propia integridad. Tanto uno como otra estaban como cabras, aunque de distinta forma.

—Lo he dejado —aclaró—. Todo ha terminado.

Era evidente que había hecho las maletas de aquella manera, habida cuenta de lo que el niño sacaba de las cajas y disponía en nuestras elegantes cajoneras: aros de cortinas, frascos de perfume vacíos, sobres usados, cinturones rotos...

—¿Para qué has traído toda esta basura? —le pregunté.

—Son recuerdos —explicó sin una pizca de alegría.

Fueran lo que fuesen, tendría que llevárselos a otra parte, porque Frank no iba a permitir que se quedase en nuestra casa, tratándose de una situación tan problemática. Frank era la prudencia personificada; ya se sabe: revienta a tu mujer, pero siempre entre las cuatro paredes de tu casa.

—¿Quiénes son? —preguntó el niño, con dos fotografías en la mano.

En una salía Kate de niña con la mejilla apoyada en el hombro de su madre. Fue cosa de la Providencia que la madre muriese ahogada; de lo contrario, Kate aún iría por ahí agarrada a sus faldas. En la otra foto se veía a Eugene en lo que parecía una pose para un anuncio de cicuta. La instantánea, ya os lo podréis imaginar, la hizo llorar a moco tendido. Qué cara tan severa, la de Eugene. ¿En qué momento se habían torcido las cosas? Apenas un año antes, Kate había recibido una carta en la que él le aseguraba que ella era la Kate verdadera entre diez mil Kates, por la asombrosa belleza de su rostro y su carácter, sus tiernas atenciones y su valía; y ella le había respondido (¡ojo, que se encontraba en la habitación de al lado!) que él era su salvavidas, su maestro, el dios bondadoso de cuyas emanaciones ella se alimentaba.

—Llama a Duncan —le sugerí.

Habría sido capaz de sugerirle que llamase al primer ministro, de haber creído que serviría de algo. La mandé arriba para que hablase tranquila mientras yo entretenía al niño. Para mí era muy duro. Ella no lo sabía, pero Frank se volvió intratable cuando nos casamos. Dejó de ser un desastre, no sé si me explico. Todo empezó en la noche de bodas. Para empezar, nos habían denegado el acceso al avión por culpa de su borrachera, y él empezó a gritar

que su mujer iba de Balenciaga cuando se lo llevaban a una salita privada para que se despejase. Al día siguiente, cuando por fin llegamos (a un puñetero complejo hotelero que nos consiguieron en la agencia), me ordenó que me cambiase de ropa al ver que una manada de hombres miraba con sonrisas de suficiencia mi traje beis. Que me pusiera algo decente. ¡Pero si yo no tenía nada decente! Durante la cena se quejó de que la comida era muy aceitosa. Es de esos que en cuanto atraviesan el Canal de la Mancha empiezan a quejarse de lo grasienta que es la comida. Aquella noche, para colmo de males, me vino la regla (tuvo que ser de la emoción, o vaya usted a saber), y eso que había calculado las fechas para que no coincidiera. Quiso que llamáramos a un médico.

«Pero ¿qué regla?», me preguntaba una y otra vez, como si yo fuera una matemática loca o algo por el estilo. «Habrà sido por la comida», decidió. Ya había juntado las dos camas individuales y todo.

«¿Es que no sabes lo que nos pasa a las mujeres?», le dije yo. Y entonces me miró con su estúpida bocaza desencajada. No tenía ni idea. ¿Qué clase de madre tenía? Me ordenó que no metiera a su madre en el asunto, que su madre era una mujer ejemplar que hacía el mejor pan de toda Irlanda. Yo le rebatí que había más cosas en la vida aparte de hacer buen pan. Y entonces fue cuando se puso agresivo. Y se bajó al bar. Total, que esa noche dormimos cada uno por su lado, y, cuando por fin compartimos cama unos cuantos días después, la cosa transcurrió sin pena ni gloria. Para mí, quiero decir. Él me preguntó si me pasaba algo, y yo intenté hacerle ver que no era tan sencillo como él pensaba y que, para las mujeres, las caricias, los mimos y todas esas cosas eran fundamentales. Según él, yo planteaba el asunto como si se tratara de manejar un puñetero motor, aunque, en mi opinión, era él quien me manipulaba como a un motor. En fin, cuando la cosa empieza mal, es difícil que se enmiende. Él no sabía hacerlo de otra manera, y yo tampoco. Dios los cría... Con el tiempo empezó a preocuparle que no me quedase embarazada (como no fuera por intercesión del Espíritu Santo, no sé cómo), y me decía en público: «Baba, vas a tener que ir a que te vea un médico». Más adelante, un día que llevaba una buena tajada, se quedó mirando a un tipo que cargaba con cinco criaturas y le espetó: «Yo no soy ni la mitad de hombre que usted». No sé qué mosca le había picado: nunca he sabido si fue cosa de su madre, o por



adoctrinamiento de uno de sus mortificados hermanos cristianos, o si es que de niño había estado rodeado de gallinas y ovejas y por eso, como diría Kate, había mezclado conceptos. Se ponía muy arisco y me decía que me dejase de chaladuras cuando le sugería que debía ir a hablar con un médico para ver por qué no me hacía un bombo. Empezó a interesarse mucho por sucesos y asesinatos, y a archivar las noticias sobre los más escabrosos. Presentí que las corridas de toros se convertirían en asunto prioritario para él.

—Señora, ¿le digo una adivinanza? —dijo Cash, mirándome a los ojos. Me había tratado de «señora» para captar mi atención. Yo debía de haberme quedado en la luna—. ¿Qué es lo que tiene piernas largas y zambas, y una cabeza diminuta sin ojos...?

Se suponía que debía quedarme asombrada. Desde luego, el niño no tiene nada de espabilado, porque esa adivinanza se la había contado yo, y ahora esperaba que fuera tan lerda para no saber resolverla. Pero le di una respuesta equivocada. Se podría decir que me caía bien. Yo sabía que su padre, como cualquiera, se volvería loco si lo separaban de él. La madre volvió justo cuando me estaba dando la solución.

—¡Unas tenazas! —dijo, con sus incisivos blanquísimos y alineados, salvo uno que tenía partido.

—Nadie es honesto. —Se estaba retorciendo las manos.

—¿Qué? ¿Viene a lomos de un corcel blanco? —pregunté yo, temiéndome lo peor.

Kate negó con la cabeza y me reprodujo la conversación palabra por palabra. Fue más o menos como sigue:

—¿Te ha llamado mi marido? —le preguntó ella a su Duncan.

—No, ¿por qué habría de llamarme?

—Porque acabo de dejarlo. Ha sido espantoso.

—Vaya, es terrible, Kate.

—Se pondrá en contacto contigo, Duncan. Ha encontrado las cartas y todo.

—Por Dios bendito, qué mala pata.

—Ya no tiene remedio. Está furioso.

—No le deseo ni un minuto, no, ni un solo segundo de infelicidad.

—¿Me ayudarás, Duncan? Estoy desesperada.

—Pues claro que sí. Pero tienes que pensar en él antes que nada; al fin y al cabo, todo esto es entre él y tú. Vuelve, hablad las cosas y pasad página.

Y con eso le dio carpetazo al asunto. Había insistido en que volviera a llamarlo a la mañana siguiente, pero tanto Kate como yo sabíamos que al día siguiente respondería una secretaria con voz de pito que le contaría alguna de las tristes mentiras de costumbre, como que Duncan no podía ponerse porque estaba reunido.

—El tiempo apremia —dijo, concentrada en las agujas del reloj de pared de mi abuelo.

¡Como si la única preocupación fuese la suya! Yo estaba alteradísima de pensar que Frank iba a aparecer de un momento a otro.

—Un escondrijo —salté—. Tenemos que meteros en alguna parte.

Había oído hablar de una tienda de sanitarios en King's Road que dejaba las bañeras al aire libre toda la noche, y le dije que podía acurrucarse en una de ellas y colgarse un cartel que dijera: CUIDADO: GONORREA. Estaría a salvo, igual que una mujer sin domingas. ¿Os pensáis que le hizo gracia? Ni una pizca.

—Puedo reservaros habitación en un hotel —propuse.

Detestaba tener que decirle que no podían quedarse en mi casa.

—Te estoy causando muchas molestias. Soy un incordio —dijo ella.

Y tanto que sí. Pero qué falsa soy... Sin saber cómo, le contesté:

—No, mujer, pero es que te convendría establecerte en alguna parte.

—Ya —convino—. Me gustaría tener un estudio con las paredes blancas y muchos cuadros, y un jardín cubierto de setos.

En ese momento pensé para mis adentros: «Como siga así, no tendré de qué preocuparme: los médicos dirán que hay que encerrarla».

—Pero esta noche —insistí—, os conseguiré una habitación de hotel.

—No —dijo, agarrándose a mí—, no podemos salir, o me quitará a Cash. Tenemos que quedarnos aquí, no podemos irnos.

—Nene gusta estar aquí —repetía de fondo el niño, como un chantajista profesional, mientras hojeaba nuestra enciclopedia encuadernada en piel (nada mejor que un autodidacta, según Frank) después de haberse ventilado una lata de frutos secos.

—Anda, no te apures. Yo me encargo de todo —dije para tranquilizarla.

Estoy loca perdida.

El puñetero teléfono sonó de nuevo.

—Hola, Eug —dije, para pillarlo desprevenido.

Menos mal que no era él, porque con ese saludo nos habría delatado al instante. Era Frank, para decirme que me pusiera el Dior, que se había juntado con una buena panda de gente interesantísima y nos iba a invitar a todos a cenar en un restaurante nuevo.

—Estupendo, cariño —respondí. Debí de dejarlo desconcertado, porque desde la riña por lo del ombligo no había querido saber nada de sus amigos —. ¿Dónde, a qué hora?

Al menos eso lo mantendría alejado de casa hasta tarde, y la Brady podría esconderse esa noche. Anoté las señas y me despedí con un «Cuídate», cosa rara viniendo de mí. Normalmente rezo por que se caiga de un andamio.

Kate me obligó a hacer la ronda para que atrancase todas las ventanas. Estaba convencida de que no sobreviviría a aquella noche, y hasta el niño empezaba a preocuparse.

—¡Escucha, escucha! —saltaba cada vez que una plancha crujía o el hervidor emitía algún sonido.

Era peor que una película de suspense. ¡No le faltaba interés al asunto desde el punto de vista humano! ¡Pero qué alivio poder quitarme de en medio! Quedamos en que yo llamaría una vez, colgaría al primer toque e inmediatamente después volvería a marcar el número. De lo contrario, no debía atender el teléfono. La llevé a un cuarto de la planta más alta de la casa donde Frank amontonaba caballetes y otros avíos de cuando se obsesionó con ser pintor.

—«No te deseo ni un minuto, no, ni un solo segundo de infelicidad» — dije, con intención de hacerla reír, al mismo tiempo que le entregaba una pila de mantas, sábanas y almohadas. De repente parecía tener ochenta años, y el niño gimoteaba de cara a la pared. ¡En menudo embrollo nos había metido!

—Voy a estar con hombres esta noche, ya te conseguiré alguno — continué.

Kate puso su cara larga de «ten piedad de mí». Pero, caray, ¡bien que estaba comprometiendo nuestro futuro!

Aparecí radiante con mis tacones dorados y el vestido de Dior que me

dejaba la espalda al descubierto. Resultó que ese día Frank había conocido a un actor —prácticamente lo había atropellado—, se pusieron a charlar y el actor le presentó a un poeta, este a un percusionista y este a un judío, y habían decidido irse de parranda. Los parroquianos de la taberna empezaron a darse codazos cuando me quité el abrigo. Por el escote de la espalda.

—Os presento a mi mujer, ¡mi mujer! —no se cansaba de anunciar Frank.

Había dos mujeres más en el grupo: una rubia con las raíces oscurecidas y una americana muy calladita. El actor acababa de regresar del trabajo, y Frank no paraba de hacerle la rosca invitándolo a *brandys* cuádruples. ¡Era el primer actor que conocía en su vida!

—Es un actor excelente, sé amable con él, hazlo reír —me decía Frank una y otra vez.

En mi experiencia, a un actor le da un síncope si otra persona le hace sombra en la tarea de divertir a la concurrencia. Yo no abrí la boca salvo para exclamar «¡chinchín!» en cada ronda.

—Tengo que felicitarte por tu buen gusto —le dijo a Frank, para dar a entender que yo era un bombón.

Me pareció un poco fresco, pero lo dejé correr porque estaba más pendiente de los hombres de verdad. El judío parecía bastante interesante, como si fuese víctima de un agravio, lo mismo que un chaval bajito y blancuzco —no se le podía calificar de hombre, pese a que ya había cumplido los veinticinco— con rasgos afeminados. Un defecto imperdonable en un varón, por supuesto, pero aun así... Tenía la piel azulada, como si hubiera pasado las noches de la infancia a la intemperie, y los labios incoloros, y las manos del tamaño de las de un niño. No conseguí arrimarme a él porque Frank insistía en que el actor estaba hambriento y había que alimentar a las Musas. Ya sabéis, el típico parloteo más falso que falso. Antes de que nos marcháramos, metió unos cuantos billetes de libra en un par de botes que había en el mostrador.

—Pobres muertos de hambre —dijo, refiriéndose a los perros abandonados, a los niños o a lo que quiera que se destinasen aquellos fondos.

Frank el caritativo. ¡Ja! Él y su hermano despedían a sus empleados en Nochebuena y luego los volvían a contratar el día de San Esteban, todo con tal de ahorrarse la paga de Navidad. En total creo que aflojó unas diez libras.

El restaurante era tan nuevo que no había nadie más que nosotros. Esto dejó a Frank un tanto desconcertado, pero, cuando el poeta dijo que nosotros animaríamos el cotarro, nos decidimos a entrar, armando una escandalera propia de un regimiento. El muchacho pálido se puso a tamborilear encima del mantel y me di cuenta de que el percusionista era él.

—Sentaos, muchachos, sentaos —dijo Frank, con un acento cada vez más marcado a causa del alcohol y del entusiasmo.

El local era de lo más distinguido, decorado con dunas, cactus y fuentecitas. Aquello parecía una puñetera selva, hablando en plata. Me fijé en que Frank tomaba nota de todos los detalles, tal vez para la decoración de nuestra casa. En aquel momento estábamos en la fase de «flores de alquiler». Una empresa nos mandaba todos los lunes por la mañana a un operario que se llevaba un surtido enorme y vulgar de flores de plástico para sustituirlo por otro lote. Otro lote idéntico. Me imagino que lo que hacían era ir rotándolos de una casa a otra. Frank también se planteaba la idea de alquilar una pista de baile, desde el día en que vio pasar una furgoneta que decía: ALQUILE SU PROPIA PISTA, ¡Y A BAILAR!

—¿Eso son lirios? —pregunté, señalando unos crisantemos.

—Con toda certeza —me respondió el actor. Otro ignorante.

—A mí, donde se pongan unas rosas de cera... —comenté.

Iba como una cuba, debido sobre todo a los nervios.

—¿Te gusta la jardinería? —se interesó el actor.

¡Vaya manada, válgame Cristo! Me había tocado sentarme a su lado otra vez.

—Cuando vivía en el internado —rememoré, porque cuando voy curda me pongo nostálgica—, cada niña se encargaba de un pedazo de jardín... La vida es un jardín, amigo mío... Yo siempre robaba flores de las parcelas de las otras niñas para colocarlas en la mía. ¡Ni siquiera sabía cómo se plantaban!

El capullo del actor ni siquiera tuvo educación para dejarme terminar la anécdota.

—Vamos a pedir un par de botellas de Mateus, *amigo*<sup>[17]</sup> —propuso a Frank, para dárselas de entendido en productos continentales. Ya se sabe, el típico hijo de tenderos de Wakeley que sueña con ennoblecerse.

—¿En qué obra trabajas? —le pregunté.

Sabía que, si se trataba de un montaje elegante, lo conoceríamos.

—¿Es de Shakespeare? —intervino Frank. A él no lo saques de ahí.

—En realidad... —empezó el actor, para después entrar en una serie de tartamudeos y toses; tardó cinco minutos en contarnos que hacía un papel en una obra que tenía nombre de bazofia.

En ese momento el poeta quiso meter baza.

—¡Ah! —terció en el momento oportuno, como suelen hacer las personas maliciosas—. Hace de patas traseras de un corcel británico.

—Hago de patas delanteras —le corrigió el actor, rojo como un tomate—. Eres un malvado, rubicundo Christopher.

Supe, por la manera en que uno sonreía y el otro se enfurruñaba, que ambos estaban juntos, y que la americana no tenía nada que hacer con el poeta por mucho que se empeñara en soltar alabanzas al pentámetro yámbico; mejor le habría ido en la aburrida Minnesota. Hacían una pareja espantosa: el actor era larguirucho y tenía una expresión como de «mami, dame la mano», mientras que el poeta era nervudo, con una cara severa, ávida y cetrina. A saber por qué, pero en ese momento se me vino a la cabeza la imagen de Kate estrujándose las manos y pensé que tal vez no les importara aceptarla como inquilina. Yo había escuchado que a los mariquitas les gusta tener a una mujer cerca de cara a la galería, siempre y cuando no tengan que ponerle la mano encima. ¡Y que me aspen si Kate no llevaba años haciendo cura de castidad!

—¿Qué vamos a comer? —preguntó el actor.

Tartamudeaba que daba gusto oírlo. Supuse que habría ido a una de esas escuelas en las que te toman por una persona sensible si te trabucas al hablar.

—No sé —respondí. La carta parecía la Constitución.

—Tomaremos todos consomé, amigos míos —decidió Frank.

Yo intenté advertirle con la mirada de que se olvidase de aquel disparate. A Frank se le ha metido en la cabeza que el consomé es lo más distinguido que hay. Sabe que no lo es, pero cree que sí porque solo lo tomó una o dos veces cuando era niño. Le hice una mueca.

—Deja ya de angustiarte por el precio, mujer —me dijo entonces, a voz en grito. A eso me refiero cuando digo que es impredecible.

Al final pedimos ostras, caracoles y otras fanfarronadas. Mientras esperábamos que llegasen los platos, alguien propuso que contásemos chistes. —¡Sí, qué divertido! —aprobó el australiano.

He pasado por alto que también había un australiano en el grupo, y cada vez que abría la boca era para contar alguna anécdota subida de tono que el actor interrumpía con un: «Que hay damas presentes...». Manidos chistes sobre obispos y postales guarronas.

—Si vieras qué cara tienes... —dijo el percusionista, inclinándose sobre la mesa para dirigirse a mí; se refería al aburrimiento que yo no me esforzaba en disimular.

Me dijo que le había gustado lo que había contado acerca del jardín, que era un puro reflejo de la anarquía, y que le gustaba mucho la anarquía.

—Pues tengo muchas más historias de la misma época —le advertí.

No había duda: me estaba poniendo ojitos. Yo llevaba siglos sin coquetear con nadie.

—Alegra esa cara —replicó.

Fue entonces cuando eché en falta al judío. Se había despedido a la francesa.

—¿No conocerás a alguien que alquile un piso? —pregunté, también echándome hacia delante para pegarme lo más posible al percusionista, que estaba justo enfrente de mí.

Los dos habíamos apoyado los codos en la mesa, y con ese gesto excluimos a los demás de nuestra conversación. No quise entrar en los detalles de las paredes blancas y los setos, para que no me tomase por una chiflada.

—Tal vez —respondió. Tenía la voz grave, intrigante. Sensual hasta decir basta.

El camarero dispuso unas bandejas con caracoles y varios cargamentos de cubiertos, y Frank no se cansaba de repetir que no nos preocupásemos lo más mínimo por el precio, mientras todos nos decidíamos por el bistec en salsa de apio. Es lo que pasa siempre en un restaurante de alto copete: en cuanto uno anuncia que pedirá bistec, todos se apuntan al bistec. La parábola de los ciegos. El jefe de comedor insistía en que eligiéramos el plato del día, pero tontos no éramos. ¡Las mollejas de pollo que se las comiera él! El hombre

parecía momificado. Poco antes, Frank había tenido que sobornarlo con un billete de cinco para que dejase entrar al poeta, que iba en mono de faena. En mi humilde opinión, es mucho más ridículo tener que sobornar a un camarero que tener un traje en condiciones; pero, bueno, ya se sabe a los límites que llegan algunos para fabricarse una imagen de rebeldía.

—¿El estudio sería para ti? —me preguntó el percusionista, con sincero interés. Debí de tomarme por una ricachona, debido al Dior y las joyas.

—Para una amiga —repliqué, con la esperanza de que Frank no me oyera. Sabía que tenía que llamar a Kate, pero no paraba de retrasar el momento.

—Ya hablaremos —me dijo en el momento en que Frank alzaba una botella de la cubitera y empapaba a los dos tipos que tenía a los lados.

—¡Qué maravilla! —exclamó la americana.

El actor nos estaba narrando con pelos y señales el periodo de tres años en el que anduvo de gira en provincias, alimentándose exclusivamente de arenques ahumados. Yo me conocía aquella historia de carrerilla. Si tan solo hubiese sido cierta para el cinco por ciento de la gente que la contaba, no quedaría ni un arenque sobre la faz de la tierra. El poeta remató la faena con unos versos cursilones, y Frank estalló en aplausos.

—¿Cómo es que te hiciste poeta? —preguntó, todo reverencial—. ¿Participaste en algún concurso?

Naturalmente, todos se echaron a reír sin que Frank supiera por qué.

—Yo pensaba que así empezaban los poetas —insistió, dejándose aún más en ridículo.

—Tienes un punto de vista, si me permites, inequívocamente *amateur* —observó el poeta, y Frank comprendió que estaba siendo insultado. Se puso entonces muy colorado, como siempre que estaba a punto de enzarzarse en una pelea.

Dios mío, pensé yo, va a haber que reubicar las flores, los muebles y todo lo demás cuando pierda los estribos. En el fondo me importaba poco, porque el percusionista y yo estábamos pasándolo pipa haciendo lo que el actor llamaba «piecitos» bajo la mesa. Había empezado él. Noté que algo me rozaba la pierna y estuve a punto de ponerme a gritar, pensando que sería un ratón, pero con una mirada me dio a entender lo que pasaba. Es que a los



ratones les tengo un miedo irracional. Los veo donde no los hay. Es de locos, pero qué le vamos a hacer. En fin, que era él con el pie. Aunque, lógicamente, no permití que se tomase demasiadas confianzas. Ya me conozco la cantinela de hacerse la dura, y tal y cual. Los dos engullíamos a dos carrillos, y no nos molestábamos siquiera en mirarnos. Las sillas, muy viejas, crujían bajo nuestro peso, pero nadie se daba cuenta porque el actor estaba intentando que Frank y el poeta hiciesen las paces. Ay, Señor, qué pusilánime.

—Sí —le decía la americana a mi percusionista—, ahora estoy perfectamente, he agarrado el toro por los cuernos.

Él sonreía, y la muy tonta se pensaba que era por ella, pero yo era la única que sabía a qué se debía el rubor de sus mejillas.

—Por eso tengo que estar siempre pendiente —me dijo entonces el actor, de repente.

—¿De qué? —pregunté yo, pensando que se habría percatado de nuestro juegucito.

—Del teléfono. Mi anciana madre aún vive, pero se mantiene a base de pastillas. La mujer podría morirse de un momento a otro.

Aquel comentario sirvió para que volviera a la realidad, por así decir; eso, y su pregunta de qué me apetecía como sobremesa. En esta vida hay ciertas personas que son capaces de utilizar la palabra «sobremesa» y de hablar de su madre que se alimenta de pastillas.

—No quiero sobremesa —rechacé, ya en cierto modo apagada y melancólica por haber despreciado el pinrel del otro para evitar que se pasase de la raya.

—Voy a cambiar —anunció el actor.

Yo pensé: «¿Por qué tiene que contarme sus intimidades en mitad de la cena?»; pero, en realidad, hablaba con el camarero, y añadió que tomaría helado de chocolate en lugar de vainilla.

—Voy en serio con lo del estudio —expliqué al músico, que pareció enfurruñado, como si ya no le apeteciera seguir por ahí.

El resto de la velada transcurrió sin incidentes, salvo cuando Frank se quedó dormido antes de que llegasen los cafés y a todos estuvo a punto de darles un patatús ante la idea de tener que pagar la cena. Lo zarandearon para

despertarlo, y vaya si el poeta se puso pesado con chaladuras como que la mejor manera de entablar amistad con un buen hombre era haber reñido antes con él.

Me resultó facilísimo acercar al percusionista a su casa en mi Jaguar, porque Frank iba a llevar a los demás en su coche. La americana también vino con nosotros y no paraba de llamar «Harvey» al músico. La dejamos a ella primero y luego nos dirigimos a su casa.

—¿Te apetece ver el estudio? —propuso cuando llegamos a la puerta. Durante el trayecto habíamos estado charlando de esto y de lo otro.

Subimos unos cuantos tramos de escaleras (yo no me soltaba del inestable pasamanos); al llegar al tercer piso, el linóleo ya era prácticamente inexistente. Me acordé de la Brady: ella seguro que se habría hecho cruces por aquel detalle y habría empezado a desbarrar sobre cómo el ambiente afecta a las personas y cosas así.

—Pero este estudio es tuyo —exclamé cuando entramos en la vivienda y él encendió una lamparilla que mostró una sala amplia con una cama deshecha, una cómoda sin tiradores, dos baterías y fotos en color de mujeres desnudas en las paredes—. ¿Cómo es que se alquila? ¿Es que lo vas a dejar? —Era todo muy formal, como agente de inmobiliaria y cliente.

—Sí. No me gusta mucho. ¡Es demasiado burgués para mí!

Burgués. ¡Pero si en vez de sillas tenía cajas de naranjas, por el amor de Dios! ¡Y una alfombra a modo de colcha!

—Es para una amiga que ha dejado a su marido —expliqué, por si se le había pasado por la cabeza que yo lo quisiera como picadero.

—Entonces no es para ti... —dijo, sonriente. Tenía una sonrisa fabulosa.

—¿Para mí? Qué va. Yo vivo con mi esposo.

—¿Y te está esperando?

—Claro que sí.

—En ese caso, seamos prácticos. Esta noche no va a poder ser, así que mejor será evitar que empiece a sospechar, sería una pérdida de tiempo. ¿Cuándo puedo ir a verte?

A eso lo llamo yo ir al grano. Le propuse que viniera al día siguiente a tomar el té y a continuación eché una ojeada al piso para ver si a la Brady le parecería habitable. No había ni tazas ni platos, y ni rastro de comida.

Justo antes de marcharme, apagó la luz.

—Abre la boca —me ordenó, y entonces me plantó un besazo.

Bajé las desvencijadas escaleras canturreando «Alocada pasión» a pleno pulmón.

Al cabo de diez minutos llegué a casa, donde me esperaba un buen follón. El viejo Eugene se había presentado y no hacía más que desvariar sobre leyes, derechos civiles y otras lindezas. ¡A las cuatro de la mañana, nada menos! Al parecer, cuando llegó Frank estaba aporreando la puerta.

—Siéntate —le dije—, y tómate una taza de té.

Es de los que toman té a todas horas. Yo me mostraba muy amable.

—¿Está aquí mi mujer, está aquí mi hijo? —fue su respuesta. Mi, mi, mi.

—¿Cómo van a estar aquí? Hemos salido a cenar, y yo acabo de llegar. ¿Es que ha pasado algo?

Con buen juicio, me serené al instante. Frank daba vueltas como un loco, diciendo que él era un hombre honrado y que no permitiría que una díscola se escondiese en su hogar.

—Te lo advierto —insistió Eugene—, como esté aquí, serás culpable de secuestrar a mi hijo.

Qué pelma. Era una enciclopedia de leyes con patas. En ese momento pensé: si así es como terminan los amores verdaderos, me alegro de no haber pasado por esa experiencia. Se puso a enumerar todos los defectos de Kate, detalles muy íntimos que no le interesaban a nadie.

—¡Cristo bendito! —exclamó Frank—. ¡Como esté aquí le voy a decir un par de cosas por tenerme levantado a estas horas!

—Aquí no está —tercié.

Tenía que aparentar despreocupación. Ellos dos no se cansaban de dar zapatazos, y yo me imaginé que la Brady aparecía en camión, preguntando: «¿Me habéis llamado?».

—Mira —intervine, con la mano en el corazón—, si se pone en contacto conmigo te doy mi palabra de honor de que te avisaré.

Cuando quiero, soy la reoca. Me obligó a repetírselo, y luego me entregó una carta de cuatro folios en los que le echaba en cara todos sus defectos. Se despidió no sin antes amenazar con que recurriría a la fuerza física si fuese necesario. Lo acompañé a la puerta, ¡y, caray, con qué ganas atranqué la

puerta cuando se hubo marchado!

Naturalmente tuve que contarle la verdad a Frank. ¡No había otra solución! Casi echó la casa abajo. Subió las escaleras como alma que lleva el diablo —y yo detrás—, llamándola igual que uno llamaría a un rebaño de vacas. Kate salió con el rabo entre las piernas.

—¡Fuera de aquí ahora mismo! —ladró Frank.

Kate suplicó que la dejara quedarse hasta por la mañana. Era denigrante verla suplicar. Frank, además, se negaba. Decía que no le apetecía acabar en los juzgados y que tenía una reputación que proteger. Me lo habría cargado con mis propias manos de no haber existido la pena capital, y si los cerdos de los ministros no se pasaran el día reclamando que se restableciesen los castigos corporales. Kate parecía una moribunda. Le dije a Frank que se metiese en la cama y que, cuando se levantara, ella ya se habría ido. A mi amiga le conté un poco —sin entrar en detalles— acerca del piso del músico, y su reacción fue deshacerse en agradecimientos y lágrimas; yo detesto que la gente dé las gracias antes de tiempo, porque eso supone que te comprometes a ayudar. En fin. Llamé a unos cuantos hoteles, pero en ninguno podían alojarla porque al parecer estaban todos completos. Debían de pensar que era una fugitiva. Así que me vi obligada a recurrir a las amistades. Imaginaos tener que llamar a alguien a esas horas de la madrugada y decir: «Nada, es que de pronto me he acordado de ti y he pensado en llamarte para charlar un rato», porque evidentemente no podía empezar preguntando si podían acoger a mi amiga. Todos quisieron saber por qué no se podía quedar en mi casa. Ella, entretanto, no paraba de llorar, de implorar y de decir: «¿Por qué ha tenido que pasarme esto a mí?». Justo lo mismo que estaba pensando yo. Porque, para seros sincera, no era plato de gusto tener que llamar a un conocido en mitad de la noche. Dos tipos me colgaron, dejándome con un palmo de narices.

—¿Cómo estaba Eugene, qué aspecto tenía? —me preguntaba.

Yo le conté que, lógicamente, estaba todo agitado.

—Ya sabes lo que decía Scott Fitzgerald sobre las cosas que pasan a las tres de la mañana...

Le di de su propia medicina. A ella, que siempre tiene una cita para todo, cosas que Scott decía en los bares y observaciones que Hemingway hacía a

los balleneros, como si fuese amiga de todos ellos y desayunase en sus ranchos todas las mañanas.

Al final, ya casi al alba, tuve que recurrir a la extorsión. Frank y yo dejábamos que una vecina cacatúa guardase su carretilla en nuestra cochera triple, así que la llamé. No se mostró muy comunicativa: no hacía más que titubear y vacilar, y, cuando le solté aquello de que los amigos tienen que estar a las duras y a las maduras, me dijo: «Bueno, pero solo una semana o dos». De Cash no quería hacerse cargo porque su perro atacaba a los niños.

—Tendremos que meter al chiquillo en una perrera —repliqué, muy sarcástica, y acordamos que Kate se trasladaría a las ocho y se arriesgaría con el animal.

En cuanto colgué el auricular supe lo que se avecinaba. ¡Remordimientos! Como si no hubiese aguantado ya suficiente aquel día... Me dijo que sentía lástima por Eugene, que era un inadaptado, que quería a su hijo, que se sentiría responsable si se volviese loco. Por quién doblan las campanas. Quiero decir: no hace falta que me detenga en los pormenores, habréis oído la misma historia cientos de veces.

Conclusión: lo llamó por teléfono y se deshizo en disculpas, afirmando que se arrepentía de todo lo que había hecho. Yo pensé: «Después de las molestias que me he tomado para conseguirle un techo...». ¿Cómo podía ser tan sumisa, caramba? La habría matado cuando la oí decir que él tendría que haber dado con una buena mujer, pero que las mujeres buenas no existen. Estupendo, al cuerno la lucha del sexo débil. Al final llegaron a la feliz conclusión de que dejaría al niño con su padre y ella se quedaría unas cuantas semanas en casa de la vecina para reflexionar sobre lo que había hecho.

—Pero seguimos siendo amigos —no paraba de repetir. Parecía que estuviese hablando con su verdugo.

Levantamos al niño sobre las siete y nos lo llevamos a su casa. El pobrecito se quedó muy chafado. Esperaba que las vacaciones durasen al menos un mes. Le contamos que su madre tenía que ingresar en el hospital. ¡Hay que ver las cosas que se les dicen a los niños! Cuando le abrimos la portezuela, Kate se quedó mirando cómo avanzaba al trote por el caminillo y dijo:

—Pobre Cash, todavía no sabe lo que le espera.

Fue la única vez en la que, tonta de mí, se me escaparon unas lágrimas. Me pareció tan indefenso, con el chubasquero azulón que Kate le había puesto... Se volvió y nos sonrió, como si fuésemos a regresar al poco rato.

—Ay, los padres —dijo ella.

«Ay, los padres», repetí para mis adentros, pensando en que la ridícula historia se repetía una y otra vez. Sus padres, los míos —con todos los reproches que les hacíamos—, y nosotras mismas, que no éramos mucho mejores que ellos. Padres incapacitados para ser niños. ¡Vaya perra cogimos! Llorábamos como Magdalenas, y el taxista tuvo que dar la vuelta a la plaza dos veces hasta que Kate por fin se sintió preparada para enfrentarse a su nueva residencia. No fui capaz de acompañarla, me resultaba demasiado doloroso.

—¿Qué voy a hacer de aquí a la noche? —preguntó.

—Échate un sueñecito —le aconsejé, como quien dice: «Pásalo bien».

—No puedo.

Sabía muy bien que para ella era insoportable, pero ¿qué podía hacer yo? ¿Qué puede hacer alguien por otra persona? Le di pastillas para dormir y unos cuantos billetes de cinco muy arrugados. Solo en momentos así me parecía mínimamente satisfactorio el matrimonio: cuando me gastaba el dinero de mi marido. Entonces, para animarla, le dije que si estaba pensando en quitarse de en medio se acordase de legarme sus diarios.

—No me olvidaré de ti, Baba —respondió, toda solemne y aturdida.

No aguanto a las personas solemnes.

## 7

Algo más tarde me preparé para recibir a Harvey. Puse orden en el dormitorio e hice desaparecer los pijamas y el cepillo de dientes de Durack, mi marido. Parece un objeto prehistórico, con las cerdas grises muy desgastadas y abiertas hasta la base. Sería capaz de comprarse un helicóptero, pero no se le pasa por la cabeza cambiar de cepillo de dientes. Luego guardé en el cobertizo las antiguallas más espantosas. A las cuatro en punto sonó la melodía «Hogar, dulce hogar» del timbre. Dios quiera que no sean ni Kate ni el hombre del estiércol, pensé. Una vez estaba tan aburrida que le compré por lástima a uno que vendía estiércol. No os hacéis una idea de la peste que echa el abono de ciudad. ¡A saber lo que le echarán!

—No se preocupe, señora Cooney, yo abro —dije, muy tranquila.

La señora Cooney es nuestra criada. A pesar de que ella ya estaba bajando las escaleras, llegué antes a la puerta y lo recibí con una sonrisa de catálogo. No os lo vais a creer: se había presentado con un tambor, las baquetas y todo el equipo. Era un tambor muy llamativo, con piedrecitas rojas alrededor del borde.

—¡Esto no es un concierto! —exclamé. En realidad, no sabía qué otra cosa decir.

—He pensado que a lo mejor te apetecía oírme tocar —explicó.

¡Que había pensado...! Hay que ser caradura para presentarse en mi casa con toda esa parafernalia sin saber siquiera si lo iba a dejar pasar o si tendría que escabullirse a todo correr por el ventanuco de la despensa.

—Estupendo —dije, invitándolo a pasar al salón.

Me había metido en mi papel de anfitriona, y hasta llevaba medias doradas. Él, en cambio, iba todo de marrón: camisa, chaqueta, pantalones...

Todo marrón. Solo una persona muy pagada de sí misma puede vestirse con ese color tan aburrido y salir airosa.

—Vas a juego con los tonos tabaco del salón —comenté con sorna.

—¿Ah, sí? —replicó, sonriente. La sonrisa le iba de oreja a oreja, como diciendo: «Te tengo comiendo de mi mano».

«Qué equivocado estás, nene», pensé al tiempo que lo veía dar un lingotazo al brandy que le había servido. (En casa mandamos embotellar la bebida especialmente para nosotros, con nuestro apellido en la etiqueta).

Entonces me hizo señas para que me arrimase a él y, cuando me acerqué, juntó sus labios con los míos y me dio de beber directamente de su boca. Casi me da un desmayo de la emoción. No quiero ponerme tonta con esas bobadas de la naturaleza, pero fue igual que cuando los pájaros mastican la comida para luego dársela a sus polluelos. Harvey podía hacer de mí lo que le apeteciera, me tenía prendada.

—Siéntate —ordenó— y habla conmigo.

Fui a sentarme al sofá del estudio, el de suspensión patentada «confort de hogar».

—Nuestro patio de juegos —dije con una sonrisa.

Pensé que se acomodaría a mi lado, pero no; en lugar de eso, tiró un cojín al suelo y se sentó con las piernas cruzadas, igual que un místico. Paseó la mirada por toda la habitación, escrutador.

—¿Qué es esa cosa tan absurda? —quiso saber.

Se trataba de la miniatura de un cochecito antiguo que compramos un domingo en Windsor.

—Una antigüedad. Reina Ana —contesté. Recordé entonces la pila de cosas que había en el cobertizo; ¿qué habría opinado de todo aquello? De todos modos, si creía que me iba a insultar en mi propia casa, lo llevaba claro. Añadí—: Tú, que vives en una mansarda, no entenderás mucho de estas cosas.

—A mí me gustan los muebles sencillos.

—Qué refinado —repliqué, recordando las cajas de naranjas. Sin duda, estábamos a partir un piñón—. Me apetece un poco más de *brandy* —anuncié entonces, refiriéndome a que me lo diese de nuevo de su boca.

Sin embargo, él se levantó y me sirvió una aburrida copa que luego dejó



en lo alto de la mesa de bambú. Durack había leído por ahí que el bambú estaba de moda y que Cecil Beaton tenía una estantería de bambú en su despacho; poco tardó en escribirle una carta a su madre, en Irlanda, en la que le pedía que recogiera todo el bambú que encontrase. ¡Cuánto trasto!

—¿De dónde eres? —le pregunté. No se me ocurría ningún comentario chisposo.

—Soy un nómada.

En boca de cualquier otra persona habría sonado ridículo, pero no en su caso. Por eso me gustaba tanto. Nunca caía en el ridículo, hiciera lo que hiciese. Tenía las ideas muy claras y todo le salía bien. Sabía lo que tenía que decir, aunque en el fondo se trataba de lo que no debía decir. Que nadie lo pillara en un renuncio. La gente así abunda.

Me contó que había vivido aquí y allá; en Australia, en México y en lugares así, y que tenía antepasados apaches. Pensé: «¿Cómo rayos vas a tener sangre india, con lo blanquito que eres?», pero esas cosas no se dicen. La ascendencia india causa furor hoy en día.

Propuse que tomáramos un té e hice sonar la campanilla, muy a mi pesar, pero Cooney era tan lunática que si no la dejaba entrar a echar un vistazo sería capaz de desaparecer varios días. Eso sí, le había advertido que no se le ocurriese recitar su famoso adagio: «La fe en Dios centuplicada y las tripas desatascadas». Le suelta la frase al primero que se le pone por delante, como si de un poema se tratara.

—¿Ha llamado, señora? —dijo al irrumpir en el estudio con un delantal limpio y el sombrero puesto, un horror con velo que ella piensa que le queda de maravilla. El «señora» me sentó como una patada, porque ella siempre me llama por mi nombre de pila cuando estamos solas. Harvey esbozó una sonrisa y, evidentemente, eso animó a Cooney a entrar—. Bonito tambor —comentó.

Harvey contestó que se alegraba de que le gustase y preguntó si quería oírle tocar.

—¡Ay, sí, qué bien! —respondió la otra, dicho lo cual se apalancó en el sofá, con los pies colgando. Era paticorta.

Tocó un par de piezas muy burdas; me refiero a que el sonido era muy potente, como los ruidos que los salvajes hacen al entrechocar huesos.

Cooney y yo formábamos un público ejemplar. Ella daba palmas como una loca, pero sin tener en cuenta el ritmo, como a ella le parecía. Harvey estaba muy metido en la música y no me miró ni una sola vez, cosa que me sacaba de quicio. Como me había despojado de casi toda la ropa interior, estaba helada.

—¡Toque «Azul lavanda»! —pidió Cooney cuando pareció que él iba a acabar de tocar.

—Me parece que vamos a querer un té, señora Cooney —tercié.

Cooney había desconectado. El aparatejo. Porque usa un audífono. Tiene un oído envidiable, pero lo había conseguido por un puñado de higos a través del servicio de salud. Es de esas personas capaces de sacarse una muela con tal de aprovecharse de las que ponen gratis. Le di un codazo en las costillas.

—Muy bonito, señora —me reprendió, y acto seguido se inclinó sobre la mesilla de bambú y agarró de la cigarrera de plata un puñado de pitillos que se guardó en el bolsillo del delantal; salvo uno, que se prendió allí mismo.

—Cría cuervos y te sacarán los ojos —dije yo, pero me ignoró y siguió atenta a la percusión.

Cualquiera habría pensado que Harvey le estaba haciendo el amor al tambor, a juzgar por los sonidos que le sacaba. Lo tenía abrazado con las piernas. Cooney, entretanto, aplaudía y canturreaba. Al final tuve que ir yo a preparar el té. La bandeja estaba dispuesta para tres, pero ni corta ni perezosa retiré una de las tazas con su platillo. Ella se percató en cuanto me vio aparecer. Se levantó dando un bufido, le estrechó la mano y le dijo que era todo un caballero. Salió disparada del salón y regresó casi al instante con el abrigo puesto diciendo con la voz engolada:

—Señora Durack, me gustaría hablar con usted un momento en privado.

»... No me ha gustado ni un pelo lo que ha hecho —me dijo, ya en el vestíbulo—. Discriminarme así, como si yo fuese negra o algo peor...

—Él es indio, precisamente —intervine, para confundirla.

—Chusma irlandesa, ¿quién te crees que eres? —me increpó. Se estaba calentando. Apestaba a alcohol.

—Me parece que ha bebido usted demasiado —respondí. Sabía que eso la pondría aún más rabiosa, porque, aunque anda dándole a la botella todo el día, nunca reconoce que bebe.

—¡Qué poca clase hay que tener para dejar que otra te lave las bragas! —Rogué a Dios que él no la hubiese escuchado. Era lo que faltaba para que me encontrase irresistible. Abrí la puerta y la eché—. Sé muy bien cuándo estoy de más en un sitio.

—¡Pues mucho has tardado en darte cuenta esta vez! —exclamé.

En ese momento acercó la boca a la ranura del buzón y empezó a chillar, a insultar y a pulsar el timbre («Hogar, dulce hogar»). Cuando volví al salón lo sorprendí atiborrándose de sándwiches de pepino y sirviéndose otra taza de té.

—¿Todo bien? —dije, para que supiera que estaba siendo testigo de su comilona.

—¿Te ha excitado oírme tocar? —quiso saber cuando tomé asiento de nuevo.

—Uy, mucho.

Ya estaba excitada aun antes de que apareciese.

—¿En qué sentido?

—Bueno, eso ya lo sabes.

—¿Dónde lo has notado?

«En la pata de palo». Por el amor de Dios bendito, ¿pues dónde iba a ser?

—¿En los pechos o en las entrañas? —insistió.

—En ambos sitios.

Tengo cierta idea de lo que es eso de las entrañas, pero lo pasaría muy mal si tuviese que señalarlo en un diagrama.

—Muy bien —aprobo.

Atacó el pastel y luego se fumó un puro de los nuestros. Contó varios chistes... Ahora que lo pienso, era la persona con menos sentido del humor con la que me haya cruzado en mi vida, ¡y mira que conozco a gente sosa! Tiró al jarrón de porcelana la colilla del cigarrillo que se había fumado antes y sonó un chisporroteo, porque aún quedaba en el fondo del jarrón un resto de agua de la última vez que había metido flores naturales.

—Tu marido es todo un fetichista —comentó, no sin sarcasmo. Cierto que el jarrón parecía más bien una bacinilla colectiva, pero ¿cómo se atrevía él a hablar de fetichismos?

La cosa se estaba estancando.

—Ven, siéntate a mi vera —propuse.

—Prefiero mirarte desde aquí —rehusó él—. El rostro humano no está pensado para los primeros planos. Solo en un caso resulta aceptable, y es... —se interrumpió, como si estuviese a punto de decir algo revolucionario; qué paliza— apoyado en una almohada.

—En el armario de la ropa blanca tengo montones de almohadas —dije, con intención de resultar chistosa. Me ponía en ridículo veinte veces por minuto.

Entonces se levantó, agarró una de las baquetas, se me acercó y empezó a percutirla contra mí, principalmente en los pechos. Qué jugueteón, el muy diablillo. No sé si os irán esas cosas, pero a mí no me hacen nada de gracia. Válgame Cristo. Yo lo único que sentía era que me estaban apaleando.

—Date la vuelta —me ordenó, y así fue como también me llevé unos baquetazos en el trasero.

De pronto pensé en si no me dejaría marcas. Frank solía examinarme para «enterarse de lo que había visto el mayordomo». Me lo imaginé indagando para saber cómo me había hecho aquellos misteriosos moratones. Yo le diría que me había resbalado con el suelo encerado, y él protestaría: «¿Qué suelo encerado, si tenemos moqueta?». Entonces yo explicaría que había retirado la moqueta para encerar el solado, porque soy un ama de casa de primera. Un cuento chino como una catedral.

Él siguió atizándome. Madre mía, lo que dolía.

—Llevo desde los catorce años estudiando el arte amatorio —dijo. Luego añadió que poseía tal control sobre su musculatura que era capaz de hacer el amor con veinticinco mujeres en una sola noche. Se señaló un parche velloso que tenía en la barbilla y me aseguró que eso también cumplía su función en el acto amoroso—. Hasta la pelvis; todas las partes de mi cuerpo desempeñan un papel concreto.

Para que luego digan de los secretos de Oriente. Estaba loca de impaciencia por que subiésemos al dormitorio.

En fin, para que conste, no subimos hasta pasado un par de horas, momento en el que bien podrían haberme llevado en camilla, de lo dolorida que estaba. Se trataba de una especie de ritual. Él debía explorar todos los rincones de mi cuerpo con las baquetas, y luego yo tenía que ponerme de

puntillas y tocar el puñetero tambor con los dedos al tiempo que él hacía lo propio, y nos besábamos en ciertos momentos determinados, sin tan siquiera recrearnos en los besos. Fue igual que una clase de gimnasia en el colegio. Tenía que comportarme como si no pasara nada. Aunque, a decir verdad, era cierto que no sucedía gran cosa.

—Venga: un, dos, tres, ¡ahora! —me decía.

Por si fuera poco, debíamos mantener un ritmo. Para que luego digan de los perros de Pavlov. Me habría cambiado por uno de esos sin dudarlo.

—¿Quieres hacerme un favor? —me dijo, ya en el dormitorio, mientras yo echaba las persianas y corría las cortinas. Cerré la puerta con llave.

¡«Un favor»! ¡Pero si llevaba dos horas haciendo ejercicio como una majadera!

—¿Tienes un sostén negro?

Por supuesto que sí. Es el único color que no hay que lavar a diario. Londres es tan sucio que sería una insensatez usar ropa interior de cualquier otro color.

—¿Y botas?

Por aquel entonces se había puesto de moda que las mujeres se calzaran botas altas de piel, para asistir a cenas en sociedad y todo eso.

—No —respondí. Aquellas botas no sentaban nada bien a las que teníamos las piernas como columnas jónicas.

—Tendrás que conseguir unas —me aconsejó—. Y una chaqueta de cuero.

—Voy a llamar a Harrods ahora mismito para que me traigan todo eso.

Y a continuación le conté que había oído que una vez mandaron una furgoneta a Northumberland solo para entregar a domicilio un bolígrafo y una goma de borrar. Él me dijo que no me preocupase, pero que me pusiera un gorrito para la lluvia, si es que tenía.

—Y mucho jabón —agregó.

—¿Quieres que llenemos palanganas también?

Soy una tontaina. Lo digo porque siempre que pienso en jabón lo relaciono con agua. Aquello adquiriría cada vez más tintes de tragedia. Aun así, saqué del armario un sueste viejo y lo puse en la almohada.

Harvey se desvistió y dobló la ropa con gran esmero. No aguanto que me

hagan eso. Demuestra que lo que más les preocupa es que no se deshaga la raya del pantalón.

—Perdona que no tenga botas ni nada —me excusé—, pero podemos tomarnos esto como un ensayo hasta que me equivoque del todo.

No le saqué ni una mínima sonrisa. Me desnudé con mucho garbo, y más rápido que en los simulacros de los bomberos. Si es que no llevaba casi nada puesto... Él echó un vistazo a mi piel y comentó que era demasiado pálida. ¿Os lo podéis creer? Con la de desgraciados que son torturados, apaleados y asesinados en todo el mundo por ser negros, y él me viene con esas. La suya, por cierto, era bastante bonita, suave, y resplandecía como el oro, como madera pulida, con un hilillo de vello que le bajaba desde el ombligo.

—¿Esto también cumple una función en el ritual de apareamiento? —pregunté, señalando el vello, con la intención de introducir algo de humor.

Encendí la manta eléctrica y nos metimos en la cama.

—¿Has estado alguna vez con una mujer? —quiso saber.

—¡Montones de veces! —repliqué yo.

Ni por un momento sospeché a lo que se refería. Pensé en sacar el tema del piso para Kate, pero eso podía esperar hasta después de los fuegos artificiales.

—¿Y sueles usar botellas de leche? —continuó, y entonces vi por dónde iba. Así que le dije que no, que en absoluto, y le pregunté si él había estado con algún hombre—. ¿Qué te hace pensar tal cosa? —dijo, todo malhumorado.

No lo pensaba. A decir verdad, no pensaba nada salvo que estábamos tardando una eternidad en hacer lo que miles, millones de personas hacen a todas horas antes de irse al trabajo, desayunar o cortarse las uñas de los pies. Empezaba a albergar serias dudas. Cuando llevaba un cigarrillo a medias, retiró las sábanas y empezó a chamuscarme. Olía a pelo quemado.

—¡Para el carro! —protesté.

Bastante tenía ya con los cardenales como para encima tener que dar explicaciones del vello carbonizado. ¡Como si yo fuese un pollo mal desplumado!

—Te va a gustar —dijo—, te va a excitar.

¿Excitarme? ¡Pero si la cabeza ya me daba vueltas de la excitación!

Aquello no me gustaba ni pizca. Había oído hablar de un hombre a quien le iba esa clase de travesuras y que había obligado a varias chicas a respirar vapores de amoníaco. El tipo había acabado en la trena por mandar al otro barrio a una decena de mujeres.

—Anda, ven —me dijo, poniéndose todo mimoso y calándose el sueste. Apagó el cigarrillo y nos pusimos a la faena—. ¿Es lo bastante grande para ti?

A los hombres eso les preocupa una barbaridad.

—Es enorme —confirmé.

—Eres una chica muy inteligente.

Los hombres son tontos de remate.

Entonces llegó la hora de la pelvis, que interpreté como parte de los preliminares; pero, cuando le sugerí que se apretara más contra mí, me dijo: «Se ha quedado dormida». Con eso también se preocupan una barbaridad.

Me dijo que quería besarme los dientes. Ay, Señor, y yo con dos dientes postizos. Lo último que me apetecía que me besara eran los dientes. Nos quedamos un rato tumbados, sin movernos, y entonces dijo que era como si un pintor hubiese arrojado nuestros cuerpos muy juntos a un lienzo. ¿Que si me gustó aquel comentario? ¿Que si me parecía una persona inteligente? Yo a todo decía amén... Le pregunté qué cosas le gustaban.

—La boca de un gatito por dentro —dijo—. Parece agua, aunque todavía más suave.

Vaya, me estaba haciendo sentir de lo más deseado... Le pregunté entonces por las cosas que le daban miedo. Sentía la rabiosa necesidad de entablar conversación.

—Que se me caiga algún diente —reconoció. Un adulator nato. Capté la indirecta—. Y también no ser tan buen percusionista como creo ser.

En ese momento saltó de la cama y comprobó el reloj de pulsera que había dejado en la mesilla. Anunció que no tardaría en irse, porque esa noche tenía una actuación.

—Pensaba que íbamos a hacer el amor —declaré. Lo pensaba de veras, si os soy sincera.

—No. Hoy no. —Y añadió que no estaba preparado y que yo era muy charlatana—. Conmigo tiene que ser algo puro. Tiene que ser lo más puro del

mundo, igual que la boca de un gatito por dentro.

—Ya entiendo; como hacer el amor con veinticinco mujeres en una sola noche —repliqué con ánimo de ofenderlo.

Funcionó a las mil maravillas. Se puso todo gallito y con mi ayuda, la del sueste, y poniendo mucho de su parte consiguió salir de su letargo y emplearse a fondo en la tarea de seducirme. Cuando apenas llevábamos cuatro minutos lo oí decir:

—He terminado. Ha sido sin querer.

—¡Estarás de broma...!

Para entonces, ya había perdido toda esperanza de que las cosas saliesen bien.

—Tienes que prometerme una cosa.

—Lo que tú quieras —contesté.

Era tan egocéntrico que ni siquiera se percató del sarcasmo.

—Prométeme que no te vas a quedar embarazada.

—Lo intentaré.

—Pero tienes que prometérmelo —insistió.

Menudo imbécil. Aunque, pensándolo mejor, la imbécil fui yo. Debió de juzgar que, con mis medias y mis cuartos de baño barrocos, lo tenía todo bajo control.

En un lapso de dos segundos se levantó, se vistió y se puso ante el espejo a hacerse el nudo de la corbata. Yo también me enfundé la ropa, re Coloqué cortinas y persianas, ahuequé los cojines y estiré la sábana bajera. A fin de cuentas, no habíamos deshecho la cama. No quiso quedarse a tomar un café; en lugar de eso, me pidió que le llamara un taxi, para luego, asombradísimo, meterse las manos en los bolsillos y descubrir que estaba sin blanca.

—Préstame una libra —dijo.

Le di diecinueve chelines con once peniques solo para comprobar si podría arrancarle una sonrisa.

—¿Y qué pasa con el estudio para mi amiga Kate? —dije, ya en los peldaños de la entrada.

Yo lo que quería era concertar otra cita para que las cosas no quedasen así. Y es que, a pesar de que era un tostón, a mí no me aburría tanto como para no verlo más.



—Claro, sí. Te llamo mañana.

Y, dicho esto, hizo el muy chistoso gesto de darme un puñetazo en la tripa, para demostrarme lo amigotes que éramos. Levantó el tambor cuando llegó el taxi y me preguntó si me molestaría que dejase la cancela abierta, porque con el tambor no iba a poder cerrarla. Cerré la puerta de casa antes de que el coche se pusiera en marcha.

Me sentía fatal; no os imagináis lo mal que me sentía. Tenía clarísimo que iba a tener que cargar con la losa del remordimiento, y para colmo sin haberle sacado el más mínimo provecho a la tarde, aparte de los ejercicios de gimnasia. Llamé a la Brady para contarle que el piso no se quedaría libre hasta pasados unos días, pero no estaba. Habrá ido a tirarse al Támesis, pensé.

Cooney no apareció a la mañana siguiente. Había colado bajo la puerta una carta muy imprudente en la que solicitaba sus certificados y una indemnización.

—¿Y esto a qué viene? —quiso saber Frank. Porque Frank me abre las cartas. Estaba de un humor de perros porque no conseguía abrocharse los gemelos.

—Bah, uno de sus berrinches —dije yo—. Ya sabes cómo es.

—Por algo habrá sido, ¿no?

Frank ya se olía que algo pasaba porque cuando volvió a casa la víspera me sorprendió devolviendo los trastos del cobertizo a su sitio. «¿Qué carajo estás haciendo? —me había preguntado—. Para tu información, esos muebles son de caoba y cuestan un ojo de la cara». «Es que había pensado barnizarlos», mentí. Estaban cubiertos de carbonilla. Al poco rato se había acercado al fregadero y, al ver las dos tazas buenas con sus platillos, preguntó: «¿Quién ha venido?». «Un mendigo muy anciano». No se me había venido a la cabeza el nombre de nadie.

—Tendré que ir a hablar con la señora Cooney —dije a la vez que le abrochaba el segundo gemelo.

Esa noche dábamos una cena en casa; vendrían su hermano y su mujer, una arquitecta y un importante comerciante al que intentaba dorar la píldora

para cerrar un negocio.

—¿Cuántos platos serviremos? —me preguntó.

—Unos cinco.

No tenía ni la más remota idea de lo que cenaríamos. No le había dedicado ni un minuto de mis pensamientos, ya os figuraréis por qué.

—Que no se te olvide la salsa de arándanos.

En algún sitio le habían servido salsa de arándanos y desde entonces cree que es el colmo del buen gusto.

—La salsa de arándanos solo se sirve con pavo —expliqué.

—Pues entonces comeremos pavo, joder. Encarga dos.

—¿Macho y hembra? —repliqué. Estaba con la escopeta cargada.

—¡A mí no me vengas con groserías! —exclamó, alzando un cepillo para el pelo.

Hice mutis por si acaso decidía lanzármelo. Gritó algo al salir y adiviné que ese día se desahogaría haciéndoles la vida imposible a unos obreros de tres al cuarto que no serían mucho mejores que él.

Sobre las diez y media me llamó la mujer de su hermano para preguntarme si se exigía etiqueta. Imaginaos a un puñado de personajes como nosotros tropezando con las colas de los vestidos en nuestro propio salón.

—Ponte lo que te apetezca —le dije.

Mientras hablaba con ella repasé el listín por si aparecía mi percusionista. Quería preguntarle cuándo podría trasladarse Kate al piso. Una táctica bastante descarada.

—¿Qué vas a ponerte tú? —insistió la otra, que no sabe pensar en otra cosa. Bien podría una contarle que habían violado y asesinado a una mujer en el puente de Waterloo, que ella, erre que erre, preguntaría lo que llevaba puesto.

—Lo primero que pille en el armario.

—Estupendo, pues yo haré lo mismo. Me alegro de que no haya que acicalarse mucho.

—Oye, me tengo que ir —atajé.

—¿Y qué se va a poner *lady* Margaret?

—¿Y yo qué sé?!

*Lady Margaret* era la única persona con título nobiliario que conocían Frank y su hermano. Se la habían ganado gracias a las monumentales donaciones que hacían a una asociación benéfica que ella apoyaba. Las perras de su calaña se dedican a la caridad para salir en la prensa. Y menos mal que la conoció a ella, porque justo antes habíamos sufrido un descalabro con una duquesa. Nada más mudarnos aquí, fuimos a la taberna más cercana porque afuera un letrero decía: COMA Y BEBA COMO UN REY, cosa que a él le agradó. Total, que allí había una mujer a la que todos se referían como la Duquesa. Parecía un fantoche, arrugada como una pasa, con los labios escarlata y uno de esos estúpidos abrigos con los bajos acampanados y cuello de pieles. Nada más oír que uno de los camareros la llamaba Duquesa, Durack se interesó por ella.

«Tenemos que invitarla a una copa», me dijo. La mujer se ventilaba las ginebras que daba gusto verla. En definitiva, al final ese día no se atrevió a abordarla, pero a la noche siguiente anunció que volveríamos a la taberna, y yo intuí lo que andaba tramando. Pasamos horas en aquel tugurio hasta que por fin apareció la anciana con un par de enanos que debían de ser *jockeys*. «Tal vez tenga buenos soplos para el Grand National», me dijo Frank. «Pues igual que tú», le había replicado yo. No aguantaba verlo tan desesperado por arrimarse a una persona.

Cada vez que llegaba una bandeja con bebidas a su mesa, Frank se quedaba mirando. Estaba reuniendo valor. Por fin hizo mandar una ronda justo antes del cierre y ella alzó su copa y nos hizo señas para que nos acercáramos.

«¡Salud, Duquesa!», le dijo, y ella se echó la bebida al gaznate. Hicimos las presentaciones y entonces Frank sugirió que nos acompañase a casa para tomar una copa allí. Mientras yo les preparaba un café irlandés en la cocina, entró él hecho un basilisco: «¡Por Dios bendito! ¡Es un apodo! ¡No es duquesa de verdad!». Yo estallé en carcajadas. «¡Échala de nuestra casa! — me ordenó—. ¿Y si nos roba la plata?». «Pues vete a vigilarla», repliqué. Yo no iba a ponerla de patitas en la calle. «¿Que la vigile? ¡Pero si no puedo ni mirarla a la cara! ¿Sabes lo que me ha dicho cuando le he preguntado por las figuras de su blasón? ¡“Un mocho y un balde, señor gobernador”!».».

—¿Va a venir el monseñor? —quiso saber mi cuñada.

—Claro que sí —contesté.

Frank no mueve ni un dedo sin consultarlo antes con el monseñor, y mi cuñada detesta que se muestre más amable con nosotros que con ellos. De repente fue como si lo viera, sentado al calor del hogar, comentando que no hay nada como una buena chimenea, todo ufano a causa del jerez. ¡A mí las garrafas! Estaba de un humor absolutamente insoportable.

—Tengo que irme —le dije a mi cuñada—. Nos vemos luego.

El percusionista no aparecía en la guía, así que decidí darle un día, y, si no me llamaba, me presentaría en su casa al día siguiente con la Brady como quien se encarga de buscar techo a una huérfana sin hogar. La llamé para contárselo.

—No consigo dormir —me dijo—, ni comer. No dejo de darle vueltas y más vueltas al asunto.

—Sal a que te dé el aire —sugerí—. Entretanto.

—¿Con qué?

Me devané los sesos para animarla. ¡Madre de Dios! No sé por qué me desvivía tanto por ella cuando yo misma ya iba bien servida de preocupaciones. Estaba completamente prendada del músico.

Pero una a veces se ablanda. Y hasta la taza de té me pareció de mal agüero. Le conté a la Brady que íbamos a dar una fiesta en casa y que, si quería, podía venir por la puerta trasera a recoger las sobras. Al principio me dijo que no comía; luego, que aún conservaba su amor propio; y, por último, que tenía una indigestión. Colgué no sin antes prometerle que la llamaría más tarde, que le resolvería la vida, que lograría que el viejo Eugene se reconciliase con ella, que le conseguiría una audiencia con el Papa y una última cena con hombres sabios y caritativos.

—Te devolveré el favor, Baba —me dijo.

Llevaba escuchándole esa cantinela, en ese mismo tono de voz, unos veinte años. Ya la tenía muy vista.

—Nos vemos luego —me despedí.

Tenía que ir a buscar a Cooney y ponerme a sus pies como una imbécil.

Me vi obligada a aflojar dos billetes de cinco a modo de soborno: uno para que no dijera una palabra del tamborilero, y el otro para que viniese y se

encargase de preparar la cena, porque yo no era capaz ni de colocar el pavo en la bandeja del horno.

—¿Se fue muy tarde... su pianista? —se interesó.

Sabía perfectamente que no era pianista, lo que pasa es que quería que la corrigiese para que nos enzarzáramos en otra discusión y yo soltara más billetes.

—Tenía un concierto, y se fue al poco de que se marchase usted.

—Cuando vi las persianas bajadas pensé que era muy raro que hubiese subido usted a acostarse con él abajo, tocando.

—Pues sí, muy raro —repliqué.

En ese momento estaba abriendo latas como una loca: latas de arándanos rojos, de arándanos negros... Arándanos de todos los colores. Soy un hacha abriendo latas.

—El tambor era una preciosidad —insistía ella—. Es un instrumento precioso. No diría yo que no si me regalasen uno por Navidad.

No se me escapa una indirecta.

Nos empleamos a fondo durante todo el día, y apoyé una silla contra la puerta de la cocina para oír el teléfono si sonaba en el vestíbulo.

—¡Está usted hecha un manojo de nervios! —observó Cooney.

—Para ser una imbécil, no te falta perspicacia —contesté.

Hasta un ciego se habría dado cuenta de que estaba hecha un manojo de nervios. Había roto tres copas y los cubiertos se me escapaban de las manos, como si fuese una puñetera médium en una obra sobre fenómenos paranormales. A pesar de todo, logramos dejarlo todo dispuesto, y Cooney preparó unas salsas bastante elegantes. De no haber sido tan ordinaria, incluso me habría caído bien.

A las siete empezaron a llegar los invitados. *Lady Margaret* fue la primera, agarrada del brazo de su chófer para subir los peldaños de la entrada, como si estuviese tullida o algo parecido.

—A las doce —le dijo, tras lo cual él se alzó la gorra y desapareció.

Tenía las botas llenas de nieve y, naturalmente, tuvo que cambiarse y me dejó el recibidor encharcado. Parecía que hubiese entrado un cachorrito.

—¿Veremos pronto a unos pequeños Durack correteando por aquí? —me preguntó ya en el piso de arriba.

No fallaba: siempre, siempre me preguntaba lo mismo en cuanto subíamos, a lo que yo contestaba que creía que sí. Solo para que me dejase en paz. Tardó una eternidad en peinarse y en ponerse más maquillaje en la cara, que ya parecía la de una muñeca de porcelana. Me contó que había mandado teñir su visón de un color único, de tal modo que ningún otro de las Islas Británicas pudiese rivalizar con el suyo.

—Deberías comprarte uno, pero no como el mío, claro —dijo.

—Lo haré. En las oficinas de objetos perdidos de la estación los tienen a porrillo.

Y era verdad, juro por Dios que he visto carteles: visones de cría, visones salvajes y hasta visones azules. Sin embargo, el comentario le sentó como un tiro, lo noté por la manera en que salió disparada del dormitorio escaleras abajo.

—¡Maggsie! —exclamó Frank, como quien alaba a Dios.

«Maggsie» es un apodo postizo que mi marido se inventó para que pareciera que son amigos de toda la vida. Ella le dio uno de esos besos sin contacto propios de mujer de altos vuelos. Ya sabéis, de «mírame y no me toques». Entretanto, me dirigí de nuevo al recibidor porque acababa de llegar la arquitecta. Ella sí era bastante maja. Se quitó los cubrezapatos de plástico en la entrada, sin ponerme la casa patas arriba ni querer subir para retocarse. Casi pisándole los talones llegó el comerciante, quien me preguntó si había recibido las flores antes de darme tiempo para que le diera las gracias. Había llegado un ramo de crisantemos blancos. Yo, como es natural, los había colocado bien a la vista, y el salón adquirió de repente un aire muy festivo; todos parecíamos estar pasándolo de maravilla, y Frank se colocó a mi lado y me pasó un brazo por los hombros. Como si yo fuese de su propiedad. La felicidad conyugal... El fuego ardía en la chimenea de granito... Teníamos botellas de vino tinto junto al calor del hogar para que se templasen, y vino blanco, al fresco. Pero no os creáis que sabíamos todo eso por ciencia infusa: yo me había matriculado en un curso, en el que por cierto me vi rodeada de la más espantosa selección de mujeres que os podáis imaginar.

Mientras tanto, en la cocina, Cooney no hacía más que aporrear cacerolas, y Frank carraspeó antes de atreverse con las dos anécdotas que llevaba preparadas. Todo el mundo andaba resfriado o con gripe ese mes, de modo

que las toses y demás sonidos del catarro ponían música a las frenéticas conversaciones.

—No os lo vais a creer —comenzó—, pero hoy he conocido a un hombre que tiene trescientas sesenta y cinco camisas; una para cada día del año.

—Le hará falta una más en los años bisiestos —le comenté a la arquitecta menuda, que parecía que acabase de darse cuenta de la espantosa velada que tenía por delante.

Hay que reconocer que Frank y su hermano contratan a buenas personas. Emplean a muchachos capaces de mantenerse despiertos toda una noche en un edificio en construcción solo para asegurarse de que nadie roba las cubetas de las obras. De vez en cuando meten en las obras a un «ambulante», como los llama Frank: alguien con dos dedos de frente que ha oído hablar de sindicatos, huelgas y esas cosas. ¡Pero ya se encargan ellos de que se caiga de un andamio!

—Y cuando se la pone una sola vez —decía Frank—, la lleva a las religiosas francesas para que se la laven.

Hay una lavandería muy refinada en la que unas monjas lavan y planchan a mano las camisas por un precio desorbitado. No deben de llevar nada bien las monjitas el no poder salir por ahí con los clientes.

—¿Y qué pasa después? —preguntó con interés el monseñor. Seguro que estaba planeando ir a conocer al tipo aquel para darle instrucción piadosa en lugar de camisas.

—Pues veré, monseñor —lo llama por su nombre cada dos segundos—, ahí está la clave de todo: luego las revende a los menos ricos. O sea, a hombres acaudalados, claro está, pero no de una riqueza que sobrepase los límites de la avaricia.

—Bueno, eso está bien, cosa irreprochable —aprobó el monseñor—. Tras el milagro de los panes y los peces, Nuestro Señor pidió que recogiesen las sobras. El despilfarro no cabe en la moral cristiana. —Y entonces gastó una gran broma: se acercó mucho a Frank, le examinó el grueso cuello de la camisa y preguntó—: Corríjame si me equivoco, Frank, pero ¿no llevará usted una de esas camisas?

Todo el mundo lo escrutó.

—Ay, monseñor, es usted un caso —dijo Frank—. ¡Cómo le gusta

tomarme el pelo!

Frank se había puesto una camisa de rayas de cuatro libras con quince chelines comprada de rebajas en King's Road. De pronto volví a ver a aquel cabrón impotente todo de marrón, pavoneándose por mi salón.

—Así se amasan las fortunas —observó *lady* Margaret.

La de ella, desde luego, estaba intacta. En Irlanda tenía un casoplón con mayordomos y todo; sin embargo, tenía las piernas más espantosas del mundo. Incluso cuando iba de largo, como esa noche, se notaba que eran un horror.

—¡Baba! ¡Vaya una anfitriona estás hecha! ¿No ves que tienen todas las copas vacías? —me reprendió Frank, que estaba tomando aliento para la segunda anécdota.

—Como si no supiéramos dónde están las botellas para servirnos a placer... —intervino el monseñor, rellenando su copa.

Antes de que llegasen el hermano y su mujer ya estaba achispada. El atuendo de mi cuñada era todo blanco y de ganchillo. Me dejó francamente sorprendida, porque yo no me había puesto nada especial. Lo cierto es que no tengo muy buen gusto para vestir, la verdad sea dicha. Sabía que Frank se pondría verde de envidia, porque la rivalidad entre los dos hermanos es enfermiza. Igual que pasa entre buenos amigos.

—Me parece que alguien va a pillar una pulmonía —dije al ver que llevaba la espalda al descubierto hasta la altura de los riñones.

—No he podido evitarlo, tenía que enseñártelo —replicó ella—; me ha llegado hoy en avión.

Ni siquiera me molesté en preguntarle desde dónde, pero de todos modos su llegada causó sensación entre el personal. Urgí a todos a que pasasen al comedor cuando aún no habían dado las nueve, porque abrigaba la loca idea de salir a escondidas e ir a buscarlo cuando todos se hubiesen marchado.

Cooney se comportó de manera ejemplar durante toda la cena. Para empezar, se abstuvo de ponerse el sombrero y de hablar más de la cuenta. Se produjo un momento de tensión cuando todo el mundo me felicitó por la comida, pero ya se ocupó ella de vengarse arrimándome a la mano una salsera que estaba hirviendo.

—¿Salsa de arándanos? —no se cansaba de ofrecer Frank—. ¿Más pavo,



Maggsie? ¿Alguien quiere un poco más de jamón?

—No hay nada como el jamón irlandés —apostilló el monseñor—. ¡Qué succulento!

Conque succulento... Lo que él no sabía es que era de Dinamarca.

A continuación empezaron a hablar de comida y de lo pobres que habían sido en algún momento de sus vidas. Ya sabéis, compitiendo unos con otros para ver quién había pasado más hambre. El comerciante, que no había abierto la boca hasta entonces, contó una gran patraña: que una vez anduvo vagando por Londres con un chelín y tres peniques en el bolsillo, deteniéndose a las puertas de los cafés sin decidirse entre una comida de chelín con tres peniques, por la que tendría que renunciar al periódico de la tarde, o una comida de un chelín y la prensa, para consultar los resultados de las carreras.

—Es del todo cierto —puntualizó, atento a las reacciones de los comensales.

—No lo dudo —convino Frank.

—Hasta que abrió el banco, claro —tercié yo, con muy mala baba.

El otro se aturulló y *lady* Margaret emitió un sonido de desaprobación, como si estuviese escupiendo pepitas.

—Baba es una mujer de buen corazón —oí que decía el monseñor—. Su único defecto es que no tiene pelos en la lengua.

Frank metió la cuchara para contarles lo bondadosa que yo era con los pobres, y que la víspera había servido el té a un mendigo en una de las tazas buenas. Evidentemente, eso me hizo recordar de nuevo a mi percusionista. Rememoré cómo había tirado la colilla en el jarrón chino, tan feo, tan vulgar. Y la manera que tenía de arrojar las cerillas. La sostenía con el pulgar y el corazón y la lanzaba como si de una flecha se tratase. Me pasé casi toda la cena enfrascada en mis cosas. Pensé que en una semana me cansaría de él, pero, ay, qué no habría dado yo por esa semanita. A la mañana siguiente le haría caso e iría a comprarme unas botas y una chaqueta de cuero, y también uno de aquellos sombreros impermeables.

—No es de las que caen en el fatalismo, ¿a que no, Baba? —me preguntaba el monseñor, apelando a la comprensión de la subnormal de Maggsie.

—Ay —suspiró, la muy hipócrita—, no sé si ahogarme en mi precioso lago o si casarme con el mayordomo.

Era dueña de un lago en Irlanda y tenía un mayordomo italiano; me conocía muy bien aquel numerito de calculada desesperación. A punto estaba de contestarle: «¡Remonta el río en bicicleta!», cuando sonó el teléfono. La Brady, me dije. Me abrí paso hasta una de las mesillas y respondí, con la frase: «No te pongas dramática» preparada. ¡Pero válgame Cristo: era él!

—¿Te apetece que vayamos al lago Serpentine a nadar un ratito?

—¿Quién es?

Habría identificado su voz en el mismísimo infierno.

—¿Te apetece?

—El agua, para los patos —dije.

Por el amor de Dios: ¡tenía a todos los invitados con la oreja pegada! Hacían como que charlaban, pero en realidad no; ¿sabéis a lo que me refiero? Pues eso mismo estaban haciendo. Y no podía cambiarme a cualquiera de los otros cuatro supletorios porque sabía que el caballero descolgaría otro teléfono para husmear. Les di la espalda, aunque de poco iba a servir.

—¿Entonces no vienes? —insistió. ¡Madre mía, qué susceptible!

—¿Vas a pasarte por aquí mañana?

Era complicadísimo decir algo que él pudiese entender sin que los otros comprendieran. Aparte de todo, esas cosas se me dan fatal.

—Lo dudo mucho.

—¿Cuándo, pues?

Me estaba arriesgando demasiado.

—Vente al Serpentine, muñeca —insistió. Me daba un miedo cerval que los demás oyesen lo que él me decía.

—Mañana. —Y me callé, como si no tuviese nada más que añadir.

—Bueno, luego no digas que no te lo propuse.

Y entonces colgamos más o menos a la vez. Yo temblaba de la cabeza a los pies.

—¿Quién era? —quiso saber Frank.

—Un conocido —respondí, serena como la brisa.

—¿Quién? —porfió, poniéndose terco otra vez.

El tiburón voraz del hermano también me miraba, como diciendo:

«Somos muy poderosos, no puedes engañarnos». Qué nos importa a las mujeres el derecho a voto, pensé: deberíamos ir armadas.

—El dentista —mentí—. Se me pasó una cita el otro día.

Yo ni siquiera tenía dentista en Inglaterra. Los postizos me los habían puesto en Irlanda.

Cooney entró en ese momento con el café y me miró con genuino interés. Lo sabía todo, y por supuesto había reconocido la voz de Harvey.

—Señora Cooney, esta noche se ha lucido usted, maravilloso —dije para dorarle la píldora, y ella sonrió.

—A mandar —respondió. Formábamos un buen equipo.

La velada se alargó hasta el infinito. Hasta del Papa y de Kruschew hablaron.

—Le tiene verdadero terror al Papa —aclaró el hermano.

—¡Y no le falta razón! —apostilló su mujer—. Su Santidad podría aniquilarlo si quisiera.

—Bueno, bueno, bueno, no vayamos a dar una mala impresión a nuestro amigo —cortó el monseñor.

Nuestro amigo el comerciante era protestante, aunque en ese momento estaba entretenido con el *brandy* y la visión de la espalda de mi cuñada. Y, aunque el Papa le importaba un bledo, se vio obligado a hacer alguna observación.

—Una duda que siempre he tenido sobre ustedes los curas —dijo—: ¿llevan pantalones debajo de la sotana?

Pese al estado en que me encontraba, estallé en carcajadas. Los demás se pusieron muy colorados e inquietos, pero el monseñor contestó como si la pregunta no le hubiese chocado lo más mínimo. Ya sabéis, estilo «hombre imperturbable».

También se ocuparon de sucesos escabrosos, de madres solteras y de la moral de Inglaterra. Como si la moral irlandesa fuese superior. Transcurrieron unas veinte horas antes de que empezasen a llegar los diversos chóferes y taxistas; y, nada más hubieron salido todos por la puerta, subí a meterme en la cama.

—Estoy agotada —le dije a Frank.

Me habría resultado imposible soportar un encuentro íntimo esa noche, y,

de todos modos, Frank se mostraba muy satisfecho. Me preguntó si me había fijado en lo mucho que se habían reído con sus anécdotas y comentó que le parecía que el comerciante estaba por la labor de cerrar el trato. Todo era de color de rosa, salvo por el detalle de que a mí me iba a dar algo si no veía a mi percusionista.

A la mañana siguiente me presenté allí, con la Brady como coartada.

—Espero que el apartamento sea bonito —no paraba de decir ella—. Simpático.

Todo debía ser «simpático».

—Yo lo que espero es que nos deje entrar —contesté.

Estaba segura de que se habría molestado por mi negativa a participar en una bacanal en el Serpentine, pero tenía varios ases en la manga para congraciarme con él: llevaba salmón ahumado para picar y las botas más espectaculares del mundo. Con ellas puestas parecía un general.

Entramos directamente en el inmueble, porque el portal estaba abierto de par en par, y subimos tantos tramos de escaleras como yo no recordaba haber subido. En las puertas no se indicaban los nombres de los inquilinos. Era uno de esos antros sórdidos donde la gente se niega a que su nombre figure en la puerta para evitar ser localizada. Hachís, pastillas estimulantes, proxenetismo y toda una retahíla de delitos contemporáneos. La cara de la Brady era un poema. La vi de soslayo en el descansillo, iluminada por la nauseabunda luz que entraba por la claraboya.

Al final nos plantamos ante la puerta de Harvey. Había reconocido la aldaba de latón con forma de sirena.

—¿Salmón ahumado? —pregunté en cuanto el batiente se abrió. Frente a mí, una mujer. Una cacatúa toda vestida de negro, muy ordinaria—. ¿Está Harvey?

—¿Quién?

—Harvey —repetí. Se estaba haciendo la sueca.

—Ah, Harvey —dijo, como si le hubiese estado hablando en arameo.

—Eso, Harvey —insistí sin quitarle ojo de encima.

—Venimos por el piso —terció la cretina de la Brady, como siempre, contando su vida al primero que ve.

—Este piso es mío. Él vivía aquí antes —nos explicó la muy engreída.

—¡Ay, vaya! —se lamentó Kate, como si eso nos importase realmente.

—¿Me puede dar su dirección? Quiero devolverle el piano —pedí.

—No, lo siento, no me dejó las señas nuevas.

Me acordé de su alma de nómada. Se había largado. Permanecimos allí un par de minutos más y luego nos marchamos.

A lo largo de todo ese día lo buscamos por clubes y restaurantes, porque me constaba que tocaba en algún tugurio. Unos buitres nos preguntaron si nos interesaba hacer una prueba para bailarina erótica, y un tipo me aseguró que tenía madera de luchadora. De Harvey, ni rastro. Hasta llamé por teléfono al pelma del actor cuya madre se alimentaba de pastillas, pero este tampoco tenía noticias. ¡Por Dios bendito, ni siquiera sabía cómo me llamaba!

—¿Era muy amigo tuyo? —me preguntaba la Brady.

Ella no habría entendido por qué me tomaba tantas molestias. Harvey me había soliviantado para luego dejarme más tirada que una colilla. Estaba casi convencida de que se había quitado de en medio. Fui al lago Serpentine, imbécil de mí, por si andaba por allí. Nada. El salmón ahumado se lo comieron los patos, con plástico y todo.

## 8

El cuarto de Kate, aunque pequeño, resultó ser suficiente para ella: una cama individual, un armario empotrado y un lavabo disimulado tras una cortina verde de cretona que olía a polvo, señal inequívoca de que llevaba años sin conocer un buen lavado. De la llave del agua caliente salía agua fría, mientras que de la llave del agua fría salía agua templada; y Kate sabía que cuando abandonase aquel lugar recordaría precisamente ese detalle: la locura de los grifos al revés. Por las mañanas se preparaba el desayuno en la cocina (tenía reservada la balda más baja de la alacena para su comida), lo subía a su habitación y allí se lo comía. Si por el camino se cruzaba con el perro o con la dueña de la casa, saludaba a uno u otra con una sonrisa tranquilizadora y luego se recluía de nuevo en su celda. A las nueve entraba a trabajar. Había conseguido un empleo a tiempo parcial en una lavandería, con lo cual ganaba algo de dinero y así evitaba tener que vivir de la caridad de Eugene. Vivir a expensas de un hombre que no la amaba le parecía una aberración. ¡Aunque tampoco es que él se hubiese ofrecido...! Las tardes las tenía libres. A veces paseaba, o quedaba con Baba, y cada tres tardes veía a Cash. En esos casos se dirigían a algún parque y ella le hacía preguntas sobre lo que pasaba en casa.

—Una *aburrición* —le decía él, palabra de su cosecha.

—¿A qué te refieres? —indagaba ella, saltándose a la torera las normas del decoro.

El niño nunca soltaba prenda; se limitaba a coger puñados de nieve que luego lanzaba a su madre o, cuando esta los esquivaba y protestaba, al tronco de algún árbol resignado. Pero pocos lanzamientos después se quejaba de tener la mano congelada, a lo que ella reaccionaba quitándole el guante y calentándole los deditos uno por uno para devolverlos a la vida. A Cash eso

le gustaba. Incluso parecía feliz. Sin embargo, algunas veces, al estudiar su carita demasiado pálida y sus ojos demasiado líquidos y oscurecidos por unas sombras violáceas (debidas al estreñimiento), a Kate le daba por pensar que su hijo era consciente tanto de lo que estaba pasando como de lo que sucedería en el futuro. Iban a tomar té a una cafetería —siempre la misma, pues ya conocía los precios—, que él acompañaba con patatas fritas y petisús rellenos de una crema de dudosa calidad. A veces, el niño derramaba un par de lágrimas en el momento de la despedida.

Cierta tarde, después de haberlo dejado en la parada del autobús en manos de Maura, Kate descubrió que llevaba un guante de Cash en el bolsillo y, sabedora de que solo tenía un par, decidió ir aquella misma noche a la casa para devolvérselo. A pesar de que llegó en torno a las ocho, aún no habían echado las cortinas; uno de los muchos gestos de liberación de Eugene. La familia (Maura, Cash y Eugene) se encontraba a la mesa. Las puertas dobles que separaban las estancias principales de las secundarias también estaban abiertas, de modo que Kate pudo distinguir con claridad el lugar donde ella solía sentarse y que ahora ocupaba la chica. Sonaba música del tocadiscos, una danza rusa que Eugene ponía a menudo porque, según él, hacía pensar en un alegre baile colectivo en la nieve. Vio las caras de Maura y de Cash, y dos bocas que se movían, y la nuca inmóvil de su marido, y acercó la nariz al cristal para intentar captar alguna palabra de lo que se decían. De repente sintió una presencia a su lado, frente a la puerta de la cochera. Por un momento, al creer que se trataba de una persona, estuvo a punto de echar a correr, muerta de vergüenza. Pero no. Era un muñeco de nieve, más o menos de la altura de Cash, y cuando se aproximó se dio cuenta de que reproducía con fidelidad las medidas y los rasgos de su hijo: la cara redondeada con las mejillas ligeramente hundidas, la cabeza grande y alargada y la punta de una rama imitando la nariz, tan menuda y proporcionada como la naricilla de él. También le habían trazado ojos, unos ojos grandes: se parecían como dos gotas de agua. Maura debía de haberlo hecho mientras el niño estaba con ella, una sorpresa para cuando volviese a casa. Kate se quedó mirándolo largo rato; lo veía perfectamente porque la luna estaba llena y la blancura de los jardines y los setos y las cercas conferían a la silueta del muñeco una entidad sorprendente. No se derretiría hasta pasados varios días. Quiso levantarlo y

llevárselo, pero no se atrevió.

El motivo de su visita seguía siendo el guante. Pensó en depositarlo en el vallado, donde siempre se depositaban los guantes perdidos, pero temía que la nieve lo estropease, y finalmente optó por introducirlo en la ranura del buzón, sin dejarlo caer por miedo a que hiciese ruido. Maura tenía un oído muy fino.

A continuación echó a correr hasta que se quedó sin aliento y hubo de pararse. No había frecuentado el barrio en varias semanas, y ya se le antojaba extraño. El plenilunio y el resplandor de las estrellas lanzaban un hechizo sobre las casitas, las calles empolvadas y el estanque cristalino donde, tanto tiempo atrás, había dado de comer a los patos y los cisnes. Ahora, en cambio, parecía una pista de baile salpicada de ramas que se inclinaban bajo el peso de la nieve. Kate pisó el hielo; un primer paso, luego otro. Quería caminar sobre él, bailar sobre él, para siempre jamás, en compañía de su hijo o de su imagen que otra persona había reproducido. Ojalá hubiese sido capaz de hacer tal cosa y desahogarse, igual que esas chicas de los libros que bailan solas sosteniendo rosas entre los dientes. Pero sus pensamientos se obstinaban en volver a aquellas tres siluetas en la caldeada sala, al otro lado del cristal escarchado, mientras el niño de nieve montaba guardia afuera.

En cierto modo, aquella fue la peor noche de todas.

Una de las cosas que Eugene le había inculcado era la necesidad de pasear a diario, y eso hacía Kate cada día, lloviera o tronara. Deshelaba y volvía a helar constantemente. La nieve sucia se acumulaba en las alcantarillas y los neumáticos de los autobuses salpicaban aquella nieve barrida hacia los tobillos enfundados en botas de Kate. Oía los carámbanos, que chasqueaban como si fuesen vigas, y el rezongar de las mujeres que pasaban quejándose de la escasez de fontaneros.

Entró en un parque. Algunas flores se habían abierto: unos crocos raídos y tristes, pero flores al fin y al cabo, y con eso bastaba. Se sentó en el banco de siempre, y al verlo venir comprendió de repente por qué estaba allí, por qué había regresado. Se trataba de un muchacho que pasaba por la tintorería todos los viernes con su pantalón vaquero ajustado y cochambroso para



solicitar el lavado en dos horas, tiempo que pasaba en la cafetería contigua con los pantalones de la temporada anterior para luego volver a casa y cambiarse por los nuevos y resplandecientes, de seductor, color gris plata.

La víspera se había cruzado con él en el parque, y al pasar la había saludado con un: «Hola, guapa». Guapa... Con la silueta deformada por las abundantes capas de abrigo y el rostro marcado por los acontecimientos. Aun así, se había mostrado muy agradecida por el piropo.

El muchacho iba ahora con un amigo. Ambos avanzaban en bicicleta por la hierba cubierta de nieve, dibujando trayectorias imposibles, describiendo círculos sobre los que luego imprimían huellas nuevas al virar. Y todo esto sin dejar de dar sacudidas a los manillares igual que un matador habría agitado el capote para espolear al toro. Se fueron aproximando más y más hasta que rodearon el banco donde se encontraba Kate, en mitad del parque, con las piernas ligeramente separadas y concentrada en la mole cuadrada de hormigón que era la fábrica, su panal de ventanitas también cuadradas y el letrero que dominaba el horizonte y que representaba una enorme letra hache. La misma hache que veía por las noches, a guisa de luna. Los chicos repasaban las piernas de Kate, cubiertas con unos leotardos azules. Ella se guardaba de mirarlos, pero supo que la escrutaban. Una secreta turbación se apoderó de ella, como si un pajarillo se hubiese colado entre sus piernas y hubiese ascendido revoloteando bajo el abrigo y la gruesa falda de *tweed*. El que la había llamado «guapa» emitió un sonido como de succión. Era de piel clara, con los ojos azul cristalino y unas manchas que casi parecían espinillas. Llevaba una cadena de plata tan ajustada al cuello que podría haberlo estrangulado. El otro muchacho era de ascendencia italiana, y ambos tenían el pelo largo que les caracoleaba en la nuca. Aunque Kate no los había mirado ni una sola vez mientras rodeaban el banco, conocía sus rasgos de cuando los veía en la tintorería.

—Hemos inventado un beso nuevo —anunció el muchacho más pálido al tiempo que se apeaba de la bicicleta y se tumbaba boca abajo frente a ella, sobre la hierba cubierta de nieve. Con los codos hundidos alzó la cabeza y rascó con el pulgar la medalla que le colgaba de la cadena. Examinó concienzudamente las piernas de Kate. ¿Le estaría viendo también las bragas? Unas bragas de invierno, calentitas y castas, con perneras reforzadas

con elásticos.

Si le pedía que se fuera, él podría haberle contestado que el parque era de todos, así que optó por quedarse callada y seguir mirando al frente, a la hache que pronto se transformaría en luna de neón. El chico gritó a su amigo:

—¡Ven, aquí hay una gachí de infarto que trabaja en una panadería! ¡Un pastelito!

El amigo bramó:

—¡No la incordies! ¿No ves que está contemplativa?

Kate cruzó las piernas y las trabó a la altura de los tobillos, como una dama en la sala de recepciones de un convento donde ella había estado una vez, rodeada de frugales religiosas al acecho. El chico hizo un mohín, frunció los párpados enrojecidos y echó a rodar sobre la nieve sucia su humilde cuerpecillo malnutrido. Los pantalones requerirían un lavado más largo el viernes siguiente. Kate sintió vergüenza por haberse rendido a él, por espacio de un instante, la semana anterior. Sucedió cuando desdobló los pantalones y le preguntó si quería el servicio exprés con una amabilidad que sobrepasaba lo exigido. Un delirio le había atravesado las extremidades, provocándole un brillo especial en la mirada. Pero el pajarillo que había aleteado entre sus piernas estaba ya inerte, se había consumido aún más deprisa que el copo de nieve posado en el cuello levantado de su abrigo y que ahora le corría cuello abajo, y eso le preocupó. Pensó: «Qué fácil sería tender mi mano, permitir que me tumbase y ofrecerle una breve expiación por la inmundicia habitación donde vino al mundo, por los estúpidos padres que le dieron la vida y por el acento al que está condenado». Le dedicó una rápida mirada cargada de piedad con la que pretendía decirle todo aquello sin necesidad de palabras.

—Se está fetén al aire libre —observó el chico.

—Hace frío —replicó Kate, muy formal, con cuidado de no caer en malentendidos.

—Separa las rodillas, que las mías también están heladas.

—¿Cómo se atreve...? —exclamó Kate, con la voz de una generala, de una maestra de escuela, de una jefa de enfermeras; con esa voz de la autoridad que reverbera a través de los siglos. ¿De dónde le habría salido? A pesar de que le temblaban las piernas y las rodillas, se levantó y atravesó el jardincillo a toda prisa, con el corazón en la garganta.

—¡Corre, ve a ponerlo en manos de tu abogado! —le gritó.

Entonces su compañero reapareció de la nada y Kate oyó que el chico de piel pálida decía: «Qué asco de brujas casadas», un epíteto que la alcanzó de pleno desde el otro lado del pedazo de hierba desierto.

Sin detenerse, Kate se dirigió al aseo de señoras que había detrás de un soto ennegrecido, en aquel momento cercado por una chillona bandada de estorninos. En el interior, el olor a desinfectante, el asiento del retrete con salpicaduras, el toallero sin toalla y la auxiliar sin sentido del olfato la deprimieron, pero no por sí mismos, sino a causa de su propio pecado. Una semana antes le había dado falsas esperanzas a aquel muchacho. Mientras desdoblaba los sucios vaqueros de color gris plata, se había planteado la idea de tener un breve y mágico encuentro con él, de sentirse poseída por aquel chico que después saldría disparado, dejándola satisfecha. Sin necesidad de saber cómo se llamaba o a qué se dedicaban aquellas manos tan desaseadas. Sin necesidad de saber nada. Afuera, una voz ruda y enfurecida llamaba a un tal Paul: «¡Paul, Paul!».

—Alguien está buscando a Paul —observó la auxiliar.

El viernes siguiente, Kate llamó al trabajo para decir que estaba enferma.

Después de aquello solo salía a pasear por las tardes, cuando bajaba la niebla. Así no se veía obligada a intercambiar miradas, y, por lo demás, el río lucía mejor que nunca bajo aquel velo, con las lucecitas verdes que anunciaban el paso de alguna embarcación. Para llegar al parque que rodeaba el río debía atravesar una calle con casas a ambos lados, hermosas viviendas a pocos pasos de la calzada, con hiedra, con ventanas de despachos, y una de ellas con un letrero escrito a mano que decía: CUIDADO, BALDOSAS MUY RESBALADIZAS. Sólidas fortificaciones donde moraban personas cuidadosas de sólidas existencias. Los potentes aromas de asados y salsas turbaban a Kate. Ella había tomado estofado de ternera o de cordero, dependiendo del día. ¡Una cena de un solo fogón, de una única cacerola! Le resultaba extraño el hecho de recordar con mayor claridad que cualquier otra cosa las comidas que habían compartido, y muy en particular las más excepcionales, como el faisán que se había quedado atrapado en una trampa para conejos. Mientras lo

asaban, él le había clavado una de las plumas bermejas en la melena cobriza, diciéndole en broma que ya no tendría que hacerle ningún regalo. Había sido poco antes del cumpleaños de Kate.

¿Cómo iban a renunciar a todo eso? Kate se apresuró en volver a casa, se sentó en la cama con el cuaderno en el regazo y escribió:

Mi querido Eugene:

Ignoro si servirá como desagravio, pero quiero decirte que la aventura que tuve fue ridícula y banal. Cada vez que recuerdo las cartas de ese hombre (las que tienes tú ahora) no siento más que vergüenza. Reconozco que te he hecho daño, pero también me lo he hecho a mí misma. Me falta un tornillo, justo el tornillo que debería indicarme cuándo piso tierra firme y disuadirme de que me adentre en un cenagal. No sé por qué cometo malas acciones.

La firmó como «La pequeña Kate», un guiño a tiempos mejores.

Eludió hacer mención al maltrato emocional al que él la había sometido durante años, así como a su propia compulsión de amar hasta la extenuación desde que despertaba hasta que se acostaba. La echó al buzón, aunque sin esperar respuesta; sin embargo, cuando la recibió dos días más tarde se estremeció al abrir el sobre comercial marrón y desdoblar el folio. Había escrito:

Querida Kate:

Lo que debo hacer ahora es olvidarme de la pequeña Kate (qué nombre tan poco apropiado) y retomar esas facetas de mi vida que, idiota de mí, descuidé por su culpa.

Había apostado demasiado por ella. Kate jamás se liberaría de la responsabilidad de haber tirado por la borda la vida de su marido. Leyó dos veces la carta y luego la dejó caer al Támesis, donde se encontraba una vez más. Otra tarde. Las líneas de las crecidas se perdían entre el ambiente plomizo. Demasiado tarde. Ya se sabía de memoria el contenido de la carta, igual que una plegaria. Si tan solo tuviese la decencia de matarse... La mejor forma de suicidio era ahogarse. Solo exigía salirse del camino marcado para

adentrarse en otra senda igualmente desdibujada por la neblina. Mientras su mente se recreaba en esos pensamientos, su cuerpo se alejó de aquel lugar y anduvo por High Street; atisbó el ambiente jovial de las tabernas y se fijó en ropa que no tenía ningún interés en poseer, en pollos de goma inmóviles en sus brochetas y en letreros de imprenta que daban fe de que la lengua de cordero estaba cuatro peniques más barata. Calles feas, letreros feos. Caminó largo rato con el olor a fritura metido en la nariz, yendo de acá para allá, comparando los precios de un escaparate con los del siguiente y deseando con toda el alma estamparse contra una de aquellas vitrinas, igual que había visto hacer a un muchacho en el fragor alcohólico de una noche de sábado. Pero la policía vendría a llevársela en un furgón negro, y eso no contribuiría a mejorar las cosas.

Aquella noche —o tal vez fuese otra, porque sus noches en esa época se repetían idénticas— tuvo un sueño: Cash dormía, aún recién nacido, en una cuna, con un pañal que le cubría hasta las rodillas, y ella iba a buscar a Maura para pedirle que matase al niño quemándolo con la plancha. Maura obedecía y Cash moría sin hacer ruido ni emitir quejido alguno. Era evidente que la muerte había sido indolora. Kate se fijaba en que el pañal tenía un poco de sangre, aunque esa imagen la había tomado de la realidad, de cuando lo circuncidaron y se lo devolvieron tras la intervención quirúrgica. En aquella ocasión había descubierto una manchita de sangre en el pañal, y ella había llorado por que su hijo hubiese conocido el dolor en su feliz existencia de lactante inconsciente y confiado. Pero no despertaba en ese momento, entre gritos, como habría esperado. La pesadilla continuaba. Se veía a lo largo de los meses y los años, huyendo de restaurantes, tiendas de muebles y peluquerías, atormentada por haber asesinado a la única persona a la que había sido capaz de amar. Tarde o temprano tendría que hablar con Eugene y confesarle: «He matado a nuestro hijo. No ha sido un accidente, lo he asesinado». Fue entonces cuando despertó, y, sin reparar en la hora o en si él estaría durmiendo, bajó al recibidor y marcó el número de Eugene.

—¿Cómo está Cash? —preguntó.

—¿Estás borracha? —atacó él, con voz de dormido. ¿Estaba en la cama? ¿En qué lado? ¿Se despertaba alguna vez creyendo que ella aún estaba a su vera, rosada y cálida con su camisón de franela?

—¿Está bien? —insistió.

—Está dormido. Le di un vaso de leche caliente hace un par de horas.

—He tenido una pesadilla horrible.

—Debe de ser por una mala digestión, tómate un par de aspirinas.

Kate no devolvió el auricular a su sitio, sino que simplemente lo soltó y lo posó en la repisa, donde siguió emitiendo sonidos hasta que Eugene se dio cuenta de que no había nadie al otro lado de la línea y colgó.

Al día siguiente increpó con un «¡Mierda!» a un conductor de autobús que se negó a darle cambio de una libra. Sabía lo que estaba pasando, pero no podía hacer nada por evitarlo.

Entonces a Cash se le cayó un diente. Parecía tan incompleto, tan desnudo sin él, que cuando Kate lo vio se preguntó adónde había ido a parar toda su belleza. El niño le explicó que se le había caído solo y que lo habían dejado en una huevera donde a la mañana siguiente se encontró con una moneda de seis peniques. Kate casi pudo ver el resplandor argénteo de la moneda en el agua y a Cash metiendo los deditos para rescatarla.

—Quiero el diente de Cash —le dijo al padre del niño unas horas más tarde, cuando este fue a recogerlo a la estación de trenes.

En aquel andén se concentraba una parte tan importante de su vida que Kate se sabía al dedillo las vallas publicitarias y los teléfonos a los que llamar si uno necesitaba a Dios, o un poco de paz interior, o clases de bailes de salón. Conocía bien los varios mensajes obscenos y los añadidos hechos con bolígrafo a los carteles. A una chica que sostenía una camisa extragrande le habían pintado bigotes, y una anunciante de pintalabios se había quedado tuerta.

—El diente está a muy buen recaudo —respondió Eugene—. Lo he guardado para que lo tenga él cuando sea mayor.

—Quiero quedármelo yo —se obstinó.

—No te pongas sentimental; te digo que no se va a perder.

—Tiene que ser para mí —dijo.

No se refería al diente en absoluto.

Al final logró que se lo diese y se lo guardó en la cartera; sin embargo, lo

perdió. Debió de deslizarse entre los pliegues de algún billete usado en cualquier transacción. Preguntó en dos tiendas, pero no hubo suerte. Nunca se lo perdonaría a sí misma.

—He perdido tu diente de leche, lo siento mucho —le confesó a Cash cuando volvieron a verse.

El niño no le dio importancia. Kate estaba muy melancólica y lo abrazó con demasiada fuerza y le preguntó a quién quería más. No era como Maura. Maura jugaba con él al pillapilla, y olía como una mamá, y tenía vello entre las piernas, como tienen todas las mamás. La había visto por el ojo de la cerradura. Y siempre se reía a carcajada limpia. Maura era muy risueña, mientras que su madre lloraba todo el rato. Pronto perdería otro diente y conseguiría otra moneda de seis peniques. Había intentado que se le cayese dándose con un dedo, pero el diente no se había movido. Le encantaba la sensación de notarlo cada vez más suelto hasta que solo lo unía un hilillo a la encía.

—¿Qué estás haciendo, Cash? —le preguntó su madre. Siempre tenía un dedo metido en la boca.

—Nada —respondió.

¿Hablaban de ella Maura o su padre?

—No me acuerdo.

—Haz memoria.

—Papi dijo una vez que estabas celosa de los ombligos de las demás personas.

—¿Cómo?

El niño lo repitió. Ella le pidió con insistencia que recordase cuándo había sido eso, dónde y en qué circunstancias. Pero Cash no pudo o no quiso darle más detalles. Hizo una mueca y exclamó: «¡Salchicha gorda!», para que su madre fuese tras él y le hiciera cosquillas, como era su costumbre. El niño echó a correr por el parque infantil, pero Kate se quedó en el banco, mirando sin ver los columpios detenidos, el achaparrado y amorfo caballito de madera y el cajón de arena cubierto de nieve.

—¡Mamá! —llamó, pero ella no se levantó.

Habían llegado otras madres, de modo que no había podido continuar con el interrogatorio. Tampoco se permitió saltar los recuadros pintados con tiza

en el suelo para calentarse los pies, por no faltar a la formalidad. El papel de las madres era quedarse sentadas viendo jugar a sus niños. Una vez se había montado en un columpio y se le acercó el guarda para preguntarle si era mayor de dieciséis años y pedirle que, si lo era, se bajase.

—Una tarde me quedé encerrada en este parque —le decía una madre a otra.

—¡No me digas! —se sorprendía otra.

—Como lo oyes; tuve que saltar la verja.

Una alambrada muy alta y un enrejado las rodeaban. ¿Aquella mujer tan desgachada se había encaramado a la verja? ¿A costa de cuánto esfuerzo? ¿Había alborotado las hojas? Algunas hojas muertas no llegaban a tocar nunca el suelo, sino que se quedaban atrapadas entre el alambre y allí permanecían para siempre, como un adorno. Sueltas, no arracimadas. Evocaban algo. ¿La primavera y los alumbramientos? ¿El otoño y la podredumbre? Conque había hablado de sus defectos... No le bastaba con aniquilarla: tenía que exhibir ante los demás el triste espectáculo de sus despojos.

—Fui al portón principal —continuaba la mujer—, y llamé a una pareja que pasaba. «¡Me he quedado encerrada!», les dije, pero no se lo creían. Pensaban que era un programa de cámara oculta. «No le hagas caso —le dijo ella a él—. Ya verás cómo hay una cámara entre los arbustos y la semana que viene salimos en la tele haciendo el ridículo».

—Qué retorcida —reprobó la lánguida oyente.

—¡Mamá!

Era Cash de nuevo, que paseaba por el laberinto saludando a los postes de madera como si se tratase de personas. Kate fue con él.

—¿Tú sabes que hay gente que cree que la Tierra es plana?

—Me imagino.

Estaba malhumorada por no poder averiguar lo que había dicho Eugene de ella.

—Sí, son del Club de la Tierra Plana. ¿Yo puedo tener un club?

—Adelante.

—¿Un club de qué?

—Pregúntales a ellas.



Kate estaba mirando a dos niñas, una blanca y otra de color, que representaban en el tobogán el alumbramiento de un bebé. La de color, en la parte de abajo, lanzaba tobogán arriba una muñeca de tamaño natural a la madrecita, que se dejaba caer a continuación con el bebé entre las piernas para que la comadrona se lo sacase. Lo habían hecho cinco veces.

Cash se acercó, merodeó a su alrededor y se produjo entonces la típica pausa en que los niños se examinan antes de entablar conversación. La niña de color se fue con Cash cuando sonó el timbre del cierre. Se llamaba Tessa.

—Tengo una radio —le contaba Tessa—. Mi mami buena me la regaló un día.

—¿Tu qué? —le gritó Kate, porque Cash y Tessa le llevaban la delantera, agarrados del brazo.

—Mi mami buena —repitió—. Mi mami de verdad era una granuja.

—¿Y qué es de ella? —se interesó Kate, dándoles alcance.

—Pues no sé, estará por ahí. Es bailarina.

—¿Y tu padre?

—Mi padre es de una tierra de negros, como verá. —Tessa tenía una carita oscura y resplandeciente, el pelo rizado y una mirada penetrante de niña espabilada—. Otro granuja. Me pidió que me fuese con él a América y le dije que me diese tiempo para pensármelo.

—¿Te vas a América, Tessa? —preguntó Cash, inquieto.

—No. Le escribí una carta. Le dije: «Querido padre: no puedo irme contigo a América porque estoy muy resfriada».

De forma irreflexiva, Kate se acercó a dar un abrazo a la desconocida, no tanto para reconfortarla como para felicitarla.

—¿Podemos ir a tomar té? —preguntó Cash, aprovechándose del arranque afectivo de su madre.

Se dirigieron a una cafetería al otro lado de la calle.

—Solo té y un dulce para cada uno; nada de patatas fritas —advirtió Kate, para evitar que la chantajeasen una vez dentro.

En la esquina de la calle había un brasero encendido: los conos rojizos de antracita emitían un hermosísimo fulgor y despedían una agradable bocanada de calor. Había un hombre sentado junto a él, en el umbral de una cabaña. Cash y Tessa se detuvieron a su lado, aguardaron a que el hombre les dijera

alguna cosa y, cuando vieron que no reaccionaba, tiraron a la estufa el envoltorio de la chocolatina que Kate les había dado poco antes. La ceniza plateada del papel permaneció en lo alto de las brillantes bolitas rojas, y ellos la contemplaron prendados, con las caritas arreboladas por la luz y las manos enguantadas extendidas hacia el calor.

—Yo también tengo otra madre —anunció Cash, imitando a la perfección la voz de Tessa—. Vive con mi padre en mi casa.

Kate se apartó del brasero, herida de muerte por lo que acababa de oír.

## 9

Dos días más tarde, Kate fue a la estación de trenes para encontrarse con Eugene. A él le resultaba cómodo acudir a aquel lugar, mientras que a ella cualquier sitio le habría parecido adecuado. Kate llegó temprano y se sentó en medio del caos, con las palomas revoloteando en torno a sus pies y, por todas partes, gente que parecía dirigirse o venir de una cita ineludible. El silbido de los trenes no cesaba. Repasó lo que debía decirle: que echase a Maura, volviese con ella y se fueran los tres a vivir al campo, a una casita blanca con huerto y pastos para dos vacas. Ella se reformaría, se volvería protectora y se aferraría a él igual que la hiedra que en cierta ocasión había plantado en la fachada de una de las muchas casas en las que había vivido. Kate ubicaba aquella casa imaginaria en un valle, aunque resguardada por un árbol enorme cuyas hojas caerían en los canalones, como pasa siempre. Sería su último refugio, su bastión, su mausoleo. Estaba decidida. Era lo que debía hacer.

Para combatir el frío y matar el tiempo, compró un vaso de sopa de una máquina. Una vez dado el primer sorbo, miró a su alrededor en busca de alguien a quien dirigir una queja. No podía ser producto de su imaginación: aquella sopa verdosa era en realidad agua de fregar en la que alguien había lavado platos con restos de guisantes. Cuando se enfrió dio otro sorbo y se confirmaron sus sospechas. La inanimada máquina azul fue testigo de su disgusto: Kate dio la vuelta al vaso de cartón y derramó el contenido, que formó un riachuelo irregular sobre el suelo y acabó por asentarse tras la canasta que contenía cáscaras de naranja. Un hombre había recogido con un pincho todas las peladuras de naranja de la estación. No se había incautado de los envoltorios de caramelos ni de las cajetillas de tabaco, solo de las mondas. Algún motivo debía de haber. ¿Tal vez para hacer mermelada? Apareció un

anciano jorobado y gris con la cabeza gacha que la insultó por haber tirado la sopa. Tenía los ojos clavados en el suelo, en busca de colillas y moneditas de tres peniques. Kate pidió disculpas y quiso ofrecerle seis peniques, pero temió que la increpase aún más.

—¡Ah, ya estás aquí! —exclamó, dándose la vuelta.

Eugene se había acercado con sigilo. Le contó el episodio de la sopa con idea de hacerlo reír, pero no lo consiguió. Él llevaba unos guantes de piel y dos bufandas de lana: una en el cuello y la otra cubriéndole la mitad inferior de la cara. Se metía y sacaba las manos de debajo de las axilas de manera compulsiva.

—¿Tanto frío tienes? —le preguntó Kate.

Ella, en cambio, se había ataviado para la ocasión con un abrigo de pelo marrón oscuro que había comprado de rebajas. Su aspecto apagado y austero tal vez lograra conquistar la conciencia moral de su esposo.

—Estamos a ocho bajo cero —informó él.

Datos. Datos. De un momento a otro la informaría del contenido en estroncio de los sorbetes. Inglaterra rebosaba datos y estadísticas y, sin embargo, nadie se ocupaba de supervisar las máquinas expendedoras de sopa. Kate se arrimó, pero él reuló.

—Querías verme, ¿no? —dijo.

—Así es.

¿Cómo exponérselo de manera que se entendiese que lo hacía por él tanto como por ella misma? Trató de equilibrar la frase, y por el rabillo del ojo vio más mondaduras de naranja desechadas y a continuación atravesadas por el estoque.

—Se trata de Maura —dijo por fin.

—Ya veo. —Hablaban con ese tono de serenidad muy calculada y consciente de pronunciar «Ya veo» con aplomo y comprensión.

—Creo que es una mala influencia para Cash.

—Ah, ¿y cómo has llegado a esa conclusión?

—Pone en juego su lealtad. No sabe a quién debe amar.

—Su lealtad solo se pone en juego si alguien la cuestiona.

—¡Yo nunca le he sonsacado nada! —saltó Kate, poniéndose en un compromiso—. Nunca le pregunto si conversas con ella, ni si te la llevas a tu

despacho por las noches. Él me lo cuenta porque quiere.

—Que Dios nos asista —exclamó Eugene con caricaturesca devoción, alzando los ojos hacia el techo de paneles de cristal empañados, reforzados por una estructura de acero.

Los ojos de Kate se llenaron de lágrimas. Eugene evitaba el contacto visual. Se acabaron las miradas acusadoras. En su mente ya había renunciado a ella y lo manifestaba a través de su cuerpo. Kate siempre había creído que las personas que se habían amado conservaban la huella de dicho amor en su interior, por ínfima que fuese, pero Eugene no. Se había liberado de ella. Le quedaba una cicatriz, claro, pero era libre de una forma impensable para Kate. Ella aún estaba vinculada por el miedo, por la necesidad sexual, por lo que conocía como amor. Lo intentó una vez más.

—Es como un volcán —dijo—. Nuestra relación. Se duerme pero luego entra de nuevo en erupción.

Sea porque aquello le parecía un galimatías o porque adivinaba el sobreentendido, Eugene no manifestó ningún deseo de seguir escuchándola.

—¿Sabes una cosa? —la interrumpió—. Empecé a desencantarme contigo hace muchos, muchos años, el día en que comprendí que nunca lloras por nadie que no seas tú misma.

—¿Acaso alguien llora por otras personas? Dime qué hombre o qué mujer hace eso —dijo, y pensó en recordarle que si la había elegido a ella había sido para cubrir sus propias necesidades también. Su pequeña dictadura requería una mujer como ella: débil, maleable, apocada. El egoísmo era un delito muy extendido.

—Por supuesto. Muchos hombres han muerto por sus compatriotas. Y hay mujeres que sacrifican su juventud.

Y él, ¿qué había hecho? Mucho hablar de guerras, dinero e injusticia, pero siempre desde casa, regodeándose en su tormento personal. Pese a todo, se las arreglaba para adoptar un aire de superioridad.

Kate sollozaba y asentía y volvía a sollozar.

—¿De eso era de lo que querías hablar conmigo?

—Más o menos —respondió.

Tenía que irse, anunció.

Algún asunto impostergable. Retirar la nieve del caminillo de la entrada,

preparar té y criar a su hijo. Se había convertido en el hijo de él. Eugene se deslizó entre la multitud y se fundió con aquella masa de personas que aparentaban ir o venir de algún acontecimiento importante.

Un torpor se apoderó de su cerebro y Kate se sentó para analizar la situación. Había perdido su oportunidad. Era como si Eugene le hubiese comunicado que se embarcaba en un largo viaje. Cuánto más tranquilizador habría sido que le dijese que iba a morir. Kate experimentaba el peligro desde un nuevo prisma: el peligro de encontrarse sola en el mundo, habiendo perdido el encanto juvenil que podría incitar a algún otro hombre a ser su figura paterna. No se trataba solo de la edad; estaba marcada de tal modo que cualquiera a un kilómetro de distancia se percataría. Y, aunque aún era joven, había perdido la energía para persuadir, atraer, y alimentar, y amar, y acariciar y mimar a otro hombre partiendo de cero. Todo a su alrededor estaba envuelto en una nebulosa: las palomas, los botones que empujaban carritos y el sonsonete de la música enlatada que salía de un altavoz. El insoportable peso del terror que llevaba años acarreado no se había aligerado con la despedida definitiva de Eugene; por el contrario, había aumentado de manera opresiva. Casi para calibrar su propio peso se puso en pie y echó a andar, tropezando con dos monjas por el camino. Monjas, con sus rostros serenos y unas manos níveas que se perdían bajo las holgadas mangas negras. Olían a ropa blanca y a almidón, al pabilo humeante de una vela que una de ellas había sofocado con los dedos, al asfixiante dulzor de cierta clase de lirio. Por espacio de un instante recordó su vida en el internado; por aquel entonces estaba segura, acartonada, incólume. Todo eso había quedado atrás hacía mucho tiempo. Se impuso la obligación de rodear veinte veces un expositor de libros antes de afrontar la seguridad de su porvenir. El aire glacial le cortó la cara y tenía los pies mojados —un poco de nieve se había derretido entre la suela de crepé y la gamuza de la puntera—, pero no reparaba en el frío. Jadeaba y notaba un desquiciante picor en las axilas, como si en ellas hubiese anidado un ejército de liendres. Un síntoma inequívoco de terror para ella.

«Camina, camina, camina», se repetía.

En un momento determinado pasó un hombre con una niña que acunaba una muñeca entre los brazos. La chiquilla cojeaba.

—Vamos, Emily, unos pocos pasos más. Ya verás lo contenta que se pone mamá —oyó que le decía el padre. Llevaba a su criatura de la mano, pero con el brazo muy separado del cuerpo, como se haría con un perro—. Seguro que en casa te vas a tomar una enorme taza de té, seguro. —Se dirigieron a la ventanilla, y, presa de un impulso, Kate fue tras ellos—. ¿Le sacamos un billete a la muñequita también?

—Vete a la mierda —exclamó Kate.

El insulto se le escapó de repente, sin premeditación, dirigido al rostro flácido y sin personalidad del hombre, una cara de «gano cinco mil al año». Él dirigió la mirada a la lejanía, como si no la hubiese oído. Pero la había oído, porque se cambió de brazo a la niña para sustraerla de aquella mala influencia. Kate se lanzó hacia una báscula gigantesca e inopinadamente se dispuso a pesarse.

—Cincuenta y tres kilos novecientos —le comunicó una voz suntuosa con acento irlandés rural.

Kate decidió contestarle. De ninguna manera se trataba de una voz automática.

—¿De dónde es usted? —se interesó.

El hombre debía de sentirse intimidado; seguramente creía que le estaba tomando el pelo, como sin duda mucha gente haría. Ante los ojos de Kate tomó forma un mapa de paño gris que colgaba en la pared de su escuela, un mapa que ya creía olvidado, con nombres que antaño fueron nombres y ahora poseían el misterio de lo inenarrable: Coleraine, Ballinasloe y Athy. Lugares ordinarios donde nunca había estado y a los que no pretendía ir, pero que formaban parte ya de una fábula narrada por aquella voz, ahora conocida.

—Seguro que lo adivino —añadió. Se prolongó el silencio—. ¿Ha oído hablar de la cordillera de Silvermines? De allí soy yo. No volví a casa por Navidad, ¿y usted?

Kate pensó que tal vez hubiese cenado pato con un succulento relleno de patatas con mollejas. Recordó a su padre y se preguntó cómo era posible que ya no significase nada para ella. Parecía una injusticia bárbara que una persona hubiese ejercido un efecto tan funesto en ella sin que por ello aflorase entre sus pensamientos al menos un par de veces al día. Eugene había absorbido todos los pensamientos y preocupaciones de sus momentos

de vigilia.

—Venga —exhortó al hombre que había dentro de la máquina—, que no puedo pasarme aquí todo el día esperando.

Aunque sí que podía, claro está.

Se bajó de la báscula, sacó otro penique del monedero y volvió a pesarse. La voz habló de nuevo. Seguía allí.

—Seguro que los domingos en Londres se siente usted muy solo. Seguro que añora no poder irse al campo con un par de perros y una escopeta. — Cosa que a los irlandeses les encantaba hacer—. Por favor... —rogó en voz baja—. Hable.

Golpeó el cristal y aguardó, esperando oír primero una respiración y luego la voz que diría: «¡Hola!» o «¿De dónde es usted?», de la forma en que esas voces la saludaban a una en los salones de baile.

Pasaron aproximadamente veinte segundos. Y, en ese momento, algo se desencadenó en el interior de Kate, que empezó a chillar y a golpear el cristal que protegía la esfera numerada. Le lanzó improperios y volcó en ella todos los pensamientos que llevaba meses acumulando en la cabeza. Se desahogaba con las palabras y con los puños, y oyó que el cristal se quebraba, que la gente corría y hablaba apresuradamente. El limpiabotas la redujo hasta que llegó la ambulancia, y Kate volvió en sí, volvió a la realidad en la sala de urgencias de un enorme hospital. Al principio solo se fijó en las vendas que le cubrían las manos y en las pisadas amortiguadas de las enfermeras sobre el suelo acolchado. Poco después recordó; primero unas cosas, luego otras: la llegada de Eugene, la partida; hiló la conversación que habían mantenido y rememoró lo que le había dicho al hombre que iba con la niña, y luego la báscula, y luego el corazón latiéndole con fuerza justo antes del estallido de violencia. Cada detalle venía a rellenar una cápsula, tan diminuta y compacta, y densa, que la llevaría consigo para siempre.

Una enfermera le preguntó si se encontraba bien y si quería que llamasen a su marido para que fuese a recogerla. Habían reparado en la alianza. Kate dijo que no, que él estaba de viaje, pero que tenía una amiga que vendría. Le permitieron telefonar desde el despacho del asistente social, donde una enfermera la acompañó todo el tiempo. Llamó a Baba.

—Déjate de numeritos de opereta y vente para acá —dijo cuando Kate



trató de explicarle el atolladero.

—¿Me esperas en tu casa? ¡Ay, qué bien, que Dios te bendiga! —Tuvo que decirlo, para que no le negasen el alta. Nueva oleada de invectivas por parte de Baba—. Estaré allí dentro de media hora.

Y colgó, tras lo cual le contó a la enfermera que su amiga la estaría esperando y que con ella estaría en buenas manos. En su opinión, tenía algo de nefasto el hecho de perder el dominio de sí misma, similar al cadáver de una mujer que había visto un día en la carretera, con la falda subida por encima de las rodillas y un zapato encharcado de sangre. Antes de irse, le dieron un volante para que volviese al cabo de un par de días y se hiciese un chequeo. Salió al frío de las calles, sin resuello por el agotamiento. Se había librado por los pelos.

## 10

Dicen que la curiosidad mató al gato pero la satisfacción lo revivió. Aquel saludable paréntesis con el percusionista trajo cola. En otras palabras: pasaron las semanas y no recibía a la visitante regular de las mujeres ni era capaz de digerir los desayunos. Empecé a plantearme qué hacer. ¿Cuándo empezaba eso a adquirir remotamente aspecto de bebé? Porque lo que tenía que hacer debía hacerse antes de ese momento. Sobre ello andaba reflexionando en mi salón de tonos tabaco y con el ruido de fondo de la sueca que aporreaba el aspirador por toda la casa cuando sonó el teléfono. Como os podéis imaginar, tuve que despedir a Cooney en cuanto me dieron las primeras náuseas. Capaz habría sido de seguirme hasta el baño para verme vomitar. Le conté que nos mudábamos un año a Roma. No me molesté en elaborar una buena excusa; qué más me daba.

Era la Brady desde un hospital. Había tenido una pequeña discusión con una báscula de la estación de Waterloo y parecía que se iba a acabar el mundo.

—Vente para acá —le dije—, que por aquí tenemos un verdadero problema de pataditas.

Se lo dije con tanta furia que obedeció.

Lo primero era deshacerme de la perra de la sueca.

—¿Qué te parece si te tomas la tarde libre, ah? Puedes irrrte de comprrrras, verrr a tu novio... —le dije.

—¡Perrrrfecto! —exclamó, soltando el mango del aspirador sin haberlo apagado siquiera.

Se marchó en un santiamén, con uno de aquellos preciosísimos jerséis noruegos que podrían hacer creer a cualquiera que era una chica guapa. Kate

llegó poco después con cara de calamidad. Y ¿a que no sabéis de qué se puso a hablar? De su matrimonio. Él no la amaba... Se habían visto... Eugene le había dirigido palabras brutales, definitivas y cargadas de significado. Ella sí que lo amaba, aunque a veces no. La ruptura había ocurrido en un autobús, una noche que ella iba hecha un pincel y estaba furiosa por haber tenido que coger el transporte público. Le había sugerido que se fuese a otro asiento para así ella tener más espacio, comentario que él se tomó a la tremenda y luego ella también, y así fue como partieron peras.

—Cállate ya —la corté. No podía soportar aquello ni un minuto más. Qué pesadez—. Tenemos que enfrentarnos a un problema muy serio, así que pon la sesera a funcionar.

—¿Qué pasa?

—La historia de siempre... —comencé, en una especie de canturreo para quitarle hierro.

—Estás enamorada —aventuró.

A Kate podías decirle «hambruna de la patata», que ella acababa relacionándolo con el amor.

—Estoy preñada —corregí.

En ese momento recordé que ya le había dicho esas mismas palabras cuando vivíamos en Dublín; entonces me había preguntado: «¿Cómo?», a lo que yo le había contestado: «Pues como pasan estas cosas». Ella había dicho algo más, y yo le dije que era más fácil quedarse preñada que tener dos abrigos. Pues bien, la conversación se repitió palabra por palabra. Al menos esta vez teníamos dinero y alcohol, y, aunque ella no lo sabía, yo también guardaba en el cobertizo una lata de cinco litros de aceite de ricino, por si las cosas se ponían feas de verdad.

—Pero los niños son muy ricos —protestó—. Tú le tienes mucho cariño a Cash.

—La cosa cambia —expliqué, porque, por muchas becas que le hubiesen concedido, para algunas cosas es tonta del culo— cuando el niño saca los ojos del padre, o las orejas, o la nariz, o los pies, o algo. ¿Acaso iba a estar tan desquiciada si el bebé fuese de quien tiene que ser?

Por fin lo entendió. Quiso que le contase quién había sido, qué aspecto tenía, si lo veía a menudo, si estaba enamorada de él, si podíamos ir a verlo...

¡Ir a verlo! ¡Pero si había salido pitando a Grecia! Dudaba si explicar a Kate que todo aquello había sido culpa de ella. Pero la perspectiva de tener que soportar una tonelada de disculpas me disuadió. Había que actuar.

No os lo vais a creer, pero me preguntó si prefería niño o niña.

—Gemelos, mejor —respondí—. Uno de cada.

Entonces se puso toda sentimental e irónica y me habló de un anuncio que había visto en un panel de compraventa que decía: VESTIDO PREMAMÁ SIN ESTRENAR, PRECIOSO, DE CUADROS GRISES. PRECIO A CONVENIR.

—Pobre criatura —me lamenté—. Ahora mismo vamos y se lo compramos.

Le lancé una mirada fulminadora, y a continuación le entregué tres libras en billetes arrugados y la mandé a comprar una enciclopedia médica para sacar toda la información sobre la droga. (Estoy empezando a hablar igualito que mi madre). Total, que Kate volvió horas más tarde con un mamotreto que le había costado cinco libras —tuvo que poner dos de su bolsillo—. El diccionario era para verlo. Decía cosas como: «Catarro: enfermedad de las fosas nasales».

—Vete a «preñada» —le ordené, porque ella es mucho más espabilada que yo para las cosas académicas.

Empezó a leer sobre trompas de Falopio y levantó la cabeza de la página para contarme que sabía de una mujer que tenía dos trompas, lo cual significaba que podías tener dos niños de dos hombres distintos a la vez. Me lo estaba pasando en grande, en serio os lo digo. Le arrebaté el libro y busqué en la A de aborto, pero ni siquiera se habían molestado en incluir esa entrada.

—Tendremos que hablar con un médico —dijo—. Un médico bueno y comprensivo.

No podía irle con el problema al buitre del final de nuestra calle al que solía acudir, porque es nuestro médico de cabecera y además es católico. Sacamos la guía telefónica y empezamos a llamar a especialistas. Yo habría estado dispuesta a pagar setenta y cinco machacantes, por Dios bendito. Pues bien, lo tienen organizado de tal manera que una tenga que ponerse a pedir citas *antes* de quedarse preñada (como solicitar plaza para un niño en ese horror de colegio Eton inmediatamente después de la concepción, sin saber todavía si el crío va a ser un inepto), y había que llevar una carta del médico

de familia. Nos pusimos a pensar en nuestros amigos. Ella tenía una conocida que a su vez tenía otra conocida con una amiga ginecóloga. Tras una decena de llamadas, al final conseguí hablar con una arpía que pasaba consulta en la zona de Knightsbridge. Tenía una de esas voces que se oyen en hoteles de segunda en donde los clientes tratan de disimular que están en un hotel de segunda.

—*Pur ijemplo* —me dijo—, ¿sangra *ustet muchu*?

—¡Ojalá! —respondí yo.

Entonces empezó a divagar y al final me dijo que tenía la agenda completa de forma indefinida. —¿Sí? ¡Pues ojalá se te meneen las vocales mañana!<sup>[18]</sup>

Y le colgué en las narices.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Kate, poniéndose fatalista.

De no haber estado yo metida en semejante embrollo, hubiese dicho que no se encontraba bien y que debía guardar cama.

—Tú tienes que conocer a alguien, con tantos contactos... —Había creído que, con sus miserias a lo *madame Bovary*, estaría a la altura de las circunstancias—. A algún maleante que pueda hacer un apaño en la mesa de una cocina de Bayswater, al menos —añadí.

Kate me soltó entonces un buen discurso sobre las vidas sórdidas que llevan esos maleantes y las fortunas que amasan contando lo que hacen en los periódicos dominicales. Me dijo que tenían aterrorizadas a varias mecanógrafas.

—Pues que se vayan al diablo, que con mi dinero no se van a quedar — decidí en un raptó de compasión hacia las puñeteras mecanógrafas, quienesquiera que fuesen.

Volvimos a concentrarnos en el diccionario.

—Hay personas por todo Londres que son felices ahora mismo, personas que montan en autobuses y hacen cosas normales —señaló Kate.

—Les daría esta casa y todo lo que contiene con tal de verme así — contesté.

Estábamos muy desanimadas las dos. Ella llevaba un abrigo gris que parecía un colador de lo fino que era, y tenía la piel seca igual que una patata vieja. Los ojos, que solían ser su rasgo más destacado, se le habían hundido

de tanto llorar.

—Te voy a regalar un abrigo —anuncié.

—¿Te casaste con él por el dinero? —me preguntó. Yo le dije que no lo sabía—. ¿Lo odias?

Eso tampoco lo sabía.

—No lo odio, ni lo quiero. Lo aguanto, y él me aguanta a mí.

Y entonces volví a pensar en el desastre y en el duro golpe que supondría para su amor propio, y volví a ponerme histérica.

—Baba, todo irá bien en cuanto nazca el niño. Los dos os daréis cuenta de que él es lo más importante del mundo. Una mujer necesita tener hijos. Yo tendría más, si pudiera.

—Perfecto —repliqué—, pues vámonos a dar la vuelta al mundo en un crucero con la excusa de nuestros nervios y luego cuando volvamos le decimos que el niño es tuyo.

¡Lo pronto que cambió de parecer! Que no estaba preparada para tener niños, decía. ¿Y quién lo está?

Entendí entonces que la pelota estaba en mi tejado y que lo mejor era hacer algo pronto, así que le conté lo de la bañera y el aceite de ricino y le pedí que me acompañara por si me ahogaba o me daba un infarto. Sé que con mucho gusto habría salido por patas, y, sin embargo, se quedó conmigo. Eso tengo que reconocérselo. Aunque tampoco es que fuera de gran ayuda... Tres veces estuvo a punto de desmayarse entre el vapor, la apariencia grasienta del aceite de ricino en la taza y yo con mis sudores, mis quejidos y mis arcadas. Le pedí que me pusiera «Alocada pasión» en el tocadiscos. Kate tenía que salir a colocar la aguja en el inicio de la canción cada vez que pasaba a la siguiente. Me pareció bastante apropiada para las circunstancias.

De pronto me vuelvo toda sudorosa y me la encuentro arrodillada y con las manos juntas.

—Levanta —le ordené—. ¿Estás chalada? ¡Que te levantes!

—Estoy rezando —me dijo.

Llevaba años sin pronunciar una oración, y hasta a mí me pareció un poco exagerado que le pidiera ayuda a alguien a quien llevaba tanto tiempo ignorando.

—Esto es el mayor de los sacrilegios —declaré, sabiendo que así se

aterrorizaría.

Se puso de pie más rápido que una bala, y otra vez a pinchar la cancioncita y a echar más carbón a la caldera. Oía el rugido de la caldera subiendo por la chimenea, y rogué por que no explotase o algo por el estilo, al menos hasta que no hubiese acabado con aquella tortura. Frank nos mataría. Yo tenía calambres y dolores y empecé a temblar de la cabeza a los pies. Todo a mi alrededor me pareció raro. El espejo estaba todo empañado, y había tanto vapor en el ambiente que no alcanzaba a distinguir mis bártulos de maquillaje en las repisas de cristal. Miraba el grifo del agua caliente, abierto, y al bajar la vista me fijaba en el agua con la esperanza de verla cambiar de color, y vuelta al grifo y a mi alrededor. No sé cuántas veces repetí lo mismo.

—Kate, Kate —llamé, agarrándome a la bañera como si me estuviese hundiendo—. ¡Kate! ¡Kate! —bramé, y ella vino y me aconsejó que saliera—. ¿Te has vuelto loca?

Imaginaos haber soportado tantos dolores, sudores y náuseas para quedarme a medias. Yo temblaba como una hoja y Kate me sostuvo entre sus brazos.

—La buena de Florence Nightingale y la vieja señora del aceite de ricino —repetía yo, para que no llamase a un médico o algo peor pensando que había perdido el conocimiento—. ¡Jesús! —exclamé de pronto, porque sentí como si me hubiesen apuñalado en la zona baja de la espalda.

Empecé a soltar alaridos.

—Iré a por el *brandy* —dijo.

—¡No me dejes, no me dejes aquí sola! —le pedí.

Estaba convencidísima de que, si me abandonaba, me desmayaría. Pero Kate me soltó y me quedé allí acurrucada; lo siguiente que recuerdo es que me estaba dando *brandy* con una cuchara y me dijo:

—Voy a llamar a Frank.

¡A Frank! Eso me hizo resucitar. Recuperé la conciencia justo el tiempo necesario para decir:

—Como llames a Frank, me trago veinticuatro somníferos ahora mismo.

Entonces me dio más aguardiente y cerró el grifo. En el mismo momento en que giraba la manilla supe que estaría echando a perder cualquier

posibilidad, pero no me quedaban fuerzas para oponerme. El vapor, el calor, el aceite de ricino y luego el alcohol me habían dejado hecha un guiñapo. Kate jura y perjura que cuando me desvanecí unos segundos después le costó horrores sacarme de la bañera: era un peso muerto.

Cuando recuperé el conocimiento estaba en mi cama con dos camisones puestos. Lo primerito que hice fue comprobar si había funcionado, pues había soñado que estaba en un tren y se me salía, pero no podía levantarme del asiento y los mozos me rodeaban y me gritaban que me pusiera de pie. Pero no había sido más que un sueño.

—Hola, vieja señora del aceite de ricino —saludé a Kate, que estaba sentada a mi lado—. M. N. C. —añadí, porque ay de mí si volvía a intentar algo parecido. Ningún hombre se merece tal sacrificio.

—Misión no cumplida —repitió conmigo. Ella estaba mucho más seria que yo.

—Saca los visones, que nos vamos a las olimpiadas haciendo autoestop —propuse—. Yo competiré en la carrera de huevos con cucharas.

No se rio. Eran las tres o las cuatro de una espantosa tarde de marzo, pero, al menos, la casa estaba caldeada por el tute que le habíamos dado a la caldera.

—Ha venido el jardinero —comentó.

Lo oía despejar la nieve con la pala. Lo único que aquel hombre hacía en invierno era quitar nieve para que metiésemos y sacásemos el Jaguar y pudiéramos remontar borrachos los peldaños de la entrada sin peligro de caídas. Aunque a mí no me hubiese importado darme un trompazo en aquellos momentos... El día estaba muy gris, horrible, así que le pedí a Kate que encendiese la luz y cerrase las persianas, descoloridas por el sol.

—Bueno, pues ya solo queda recurrir a un maleante —dije, lamentándome de nuevo por las mecanógrafas. Me lamentaba por todo y por nada, como suele pasar cuando está uno metido en un berenjenal.

—No, eso no.

—Siempre voy a peluquerías clandestinas a que me laven el pelo —expliqué—. ¿Qué diferencia hay?

—La diferencia es que eso es una frivolidad, mientras que lo otro es un acto de violencia.



Me partí de risa, os lo juro por Dios. Imaginaos que alguien os hablase así en semejante situación. A continuación me echó un sermón, un discursillo de tres al cuarto sobre el hecho de que estaba intentando destruirme a mí misma, asesinar una parte de mí. Una parábola como las que aparecen en los Evangelios; todo el mundo come pescado y se sienta a escuchar un cuento.

El de Kate trataba de una mujer que iba a tener un hijo de un hombre que la amaba, pero ella no deseaba al bebé, así que se deshizo de él. El hombre dejaba de quererla, mientras que la mujer se enamoraba perdidamente de él y acababa viviendo con un insoportable sentimiento de pérdida por haber anulado dos cosas buenas de su vida.

—Pero es que el niño no es de Frank —le dije. Como si no lo supiese ya.

—Es igual; la cuestión es que no puedes saber de antemano el daño que te haces a ti misma con tus actos. Eso solo lo descubres después.

Bueno, eso no se lo podía discutir, porque me pasaba cada diez minutos, todos los días.

—Además, tú conoces a esa mujer —agregó.

—¿Y cómo es?

Aquella historia me había atrapado. Supe que cada vez que fuese a la peluquería intentaría averiguar quién era.

—Vamos a contárselo a Frank —zanjó— cuando llegue a casa.

—No.

No quería confesarle a Kate lo violento que se ponía cuando se enfadaba. Si se lo contábamos, echaría la casa abajo y de mí solamente quedarían los huesos.

—Armará la marimorena —dije.

—Pues iremos a su oficina —propuso—. Allí se controlará.

—No —me negué.

—Escúchame...

Y dale. Otro sermón.

Total, acabé vistiéndome, mientras ella me aconsejaba que me pusiese polvos claros y no me pintara los labios y pusiera mala cara. Eso no iba a ser complicado. A tal punto me había lavado Kate el cerebro con aquello de la rectitud que estuve dispuesta a hacer el papel de sufragista durante diez minutos. Decidió que no iríamos en taxi, no, sino en un humilde autobús o en

el metro. Frank trabajaba a kilómetros de casa, al norte de Londres. Me costaba trabajo mantenerme en pie por todo lo que había pasado y al pensar en lo que aún tenía por delante. Apagamos la caldera, nos enfundamos los abrigos y nos pusimos en marcha.

En el metro había un anuncio que era la monda. Decía: NO MUEVA UN DEDO HASTA QUE NO HAYA LEÍDO *VOGUE*. En nuestro penoso estado, y con gente que se muere de hambre o que sufre piorrea y toda clase de calamidades, me pareció que se trataba de un consejo fundamental.

—Deberíamos coger el metro más a menudo —opiné.

—Yo lo uso a diario —replicó Kate, haciéndome sentir como una rata inmunda.

En ese momento nos cruzamos con una embarazada en avanzado estado que salía de un pasaje, y al verla salí corriendo en dirección a las escaleras de salida.

—Vuelve aquí, ¡vuelve! —me ordenó Kate, asiéndome por el cinturón del abrigo de piel de camello.

En ese momento entró un tren en la estación y Kate me arrastró a un compartimento de no fumadores. En la siguiente parada nos pasamos a otro coche y nos fumamos un cigarrillo cada una.

—Pararemos por el camino para tomarnos unas ginebras —le dije. Hasta ella estaba empezando a perder el entusiasmo.

Llegamos en torno a las cuatro. Era la primera vez que pisaba una obra. Estaban levantando bloques para oficinas en una zona bombardeada, y el suelo era un fango amarillento a causa de la nieve. Debajo de un cartelito con forma de casa había una flecha que decía: INFORMACIÓN EN OFICINA, así que nos dirigimos adonde señalaba. Por el camino, varios hombres nos pirolearon y silbaron. Qué alboroto, qué estrépito: martillazos, un puñetero *bulldozer* removiendo más tierra amarilla, una perforadora que chirriaba y los obreros en los andamios dando voces en *cockney* a un puñado de irlandeses que había abajo y que no entendían una palabra de lo que les estaban diciendo. Una escandalera. Rogué que el hermano no estuviese con Frank.

—No pidas perdón —me aconsejó Kate, sabiendo que ese era su peor defecto.

—Me va a abrir en canal...

Lo encontramos solo en un cubículo prefabricado que apestaba a cerrado, detrás de una mesa atestada de planos y papeles. Estaba hablando por teléfono.

—¡La Virgen! —exclamó cuando nos vio entrar—. No, no, *lady* Constantine —dijo al teléfono—, es que me acaban de derramar un frasco de tinta sobre la agenda...

Hablaba de una fosa séptica que le iba a instalar en la casa de campo. Nos llegaba solo una parte de la conversación. Mientras la otra hablaba, Frank tapó el micrófono y le dijo a Kate hecho una furia: «Espero que no tengamos que sacarte de otro aprieto».

En cierto modo me alegraba saber que iba a dejarlo hecho polvo.

—Así es, tiene su propio sistema de eliminación de residuos —le decía a la señorona, y comprendí que se refería a una casita con tejas de cedro que él le había construido en el campo. Empezaron entonces a hablar del tejado. Se ve que la pizarra había empezado a agrietarse. Frank se puso muy colorado y alzó la voz—: ¿El tejado? ¡Pero si el tejado estaba perfecto! —Un segundo después se deshizo en disculpas por su tono de voz y añadió—: Iré personalmente a ocuparme del asunto.

«Pues que se vaya preparando», pensé yo. Frank era capaz de sacarse mil libras por una reparación de tejado sin despeinarse.

—Sin coste alguno para usted —agregó.

Luego insistió en que no debía tenérselo en cuenta, que era más ladrador que mordedor. Por fin, y tras el típico toma y daca de despedidas, colgó el teléfono. Kate me dio un pisotón para animarme a hablar. Él no nos prestaba la más mínima atención; anotó alguna patochada en la agenda y se quedó mirando largo rato lo que había escrito, con el ceño fruncido. No me podía creer que fuese mi marido y que a veces durmiera a su lado, y que lo hubiese visto enfermo, borracho y en toda clase de estados. Parecía otro hombre en aquel ambiente.

—No hemos venido por mí —comenzó Kate, harto indignada—. Venimos a contarte una cosa.

—Pues que sea rapidito —respondió—, que los hombres se me van a las cinco y tenemos una reunión.

Todas las tardes convocaba a la cuadrilla, y el bruto del hermano, que era

capataz, señalaba a los que habían holgazaneado durante la jornada. Igual que en esos países que salen en la prensa donde aplican medidas coercitivas.

Kate se volvió hacia mí y murmuró:

—Díselo.

—Empieza tú.

—Es cosa tuya, Baba —insistió, severa. Al final tuve que hacerlo.

—Voy a tener un bebé.

A Frank se le dibujó una patética sonrisa de oreja a oreja. Era como anunciarle a alguien la muerte de su madre, pero con una primera frase que se presta a confusión y provoca que el otro crea que a su madre le ha tocado la lotería. Por un instante Frank creyó que él era el padre y que por fin había dado la talla. Se incorporó para darme un beso, pero lo detuve con un gesto de la mano: se quedó petrificado, paralizado en esa postura que no es ni de pie ni sentado, sin decir una palabra. Sonó el teléfono.

—¿Lo cojo yo? —pregunté.

Agarró el aparato y lo tiró al suelo, y yo me encogí, sabiendo que estaba a punto de desatarse la tempestad. Se puso más locuaz que en toda su vida.

—¡Asquerosa! —me dijo—. A las zorras como tú solo hay una forma de hacerlas entrar en cintura. ¡Te voy a moler a palos cuando te coja en casa!

—Me embarcaré rumbo a algún sitio —repliqué.

—Ni lo sueñes. Tú de aquí no te mueves, y harás lo que yo te diga.

—¿Te pensabas que iba a vivir frustrada? —contraataqué con el mismo tono arrogante que habría usado Kate. Me di cuenta de que Frank no sabía lo que significaba esa palabra. Hay montones de palabras, como «frustrar» o «masturbar», que no comprende—. Para una mujer no es nada estimulante nuestro modo de vida. Tanta caza, tanta pesca y tanto jolgorio están bien para hacer en sociedad...

Cerró los puños y adelantó el labio inferior, como siempre que se pone furioso. El discurso de las mujeres y la nueva libertad; no existe sobre la faz de la tierra un hombre que no sea capaz de matar con sus propias manos a la mujer que le enumere sus defectos.

—Cuidado con lo que dices —me advirtió.

Qué calor hacía, madre mía, en aquel cuartucho con el radiador al máximo.

—Estoy dispuesta a abandonarte —le dije—. Me da igual el qué dirán.

Evidentemente, Frank era consciente del revés que supondría un divorcio para sus relaciones con los obispos, así como para el trabajo, porque muchos de los grandes contratos eran con peces gordos de empresas católicas.

—Tú harás lo que yo te ordene.

Oí un pesado ruido de pasos que avanzaban por el caminillo embarrado y comprendí que llegaban refuerzos. Era su hermano, para informar de que la reunión empezaría en un par de minutos.

—Cuéntaselo a tu hermano, anda; a él se le dan fenomenal los momentos de crisis.

Una vez el hermano se había cargado a uno en Irlanda y se había dado a la fuga, aunque luego lo trincaron. Tendría que haber entrado en la cárcel, pero se libró a golpe de billetera.

—Fuera —me ordenó, al comprender lo que había querido decirle—. Seguro que cuando llegue a casa no hablarás tanto.

—No voy a estar en casa cuando llegues —porfié, y le escribí en un pedazo de papel el teléfono del cuchitril de Kate para que me llamase si quería hablar conmigo.

—¿Qué es lo que pasa? —se interesó el hermano. Tiene la cara terriblemente colorada y el pelo rizado.

—Que ha venido la cigüeña —dije con toda mi mala intención.

Podían temblarme las rodillas, pero el tipo lo mantenía.

Nos abrimos paso entre el fango y salimos a la carretera.

—Los obreros tienen siempre los ojos entornados, los pobres lo hacen para que no les entre mortero —observó Kate.

Me pareció una apreciación del todo irrelevante, pero con ella salimos a la calle en sombras y vimos la cola de la parada del autobús.

—Ay, no... —se lamentó, súbitamente vencida.

Menos mal que yo llevaba dinero y pudimos volver en taxi a su madriguera.

—Me amancebaré contigo —le dije—, así ya no estarás sola.

Kate parecía muy preocupada. En lo que se refiere a bebés y partos, se comporta de una forma antinatural.

Frank me llamó sobre las diez. Se había calmado considerablemente. Me

dijo:

—He decidido dejar que sigas siendo mi esposa, aunque solo en teoría, claro está.

Pues menuda novedad.

—Estupendo —contesté.

Él debía de esperarse una escena lacrimógena sobre su generosidad y caridad. Ni loca. En cuanto pides perdón, la gente te machaca. Luego me preguntó quién había sido, para ir a matarlo.

—Es griego y se ha vuelto a su país.

Fue lo único que se me ocurrió. Kate asomaba la cabeza por la puerta del dormitorio. Era una cotilla de cuidado.

—Pero ¿el niño será blanco?

El muy cretino no sabe distinguir a un negro de un griego.

—Espero que sí —respondí—, con un poco de suerte.

Dijo que no me iba a aguantar más tonterías y que yo tenía que hacer lo que me pidiera, y que nadie debía enterarse nunca de la verdad.

—¿La Brady lo sabe? —Frank la odiaba.

—Pues claro que sí.

—Que no vuelva a pisar nuestra casa. Págale lo que sea para que mantenga la boca cerrada. Y ve a confesarte.

A continuación me anunció que iba a tomarse unas merecidas vacaciones para superar el golpe, y que si llamaban para algo urgente me pusiera en contacto con la secretaria.

—Pásalo bien —me despedí, y fui corriendo a contarle a la Brady que podríamos vivir a todo tren en mi casa durante una semana antes de que regresara Frank.

—No hay mal... —dije, y Kate terminó la frase:

—¡... que por bien no venga!

Nos echamos a reír, cosa que llevábamos siglos sin hacer.

Estaba yo en el cuarto de baño afanada en cambiar la decoración (porque, después de la aventura, me deprimía solo con verlo) cuando, ¡sorpresa!, llegó Durack. Me dejó de piedra. Llevaba tres días sin afeitarse, los mismos que

llevaba sin verlo, y apestaba a alcohol.

—Todavía estás aquí con tus tonterías —dijo.

—¿Y dónde quieres que esté, en la lavandería de las Magdalenas? —repliqué, y empecé a silbar como un hombre.

—Ya está bien. —Se había parado en el umbral, cubriendo el hueco casi por completo. Se sacó del bolsillo un tirabuzón de pelo rubio—. Recomiéndasela a tu amiguito. Una profesional de primera.

—Recomiéndasela tú —respondí—, que para eso eres el experto.

Comprendí que había estado en un burdel del que se había traído un justificante. A mí me pareció estupendo.

—Creo que me gusta —añadió— esto de la doble vida.

Vaya, había incorporado nuevas palabras a su vocabulario.

—Estoy probando nuevos ángulos. —Y me miró, borracho perdido—. ¿Entiendes a qué me refiero?

—Te has convertido en un hombre nuevo —observé.

Supongo que él esperaba que me pusiera celosa o rabiosa, pero no manifesté nada en absoluto. Estaba temblando.

Entonces empezó a soltar sapos y culebras como un condenado. Vaya lengua. Muy poco diplomático. Pronunció palabras que jamás te enseñan en la escuela. Pero acto seguido fue como si otra persona dentro de él le corrigiera y prorrumpió en llanto. Le pedí por lo que más quisiera que me pegase, me violase, me matase o hiciera lo que le diera la gana, pero que por favor terminase con aquel espectáculo de una vez. Di un paso adelante y él me miró con los ojos encharcados igual que un niño.

—¿Acaso no te he dado todo lo que has querido?

—Es de dominio público.

El efecto fue fulminante. Instantáneo. Remordimiento. Lloró aún con más ganas, pero era la sensación de fracaso y no la rabia lo que hacía correr las lágrimas.

—Baba, ¿por qué me has hecho esto?

De nada habría servido explicarle que no había pensado en él al hacerlo. De nada habría servido explicarle que siempre he creído que mi relación con una persona no tiene nada que ver con las demás. Ni hablarle de todo lo que se me había pasado por la cabeza, los ardientes deseos de canciones, de

cigarrillos, de bares oscuros, de telegramas, de cactus, de cepillos en el pelo, del circo, de salidas nocturnas, de vida. No lo habría entendido.

—Estaba borracha. —Él no podía por menos de perdonarme semejante estado—. Fue en Hyde Park. —El nido de un hombre es sagrado.

Por mi forma de decirlo comprendió que no había sido gran cosa y recobró algo de compostura.

—Como los perros —comentó.

Yo me dije que ni siquiera había llegado a ser como los perros, pero me quedé callada. Pensé en esa idea mía de que los hombres podían hacerme sentir cosas únicas y al mismo tiempo dejarme medio inconsciente. ¿De dónde me habría sacado esa ocurrencia? Era un misterio.

Oímos que entraba la Brady, y a Cash que nos llamaba a voces, y al menos yo me alegré de que hubiesen venido. Le expliqué a Frank que había traído al niño para darle de merendar.

—¿No irá contándolo por ahí...? —me preguntó.

—No tiene la cabeza en su sitio, no se lo contará a nadie.

Se quedó tranquilo.

Entonces entró, cerró la puerta y empezó a hablarme en susurros. Me dijo que me daría una segunda oportunidad, pero con ciertas condiciones. Nunca jamás debía volver a las andadas, o me rajaría.

—Te *satisfaceré* —me dijo.

Ay, la tierra prometida... Era muy patético tener que oírle decir aquello, con la cabeza gacha. Reconozco que debía de sentirse fatal. Luego me agarró la mano y me dijo que nunca más hablaríamos de aquel asunto, que mantendríamos como un oscuro secreto. El pobre diablo no se lo había confiado a nadie, ni siquiera al hermano. Así que el vínculo fraternal casi bíblico no era más que de boquilla... Su unión no era más que para hacer negocio. Cuando necesitaba de lo más básico, no tenía a quién recurrir. Más solo que la una, salvo en el burdel al que había ido. Ahora éramos solo nosotros, él y yo. Aliados, conspiradores, mentirosos. Opté por el camino más fácil. A ojos del mundo, el niño sería suyo y mío. Estuve de acuerdo. ¿Qué otra cosa podría haber hecho? Entre otros motivos, no me apetecía verme sola en el mundo y tener que vender bollos o hacerme taquígrafa. El niño llevaría su apellido.



—Dame tu palabra de honor —me exigió.

Me persigné. La señal de la cruz marcó el inicio de la salvación. Nos dimos la mano y salimos. No demasiado contentos, claro está, pero ¿acaso podía haber sido de otro modo?

Nuestro médico de cabecera me consiguió una cita con un ginecólogo al que fui a ver una tediosa tarde mientras cientos de personas tomaban el té o compraban dulces. La enfermera que me recibió llevaba unas gafas con lentes muy gruesas que le protegían unos ojos llorosos. Aunque me daba igual. No me sentía muy compasiva. El doctor me preguntó cuánto tiempo llevaba casada y si me hacía ilusión formar una familia. Tuve que decirle que sí, evidentemente. Eran todos católicos. Se interesó por mi estado y le conté que me preparaba coles de Bruselas en mitad de la noche y que por las mañanas me daba acidez. Me hizo un rosario de preguntas: si había sufrido abortos naturales, dolores de barriga u otros desagradables achaques. Soy de las que se nota los síntomas de cualquier cosa cuando me los enumeran. El médico tomó nota de todo, con semblante muy serio. Sabe Dios cuántos embustes le conté.

Entonces me mandó a otra sala y me pidió que orinase. No sabía si iba a poder, porque esas cosas no se hacen cuando a uno le da la gana. De todos modos subí a la otra consulta y eché un vistazo. Había un aseo y un lavabo con un par de guantes de goma amarillos salpicados con polvo de talco que olía a bebé. Se me había olvidado aquel olor. Había un cuadro con lo que supuestamente era un chiste: un dibujo horrendo con una leyenda que decía que antes de quedarte embarazada tenías que medirle la cabeza a tu marido. Cuando oí que el ginecólogo subía las escaleras, me acomodé en la camilla de piel negra con estribos a los lados. Sabía que tendría que colocar las patas allí para la parte de la exploración, y esperaba con toda mi alma no hacer el ridículo.

Entró como si tal cosa, preguntándome si apostaba a las carreras. Me soltó una retahíla sobre una vez que estuvo a punto de llevarse un premio con bote. Mientras tanto, se acomodaba los guantes a las manos para que la goma no hiciese arrugas en ningún dedo. A continuación me pidió que apoyase los talones en los estribos, y en ese momento me sentí más desvalida y humillada que en toda mi vida. Estaba postrada, y con una ventana enfrente.

—Habría ganado un buen pellizco... ¿Todo bien, le sirvo una copa?  
¡Cuánto humor!

—¿Pretende hacerme reír? —pregunté.

—Relájese —me ordenó entonces, casi amenazante.

¿Que me relajase? No paraba de pensar en todo lo que tienen que aguantar las mujeres; y no me refiero solamente a lavar pañales o a que no les esté permitido ser juezas de un tribunal, sino a lo que yo estaba sufriendo en aquel momento: que te hurgasen, que te sondeasen, que te hiciesen daño. Y no solo durante las visitas médicas, también en la noche de bodas, cuando la mujer se mete en la cama con el hombre al que ama. Ay, Dios (que no existes), tú odias a las mujeres; de lo contrario las habrías hecho distintas. Y tú que desairaste a tu madre, Jesús: tú las odias aún más. Siempre vagabundeando con una panda de tipos, pescando y dando sermones en el monte; para ti las mujeres como si no existieran. Pensé en todas las mujeres que se quedan preñadas sin tan siquiera saber lo que eso implica; en las que rezan y guardan el rosario en la mesilla de noche; en esas otras que gritan: «¡Para, para, cerdo asqueroso!»; en las que chillan con desesperación pidiendo que las horaden hasta las entrañas para que luego no valga de nada; y en esas que se levantan de la cama y se frotan contra un picaporte, besan el rostro de madera de la puerta y suplican con un lenguaje obsceno, y luego lloran, y limpian el picaporte, cosa que tampoco vale para nada.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó el ginecólogo. Yo estaba respirando hondo.

—Ojalá hubiese nacido entre salvajes.

Era verdad: en un lugar donde las mujeres no se sintiesen atadas y se limitasen a expulsar a los niños de su cuerpo, para luego seguir recolectando caña de azúcar o hacer lo que quiera que hagan las mujeres salvajes.

—Me parece una afirmación extraordinaria —convino, y entonces sentí que retiraba el dedo.

Más dolor, más presión. Me pregunté si alguna vez se habría sobrepasado o si el instrumental y el olor a desinfectante lo desalentarían. Me confirmó que, en efecto, estaba gestando un bebé. Su forma de exponerlo me dio ganas de vomitar. «Dios ha bendecido su seno», fueron las palabras exactas. A eso añadió que mi marido tenía que estar encantado, y me contó un montón de

detalles técnicos que no tenía ningún interés en oír. Historias sobre embriones.

Abandonó la consulta mientras yo sacaba las bragas del bolso y me las volvía a poner.

Ya abajo, pidió a la enfermera de ojos llorosos que me anotase la fecha de la próxima visita y me recetó hierro y vitaminas. Yo lo que quería era que me prescribiese cornezuelo o alguna de esas cosas que toman las mujeres sensatas. Salí y me senté en la plazuela de enfrente del portal donde decía: SOLO PARA RESIDENTES, y lloré como una descosida al recordar el puñetero: «He terminado. Ha sido sin querer». Ojalá me hubiese preñado Durack. Y no me vengáis con eso de que quien mal anda mal acaba, porque estoy de acuerdo, pero también os digo que hay quien anda bien y acaba fatal. Todo es producto del azar, y ahí están nuestras vidas para demostrarlo. Los niños, pensé, que Dios los asista, porque no conocen a los miserables que tienen por padres.

## 11

El silencio resultaba sobrecogedor. Ni siquiera el reloj de la mesa emitía un tictac, pese a que daba la hora correcta. Kate miró a su alrededor: el ficus no había cambiado de lugar, como tampoco el diván cubierto por una funda. ¿Se tumbarían en él los demás pacientes? Alguna de aquellas personas anónimas y timoratas que aguardaban en la sala de espera, sombras intranquilas que se preparaban para soltar sus miserias... Cada semana él les obsequiaba con pastillas —unas diminutas pastillas blancas que se comercializaban en diminutos frascos redondos— y con cincuenta minutos de solaz. Eso prolongaba su embotamiento y les permitía subir y bajar de autobuses, sacar al perro a pasear y acostarse por las noches libres de la tentación de bajar con una almohada a meter la cabeza en el horno comprado a plazos. Les brindaba una muerte lenta.

Era la cuarta visita de Kate al psiquiatra y, en su opinión, no tenía nada que decir, o bien tenía tanto que era inútil intentarlo al tiempo que le correspondía para luego interrumpirse y contenerse hasta la semana siguiente. Desesperación por entregas. Observó al hombre pálido de labios finos que tenía frente a ella, como un maniquí, que había oído sus desgracias igual que si hubiese estado oyendo el parte meteorológico. Tras el desastre de Waterloo, el médico de familia de Baba había aconsejado que Kate acudiera a un psiquiatra debido a su inestabilidad. La había mandado a las consultas externas del hospital más cercano. En la primera sesión no hizo más que llorar, y en la segunda había hablado de Eugene y de las falsas cualidades que le había atribuido. Lo había idealizado, como suele pasar con los acontecimientos del pasado. Igual que cuando se piensa que siempre hacía buen tiempo en los días de juventud y que los arbustos estaban cargados de

fresas salvajes cuando, en realidad, solo hubo unos pocos días calurosos y las fresas no existían sino de oídas. En cualquier caso, no se sentía cómoda hablando de su matrimonio. No solo violaba su sentido de la intimidad, sino que además la dejaba hueca por dentro. La vida, a fin de cuentas, era un secreto con uno mismo. Cuanto más se revelaba, menos quedaba para el núcleo, ese núcleo que ella tanto codiciaba y que enseguida reconocía en los demás. Hasta la fruta lo tenía; el corazón de, por ejemplo, una cereza, donde residían el verdadero sabor y el verdadero valor. Ciertamente algunas estaban huecas o echadas a perder por dentro; muchas, de hecho. ¿Lo estaba él, aquel inglés pulcro con camisa rosa y botones blancos del tamaño de una pastilla? Tendría que haberse acostado con él para averiguarlo. Era la única manera de conocer de verdad a un hombre. Y la idea le repugnó.

Antes de abandonar a Eugene se había planteado a menudo la posibilidad de estar con otros hombres; desconocidos impasibles que la llamarían con señas y mientras ella se acercaba se abrirían el abrigo, dejando al descubierto sus cuerpos desnudos, y habrían hecho volar a Kate sobre las alas de sus penes erectos y trémulos. Hombres negros como el azabache, en su mayoría. Uno, en cambio, era rubio y tenía los ojos verde claro, del color del suero de leche. Sin embargo, ahora que podía saborear los misterios de otros hombres, lo rechazaba y prefería acurrucarse en su sueño.

—¿En qué está pensando? —le preguntó el psiquiatra.

Ya casi había transcurrido la mitad del tiempo que le correspondía.

—En un accidente de avión —mintió, a la perfección.

Las palabras surgieron de la nada.

—¿En un accidente del que se ha librado?

—No, en uno sobre el que he leído. Ciento cuatro personas murieron a las afueras de Boston o de algún otro sitio, y cuando millones de expertos investigaron el suceso, y digo expertos, descubrieron que el fallo del motor se debió a que unos estorninos habían anidado en él. No me lo saco de la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque me siento como los estorninos.

—Siente usted que mata a otras personas.

—Siento que, en cierta manera, las destruyo con mi debilidad.

—¿A cuántas personas ha destruido?

—No lo sé —respondió, y de repente prorrumpió en incontrolables sollozos.

El médico le ofreció un pañuelo de papel de la cajita que había en el escritorio, sin duda colocada para socorrer las numerosas crisis de llanto que allí se desencadenaban.

—Vamos, recompóngase.

El tópico de siempre. Kate estaba encorvada, con la vista fija en el pañuelo húmedo y deshecho, tratando de dominarse. ¿Por qué había tenido que decir aquello? ¿Por qué se había alterado tanto? Deseaba con todas sus fuerzas que el psiquiatra la consolase. No podía soportar que la viera llorar una persona que no estuviese ahí para abrazarla, del mismo modo que las colinas abrazan un valle. Las colinas le recordaron inesperadamente a su madre, y Kate experimentó entonces, por primera vez en su vida, un destello de repulsa hacia aquella mujer difunta y agotada. La bondad de su madre y el accidente que provocó que muriese ahogada siempre le habían atribuido una pátina de perfección. El amor de Kate había permanecido inalterable e imperecedero, igual que las flores de cera bajo las campanas de cristal de la que hubiese sido su sepultura, de haberla tenido. Sin embargo, de pronto, ahora veía a aquella mujer con otros ojos. Una mártir voluntaria. Una chantajista que había querido recoser el cordón umbilical, que había asfixiado a su única hija en un amor aborrecible, melifluido y lisonjero. Kate trató de enjugarse las lágrimas, pero comprobó que seguían brotando sin cesar. Se puso de pie, concertó la siguiente cita con el psiquiatra y atravesó la sala de espera, tan desconsolada que consiguió arrancarles a aquellos pacientes que estaban peor que ella un atisbo de piedad.

En la cola del autobús lloró aún más, y en el interior del vehículo volvió el rostro hacia la ventanilla. Cuando pasó la cobradora, le tendió seis peniques en lugar de los cuatro que costaba el billete. El odio hacia su madre la acompañó durante varios días: rememoraba sus más mínimos defectos, incluso esa manía que tenía de alterar el acento cuando iban de visita, o cómo después de ir al baño en casa ajena o en algún hotel hacía una leve y fraudulenta tentativa de lavarse las manos pasando bajo el grifo solo una de ellas —la que había usado para limpiarse—, mientras que en casa

simplemente se abría de piernas y se aliviaba sobre el sumidero que tenían junto a la puerta trasera, por donde también vertían el agua de cocer patatas y la comida de los terneros. En medio de aquel frenesí de odio y vergüenza, recuperó un recuerdo que alivió el rencor. Una vez habían reído juntas, y si a algo daba importancia Kate en la actualidad era a la risa. Había ocurrido cuando ella tenía ocho o nueve años. Había ido con su madre a recoger tres docenas de polluelos recién nacidos de casa de una protestante que vivía cerca del cementerio. Tomaron el camino de arriba porque era el más corto, aunque también el más trabajoso al no estar asfaltado.

—Me estoy haciendo pipí —le había dicho su madre—. Vigila por si viene alguien.

Su madre nunca dedicaba mucho tiempo a hacer las cosas; de hecho, casi nunca se sentaba en el retrete, de ahí que tuviese almorranas... Tras asegurarse de que estaban solas, la madre se acuclilló en el recodo de la curva. La niña Kate se alejó unos pocos metros y empezó a fantasear, como siempre hacía cuando estaba al aire libre rodeada de aves y de altas hojas de hierba suspirante que la hacían soñar. Pensaba en el día en que compró un sello y se lo pegó al pulgar por la cara adhesiva, y esa misma brisa que sacaba suspiros a la hierba se había llevado consigo el sello de dos peniques.

—¡Un hombre, viene un hombre! —exclamó de pronto, yendo hacia el lugar donde su madre seguía agachada.

El intruso iba en bicicleta, colina abajo, a toda velocidad.

—¿Dónde? —había preguntado la madre, que salió al camino con los monjiles calzones reforzados de color azul marino a la altura de las rodillas. El pardo riachuelo que había formado avanzaba penosamente por el camino de tierra, condenado a detenerse y secarse al sol. Era verano. El sol desteñía las verdísimas ringleras de heno sin recoger.

—¡Por ahí! —había indicado la niña, pues la madre estaba mirando en dirección opuesta.

El hombre salió de detrás de la curva y clavó la rueda delantera de la bici entre las piernas abiertas de su madre. Ambos cayeron y se golpearon con el manillar.

—¡Válgame Dios, estoy muerta! —había exclamado la madre.

—¡Usted no, yo! —replicó el otro al tiempo que trataba de zafarse del

manillar y de la mujer.

—Pero ¿adónde va usted, por el amor de Dios? —preguntó su madre, apoyando una mano en la suciedad del suelo para incorporarse.

—A un funeral —le explicó, levantando la bicicleta y sacudiéndola con violencia para que recuperase la forma.

Limpió el sillín con el forro de la gabardina mientras blasfemaba por lo bajo. Los pollitos, que habían dejado en el parche de pasto, chillaban en su cajita perforada, y la niña se había ocultado el rostro con una enorme hoja de acedera.

—Debería usted fijarse por dónde va —le recriminó la madre, que se dirigió adonde los pollos haciendo acopio de dignidad. Al tiempo que caminaba trataba de recolocarse el calzón por encima de la falda.

—Lo mismo le digo —había contestado el hombre, que había dado velocidad a la bicicleta y luego había pasado una pierna por encima.

Se alejó diciendo: «¡Estas pueblerinas...!».

—¡Palurdo ignorante! —había contraatacado su madre cuando el otro ya se había ido. Se sentó entonces en el pradal y se rio de las magulladuras de las manos, del rasguño en la rodilla, de los calzones rasgados y del ridículo sillín de la bicicleta que se alzaba como el hocico de un perro.

—A un funeral... —repitió la madre, y entonces las dos se echaron a reír, se partieron de risa, redoblando las carcajadas al recordar algún detalle—. Y encima, mi calzón de los domingos —observó la madre. Fue divertidísimo.

Sin embargo, jamás volvieron a hablar de aquello porque la madre se avergonzó en cuanto se le agotó la risa.

Ay, la niñez, pensó Kate: la lluvia, la hierba, el lago de orín que se formaba sobre las piedras, la palma de su mano verde a causa de un penique bañado en sudor que le había dado la señora protestante. La niñez, cuando una se encuentra a merced de todo sin saberlo.

No volvió al psiquiatra la semana siguiente. Se convenció con la excusa de que tenía que encontrar un lugar donde vivir. Unos primos, unos amigos, la familia política... algunas de esas personas anónimas que acuden al rescate en tales situaciones estaban a punto de llegar para arrebatarse su habitación. Se lo había comunicado la casera a la mañana siguiente de haber pillado a Cash en su casa. Eugene le había dado permiso para que durmiese con ella



una noche, y ella había comprado una bacinilla y había advertido a su hijo de que no debía salir al rellano. Ya en la cama, le había pedido que jugasen al viejo juego en el que ella hacía de fantasma y lo asustaba.

—¡Sal y luego entras siendo un fantasma! —le había pedido.

—A eso no podemos jugar, ya lo sabes.

—Por la vieja gruñona...

Algo sabía Cash de la casera, que tenía una sonrisa acartonada y un perro asmático y con malas pulgas.

—Bueno, ¡pues métete detrás de la cortina y sal siendo un fantasma!

Kate le hizo caso pero, tan pronto como empezaron, el niño le suplicó que le hiciese cosquillas y lo asustase hasta matarlo de risa. Llamaron a la puerta y la casera irrumpió en el cuarto, descubriendo a Cash en pijama sentado en la cama. Kate dijo que iba a explicárselo todo, pero la señora interpretó aquello como una traición. A la mañana siguiente, Kate se llevó al niño muy temprano.

—Háblame de la Primera Guerra Mundial. ¿Cuánta infantería hubo?

No sabía qué responderle. No lo sabía.

—Mastica bien el chicle —le dijo. Lo había sobornado comprándole cuatro chicles en una máquina, porque esa mañana, mientras le ponía los calcetines, el niño le había preguntado: «¿Cuándo vas a volver a casa para siempre?»—. No sé nada de la Primera Guerra Mundial, yo no había nacido aún.

—Pues entonces de la Segunda Guerra Mundial.

—De la Segunda tampoco sé nada —zanjó.

El niño puso un mohín y se resignó a contar las jugueterías ante las que pasaba el autobús. Pidió a Kate que hiciera lo propio.

Esa misma tarde empezó a buscar un estudio para ella sola. Llamó a muchas puertas, habló con franqueza, juró que era blanca, muy limpia, que no tenía mascotas, que era capaz de secar la colada mágicamente en una caja de heno y que pondría la radio (un objeto que no poseía) a un volumen imperceptible. Sin embargo, a los tres propietarios que manifestaron interés en aceptarla como inquilina les dio largas con la excusa de que aún debía pensárselo. Huía de sus condiciones. Probaba en otra dirección. En algún lugar debía de estar la vivienda ideal.

Al final encontró una casita adosada de una sola planta. La hilera de casas, idénticas, parecía salida de los lápices de un niño: pequeñas, sombrías, con diminutas torrecillas y la estatua de un querubín encima de cada puerta. Por dentro estaba tan destartada que Baba dijo que sería pan comido apañarla con el lote «cadenas de bicicleta-cajas de naranjas».

Fueron a una sala de subastas y compraron los artículos de primera necesidad.

—¿Dónde habré metido mis sales aromáticas? —decía Baba, embarazada, al recorrer los estrechos pasillos que quedaban entre las montañas de bienes usados.

A Kate le provocaban náuseas los efluvios de los hogares extintos, de los colchones con manchas, de los mohosos cabeceros donde alguien habría pegado mocos, de los sofás cargados de pedos; eran despojos de vidas. Baba pujó y se llevaron una mesa, sillas, un sillón, una cama, un armario y un paraguero. De camino a casa compraron una lata de desinfectante y un atomizador; toda precaución era poca.

—Lo fumigaremos todo —dijo Baba en la ferretería mientras probaba el pulverizador vacío.

También se llevaron cucharas de madera de fresno, una espumadera, un hervidor y un producto químico para eliminar el mal olor del fregadero.

—Esto le vendrá muy bien —aconsejó el ferretero, con una concha blanca en la mano.

—¿Qué es?

—Un descalcificador.

—Nos lo llevamos —convino Kate.

Todo lo que hacía tenía un toque ridículo. Un hogar no se montaba así, a las bravas.

Baba bendijo la casa con una botella de *whisky* y ambas bebieron mientras esperaban a que llegasen los repartidores con los muebles.

—No hace falta ni decirlo —comenzó Baba, mirando el papel pintado de liquidación que forraba las paredes—, pero has sabido encauzar tu vida, Katie. Has hecho un buen casamiento.

El papel era morado con vetas rojas, como si reprodujese el repugnante sistema circulatorio de una persona. El mismo motivo se repetía por toda la

casa.

—Muy pronto esto será un salón de verdad —comentó Kate, las dos frente a la chimenea acariciando sendas bolsas de agua caliente.

El ligero e inquietante sonido del hollín que caía por la chimenea y hacía crujir el papel crepé que cubría la parrilla las sacó de sus casillas. No podían prender fuego hasta que no limpiasen la chimenea; no podían limpiar la chimenea hasta que activasen la electricidad, y no podían activar la electricidad hasta que se reparase la instalación. Las tomas rotas se desprendían de la pared, y del hueco que quedaba asomaban unos cables que parecían ojos de mal agüero.

El día que vino Cash ya habían llegado los muebles, y el sillón victoriano donde se sentó se mantenía en pie sostenido por libros y por sus propias ruedecillas. Al niño también le pareció que la casa era de cuento, la casa de una bruja. Pese a todo, se mostró muy entusiasmado.

—¡Qué bien, qué bien! —decía mientras examinaba las habitaciones, daba pisotones al suelo de madera, regocijándose de que todo estuviese tan vacío y, por tanto, fuese tan propicio para hacer de las suyas.

—Tengo que irme, Katie, o me llevaré una buena reprimenda —anunció Baba.

Aquella casa la aburría. Si había algo que no podía soportar era un suelo desnudo. Este en concreto era, además, el colmo, pues los antiguos ocupantes habían permitido que sus niños lo pintarrajearan de todos los colores habidos y por haber.

—Ojalá pudieras quedarte —dijo Kate cuando la acompañó a la puerta, de mala gana.

El cielo estaba glauco, desvaído. Kate comentó que iba a llover. No solo habrá lluvia, añadió Baba, sino rayos y truenos, y un diluvio, y una inundación. Luego, le aconsejó que quitase de la cancela de madera el letrero de: NI VENDEDORES AMBULANTES NI PROPAGANDA, GRACIAS, ya que ningún vendedor ambulante iba a perder el tiempo pasando por allí. El caminillo estaba tapizado de hojas, papelajos y notas para el lechero humedecidas por la lluvia que el viento había arrastrado desde otros porches.

El murete que separaba su casa de la del vecino era muy bajo. Plantaría árboles para no tener que conversar con ellos. Una conversación desembocaría irremediablemente en preguntas, luego en condolencias y luego en amistad; y a Kate no le quedaba energía para entablar amistades.

Cash intentó desatornillar el letrero con las uñas y luego con un tenedor, pero estaba fijado con fuerza, y los tornillos se habían oxidado al contacto con la placa metálica.

—Ven, vamos a dar una vuelta por la casa para decidir lo que pondremos en cada habitación —le dijo Kate.

Cash había derramado unas cuantas lágrimas cuando Baba se marchó.

Una alfombra persa por aquí, un trashoguero para la chimenea por allá, un cuadro con soldados para que Cash se entretuviera, geranios, una bañera nueva de color rosa, un retrete con flores de porcelana en la taza, mesas auxiliares y tapetes de lana para que el niño estuviese a gusto cuando se quitase los zapatos para enzarzarse en una pelea de almohadas.

En los cuatro techos había parches verdes de humedad, y de dos de ellos surgían, en el centro, unas manchas con forma de riachuelo más antiguas y menos perceptibles. Habría que reparar el tejado.

—¿Podemos tener literas? —preguntó Cash, que estaba golpeando las paredes y los suelos con las cucharas de madera nuevas.

—¿Literas?

Kate, entretanto, se encontraba en el dormitorio principal haciendo la cama de segunda mano donde dormirían los dos esa noche. Introdujo las bolsas de agua caliente y prendió la estufilla de queroseno, que estaba sin estrenar y tenía la mecha impoluta.

—Bueno, ¿qué te apetece cenar? —le preguntó.

Era fundamental mantenerse ocupada, y mantener al niño ocupado, para olvidar aquel espantoso vacío. Beicon y tostadas con judías. Comieron en la salita principal, junto al radiador, con el plato apoyado en el regazo. A Cash le gustó más que sentarse a la mesa, porque cuando alguna judía se le escapaba del plato podía agacharse sin esfuerzo a recogerla.

—Si quieres, puedes traer algunos juguetes y dejarlos aquí —le propuso Kate, con el deseo de que se sintiera como en casa.

—¿Me vas a comprar petardos? ¿Y cuándo tendremos tele?

A Kate le resultó patético tener que ganárselo a base de bienes materiales.

La tarde se le hizo eterna. Todavía eran las seis y ya habían cenado, lavado los platos, vertido el producto en el fregadero y hecho la ronda por la casa, colocando en cada habitación una vela en un platillo y cerillas por si necesitaban entrar en alguno de los cuartos en mitad de la noche. Kate, que solo había conseguido una vela de color rojo, la colocó a modo de celebración en la repisa de la chimenea, incrustada en un nabo vaciado. Le contó a su hijo que en las Navidades de su infancia siempre dejaban en el poyete de la ventana una vela clavada en un nabo por si pasaba por allí el Niño Jesús. Cash no conocía el lugar donde Kate había nacido. Ignoraba por completo la existencia de la lúgubre casa de mampostería donde empezaron todos sus problemas. Y no le interesaba en absoluto la aburrida historia sobre el miedo que sentía Kate cada vez que su madre subía a hacer las camas, lo que la obligaba a acompañarla siempre. A él lo que le apetecía era dibujar. No había lápices ni papel. Registraron los dos armarios empotrados pero allí solo había humedades y un deteriorado botín de fútbol.

—Dibuja en la ventana, usa la imaginación —lo animó Kate.

Los cristales tenían una capa de suciedad por fuera y de polvo por dentro. Acababa de encenderse una farola que arrojó su luz pajiza a través de las dos hojas mugrientas. Algo más tarde, antes de acostarse, habría de cubrir la ventana con una sábana para no pasar la noche expuesta a la calle. Y más adelante tendría que comprar tela, tomar medidas y coser unas cortinas, descorrerlas por las mañanas y correrlas por las noches, para quedar a resguardo de las indiscreciones de la calle. Las anillas producirían un sonido al deslizarse por las barras, y las llamas serpentearían reflejadas en la pared, y habría personas cenando a su mesa. ¿Quiénes?

Echó un vistazo para ver si Cash había dibujado una casita o un gatito, y cuando vio el enorme SOCORRO pintarrajeado sobre el sucio cristal se llevó la mano a la boca, ahogando un grito. El niño debió de presentir que estaba siendo víctima de una catástrofe cuando ella acudió a consolarlo, pues de pronto se echó a llorar de una forma hasta entonces desconocida para Kate.

—¡Quiero que venga papá! —decía.

—Iremos a buscarlo.

—¡Ahora!

—¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras?

Cash lloraba porque quería papel, lápices, un televisor, juguetes, calidez, literas; cosas que le resultasen familiares.

—Ya está, ya está —lo consoló Kate.

Lo sentó en la cama y le apartó el flequillo, dejando al descubierto su blanquísima frente. Kate besó aquella piel fresca y lechosa, le pidió perdón por el descuido y prometió que al día siguiente conseguiría todas aquellas cosas. A Cash también le desagradaba la luz de las velas. «Se puede transformar en otra cosa», sostenía. La llama temblaba y amenazaba con apagarse cada vez que el viento se colaba por la chimenea. Kate lo estrechó entre sus brazos para que se sintiera protegido y para tratar de revivir la solidez que se había esfumado de sus vidas.

—Quiero irme con papá —repetía, gimoteando entre los brazos de su madre.

Cash olía a jarras de nata fresca guardadas en una despensa. La primera vez que lo tuvo en brazos le había apretado la barriga con sus piecitos, y poco después le había mordido un pezón con impaciencia; sin embargo, Kate nunca se había sentido tan unida a él como en ese momento.

—Te llevaré a casa —dijo, poniéndose de pie.

Las lágrimas que tan incontrolables le habían parecido desaparecieron como si el niño las hubiese vuelto a almacenar dentro de sus ojos igual que en un depósito.

En el taxi, Cash mantuvo la vista fija en la ventanilla, y cuando hablaba lo hacía mirando a la oscuridad. El arrepentimiento le impedía mirar a su madre a la cara.

—Podemos volver si tú quieres —le dijo, y cuando vio que no recibía respuesta, dijo—: Mamá...

Muy bajito, muy vacilante, como si temiese haberla decepcionado.

—Ya volverás otro día, cuando haya luz y todo esté más alegre.

Cash le había recordado, más que nunca, el horror de ser niño, el espantoso momento en el que uno se da cuenta de que unas criaturas extrañas y espeluznantes acechan en el pasillo, prestas a abalanzarse sobre nosotros.

—Ya sabía yo que no le iba a gustar nada —recalcó su padre, alborozado, en el umbral de la puerta. Maura no había salido a recibirlos, y Cash entró en

la casa llamándola a grito pelado.

Esa noche llovió. Las primeras gotas cayeron raudas y violentas a través del árbol del jardín y fueron a parar a la ventana, en cuyo lado interior Kate había colocado una sábana que había sisado del armario de Eugene un día mientras esperaba a Cash. Pero, como Maura la había pillado, no tuvo ocasión de robarle ninguna más. A Maura no le caía bien. Lo sabía por los comentarios de su hijo. Por lo visto, un día pasaron por delante de una mercería y Cash se fijó en unas fundas de almohada a once peniques. «¡Vamos a comprar unas cuantas para mi madre!», había propuesto, a lo que Maura había contestado: «No, de eso nada, las compraremos para tu padre». Eso lo dejaba todo muy claro.

El repentino ruido de la lluvia la sobresaltó. Llevaba horas sentada, atenta a cualquier sonido. Hasta ese momento había oído pasos afuera acompañados de voces, las ráfagas de hollín y el repiqueteo del buzón como si alguien o algo del mundo exterior quisiera colarse por la ranura. Pero era solo el viento. Kate tenía que ir al baño, pero no podía. El terror había hecho presa en ella. Se había iniciado horas antes en forma de nudo en el pecho que fue bajando hasta la boca del estómago y ahora le paralizaba los muslos, como atrapándolos en unas jaulas de hierro. No era capaz de moverse. Al otro lado de la puerta la esperaba una espantosa criatura. Cuando amaneciera, se habría quedado parálitica. Lo más extraño de todo era que el monstruo que había al otro lado solo le haría daño si ella salía; él no entraría. Se levantó dando un brinco, abrió la puerta y le pidió al monstruo que mostrase su rostro; sin embargo, allí solo se veía la oscuridad de un vestíbulo que no conocía lo suficiente como para localizar por qué rendija se había colado la criatura. Cerró de nuevo la puerta y volvió a sentarse, sabiendo que de nada serviría gritar porque nadie acudiría en su ayuda. Pero el terror tiene sus propios recursos, y cuando Kate salió por la ventana del salón con el fin de huir no era consciente de su honda turbación. La vecina, que había salido a cubrir una moto con una lona, se volvió y le dijo:

—¿Se le ha cerrado la puerta, cielo?

—No, es que me he quedado encerrada —respondió Kate.

En cuanto hubo pronunciado aquellas palabras se dio cuenta de que resultaban chistosas. La vecina —una mujer gorda vestida con un peto— se ahorcájó en el murete y acudió en su ayuda.

—¡Tiene la casa manga por hombro! —manifestó, echando un vistazo al salón. Nada parecido al de ella, que parecía un palacio en miniatura. Se tomaría un whisky, sí, con mucho gusto.

Entraron por la ventana. La mujer aconsejó a Kate que estuviese pendiente de que el cartero no le sisara nada, la informó de que los martes pasaban a recoger la basura y de que, en caso de necesitar cualquier cosa, no tenía más que golpear la pared. Tras compadecerse un tanto de ella por haberse mudado en invierno, pasó a detallarle sus propias preocupaciones: su hombre la había dejado plantada un buen día, pero ahora lo que temía era que volviese, porque sola vivía mucho mejor. Se había echado novio, naturalmente, pero, claro, los hombres cambian mucho cuando no se comparte techo con ellos. Observó asimismo que, para lo joven que era, Kate estaba muy demacrada, y que la casa necesitaba unos cuantos arreglillos y que, aunque hacía una noche horrible, el jardín agradecía la lluvia, y que no subestimara nunca el placer que procuraban un jardín, unas flores, unos árboles y unas plantas. La mujer se marchó cuando Kate se hubo aplacado. Al menos había superado el momento de pánico y había sonreído cuando la mujer le dijo:

—Si le gustan los bailes de salón, podemos formar un cuarteto.

—Tal vez —respondió Kate, desazonada por sus incontables carencias.

Al menos había hecho un esfuerzo por sonreír, y no había nombrado al niño ni una sola vez. La vecina, algo vacilante debido al *whisky*, estuvo a punto de volver a encaramarse al murete, pero al final resolvió recurrir a la cancela y se alejó con ridícula dignidad.



## 12

Primeros días de verano. El jardín que tan cruelmente desnudo había estado en invierno comenzaba a revelar lupinos, margaritas y una variante salvaje de rosas que se deshojaban en cuanto las rozaba el viento o la ropa tendida. A pesar de que estaban en mayo, aún helaba, y algunas mañanas los matojos de cardo eran un espectáculo: enhiestos, afilados como cuchillas, bañados en plata. Seis meses ya. Días de solterona y noches de solterona sin más transgresión que la del insomnio y los sueños. A menudo soñaba que volvían a estar juntos, cosa que en el sueño le complacía, aunque no en la vida real: cada vez que veía a Eugene se mostraba fría, recelosa, indiferente. Los celos eran ya cosa del pasado. En cierta ocasión los había avistado desde un autobús, y Cash había exclamado: «¡Mira, mira! ¡Es papá, papá!». Estaba anocheciendo, y Eugene circulaba por un descampado al volante de su coche, que era también del color del ocaso. La otra persona podía ser Maura o cualquier otra mujer; a Kate le dio exactamente igual. ¡Ojalá se dirigiesen al fin del mundo y desaparecieran, para que así Cash y ella pudiesen por fin hacer lo que les diera la gana! Se avecinaba una guerra. Habían dejado de verse porque él le había escrito diciendo que no le procuraba ningún placer tener ante sí aquella cara desfigurada y aquellos ojillos malvados que atacaban como puñales. Kate opinaba que las miradas de él estaban aún más cargadas de odio que las suyas, aunque sabía que no se hallaba en condiciones de valorarlo. Los dos urdían sus complots, por separado pero concienzudamente, reivindicando ambos la ofensa absoluta, proyectando infamias que redujesen a polvo los últimos y ya maltratados vestigios de su otrora «buena» vida. Y todo lo hacían por Cash; eso decían. Pero ¿qué es un niño en medio de unos progenitores ofendidos? Un arma, nada más.

Él había rehecho su vida con otra persona, y ella debía hacer lo propio. ¡Pero, ay, si fuera tan fácil!

—No te costaría nada hacer creer a cualquiera que eres una persona alegre —le decía Baba una y otra vez.

—¡No me apetece! —respondía Kate.

Y era cierto que no le apeteecía, hasta que una tarde de verano especialmente radiante su recién estrenado teléfono emitió un estridente y alarmante sonido. Nadie conocía su número salvo Baba y Eugene. Sin embargo, al otro lado de la línea oyó una voz de mujer, una completa desconocida que preguntaba por Kate. Resultó ser una fotógrafa que un día había sacado una foto a Cash.

—Como un topo escondido en la madriguera, ¿eh? —le dijo—. He tenido que llamar a información para que me dieran su número.

—¿Qué tal está? —preguntó Kate.

Le había costado identificarla. Se habían conocido en una cafetería. A la desconocida le había gustado mucho la cara de Cash y había pedido permiso a Kate para fotografiarlo para una exposición que estaba preparando. Cuando se despidieron, le dijo —como se suele decir en esas ocasiones— que debían mantener el contacto y verse otro día. Añadió que vivía con un demente que se dedicaba a hacer figuras de papel maché y que a Kate le caería fenomenal.

—Estoy fatal. Me fracturó el cráneo y todavía veo doble... Claro, sí, aún vive aquí, por supuesto —decía ahora la fotógrafa.

He ahí lo desconcertante. Otros hombres y otras mujeres sobrevivían a sus mutuas masacres. Kate comparaba el comportamiento de todo el mundo con el de Eugene.

—¿Cuándo es? —se interesó Kate.

La mujer había llamado para invitarla a una fiesta. La palabra «fiesta» aún le resultaba evocadora, igual que las palabras «mirra», «Eucaristía», «agua de rosas» o «cebada perlada».

—¡Hoy, esta misma noche! —exclamó la voz—. Tienes que venir.

¿Por qué no? Aún no estaba lista para una segunda floración, pero eso ya lo sabía. Una velada estival. Y toda su ropa estaba impecable, como si llevase tiempo esperando la oportunidad de salir. Desde que trabajaba en la tintorería tenía el armario como nuevo. Daba también la casualidad de que esa noche

no tenía a Cash en casa. Eugene y ella se lo alternaban cada noche, y luego lo llevaban a la escuela al día siguiente. Cash ya iba al colegio y tenía su propia vida, y su propio pupitre, y libros ilustrados y lápices que tenía que cuidar. Un día, Kate fue a corregirle la tarea y en uno de los cuadernos leyó una redacción que le había valido a Cash una estrellita dorada. Se titulaba «Mi vida» y decía así:

Vivo en una caverna inmensa con mi madre y mi padre. Todas las mañanas mi padre sale a cazar, y los días que tiene suerte caza un ciervo. Mientras él no está, mi madre limpia la caverna.

—Cuenta conmigo —aceptó Kate, y tomó nota de la dirección.

Se vistió de azul (María, Reina de los Cielos) y se adornó con unas perlas azules que, «igual que un rosario», le llegaban al ombligo.

En las calles, la tarde emitía una luminiscencia áurea que sumía a la ciudad en una suerte de embeleso. Casas doradas soslayaban las aguas del Támesis. Pequeñas embarcaciones discurrían en silencio, y unos hombres también mudos se abrían camino desapasionadamente con la ayuda de un único remo. La marea estaba alta, y el agua del río, límpida y sólida; creaba la ilusión de que se podía pasear por su superficie, como si de una oscilante calzada plateada se tratase.

Kate caminó un rato, consciente de las personas alegres que se cruzaba, de la cantidad de pantalones vaqueros rojos que veía por todas partes y de la abundancia de aves. ¡Se le había olvidado el canto de los pájaros!

La llave estaba metida en la cerradura, y el ruido que le llegaba desde las escaleras la ayudó a llegar al salón repleto de gente y de innumerables velas en botellas doradas. Se detuvo un instante bajo el umbral, agitada: relacionarse con un montón de personas hacinadas en un mismo espacio no era comparable a pensar en ello cuando uno va de camino y las ventanas de los autobuses parecen láminas de oro. Habían corrido las cortinas hechas a mano, excluyendo el atardecer. La música sonaba tan alta que Kate fue incapaz de reconocer rostro alguno: siempre que se le anulaba el sentido del oído tendía a dejar de ver también. Pésima coordinación. Un hombre, un desconocido con el cuello de la camisa desabrochado, se acercó a saludarla.

—Acabas de llegar y pareces perdida con tu precioso vestido. ¿Cómo te

llamas, a qué te dedicas?

Kate le preguntó si era el hombre del papel maché, y cuando el otro le dijo que no, dejó de sentirse en la obligación de mostrarse cortés, así que se oyó a sí misma decir que, básicamente, iba tirando. El hombre soltó una risa intensa y congestionada, y le rogó que se explicase.

Lo dejó atrás y se dirigió a la mesa de las bebidas, donde se encontraba la anfitriona vestida de lamé dorado, a juego con las botellas que contenían las velas.

—Querida, te veo muy cambiada. ¿Qué te ha pasado? —La voz con matices roncós la alcanzó de pleno.

Kate respondió con una carcajada y aceptó un *whisky*. Al fin y al cabo, la propia anfitriona había sufrido una fractura de cráneo... Sin duda todos los presentes habrían sido víctimas de alguna catástrofe, de modo que ¿por qué iba a ser ella la excepción?

—Querida, tú ve y preséntate a los demás —la animó la fotógrafa.

Kate echó un vistazo a la sala. Dos hombres de color estaban discutiendo. Sobre sofisticación. Se le ocurrió que podría hablarles de una pintada que había visto en el metro que decía: NO TOQUÉIS A NUESTRAS MUJERES, NEGROS DE MIERDA, pero posiblemente no les haría gracia. Posiblemente la mandarían a paseo. Hubo una época en la que Kate habría sido capaz de abordar a cualquiera. El hombre que la había saludado la avistó y se le acercó de nuevo. Se llamaba Roger y, de broma, hizo el gesto de estrangularla con su propio collar.

—Es usted un poco descarado —observó, halagada a pesar de todo.

Era un hombre muy bien parecido, y eso le preocupó. Llevaba meses machacando a Baba sobre la fatalidad de la atracción física. Incluso había llegado a la conclusión de que jamás se habría enamorado de Eugene de no haber sido por su rostro fantasmal.

—Soy muy tímido —replicó—. Excepto cuando tengo delante a una bella mujer. —Resultaba tan pretencioso que hasta podría haber sido sincero.

Era evidente que había acudido solo, porque ninguna mujer lo seguía con la mirada, como suelen hacer las mujeres cuando se encuentran en las estancias más abarrotadas y peor iluminadas. Roger se arrimaba demasiado; cadera con cadera, podía decirse.

—Escuche —dijo Kate, fingiendo indiferencia.

Una señora estaba aconsejando a otra que telefonease a Daphne, porque Daphne sabía dónde conseguir antigüedades a muy buen precio, y Daphne tenía el cuarto de baño de época, y Daphne conocía a montones de hombres guapos, poderosos y sin compromiso.

—No creo que necesites a Daphne —le dijo él.

—Me vendría muy bien para las antigüedades —respondió, reproduciendo mentalmente sus cuatro habitaciones, dos de las cuales estaban vacías salvo por las cajas con los juegos de té y los pliegos de papel donde caía el hollín de la chimenea.

A punto estaba de explicárselo a Roger cuando él le preguntó si estaba casada. Aún no se había quitado la sencilla alianza de oro que ella misma se había comprado, pues Eugene no creía en los símbolos de cara a la galería.

—Sí.

Entonces apareció una chica detrás de él que le rodeó el cuello con sus brazos finos y bronceados y sus manos enlazadas. Kate se alejó. Se prometió a sí misma que no se prendaaría de nadie, ni se confiaría a ninguno de aquellos invitados que iban y venían como las delicadas palomitas doradas que se colaban por la ventana, revoloteaban y volvían a salir. ¡Salvo las que iban directas a las llamas de las velas!

Había comida en la cocina. Un caldo clarucho hervía a fuego lento en una cuba. Pese a que le recordó a la sopa que se había tomado en la estación de Waterloo, se sirvió una taza. Tal vez se le acercase alguna persona cuerda para charlar con ella.

—¡Es la mejor! —oyó que le decía un escocés muy bajito a otro escocés de baja estatura, en presencia de otros testigos. Todos ellos escribían obras de teatro, o sonetos, o guiones de publicidad de dentífrico; todos pugnaban por darse importancia.

—¿Eres una enfermera irlandesa, una camarera irlandesa o una fulana irlandesa? —le preguntó un tipo con barba de chivo.

Fingió ser sordomuda, lo cual les hizo reír.

Llegaron más invitados atraídos por el olor de la sopa, por el calor humano, por las risas que interpretaban como sinceras, y todos se llamaban por sus diminutivos: Do y Jill e Issa, versiones reducidas de nombres más

largos cuyo uso provocaba, sin embargo, una honda sensación de soledad.

—Se ha puesto tetas postizas y todo —decía un guasón refiriéndose a un hombre que se hacía pasar por mujer. El chisme tenía sustancia, puesto que el travestí era actor de televisión.

—El pelo me crece dos centímetros cada día. A veces me siento en la cama y lo veo crecer —decía una con aspecto de actriz en ciernes. Era la misma que había rodeado a Roger. Se mordisqueaba las puntas de la melena de color beis, esperando a que alguien comentase lo provocativa que era.

—Cuando a Clarissa le da hambre, se pone a comerse el pelo —dijo Roger, sumiso. Todo un calzonazos.

—Ya —intervino Kate, hastiada, dirigiéndose a Clarissa, aunque en realidad el comentario era para él—... Si fueses corista, seguro que te las apañarías para convertirte en la estrella del espectáculo.

¡Qué pérfida se había vuelto! Se alejó del grupito, en apariencia concentrada en calentarse las manos con la taza de sopa que ya se había enfriado.

En el cuarto contiguo había gente bailando, y Kate se abrió paso y fue a sentarse en un taburete. Por el camino había cogido una copa que se bebió junto con la sopa. En la diminuta sala a oscuras habían retirado la alfombra y la pista estaba a rebosar de bailarines que se sacudían, se bamboleaban, meneaban los brazos y dejaban caer las cabezas trastornadas. En ocasiones, por espacio de un breve instante, durante la pausa entre un disco y otro, las parejas se estrechaban, y la mujer sonreía con afectación mientras el hombre le manoseaba la entrepierna como marcando su territorio, igual que si hubiese escupido en su bebida antes de ir al baño en un bar. Un tipo le preguntó a una pelirroja si tenía el pelo de ahí abajo del mismo color.

—Vamos, muñeca, ¡no estás bailando!

Un hombre muy alto permanecía de pie junto a Kate, que alzó la vista y meneó despacio la cabeza de un lado a otro, un ejercicio que le habían enseñado para relajar los músculos del cuello.

—Estoy bebiendo —contestó.

—Pero no estás bailando —insistió el tipo.

Era rubicundo y zalamero, y tenía las pestañas doradas. A Kate no le habría importado conversar con él. Le habría gustado decir: «No sé bailar. En

lugar de bailar, yo bebo, y, si no, lloro». Le habría gustado decir: «Enséñame a bailar», o «¿Cuántos de los presentes se acuestan juntos?», pero el tipo estaba meneando los hombros y un dedo al ritmo de la música a todo volumen.

—¿No quieres...? ¿Nunca sigues tu instinto?

—Luego —zanjó Kate.

El hombre volvió a la pista y se juntó con una chica que había empezado a bailar sola, desafiante. Era muy alta, con un aire masculino, y llevaba pantalones de cuero.

Desde su taburete, Kate trató de ejecutar mentalmente el baile con mucho esmero. Meneó los brazos, las piernas, las caderas, los hombros... Sin embargo, no se armaba de valor para levantarse y ponerlo en práctica.

—¿Te lo estás pasando bien? —le gritó el hombre del papel maché.

—Genial, sí —replicó Kate.

La contraseña. El novio de la anfitriona bailaba con una chica que llevaba en la cabeza una canastilla de fresas para parecer más alta. Frunció el ceño al fijarse en las sandalias de Kate. Eran plateadas, con la puntera al descubierto y unas tiras en el empeine tan finas como la cola de un ratón. Kate le mantuvo la mirada un instante, sin mucho afán, y a continuación echó un vistazo a su alrededor para localizar más alcohol. Se sirvió de un vaso extraviado y se lo bebió todo de un trago. ¡Por lo pronto, se emborracharía! En ese momento sonaban dos tocadiscos, y dos canciones distintas tronaban; las caras de los bailarines se retorcían de esfuerzo y desconfianza, de la frente les goteaba el sudor. El calor, la falta de diversión y el ruido reinaban en aquella habitación. Y, algo achispada, Kate pensó en la cosa más refrescante que había conocido en su vida: la exhalación de la arcilla fresca y oscura; ese inaudible resuello del terrón al ser volteado por primera vez.

Era su costumbre evadirse de un mal rato evocando otro mejor. Se acordó de un día en que le dijo a Eugene, mientras este se paseaba desnudo por el dormitorio, que los testículos poseían la delicadeza de las uvas recién formadas. Debió de ser en verano; primero, por el hecho de que él fuese en cueros sin congelarse, y segundo, porque tenía reciente la visión de las uvas en la parra. Qué lejos quedaban todos esos momentos ya desaparecidos... Una parte de ella había muerto con aquellos recuerdos.

—Venga, vámonos, que se me ha puesto dura —le dijo el hombre del papel maché a la de la canastilla de fresas, y ambos salieron disparados. La anonadada Kate fue tras ellos: tenía que comprobar si estaban bromeando.

En el dormitorio no estaban, eso seguro. La enorme cama de matrimonio albergaba una montaña de abrigos, y a un lado, tumbado en su cuna, un bebé miraba el techo con esos ojos tan penetrantes y oscuros que solo tienen los niños de meses, como la tinta en polvo cuando se le añaden las primeras gotas de agua y aún conserva un matiz azul insondable. El bebé hizo un puchero y amagó con llorar en el momento en que la silueta de Kate se inclinó sobre él; pero ella, con iniciativa, recordó un juego de la infancia de Cash. Se agachó tras una pila de abrigos, reapareció, y siguió escondiéndose y reapareciendo hasta que las risas del bebé alertaron a algunos invitados. Llegó la madre y le ahuecó un cojín de la cuna solo para dejar constancia de su condición, y vino también Roger, que se situó al lado de Kate y le dijo:

—Debes de ser una mujer con los pies en la tierra.

—Así es —convino—. Ayudo a los ciegos a cruzar la calle. —A la vez que decía esto, en virtud de un olvidado instinto, ofreció un dedo al niño para que lo mordisquease—. ¡Ay! —exclamó, retirándolo deprisa, y a Roger—: No te fíes de los inocentes, que esta criatura acaba de morderme.

Roger abrió la boca y dio un bocado al vacío, como si del techo colgase una manzana pendida de un hilo. Le alabó los pómulos y quiso saber por qué no había bailado y por qué había mirado con tanto desprecio a los bailarines. La había estado espiando desde la puerta. Kate habría querido contarle la verdad: decirle que se sentía muy patosa y cansada, y significativamente mayor de veinticinco años; sin embargo, se oyó decir algo del todo distinto.

—Porque son unos vocingleros, se meten demasiado en su papel, y porque no tienen sentido del ritmo.

Estaba muy borracha, y en ese estado solía recurrir a palabras afectadas con intención de dárselas de arrogante. Roger le preguntó en qué había estado pensando.

—En arcilla.

No podía haber elegido nada más propicio: ahora él la consideraba un ser arraigado en lo esencial. ¿De dónde era?

—Soy irlandesa, del oeste de Irlanda.



Sin embargo, no se detuvo a mencionar las tierras pantanosas, ni las pardas ciénagas desprovistas de árboles, ni las hectáreas de campo muerto, inhóspito, con una ruina gris en el horizonte: los lugares de los que había heredado su sentido de la fatalidad.

—Hay un castillo de piedra abandonado —añadió, como si fuera de su propiedad— en lo alto de una colina; está intacto, incluso los preciosos vanos de piedra. Y allí siempre hay un caballo blanco que no se aleja jamás de la colina. Me encantaría vivir allí.

Mentira. Todo mentira. Pero él se lo tragó, dijo que debía ir, que *debían* ir en peregrinación, montar el caballo blanco y atravesar los cenagales hasta llegar al mar revuelto. Kate había dado ciertos detalles que Roger tomó prestados para describir el lugar.

—Chist, chist... —siseó Kate, plantándole un dedo en los labios.

Al bebé se le cerraban los ojos. Kate había olvidado la espantosa ansiedad que atenaza en el momento en que un bebé comienza a quedarse dormido. Se acordó de Cash y sintió que le había fallado. Colocó un pañuelo a un lado de la cuna para velar el resplandor de la lamparilla, y alzó la vista con una sonrisa de satisfacción. Ya no recordaba el placer de observar cómo un hombre se prendaba de ella.

—Has hecho que esta fiesta valga la pena —le dijo.

—¿Y qué pasa con las demás? —protestó Kate, refiriéndose a las fulanas sumisas, pegajosas y húmedas como el rocío.

—Son todas encantadoras —replicó.

Canalla. Con lo poco que le habría costado decir una cursi mentira piadosa.

—Dentro de un rato tendré que irme —anunció a su reloj de pulsera, como si aquella baratija pudiese salvarla.

Una mujer que acababa de entrar para recuperar su chaqueta se estaba haciendo un lío con otros veinte abrigos, que acabó tirando al suelo.

—Búscame el abrigo y llévame a mi casa —le dijo a Roger.

¿Lo conocía? Quizá no. Así era como se emparejaba ahora la gente. Muchos se conocían tumbados en una cama que, para uno u otro, resultaba ajena. Kate se estremeció y deseó sentirse a salvo en un taxi de camino a su casa.

—Pero es que estoy con una chica —repuso Roger, presentando a Kate.

—Pues ahora ya estás con dos —dijo la otra, sin ambages—. ¿Acaso no eres un hombre?

Roger repitió que estaba con Kate y se volvió hacia ella para confirmarlo. Ya sin voluntad, algo bebida, acorralada, permitió que la mano de Roger le acariciase la tripa con un movimiento lento y circular.

Cuando se disponían a marcharse, Roger se ausentó un momento. ¿Para despedirse de alguien tal vez? ¿Para citarse más tarde con la mujer borracha? ¿Para robar una botella? Qué más daba.

Circularon en dirección opuesta a la de la casa de Kate. Estaba deseando que él dijese algo, o preguntarle adónde se dirigían y cuáles eran sus intenciones. A ratos, Roger alzaba la mano y meneaba los dedos o movía los hombros, como si bailase para impresionar al volante. Había encendido la radio.

—Cuidado —advirtió. Kate siempre pensaba en Cash en los momentos de peligro.

—Yo nunca voy con cuidado: busco la muerte.

Kate dejó apoyada una mano en el salpicadero, por si acaso.

Se detuvieron en una calle con nombre de planta, donde él tenía el piso.

—Me acordaré de esta calle —declaró Kate.

La placidez y el calor de la noche aún le producían un conmovedor asomo de deleite, y alargó las manos como si quisiera atrapar algo.

Le habría gustado poder caminar. Caminar y caminar, y posponer lo otro, o tal vez incluso evitarlo. Pasear de noche era ahora un lujo para Kate, pues no disponía de un hombre que la escoltase. No tenía amigos serenos de sexo masculino.

—Eres una mujer especial —le dijo—, y muy guapa. Te deseo.

Kate no se había planteado del todo la posibilidad de acostarse con él. Por una parte lo deseaba, pero por otra no. No sabía qué hacer. ¿La gente siempre hacía el amor de la misma forma, o existían secretos de cama que ella desconocía? El hecho de haber estado únicamente con un hombre era un gran inconveniente. Ascendieron unos peldaños muy empinados hasta el portal y luego un tramo de escaleras, y luego otro, y luego otro. Su cuarto era un desván cuya puerta estaba integrada en el suelo. Roger tiró de una polea, la

trampilla se levantó y, tras subir unos cuantos escalones más, Kate entró en una habitación espaciosa y muy desordenada con dos ventanas inmensas a cada lado, una frente a la otra. Él había encendido la luz y despejado un sillón de ropa para que ella pudiese sentarse. La trampilla descendió despacio, cubriendo el hueco del suelo hasta que por fin se cerró con un ligero golpe. No distaba mucho de una cárcel. Cada vez que Kate oyese la palabra «fiesta» la relacionaría, para siempre, con el caprichoso internamiento que se había prestado después.

—Te noto muy distante, de pronto —observó él.

Se sentó en la cama, muy cerca de él, y bebieron vodka de unas tacitas para los cepillos de dientes. Un gato blanco con el lomo arqueado los vigilaba.

—Te deseo —repitió, tras lo cual la mordió de la misma manera que había mordido la manzana imaginaria antes de elogiar sus pómulos—. Ojos heridos... Y muy grandes también.

—A veces grandes, otras veces pequeños; depende del cansancio —comentó Kate, poniéndose de pie para mantener la indiferencia, para mantenerse lúcida, para mantener helado el corazón. Cualquiera podría aprovecharse de ella, dadas sus circunstancias. Habría dado lo que fuera por unas migajas de amor.

En el baño había tres estuchitos redondos con sombras de ojos de distintos colores. Tres pares de ojos se habían mirado en aquel espejo rajado y habían bebido de las tacitas de Cornualles y se habían sentado junto a él en la cama. También había un anillo de cobre ensartado en una ramita. Objetos abandonados por personas convencidas de que volverían. No había puerta entre el baño y el dormitorio. ¿Cómo iba a sentarse en el retrete cuando le vinieran las ganas? Roger le hizo señas desde la cama. «Hola...», le dijo. Cuando ella salió del baño, entró él y sonó el teléfono. Kate lo cogió, pero no habló nadie.

—Déjalo —le ordenó Roger.

Permaneció unos minutos de pie ante el retrete y Kate distinguió su negra silueta y la mano apoyada en la pared.

—No me sale —anunció.

Conque ella lo intimidaba tanto como él a Kate. Aliviada, fue con él, lo

agarró de la mano y ambos aguardaron y rogaron por que saliera la orina igual que la gente pide que llueva durante una sequía. Kate declaró que le gustaba el olor del pipí fresco; solo le daba asco cuando se ponía rancio. Le preguntó si se había fijado en lo rojo que salía cuando comía remolachas.

—Nunca he comido remolacha, pero ruibarbo sí.

Dijo «ruibarbo» al revés para hacerla reír. Lo repitieron juntos unas cuantas veces y entonces Roger orinó por fin; cuando estaban a punto de ir a celebrarlo, volvió a sonar el teléfono.

—Será Donald.

—¿Quién es Donald? —inquirió Kate, desconfiando antes aun de oír su respuesta.

—Donald es un querido amigo enfermo al que debo ir a ver —explicó.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche. Se lo había prometido.

—Te acompañaré —resolvió.

—No, tú espérame aquí.

La agarró por los hombros, le pidió que no se comportase como una chiquilla y que se metiese en la cama y echase un sueño; cuando él volviera, estaría fresca como una lechuga. Se encendió un cigarrillo, acercó la lumbre rojiza a uno de los ojos de Kate y se puso la chaqueta de ante que se había quitado al llegar. Se lamió un dedo y lo impuso sobre la muñeca de Kate con solemnidad. Un pequeño bautismo.

—Espérame aquí —repitió.

Estaba convencida de que iba a verse con otra. Roger volvió a tirar de la polea y bajó las escaleras, alzando la cabeza en el último peldaño a modo de despedida; la puerta volvió a cerrarse y se integró otra vez con el suelo. Esta vez sí que se sintió encarcelada. El gato la observaba, la noche asomaba al otro lado de las ventanas que se encontraban en extremos opuestos del cuarto. Pasó un avión, y las lucecitas verdes desfilaron a la altura precisa de los ojos de Kate. Tendría que salir de allí antes de que el aparato se estrellase sobre ella y la matase. Tendría que hacerlo, podría haberlo hecho... El gato permanecía inmóvil. El temor de tener que marcharse ganaba por muy poco al temor de tener que quedarse. De modo que se quedó allí. Pobrecita. Podía entretenerse con alguno de los libros que había por toda la habitación, o

revolver para descubrir indicios de la vida del anfitrión; sin embargo, optó por concentrarse en la ventana desde la que había visto pasar el avión.

—¡Para esto he quedado! —exclamó en voz alta.

Pensó: «¿Qué ha sido de los escrúpulos del internado?». Él no la había obligado, Kate estaba allí por voluntad propia para conseguir un poco de... ¿De qué? De satisfacción, sin duda. Era inútil tratar de revestirlo de lo que no era, cuando se trataba de un sencillo caso de apetencia física. Al final se quitó los zapatos, las medias y la faja, y lo dejó todo detrás del sofá de piel para que no captase la atención de Roger. Al cabo de una hora se quitó el vestido azul y se metió entre las sábanas con salpicaduras de pintura blanca reseca.

Cuando él regresó, Kate dormitaba.

—No me he ido —anunció, incorporándose, tapándose la cara con las manos, pidiendo perdón.

—Chist, chist, duérmete —contestó Roger, que a continuación se desvistió y se tumbó a su lado sin hacer ruido.

Por espacio de varios minutos no sucedió nada. Kate buscó su mano y la apretó con fuerza. Sería espantoso que la rechazara. Sería indecente. Roger parecía frío, tranquilo. Tal vez se había ido y... Kate cerró los ojos, avergonzada, incapaz de concluir su pensamiento.

—¿Te apetece dormir antes un poco? —le preguntó.

La pregunta enardeció a Roger, que se colocó sobre ella. Un peso muerto. Las palabras tiernas, las prolongadas y cariñosas caricias, las increíbles declaraciones secretas que para ella habían supuesto los prolegómenos del acto sexual; todo eso se pasó por alto. Pura rutina. Igual que si hubiese accionado un extintor en un lugar público al grito de «¡Fuego, fuego!».

—En el fondo no quieres que hagamos el amor —comentó Roger.

Era su manera de decirle que era él quien no quería. Kate percibió cómo disminuía su interés hacia ella, igual que había visto en otros en el pasado. La poción del «amor instantáneo» volvió a demostrarse inútil.

Paseó las plantas de los pies por las pantorrillas de Roger, aumentando la velocidad a medida que se inducía a sí misma un frenesí artificial. Recordó todas las veces que había ardido en deseos de estar con un hombre, y se dijo que lo mejor era aprovechar aquel momento, pues tal vez no tuviese otra oportunidad hasta el invierno siguiente.

—Lo que quieres es el orgasmo —le espetó con crueldad.

Kate había leído que había homosexuales que, por despecho o vanidad, se obligaban a acostarse con mujeres a las que infligían esa clase de humillaciones. Se limitó a negar con la cabeza y sonreír. Vulgaridad, indiferencia, desapasionamiento; ninguna de estas cosas la sorprendía ya. Había querido alcanzar el orgasmo, pero ahora lo único que deseaba era poder marcharse de allí sin perder un ápice de respetabilidad.

—No analices tanto —aconsejó Kate, besándole un hombro y admirando con zalamería su costoso bronceado.

«Por el amor de Dios —pensó—, ¡lo aborrezco! Si pudiese hacerle daño en este momento, lo haría sin dudarlo. Si me dijese que su mujer lo ha abandonado llevándose a los hijos, me tragaría cualquier atisbo de lástima y me burlaría de él».

Era la primera vez que se reconocía a sí misma su mezquindad, la primera vez que se percataba de que su interés hacia los demás venía dado únicamente por sus propias necesidades, y con amargura se acordó de aquella niña, ella, que antaño había llorado cuando un jornalero se clavó una horqueta en un pie. Era como si el descubrimiento de los placeres mundanos hubiese despertado su ferocidad.

—Todas las mujeres que he amado aún me quieren —dijo Roger.

—¿Muchas? —se interesó, para animarlo.

—Muchas —se jactó, recreándose en la palabra como si todas ellas desfilasen ante él; un hermoso cortejo de vestales.

—¿De una franja de edad en concreto...?

—Jóvenes.

¡Y pensar que era la misma persona que en la abarrotada fiesta le había dicho: «Es mi deber obsequiarte con lo que falta en tu vida», para embeleso de Kate!

Le acarició la espalda y le preguntó adónde iba para broncearse, volvía la cabeza a derecha e izquierda, sonreía, fruncía el ceño, hacía comentarios jocosos; todo ello para hacer creer a Roger que ella solía hacer esas cosas a menudo y que no era una idiota en una cama extraña. Se acordó de una pintada leída en un baño público que decía: ME CASÉ CON CHARLES HACE SEIS DÍAS Y AUN NO ME HA FOLLADO. La crudeza de aquella frase la había

impresionado, del mismo modo que su propia crudeza la impresionaba en aquel momento. Presa de la desesperación, comenzó a abrazarlo, a clavarle las uñas en la espalda, a suplicarle que la besara. Ella, que había venido a su casa tan entusiasmada, ahora se sentía árida y metódica. Por pura decencia, tendría que excitarlo y fingir el delirio llegado el momento. Valiente engaño. Sobre todo cuando, en primera instancia, se había hecho el propósito de obtener algo para sí.

Después, Roger dijo que debía haber aguantado más, pero ella lo hizo callar, murmurando algún comentario noble acerca de los azares de la primera vez.

—Voy a dormir —anunció Kate—. Y cuando despierte quiero que haya té.

Podía ser muy frívola cuando se lo proponía.

—¿Te refieres a mañana?

—No creo en el mañana —replicó.

Y, sin embargo, poco antes, cuando Roger la había adulado por primera vez, se le había pasado por la cabeza la loca idea de que aquel hombre pudiera enamorarse de ella, curarle las heridas, proporcionarle nuevas ideas, nuevas ilusiones, desterrar las antiguas y espantosas imágenes de manchas de sangre fresca, de fórceps, de sus errores; librarla de Eugene, el fantasma de la guarda que la acompañaba dondequiera que fuese, en las calles o en las perversas sábanas entre las que se metía. Había creído sinceramente que aquel hombre, o cualquier otro, haría todo eso por ella. ¡Ay! Él también se dispuso a dormir, girándose hacia la ventana que daba al cielo por el que había pasado el avión, horas, años antes. Kate se acurrucó, adaptando su cuerpo al hueco que dejaba el de Roger. Pensó en lo agradable que sería si las mujeres pudiesen volver a ser las costillas que habían sido antes de que Dios crease a Eva. Tan tranquilo, tan natural... ¡Qué majestuoso, ser solo una costilla! Atizó la almohada para igualar la borra y susurró: «Buenas noches», y a continuación se cubrió el rostro con el embozo y cerró los ojos.

Pero no podía dormir. No conciliaba el sueño por la falta de familiaridad, y a medida que la noche avanzaba temió más y más que llegase la mañana. Temía incorporarse y tener que saludar, y ver cómo los pensamientos de su compañero la sorteaban igual que un río que altera su cauce cuando se topa

con un peñasco. Roger ya le había anunciado que tendría que levantarse temprano. Se lo había dado a entender. Kate se deslizó hasta el pie de la cama y se levantó sin tan siquiera rozar el bulto que formaban los pies de él. Se vistió con mucho cuidado, alzó la trampilla tras discernir su funcionamiento y se marchó sigilosa. No dejó ninguna nota. De nuevo se había librado por los pelos.

Fuera, en la calle, las estrellas se habían desvanecido —si es que habían salido— y la luz pasaba de un gris pardo a un tenue azul satén; el destello añil acariciaba la pizarra de los inmuebles más altos y rondaba las ventanas detrás de las cuales había personas que dormían y habían hecho el amor, o habían fantaseado con hacerlo, o se habían dado la vuelta para evitar el rostro y el aliento de algún indeseado compañero de colchón. La gente era extraña, insondable. Amén de vivir presa de la desesperación. Roger se alegraría de que se hubiese marchado.

En la estación del metro contó el dinero que llevaba y se frotó los brazos desnudos. El tren se precipitó como una ráfaga de viento en la estación desierta y Kate se metió en un coche para no fumadores junto con otras dos chicas. ¿También ellas regresaban de un lecho ilícito? Iban muy bien arregladas: llevaban sombra de ojos, rebecas y cargaban con sendos bolsos de viaje. Si más tarde apretaba el calor podrían quitarse las chaquetillas y no volver a ponérselas hasta la tarde. Kate cerró los ojos; ellas los habían cerrado antes. Cerró los ojos y se dijo que el hecho de haberse acostado con un hombre carecía de importancia. No era nada, si no le había precedido (ni sucedido) nada semejante al amor. ¿Sabían eso aquellas chicas? Si el metro estuviese a punto de estrellarse, ¿qué sería lo último que gritaría Kate? ¿Aquel postrero descubrimiento? ¿El nombre de Cash? ¿Un acto de perfecta contrición? Imposible saberlo. En cualquier caso, no corrían ningún peligro: solo tres paradas...

Telefonó a Roger desde el trabajo. Al menos, era un hombre. Tal vez le presentase a otra persona, y esa otra persona... Incluso en pleno día, sobria y sin dormir suspiraba por la Gran Historia de Amor.



—Tú no eres una chica para una sola noche, eres para siempre —afirmó; luego añadió que le resultaría facilísimo enamorarse de ella.

—Solamente quería pedirte perdón —lo interrumpió, recurriendo al pretexto de haber bebido demasiado.

—Me habría gustado mucho hacerte feliz.

Se había puesto solemne.

—¡Pero si me hiciste feliz! —se apresuró a exclamar con una falsa seguridad.

—Cuando regrese de Budapest tenemos que volver a vernos —dijo. Estaba más claro que el agua.

—Que lo pases muy bien allí —contestó Kate.

Tanto mejor. Sin duda Roger tenía bien presente que el hombre que saliese con ella en aquellos momentos no haría sino pagar los platos rotos de lo sucedido entre Eugene y ella; la lógica brutal de los amantes despechados que se cobran su venganza con inocentes y desconocidos.

Kate colgó el teléfono, y durante los dos minutos que restaban para la apertura del negocio se quedó mirando, sin prestarle realmente atención, el letrero luminoso multicolor que en ese momento estaba apagado pero pronto parpadearía garantizando buenos precios, servicio impecable y total satisfacción.

Se apoderó de ella la intensa y árida lucidez que provoca la falta de sueño. Anticipó su jornada: cuatro horas de trabajo, el insoportable efluvio de los productos de limpieza, la estupidez de la suciedad, ropa arrugada, el pánico en los rostros de los clientes que habían perdido el resguardo seguido del alivio al reconocer sus prendas; tomaría un almuerzo de dos chelines con nueve peniques, daría el paseo diario junto al Támesis, que con seguridad arrastraría zapatos viejos y olvidados (¿por qué siempre zapatos sin pareja?) y maderos húmedos y anticonceptivos usados, palomas grises y negras y blancas que, ávidas de alimento, picotearían el semen desechado en las márgenes embarradas, y a las cuatro recogería a Cash de la escuela, lo llevaría al parque para que se montase en los columpios y luego a casa a cenar. Otra noche más. Pero no por mucho tiempo. Se acercaba el momento —Kate lo notaba casi como una música en su osamenta— de que las cosas cambiasen. Todo iría a mejor en cuanto la hija de Baba echase a hablar y a

andar. Sería como una hermanita para Cash. Baba la había llamado Tracy, o tal vez Frank hubiese elegido el nombre. Al final, Frank la había aceptado como si fuese suya, y se había tomado la paternidad más en serio si cabe que si el padre hubiera sido él. Y Baba, que nunca había sido de las que se dejan someter por un castigo, se rindió finalmente a la amabilidad, la debilidad y la dependencia. No obstante, Baba y ella tenían pendientes unas vacaciones; durante diez o quince días harían lo que les apeteciera, mentirían como bellacas, mantendrían idilios, bailarían por las noches, aprenderían a esquiar y a deslizarse montaña abajo, temporalmente felices con sus niños. Kate aún no había pensado adónde irían, pero ya se les ocurriría algo. Baba se encargaría del asunto, ahora que Frank ya no la ataba corto. Con bastante frecuencia, se emborrachaba demasiado como para controlarla. Se limitaba a agitar un brazo y decir: «¡Estupendo, estupendo!» ante lo que quiera que ocurriese. Lo pasarían francamente bien esos días, tal vez semanas. Kate, que sonreía al imaginar todo aquello, vio que el letrero echaba a andar y oyó el gruñido que emiten los aparatos cuando se activan, y supo que, en la planta de abajo, el encargado había pulsado el interruptor que ponía en marcha la jornada.

Sin embargo, las cosas no salieron tal y como ella esperaba. Cash no la estaba esperando cuando llegó a la puerta de la escuela. Pero aquello no era ninguna novedad. Salía siempre el último, o bien aparecía con las zapatillas de deporte y pasaba de largo sin verla, olvidando que ese día tocaba ir a casa de su madre y no a la de su padre. Kate, al ver que no salía, fue a buscarlo al vestuario. Todas las perchas metálicas, salvo una, se habían desembarazado ya de los abrigos, y la sala transmitía una inquietante sensación de abandono, sin niños ni pellizas. El anorak azul que aún quedaba pertenecía a un niño mucho mayor que Cash. Lo llamó. A continuación se acercó a la puerta del baño y volvió a llamarlo. Recordaba que, en cierta ocasión, uno de los mayores lo había dejado encerrado; un drama. Gritó su nombre para asegurarse de que la oyese. Al final se dirigió al despacho del director y llamó a la puerta, nerviosa. El hombre la recibió en una salita pequeña y despejada donde disfrutaba de una taza de té.

—No sé dónde está Cash —protestó.

—Lo siento mucho; en nombre de la escuela, lo sentimos... —dijo con una leve inclinación de cabeza, y añadió un «señora...», únicamente para reconocer su condición de mujer casada. Era evidente que no sabía cómo abordar la cuestión, así que le pidió que tomara asiento—. No estaba seguro de si estaría usted al tanto...

Le ofreció la taza de té frío, y explicó que el padre de Cash había estado allí para comunicar su decisión de llevarse al niño. A Kate la asaltó el vértigo y de nuevo se obligó a plantearse si estaría teniendo una pesadilla o un episodio de sonambulismo.

—¿Cuándo? —preguntó.

Por un momento creyó que existía una conexión entre su noche de extravío y la decisión del padre.

—El viernes pasado.

Hacía cinco días; por tanto, los hechos no estaban conectados. Esto pareció darle fuerzas. Kate creyó recuperar los sentidos y tomó impulso para ponerse de pie; entonces, una energía invencible e implacable se apoderó de todo su cuerpo mientras ella salía a toda prisa del despacho, del colegio y atravesaba las cinco calles que la separaban de la casa de Eugene.

Cuando golpeó con la aldaba no obtuvo respuesta; supo entonces que allí no habría nadie y, sin embargo, insistió una y otra vez, pulsó el timbre desconectado e intentó atisbar algo a través de las ventanas completamente recubiertas de pintura blanca. En otra ocasión los había visto entre la nieve, y ahora los buscaba a través de otra sustancia blanca, pero sin éxito. Aquel fue un momento trascendente: el instante en que confluyeron pesadilla y realidad, el apogeo y el final.

Al día siguiente recibió una escueta carta del abogado a la que se adjuntaba otra, más larga, del propio Eugene. Ambas misivas le aclaraban todo lo que había clamado por saber cuando arañaba la puerta, aporreaba las ventanas y rogaba a través de la ranura tapada del buzón que alguien le contestara, que alguien le dijese algo. Se habían marchado. Cash, Eugene y Maura. Un vuelo a Fiyi. Kate comprendió entonces que habían llevado a cabo la operación con

suma cautela y precisión, tanta como si de un gran golpe se tratase. Eugene se había encargado de no levantar la más mínima sospecha, y eso era lo que sumía a Kate en el límite de la desesperación: su absoluta falta de perspicacia. ¡Qué poco había observado a Eugene! A pesar de todo, Kate aún creía que podría cazarlos, que tal vez hubiesen infringido la ley.

Llamó al servicio de pasaportes y, tras dar frenéticas explicaciones a una telefonista y luego a una secretaria, le pasaron con el funcionario que había expedido el pasaporte de Cash. Kate quiso saber por qué no habían contactado con ella para que diese su autorización, y el hombre le explicó que no era necesaria la firma de la madre para esa diligencia.

—¿Le parece justo? —increpó Kate.

—¿El qué? —preguntó el funcionario al otro lado de la línea.

—¡A la mierda! —exclamó hecha una furia, y colgó.

La conspiración alcanzaba proporciones gigantescas, el mecanismo funcionaba sin fallas; era como leer en los titulares de un periódico: ACCIDENTE MORTAL DE UN AUTOCAR ESCOLAR y experimentar una rabia ciega, sin sentido, fútil.

La carta de Eugene era larga y farisaica. Decía que ya había perdido a una hija por culpa de una mujer atroz y que no estaba dispuesto a perder también a un hijo. Subrayaba los defectos de Kate con tal precisión, con tal inteligencia, que la mitad de las veces se sorprendía a sí misma asintiendo, dándole la razón; había elegido minuciosamente sus palabras, con crueldad; eran palabras indiscutibles, definitivas: «vana, inmoral, mezquina, inmovible, débil, autodestructiva, poco maternal». Saltó unas cuantas líneas. «No existe para mí otra batalla que la de cumplir con mi deber como padre hasta las últimas consecuencias. No permitiré que echés por la borda el futuro de mi hijo, que lo conviertas en una de esas personas emocionalmente incapacitadas, sofocadas por la figura materna; tu especialidad. ¿Qué clase de trastorno —porque difícilmente se le puede dar otro nombre— te lleva a dar por sentado que la importancia de tu bienestar es infinitamente mayor que el prometedor futuro del crío, o que mi vida y mi trabajo? Es demasiado tarde. Deberías haberte replanteado tu papel de madre a tiempo completo hace ya mucho tiempo, cuando a Cash lo criábamos entre Maura y yo».

¿Demasiado tarde? Kate bramó:

—¡Estás loco, loco de atar! Todo esto es una locura, no tiene ningún sentido...

Los pensamientos se le agolpaban, unas ideas que tampoco distaban mucho de la locura. Iría a buscarlos, prendería fuego a la casa y rescataría a Cash; secuestraría al niño cuando saliera de la escuela; no, suplicaría, apelaría a la bondad de Eugene, enviaría un telegrama que dijera: ES MÍO, YO LO TRAJE AL MUNDO; los chantajearía, conseguiría que su viejo amigo el político les dirigiera una carta; mandaría una delegación de políticos con pancartas. ¡Justicia! ¡Justicia! ¡Justicia! Ya se veía mentalmente dando vueltas como una loca en medio de una calzada, rodeada de tráfico. Los amigos harían lo que pudiesen: la consolarían, montarían en cólera, se compadecerían de ella, pero nadie, nadie en la faz de la tierra podría remediar lo que había ocurrido.

Fue a ver a un abogado, y cuando estaba dándole fechas, datos, fragmentos de su vida conyugal, Kate tuvo la certeza de que lo que estaba pasando era irreal y que en cualquier momento alguien le daría un codazo, se echaría a reír y le diría que no era más que una broma, que habían querido ponerla a prueba. Pero no. La entrevista continuó. El abogado era un hombre mayor, afable —aunque discreto—, especialista en divorcios. Se concentró en su cuaderno cuando llegó el momento de preguntar si había habido infidelidades. Debía disponer de toda la información.

—Pues... sí —dijo Kate.

—¿Cuántas veces?

—Una sola vez.

—¿Le importa contarme cómo fue?

—Sí, me importa... —confesó antes de comenzar.

Había dejado de ir a confesarse, pero la situación le trajo a la mente aquel sufrimiento y se persignó mentalmente; sin embargo, mientras narraba su historia no afloró contrición alguna, solo un regusto amargo. Una noche sin chispa. Resultaba absurdo el mero hecho de sacarlo a colación.

—Y dice usted que su esposo no tuvo conocimiento de eso.

—No, no existe conexión entre ambos acontecimientos.

No, qué va, el castigo era mucho más espantoso, infinitamente más desmedido que la falta. ¡Por qué un castigo...! Kate hablaba con aplomo, mirando de vez en cuando el rostro de su interlocutor inclinado sobre el papel, otras veces concentrándose en la chaqueta de buena calidad que reposaba sobre una silla vacía. El abogado llevaba puesta otra chaqueta harapienta con parches de cuero en los codos; de haber tenido más confianza con él, Kate habría hecho algún comentario sobre la prudencia de aquel hombre.

—Verá, sobre su marido... La carta es un tanto radical... —dijo, examinándola de nuevo.

—Así es él —confirmó Kate.

No tenía interés en decir nada más; no le apetecía enumerar sus defectos ni defender su propia causa; esas cosas se hacen con esperanza, con virulencia, y a Kate la esperanza y la virulencia se le habían agotado días atrás. El simple hecho de encontrarse en aquel despacho se le antojaba inútil, absurdo.

—Cuénteme: desde que usted lo abandonó, ¿la ha... acosado?

La pregunta bastó para agitarlos a ambos un tanto.

—No —contestó, negando con la cabeza.

Tras tomar nota de toda la información, el hombre cerró el cuaderno y la miró.

—¿Con qué finalidad se casó usted con un hombre así?

—Me pareció que era lo que quería en ese momento.

—Se casó con un...

—Por aquel entonces yo era más inexperta...

Pese a que Kate tenía una ventana enfrente y la luz le daba de lleno, no se adivinaba en su semblante ni rastro de lágrimas ni de derrumbe.

—Qué boba —masculló el abogado, en un tono que denotaba más cariño que reprimenda.

Entonces, de improviso, le preguntó si quería que le sirviera un *brandy* y ella se negó. El hombre se fijó entonces en la mano que apoyaba Kate en el escritorio, con el puño crispado y unas venas que se destacaban a través de una miríada de pecas; y, despacio, posó su mano sobre la de ella y la retuvo un instante.

—Haremos todo lo que podamos —aseguró en voz baja.

Ella no contestó.

Todo se reducía a una cuestión monetaria. Podrían ir hasta allí si ella podía permitírsele, batallar a través de los canales legales correspondientes, pero ese procedimiento requería tiempo, mucho tiempo... Y muchísimo dinero. Él era un hombre honesto, y no tenía intención de mentirle.

Poco después, Kate se levantó y se marchó, y ya en la calle saboreó un momento de sosiego, como si el tráfico hubiese quedado en suspenso; entonces, con audacia, cruzó la calle.

Tardó días en decidirse a escribir, aunque la dificultad no estribaba en qué decir, sino en cómo decirlo. Estaba decidida: se batía en retirada. Demasiados riesgos, la batalla estaba perdida de antemano. Ella no tenía la maldad de Eugene. No tenía las armas de las que él disponía.

Escribió:

Querido Eugene:

He decidido permitir que Cash se quede contigo de momento. Confío en que te volcarás en su bienestar, sé que lo harás. Mi abogado se pondrá en contacto contigo dentro de poco.

Querido Cash:

No se me da nada bien la geografía. ¿En qué latitud y longitud estás? ¿Qué cosas comes? ¿Y qué tal en la escuela? Supongo que todo te parecerá bastante raro, aunque también muy estimulante. Si quieres, te mandaré tebeos.

Nada más, nada que resultara demasiado cercano, tierno ni hiriente. No deseaba añadir nada más. Era como si la propia decisión la hubiese purificado, la hubiese vaciado de todo propósito.

Cash le envió un mapa de la isla dibujado con tinta en una servilleta de papel que luego había recortado ajustándose al contorno. Había señalado las ciudades, los ríos y una panadería y una piscina, y el mar. Había puesto hibiscos por todas partes, pero no parecían árboles, sino triángulos negros en medio de los demás accidentes. En la parte de arriba había escrito con letras

mayúsculas: EL CIELO ES AZUL. Cuando lo vio, supuso que los tres habrían ido a comer a un restaurante y uno de ellos habría pronunciado su nombre, y entonces Cash habría decidido hacerle aquel dibujo, o lo habrían obligado. Kate lo estudió detenidamente para poder hacer algún comentario al respecto en la siguiente carta. Además, lo protegió entre dos láminas de cristal y empezó a usarlo como una suerte de pisapapeles. En la siguiente carta se lo contó y le adjuntó unos cuantos tebeos. Así se prolongaría su relación: cartas de ida y vuelta durante años, y alguna fotografía de vez en cuando; a estas últimas Kate las temía especialmente, y comprendió que tendría que fabricarse una coraza para protegerse de su efecto.

Después de Navidad, Kate se esterilizó. La operación, que llevó a cabo un médico privado, requirió una breve convalecencia en una clínica muy cara; un dinero que, de lo contrario, habría malgastado en ropa o en unas vacaciones de verano. Baba fue a visitarla el segundo día y se encontró a Kate sentada en la cama, leyendo un artículo del periódico sobre un grupo de mujeres que, con motivo de un experimento científico, se habían ofrecido a pasar dos semanas en una gruta. Kate leyó: «Los médicos, en contacto telefónico desde una caverna contigua, no salen del asombro que les han provocado la capacidad de adaptación física y el buen talante de estas mujeres que hasta el momento del experimento no se conocían de nada».

—Dice Frank que si quieres puedes venirte a nuestra casa... —la interrumpió Baba. Había dejado de llamarlo Durack.

—¿De veras? —preguntó Kate, complacida, sorprendida.

—Ha sido idea suya, no mía —añadió, huraña.

—Pero si yo no le caía nada bien.

—Se ve que se le está pasando —dijo Baba, que a pesar de todo se alegraba de poder ofrecerle su casa.

Se tendrían la una a la otra, conversarían, a ratos se comportarían irreflexivamente. Esos planes en los que ambas habían dejado de creer tiempo atrás.

—Bueno... —suspiró Baba al cabo de un momento, como diciendo: «¿Cómo te sientes?».



—Bueno... —repitió Kate—. Al menos he eliminado el riesgo de cometer otra vez el mismo error.

Por algún extraño motivo, esas palabras estremecieron a Baba en lo más profundo.

—Has eliminado algo, sí —repuso.

Kate no se revolvía, ni se encogía de dolor; estaba tan inmóvil como el cabecero blanco. ¿En qué estaría pensando? ¿Qué palabras desfilarían por su mente? ¿Para qué acontecimiento se había preparado? Era evidente que ella lo sabía, pues en ese momento se la veía bastante satisfecha, sin la más mínima inquietud. A Baba le resultó extraño ver así a su amiga; no manifestaba ninguna de las reacciones que cabía esperar: ni arrepentimiento, ni dudas, ni melancolías. Tenía ante sí a una persona a la que habían arrebatado demasiadas cosas, alguna región importante que ambas ignoraban por completo.

## Epílogo

Esto no se acaba, Dios mío, no se acaba. Otra vez estoy en Waterloo, la estación donde Kate se rajó las venas con el ingenuo convencimiento de que alguien acudiría en su rescate, que un Florence Nightingale se arrodillaría y la vendería y la llevaría en volandas hasta una vida de certezas y dicha. Hace ya casi veinte años. Mucho llanto y rechinar de dientes de por medio. Han limpiado este lugar; ahora está espeluznantemente pulcro y radiante, e incluso parece que laven con jabón las vallas publicitarias cada mañana. Están altas, demasiado altas para que alguien pueda pintarrapear A LA MIERDA o ARSENAL o MORO o LINDA. En una de ellas se ven las colinas de Gales, unas colinas ondulantes, por increíble que parezca. El verde resulta artificial, chillón, aunque se supone que tiene que persuadir a quien lo vea de que se compre una casa en el puto Gales. Estoy nerviosa de cojones.

Es junio, hace sol y los rayos se filtran a raudales a través de un puto techo de cristal y hierro. No me importaría que cayera algo de lluvia, o una tormenta que se ajustase a las circunstancias. Hay una carta para mí, o eso parece. Apuesto a que será elegíaca... Demasiado elegíaca, coño.

Al otro lado del mostrador de plástico color *ketchup* hay una pareja encantadora. Los dos están embobados, llevan gafas y parecen demasiado reprimidos para hablar siquiera, joder. Él está a punto de partir, a punto de desplazarse diez metros hasta la barra para pedir un donut o un sándwich, y va y le da un beso, y ella va y se ruboriza, como el típico cardo al que nadie saca a bailar. Majaderos. Una mujer desquiciada con un sombrero de fieltro anda persiguiendo e insultando a la gente. Lleva un paraguas, y con la punta va hurgando las papeleras en busca de una carta importante. Es justo el tipo de arpía que podría adivinar qué me está pasando y montar un puñetero

numerito conmigo. La alianza de las dementes. El enamorado pretendiente ha vuelto con un sándwich triple de gambas con mayonesa y le está ofreciendo a Doña Cardo un bocadito de amor. No os lo vais a creer: le chorrea por toda la barbilla y él se lo limpia con un beso. No quiero escuchar lo que se están diciendo. Tautologías. Lo que me pone enferma es esa puta dulzura superficial. Pero, ojo, que últimamente no me pasa mucho; nada de tonteo y mariposas en el estómago, ni del sexo frenético de antaño. Debería estar pensando en ella, solo que no quiero. Mastico un pedazo de pan tan parecido al papel secante que podría absorber un litro de tinta. Las palomas asaltan una corteza a mis pies. Una está coja y, la verdad sea dicha, no consigue adentrarse demasiado en las zonas mejor surtidas. Esos bichos tienen mil veces más vida que los bultos de carne y sentimiento y angustia y banalidad y tics que se congregan alrededor de esta barra con forma de U. Los periódicos dominicales ya están en la basura. La reina, los príncipes recién nacidos, los misiles de crucero y el deportista del año deambulan ya en el interior de la cabecita de alguien junto con la información de la semana pasada y de la anterior, sin que nada en absoluto sirva para una puta mierda. Las cabezas de la gente son como coladores. Salvo cuando se trata de obtener ganancias.

No me importaría tomarme una ginebra doble y luego otra, para ofuscar las imágenes del pasado, como diría Kate. He llegado en taxi, y el conductor, un semita bastante corpulento y erudito, ha insistido en darme palique; ha acabado soltándome una arenga sobre biquinis. ¡Biquinis! Por una conocida presentadora de televisión que fue a unos baños públicos con un biquini blanco con cuadraditos negros que resaltaba los encantos de su atractiva figura. Eso fue hace varios años, antes de que se hiciera famosa, pero el caso es que él la vio y habló con ella.

«Hay que ver qué curioso, ¿verdad?», me ha dicho. Yo quería responder: «De curioso nada, macho», pero no dejaba meter baza; era como un puto gramófono, pagadísimo de sí mismo y de la sagacidad de sus opiniones.

He contratado los servicios de dos lacayos. Son de por ahí, de Paquistán o incluso de más lejos. Turcos no son, eso seguro. Les di un billete de cinco

libras y les expliqué que necesitaría que cargasen con un ataúd cuando llegase el tren. Parece que lo han pillado. Están hablando en su lengua materna, o paterna, o en la puta lengua que sea. No suena armoniosa. Seguramente estarán comentando el partido de críquet o la pausa para el té. De cuando en cuando me miran, como evaluándome. Creo que creen que todo esto es un poco triste. En su país estarían entregados a las lamentaciones en una situación así, habría montones de familiares dándose golpes de pecho; en mi país (que es el de Kate) también. ¿Dónde coño se han metido todos esos parientes que teníamos? No puedo imaginármela, no quiero; es que ni siquiera sé si le habrán puesto un camisón, o una mortaja, o qué sé yo. En esos sitios deben de tener mortajas para casos de emergencia. Fueron muy prosaicos al respecto, e insolentes como ellos solos. No querían coches fúnebres por allí. Un coche fúnebre habría descolocado a las inspiradas enfermeras que deambulaban ociosamente con sus alegres batas color rosa y albaricoque. Kate había ido a un balneario a recuperarse. ¡Recuperarse! Se le fue la cabeza. Supongo que tanto ayuno y tanto tiempo para pensar la pusieron frente a frente con la cruda realidad, le hicieron darse cuenta de que estaba sola, de que el Buen Pastor no iba a llegar. Ay, Kate, ¿por qué dejaste que esos cabrones ganasen...? ¿Por qué te has plegado a sus caprichos bárbaros? Me aterroriza que se me pueda aparecer una noche, quizá mientras estoy en el jardín oliendo el polemonio, o que caiga de golpe en mi bidé cubierta de cenizas y con un pañito en sus partes y me suelte algo funesto, tipo «arrepíentete». Que me arrepienta de qué. Todos son unos putos gánsteres. Sale más caro chocar con un coche que atropellar a una persona.

Ha ocurrido una cosa divertidísima. Un Collie beis se ha soltado de su dueño, ha correteado por la estación y está ladrando a las persuasivas colinas galesas. Si eso no es una reivindicación de la Madre Naturaleza, que baje Dios y lo vea. Hay una multitud entusiasmada, y el puto perro está tan exaltado que se ha puesto a girar sobre las patas traseras. Junto a las colinas galesas, una manada de lobos aúlla a una medialuna dorada que, supuestamente, es un paquete de cigarrillos. Bajo sus patas azuladas, un mensaje del gobierno alerta sobre los peligros de la nicotina. Una puta locura. Me he tenido que

pedir un segundo té de aguachirle. La camarera parece sacada del mismísimo culo del mundo. Bajo la piel se aprecian capas de pigmento oscuro, y no me sorprendería que tuviese la sangre más negra que la brea. Es arisca, vierte la tetera desde muy arriba a las tazas de plástico —que son del color de las hostias de la comunión, Dios santo—, y pasa bruscamente de una a otra, como vengándose. Está derramando té por toda la puñetera barra. Me da en la nariz que no se mostraría contraria a una expulsión de tres minutos a modo de advertencia. Se arrancaría en un fantástico e impactante canto tirolés en el que expondría su postura ante el paso del tiempo: que más vale dar salida a los pensamientos y a la puta hostilidad. Yo no tengo nada en contra de los negros; tienen el culo más flexible, y probablemente no les importaría que los dejásemos dormir todo el día bajo los árboles de yum-yum. Una vez conocí a uno que me gustó, y no os lo vais a creer, pero se llamaba Snowie: ¡Blanquito! A principios de ese año, Durack y yo no estábamos bien del todo; me refiero a que llovían más puñetazos que de costumbre, así que me mandó de vacaciones a una de esas islas tropicales —árboles de cacao, puestas de sol, caña de azúcar y demás—. Tenía mi propia chocilla y un par de chicas que barrían. Se pasaban el día barriendo. No sé qué coño podían barrer, pero empezaban a darle a la escoba a las seis de la mañana, y chas-chas, chas-chas. Se conservaban muy bien: unas tetas como cocos y unos culos muy cómicos, muy contundentes. Me preparaban el desayuno y se quedaban detrás de la mesa mientras me lo comía. Una tercera me traía el periódico local. Era la monda, un catálogo de sucesos. Seguí el caso de una tal Esmeralda, que había rociado con amoniaco a su pareja y era una maestra del antiguo arte de la evasión. Una especialista del «no hagas hoy lo que puedas hacer mañana», esta Esmeralda. En el juicio lo bordó: «Él me atizaba con palo de escoba. Digo serio». Cada vez que les preguntaba si conocían a la vieja Esmeralda, las chicas se echaban a reír. Podía haber sido su prima, por el amor de Dios.

El ocio empezó a afectarme. Sentí el gorgoteo de antaño, el picor en el coño, y pensé: «¡Premio! Eso es, me siento viva otra vez, no diría yo que no a que me sangrasen la fragua en el chamizo». Oportunidades no me faltaban: tipos jóvenes deambulaban por doquier, contoneándose, con sus chismes impacientes y una pizca de labia: «Que disfrute del mar, que disfrute del paisaje». Por qué no, me dije; nada de conversaciones de mierda, nada de esa

basura del «deberíamos, no deberíamos, mi mujer, mi marido, ¿me quieres?, ¿te quiero?». Decidí escoger a algún tipo encantador e invitarle a mi casita en la erógena hora de la siesta, el único momento del día en que las otras no estaban barriendo. Había un puñado de sementales vendiendo camisetas y collares y postales, siempre con el «disfrute» en la boca. Me sentaba en la playa a cavilar. No hay nada como cavilar sobre un polvo inocente. Ramas enormes que se mecían, el mar repleto de destellos, nadie que me incordiasse o me calentase la cabeza. Me olvidé de Durack, me olvidé de los pescaderos, me olvidé de nuestra cocina de pino y de si había que volver a tapizar el puto sofá. Hasta se me olvidó mi número de teléfono. Olvidé las cenas que dábamos dos veces por semana con invitados que beben demasiado y de repente se ofenden y se atacan vigorosamente echando espumarajos por la boca, y toda esa hostilidad de mierda que estalla con algún hecho irrelevante, como por quién van a votar o quién debería ser primer ministro. Pobre Durack, no lo echaba de menos en absoluto. Incluso me planteé llevarle como regalo a una pareja de aquellas chicas, con sus pulseras y su indolencia. Durack y yo habíamos vuelto a ser marido y mujer, pero no se puede decir que yo alcanzase el séptimo cielo muy a menudo; más bien el nadir, y por lo general tras haber bebido de más e imaginando que se trataba de James Dean, del sosias de James Dean o de alguien por el estilo. «Mamaíta», me llamaba. La mamaíta de mi única hija, ilegítima; una chiquilla que ha demostrado tener voluntad e ideas propias desde que nació. Vomitaba la leche materna, me rechazó desde el primer día; prefería la leche de vaca, los sólidos, cualquier cosa. Se marchó de casa antes de cumplir los trece años; no podía soportarnos. Durack le caía mejor que yo, pero eso es porque lo tenía en la palma de la mano y siempre hizo con él lo que le dio la gana. Una mañana de Navidad permitió que la niña metiese en su cuarto el primer poni que le compró, y allí se quedó. Os podéis figurar las consecuencias; no es difícil imaginar las reacciones de un poni nervioso en un espacio cerrado, pero a Durack y a ella les encantaba, creían que era la reoca y le sacaban fotos con la Polaroid nueva que también le había regalado. El poni se llamaba Horacio. No soy una madre como Kate, a quien se le cae la baba y ofrece el famoso pecho metafórico como si fuese un bollo recién salido del horno o pan tostado. Tracy, mi niñita, me plantaba cara. Cuando tenía cinco años entró en

mi cuarto y me dijo: «Más te vale quererme si no quieres que sea un desastre». Antes de cumplir los diez ya sabía conducir una moto, y supo embaucar a Durack para que contratase una señora póliza de seguro con la que poder independizarse. Es bastante guapa, salvo por la ropa que lleva, ya sean monos tres tallas más grandes de lo normal o pantalones cortos que no dejan nada a la imaginación. Tenía unas gafas con montura rosa que parecían piruletas. Cuando le conté que era ilegítima se limitó a mirarme y dijo: «Siempre lo he sabido». Carece de sentimientos. Tiene montones de amigos. Van todos en tropel a su apartamento y beben Southern Comfort, comen chocolatinas y hablan de sexo: de lo aburrido o lo divertido que es el sexo. Son cosmopolitas de narices. De ella también me olvidé mientras estaba allí sentada, recreándome en los raptos de la tarde —en el suelo, como me lo imaginaba, o en una de las tumbonas reclinables de rejilla, con las manos atadas o algún elemento que le diese un toque de violencia al momento—. «Somos unos pobres desgraciados solitarios —pensaba—, necesitamos un poco de comedia para no sentirnos esqueletos andantes y parlantes». Y los hijos no funcionan en ese sentido; al menos no cuando crecen, y ese fue el fallo de Kate: el antiguo amor umbilical. Quería estrechar lazos con su hijo, Cash, para toda la eternidad. La ruptura tenía que llegar tarde o temprano, la segunda ruptura, porque la primera, claro está, se produjo cuando el mal bicho de su marido se lo llevó y ella tuvo que luchar para recuperarlo. Al principio no tuvo ánimos, pero luego la poseyó la famosa tenacidad de la leona y se preparó para la batalla. Su abogado casi la adoptó, le ofrecía comida caliente y le regaló un libro por Navidad. El niño volvió a Inglaterra con el padre, vivían en un aburrimiento de barrio residencial de mala muerte. Incluso la *au pair* se les marchó, seguramente al descubrir que el tipo era un tunante o fue incapaz de plegarse a sus normas; y es que a Eugene se le daba de fábula poner reglas, hasta te decía cómo tenías que respirar. La noche antes del juicio, el padre metió al niño en su despacho y le explicó, de hombre a hombre, que su madre estaba chalada, loca de atar, y que de no ser por él, que era un ángel caído del cielo, ella jamás habría tenido un hijo. Hubiérase dicho que fue él quien dio a luz. La cuestión es que pretendía que el chiquillo escribiese una carta al juez diciendo que quería estar con su padre. Había preparado la pluma, la tinta, un manojo de papeles y lacre con el

que sellar la declaración. Pero, en vez de eso, el niño escribió «Putney» (que era el sitio donde ella vivía, un cuchitril con un tragaluz, de modo que había que subirse a una silla para poder atisbar el viejo y lúgubre Támesis). Cuando Kate consiguió la maldita custodia se llevó al niño a almorzar al Savoy. El crío no llevaba corbata, naturalmente, pero le prestaron una y comió cordero y pudín al vapor, como un hombrecito. Todo eso es ya agua pasada, igual que nuestra puta juventud precaria y nuestras descaradas experiencias.

Casi me había dado por vencida cuando dobló la esquina como una pantera. El viejo Snowie. Había hablado con él un par de veces y le había puesto ojitos: los típicos mensajes mudos al más puro estilo Porcia. Él acarreaba una pila de camisetas, todas con sus palmeritas o una vela dibujada en el pecho. Me limité a sonreírle con suficiencia y crucé de inmediato la puerta doble en dirección a mi habitación, sabedora de que me seguiría. Oí que cerraba la puerta.

«Echa el pestillo», le ordené. Tenía miedo de que mis sirvientas parlanchinas estuviesen escuchando a escondidas, o de que una de ellas resultase ser su hermana o su mujer o qué sé yo, y encontrarme en las mismas que la vieja Esmeralda, aporreada en el lomo con la escoba. Mientras yo echaba la persiana de bambú llegó por detrás, igual que un gato. No me arrancó la ropa, sino que me la fue robando. Cosa que no me importó lo más mínimo. Luego, con una manaza (tan grande como una hoja de palmera) me tapó los ojos, separó los dedos y me arrastró hacia la cama donde yo había yacido en solitario durante seis noches muy movidas. Allí lo tenía, abalanzándose sobre mí, desnudo, color caoba, con el torso bien peludo, unos ojos que parecían mil veces más brillantes a causa de la oscuridad; y ¿qué creéis que hizo? Cogió un montón de pétalos que había traído y me los esparció por la tripa. Hibisco y buganvilla. Trompetas rojas y blancas, nada más y nada menos. Prodigioso. Podría haber sido el deportista del año. A mí los días de antaño, pensé, a mí el impulso primitivo; olvida a esos pesados carcomidos por los remordimientos, a los pretendientes del «hasta otro día», a los maridos Jekyll y Hyde. Las mejores horas de mi vida. Me sentí como Jezabel, por el amor de Dios. Bien lejos de Tipperary. Flores en la tripa,



mordiscos de amor, todo eso. Y otra cosa: no nos dijimos ni una palabra, nada que pudiese romper el hechizo. Un herrero en mi chamizo. Los famosos mordiscos del amor. Luego se puso a caminar por la habitación y pensé que tal vez quisiera algo, que a lo mejor quería dinero o que le comprase un cargamento de camisetas.

«Te pagaré lo que quieras», le dije, y entonces dejó de sonreír y puso una cara que jamás olvidaré. Parecía enfadado y al mismo tiempo abatido.

«Ya lo sabía yo...», respondió, y luego negó con la cabeza y se rio, pero era una risa sarcástica. Dijo que los turistas eran todos iguales, que solo pensaban en el dinero, que creían que todo podía comprarse, hasta los colores del mar. Me sentí como una imbécil, me sentí una macarra. Le respondí que nos habíamos vuelto así a fuerza de que nos atracasen y nos timasen, a fuerza de hacer colas y dar empujones y calumniar y fingir y degollar en lo que se da en llamar la sociedad civilizada. Estuve a punto de echarme a llorar, joder.

«Ya lo sabía yo, tontaina», dijo, y volvió a reírse, sin asomo ya de resentimiento. Pero yo quería darle algo, un recuerdo, así que cogí un cenicero y se lo tendí, y ¿sabéis lo que hizo? Llenarlo de agua y sacarlo fuera para las palomas. Llegaron en hordas aquel día, y al día siguiente, y al otro. Sus cagadas son de color añil. Tiene que ser por alguna mierda de fruta que comen. Él también volvió y me trajo flores, conchas y símbolos de fertilidad —se suponía que uno era él y el otro yo—. «Seré amable con Durack cuando vuelva a casa —solía repetirme a mí misma—, seré un pedacito de pan, seré capaz de volver solo con la mente a las cabalgadas febriles de la hora de la siesta». Íbamos a hacer una pequeña excursión; Snowie iba a pedirle el coche a un amigo, sin duda una tartana, para llevarme a una zona de la isla mucho más accidentada. ¡Accidentada! Había adoptado la jerga de los folletos turísticos. Íbamos a chupar azúcar de la mismísima caña y a retozar en ese campo «accidentado». Pero no estaba de Dios, como diría Kate. A la mañana siguiente estaba yo tumbada en una esterilla, embadurnada en crema y aceite de coco con idea de ganar algo de sensualidad, cuando mis dos pequeñas criadas se acercaron con paso apresurado; supe que algo iba mal porque no se reían, y una empujó a la otra para que me entregase el mensaje. Era un telegrama. De casa. Al principio pensé que Durack se habría enterado de mi iniquidad por alguna absurda coincidencia. Decía: FRANK SUFRIÓ DERRAME

CEREBRAL. VUELVE. DECLAN.

Al principio pensaron que iba como una cuba. Se había estrellado contra un camión de reparto de leche; dejó la calle sembrada de botellas y cartones. La policía también pensó que estaba borracho: se lo encontraron al volante, partiéndose de risa. Cuando el agente le preguntó dónde vivía, masculló que sabía dónde vivía, pero que no quería ir a su casa porque su mujer no estaba, se había largado a la francesa. Le hicieron la prueba de alcoholemia y para gran sorpresa de todos no dio positivo; a mí también me asombra, porque tiene que tener un superávit de cerveza y *whisky* rezumándole por cada poro de la piel... Cuando llegué al día siguiente al hospital me bastó un simple vistazo para darme cuenta de que había perdido la chaveta. Un puto vegetal. Tenía la mirada perdida, y parecía una oveja negra, allí sentado con el pijama de la seguridad social, esperándome. Quise salir por patas, volverme al aeropuerto, regresar y quedarme en la isla trabajando de camarera, hacerme raquera o lo que fuese. Lo habían ingresado en una planta con otra veintena de personas, pacientes con la cabeza afeitada, la cara vendada... La mayoría igual de chiflados que Frank. Él se empeñaba en mostrarse amable. Me tendió un paquete de cigarrillos y me pidió que lo fuese ofreciendo a todos los pacientes, incluso al tipo que necesitaba una mascarilla de oxígeno para respirar. Y yo allí, con mi traje pantalón rosa de algodón, toda bronceada, sintiéndome como una puta impostora y sabiendo que no volvería a irme de picos pardos; tendría que dedicarle a Frank todo mi tiempo, leer artículos sobre rehabilitación, conseguir que distinguiese un zapato de un calcetín. Al día siguiente cuando llegué estaba enjugándose los ojos con un enorme pañuelo de lunares. Debía de llevarlo en el bolsillo el día del accidente. Un médico niño, un cabrón sin vergüenza, le había dicho que no iba a salir nunca de allí porque aquello era el corredor de la muerte. Lo consolé con los típicos clichés de siempre; le aseguré que iba a ponerse bueno; le solté, en definitiva, una sarta de embustes para subirle la moral, para que se agarrase a un clavo ardiendo. Varios días más tarde conseguí que le dieran el alta, le llevé algo de ropa y dejé una nota en la cama en la que pedía que se pusieran en contacto con nuestro médico de cabecera. De camino a casa, Frank insistió en que fuésemos al cine.

«Cine, cine», repetía una y otra vez mientras rodeábamos el Marble Arch

en un taxi beis que iba a ciento treinta por hora; el conductor se había puesto hecho una furia cuando le dijimos que íbamos a Wimbledon. Estaban floreciendo los crocos; los vi como en un puto remolino, igual que si hubiese estado montada en una noria. Nos apeamos, pagamos y entramos a ver *Mil y un dálmatas*. Lamenté no haber escogido una puñetera comedia, porque se pasó media película llorando; y hasta cuando llora le sale mal. Solo consigue gimotear, porque no descarga las putas lágrimas a través de los lacrimales. Lo mismo le pasa cuando se ríe. Le sale una risa rara.

Cuando llegamos a casa se quedó mirándola, dio una vuelta corriendo a su alrededor, empezó a darle besitos y se escupió en los dedos para frotar la baba contra los muros, como si fuese un rito medieval. Luego se fijó en el tocón del magnolio y se echó a llorar. Un día había mandado que lo talasen, en uno de sus arranques, convencido de que los pinzones nos estaban espiando.

«Plantaremos otro», le dije. Me he convertido en una especialista de los topicazos y de ver la vida de color de rosa. He pedido a varios viveros que nos manden catálogos que luego leo a Frank para concebir toda clase de deleites de jardinería. Él quería que estuviese a su vera las veinticuatro horas del día, empollando. A veces se pensaba que me había marchado y me decía que Baba se había ido, cuando yo estaba en la cocina, haciéndole pasteles de patata y sopas de cebada para que se acordase de la mártir de su madre y de la cantinela del *mavourneen*<sup>[19]</sup>. A mí me devoraban los remordimientos, la lástima y la frustración. Se levantaba en mitad de la cena y se plantaba la sopera en la cabeza, o bien abría la puerta de la calle y orinaba ceremoniosamente desde el escalón de la entrada; se partía de risa y me pedía que fuese a verlo. Ay, Señor, que todas las riñas y las palizas y las mentiras y la amargura hubiesen quedado reducidas a eso: a la mirada suplicante de Frank, a su dependencia de mí, igual que un perrillo... Algunas veces me pedía papel y bolígrafo y me escribía una carta:

Te quiero, tú a mí. Responde ahora.

Yo asentía, pero él no quería que asintiese, sino que le escribiese otra carta, así que nos pasábamos notitas como dos subnormales; él se

emocionaba, daba palmas y me manoseaba.

«Un viejo soldado, Baba —me decía—... Un viejo soldado...».

Un día se fue de compras; mejor dicho, lo llevé de compras en coche y él me pidió que me largase, que quería estar solo, hacer algo en privado. Pensé que iba a comprarme una alianza o alguna joya, pero no os lo vais a creer: se metió en una de esas tiendas de lencería fina en las que venden material para combatir las horas bajas de los matrimonios y compró dos libros marranos. Uno para él y otro para ella, para que nos hiciésemos carantoñas. Qué extraño resulta hacer el amor, o algo que se le parece, con un hombre que tiene casi todo el cuerpo paralizado, y ver cómo lucha con los ojos para quedar a la altura. Descubrí que ya no lo odiaba, que tal vez nunca lo había odiado. Parecíamos dos salvajes, en el sofá de cretona, hojeando los libros hasta alcanzar una especie de borroso *crescendo*. Mi manual estaba protagonizado por una criada coqueta de pelo corto con cofia y delantalito blanco al servicio de un gigantón que le ponía la mano en la entrepierna, mientras que el de Frank retrataba a un grupo de señoras victorianas muy pechugonas en sus aposentos, con el culo muy redondo y el indispensable conquistador bigotudo asomando por encima de un biombo. Yo me pasaba los días deseando que sonase el puñetero timbre y alguna de nuestras amigas entregadas a las obras de caridad apareciese con un tarro de mermelada casera o una novena. San Judas, patrón de las causas perdidas... No caería esa breva. Frank, entretanto, me hacía la corte. Me cubría de piropos. Decía que tenía el cutis igualito que cuando nos conocimos. Eso se debe a la puta lluvia eterna de donde me crié, que calaba hasta los huesos. Lo mismo le pasaba a Kate. Siempre tuvo la piel perfecta; aunque, válgame Dios, sus nervios no corrieron la misma suerte.

Frank trataba de afeitarse, pero solo conseguía quitarse la mitad de la barba. Igual que con las comidas. Solo comía de una mitad del plato, de modo que yo tenía que girarlo para que se comiese la otra mitad. Lo que me tenía hasta el coño era que se obcecase en ser autosuficiente; me pedía una canastilla para poder llevar siempre consigo sus cosas: el peine, la cartera, la navaja de afeitar, los cuadernos y una brújula, como si nos fuésemos de safari. Si veía que algún hombre me hacía carantoñas se enfurruñaba, aunque ya no montaba un cirio ni me ponía la mano encima, como antes. A todos aquellos Lanzarotes los echaba de su salón, de su casa, les ordenaba que

volviesen al tajo porque no eran más que vulgares jornaleros. Debía de figurarse que eran sus antiguos empleados en mono de faena. Algunos de ellos se pasan por casa las noches de cobro con algún regalito, discos sobre Innisfail o el collar de oro de Malaquías. Lo llaman «jefe», y eso le gusta. Casi se pone colorado, joder. El muy meapilas del hermano, Declan, no aparece mucho por casa. Demasiados remordimientos. Él y un capataz llamado Danno se juntaron para quitárselo de encima. Danno es uno de esos ladrones de largo recorrido, con una chaquetilla marrón igualita que un trapo sucio y siempre con un «Cuídate» o un «Ve con Dios» en la boca, además de andar chupando siempre pastillas para la acidez. Entre él y el hermano dejaron fuera a Durack. No les costó nada, porque mi marido estaba endeudado hasta las cejas desde que se había inclinado por el desarrollo urbanístico, con la creencia de que la construcción era demasiado lumpen, como el pastoreo: poco fina. Había comprado un depósito de cadáveres en Hampshire que pensaba reformar y vender a un banco americano. Ya se veía como uno de los hombres más ricos de las Islas Británicas. En poco menos de un año llegaríamos al millón, íbamos a tener casas donde nos diera la gana. A mí me preocupaba muchísimo mi ropa: ¿qué me iba a poner en cada país y cómo iba a entrevistar a los cocineros y jardineros que contratásemos? Si hasta empecé a estudiar español, por Dios. Lo hicieron socio. Un puto socio pasivo. Ya apenas entraba dinero en casa, aunque, claro está, bien que nos mareaban con gráficos y números que ni Galileo habría entendido.

Frank se angustia mucho cuando piensa que tendremos que venderlo todo y que mis necesidades no estarán cubiertas, así que manda venir a casa a tipejos de Christie's y de Sotheby's para que tasen todo, unos cabrones con espinillas y calculadoras de bolsillo. No les interesan los cuadros ni las cómodas, cosa que no me sorprende, porque todo lo que tenemos es de ónice y polipiel, objetos que se pueden comprar en cualquier calle principal de aquí a los confines de la isla... Tracy, mi amada hija, llegó un día con un puzle de Emily Brontë sentada en un sillón negro con el cogote pintado de rosa. Aunque a él Emily Brontë, ni fu ni fa... Desperdigamos por el suelo todas las piezas y las fuimos juntando. Luego jugamos a otro aburrimento de juego en el que hay que elegir un tema (él eligió deportes) y le hacen falta tres cuartos de hora para decir: «Danny Blanchflower».

Estoy temiendo que llegue el invierno, porque a las cinco ya es de noche; al menos ahora nos sentamos afuera en las hamacas y jugamos y nos trincamos unos cuantos combinados. Cooney se queda para complacer a Frank. Se ha puesto una cadera nueva, y desde Copérnico no ha habido asunto que haya dado para tantas conversaciones. La cadera se llama Marmaduke, y no le sientan bien la lluvia ni el frío ni los vientos del Este, y ya os digo yo que otra cosa que no le gusta ni un pelo es tener que trabajar. Soy yo la que se agacha a fregar los suelos mientras Cooney riega las macetas y me cuenta bobadas del hospital: que si la comida, que si los demás pacientes (chusma todos), que si las enfermeras la despertaban muy temprano para que se hiciera sus abluciones... Se pensaría que iba a estar en un hotel de cinco estrellas. Nuestro otro visitante habitual es el monseñor, que se ha vuelto muy ecuménico con el tiempo, lo cual equivale a decir que aprueba los viajes del papa Juan Pablo II. Ahora bien, cuando el Papa hace algún viaje es para decir lo mismo que llevan diciendo siglos los Papas: «No pecarás». Aún defiende la servidumbre de las mujeres, sobre todo en el aspecto sexual, como si no estuviesen ya lo bastante jodidas con sus propios órganos; y ganas tengo de saber quién es el que ha dicho que todas las mujeres del planeta gozan del sexo que se merecen, porque eso no es así, sobre todo en mi caso. Al Papa lo que le gustan son las patuleas de niños dentro del matrimonio, más criaturas que abarrotan los barrios pobres, los autobuses y se carguen las cabinas telefónicas; porque, evidentemente, suelen ser los habitantes de los barrios marginados los que se reproducen con más alegría. Forma parte de su vida cotidiana, como las fritangas. Los más listos se conocen todas las artimañas, saben quedar bien con el Papa y al mismo tiempo sortear las viejas normas. Sin embargo, de esto no hablo con el monseñor porque me caería un buen sermón, y, para seros sincera, me agrada que venga a ver a Durack y lo ayude a recordar. Yo soy tan inmoral como el que más, solo que no quiero serlo. El viejo monseñor habla de lo que le echen, hasta de los diversos tipos de patata (¡pero si las únicas que hay son las nuevas y las de freír, amigo mío!). Para el comunismo solo tiene malas palabras, las torturas de Pol Pot, y teme que los curas del Tercer Mundo se estén olvidando de la vocación divina. Si se pudiese medir la cantidad de chaladuras que uno puede soltar en una hora, las suyas darían para llenar una saca de cincuenta kilos. Muchas

veces me he planteado preguntarle de broma si cree que existe la fornicación en el Cielo, eyaculaciones apostólicas de Pedro, de Pablo, o de Simón el curtidor. Me imagino perfectamente que en cuanto se lo preguntase se le hincharían los ojos y el cuello igual que a un toro, y entonces tendría que llamar a una ambulancia, porque le daría un segundo tumor cerebral instantáneamente. Ahora se ha ido a Lourdes con Durack; para qué engañaros, una excursión en la que no me apetecía nada participar, con todos esos bichos raros que se meten en pozas envueltos en sudarios y salen murmurando oraciones y jaculatorias.

Si fuese a alguna parte sería a la isla otra vez para jugar al sube y baja con mi Snowie. No me veo yendo muy lejos aparte de la licorería y el gimnasio al que acudo una vez por semana para que no se me atrofién los músculos. Deberíais ver el sitio donde vivía Snowie, una choza hecha con maderos sobre unos bloques de cemento. Una casita de muñecas. Junto a ella había otra chabola, idéntica. Tenía la sala de estar plagada de objetos espantosos: fotografías, figurillas, flores de plástico y un televisor gigantesco. Su hermana estaba allí, viendo la tele con los rulos puestos en pleno día, con una temperatura de más de cuarenta grados. Desde el aeropuerto lo llamé para despedirme. Fue una mierda. No sé por qué hago esas cosas.

—Señora, señora...

Me llaman los lacayos. Parece ser que hay algo de movimiento. Ha entrado en la estación el puñetero tren. Se levantan y van hacia la barrera, cargando con un carrito enorme. Son unos enanos, unos Pulgarcitos. Otras personas se bajan del tren con cosas normales como criaturas, maletas y ramos de flores. Me acerco muy despacito. Lo que sea con tal de postergar el momento. Dos gorilas indígenas tienen que ayudarles, puesto que los lacayos son muy flacos; seguramente crecieron malnutridos en sus tierras lejanas. Les tiendo otro billete de cinco a los indígenas, rogándole a Dios que no se me acerque nadie a darme el pésame.

—¿Ahora adónde, adónde, señora? —me preguntan los dos.

Señalo automáticamente a las puertas, que están abiertas de par en par, y voy tras ellos. Van a paso de tortuga. Por respeto, supongo. Un guardia me ha

entregado la maleta de Kate junto con una carta. La maleta es de color beis y le cuelga una etiqueta del viaje que hizo las Navidades anteriores al terruño. Su hijo y yo tendremos que llevar allí sus cenizas y esparcirlas entre las ciénagas, los pantanos, las aguas murmurantes y todos los rincones deprimentes que rezuman de cada hectómetro, cada kilómetro de esa puta tierra que le inculcó a Kate la tendencia al tormento de Dido. Espero que haga como las *banshees* y despierte por las noches para luchar contra sus antepasados.

Solo nos podía pasar a unos paletos como nosotros: el coche fúnebre no ha llegado. De modo que estoy en medio de la estación de Waterloo, en la puerta de un local que vende bollería calentita, con un ataúd, dos paquistaníes y sin saber siquiera cómo se llaman los de las pompas, porque no me encargué yo de contratarlos.

—El que espera, desespera —digo. Pero esa expresión se les escapa—. *Non arrivo...* Retraso, como los trenes —añado.

—Vale, señora; vale, señora.

Son tontos de remate, aunque amables como el que más.

La arpía del balneario se puso como una loca para que mantuviésemos el asunto en secreto. Fue una muerte fortuita; mandaron llamar a un forense. La muerte es la muerte, ya sea accidental o intencionada. Kate estaba tomando clases de natación, tenía un monitor, chapoteaba agarrada a una plancha de plástico, estaba aprendiendo rápido, como dijo la zorra metomentodo del balneario —demasiado rápido, había recalcado—, porque se entusiasmó y se metió en la piscina ya de noche para darse un chapuzón, y... Sola y a escondidas, como siempre, y nunca sabremos si fue algo deliberado o si solo quería acabar con el puto tormento en el que vivía. Debió de darse cuenta de que se había escapado su tren, de que jamás recuperaría las glorias de su feminidad y todo eso. Se acabaron los cotillones. La carta que me había escrito no dice nada, sandeces sobre ayunos, paseos y su evolución a mejor. Una cortina de humo, en verdad, para que nadie lo supiera, para que su hijo no lo supiera nunca. Fiel a sí misma hasta el final.

A mí me pueden los remordimientos, como es natural. Habíamos perdido



el contacto; estilos de vida diferentes, ya se sabe. Hubo una discusión. En realidad fue entre Durack y ella, Kate con sus odas de Keats y él con la escopeta cargada por no tener estudios universitarios. Conozco a personas diplomadas que luego leen tebeos. Verbigracia: el queridísimo novio de mi niña, Dominic, que no es capaz de hilar más de dos frases: «¿Tiene fuego?» y «¿Tiene hora?». Aquel día Durack cumplía cincuenta y cinco años y habíamos invitado a medio Londres; gente a la que apenas conocíamos, boxeadores con sus entrenadores, personas a las que habíamos visto en las carreras, instructores, corredores de apuestas, estafadores, y dos ricachonas al más puro estilo *lady* Margaret —a quien por aquel entonces le habían extirpado un pecho, aunque salía adelante y le estaban dando radiaciones, pobre mía—. Kate había llegado temprano. Se iba a quedar a dormir en casa porque vivía a las afueras de Londres; regentaba una librería en un teatro y tenía una especie de casita de campo con su cerca, sus rosas, sus gallinas y su todo. Una vez fui a aquella casa; estaba donde Cristo perdió la zapatilla, en un callejón sin salida, y ni número tenía en la puerta. En fin, como decía, llegó temprano con su bolso de viaje del que sacó unos zapatos de gamuza, el vestido negro y una flor de raso con unas bolitas en el centro que parecían caviar. Kate siempre tenía algo único y exclusivo comprado a algún gitano, o en el aeropuerto de Amsterdam, o donde fuera. Habíamos encendido todas las chimeneas, encargado flores y las bañeras las teníamos llenas de botellas de champán. Los tres habíamos empezado a beber para entrar en calor y de pronto se produjo la puta erupción. Durack y ella empezaron a pelearse por una gilipollez, como le pasa siempre a la gente que se tiene manía y discute por cualquier bobada: la pronunciación de una palabra, la población de China o por qué los pescadores no saben nadar. El famoso ataque de Durack debía de estar anidando en aquel momento, porque a la mínima se lo llevaban los demonios y parecía que le iban a estallar las venas, de lo mucho que se le hinchaban. Trabajaba veinte horas al día, intentaba camelarse a los americanos para dar su gran golpe, estudiaba sandeces sobre campañas publicitarias agresivas, campañas publicitarias encubiertas y todas esas chaladuras relacionadas con el lenguaje que hacen los publicistas para creerse que son ellos los paladines de la lengua. ¡Paladines! Más les valdría hacerse con unas cuantas copias de la Biblia del rey Jacobo, a ver si así componen

una frase a derechas. Total, que Kate y Frank se atacaron mutuamente. Volaban los cuchillos. Todo venía a cuento de las raíces, los valores, el mantenimiento de la identidad... Historias de esas. De haberse tratado de otra persona, Frank le habría dado la razón. Era un fanático de las raíces. Hasta se compraba libros de genealogía, con la esperanza de demostrar que sus ancestros por parte de madre se remontaban a Brian Boru. La mayoría de las noches, borracho perdido, me abrazaba y me decía que algún día volveríamos a casa, al hogar, a Innisfree. Me aterrorizaba que esa fantasía se hiciera realidad. Decía que nos construiríamos una casa en el Burren, en ese lugar de pesadilla, todo piedra caliza y algunas gencianas en primavera que extasían al personal... En presencia de Kate, Frank se sentía muy inferior porque en su juventud él también había soñado, había estado en una compañía de teatro aficionado, se había aprendido varios poemas de Tom Moore y toda esa clase de patochadas.

—¿Conque me tomas por un farsante? —le había preguntado.

—Yo no he dicho eso —replicó Kate.

—Pero lo piensas —insistió.

—Frank... —había empezado Kate, con intención de apaciguarlo, pero el daño ya estaba hecho.

La cuestión es que nunca se había fiado de ella porque las dos éramos muy amigas mucho antes de que él entrase en escena, y creo que de algún modo la responsabilizaba de mi época de adúltera; el pobre no sospechaba que yo sería capaz de cometer adulterio dos veces al día si se me presentase la ocasión. Finalmente corrieron un tupido velo y hasta se dieron un beso para sellar la paz, pero era todo una máscara; ¡incluso bailaron, por el amor de Dios! Y yo, mientras, deseando que llegase el resto de los invitados, cosa que no tardó en suceder.

Horas más tarde se produjo una nueva explosión. Kate se había ausentado, seguramente para ir al baño a deprimirse a gusto, y Frank anunció a los presentes, la mayoría analfabetos, que había compuesto un poema con motivo de su cumpleaños en honor de su tierra natal. Se titulaba «Corca Baiscinn». Y empezó:

*¡Ah, pequeña Corca Baiscinn,*

*la agreste, la inhóspita, la bella!*  
*¡Ah, pequeños pradales pedregosos,*  
*de flores deliciosas, aunque raras!...*

Kate irrumpió entonces en el salón y declamó los siguientes versos:

*Ah, hostil Atlántico,*  
*Atronador y vasto...*

¡Atronador! Frank empuñó una esfinge de bronce y se la lanzó con todas sus fuerzas, gritándole que se callara la boca.

—Pero ¿qué he hecho? —quiso saber ella.

—¡Vete a la mierda! —bramó él, a lo que siguió una descarga de improperios simplemente geniales.

Había quedado claro que el poema de marras no lo había escrito él, y varios de sus amigos empezaron a abuchearlo y a silbar. Salió de allí hecho un mar de lágrimas, y yo habría ido tras él si no me hubiese lanzado antes una mirada cargada de odio con la que me ordenaba en términos inequívocos que me quedase donde estaba. Por suerte, una pajarraca canturreó: «Vuelve, Paddy Reilly, vuelve a casa, Paddy Reilly, conmigo... a Ballyjamesduff...», y en ese momento pedí a Dios estar en el puñetero Ballyjamesduff. Donde fuera, con tal de salir de mi propia casa, sofocante de alcohol y fracasos. Sabía que no volveríamos a ver a Kate nunca más, que como mucho nos mandaríamos regalos por Navidad y en los cumpleaños, esos estúpidos gestos de fidelidad por los viejos tiempos tan propios de los cobardes. Cuando se enteró de que a Frank le había dado el ataque nos escribió una carta muy sentida, y, a decir verdad, pensé que ahora que Frank se había quedado medio lelo se llevarían fenomenal y hablarían hasta hartarse de la desaparición de la Atlántida y de las leyes Brehon. Pobre Durack. No creo que haya echado un polvo en condiciones en su puñetera vida; desde luego conmigo no, y las que había conocido antes que a mí no fueron ninguna maravilla: un hato de ñoñas, una legión de niñas de colegio de monjas; una de ellas incluso había sido monja, por el amor de Dios, y otra vivía con su madre. Aunque

naturalmente él se las daba de calavera, con alusiones más pesadas que bloques de hormigón; se daba codazos con sus amigotes cada vez que veían a una camarera con buenas tetas y hacía un guiño salaz como diciendo: «Qué buen rato le iba a dar a esta, macho», «Cohete espacial», o alguna otra memez.

Yo recurría al viejo truco de la menopausia para mantenerme intacta; a Durack le soltaba la típica excusa del dolor de cabeza o los sofocos. El muy bobo se lo tragaba. Los hombres son imbéciles para algunas cosas, y unos traidores para otras. Por eso son incapaces de resistirse a un cumplido aunque provenga de una camarera cualquiera. Supongo que de ese modo mantienen su elasticidad, que así se convencen de que siguen en forma. La naturaleza es una zorra. Para seros sincera, la menopausia no me supuso ningún cambio, salvo que ya no tenía que colocarme una compresa todos los meses ni tenía que lavar la sábana bajera antes de que llegase Cooney y me acusara de haber montado una bacanal. No creo que Cooney haya llegado a sangrar alguna vez en su vida; no lo habría soportado. La vieja Cooney me reprocha hasta la más mínima tontería que he cometido en mi vida, igualito que una madre superiora, siempre con su mirada acusadora y sus comentarios sobre viudas, divorciadas y mujeres con cáncer, deseosa de que me una a la hermandad de lo macabro.

Todavía sería capaz de hacer lo que fuera, si se presentase el tipo adecuado: de frente, de lado, por el culo... Es curioso, si lo piensas; debe de tratarse de reacciones químicas, porque otros imbéciles me harían vomitar si se me sentaran al lado en el metro y me apartaría para que no se rozasen conmigo. Intentarlo, lo intentan, sobre todo en verano, cuando se ponen más juguetones. Aunque peor es en Venecia. En un *vaporetto* casi fui víctima de una violación en toda regla, y eso que tenía a Durack a dos metros de distancia. Le habría arrancado la cabeza a aquel malandrín. Fue durante nuestra segunda luna de miel, qué horror, uno de esos intentos fallidos de reconciliación en los que uno vuelve a los mismos locales, pide los mismos platos y se extasía con lo afortunado que es.

No había visto a Kate desde la bronca aquella hasta que hace más o menos una semana se presentó en mi casa, encanijada y temblona como un cachorrillo. Traía una maceta de violetas que también temblaban. Supongo

que no podía permitirse nada mejor. Nos acomodamos en la mesa de la cocina y hablamos de ataques, de Frank, de Lourdes y de toda clase de bobadas. No paró de levantarse para echarle más agua al té. Me lo vi venir. Presentí que estaba con algún tipo, sin duda casado, y que lo vería una vez cada quince días como mucho, aunque, claro está, siempre bajo la luz de una farola, con charcos, llamas de pasión y todas esas chaladuras a lo Lord Byron. Esta vez era amor verdadero, diferente de todos los demás, estaban predestinados como Tristán e Isolda, eran almas gemelas, etcétera. Muy bien, y, si estaban predestinados, ¿cómo es que no estaban juntos? Eso fue lo que pensé. ¿Y por qué Kate parecía una etíope, todo ubres y huesos? Estarían juntos si no fuera por los hijos de él, el trabajo y los principios. No se trataba de ningún transportista, qué va; era un tipo de altura, y, por lo que contaba, una persona con ambiciones. Sacó una foto suya. Tengo que reconocer que el hombre tenía su aquel, pero parecía un cabrón pretencioso, y se notaba que de niño lo habían llevado en palmitas y todo el mundo lo había convencido de lo maravilloso que era.

Kate había recurrido a pitonisas, a brujas, a curanderas y sabe Dios a quién más. Los pronósticos aseguraban que el hombre abandonaría su muy valiosa posición social para irse con Kate; y, sin embargo, ella era consciente de que me estaba contando una sarta de tonterías. Tenía los ojos como la antracita, aunque más brillantes. Me molesté mucho con ella por dos motivos: primero, porque me parecía injusto que Kate tuviese derecho a aquel puñetero éxtasis ilícito, mientras que yo me pudría en una vida aburrida y tenía que ponerme gelatina en mis partes cuando tocaba fingir un poco del olvidado deseo de antaño; y segundo, porque no entraba en razón, porque era incapaz de darse cuenta de que hay gente muy malvada. ¿Qué le hacía pensar que existía eso de la eternidad para las almas gemelas, cuando a su alrededor solo había personas que luchaban por unas migajas de felicidad y no conseguían nada? Sacó un cuaderno con cosas que había escrito. Habría hecho falta un trasplante de cerebro para comprender sus palabras: «Los rubores de la juventud no son nada comparados con los rubores de la edad; los unos, pétalos de rosa, los otros, la hemorragia de la muerte». Páginas y más páginas dedicadas al enamorado. Se paseaba por las calles donde él trabajaba y anotaba datos sobre la lluvia, los cerezos en flor y los cua-cuás del parque de

St. James... Y todo para nada. El comportamiento esquivo de aquel hombre lo convertía casi en el Espíritu Santo.

«Llámalo», propuse, pero ella negó con la cabeza; sabía que eso sería el final. Sabía que había vuelto a casa con su mujer y sus niños, que la había relegado a un rincón de su mente y que no volvería a pensar en ella hasta que no tuviera ochenta o noventa años y estuviese ya chocho, sin remordimientos, sin testículos y sin nada. Le había dado una arenga sobre el honor y el deber, explicándole que deberían haberse conocido antes de que él pasase por el altar. Una puta mendicante, eso es lo que era Kate.

Lo peor llegó cuando se acusó a sí misma. Dijo que se avergonzaba de ser infeliz cuando el mundo estaba lleno de guerras, de sequías, de hambre y de holocaustos. Saltaba de un tema a otro; me aseguró que ya no conseguía rezar, que había dirigido una plegaria a san Antonio y se sentía una hipócrita. Luego me citó a Van Gogh, decía que había querido pintar el infinito. Pensé: «A ver si se va a cortar una oreja...». Me preguntó qué era para mí el infinito, si creía que había algo más allá de la vida. Me dijo que lo peor para ella era el abismo, el vacío. Luego se contradecía y aseguraba que eran alucinaciones. Por momentos se creía prendida al cielo con un alfiler o una daga, y otras veces sentía que los dientes no le cabían en las mandíbulas, que era como tener una palangana o un cepo dentro de la boca, destrozándola. Su cerebro era como un derviche desquiciado. Al poco se puso a hablar de su hijo: de su cabeza redonda; de la vez en que, cuando él tenía seis años, le había confesado que le encantaban sus pestañas y el niño se había arrancado unas cuantas para regalárselas; de la motocicleta de la criatura, de la cilindrada y de las noches que había pasado en vela esperando que llegase sano y salvo; y luego de la gran separación, cuando se fue a América, y de la nota que le había dejado en la mesa de la cocina que decía: «Siempre voy a estar cerca de ti, al otro lado del teléfono». Le habían dado una beca para estudiar en Harvard. El niño era un portento. Sin duda se había dado cuenta de que lo mejor era quitarse de en medio.

He sido yo quien ha tenido que darle la noticia a su hijo. Se lo he soltado de golpe, porque no había manera de maquillarlo.

—¿Ah, sí? —me ha preguntado, como si ya lo supiera; y no porque su madre se le haya aparecido ni nada por el estilo, sino porque la sabía proclive a la Vía Dolorosa.

Sabe Dios lo que se le habrá pasado por la cabeza, o si no estaría con alguna en la cama, o algo así. Me he agarrado a la mesilla de noche, fumando como una chimenea para no ponerme nerviosa. De repente me he acordado de lo que Kate me había leído sobre los rubores de la juventud y los rubores de la edad, pero, gracias a Dios, no lo he repetido. Le he contado a Cash que, al parecer, había nadado unos cuantos largos, se había entusiasmado y al lanzarse ella sola se había desorientado.

—Pobre Nooska —se ha lamentado.

Así la llamaba cariñosamente. Lo ha dicho con tanta madurez y ternura que me he echado a llorar como una Magdalena. Estoy convencida de que me ha oído. Me ha dicho que se iría directamente al aeropuerto porque temía que hubiera mucha gente.

—Yo te pago el billete —le he dicho.

—No, no te preocupes —ha contestado él. Espero que haya entrado de polizón o con el billete más barato.

Incluso a su hijo lo estaba olvidando. Kate me dijo que no se acordaba ya de sus rasgos, que era como una borla o el pasamanos de una escalera que desaparecían en cuanto los tocabas. Todo estaba desapareciendo.

—¿Qué te ha pasado, Kate? —le pregunté.

Intentaba aportar un poco de normalidad a la situación. Ella lloraba sobre el té, haciendo rebosar la taza.

—No lo sé... No sé qué me ha pasado.

Desbarró acerca de un sueño, una pesadilla apocalíptica en la que moros y cristianos luchaban nada menos que con sangre que metían en odres de piel humana y lanzaban al aire igual que si fuesen tartas de merengue o escarapelas. Ella formaba parte del tercer batallón y estaba a punto de participar en la batalla cuando se le apareció Dios, quien al parecer le dijo que no luchamos y sufrimos por motivos terrenales. ¡Motivos terrenales...!

De improviso se recompuso y empezó a hacer planes: iba a dedicarse a obras sociales, leería poemas a los reclusos, leería a Rilke.

—¿Rilke quién es? —quise saber. Un verso me bastó—: «Pues solo los

solitarios discernirán los misterios».

Enseguida me imaginé a los presos, encantados de la vida ante tamaña ridiculez.

—Si consigo superar esto, todo saldrá bien.

—¿Superar el qué? —le pregunté.

—Esta última gran ruptura —dijo, y a mí se me heló la sangre porque presentí una catástrofe.

Se llevó la mano al corazón y me dijo que le encantaría arrancárselo, pisotearlo, despedazarlo hasta la muerte, puesto que el corazón era su perdición.

—No es más que una bomba —repuse yo para infundirle ánimos, para que no notase que estaba temblando.

Kate se puso en pie de un brinco y me dijo que tenía que irse. Mascullé un comentario banal acerca de las rosas de té que había colocado en su cuarto. A ella siempre le entusiasmaron las rosas. La acompañé a la puerta, pero no me hacía ni caso, me dijo que me llamaría al día siguiente. Pensaba plantarse en el despacho de aquel hombre, pensaba quedarse junto a la verja hasta que él apareciese con su maletín para hacerle la gran pregunta, a saber: ¿había significado algo para él? ¿Por qué coño será que las personas como ella andan siempre en busca de significados? Los cuervos graznaban como locos, y yo tendría que haber adivinado cómo iba a terminar todo eso. Quise llamar a alguien para contárselo, pero no se me ocurría nadie. Por espacio de un segundo pensé: «Voy a llamar a Kate». Esto para que os hagáis una idea de lo chalada que estaba yo. Otra cosa: tengo la corazonada de que hay una segunda carta, una más sincera que algún día saldrá a la luz. Ahora mismo podría estar en el buzón, y podría decir que lo ha hecho con toda la intención. Aunque espero que no. La ignorancia es la felicidad. En la parte de atrás de la carta que me dirigió hay un parrafito sobre la naturaleza: «Acabo de ver, en mi paseo de la tarde, unos helechos jóvenes, de color verde limón y con forma de varitas mágicas, como si aguardasen que alguien los recogiera y los colocase en un escenario para acompañar versos de Shakespeare; ay, Shakespeare, el más íntimo y profundo de mis amigos, el padre de todos nosotros». El padre... El meollo de todos sus dilemas. No me atrevo a pensar en las horas previas, en el frenesí, los intentos por esquivarlo, los intentos por



sortearlo. Sería el futuro, supongo, lo que Kate se veía incapaz de afrontar, la certeza de que todo seguiría igual para siempre, eones de puto vacío. A Durack le hará mucho daño, lo hará polvo, le recordará cosas tan funestas como su propio estado irreversible, y al hijo de Kate lo convertirá en un fugitivo para el resto de su vida. Y no es que le reproche nada a mi amiga; me doy perfecta cuenta de que estaba perdida en el corazón de una puta jungla. En la misma donde había nacido. No había tenido arrestos para abrirse camino. Tendría que haber ido a clases nocturnas y aprender algunas cosas, unos cuantos lemas, como: «No deposites tu confianza en ningún hombre».

Dudo mucho de que fuese a la oficina de aquel hombre, que se enfrentase a él; ella no habría podido soportar que pasase de largo. Imagino que corrió, de acá para allá, de un lugar a otro, que subió y bajó escaleras, caminó junto al río, se metió en cafeterías, en iglesias, se prosternó, deseó que se obrase un milagro, que ese hombre lo adivinase, que apareciese, que la llevase hacia el altar al son del himno:

*Despierta el día, como el primer día.*

*El mirlo ha cantado, como el primer ave...*

Dios, ¿acaso no tiene límites la esperanza humana? Todavía espero que llegue un mensajero en su moto para decir que se trata de un error; estoy loca, y hasta pienso en la resurrección y en el sepulcro vacío. Quiero cogerla en brazos y ver cómo la vida y la sangre vuelven a sus mejillas. Quiero volver atrás en el tiempo; quiero que sea ayer para poder deshacer el crimen indeseado que se ha cometido. Es inútil... Lo único que se puede hacer ya es entonar cánticos de mierda.

Seguiremos todas las normas, todo el protocolo; las coronas, las rosas, y Mozart, y Van Morrison, y el ataúd emprenderá el paseo como quien se dirige a una verbena, con la diferencia de que se trata de lo opuesto a una verbena. En este momento avanzo hacia el coche fúnebre y se me viene a la cabeza esa consigna de Durack: «Un viejo soldado, Baba, un viejo soldado», y rezo por que el hijo de Kate no me haga ninguna pregunta, pues hay cosas en esta vida que no se pueden preguntar, y (oh, Agnus Dei) hay cosas en esta vida que no se pueden responder.

## **Sobre la autora**



**Edna O'Brien** (Tuamgraney, Irlanda, 1930). Tras su debut con la novela *Las chicas de campo* (1960), primera parte de una trilogía memorable, O'Brien ha escrito una veintena de obras de ficción junto con una biografía de James Joyce y de Lord Byron, así como una pieza teatral sobre Virginia Woolf. Evocativa y astuta, su obra nos habla de mujeres que anhelan la independencia en un entorno opresivo y hostil.

Aclamada por la crítica y por los autores contemporáneos más prestigiosos, su trayectoria le ha merecido distintos premios, entre los que destacan el Irish Pen Lifetime Achievement Award, la American National Art's Gold Medal y la Ulysses Medal. Nacida en el oeste de Irlanda, lleva años viviendo en Londres.

# Notas

[<sup>1</sup>] Bull's-Eye es el «blanco de la diana», y por su similitud pasó a denominar, como señala la narradora, unos famosos caramelos de forma circular y rayas concéntricas: Bull's-Eye Candy. (Todas las notas de esta edición son de la traductora). <<

[2] Se trata de una canción folclórica irlandesa muy alegre; como curiosidad, es la misma canción que cantan los invitados en la boda de los personajes que interpretan John Wayne y Maureen O'Hara en la película *El hombre tranquilo* (John Ford, 1952). Más adelante, Baba volverá a cantarla. <<

[3] En realidad, el relato se titula «Un paseo invernal». Para el fragmento que nos ocupa hemos recurrido a la traducción de Marcos Nava (*Un paseo invernal*, Madrid, Errata Naturae, 2014). <<

[4] De nuevo canta Baba «The Humour is on me Now», la misma canción que entonara en el capítulo dos después de robarle las lilas a Caithleen. <<



[5] Se trata de la estrofa final de la canción «Buttons and Bows», muy popular en la radio a finales de los cuarenta y principios de los cincuenta. Fue compuesta para la película *Rostro pálido*, con Jane Russell y Bob Hope, aunque la versión más famosa es la que cantaba Dinah Shore. En ella, la intérprete se lamenta de haber nacido en el Oeste y ansía trasladarse a alguna ciudad del Este para poder lucirse con ropa sofisticada y perfumes franceses.

<<

[6] «I have done the deed; didst thou not hear the noise?». La avispada chica rescata la frase que Macbeth pronuncia en la escena segunda del segundo acto, cuando acaba de dar muerte al rey. Recurrimos a la traducción de Agustín García Calvo (William Shakespeare, *Macbeth*, Barcelona, Penguin Clásicos, 2015, p, 47). <<

[7] «And when the m-m-m-moon shines over the cowshed, I'll be waiting at the k-kitchen door». Se trata de parte de la letra de «K-K-K-Katy», una canción estadounidense publicada en 1918 que cuenta la historia de un joven soldado enamorado que tartamudea al dirigirse a su amada, la Katy del título.

<<

[8] El pan de pasas o *barmbrack* no puede faltar en las celebraciones irlandesas de Todos los Santos o Halloween. Este dulce esconde en la masa varios objetos asociados a diversas predicciones; entre ellos, un anillo de juguete que augura boda en el plazo de un año a quien lo encuentre. <<

[9] Se trata de «The Dying Girl» («La chica moribunda»), un poema de Richard Dalton Williams (1822-1862), poeta y médico irlandés que murió, precisamente, de tisis. <<

[10] Es decir, hasta el centro mismo de Dublín. La Columna de Nelson (o Nelson's Pillar) era un pilar de granito coronado por una estatua del almirante Nelson que se alzaba en medio de O'Connell Street, una de las arterias de la ciudad; en 1966 fue destruida por una bomba del IRA, y en su lugar se encuentra en la actualidad el Spire o Monumento de la Luz. <<

[11] En referencia a *body odour* u olor corporal. <<

[12] La autora cita la Biblia, Juan 15:13. <<



[13] En Oberammergau, un pueblecito del sur de Baviera, se celebra cada diez años desde el siglo XVII una multitudinaria representación de la Pasión. <<

[14] Jack Holland cita el poema pastoral *La aldea abandonada* (*The Deserted Village*) del escritor y médico irlandés Oliver Goldsmith. Al hacerlo, completa un juego de palabras que se pierde en castellano, pues en la frase anterior habla de *auburn poem: auburn*, además del nombre de la aldea de Goldsmith, significa «castaño, cobrizo», y suele utilizarse como calificativo para el pelo: *auburn hair*. <<

[15] En realidad, la frase es de *Macbeth* (acto II, escena I), y recurrimos a la traducción que hizo Agustín García Calvo (op. cit., p. 45). <<

[16] La inconsolable Caithleen reproduce los dos primeros versos de «The Pity of Love» del irlandés W. B. Yeats. Elegimos la traducción de Antonio Rivero Taravillo incluida en la *Poesía reunida* de Pre-Textos (2010). <<

[17] En portugués en el original, como guiño al vino que sugiere. <<

[18] Resulta muy difícil rescatar el fino juego de palabras de Baba. En el original: *I hope your vowels move tomorrow!*, donde *vowels* («vocales», que la ginecóloga fuerza demasiado) remite a *bowels* («tripas»), con lo que en realidad le desea que se le descomponga el vientre. <<

[19] En gaélico, significa «cariño mío». <<